traducción y notas

JUAN S. AMADOR BEDFORD

TENERIFE Y SUS SEIS SATÉLITES

OLIVIA M. STONE

TOMO I

EDICIONES DEL CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

OLIVIA M. STONE

TENERIFE
Y SUS
SEIS SATÉLITES

Volumen I

Introducción y revisión
JONATHAN ALLEN HERNÁNDEZ

Traducción y notas
JUAN S. AMADOR BEDFORD

EDICIONES DEL **CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA**
Las Palmas de Gran Canaria, 1995

SERVICIO INSULAR DE CULTURA

© 1995, EXCMO. CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA
1.ª EDICIÓN, 1995

1.ª edición en inglés, 1887
Oriel House, Farringdon Street, E.C., Londres

Coordinación: JESÚS BOMBÍN QUINTANA
Corrección de pruebas: ISABEL GRIMALDI PEÑA
DEPARTAMENTO DE EDICIONES

Diseño gráfico: MG
Reproducción fotográfica: Dioni Comesaña
José M. Díaz Febles

ISBN: 84-8103-076-7 (O.C.)
ISBN: 84-8103-077-5 (Volumen I)
DEPÓSITO LEGAL: V. 3.432 - 1995 (Vol. I)

Imprime:
ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A.
LA OLIVERETA, 28 - 46018 VALENCIA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Introducción

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El libro de viajes como emblema del conocimiento

EL LIBRO DE VIAJES representa en nuestra cultura occidental una experiencia iniciática, la narración transgresora de una aventura que adopta diversas formas. Así lo ilustra el viaje romántico, autoconfesional y rupturista, que emplea casi siempre un altisonante tono literario y que impulsa el género de la narrativa de viajes en el siglo XIX. El viaje al país "exótico" es uno de los acicates del romanticismo literario y pictórico (citemos el cuaderno marroquí de Eugène Delacroix o las estampas de Mariano Fortuny), que le permite al observador ávido de experiencias intensas trasladarse a un ámbito fascinante y arcaico, a tierras de colores fuertes donde el paso de la modernidad que empieza a transformar a la Vieja Europa aún ni siquiera se advierte. Mérimée busca en España lo que ya ha captado en Sicilia: la recia tradición de un país que vive de espaldas al progreso oficial del incipiente liberalismo europeo, que guarda intacta la fuerza de su raza, que rechaza la noción ecuánime de la justicia y prefiere la venganza y el sacrificio como método de salvar el honor. La ignorancia secular y el más oscuro prejuicio político se mezclan, junto con la viveza de las costumbres y los tipos físicos, para crear el principio de atracción que imantara a tantos viajeros. A España se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

acude a conocer a un pueblo que no camina alineado con la historia reciente de Europa, se realiza un viaje al fondo del exotismo, hacia atrás en el tiempo. Ha sido éste un itinerario que ha durado hasta bien entrado el siglo XX, *cuando Gerald Brenan decide refugiarse "al sur de Granada", en las agrestes cimas de La Alpujarra, dejando atrás el vacío de una guerra mundial para encontrar el equilibrio interior. Cuando el antropólogo Lisón Tolosana visita el interior rural de Galicia en los años 60, nos revela una sociedad arcaica que aún preserva sus costumbres y que manifiesta un profundo apego al agro tradicional. Quizás el libro de viajes debería limitarse a funcionar como compendio de notas y observaciones "objetivas", un cuaderno de bitácora que se resiste a la imaginación literaria y a la subjetividad.*

Lo que parece incontestable es que se trata de un instrumento básico de nuestra formación adulta, tanto académica como anímica. Nos sirve, desde una temprana edad, como ventana al mundo físico y geográfico que aún no conocemos, como ampliación de una imago mundi *menguada por fronteras nacionales. Con él, a través de sus páginas podemos penetrar en la pluralidad de la tierra, en centenares de países, miles de regiones y cambiantes territorios. Y tras estos aspectos formales, encontramos las costumbres, viejas o modernas, las afinidades y la incomprensión ante lo extraño, la comunicación de las ideas y los muros que a veces levantan las culturas y las razas entre sí.* El hombre observado por el hombre es un perenne enigma que despierta la curiosidad. *Ningún siglo como el diecinueve ha visto un florecimiento tan vigoroso de esta expresión literaria. "El Nilo Azul" y "El Nilo Blanco" de Alan Moorhead, las crónicas africanas y el insólito viaje a la Mecca de Richard Burton, el trágico diario del Capitán Scott en su viaje al Polo Norte, son algunos ejemplos de una penetración en zonas vírgenes del globo terráqueo, tanto en las heladas o desérticas regiones como en el primitivismo africano y asiático, que tan crucial papel jugaría en la vanguardia artística del cubismo y del fauvismo.*

El libro de viajes tiene un carácter eminentemente "moral", y su veracidad depende de una probidad que el autor debe asentar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

constantemente. Si introduce desviaciones o distorsiones en la crónica de su viaje, éste ya entra en la dimensión de la ficción y pierde su personalidad como documento fehaciente y creíble. Dentro de estas "reglas del juego" el autor no tiene vedada la expansión lírica, la poesía, el relato épico, u otra modalidad expresiva, puesto que también el mensaje que nos quiere comunicar está ligado a una calidad literaria y a unos dones narradores. El pilar de estos libros no deja, sin embargo, de ser una escrupulosa observación de la realidad foránea "cotidiana". La presunción de imparcialidad y objetividad deben asimismo acompañar al narrador de viajes, junto con una disposición poco prejuiciosa hacia las costumbres más sorprendentes de otras razas, y una visión equilibrada del momento histórico actual en que enmarca su relato y una idea justa del estado de su nación, tanto en cuestiones de política exterior como en asuntos de orden interno.

Olivia Stone es una viajera dedicada a la metódica anotación de la realidad "extraña" en que penetra, valiéndose de su capacidad de análisis y de la información que siempre compila rigurosamente. Anota las horas de salida, los altos en el camino, las lecturas de su aneroide, compara las altitudes que ella toma con las realizadas por el viajero alemán Von Fritsch o con las que figuran en los mapas topográficos del Almirantazgo inglés. Examina las afirmaciones hechas por Piazzai Smith en su subida al Teide en 1856 a la luz de su propia experiencia, para confirmar o discrepar. Es atenta a todos los datos que con característica frecuencia los canarios le proporcionan equivocados, sobre todo en lo relativo a distancias geográficas, localizaciones y direcciones cardinales, aunque aprecia muchísimo la memoria local y generacional que cita como fuente primordial.

El talante de Stone hacia el universo periférico y bastante remoto de las Canarias en 1885 es franco y cordial, aunque notas irónicas y algún que otro prejuicio británico jalonan sus centenares de páginas que narran un sesudo itinerario por las siete islas. La superioridad inglesa se manifiesta ante ciertos rasgos caracteriológicos, ante la deficiente higiene pública y doméstica que a ella le choca especialmente, y ante la crueldad ejercida contra los animales. A veces

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

alude a la moral, y resulta gazmoña, invocando la reputación "dudosa" de una patrona de fonda y generalizando sobre los modales toscos y sexistas del español de "clase media baja". Esto no es obstáculo para que simultáneamente alabe la cortesía y elegancia natural que a veces determinan los actos de los más pobres. Para ella la autocrítica nacional no es problema, y también censura el comportamiento burdo de sus compatriotas de clase media. Por tanto, en cuanto a la implícita superioridad racial, existen mecanismos de corrección que ella misma activa. Ello no supone, no obstante, que Stone y su marido John vendan y pregonen a los cuatro vientos las virtudes del sistema y de la vida británica, la convertibilidad de los billetes de banco inglés, las superiores comunicaciones viarias, la iniciativa que brota de su pueblo y que tanto se echa en falta en el "sur". Este "sur" la seduce mucho más que le repugna, y es importante tener claro que la sensibilidad de Stone hacia las islas está bien afinada, por decirlo así, que por debajo de la sempiterna observación precisa fluye una corriente de atracción notable por la realidad insular que ella pretende codificar. Cuando llega a La Gomera y a la isla de El Hierro dice que ha conocido los Campos Elíseos, un lugar de ensueño natural donde le gustaría vivir. La belleza y la estética peculiar de Canarias, con el antagónico reflejo de lo árido opuesto a lo verde, cala hondo en su mente, a pesar de que la llamada patriótica prima siempre sobre los gustos personales.

Olivia Stone preparó admirablemente bien su viaje, durante largas consultas que la llevaron a la biblioteca del Museo Británico, donde consultó ampliamente la bibliografía disponible sobre Canarias y lo canario. Estos estudios preliminares le permiten incluso llegar a formar opiniones sobre aspectos antropológicos y arqueológicos de los aborígenes, y contrastar distinta información. Una vez en las islas, contactos claves en Las Palmas, La Laguna, Santa Cruz de Tenerife y de La Palma le brindan valiosas cartas de presentación a los próceres de las islas menores y personalidades de las islas mayores, lo que constituye la red vital que impulsa los trayectos y abre la puerta a impresiones y visiones difícilmente accesibles al viajero o turista "normal".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Un comentario que la autora reitera una y otra vez versa sobre la naturaleza corrupta de toda la administración insular, o al menos, sobre la tendencia hacia la corruptela que grava y obstaculiza la gestión eficaz a todos los niveles gubernativos. Los alcaldes no cobran sueldo ya que el concepto de su puesto es honorífico, sin embargo muchos salen enriquecidos de su servicio quinquenal. Más grave le parece el lamentable abandono en que el gobierno central tiene a las Canarias, supliéndose con la iniciativa foránea (inglesa, francesa, irlandesa, escocesa) y el tesón y aplicación demostrado por ciertos empresarios canarios. Casos que vienen al cuento son la construcción del Puerto de la Luz en Las Palmas y específicamente el establecimiento de una estación carbonera, y la perseverancia de los fabricantes de puros tinerfeños que insistieron en seguir produciendo tabaco aun cuando el gobierno central rechazó por inferior una de sus cosechas. El tópico de lo deseable que hubiera resultado la victoria de Nelson, favoreciendo así la colonización comercial británica, aflora, cómo no, al pensamiento de Stone. Tiende a alabar a aquellos individuos emprendedores, que han probado su inteligencia y su resistencia, mientras ve, no sin razón, la decadencia de un sistema de gobierno que es corrupto, y las trabas paralizantes que ejercen los impuestos directos sobre productos básicos que dañan al pequeño comerciante y al agricultor.

Esta clase de crítica razonada es típicamente liberal, y el liberalismo fue el gran invento británico del siglo diecinueve. En la década de 1860 la consolidación del liberalismo económico y político era evidente en toda la Europa industrializada. El individuo responsable, planificador y consecuente con sus actos era el eje de este sistema heredado en parte del Derecho Natural y en parte sacado de las teorías utilitaristas. Por esto Stone vuelve una y otra vez a criticar o encomiar la responsabilidad de cada ser humano ante sus compromisos o su labor profesional. Los historiadores de aquel entonces denominaron esta época, contradictoriamente a simple vista, "la Gran Depresión". Y en efecto lo fue para el estamento rural tradicional, que vio mermado su poder adquisitivo y su producción artesanal. La mecanización de las industrias aglomeradas en torno a las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

grandes ciudades abarató el costo de los productos. El campo se vació, y las ciudades empezaron a duplicar y triplicar sus poblaciones (entre ellas Barcelona y Madrid). En los 1880 y en los 1890 resurgió el colonialismo europeo. Los ingleses hicieron un Protectorado en Egipto para controlar el Canal de Suez, Francia se introdujo en Argelia con fines similares (1881-2), el Rey Belga se apoderó del Congo que pasó a explotar como un latifundio privado y los alemanes tomaron parte del territorio de África del Este y del Sur-Oeste. Este imperialismo nos conduce a matizar las alabanzas que vierte Stone sobre los aborígenes y en contra de España, como potencia conquistadora y devastadora del mundo aborigen canario.

Hacia los majos, bimbaches y guanches Stone demuestra ternura y entendimiento, además de la admiración propia de quien valora altamente el heroísmo y el arrojo con que los antiguos aborígenes defendieron su libertad. Desde las primeras páginas cuando comienza a evaluar el carácter de los isleños Stone hace elegías de los primitivos habitantes, y proyecta su valentía al combatir contra hombres armados y conquistadores. La memoria de la Conquista de Las Canarias alienta el anti-españolismo, y ella se pone del lado de los más débiles. Quizás Stone sólo responde a una pulsión nacionalista canaria, que sin duda subyacía el credo liberal de muchos profesionales a quien pudo conocer, como a don Gregorio Chil, cuya Historia de las Islas *lee asiduamente, o a don Ruperto Vieira de Lanzarote. El diecinueve canario, desde el avatar romántico de los escritores de* La Aurora *en Tenerife en la década de los 40 y 50, continúa modelando la imagen positiva y entrañable del noble salvaje guanche, que le servirá de alimento ideológico tanto al independentista Secundino Delgado como al cacique ilustrado Benito Pérez Armas. Stone, seducida por la mitografía aderezada con tintes sentimentales, da rienda suelta a una emoción que se identifica con la causa del "otro" violado en sus derechos fundamentales y despojado de su individualidad por una potencia "civilizadora" superior. En este punto, empero, la escritora no hace auto-crítica profunda, al no juzgar los crímenes de su propio país en las gestas conquistadoras que le aseguraron tan vasto imperio. Baste recordar la brutal represión*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de la rebelión del Punjab a mediados del siglo diecinueve, la matanza inútil de afganos en las guerras contra este país, y más adelante la represión de corte genocida que practicó Cecil Rhodes en África.

¿Están justificadas las críticas que como dardos bien dirigidos lanza Stone contra el Gobierno central español? Creemos que sí, aunque habría que deslindar entre los reproches que ella le hace a España por la conquista y las quejas reales que recoge en su texto y que provienen de los habitantes. ¿No fue la década de 1880 una de progreso y prosperidad en España? La respuesta en líneas generales es sí, pero el progresismo que se derivó del turno Sagasta-Cánovas no se hace sentir en la cultura política localista canaria, y por tanto Stone observa correctamente que la iniciativa privada es el motor de la reforma y no los planes y programas del gobierno. La Constitución de 1876 introdujo el más largo periodo constitucional del siglo diecinueve. El liberalismo europeo se manifestó en el país a través de proyectos capitalistas, como la construcción y mejora de la red ferroviaria y el desarrollo de la industria pesada en el norte. El capitalismo se combinaba con estrategias proteccionistas, lo que nos da una idea de la híbrida modernización que se estaba realizando.

La consolidación constitucionalista de estos años se ve reflejada en el llamado parlamento largo de Sagasta, que durante seis años (1885-1890) se dedica a sacar necesarios proyectos de ley, culminando en el sufragio masculino. La figura del Rey y el ente de la corona garantizan todo el sistema, y el carlismo es finalmente aplacado. Todo parece benévolo así narrado, pero en la España regional asistimos al fortalecimiento del caciquismo y de los grupos oligárquicos. La Ley Reguladora de Elecciones prevé el triunfo automático de aquel candidato que no tenga rival, y es mediante este instrumento legal como se promocionarán tantos caciques. El leonismo gran canario adolece de estos males y cuenta con la tácita aprobación de la administración local. Es esta degeneración o desvirtuamiento de la vida política regional que experimenta Olivia Stone, y que da lugar a la exposición de ciertas críticas. A esto debemos añadir, claro está, seculares apatías y abandono de Canarias por parte de un gobierno nacional.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Una de las denuncias más constantes que atraviesan las páginas de la viajera británica se refiere a la pésima calidad de la higiene pública y privada que suele ser la norma en todas las islas. De ahí su insistencia en la pulcritud y su agradecimiento al encontrar limpieza en los rincones domésticos. De nuevo podemos aludir una subyacente contradicción al recordar cuáles eran las condiciones de vida en los infamosos slums *o barrios bajos del este de Londres y de Glasgow a lo largo de la época victoriana. Fueron cuantiosas las voces que se alzaron desde la izquierda y el anglicanismo militante para denunciar que la capital del Imperio era una enorme fábrica de miseria humana.*

En 1885 el cólera arreciaba en los barrios más humildes de las grandes urbes españolas, dada la falta de alcantarillado y la ausencia de medidas higiénicas. Cuando John, el marido de Olivia, visita el cementerio de Las Palmas queda horrorizado ante la siguiente escena de la fosa común:

> *Rodeados por cuatro muros, había toda clase de restos humanos amontonados en todas las fases posibles de descomposición. Había huesos, trozos de ataúdes rotos, calaveras cuyos dientes parecían sonreír con espantosa mueca, retales de vestidos, botas que contenían piernas resecas y carcomidas por los gusanos,…*

A continuación miremos más atentamente, en el texto de Olivia Stone, lo extraño y lo familiar en Canarias hace exactamente ya un siglo.

El descubrimiento de la geografía interior

Un espíritu de marcha infatigable dinamiza las páginas de Olivia Stone. Para ella quedarse parada, verse a la merced de una goleta que es presa de las calmas y no encuentra viento que la impela rauda a su destino es un serio contratiempo. El viaje llega en momentos a engullir el disfrute de la realidad, y no siempre tolera Stone la contemplación, que surge para ralentizar el paso, difumi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nando así la siguiente meta y etapa. Existe a ratos una sobredimensión del proyecto viajero, en perjuicio de la realidad que se intenta conocer. La sensación de estar siempre en marcha la transmite la autora mediante las detalladas notas que nos proporciona acerca del final y del inicio de cada nuevo tramo, así como cierta ansiedad por la ruta que la conducirá mejor al punto deseado. El mundo natural canario que ella conoce ya no es el mismo que condiciona nuestra visión del paisaje y que determina nuestra relación con la tierra. El entorno verde de muchos pueblos y la abundancia de aguas corrientes en otros lugares nos distancian ya de aquel medio mejor conservado. Lo curioso, quizás, es que Stone no tiende a preferir lo seco y árido a lo verde y umbrío, y que escribe con igual entusiasmo sobre los parajes de Fuerteventura como sobre el intenso verdor de La Gomera y El Hierro.

Empecemos con el medioambiente de la ciudad de Las Palmas. El istmo que unía la isla a la Isleta estaba intacto entonces, y Stone acudía con su marido a "disfrutar de la tranquilidad y de la brisa del mar" en la Bahía del Confital. La Isleta es una zona de ocio y recreo para ella, un lugar despejado, donde las algas se amontonan y el contacto con el mar es puro. La ciudad brinda una apertura natural al alcance de sus habitantes, que sin embargo, sólo se benefician esporádicamente de ésta (Stone describe las primeras residencias veraniegas que se han edificado en el campo dunar). La penetración del campo y de lo agrícola es a la vez notable, pues el Guiniguada y El Batán es un entramado de fincas en explotación. Las Palmas ofrece otra perspectiva idónea, que es la visibilidad de las cumbres y montañas, sobre todo desde la isleta y el Confital: "Mirando desde aquí hacia la isla principal la vista es verdaderamente magnífica". Estas combinaciones de grandiosas vistas y de esparcimiento marino le inspiran a Stone un raro éxtasis:

> *Hay una gran dicha en los rayos del sol, en la cadencia de las olas rompiendo en la costa y las montañas cubiertas de nieve, eleva el ánimo y el espíritu en un absoluto éxtasis de júbilo y gratitud.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Una de las comparaciones que con frecuencia hace Stone es de lo canario con lo "oriental", sin precisar demasiado lo que entiende por tal. ¿Es oriental lo que evoca estéticamente el espíritu de Oriente, por afinidad o accidente, o es lo oriental la huella indeleble de la cultura árabe en España? Creo que más bien se trata de una afirmación superficial en algunos casos, y de una observación más acertada cuando alude al paisaje o a la arquitectura. Ejemplo de este color local, del aguafuerte español tan caro a Washington Irving, es cuando Stone describe, camino de Tamaraceite, "…los rostros tostados de las mujeres, ceñidos por pañuelos rotos liados que llegaban hasta el entrecejo…", y añade lo oriental *que resulta esto. La nueva cúpula esférica de la iglesia de Agüimes, el blancor y la horizontalidad de sus edificios más las palmeras que brotan en aquella tierra seca también confirman esta orientalidad intrínseca. Lo que sí es cierto es que no existe codificación cierta en cuanto a las clases de lo "típico". El traje tradicional se combina con ropas de trabajo holgadas artesanalmente cosidas y remendadas, y para Stone, la gente del campo crea estampas encantadoras que responden a veces a una memoria romántica y otras configuran escenas "agrestes".*

Siente particular atracción por las quebradas y majestuosas líneas de las cumbres, y en cierto sentido, su mirada se eleva hacia este horizonte cimero. Más que prendarse de las beldades del pueblo de Santa Lucía en Gran Canaria, ella alza la vista y dice: "Es imposible describir un paisaje tan sublime. La masa comprimida de montañas en el centro de la isla ofrece una vista tras otra, cada una sobrepasando a la anterior en magnificencia,…". Asimismo lo que resalta del paisaje de Gáldar es su montaña: "La llanura está totalmente rodeada de montañas pero su encanto radica en aquel pico de intenso color rojo de forma tan elegante y bella. La vista torna siempre a él…".

Gran Canaria ofrece curiosos contrastes que Stone no deja de apreciar, como encuentra en Agaete y su valle. El viaje hasta éste, largo e incómodo, se ve recompensado por el descubrimiento en casa de su huésped don Antonio Armas, de un idílico jardín, de hermosa configuración tropical:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

> *Nuestro dormitorio daba a un jardín,... podíamos ver arbustos de café, granadas con flores blancas y acampanadas completamente abiertas,...*

La subida hacia la rudimentaria estación termal de Los Berrazales se hace una deleitosa excursión, que penetra en un valle donde discurre un arroyo, y toda suerte de vegetación crece en torno a las palmeras y a los naranjos. Agaete es para Stone un vergel, un punto de frescor y flora exótica, y por ello toma tanto interés en los valores turísticos claramente advertidos por su anfitrión y que ella recopila fielmente.

Para completar el itinerario de la geografía gran canaria citemos la visita del matrimonio a San Mateo y a Firgas. El paisaje que sobrecoge a Stone en San Mateo le recuerda a la "isla Esmeralda" o Irlanda, y es aquí donde la distancia histórica se siente con rotundo énfasis. A finales de este siglo este pueblo ha sucumbido a la presión demográfica y urbanística de Tafira Alta, y si lo vemos desde Montaña Cabreja la melancolía de la tierra abandonada, los caseríos derruidos y la abusiva deformación del viejo trazado rural nos sobrecoge. Sin embargo Olivia Stone respiró el profundo verdor de la hierba que crecía abundante por todos los alrededores, y dijo que era: "Un lugar adorable. El agua baja de las montañas en hilillos por los diversos valles que lo rodean, formando cascadas y arroyos, y cañadas de belleza exquisita".

Similarmente fecunda es la cabalgada de John Harris Stone a Firgas que realiza sin su mujer, y de la cual da un detallado informe que Olivia transcribe diligentemente.

> *Los delicados helechos y la hierba de color verde intenso forman una mullida alfombra que invita al descanso. Alrededor de este paraje de ensueño, a cierta distancia, las escarpadas paredes del barranco están cubiertas por un perfecto tapiz de vegetación.*

Tales experiencias de un entorno forestal y natural aún pujante actúan como testimonio directo de una conexión con aquella deliciosa "Selva de Doramas" que Cairasco de Figueroa cantó, y por tanto el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

viaje de los Stone posee un añadido valor bio-arqueológico. Es menester interpretar este conocimiento sensibilizado al encanto de la Europa verde no como un mítico pasado sino más bien en términos de naturaleza "recuperable" para reintegrar una realidad geográfica indispensable en el futuro de las islas.

Lejos de desdeñar la tierra quemada de Lanzarote, Stone se adapta con facilidad a un nuevo ambiente natural. Es principalmente el espacio, su extensión y horizontalidad, lo que confiere singularidad a la isla y lo que incita a la contemplación, mientras que el intenso verdor pulsa otros registros. De la estética paisajística de Haría dice:

> *La grandiosa extensión del terreno y su contorno general, con el noble perfil de la montaña al otro lado, hace que este paisaje merezca el calificativo de espléndido, aunque sus detalles puedan parecer poco interesantes.*

Ante el Estrecho del Río, uno se ve forzado a contemplar la abrupta realidad de la isla, cercada absolutamente por el mar, "con uno de los paisajes marinos más espléndidos a nuestros pies". Color, cielo e "islotes escarpados,... engarzados como piedras en un mar turquesa" componen otra vertiente del éxtasis.

Síntesis de civilización y agreste belleza es Yaiza, pues revela la honda transformación del medio gracias al esfuerzo mudo del hombre. Este pueblo es "la maravillosa combinación de lo sublime y hermoso", y Stone sin duda refleja el contento íntimo que le causa el recibimiento de la familia Vieira, dignos representantes de una sangre azul que se manifiesta en la exquisitez de su trato. Debemos tener siempre presente que la viajera británica no puede en el plazo de tiempo a su disposición sino esbozar un esquema de estética paisajística, y que además, ella no persigue la expresión literaria que quizás sea el agente que más nos descubre la identidad de la tierra.

Sobre Fuerteventura, su miseria y fealdad, le han dado a Stone muchos datos. Nada más lejos de la verdad. Ante la idea negativa que de alguna manera debía circular en Gran Canaria sobre las limitaciones de la isla, ella reacciona vehementemente al descubrir

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que se trata de todo lo contrario. Empieza por afirmar la viveza y la energía del carácter majorero, y la buena planta de sus hombres:

> *La gente de esta isla, además de la de Lanzarote, parece vivaraz, alegre e ingeniosa.*

El color surge a través de miles de flores silvestres que cambian el ocre y amarillo imperante del suelo:

> *..., una alfombra brillante de flores malvas, blancas, amarillas y naranjas; nos encantaba la belleza de algunas zonas cubiertas de delicadas margaritas color crema,...*

Y según penetra en Río Tres Palmas, nos pinta un cuadro de una Fuerteventura montañosa y verde, donde existe el agua fresca y corriente. Otra vez su testimonio nos conecta con el aspecto natural de la isla tal como figura en Le Canarien, *libro que ella conocía por la traducción de la Sociedad Haklyutt:*

> *Bajamos hasta el río y cruzamos un arroyo borboteante, lo suficientemente amplio para necesitar una piedra en medio para cruzar. Los peñascos de granito, engalanados con una vegetación verde, los terraplenes cubiertos de hierba y los árboles de un aspecto tan fresco, nos hacían desear quedarnos, como hicieron Gadifer y sus compañeros, absorbiendo su dulzura.*

Experimentan un fuerte calor de casi 42° durante unas horas y también sienten fresco a 2.000 pies de altura, precisamente en el sur, donde todo factor climático y la suavidad del paisaje parece contradecir esta posibilidad. Quizás sea Olivia Stone, antes de Unamuno, media centuria más tarde, la primera "promotora" de Fuerteventura, que reconoce los finos contrastes enriquecedores de su seca y dura corteza.

En el orden de prioridades que Stone lleva a Canarias está como primera e irrenunciable obligación el ascenso al Teide. Impresa en la mente, y activa en el cuerpo como una especie de excitación física, está la idea fija de escalar el pico, además de la convicción,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que posteriormente corroborará la experiencia, del Teide como eje de toda Canarias. Sin duda, este es el origen del título del libro, Tenerife y sus seis satélites, *ya que para ella la superioridad natural de esta formación geológica es indiscutible, y ningún otro paraje en las islas puede rivalizar con este gigantesco cráter. La existencia del Teide hace que la isla de Tenerife sea para ella la preferible, puesto que el Pico con su imponente masa siempre está en el fondo del "cuadro", y como arguye "algunos siempre preferirán a Tenerife por la presencia del Pico". A renglón seguido estima que un puerto moderno en Puerto de la Cruz haría que "Tenerife no solamente compitiera favorablemente con las otras islas, sino que eclipsara a Madeira". Para Stone, La Orotava con su valle es la clave estética de la isla, quedando atrás la vetusta y levítica La Laguna y la poco hermosa Santa Cruz.*

El Teide, para resumir el valor espiritual que posee en el ánimo de Stone, es "Como un ángel custodio, o como si fuera el espíritu de las islas, dondequiera que uno vaya por el archipiélago es imposible olvidarlo". Durante la subida a lomos de caballo y mula, la característica masa de nubes de las cumbres se le aparece a Olivia como una alfombra, "como un vasto mar de lana que cubriera la tierra,...". El caudal poético de la viajera es modesto, y fundamentalmente se apoya en una suerte de lugar común pos-romántico que enuncia así:

> *El sentimiento que lo sublime imprime en la mente se asemeja al terror.*

Aquí, el tópico del característico desasosiego que causa la confrontación con la naturaleza, guía la pluma de Stone. Lo romántico-costumbrista se intercala en observaciones geo-morfológicas, consideraciones sobre la ruta del ascenso, y las omnipresentes referencias a la presión atmosférica, altitud y temperatura. A veces toca una nota religiosa, producto de una exaltación irreprimible: "El pastor, de pie y solo en el desierto, con una bolsa de piel colgada al hombro y un cayado en la mano también nos recordaba a San Juan Bautista".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

En esta dimensión moral de lo superior, encontramos, cómo no, a La Orotava y su valle, que similarmente provoca en la viajera inglesa el sentimiento de hallarse en los "Campos Elíseos". Por una parte la dulzura de esta tierra fértil y florida la tienta, sugiriéndole que este es el clima idóneo para la creatividad:

> *Deseé poder vivir en este lugar encantador y escribir sobre los encantos de La Orotava, rodeada de adelfas y magnolias. Mi pluma seguramente fluiría con más soltura y plenitud en un ambiente tan tranquilo y poético.*

Un mecanismo corrector surge del fondo de su personalidad y la fuerza a desechar esta seductora idea, para convencerla de que un mundo semejante "debilita", y que Inglaterra, "con sus rudos vientos, cielos sombríos y clima frío, les proporciona a sus hijos e hijas la energía que le ha dado fama y la ha colocado a la vanguardia de las naciones". Una afirmación patriótica y nacionalista ahoga el abandono a la suavidad existencial de las islas, cortando "el mal" de raíz, reprimiendo el encanto de aquellos jardines que tanta maravilla producen. La fusión de Olivia Stone con el lugar visitado no puede ser completa, ella no puede perder los valores que como inglesa representa. Todo el espíritu de su viaje y el acierto de su escrupulosa observación se derrumbarían si ella se entregase a la sensualidad. Es ésta, quizás, una de las claves psicológicas de la tensión necesaria para poder estar en un país extranjero las veinticuatro horas como observadora y analista de la realidad. En este sentido, todo libro de viajes se hace una crónica neurótica, que a la vez que penetra en el alma de un mundo foráneo se erige en barrera y se distancia. Si la crónica trasciende este peligro neurótico, entonces el viaje es iniciático. Si, al contrario, no lo traspasa, el viaje queda como tal, se cumple a sí mismo, sin por ello perder emotividad o profundidad. Este último es el caso de Tenerife y sus seis satélites.

La superioridad turística y estética de La Orotava es, no obstante, tema de envidia santacrucera, ya que Stone transcribe las informaciones que sin duda los ilustres habitantes del municipio le dieron sobre este asunto. El viaje llega al conocimiento de las renci-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

llas comarcales y las pugnas por la hegemonía que subyacían en Canarias:

> *Los que conocen La Orotava pasan por Santa Cruz y se apresuran a trasladarse a ella. De ahí que Santa Cruz sienta envidia y haga lo que pueda para contrarrestar la influencia de La Orotava.*

El deleite natural que le ha causado la visita al frondoso valle se ve intensificado por la experiencia del jardín aristocrático canario, cuyo umbrío verdor Stone no vacila en calificar de "inglés". La emoción y la belleza de estos vetustos y ensoñadores lugares no tienen parangón en otras islas. La Orotava, junto al esplendor natural de su vegetación ofrece simultáneamente el encanto de la naturaleza domada y ajardinada, un atisbo selecto y refinado de la privilegiada relación que la clase aristocrática a veces ostenta con la naturaleza.

El jardín de la Marquesa de la Quinta es un alarde de aromas y flores: "Los aromas son deliciosos, es imposible decir de dónde vienen ya que cada planta parece desprender su propio perfume,...". Por otra parte, con el hijo del Marqués de Candia, don Alberto Cologan, visitan los restos del "enorme castaño plantado en 1493", en el jardín de esta familia, de cuyo tronco original no quedaba sino la memoria, aunque ya había retoñado un nuevo árbol de las antiguas ramas. En el caso de la Marquesa del Sauzal, el interés lo acapara el famoso Drago, que fue destruido por dos tormentas. En este jardín Stone alaba la mano cuidadora y el orden que imprimen "sentido" a la natural pujanza de la naturaleza, estableciendo una similitud cultural a raíz de sus observaciones:

> *No es fácil, en un país donde todo crece tan rápidamente, mantener un jardín en el orden al que estamos acostumbrados en Inglaterra pero el de la marquesa, aunque conserva el aspecto silvestre que le da el carácter salvaje de la naturaleza, está, no obstante, marcado por la moderación que imparte el orden.*

Quizás no abunden las referencias naturalistas en lo que concierne al viaje a La Palma. Prima, el intenso verde, y la comparación con la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

"isla Esmeralda", que se hace ya socorrida. Ve por primera vez cómo actúa la "lluvia horizontal": "Los bosques con su exuberante follaje y maleza, la humedad de las nubes depositada sobre las hojas y goteando, dándole a todo un toque verde brillante,...". La finca de los Sotomayor cerca de Santa Cruz de La Palma, parece como un icono del jardín umbrío de La Orotava, y estampa en la pantalla de Olivia Stone la ya manida imagen de "El jardín de Edén":

> *Sensuales adelfas, brillantes geranios de diez pies de alto, la preciosa belesa, eucaliptos de amplias ramas, bálsamos, plátanos, naranjos y numerosas plantas más conocidas y desconocidas, compiten unas con otras en convertir este lugar encantado en un Jardín del Edén.*

Tamaño insólito y aterciopelada textura diferencia a los helechos de La Gomera. Ascendiendo hacia El Cedro, "gloriosos helechos nos acariciaban al pasar, con frondas de dos y tres pies de largo, suaves y delicadas en lugar de duras y ásperas,...".

El Hierro es la isla verde que más excitante le resulta a la señora Stone, ya que la pisa consciente de su aislamiento y lo remoto de su realidad. Hay algo que aún es "desconocido" en El Hierro, una sensación de tierra virgen que se traduce en una especie de júbilo contenido, un frescor que ella intuitivamente reconoce como único.

La tala y el modo de talar el bosque canario suscita en la observadora un profundo rechazo. Al igual que la crueldad que arrieros y guías muestran a sus bestias, la depredación de los recursos forestales es objeto por parte de ella de una airada denuncia. El pino canario y en general el pinar, le parece a ella encantador y tranquilizante, ya que "Nada hay de tenebroso en un bosque de pinos, y sin embargo, el silencio es intenso". Los pinares, al carecer de sotobosque y maleza crean una inimitable sensación de apertura espacial, la hoja del árbol al ser mecida por el viento hace un grato sonido, y una vez que cubre el suelo como aguja amortigua el ruido. En este espontáneo loor del pino, late un amor nórdico que ya cantó Olivia Stone en su viaje a Noruega. Es curioso que lo entronice como ele-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mento supremo del bosque canario, sin duda más cercano a la laurisilva si queremos encontrar su característica principal. Stone ve cómo en La Palma se tala mediante la práctica de quema, agujereando el tronco y después prendiéndole fuego hasta provocar su caída. Ella denuncia el ritmo atroz de la deforestación, les grita a los palmeros que sus árboles no son infinitos, dice cuando está en La Gomera: "Ojalá tuviera una pluma apasionada con la que suplicar, rogar, ordenar, amenazar o hacer lo que fuese para que las autoridades impidiesen de verdad la destrucción enorme y desenfrenada de árboles que se está realizando".

Antes, durante la subida al Teide, comprueba lo que ya ha podido leer en la Biblioteca del Museo Británico. Que el gran bosque prístino fue víctima de la Conquista. Acto seguido, inculpa a los españoles de tal masacre natural, y más adelante a las "autoridades". Sin embargo, Stone no penetra en la espiral arboricida de Canarias. Cuando los descendientes toman conciencia de los efectos nefastos de la tala incontrolada, la prohiben. Desde las décadas de la segunda mitad del dieciséis se publicaron edictos prohibiendo el abuso de la tala, y a la vez, la apertura de las islas al comercio occidental les impulsaba a "destruirlas". La sincera y angustiada preocupación de Stone en 1885 toca uno de los registros más amargos, y más actuales, de nuestra historia.

Sociedad y progreso

Muchos rasgos del paisaje que la viajera enumera metódicamente nos son aún conocidos. Más distantes se presentan toda una serie de factores sociales, ciertos usos y costumbres normativos en las Canarias de 1885 que han desaparecido completamente de nuestro comportamiento social actual. La intimidad y familiaridad con que se trata a los cadáveres en las islas no deja de escandalizar a la señora victoriana, para quien tal contacto con los restos mortales es inimaginable. La Inglaterra victoriana prescribía una actitud higiénica hacia todo aquello que concernía a la muerte física (aunque en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

los guetos marginales de Londres los más pobres morían en condiciones inenarrables). Esta actitud higiénica abarcaba además el ámbito de lo emocional, medicina social y psicología individual formando una conducta específica. El gran Foucault analizó en su Historia de la sexualidad *la estricta división entre las funciones del cuerpo y la decencia familiar, que exigía una especie de ocultamiento de lo natural. El sexo, la defecación, la muerte, eran eventos que debían permanecer aislados. Por eso, no debe sorprendernos la reacción de Stone cuando contempla la fosa común del cementerio de Las Palmas y el grotesco amasijo de cuerpos en diversos estados de descomposición (tal espectáculo también nos resultaría chocante a nosotros). Asimismo anota la explicación que un cura palmero le ofrece sobre cómo se constituye el osario de su iglesia (a los tres años los cuerpos se desentierran y los huesos se depositan en pilas). Le asombra que los nichos del cementerio de Las Palmas se alquilen, y que sus moradores puedan ser desahuciados por impago y tirados a la fosa común. En estos casos Stone se encuentra en unas manifestaciones en la cultura de la muerte puramente medievales, especialmente en el tema de los osarios, práctica arcaica que sobrevive en la España decimonónica. Menos fuerte es la costumbre, según ella aborigen, de colocar una mano del fallecido sobre el pecho y la otra estirada contra el cuerpo.*

Extraña e imposible nos resulta la posibilidad de poder buenamente visitar el interior de las cárceles y de los juzgados, costumbre a la vez cruel e inocente que le permite al visitante conocer una faceta reveladora de una sociedad. Observa Stone lo informal que parece la cárcel de La Palma, donde los reclusos y reclusas traen sus colchones y ropas, hacen labores productivas y se pasean relajados. Escapar es una probabilidad remota, por tanto la disciplina es distendida. Contrasta esta atmósfera penitenciaria con el clima tenso de nuestros hacinados penales. La visita a la cárcel de La Palma muestra un candor que nos habla de un mundo más benévolo. Quizás grotesco pudiera parecer el garrote vil, o las pruebas incriminatorias que los oficiales del Juzgado de Las Palmas exhiben sin reservas. Al pasear por el interior de la cárcel, éstos narran los crímenes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y fechorías de los condenados, lo que a Stone le resulta de mal gusto al atentar contra la intimidad de la persona. (No hay que olvidar que tales visitas a las cárceles y los manicomios eran parte del programa ético de la Ilustración, que ofrecía el espectáculo de la desgracia para enardecer la moral social.)

"Aquí están estas islas que podían ser las más brillantes joyas de la corona española, frustradas, restringidas y gravadas por unos impuestos que no guardan proporción alguna con sus recursos." Olivia Stone es una dura crítica de la injusticia impositiva a la que se ve sometida toda la vida económica insular. En cada isla visitada recoge las quejas justas de campesinos y empresarios que deben soportar unas cargas abusivas dado el volumen de una producción más bien pequeña y limitada. Nos dice que el trigo es objeto de doble impuesto, uno cuando está en el campo, como cosecha, y otro cuando se procede a la elaboración del pan, como alimento. Para ella, el gobierno central de la nación hace oídos sordos a las peticiones canarias, y por tanto, se erige en contra del progreso general de las islas. Acto seguido nos informa, con evidente orgullo, que toda iniciativa comercial e industrial importante tiene su origen actualmente en el dinamismo inglés o irlandés, y cita como datos la infraestructura carbonera en el Puerto de la Luz y el tendido del cable telegráfico submarino. Reconoce, eso sí, que el gobierno español es un socio pasivo al subvencionar tales reformas. Estando en Fuerteventura al término de una larga sequía que se prolongó durante siete años, se enfurece al saber cuál fue la respuesta oficial del gobierno central a una razonable petición majorera. Viéndose reducida la agricultura y el comercio de esta isla a mínimos debido a la trágica escasez de lluvias, la isla solicitó que su carga fiscal fuese levantada hasta una fecha en que existiera una recuperación económica. De acuerdo, dijo Madrid, siempre y cuando las demás islas compartan y compensen la carga fiscal de Fuerteventura. Para complicar más la situación de incertidumbre económica que padecían las islas, en la década de 1880 la moneda no estaba aún regularizada, encontrando la viajera enrevesados cálculos de dinero, que implican monedas viejas y otros valores más recientes. En el interior de las islas llega a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ver cuartos, antiguas peluconas de oro y plata troceadas, tostones, y otras denominaciones que dificultan las operaciones mercantiles.

Esta realidad económica y la insensibilidad centralista crean un caldo de cultivo idóneo para el deporte de la corrupción que Stone ve como lacra omnipresente, y que quizás denuncie un tanto a la ligera al decir que afecta a todos los rangos del funcionariado. El clima de la corruptela es algo que todos los isleños le cuentan, al igual que le dicen que para ellos defraudar al fisco es algo natural. Contra el descontrol, el desconocimiento y la insensibilidad hacia lo canario por parte del gobierno Stone sugiere, con encantadora ingenuidad, que España debe abandonar su política exterior, que sólo le conduce a más fracasos internacionales, y concentrarse en la "reforma interna", tal como recetaría el regeneracionismo finisecular. Esto nos revela que su sentido común es sólido, y que su análisis de la realidad socio-económica canaria es bastante certero, a pesar de su emotividad. En la tónica de la crítica de la inglesa, apreciamos una tendencia a identificarse con lo insular y lo canario, más allá de esquemas puramente racionalistas e ilustrados. Esta identificación brota de la apasionada defensa que ella hace de la diferencia racial canaria.

Una mezcla de prejuicio anti-español contemporáneo y un apasionamiento que la lleva a cantar la gloriosa resistencia de los aborígenes durante los cien años que duró la conquista europea de las islas, hace que Stone distinga a los canarios como una raza aparte, diferenciada de los españoles y a la cual se puede considerar más inteligente y más noble. En cada isla menciona cómo se realizó la conquista, y gusta de evocar cómo fueron las luchas, cómo pudieron resistir los alzados y cómo éstos al final se vieron abocados a la rendición y a la pérdida de su libertad querida. Sin duda en su carácter existe una espontánea admiración hacia los "pueblos libres" e independientes, a quienes tanto conquistaron los ingleses. Por otra parte, no es exagerado presumir que en las conversaciones que ella mantuvo con D. Agustín Millares y D. Gregorio Chil, su afición por la independencia de los pueblos nobles se vio reforzada por el entusiasmo científico y socio-mitográfico que había cuajado en el pensa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

miento histórico y político de la burguesía liberal canaria. Tampoco es descabellado pensar en que existía un gusto popular por lo aborigen que le hace recordar los traumas y horrores de la conquista. Stone visita en Tirajana una "casa aborigen", de planta circular, cuya estructura y construcción describe en su habitual cuidado. Vuelve un par de veces a investigar el ya desaparecido cementerio de La Isleta, para poner a prueba la hipótesis de George Glas sobre la orientación cardinal de los enterramientos (su marido le enviará una carta al editor del Times, *denunciando el expolio que sufren los camposantos aborígenes tanto en La Isleta como en Agaete donde aún existía una necrópolis). Ver apéndice. Este contacto más directo y abundante con lo arqueológico, le imprime una fuerza nostálgica a la idea que ella se forma del pasado étnico y espiritual canario. Stone identifica dos factores en la formación del carácter canario, la descendencia aborigen (y la posterior fusión de sangres) y el aislamiento de la historia insular, lo que ha producido "una raza que es completamente diferente en carácter y aspecto". Basándose en sus propias pesquisas etnográficas realizadas antes del viaje, llega a la conclusión de que los guanches eran superiores al descender de "los bereberes... claramente superiores a sus vecinos en inteligencia, capacidad de trabajo y actividad".*

Aunque pre-tecnológicos, eran avanzados en cuanto a su "civilización", y en conjunto, ella los denomina como un "pueblo maravilloso". Sin embargo, a la hora de criticar ciertos comportamientos negativos o características "inmorales", la inglesa se refiere a lo español y al español, y no a lo canario. Los aspectos negativos del carácter son pues asimilables a unas distorsiones nacionales (las peleas de gallos, la crueldad hacia los animales, el amor por la ostentación, la holgazanería), y así Stone preserva de la crítica a los insulares. Evidentemente, esta confusión revela grietas en su análisis racial y en el alcance de sus ideas sobre la personalidad canaria, que durante cinco siglos se ha modificado, haciendo mucho más arduo separar y distinguir lo netamente "español" en su constitución, además de que la división en polos positivos y negativos de una personalidad nacional o insular no es ciencia cierta. La animosa identificación de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Stone con lo canario le inspira constantes sugerencias progresistas para remediar la pobreza radical de ciertas islas menores, mejorar la producción industrial y agrícola o introducir nuevos comercios. Anota en varias ocasiones lo negativa que ha sido la práctica del monocultivo de la cochinilla, puesto que esto supuso el abandono de otros cultivos, y trajo una irresponsable cultura del lujo y el dispendio al calor de las fortunas que se amasaron con cierta facilidad. A ella, el cactus de la cochinilla le parece una planta horrible, y menos mal que la química europea inventó las anilinas y puso fin al dislate de la cochinilla. Su observación sobre el antiguo cultivo de la barrilla carece de vehemencia crítica, ya que esta producción jamás consiguió desequilibrar la agricultura regional. En Tenerife y en Gran Canaria se interesa por el tabaco, y nos transmite los temores de los cosecheros y productores de entonces: falta de profesionalidad en el recortado y enrollado de la hoja, y problemas de sobrefermentación. No obstante, la cifra previsible de una exportación que rondará los 2.000.000 de libras anuales le hace pensar que se trata de una futura industria. Le sorprende ver todavía el uso de arados tirados por bueyes, lo que significa que la tierra arada se pisa, e insiste en la conveniencia de la pala mecánica, que ya usaban majoreros y conejeros. Le parece una superstición la costumbre de ordeñar el ganado sólo una vez por día. La magnífica calidad de los higos herreños le sugiere que se podrían exportar a Inglaterra, donde sin lugar a dudas pronto rivalizarían con los higos de Esmirna que habían saturado el mercado inglés. Insta a los canarios a desarrollar la exportación y comercialización de la fruta, algo que de hecho ocurrió en décadas posteriores. Como muestra de sugerencias regionales podemos citar su petición para que el gobierno regularice las tarifas de los transportes interinsulares, y para que se mejore tanto el servicio como los navíos disponibles, unas poco higiénicas goletas. Aboga también por la racionalización de los precios de los artículos de consumo.

Avanzada es la opinión sobre la conservación del medioambiente que nos expresa la narradora. Ya mencioné su defensa del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pino canario, y del irresponsable sistema de tala mediante fuego que ella vio en La Palma. Sus ideas para una infraestructura turística suelen reflejar lo que los vecinos y alcaldes de un municipio anhelan. Así, estando en Agaete, recibe una lista con diez puntos de interés turístico sobresaliente, que hacen de Agaete y su valle un destino privilegiado. La Orotava y el Puerto de la Cruz son otros puntos estratégicos esenciales en la valoración turística de Stone. Fue a partir de su visita, y sobre todo en los 90 del siglo XIX*, cuando comienza a consolidarse el turismo inglés, y aparece un estudio de John Whitford,* The Canary Islands as a Winter Resort *(1890, Stanford, Londres). Sugiere que las "purpurarias" se incluyan en futuros itinerarios, dada la belleza de sus parajes y la benevolencia de su clima. Una muy aguda observación nos indica la sensibilidad de Stone para con el medio natural canario, y se nos presenta como partidaria de la protección medioambiental, algo implícito ya en su defensa de la tala del árbol. Identifica al interior de las islas como zona de delicados equilibrios medioambientales, ecosistemas a proteger, y desea que "el turista promiscuo del siglo* XIX *se limite a las más cómodas ciudades".*

Para finalizar este pequeño análisis de los mil folios que componen los dos volúmenes de Tenerife y sus seis satélites, *falta nombrar a algunos de los colaboradores insulares que hicieron posible el viaje de Olivia Stone, que se nutrió de un espíritu generoso y de una hospitalidad poco usual en el mundo europeo de 1885. Gran parte del conocimiento sobre lo canario que adquiere Stone con asombrosa rapidez se debe a informaciones de sus anfitriones y entrevistados, al margen de su capacidad para retener datos e investigar. No pretendo hacer una criba, ni que los nombres que cite a continuación se interprete como una selección. El espacio hace imposible una nomenclatura más abundante, pues tan importante como consignar apellidos de patricios canarios sería mencionar a aquellos guías y sirvientes que ayudaron al matrimonio inglés a vencer todas las incomodidades de las rutas rurales canarias, en aquel entonces verdaderamente agrestes.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

En Gran Canaria, la ayuda tanto del Dr. Gregorio Chil como de D. Agustín Millares fue valiosa para acceder al interior de las islas, ya que ellos brindaron cartas de presentación a distintos amigos suyos por toda la geografía regional e introdujeron a Olivia Stone a fuentes bibliográficas que ella no conocía para ampliar su perfil histórico y social de Canarias. Los cuidados de la Sra. Quiney y el Sr. James Miller fueron importantes en Las Palmas. El cónsul inglés en Lanzarote, el Sr. Newman Topham, y el Sr. Louis Renshaw de Orea en La Orotava prestaron servicios. Don Antonio María Manrique, don Ruperto Vieira y doña Clodosinda Vieira en Lanzarote. Don Alberto Cologán, la Marquesa del Sauzal y la Marquesa de la Quinta en La Orotava. Los Sotomayor en La Palma, don Pedro Brito y don Marcial Velázquez en Fuerteventura.

Por último, quisiera decir algo sobre la "Colección de Viajes", proyecto editorial que tiene como primer número este libro de Olivia Stone. La intención y filosofía de esta iniciativa es sacar a la luz aquellos libros de viajes, estudios turísticos, análisis socio-económicos y visiones exteriores de Canarias que se fraguaron a lo largo del siglo XIX, era durante la cual lo canario y Canarias fue objeto de redescubrimiento por parte de la Europa septentrional. Comprende pues una tarea a largo plazo de traducción de originales que han permanecido sin reeditar tras la primera edición en su país y lengua de origen, que irá siempre acompañada de un prólogo crítico y contextualizador. Así, podremos ahondar en la historia de la percepción exterior de Canarias, en el estudio de nuestra imagen y en el desarrollo crítico de la autoconciencia.

En lo que respecta a esta reedición del libro, primera versión en castellano, que es fiel traducción del original inglés (Ed. Marcus Ward and Co. Ltd., London 1887), cabría destacar las siguientes puntualizaciones. No se ha hecho omisión de ninguna parte del texto de la autora, suprimiéndose únicamente un índice general de nombres que figuraba en uno de los apéndices del original, al considerar que tal relación onomástica carecía de sentido para un lector insular familiarizado con la toponimia de Canarias. Todas las tablas relativas a temperaturas climáticas, gastos de viaje y demás informa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ción se han traducido y respetado, incluyendo la carta que John Harris Stone, marido de Olivia, escribió al Times *pidiendo que el patrimonio arqueológico canario se conservara y cesaran los expolios a que se veía sometido. Por otra parte, los anuncios originales de la edición londinense se han reproducido facsimilarmente, al igual que los grabados realizados a partir de las fotografías que tomó John Harris Stone durante el periplo canario. Los titulillos de cada página son los mismos. Así se pretende preservar el sabor de aquella época y la elegancia editorial de Marcus Ward.*

Debemos agradecer a Rosa Naranjo sus sugerencias e información en los inicios de este proyecto. También a todo el personal del Museo Canario y en particular a Saro Guerra y Juan Gómez que hacen nuestra estancia en la biblioteca de la institución más grata. Por último y no en menor medida, a Agustín Ballón del Pto. de la Cruz de Tenerife, por la cesión para su reproducción fotográfica de las copias originales de John Harris Stone que integran un apéndice especial, al final del segundo volumen de esta obra, permitiendo al lector comparar los grabados ilustrativos con los modelos fotográficos.

JONATHAN ALLEN HERNÁNDEZ

Las Palmas de Gran Canaria
Mayo de 1995

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

TENERIFE
Y SUS SEIS SATÉLITES

O

Pasado y presente de las Islas Canarias

POR

OLIVIA M. STONE

Con mapas e ilustraciones de fotos tomadas por
HARRIS STONE, M.A., F.L.S., F.C.S., Barrister-at-Law

NUESTRO CAMPAMENTO JUNTO AL MAR, GUÍA, TENERIFE

EN DOS VOLÚMENES

VOL. I
TENERIFE - LA GOMERA - EL HIERRO - LA PALMA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

A

HARTRICK, DUDLEY

Y

ERIK

LES DEDICO ESTE LIBRO

11 de septiembre de 1887

O. M. S.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

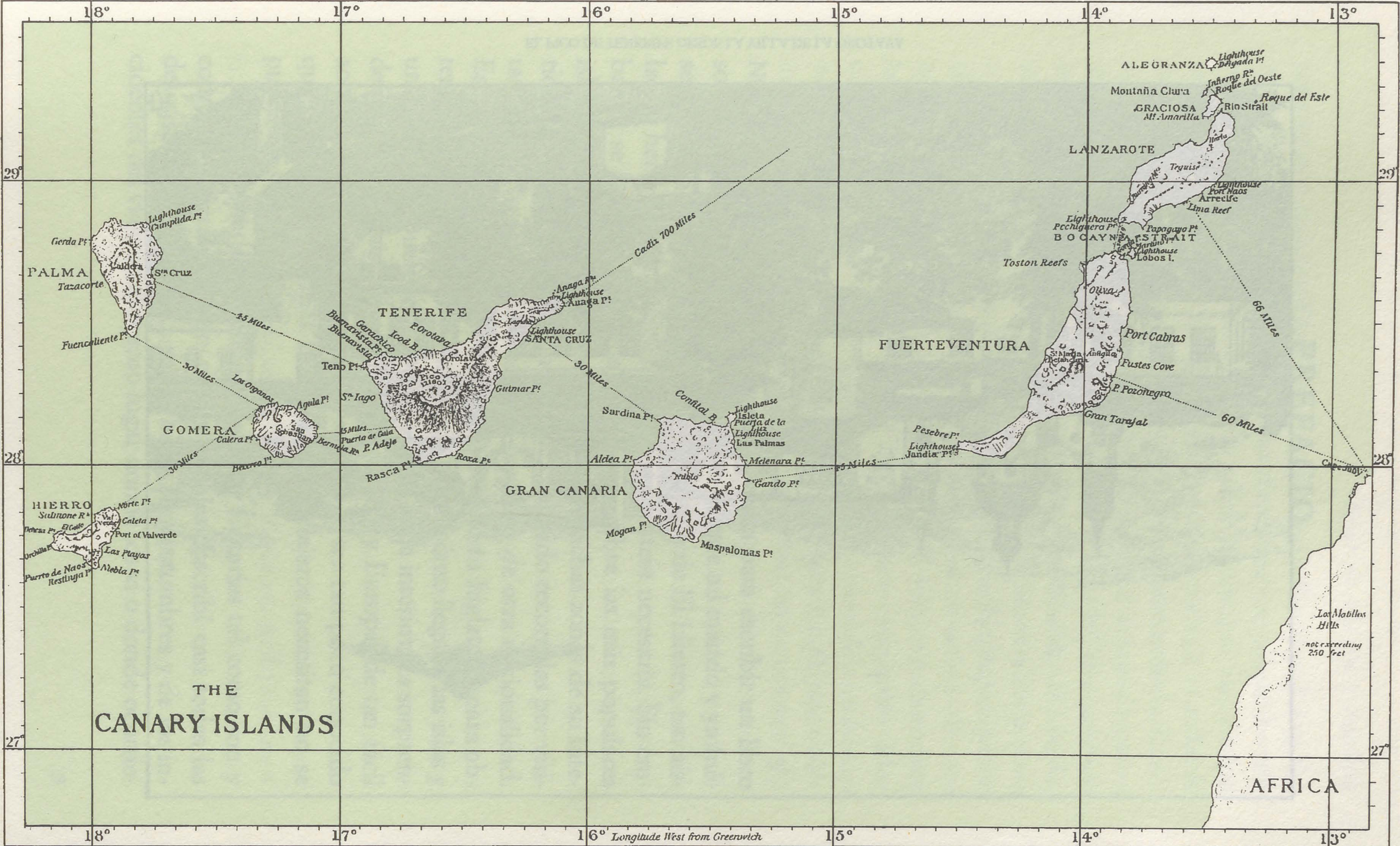
El océano circundante nos espera, así que ¡vayamos, allí donde la naturaleza sonríe,
Aquellas hermosas tierras, aquellas bienaventuradas tierras, las Islas ricas y felices!
Donde Ceres, año tras año, corona la tierra virgen con gavillas,
Y los racimos morados doblan la vid, sus hojas aún sin podar;
Donde el olivo crece y retoña, siempre fiel a su promesa,
Y el higo bermejo adorna el árbol, sin que haya sido injertado;
Donde la miel rezuma de los robles huecos, y los riachuelos de cristal
Bajan bailando tintineantes desde las colinas que dividen el cielo;
Allí se acercan las cabras a los cubos, sin que las llame ningún dueño,
Y el amistoso rebaño regresa a casa con las ubres rebosantes;
Ningún rudo oso ronda allí el redil a media noche,
Ni está plagada la fértil y palpitante tierra de víboras ni serpientes;
Ninguna enfermedad destruye allí los rebaños, ni estrella alguna
Daña las sudorosas manadas con la furia de su calor implacable.
Ni es ésta la única felicidad que nos espera allí, donde ninguna lluvia, torrencial,
Que el húmedo Euro empuja, asola nunca las llanuras,
Ni se queman las semillas, plenas de vida, en los sedientos terrones,
Porque el Rey de todos los Dioses armoniza allí las estaciones con gran bondad.

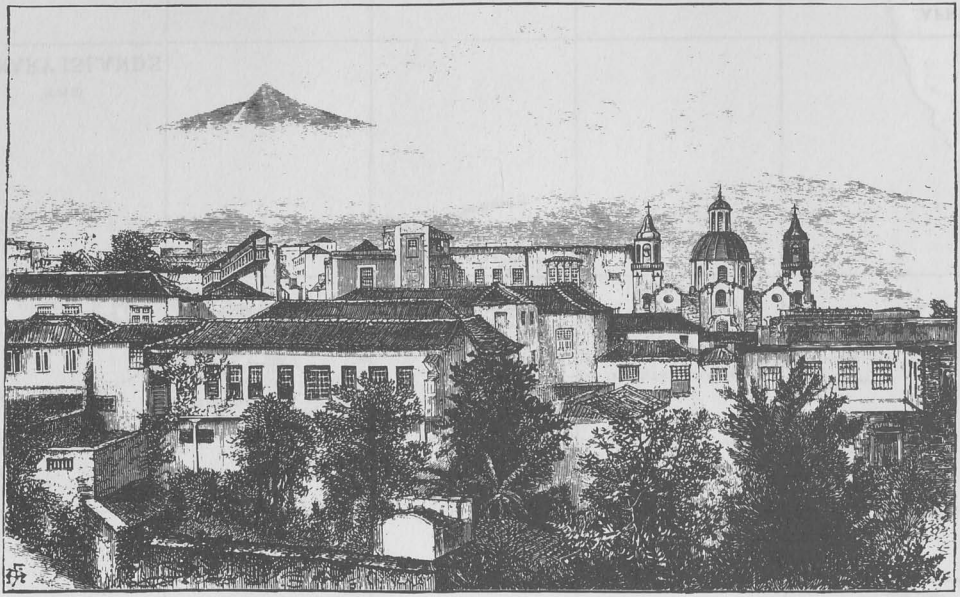
* * * *

Ya que Júpiter, cuando contaminó la Edad de Oro,
Esa dichosa región apartó para que los justos pudieran disfrutarla.

HORACIO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024


THE
CANARY ISLANDS
PALMA
Tazacorte
Gerda Pt
Lighthouse Cumplida Pt
Caldera
Sta Cruz
Fuencaliente Pt
45 Miles
30 Miles
GOMERA
Los Organos
Agula Pt
Calera Pt
Bermeja Rs
Bexerro Pt
15 Miles
Puerta de Guia
P. Adeje
HIERRO
Salmone Rs
Norte Pt
Caleta Pt
Port of Valverde
Las Playas
Puerto de Naos
Restinga Pt
Niebla Pt
TENERIFE
Buenavista Pt
Garachico
Icod B
P. Orotava
Teno Pt
Sn Iago
Guimar Pt
Rasca Pt
Roxa Pt
Anaga Rs
Lighthouse Anaga Pt
Lighthouse SANTA CRUZ
Cadiz 700 Miles
30 Miles
Sardina Pt
Confital B
Lighthouse Isleta
Puerta de la Luz
Lighthouse Las Palmas
Aldea Pt
Melenara Pt
Gando Pt
GRAN CANARIA
Mogan Pt
Maspalomas Pt
25 Miles
FUERTEVENTURA
Pesebre Pt
Lighthouse Jandia Pt
Toston Reefs
Oliva
Port Cabras
Fustes Cove
P. Pozonegro
Gran Tarajal
Lobos I.
Lighthouse Pechiguera Pt
Papagayo Pt
BOCAYNA STRAIT
Lighthouse Lobos I.
Lima Reef
Arrecife
Lighthouse Port Naos
Teguise
LANZAROTE
Roque del Este
Roque del Oeste
Rio Strait
Montaña Clara
GRACIOSA
Mt Amarilla
ALEGRANZA
Lighthouse Delgada Pt
66 Miles
60 Miles
Cape Juby
Los Matillos Hills
not exceeding 250 feet
AFRICA
18°
17°
16°
15°
14°
13°
29°
28°
27°
Longitude West from Greenwich



EL PICO DE TENERIFE DESDE LA VILLA DE LA OROTAVA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

PREFACIO

NO CREO QUE HAGA falta ninguna excusa para escribir un libro sobre las Islas Canarias. El solo hecho de que mi marido y yo fuésemos los primeros ingleses en visitar la isla de El Hierro, tan aislada y hermosa, sería excusa suficiente si fuese necesaria. Sin embargo, se necesita un trabajo moderno sobre las más populares islas de Tenerife y Gran Canaria ya que muchas zonas de su interior, que nosotros exploramos, nunca han sido recorridas por visitantes ingleses, y pocas veces por personas de otra nacionalidad. Es increíble la enorme dificultad que existe en Inglaterra para obtener cualquier tipo de información sobre cómo llegar a las islas y una vez en los puertos de éstas, sobre la zona interior. Es sorprendente que un país tan cerca de Inglaterra y Europa, de tan fácil acceso y que posee un clima tan saludable, sea tan poco conocido que la información más básica que los viajeros necesitan no se pueda conseguir.

He intentado representar las Islas Canarias tal como son y como las descubrimos en nuestros viajes. Escribí casi todas las descripciones del paisaje, de los hábitos y costumbres y de los incidentes del viaje en el mismo lugar donde los vi o donde ocurrie-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ron, por lo tanto, las carencias de estos volúmenes en cuanto a sutileza literaria, se verá ampliamente compensado, o al menos eso espero, por la frescura de las descripciones y la veracidad de los detalles.

La buena acogida que tuvo mi obra anterior sobre Noruega, y especialmente sus prácticos apéndices en los que indicaba el costo exacto del viaje, me ha llevado a escribir esta obra en un estilo similar, por lo tanto, ofrezco un resumen de todos los gastos necesarios relacionados con nuestro viaje hasta allí y con nuestra visita al archipiélago, donde recorrimos las siete islas habitadas.

Un punto necesita explicación. Abandonamos las islas en la primavera de 1884. Así que ha transcurrido un tiempo considerable desde que estuvimos allí. Debido a una grave enfermedad que duró dieciocho meses, causada por un exceso de trabajo y mi preocupación por publicar estos volúmenes tan rápida y completamente como fuese posible, sólo ahora he podido concluir mi labor. Sin embargo puedo decir con toda confianza que el largo intervalo ha beneficiado la obra. Mis amigos residentes en las islas me han mantenido informada con regularidad de cualquier cambio que afectara a los hoteles y a la comunicación entre Inglaterra y las islas, y entre las propias islas. También he podido madurar mejor la enorme cantidad de información acumulada sobre el tema, tanto la obtenida durante nuestros viajes en el archipiélago como la de los libros que he consultado sobre las islas. Creo que he consultado todas las obras existentes en inglés, español, francés o alemán que tratan, incluso remotamente, el tema.

Los ocho mapas que acompañan estos volúmenes están basados en nuestras propias observaciones e información, utilizando como base los mapas costeros del Almirantazgo británico. He de reconocer la gran ayuda prestada por Don Marcial Velázquez en la preparación del mapa de Fuerteventura. Fue muy generoso al entregarme un modelo en relieve muy bien ejecutado del interior, que él mismo había realizado. Los mapas individuales de las siete islas no son a escala; sus tamaños relativos pueden verse, sin em-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bargo, consultando el mapa del archipiélago. Las líneas sencillas que surcan las islas son caminos, las líneas dobles y paralelas, carreteras. Quisiera dar las gracias a todos los amigos de las islas, tanto ingleses como españoles, que me han ayudado en mis esfuerzos por ofrecer una descripción real y auténtica del archipiélago y de sus habitantes. He de agradecer al Sr. Edwards, nuestro vicecónsul en Santa Cruz de Tenerife, a los Sres. John y Hugh Hamilton, al Sr. Louis Renshaw de Orea, al Marqués de Candia, al Sr. G. B. Nixon, al Sr. John Swanston, al Sr. James Miller, nuestro vicecónsul en Gran Canaria, y al Sr. John T. Topham, nuestro vicecónsul en Lanzarote, su amabilidad al ayudarnos a obtener información veraz. El Sr. A. H. Béchervaise se ha tomado la molestia de suministrarme tablas meteorológicas originales, para complementar las observaciones que nosotros mismos hemos hecho, compiladas expresamente para esta obra, cuyo resumen, incluido en el apéndice, será de gran utilidad. Nuestro agradecimiento y el de todos aquellos interesados en las islas por este cuidadoso trabajo. El Sr. Hjalmar Öhrvall, de Upsala, me ha enviado amablemente una copia de las temperaturas que tomó en una de las islas durante los meses de invierno de 1883-1884. Al Sr. Pelham Ogle le estoy profundamente agradecida por sus meticulosos y valiosos análisis de las muestras de agua minero-medicinal de Firgas y Agaete que trajimos con nosotros. Nos es imposible agradecer suficientemente la bondad que nos mostró el señor Don Gregorio Chil y Naranjo, un historiador de las Islas Canarias. Su permanente cortesía y generosidad le han granjeado nuestra eterna amistad. Finalmente, quisiera agradecer al Dr. Garnett, del Museo Británico, su ayuda al buscarme cualquier libro que tuviese alguna relación con el tema.

Para adelantarme a toda acusación que pueda hacérseme, permítaseme decir de inmediato que mi marido y yo hemos escrito varios artículos relacionados, directa o indirectamente, con las Islas Canarias en muchos periódicos y revistas, cuyo contenido y quizás incluso, en algunos casos, las palabras, se podrán encontrar en este trabajo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Quisiera decirles a todos mis amigos insulares que puedan leer este libro que todo lo que he escrito, ya sea sobre sus virtudes o defectos, siempre lo he hecho inspirada por mi aprecio por los habitantes y mi amor por su feliz patria, las Islas Afortunadas.

O. M. S.

Septiembre, 1887

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LONDRES • SANTA CRUZ

I

¡Venid a mi tierra del sol! ¡Venid conmigo
A la tierra que amo; donde el sol y el mar
Se han unido para siempre: donde la palma y el pino
Están llenos de cantores; donde el árbol y la vid
Poseen las voces de profetas! Venid, y cantaréis
Una canción junto a los mares que se arremolinan
Y besan las manos de la muchacha blanca y fría,
De la luna virginal, con su manto de azul.

JOAQUÍN MILLER

TIENE CIERTO ENCANTO en este civilizado siglo diecinueve el encontrar, a no demasiada distancia de Inglaterra, una tierra tan poco conocida y sobre la que tan poco se ha escrito como el archipiélago de las Islas Canarias. No se debe a su insignificancia el hecho de que noventa y nueve de cada cien personas cultas sepan muy poco o nada de dichas islas, ya sea geográfica o históricamente.

Antiguamente las Islas Canarias eran bien conocidas. En tiempos de Homero y Hesíodo y Píndaro eran las "Islas Afortunadas". Estrabón las llama "Islas de los Felices", y desde tiempos mitológicos Estacio Seboso y Plinio las han denominado "Jardín de las Hespérides". Se mire como se mire, se merecen en la actualidad los agradables nombres que les han dado en el pasado, y las Islas Felices de los griegos y romanos son, verdaderamente, las Islas Felices del presente. Podemos preguntarnos cómo han caído tan completamente en el olvido y me temo que sólo podremos encontrar una respuesta al constatar que son una provincia de España. Ese reino, en cierto momento poderoso, que conquistó medio continente y supuso un adelanto colosal para el conocimiento del mundo, ha quedado –no sé si decir si a causa de sus crímenes– reducido a una potencia de tercera clase. Es imposible no creer en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cierta némesis práctica, y ¿quiénes la han merecido más que los despiadados y crueles conquistadores de México y Perú? Dondequiera que España y su mal llamado cristianismo se han lanzado, espada en mano, contra los pacíficos aborígenes, la crueldad y el derramamiento de sangre se implantaron hasta lograr el exterminio de los nativos, y los conquistadores, al tomar posesión de una tierra que apestaba a matanza, han agradecido al Cielo, de forma blasfema, el progreso del cristianismo que tan maravillosamente se ha conseguido con aquellas acciones.

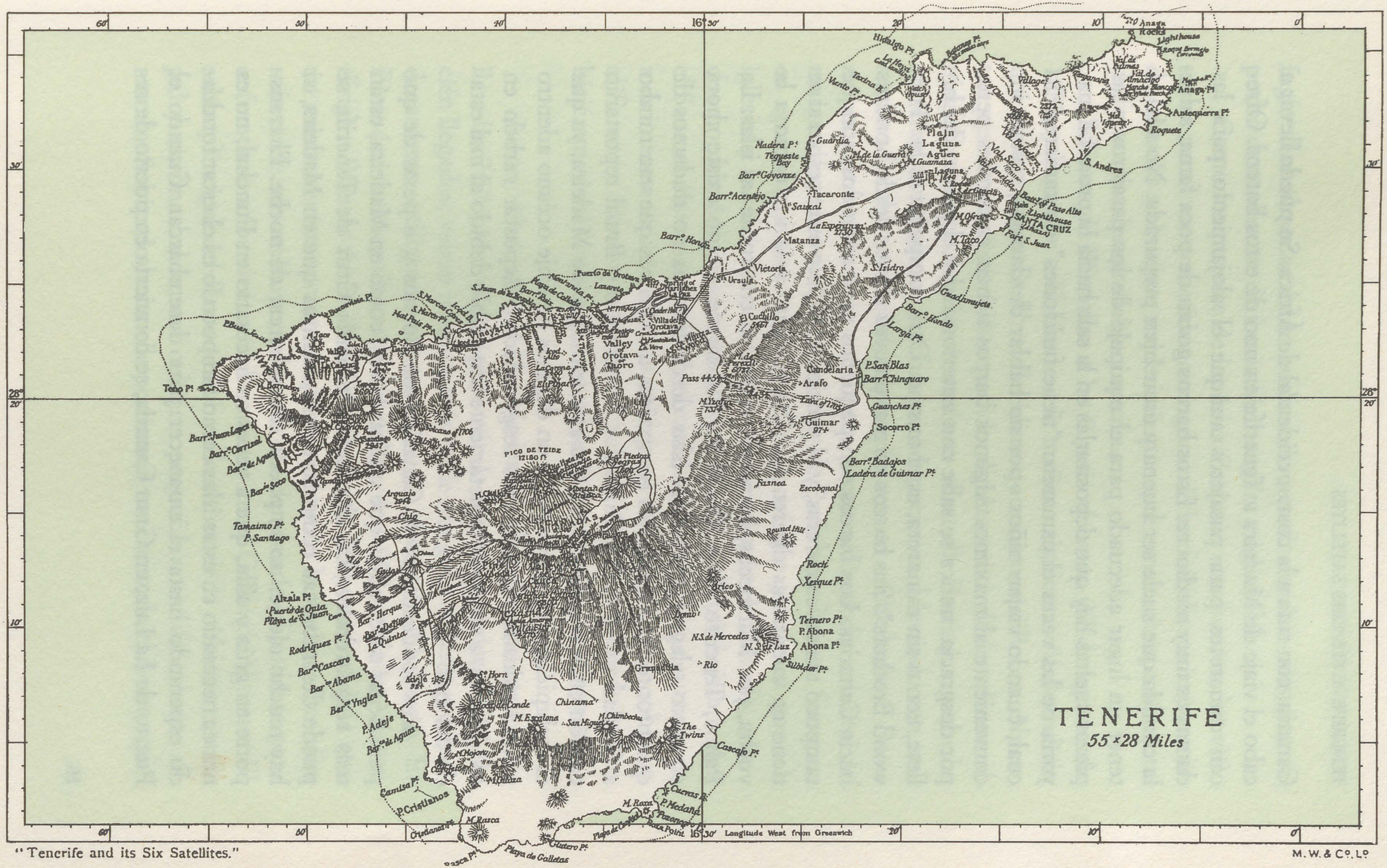
Con esa extraña claridad de percepción que siempre ha caracterizado al Gobierno español, éste sometió a los navíos ingleses a cuarentena durante la epidemia de cólera de 1883. ¡La razón que se daba para una orden tan curiosa fue que Inglaterra no sometía a cuarentena a los barcos que llegaban de Egipto! Como no podíamos llegar hasta las Islas Canarias por la ruta acostumbrada, desde Liverpool, sin tener que soportar los horrores del *lazareto*,[1] cruzamos hasta El Havre y desde allí viajamos, sin la más ligera dificultad o contratiempo, en vapor hasta Tenerife.

Existen muchas maneras de llegar al archipiélago canario. La mejor[2] y más expedita es en los vapores de la "Union" o de "Donald Currie" desde Plymouth o Dartmouth, respectivamente. Sin embargo, de momento éstos sólo hacen escala en Madeira y tardan cuatro días, pasando por Canarias de camino a Ciudad del Cabo, sin hacer escala. Por lo tanto es necesario desembarcar en Madeira y esperar la llegada de otro vapor para continuar hasta Tenerife. Los barcos de la "British and African Steamship Company" y de la "African Steamship Company" zarpan de Liverpool cada dos sábados, haciendo escala en Madeira, Tenerife y Gran

1 Las palabras que Stone escribe en cursiva, generalmente palabras no inglesas, se han dejado en cursiva en la traducción. *[Nota del traductor]*

2 Después de escribir esto, los magníficos vapores de la "Shaw, Savill, and Albion Company, Limited" han decidido tocar puerto en Tenerife cada dos semanas alternando con Madeira de camino hacia Nueva Zelanda. Esto permite a los pasajeros ir directamente de Plymouth a Tenerife.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024



"Tenerife and its Six Satellites."

M. W. & Co. Lº

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Canaria, con ruta a la costa occidental de África. Se puede llevar a cabo el viaje de Madeira a Tenerife en uno de estos barcos. Ofrecen camarotes para pasajeros aunque el alojamiento para las damas es muy mediocre. Estos barcos gozan de poca fama, salvo la comida que suele ser buena y estar bien preparada. No suelen tener un lugar adecuado para el equipaje de los pasajeros y las piezas sueltas hay que depositarlas en la sala hacia la proa. La mayoría de las veces el camarero "tiene funciones" de camarera lo cual, cuando viajan niños –por no hablar de damas–, resulta inconveniente al máximo. Algunos barcos tienen camareras pero, por desgracia, nunca se sabe con anterioridad y el precio del billete, con o sin camarera, es el mismo. Otra compañía es la "Forwood Brothers". Sus barcos zarpan una vez al mes desde Londres hacia Canarias. Los barcos son pequeños pero cómodos, aunque tampoco tienen camareras, y el precio del billete es excesivo si se tiene en cuenta las diferencias. Pasan, tanto a la ida como a la vuelta, por Marruecos, haciendo escala en cuatro de las islas: La Palma, Tenerife, Gran Canaria y Lanzarote. Como existe ahora contacto telegráfico con las islas desde Europa no dudamos de que pronto las principales compañías de vapores que van rumbo a Ciudad de El Cabo, Australia, las Antillas y Brasil repostarán carbón en Tenerife y Gran Canaria, en lugar de Madeira, ya que el archipiélago se encuentra a un día más de viaje océano adentro y los fondeaderos están más resguardados. Repostar carbón en Madeira es, a veces, completamente imposible debido al mal estado del mar.

Los fondeaderos de Canarias son buenos y, a pesar de que para llegar a tierra hay que utilizar botes, como en Madeira, están más resguardados. En el muelle de Santa Cruz de Tenerife se puede desembarcar cómodamente, mientras que en Madeira, si hay mucho oleaje, no se puede desembarcar de noche. El transporte en grúa y silla, que a veces es necesario en Funchal, no es nunca necesario en estas islas como tampoco lo es el estar fondeado esperando hasta el amanecer para desembarcar. Cuando el Puerto de La Luz, en Gran Canaria, se convierta en puerto de re-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fugio –las obras se están realizando a toda mecha– siempre se podrá desembarcar de forma fácil, segura y agradable.

Como los puertos de las Islas Canarias son francos, los visitantes no se ven sometidos a ninguno de los fastidiosos impuestos de aduanas y abusivos requerimientos que caracterizan a Madeira de forma tan desagradable y nociva.

Salimos de Waterloo a las 9 p.m. el lunes, 27 de agosto de 1883, y llegamos a El Havre a la mañana siguiente. Al descubrir que teníamos un día libre, decidimos acercarnos a Rouen. Nuestro pesado equipaje había pasado directamente de la aduana al magnífico vapor *Paraná*, atracado en el muelle Bassing, sin que lo abrieran, evitándonos muchas preocupaciones. Llevando con nosotros sólo algunas prendas ligeras fuimos en coche hasta el *Paraná*, ocupamos nuestros camarotes y, con sólo medio minuto de margen, logramos coger el expreso de París hasta Rouen. Siempre es agradable revivir viejos recuerdos así que paseamos por las iglesias y la ciudad, visitando de vez en cuando el mercado, atraídos por los deliciosos melocotones. Al día siguiente bajamos por el Sena en barco –un viaje que casi no merece la pena, aunque es más interesante que regresar en tren– y después de cenar subimos al *Paraná* y dormimos en el puerto. Nos habían aconsejado que lo hiciéramos así ya que el barco zarparía por la mañana temprano.

Jueves, 30 de agosto. Nos sirvieron café y pan con mantequilla a las 7:30 y todos sufríamos aún la confusión típica de los recién llegados; veinte minutos más tarde nos guiaron lenta y cuidadosamente, utilizando maromas, hasta el centro del puerto. El *Paraná* es un magnífico vapor a hélice, de 4.000 toneladas, que se dirige a Buenos Aires. Al salir lentamente del puerto se diría que un monstruo tan enorme no podría atravesar la bocana. Dos días más tarde, sin embargo, su fuerza era demasiado liliputiense para enfrentarse a los vientos del noroeste en el Golfo de Vizcaya. El salón principal del *Paraná* estaba a la altura de la cubierta principal y encima había una cubierta pequeña a ras del puente de mando. Subiendo hasta ella podíamos ver casi todo el barco y pu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dimos observar toda la maniobra de salida. El desayuno formal, o mejor *déjeûner à la fourchette*, se servía a las 10 a.m. Era el típico desayuno europeo, bien preparado y bien servido. Toda la comida a bordo del *Paraná* resultó ser buena. A la 1:30 nos sirvieron *bouillon* con pan y mantequilla, que evitó que los pasajeros murieran de hambre antes de servirse la cena a las 5 p.m. Té, por llamarlo de alguna manera, con galletas a las 7:30 completaban la dieta diaria.

Divisamos la costa francesa a babor durante todo el día, una extensión de tierra baja y sin interés. Un bergantín a toda vela, de vuelta a casa, y las gaviotas pescando a popa eran lo único que distraía nuestra atención, así que nos dedicamos a observar el pequeño mundo de a bordo. Había pocos pasajeros, sólo una treintena. El número estaba compensado por la variedad de nacionalidades. Nosotros éramos los únicos ingleses, los demás eran "en su mayoría" franceses y españoles aunque estaba representada Noruega, Suecia y Suiza, además de varios países sudamericanos. El capitán era sueco, lo que nos complació ya que, aunque nos cueste aceptarlo, siempre existe cierta desconfianza en lo referente a la pericia marinera de los franceses. No hay duda de que esto sólo es un prejuicio inglés. La conversación de la mesa se desarrollaba en español y francés ya que muchos de los pasajeros provenían de Buenos Aires y de Río. De la primera había un comerciante de diamantes, un francés que tenía como esposa a una encantadora sudamericana. Ella y yo trabamos amistad hablando de su bebé, una niña bonita e inteligente. Ella era la única señora a bordo; afortunadamente las otras pocas mujeres que había visto en el salón no hicieron acto de presencia durante la travesía. Sin duda resulta muy egoísta, por mi parte, decir esto pero los extranjeros de tercera y cuarta categoría no son compañeros de viaje agradables. ¡Otra vez mis prejuicios ingleses!

Alrededor de las 5 p.m. la roca desnuda y gris de Alderney asomó claramente a babor, por la proa. No volvimos a divisar tierra alguna durante varios días.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Viernes, 31 de agosto. Una mañana lluviosa en el océano no es nada agradable, especialmente cuando la complementa un mar picado. Tras subir a cubierta con gran dificultad, me rendí y volví avergonzada al camarote. El temporal empeoró progresivamente y, hacia el atardecer, las sacudidas y el balanceo eran realmente desagradables. Uno suele creer y decir que todo barco en el que se viaja se bambolea horriblemente. Yo creo que todos los barcos se bambolean. Es su obligación. La forma de huso, largo y delgado, que tiene en la actualidad un barco, impulsado por su propia fuerza a través de todo tipo de mar, no tiene la suficiente anchura para estabilizarlo. De todos modos, sí quiero aclarar que al *Paraná* se le daba muy bien lo de bambolearse. Sobre las 6 p.m. dimos la vuelta al Cabo Finisterre y penetramos en el Golfo de Vizcaya. Cada minuto que pasaba la fuerza del viento que arreciaba nos avisaba de lo que realmente "nos iba a suceder". Al pasar las horas nuestro querido barco se escoraba hasta tal punto que conteníamos el aliento hasta que sentíamos la sacudida que nos indicaba que volvía a enderezarse. Las escotillas estaban firmemente cerradas. Era imposible dormir. Mientras yacíamos, agarrados fuertemente a los paneles laterales que nos mantenían, con dificultad, dentro de nuestras literas, nos golpeaba ola tras ola, barriendo las cubiertas, rezumando a través de las escotillas y a veces, cuando se rompía alguna portilla, penetraba en un camarote, empapándolo junto con todos sus ocupantes. Nosotros escapamos con un mero hilillo de agua que dañó todo lo que encontró en su camino. El cúmulo de rarezas que más tarde extrajimos de debajo de nuestro sofá, pegajosas y cubiertas de una mezcla de suciedad y herrumbre, era maravilloso y horrible a la vez.

"Es agradable, junto al fuego alegre, escuchar historias
Sobre tempestades y los peligros del mar,
Y, deteniéndonos a veces, sentir que estamos a salvo,
Para después volver a escuchar la narración de los peligros,
Y con alma ávida y sobrecogida
Cortejar el terror que nos deleita. Mas escuchar
El rugido de los elementos furiosos,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Sabiendo que toda la pericia humana, toda la humana fuerza,
De nada sirven; mirar a nuestro alrededor y sólo ver
La ola, cual montaña de agua, cayendo
Con fuerte peso sobre el bamboleante velero...
¡Oh Dios, eso es, sin duda, algo aterrador,
Y el que alguna vez ha soportado el horror
De un momento tal, nunca escucha la tormenta
Aullar alrededor de su hogar sin recordarlo
Y sin pensar en el sufrido marinero! [3]

Sábado, 1 de septiembre. Cuando amaneció sentimos que, al menos, estábamos cruzando el golfo, una ilusión que inmediatamente destruyó el camarero al informarnos que, sin contar con lo que pudiéramos haber retrocedido, no habíamos avanzado ni una milla durante la noche. El día transcurrió lentamente, como es normal cuando se pasa el día en la litera y la tormenta casi no amainó hasta la tarde del domingo. Al anochecer salimos del golfo y, a la mañana siguiente, gracias a la fuerza de mi voluntad –ya que la física me fallaba– subí a la cubierta a trompicones y allí permanecí tumbada sobre el suelo sin moverme ni hablar hasta que, en contra de mi voluntad, acepté tomar un poco de *bouillon*. ¡Su efecto fue maravilloso; inmediatamente comencé a pensar que los horrores pasados pertenecían efectivamente al pasado y que, después de todo, valía la pena vivir!

Martes, 4 de septiembre. El suave balanceo me infundió hoy el valor necesario y realicé un paseo de inspección para ver los daños que habíamos sufrido. Dos caballos magníficos y valiosos, que había en unas cajas muy acolchadas sobre cubierta, sufrieron tanto a causa de los bandazos que uno murió y lo arrojaron al mar. El otro parecía haber estado boxeando: tenía un ojo completamente cerrado a causa de la enorme hinchazón y cortes y magulladuras en distintas partes. Nuestro salón estaba sobre cubierta y bastante hacia popa. Cerca de la hélice y encima de una parte del

3 R. Southey.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

salón había un cuarto de banderas. Una puerta inusitadamente robusta, de tres pulgadas de grosor, había sido reducida a pedacitos por un golpe de mar que embistió la popa del barco. Parecía que el cuarto había sido alcanzado por un cañonazo. Hubo muchos más desperfectos pero estos dos eran los peores de nuestra cubierta.

Aparte del comerciante de diamantes y su exuberante esposa, había un español y su hijo a los que, tras llegar a Buenos Aires, les aguardaban veintitrés días a lomo de mula para llegar a casa. Estos individuos eran tan morenos que no podíamos dejar de pensar que sólo unas pocas generaciones más bastarían para otorgarles a sus descendientes el color de los aborígenes.

Otro español había estado visitando Europa y Norteamérica por asuntos relacionados con maquinaria agrícola. Dice que la maquinaria inglesa a vapor se considera la mejor pero que las máquinas de trillar, las segadoras y los arados americanos son los preferidos; que ahora, como los fabricantes ingleses han copiado las ideas americanas y emplean un material más duradero, estas nuevas herramientas sí se venden al otro lado del Atlántico. Un sueco nos encantó y deleitó tocando buena música clásica. No había más pasajeros dignos de mención, a no ser que incluya un haragán parisino, que despachaban a los puntos más lejanos del mundo cada vez que regresaba a casa, y un español horrible que continuamente se aclaraba la garganta –con resultados obvios. En la sección delantera, el barco estaba abarrotado de emigrantes y ganado –los hombres y las mujeres dormían todos juntos. Diariamente se permitía a los patos dar un paseo matutino y era divertido verlos, serios y moderados, anadear cubierta abajo indiferentes, o al menos inconscientes, ante las miradas de los numerosos observadores.

Miércoles, 5 de septiembre. Sentimos que estamos llegando a un clima más cálido. Anoche tuvimos que quitarnos parte de la ropa de cama y esta mañana descubrimos que el termómetro marca 75° F (23,9° C) a la sombra, a las 8 a.m. Al llegar a la cu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bierta nos sorprendió ver varias islas, y trémulos pensamos si podían ser algunas del grupo de las canarias. Consultando el mapa, sin embargo, descubrimos que las dos rocas a estribor –desiertas, volcánicas y deshabitadas– eran las Islas Salvajes. Islas solitarias en el océano, nos llena de curiosidad su historia, si es que la tienen. La mayor está al norte, la menor al sur. La primera nos recuerda, por su aspecto, a Sark [4] pero se eleva más. Las Salvajes se caracterizan por sus volcanes, como ocurre con la mayoría de las islas del Atlántico. Sin embargo, al no poseer agua alguna, no son apropiadas para el hombre. Se recolecta, o mejor se recolectaba, la orchilla que crece en ellas. Se supone que las islas dependen de Madeira y, por lo tanto, que pertenecen a Portugal, pero los habitantes de Madeira no las visitan mucho. Un velero llegó de Tenerife en el siglo dieciocho buscando naufragios y, al no encontrar ninguno, cargó media tonelada de orchilla que se llevó de vuelta. Se conoció este hecho en Madeira y, tras una queja al Gobernador General de Canarias, el capitán dio con sus huesos en prisión. "Esta historia narrada por los portugueses tiene mucho del perro del hortelano". Existe, sin embargo, una tradición romántica, con una base bastante sólida, que asegura que los piratas enterraron un enorme tesoro en uno de estos islotes solitarios. Se sabe que una expedición partió en busca del tesoro y que estos buscadores llevaban agua y provisiones. Cavaron afanosamente pero, tras varias semanas, se les acabó el agua y, al no haber ninguna en las islas, abandonaron la búsqueda y, que se sepa, nunca se volvió a emprender desde entonces. No hace mucho, un barco que, por curiosidad, hizo escala en las islas descubrió que alguien había cavado unas trincheras, lo que confirmaría la historia de aquella búsqueda.

Mientras avanzamos más y más hacia el sur, surcando los mares, al son del continuo e incansable ruido sordo de la hélice –lo único inmutable a bordo– nuestras mentes se llenan totalmen-

4 Una de las pequeñas islas británicas del Canal de la Mancha, cerca de la costa francesa. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

te de romanticismo, al que ni siquiera la prosaica educación del siglo diecinueve puede contrarrestar. Colón, veleros españoles, aventureros, descubridores, oro, piratas, islas desiertas, tesoros escondidos, naufragios, rescates –todo lo que alguna vez hemos oído o leído como realidad o ficción, seduce nuestra imaginación y nos sobrecoge, hasta que parece que nos transportan en una silla de manos a través del espectáculo más salvaje e increíble de los Cuentos de las Mil y Una Noches. El encanto de las Salvajes nos resulta tan real que las aceptamos como vestigios de un mundo y generación ya extinguidos. Nos señalan un lugar muy específico –se encuentran cien millas[5] al norte de Tenerife.

El día está cubierto y ventoso, sin sol; sólo se percibe su resplandor mientras escudriñamos con nuestros prismáticos y los de todos los demás, intentando atisbar "El Pico". Para un viajero de cualquier zona del océano Atlántico, el Pico Teide es por excelencia "El Pico". Al mediodía el médico dijo: "¡Allí está!". Un coro de "Oh, ¿dónde?" en inglés, español, francés, portugués y sueco, anunciaba el nerviosismo latente de todos los que nos encontrábamos a bordo, la lengua materna afirmando su supremacía. Siento decir –no es que quiera dudar en absoluto de la veracidad del doctor– que nadie más pudo ver ese Pico durante al menos otra hora. Era una buena prueba para aquellos que nos habíamos vanagloriado de nuestra vista, pero nos consolaba pensar que el médico ya lo había visto anteriormente y que, si no lo había visto,

5 Se han mantenido las unidades de medida utilizadas por Stone. Para el lector español incluyo la siguiente lista como una forma de aproximarse a los equivalentes españoles:

1 milla equivale a 1,6 kilómetros.
1 yarda equivale a 0,9 metros.
1 pie equivale a 0,3 metros.
1 pulgada equivale a 2,5 centímetros.
1 acre equivale a 40,5 áreas.
1 pinta equivale a 0,6 litros.
1 galón equivale a 4,5 litros.
1 libra (de peso) equivale a 0,45 kilogramos.
1 libra esterlina (£) equivale a veinte chelines.
1 chelín equivale a doce peniques.
[Nota del traductor]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

al menos sí podía imaginárselo. El débil perfil gris que primero se transformó en montañas y luego en nubes, resultó más tarde ser, sin duda alguna, Tenerife. Las nubes que la cubren y rodean, ocultan nuestro El Dorado que, cual belleza altanera, coquetea con los numerosos adoradores que vienen de todas partes a verlo.

Santa Cruz, la capital y principal puerto de las Islas Canarias, está situada en la zona noreste de la isla de Tenerife. Al dirigirnos directamente hacia este puerto, bordeamos la Punta de Anaga y parte de la costa norte, cuyos acantilados, pelados y pardos, caen casi perpendicularmente hasta el mar. El perfil del escarpado montón de montañas es extremadamente dentado y puntiagudo. Grupos aislados de la verdigrís *Euphorbia Canariensis* se agarran desesperadamente por doquier a la tierra suelta y árida de la falda de las montañas, dándole un aspecto curiosamente parcheado desconocido en zonas templadas. Este aspecto general del paisaje de Tenerife no resulta atractivo para el viajero de paso, aunque sí extremadamente grandioso. Los bravos perfiles rotos y dentados de las montañas de Anaga, coronadas por picos que se recortan claramente contra el cielo, y que caen directamente al mar, donde no parece existir un lugar para desembarcar, sugieren una costa inhóspita. Una o dos astillas puntiagudas y de formas extrañas surgen del mar hacia el oeste, cercanas a la costa. El faro, construido en lo que parece ser un lugar inaccesible, indica que sí es posible vivir sobre esta recia península. De aspecto gris y basáltico, con una superficie terriblemente convulsa y contorsionada, sólo se necesita que aparezca un cono en la lejanía para confirmar la sensación de sobrecogimiento con la que nos acercamos a este monumento que posee una fuerza que obliga al respeto y aterra a los seres más insensibles.

De repente, al doblar una punta, nuestras sensaciones y el paisaje se ven aliviados por un pequeño valle inserto entre los precipicios y resplandeciente con ese verde perfecto que sólo se obtiene cuando el contraste es extremo. Unas pocas casas diseminadas, que anidan lo más cerca posible del mar, dan vida al oasis. Obviamente, consideramos que el océano es la ruta que utilizan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

los habitantes para desplazarse, no aquel telón de fondo, imposible de recorrer y de sobrepasar, cuya cima sólo podemos ver estirando nuestros cuellos hacia arriba. En un primer plano, algunos botes de pesca cuyos ocupantes están usando sedales de profundidad, añaden aún más interés humano al paisaje. Es notable por su ausencia cualquier indicio de agua potable. Ningún riachuelo discurre por el pequeño valle, ni destello de plata contrasta con las faldas grises de las montañas, ni nívea cascada salpica el mar. Sólo después de estudiar el paisaje durante un rato nos damos cuenta de que algo falta y descubrimos que es la sensación de vida y movimiento que el agua corriente imprime a un paisaje.

Las Islas Canarias, aunque provincia de España, pertenecen geográficamente a África, cuya costa occidental sólo dista sesenta millas de la isla más cercana. Están situadas entre los 29° 25' y los 27° 40' de latitud norte, y los 13° 25' y los 18° 16' de longitud oeste. Convendría señalar que la pronunciación de "Tenerife" (que se escribe con una "f" y no dos, como frecuente y erróneamente se hace) la convierte en una palabra trisílaba, cuando en realidad tiene cuatro sílabas, Te-ner-i-fe. [6]

Mientras tanto estamos llegando al final de nuestro trayecto y al principio de nuestro verdadero viaje. Podrán comprender fácilmente con qué interés y curiosidad inspeccionábamos el escenario de nuestras futuras exploraciones, habida cuenta que la única información relativa a estas islas la habíamos obtenido, principalmente, de un antiguo manuscrito francés, de la narración de un capitán de navío inglés en 1764 y de lo que nos habían contado algunos ingleses que habían vivido casi siempre en las ciudades principales. Es casi imposible que los que no han intentado una empresa similar tengan idea de lo difícil que resultó conseguir cualquier información, correcta o no, sobre el archipiélago. Nos costó seis meses de continuas preguntas a todo individuo, prometedor o no, con el que nos cruzamos, de búsquedas con lis-

6 Stone se refiere a la pronunciación inglesa más común: "Ten-ri-fe" pero, obviamente, divide erróneamente la palabra al especificar las sílabas. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tas de libros y de bibliotecarios, antes de que pudiésemos reunir la escasísima información que al final conseguimos. La enorme mayoría de las personas –podría enumerar la minoría con los dedos de las manos– ni siquiera conocía la situación geográfica del "Jardín de las Hespérides". A Tenerife se la conoce de nombre pero pocos saben que pertenece al grupo canario. Es increíble, pero un oficinista de una de las grandes compañías de barcos me informó que sus barcos no hacían escala en las Canarias y, sin embargo, ¡el mismo día que me lo dijo vi un anuncio en la prensa que especificaba que sus barcos hacían escala regularmente en Tenerife! Este hecho, sin embargo, no constituye un desdoro para nosotros, los ingleses, como nación ya que más tarde descubrí, ante mi asombro y para mi edificación moral, que los españoles de la Península son, en general, aún más ignorantes sobre la situación y características de las islas.

Poco después de las 5 p.m. echamos el ancla en el fondeadero de Santa Cruz. Había un ligero mar de fondo que, aunque afectaba poco al *Paraná*, mecía a los pequeños botes que circundaban a su compañero, entrechocando y zarandeados de modo muy sorprendente para los que desconocíamos lo agitados que pueden estar los mares en estas latitudes. Los inspectores de sanidad, uniformados, se acercaron en un elegante bote al lateral del barco y allí dejaron caer al agua sus remos, sujetos al bote por un acollador. Tras recibir el permiso de sanidad –aunque *nosotros* veníamos de Inglaterra, podríamos haber traído el cólera de Egipto, ¡de qué sirve la cuarentena!– pronto subieron a bordo unos canarios, atractivos y descalzos, que vendían cigarros puros. Como Tenerife recibe menos visitantes que Madeira estos vendedores no eran tan insistentes ni numerosos como lo son en Funchal.

La cena fue servida en cuanto se echó el ancla, así que nos quedamos a cenar y bajamos a tierra al atardecer. El posponer nuestro desembarco nos resultó caro ya que tuvimos que pagar el doble por los botes y el transporte del equipaje.

La vista desde la bahía es muy bonita. La ciudad se asoma al fondeadero, subiendo por la montaña que se eleva inmediatamen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

te desde la orilla del mar. Las casas, con numerosos balcones, están pintadas de distintos colores, dando variedad a una ciudad que destaca por sus tejados planos. En el puerto de Santa Cruz el dique penetra en el mar formando un ángulo recto con la playa. Un pequeño embarcadero de piedra sobresale a mitad de camino, en el costado occidental, formando una especie de muelle que ofrece la escasa protección posible. Aunque no sirve como protección para los barcos, es muy práctico para desembarcar en botes. Las torres de las dos iglesias principales destacan claramente sobre las casas en aquel aire transparente. Sin embargo, la belleza del paisaje radica, sobre todo, en la abrupta curva que la bahía dibuja hacia el lado oeste de las montañas de Anaga. La ciudad resplandeciente, las aguas tranquilas del fondeadero, aun con algo de mar de fondo, sobre cuya superficie flotan barcos de diversas formas y nacionalidades, la atmósfera de actividad que existe sobre el muelle y en los pequeños botes del desembarcadero, la ancha y extensa curva de la bahía realzada claramente por la espuma donde el mar rompe en la playa oscura, todo conforma una escena plácida y agradable. El asombro y la grandeza, las características principales que hacen que merezca nuestra atención y que le dan una individualidad y majestuosidad pocas veces igualadas, surgen ante el abrupto final de la bahía, de suave arco, bajo los implacables acantilados de las montañas al oeste. Éstas se amontonan con sus perfiles desiguales y dentados, elevando sus crestas salvajes en el cielo azul de una forma a la vez grandiosa, hermosa y sobrecogedora. La zona norte de Tenerife, desde la Punta de Anaga hasta la capital, es una masa convulsa de montañas volcánicas. Los valles que se ocultan en estos parajes solitarios, regados por el rocío de la montaña y calentados por un sol subtropical, deben ser rincones solitarios para disfrutar y en los que esperamos penetrar.

Debo admitir que abandonamos el *Paraná* sin pena y, tras tener que dedicar toda nuestra atención a saltar al bote cuando subiese sobre una ola, remamos hasta la orilla en la creciente oscuridad, rodeados de imágenes y sonidos extraños. El hombre al

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

timón era increíblemente atractivo, moreno, aunque también sonrosado, y apuesto. De nada servía, sin embargo, imaginárselo como algo especialmente digno de atención ya que cada uno de los cuatro marineros, aunque flacos y enjutos como si estuvieran dominados por un exceso de energía y una escasez de alimento, formaban un cuadro singular. En unos cuantos minutos alcanzamos el muelle. Toda la ciudad estaba ya iluminada. Casi sofocados por un calor al que no estábamos acostumbrados, llegamos caminando hasta el Hotel Camacho. Nuestro equipaje venía detrás en un carro largo y estrecho, como si fuera un doble ataúd sobre ruedas, tirado por una mula.

Nos enteramos de que esperaban nuestra llegada en el último barco proviniente de Inglaterra. Se hizo muy tarde el visitar a aquellas personas para quienes teníamos cartas de presentación, así que, tras un corto paseo por la ciudad, nos recogimos, muy contentos de poder volver a dormir sin sentir que todo se balanceaba. Algunos de los compañeros del *Paraná* bajaron a tierra y formaron un gran alboroto que no nos ayudó a dormir, aunque Morfeo nunca es derrotado cuando sus intentos se ven reforzados por un enorme cansancio físico.

Jueves, 6 de septiembre. Me levanté sobre las 7 p.m. y el termómetro marcaba 76° F (24,5° C) a la sombra. Parece que no apetece dormir hasta tarde cuando todos, y especialmente el sol, está tan despierto. En nuestro clima del norte sí hay alguna excusa para la pereza cuando, al subir las persianas, encontramos cielos grises, calles sucias y la lluvia cayendo a torrentes. Aquí eso pasa tan pocas veces que, cuando ocurre, la gente se levanta a verlo. La lluvia es lo inusual para ellos, el sol lo es para nosotros.

Nuestras camas están rodeadas de mosquiteros y sólo nos cubrimos con la sábana, aunque hasta eso casi no hace falta para abrigarnos. Dicen que los mosquitos de esta ciudad son peores que los de cualquier otro lugar de las Canarias. Estoy empezando, por lo tanto, a sentirme contenta ya que sólo hay unos pocos por la noche y casi ninguno durante el día. Una picada de vez en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cuando no es nada. Solía imaginarme que tendría que vivir continuamente cubierta de velos y guantes mientras nubes de feroces mosquitos volaban a mi alrededor. Noruega es, desde luego, el peor lugar que he conocido en lo referente a estos insectos, con la excepción quizás de Islandia.

Mientras disfrutábamos de nuestro primer sueño anoche, tanto éste como la tranquilidad fueron interrumpidos por un grito fuerte, y no sin cierta musicalidad, emitido en la calle: "Ha dado la una, y sereno". El antiguo vigilante, que en Inglaterra pertenece a épocas pasadas, aquí pervive y nos trae muchos recuerdos, a pesar del sueño que tenemos. La peste en Londres, los cuentos, los romances, la pólvora y los antifaces se confunden mientras volvemos al país de los sueños. Se conoce a los vigilantes oficialmente con el nombre de "serenos"; dicen los extranjeros que porque aquí el tiempo siempre está *sereno*. Antiguamente este grito iba precedido de un "¡Ave María!". Sin embargo se dejó de usar y, aunque volvió a utilizarse más tarde, otra vez ha caído en desuso.

Esta mañana tardamos un tiempo descomunal en vestirnos debido a los, para nosotros, nuevos sonidos e imágenes de la calle que constantemente nos obligaban a acercarnos a la ventana. Un hombre conduciendo una pareja de bueyes pasa por debajo. Llevan una soga atada a los cuernos que sirve para guiarlos mientras que un pinchazo ocasional con la vara les acelera el paso. Señoras completamente vestidas de negro, con la atractiva *mantilla* y abanico, se deslizan por el lado sombreado de la calle, de camino a los maitines: el ejercicio diario, y casi el único, de las mujeres españolas. Lo que se nota entre la gente de clase más humilde es la falta de ropa más que el hecho de que no luzcan la ropa típica. Los hombres suelen llevar pantalones y camisa blanca, con un pañuelo negro o cualquier trapo ciñendo la cintura. Nos sorprendemos al ver, en este clima, que los sombreros son de fieltro, redondos, negros y de ala ancha. El traje de las mujeres sólo se distingue por un *sobretodo*, atado sobre la cabeza y bajo el cabello, que cae por las espaldas protegiendo así la nuca del sol, mientras

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que sobre la cabeza lucen un pequeño sombrero redondo de paja. Los niños van descalzos y sólo llevan una camisa corta y suelta.

Paseamos antes del desayuno por el muelle que se encuentra justo frente al hotel y que es el principal centro de atracción de Santa Cruz. Es un pequeño rompeolas que proporciona protección suficiente para que los pequeños botes puedan desembarcar en él, pero que de ningún modo podría decirse que forme un puerto. Un tranvía, que transportaba las piedras necesarias para completar el dique, discurre por el centro. No hace falta decir que aún no está terminado. Todo, según descubrimos posteriormente en la isla, está en las mismas condiciones –comenzado, pero no acabado. Tres camellos –¡qué insólitos parecen!– están arrodillados pacientemente al final del dique a la espera de su cargamento de piedras, que va sujeto con cuerdas; la combinación de piedras y soga resulta extraña. Las campanillas que cuelgan de sus cuellos avisan a los peatones de su presencia ya que los silenciosos pasos de sus acolchadas pezuñas no se oyen. Los camellos de las islas occidentales del archipiélago son tan escasos que se puede calcular su número fácilmente. Santa Cruz sólo posee seis que son utilizados únicamente como bestias de carga, especialmente para cargas muy pesadas. Hay un pequeño mercado de pescado al comienzo del dique, con mostradores de mármol más paredes y suelos embaldosados. Un cura compraba pescado salado al otro extremo del dique ya que el mercado se usa sólo para vender pescado fresco. Una mujer, en otro punto, vendía toscas vasijas y ollas de barro de diferentes formas.

BRASERO DE BARRO

Cerca del hotel, que da al dique, vive el fotógrafo de la isla, el mejor del archipiélago, ya que exceptuando un artista foto-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gráfico vago y mediocre de Las Palmas, la capital de Gran Canaria, él es el único representante de la profesión. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Que la oferta sobrepasa a la demanda, o que la demanda produce la oferta? Si es lo primero, entonces sólo se puede culpar a los propios isleños por ser tan poco conocidos. No importa la parte del mundo que se visite, casi siempre es posible, y más barato, conseguir fotografías de este país en Londres. La excepción confirma la regla, y al ser el nombre de las Islas Canarias, y sobre todo su posición geográfica, virtualmente desconocidas en Inglaterra, la idea de conseguir fotografías allí era absurda.

Nos sorprendió descubrir que ni siquiera había una vista del Pico Teide en Santa Cruz, y sólo dos desde sendos pueblos en la costa. Unas pocas fotografías de Santa Cruz y de las principales ciudades de la isla completaban la colección. Debo decir que para nosotros esto constituía una alegría total ya que retrataríamos paisajes nunca reproducidos por el lápiz o la cámara.

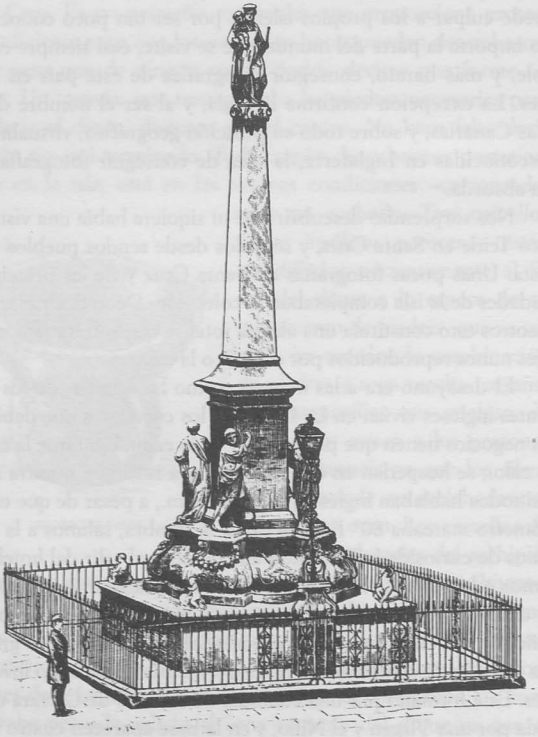
El desayuno era a las nueve y, como las familias de los residentes ingleses vivían en La Laguna,[7] los caballeros que debido a sus negocios tienen que permanecer en la capital durante la época de calor, se hospedan en el hotel. Por esta razón en nuestra mesa casi todos hablaban inglés. A las 10:30 a.m., a pesar de que el termómetro marcaba 80° F (26,6° C) a la sombra, salimos a la calle llenos de curiosidad. Torciendo a la derecha al salir del hotel, llegamos a la plaza de la Constitución, un espacio abierto rodeado de casas. En la parte baja hay un monumento erigido por los españoles para conmemorar su victoria sobre los habitantes gracias a la traición de cuatro de los reyes o jefes guanches, si no invencibles. Está formado por una columna de mármol de Carrara coronada por una Virgen y el Niño, y en la base aparecen cuatro figuras de tamaño natural de los reyes traidores mirando hacia arriba.

---

7 "Laguna" en el original. Se han corregido, hasta donde ha sido posible, los patronímicos, topónimos, nombres comunes y expresiones que Stone escribe incorrectamente en el original. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Bajo los reyes hay cuatro querubines. Se supone que la conquista se llevó a cabo con la ayuda del cristianismo. De ahí parte esta interpretación alegórica que pretende ser un tributo al poder de la



MONUMENTO A LOS GUANCHES, SANTA CRUZ, TENERIFE

Iglesia Católica al conquistar Tenerife. Los que conocen la historia contemplan el monumento de otra forma y se asombran de la osadía de los que erigieron tan desvergonzada mentira. A pesar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

del orgullo que los habitantes sienten por él –y con justicia, si sólo tenemos en cuenta su ejecución– crecen tantas plantas entre sus losas de mármol que, dentro de poco, las acabarán separando si antes no las arrancan.

Continuando nuestro periplo a través de la plaza llegamos a la iglesia de la Concepción, en una zona pobre de la ciudad, cerca del barranco. A esta iglesia acuden más ingleses que a cualquier otra de las Islas Canarias. El motivo de esta atención es que allí se guardan las banderas de Nelson. La isla de Tenerife y la ciudad de Santa Cruz se enorgullecen del honor de haber derrotado al invencible Nelson, causándole la pérdida de un brazo. Es verdad. El mismo Nelson, en una carta al gobernador de la ciudad, firmando por primera vez con su mano izquierda, reconoce la valentía de los habitantes y su cortesía posteriormente demostrada. Las banderas, sin embargo, el punto que más nos duele a nosotros y que les encanta a ellos, no fueron tomadas sino halladas. No siquiera Nelson, a pesar de su poder, pudo penetrar la defensa natural que rodea estas islas. El oleaje destruyó los botes que había ordenado desembarcar por el lado sur del fuerte y del rompeolas, hundiéndolos. Al día siguiente se recogieron estas banderas sobre la playa. Como el oleaje desbarató sus planes, no pudo llevar a cabo los desembarcos en tres puntos distintos aunque simultáneos, que había fijado. Los habitantes, al poder enfrentarse con cada grupo atacante sucesivamente, los derrotaron. El teniente Trowbridge, aprovechando que se pensaba que sus tropas eran más numerosas de lo que realmente eran, logró una retirada honrosa que Nelson reconoce en su carta, además del regalo de fruta y provisiones que el gobernador les hizo. Durante el primer ataque, al saltar sobre el rompeolas, un disparo de cañón hirió a Nelson en el brazo. Volvamos, sin embargo, a las banderas. Se encuentran cuidadosamente guardadas en dos largas vitrinas. Éstas están sujetas a las paredes de una capilla lateral en la Iglesia de la Concepción. Sin embargo, el lugar elegido es tan oscuro que casi no se pueden ver las cajas, mucho menos las banderas que contienen. Habíamos intentado obtener permiso para bajar las bande-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ras pero el guardián de las llaves no se encontraba en Santa Cruz, por lo que tuvimos que reprimir nuestra curiosidad hasta que regresáramos a la capital, un par de meses más tarde.

Además de las banderas, la iglesia contiene otro elemento de interés. Al entrar por una puerta a la derecha del altar, se encuentra una pequeña capilla de madera totalmente tallada. Tiene forma octagonal y la luz entra por una cúpula octagonalmente. Las tallas son florales. Encima del altar hay un águila con las alas extendidas y varios querubines; el primero sirve de soporte a una hornacina con una imagen de San Matías. La capilla sólo mide catorce pies por catorce. Originariamente estaba completamente tallada con formas florales muy elaboradas pero parte de las paredes se quemaron. Todo el trabajo lo realizó una sola persona que ahora se encuentra enterrada bajo el piso y de la que sólo se dan escasos datos sobre su nacimiento y muerte en una placa de mármol sobre la pared:

DON MATÍAS RODRÍGUEZ CARTA,
MURIÓ EL 29 DE MAYO DE 1743,
A LA EDAD DE 68 AÑOS, 3 MESES Y 4 DÍAS.
Pobre, y sin embargo rico, su obra continúa viva.
Requiescat in pace. Amen

Una calavera con unas tibias cruzadas ponen punto final a la información. La capilla es un trabajo de talla muy bien realizado y doblemente maravillosa como obra de un genio autodidacta. El amor del devoto capitán por su capilla no acaba aquí ya que le regaló un soberbio púlpito de mármol en 1736. Las escaleras de madera pintada y un panel acústico casi logran estropear su aspecto. Con la excepción del púlpito, el edificio principal no tiene nada de excepcional. El techo está enjalbegado y las columnas pintadas de gris. El piso del pasillo central es de losetas y los laterales, de ladrillo. Una sencilla galería de madera en el costado oeste, un altar pintado con colores chillones, la Virgen, y los altares laterales minan la sencillez del edificio. Hay seis pilas de agua bendita y dos pilas bautismales aconchadas, ninguna de las cuales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

llega a ser atractiva. Dos viejas sillas y varios taburetes largos de palco son las reliquias más curiosas que posee la iglesia.

Al salir de la iglesia cruzamos un puente sostenido por columnas enormes sobre lo que en la actualidad es un cauce completamente seco. La última vez que corrió agua por este barranco se llevó el puente, aunque a juzgar por la altura desde el cauce hasta el arco sería difícil que pudiera llegar a llenarse.

Junto a la otra orilla del barranco se encuentra el hospital. Es un edificio de buen tamaño, al que no dejan de añadir secciones además de renovar la parte antigua. Parte del ala nueva está destinada al manicomio. El hospital tiene una subvención muy pequeña del Gobierno y, hasta hace poco, era no muy eficaz. Algunas Hermanas de la Caridad se ocupan, desde hace poco, del lugar y lo han reformado. Además de ser hospital, el edificio es también orfanato y asilo. La mayor parte del trabajo de las Hermanas es cuidar de los niños abandonados que, en proporción con la población, son numerosas. Se puede reclamar a los niños durante los tres primeros años, pasados los cuales el Estado los toma a su cargo. Existe una "Junta de Caridad de Señoras" que se dedica a reunir dinero para estos pobres niños abandonados. Fue fundada en 1859. Cuenta con ciento veinticinco subscriptoras con cuotas que oscilan entre dos y diez *reales* al mes (entre 5 peniques y 2 chelines). Además de las cuotas recaudan limosnas el Jueves Santo y dinero procedente de rifas. Con dinero de su fondo de reserva esta sociedad ha edificado un pabellón en el hospital para los niños recogidos y contribuido con 240 libras esterlinas a los gastos iniciales de las Hermanas de la Caridad. Existe un comité de dirección además de los secretarios habituales. El coste anual de mantenimiento del hospital se eleva a 120.128 *pesetas*, unas 4.805 libras esterlinas. En 1882 se admitieron 628 pacientes, de los cuales 438 sanaron y 76 murieron. La Hermana Superiora nos llevó a ver los pabellones, que parecían limpios y cómodos. En este momento los niños recogidos están en el campo. En Santa Cruz el verano es demasiado caluroso para ellos así que se los traslada. De todos modos, visitamos su pabellón. Hay cunas me-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tálicas colgantes, cubiertas con mosquiteros, para los bebés. Sólo una estaba ocupada: un niño demasiado enfermo para ser trasladado; la respiración entrecortada y la pálida piel del pobre y diminuto paciente apuntaba a que su permanencia en este mundo era muy precaria. El hospital está construido como es habitual aquí, con un recinto interior o *patio* cuyo perímetro está rodeado de pabellones.

Caminamos por la tarde hasta la zona norte de la ciudad, visitando de camino la iglesia de San Francisco, que está situada sobre una pequeña elevación en el centro de la ciudad. No se encuentra aislada sino adosada a un enorme edificio en el cual están ubicados el museo y un colegio para niños. La fachada no posee ninguna característica especial, como tampoco lo tiene la propia iglesia. Una fecha sobre la entrada nos da 1777 como el año de su construcción. Al entrar nos sorprendió inmediatamente el lujoso dorado de los altares. Tiene ocho, aparte del central, y cada uno está adornado, como es habitual, con imágenes en hornacinas y huecos, algunas de cuatro o cinco pies de alto, vestidas con ropas descoloridas y poco atractivas. Contrastando con las imágenes de la iglesia de la Concepción, éstas no están escondidas tras cortinas. El suelo está formado por baldosas cuadradas rojas, casi todas agrietadas y partidas; de hecho el suelo necesita que lo renueven. Los pasillos laterales no son anchos y están separados de la nave por cuatro columnas, de lo más simple y pintadas de gris, que sirven de apoyo a arcos amplios y sencillos. Las ventanas laterales y la claraboya central tienen pequeños cristales transparentes. Hay una torre baja, no sobre la iglesia misma sino sobre un edificio trasero que en una época fue un convento. Han colocado unos cuantos bancos entre las columnas, paralelos a las paredes laterales; por lo demás el recinto está casi desierto. Un púlpito de madera pintada, que rodean unos cuadros pintados con mano torpe, se eleva entre las columnas de la izquierda, cerca del altar principal.

Saliendo de la iglesia, continuamos nuestro paseo bajando por una calle larga y estrecha, paralela al mar. Todas las calles de la ciudad están pavimentadas con guijarros y se encuentran en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bastante buena condición. Los techos de las casas sobresalen dos o tres pies y, a veces, los aleros están formados por tres hileras de tejas. Muchas casas tienen tejados planos y escaleras exteriores, generalmente pintadas de verde, que conducen hasta las *azoteas* y

CALLE, SANTA CRUZ, TENERIFE

miradores. Una azotea es una parte del tejado, plana con un pretil o baranda, donde se instalan los moradores al atardecer. Los miradores son torres cuadradas usadas para lo mismo. Se utilizan como atalayas, salones para fumar y, sobre todo, para cotillear; lugares desde donde las personas conversan, unos con otros, entre vecinos. Las paredes exteriores de las casas están generalmente enjalbegadas y, con frecuencia, tienen grandes cruces de madera

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lisa colgadas, que llegan a tener hasta seis pies de alto. Uno de los elementos más característicos de las casas son los *postigos*. Cada ventana tiene contraventanas exteriores verdes y, en la mitad inferior, tienen dos piezas de madera abatibles, como trampillas con bisagras superiores. Cuando uno pasa a lo largo de lo que aparentemente es una calle silenciosa y desierta, estas trampillas, o *postigos*, se van abriendo lentamente una tras otra hacia afuera y un rostro lleno de curiosidad, a veces atractivo y con cabellos y tez oscuros, se asoma por él. Un cierto interés invade a la señora o señorita al ver que somos extranjeros, aunque no tanto aquí como en otras partes ya que este puerto ve más extranjeros en una semana que el resto de la isla en todo un año. En las casas más pobres las puertas están abiertas y toda la familia se congrega en el quicio cuando pasamos cerca. Algunos, sin embargo, están comiendo y sentados en el centro de la habitación. No hay hogares con chimenea y la gente cocina en pequeños braseros bien de cerámica isleña o de hierro, de fabricación extranjera. Con frecuencia cocinan enfrente de la puerta, en la calle. Parece que la gente tiene poco que hacer o no quiere hacer nada. Se percibe en ellos una forma muy amena y despreocupada de aceptar lo que venga, sin preocuparse por nada, algo que, con toda certeza, hará que sus rostros se conserven lisos y sin arrugas.

Continuando por esta calle llegamos a la carretera que conduce al fuerte de San Miguel. Desde aquí se obtiene una buena panorámica de la bahía y de la línea norte de costa. El pequeño rompeolas se encontraba a nuestra derecha y algunos barcos y botes fondeados se mecían sobre las aguas. A nuestros pies había una playa de guijarros volcánicos grises sobre la que se extendían unas largas redes de pesca.

La carretera termina en este momento a unas quinientas o seiscientas yardas del hotel pero, con el tiempo, se piensa continuarla hasta la zona norte de la isla.[8]

8 La carretera que, cuando estuvimos en la isla, sólo alcanzaba hasta San Juan de la Rambla –más allá de La Orotava, por el norte– y hacia Güimar por el este, ha sido extendida un buen trecho en ambas direcciones. Estas dos carreteras se unirán, con el tiempo, por el sur formando así una única carretera que rodeará la isla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El Gobierno va a dotar a Santa Cruz de un sistema de abastecimiento de aguas. El agua se traerá, según creo, hasta la ciudad por el norte, desde la zona de montañas en el extremo norte de la isla. Dicen que las obras costarán 800,000 dólares (160,000 libras esterlinas), aunque nadie quiera aceptar el contrato.

Mientras caminábamos por una tierra suelta y ligera, casi arenosa, vimos miles de pequeños escarabajos rojos del tamaño de mariquitas con marcas negras en el lomo. Estaban agrupados y, cuando se amontonaban, parecían zonas de alguna hierba o flor roja.

La Sociedad Filarmónica de Santa Cruz daba un concierto aquella noche en la Alameda, frente al hotel. Los músicos, con instrumentos de cuerda, interpretaron extraordinariamente bien algunos valses de Strauss y los *Cantos Canarios* de Teobaldo Power, un compositor local, además de otras piezas. Aunque estos jardines son públicos y pertenecen al Ayuntamiento, cobran tres peniques por la entrada, que incluye un número para una rifa. El ambiente dentro del parque era muy atractivo. Una avenida recta que forma un paseo estaba muy bien iluminada por lámparas de aceite colgadas a ambos lados. Bajo los árboles había asientos y, al final del paseo, un quiosco techado, brillantemente iluminado y repleto de objetos etiquetados y numerados. Se entrega el pequeño trozo de papel enrollado que recibes al entrar y, al ponerlo en agua, se desenrolla mostrando así el número. ¡Casi siempre está en blanco! Sin embargo, si tiene un número el premio puede consistir en un espejo, un botellín de cerveza, jarrones baratos, chucherías de cristal o adornos de porcelana.

Los paseantes eran chicos y chicas, la mayoría de clase media. Llevaban trajes de color blanco, azul o rosa fuerte y los vistosos y modernos sombreros sustituían a la elegante *mantilla*, que lucían algunas que iban de negro. La noche era cálida, como casi todas, ya que la temperatura varía poco entre el día y la noche. Nuestro termómetro ha permanecido, desde que llegamos, siempre a 80° F (26,68° C), como si se hubiese trabado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Me han dicho que antes de comenzar la temporada del calor el público que va a estos conciertos es de mejor clase. Sin embargo, en estos momentos los ciudadanos más ricos no residen en Santa Cruz ya que se han trasladado a sus casas de campo en La Laguna y otros lugares.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

SANTA CRUZ • LA LAGUNA

II

Si las costumbres y modales de los hombres fueran en todas partes iguales, no habría actividad tan aburrida como la de un viajero, porque la diferencia de las colinas, valles, ríos y, en resumen, los diversos paisajes que podemos ver sobre la faz de la tierra, no le ofrecerían suficiente placer para compensar su esfuerzo y, desde luego, le brindarían pocas oportunidades de comunicar algún tipo de diversión o mejora a los demás.

HENRY FIELDING

VIERNES, 7 DE SEPTIEMBRE. Salimos esta mañana hacia La Laguna a las 10 a.m. El vehículo era una calesa corriente, bastante maltrecha, con el capote puesto para protegernos del calor y no de la lluvia. Tres caballos, enganchados juntos, tiraban de nosotros, el del centro era poco mayor que un potro. Es una tirada larga y constante desde Santa Cruz a La Laguna, por lo que siempre se emplean tres caballos. La subida comenzó nada más salir de la ciudad, que está construida sobre la falda de la colina. No sé dónde vio Humboldt la "playa estrecha y arenosa" en la que "hay casas de un blanco deslumbrante construidas frente a una pared de roca negra y vertical". Debe haber escrito esta descripción refiriéndose a algún otro lugar y creyendo que era Santa Cruz de Tenerife. Toda su descripción de la isla es muy inexacta. Cuando recordamos que era un viajero muy joven e inexperto cuando llegó a Santa Cruz, que sólo permaneció tres días en la isla y que escribió la descripción de sus aventuras mucho más tarde, podemos otorgarle un cierto margen de error. Mucho me temo que las islas han sido frecuentemente tratadas así. De los sesenta u ochenta libros que o bien mencionan el archipiélago o dedican todas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sus páginas a las islas, se podrían contar con los dedos de una mano aquellos que suministran una información de primera mano y exacta. De entre estos últimos, la *Historia* de Glas y *La Conquista de las Canarias*, publicada por la Sociedad Hakluyt, son los únicos en los que se puede confiar totalmente. El primero es una traducción de un manuscrito español escrito en 1632 por un fraile franciscano, un tal Juan Abreu Galindo, procedente de Andalucía, y encontrado en La Palma donde estuvo depositado en un convento durante muchos años. De La Palma fue enviado al obispo de las islas, que por entonces vivía en Gran Canaria. Glas, un capitán de barco inglés que había navegado entre las islas durante muchos años, conoció la existencia de este manuscrito y obtuvo una copia, que tradujo en 1764, añadiendo información muy valiosa acerca de los habitantes y descripciones de las islas tal y como él mismo las conoció en aquella época. Es tan exacto que su trabajo constituye, hasta el momento presente, la mejor guía de entre todos los libros y descripciones que hasta hoy se han escrito sobre las Islas Canarias, aunque de vez en cuando sus deducciones son incorrectas. Sólo hay una isla que no conoció personalmente, sino de oídas: El Hierro. El libro de la Sociedad Hakluyt es también una traducción de un manuscrito, escrito por Pierre Bontier, monje, y Jean le Verrier, sacerdote, que acompañaron a Bethencourt, el conquistador de las islas, en la expedición que llevó a cabo en 1402. Es, por lo tanto, anterior al manuscrito de Galindo y sólo cubre un período de veinte años. El manuscrito apareció en 1630, y fue editado por Bergeron, en París. Ahora el Sr. d'Avezac ha contrastado cuidadosamente esta edición con un manuscrito que pertenecía a un descendiente de Bethencourt, por encargo del Sr. Major, que ha editado la traducción actual y escrito una valiosa introducción para la Sociedad Hakluyt. Existen algunos trabajos que hacen referencia a temas específicos, sobre todo botánicos, geológicos y astronómicos, como son los exhaustivos libros en cuarto de Webb y Berthelot, los volúmenes de Von Buch, Fritsch y Piazzi Smyth, que no incluyo en la categoría de aquellos que no son totalmente fiables. Von Buch y Bory de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

St. Vincent también ofrecen resúmenes de la historia, los hábitos y las costumbres de los habitantes, tanto del pasado como del presente. El primero es mucho más valioso, ya que la mayor parte procede de su experiencia personal, al haber visitado cuatro de las islas. La extensa obra de Bory de St. Vincent es realmente sólo un resumen de la obra de Viera, el historiador español de las islas, ¡y el resultado de la estancia de una noche en Santa Cruz! Este último historiador, Viera y Clavijo, proporciona la información más completa sobre las islas de todos los que han escrito sobre este tema, ya que reunió un número de manuscritos de menor importancia y los refundió. Descubrió, sin embargo, como me ocurrió a mí, que los dos manuscritos ya mencionados son los mejores y más fiables. Sin embargo, debemos recordar que no sólo era español sino también un devoto sacerdote católico. Sus narraciones de milagros y de todo lo sobrenatural deben tomarse como lo que son. Por lo demás el libro es el registro histórico más valioso que existe. Está en español y fue escrito entre los años 1772 y 1783. Don José de Viera y Clavijo nació en Tenerife y dedicó gran parte de sus esfuerzos a la literatura, con la que logró una reputación bastante importante como escritor y traductor. Muchos escritores mencionan estas islas, pero sólo de paso hacia otros países que reciben más atención. Una estancia de pocos días en Santa Cruz, algunas horas en Gran Canaria y quizás una mirada de paso a Lanzarote, y escriben un libro o les dedican numerosos capítulos a las islas en libros que realmente tratan sobre otros lugares. Necesariamente la cantidad de información que reúnen sobre el terreno es limitada, el resto tienen que obtenerlo de otras fuentes.

El número de obras en inglés es muy pequeño. Por fortuna, los dos manuscritos ya mencionados han sido traducidos pero no hay obras en inglés totalmente dedicadas a las Islas Canarias. Los pocos libros y algunos folletos que existen se ocupan principalmente de Tenerife y del Pico.

Mientras tanto estamos subiendo trabajosamente por una calle empinada y recta que nos conduce directamente a las afue-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ras de la ciudad. Nos cruzamos con un entierro. El ataúd, cubierto con tela negra, lo transportaban cuatro personas, al tiempo que unos ocho o diez muchachos pequeños que llevaban unas lámparas encendidas iban detrás, desordenadamente. La costumbre de que ningún pariente cercano asista al funeral excluye de antemano cualquier muestra de verdadero dolor e imprime, inevitablemente, un aire de levedad a la conducción del ataúd y a la apariencia de los que acompañan al cadáver.

Poco después nos cruzamos con tres camellos bamboleantes que llevaban su carga cómodamente, con sus cabezas bien altas como si protestasen contra esta vil tarea, y otro arrodillado esperando su carga. Sus propietarios recogen las cuerdas de los ronzales al pasar ya que esos ojos cínicos casi nunca son señal de un temperamento agradable, mirando con desprecio a los caminantes. Algunos campesinos pasaron junto a nosotros, cabalgando de lado sobre su extrañas sillas de montar, las *albardas*. Son altas por delante y por detrás y están forradas con piel de oveja. Todo lo que se puede transportar a caballo va colocado sobre las sillas, incluso las canastas que llevan los burros van colgadas de las *albardas*. No logramos acostumbrarnos a ver a los hombres cabalgando de lado pero las albardas son demasiado anchas para poder sentarse sobre ellas como es debido o, al menos, cómodamente.

Hay árboles plantados a ambos márgenes del camino a lo largo de un corto trecho en las afueras de la ciudad. Son jóvenes y no ofrecen, claro está, ninguna protección. Es fácil imaginar qué diferencia más agradable sería para los hombres y las bestias si el camino fuese una avenida sombreada. El barranco, o cauce del río, baja casi en línea recta hacia la ciudad y el mar así que el camino, que serpentea, lo cruza con bastante frecuencia. Cerca del primer puente que cruzamos nos encontramos con el famoso cactus de la cochinilla, cubierto de dichos insectos. Parecía, a primera vista, como si las hojas del cactus, o mejor dicho y para ser exactos, los tallos planos, estuviesen cubiertos de moho.

No había casi ninguna vegetación, ni salvaje ni cultivada. Cerca de la ciudad se veían algunas palmeras datileras en los jar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dines pero, al ir subiendo, el paisaje se tornaba pardo, polvoriento y yermo. Obviamente el agua es escasa, y lo confirma la aparición de varios estanques diseminados por doquier. El terreno, que tiene una fuerte pendiente hacia Santa Cruz, está dividido en parcelas irregulares –no se les puede llamar campos– con tapias de piedra de lava gris. La pendiente es tan fuerte en algunos puntos que hay que construir bancales, algunos de sólo una yarda o dos de ancho. La tierra tiene, en general, un aspecto pardo, avivado solamente por los pálidos cactus verde mate y algún que otro árbol. Esta época del año es, evidentemente, la peor para el paisaje ya que tras el verano todo está reseco y marchito.

Una cruz erigida en el arcén como lugar de oración era lo único notable de la carretera. Cerca había otra cruz sobre un pequeño pedestal, en el sitio donde descansen los que llevan el féretro al cementerio, una costumbre que se observa en todo el archipiélago. Pronto pasamos por el mojón que indicaba los dos kilómetros, a 450 pies sobre el nivel del mar. Eran las 10:30 a.m. y en la calesa estábamos a 82° F (27,8° C). El color pardo, uniformemente mate, de la empinada ladera va variando a causa de las manchas regulares y claras, deslumbrantemente blancas bajo el sol, de los estanques y de los puentes por donde el camino cruza el barranco mientras serpentea cuesta arriba formando curvas frecuentes y cerradas. Anoche mismo ocurrió un accidente en una de estas curvas, cuando un carro que regresaba de La Laguna, tras pasar por encima de un muro bajo de unas dieciocho pulgadas de altura, cayó por una pendiente inclinada de varias yardas de profundidad. Los ocupantes, dos españoles, se fracturaron los brazos, pero los caballos escaparon, milagrosamente, sanos y salvos. La carretera, aunque bastante amplia y bien construida, está protegida solamente por la vertiente del mar con unos pequeños mojones colocados a intervalos de unas seis yardas. Está reforzada en muchos puntos donde hay hondonadas en el terreno, aunque el bancal que la refuerza está tan desprotegido como el resto de la carretera.

La ciudad de Santa Cruz, vista desde esta carretera, no es nada atractiva. Las casas son bajas, y generalmente tienen tejados

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

planos –las mayores tienen *azoteas* y *miradores*– y, en conjunto, nos causan la sensación de haber sido trasladados al mundo del Viejo Testamento. Un hombre que cargaba dos bolsas de higos chumbos al cuello, colgándole por delante y por detrás, tenía un aspecto curioso, como si llevase cataplasmas puestas. Un tratamiento bastante caluroso, tanto para el hombre como para la fruta, en este camino polvoriento y sin sombra. También nos cruzamos en el camino con otro hombre con una bolsa de piel de cabra a la espalda en la que llevaba su alimento, como hacían sus antepasados guanches. A veces pasábamos junto a cuevas en las orillas del camino, excavadas en las oquedades del terreno, con cabras, cerdos y otros animales como habitantes troglodítas. Junto a la carretera nueva o, mejor dicho, cruzándola –ya que baja perpendicularmente por la colina– está la vieja, como ocurre en Noruega donde se pueden contemplar tres generaciones de carreteras a la vez. La carretera vieja está, sin embargo, totalmente adoquinada, como las de Madeira en la actualidad.

A cuatro kilómetros de Santa Cruz estábamos a 665 pies de altura y la temperatura era aún de 80° F (26,6° C). El recorrido era muy interesante por lo novedoso aunque difícilmente podría describirse el paisaje como bello, excepto cuando mirabas hacia abajo, hacia el mar. Como la carretera serpenteaba a un lado y a otro nos llegaban brisas frescas, incluso a través del calor que bullía sobre la tierra parda, brisas refrescantes que procedían de aquel océano, de un azul perfecto, a lo lejos, bajo nosotros. A lo lejos se divisa la débil silueta de las montañas de Gran Canaria. Más arriba, a la izquierda, una colina cónica de un rojo brillante, completamente pelada, da color a un paisaje casi descolorido. Nuestro interés se centra en la carretera: campesinos que van a la ciudad; mulas y burros, con sus extrañas y variadas cargas, que transportan desde agua hasta piedras; bueyes espléndidos que espantan pacientemente las moscas mientras avanzan; lagartos grises que entran y salen como serpientes por entre las rocas y que casi no se distinguen del picón y de la tierra parda y reseca; además de los hombres, morenos y apuestos, y las mujeres, morenas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y feas, que constituían una novedad siempre cambiante. Un muchacho de mirada inteligente, que llevaba un canario en una jaula, nos acompañó un trecho del camino mientras subíamos la colina y parecía tan interesado en nosotros y nuestras pertenencias como nosotros lo estábamos en él y las suyas.

Por fin llegamos al cruce de caminos de Güimar, La Laguna y la capital. Hay una *venta* muy frecuentada en una de las esquinas, donde nos detuvimos y nuestro conductor se apeó. Había un abigarrado grupo de burros y mulas cargados y parados a la sombra de la casa, espantándose con las colas las moscas de sus ardientes costados; sus propietarios estaban descansando fuera o habían entrado en la pequeña tienda o bar a comprar vino. Seguimos a nuestro conductor y entramos en la venta, en parte por curiosidad y en parte para escapar del caluroso sol. Entrando por un pasillo ancho, casi un patio –el *zaguán*– en el que había un caballo, descubrimos dos habitaciones, una a cada lado, que daban a él. La de la izquierda era cuadrada y de aspecto sucio, con algunas mesas y sillas, y en un rincón había una pila de agua. Estas *pilas* se utilizan en casi todas las islas. Están hechas de una piedra arenisca porosa formada de los restos de conchas desmenuzadas y diminutos trozos de piedra volcánica rota –una arenisca calcárea solidificada– y se usan como filtros. El agua en la mayoría de las islas se conserva en estanques, ya que es agua de lluvia; y como permanece empozada de un invierno para otro es muy necesario filtrarla. Las mejores piedras proceden de Fuerteventura. La parte superior de la piedra es hueca y en la mayoría de las casas colocan helechos en dicho hueco, generalmente culantrillos (*Adiantum capillus veneris*), que cuelgan creando un entorno verde, bonito y refrescante a la vista. Saliendo de la sombría habitación, cruzamos a la tienda o cantina del lado opuesto. En Inglaterra no existe nada semejante a las ventas. Son como un bar inglés pero no ofrecen alojamiento. Además de alimento para comer allí mismo se pueden comprar otras cosas ya que es como una tienda pero de clase muy inferior. De todos modos, lo que más vende es vino, ese suave *vin ordinaire* de la isla que los campesinos beben de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

misma forma que se bebe cerveza en Inglaterra. Esta venta específica, como pudimos comprobar, vendía fruta, verduras y carbón. También había huevos duros para comer. Nuestro conductor compró un par ¡pero el primero que abrió estaba malo!

Mientras esperábamos que nuestro carretero acabase, salimos fuera a observar los cuadrúpedos. Sólo algunas mulas llevaban herraduras, los burros, no. Sus cascos no podían estar en mejor condición ni forma. Estos animales trabajan durante todo el año, no descansan en invierno como los caballos noruegos. Por supuesto que no hay carreteras por toda la isla pero el terreno es siempre muy duro y frecuentemente pedregoso. El carruaje de La Laguna pasó mientras esperábamos, sólo es un carruaje viejo. Estos carruajes viajan entre Santa Cruz y Puerto de la Cruz[1] dos veces al día. Nos llamaban la atención las mujeres con las que nos cruzábamos por la cantidad, tanto de peso como de volumen, que llevaban sobre sus cabezas. En una ocasión posterior en nuestro viaje, vimos a una mujer, en un día bastante ventoso, con un sombrero grande, ¡ponerse tranquilamente una enorme piedra sobre la parte alta de la cabeza para que no se le volase el sombrero, sin que el peso innecesario le causara aparentemente ningún problema o inconveniente ya que sonreía al caminar!

Cuando alcanzamos una mayor altura, comenzaron a aparecer más casas, algunas muy lindas, con pórticos verdes cubiertos de flores rojas.

A nuestro conductor le llamaba mucho la atención mi cuaderno de notas, y sonreía con aprobación. Se preocupaba por darnos toda clase de detalles cuando veía que nos interesábamos por algo y, al dar la información, siempre añadía, con un gesto de la cabeza, "Póngalo en el cuaderno".

---

1 Al actual Puerto de la Cruz lo llama Stone Puerto de la Orotava u Orotava indistintamente. Para evitar confusiones se han utilizado los nombres actuales. Ella misma comenta la diferencia entre el Puerto y la Villa de la Orotava, en el capítulo XX. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Entre el cruce y La Laguna, a siete kilómetros de la capital y a 1.400 pies sobre el nivel del mar, a la izquierda, se encuentra una casa roja, interesante porque fue en ella donde el Dr. Walcott (Peter Pindar) residió con el Sr. Mackerrick durante su breve visita a Santa Cruz en 1768. Mientras estuvo allí escribió una "Elegía a las pulgas de Tenerife." El poema es muy prolijo, pero algunos de los versos pueden ser de interés para otros que, como nosotros mismos, hayan ¡por desgracia! experimentado una situación similar.

Vosotras, saltarinas nativas de una cama dura, dura,
Cuyos huesos, *quizás*, os duelan como los nuestros,
Oh, permitidnos reposar en paz nuestra cansada cabeza
Esta noche –la primera en que osamos entrar en vuestros aposentos.

Apretadas como una bandada de estorninos sobre nuestra piel,
De inmediato os empeñáis en que su blanco de lirio se vuelva oscuro;
Nos picáis además, como si fuerais alfileres–
EL SUEÑO jura no poder acercarse a nosotros mientras piquéis.

En vano suplicamos –en vano la luz de la vela
Ilumina claramente a estos diablillos, deseosos de sangre–
En vano nos quitamos de encima estos atareados huéspedes,
Ya que, sin temor y por miles, sobre *otras partes* se asientan. [2]

Si el Dr. Walcott hubiese viajado por las otras islas, no habría limitado la aplicación de su oda a una sola. Las pulgas no son un producto de la suciedad –aunque abundan, por supuesto, donde falta la limpieza– sino del clima. Suelen atacar siempre a las personas que caminan por las calles y caminos, y solamente desaparecen a grandes alturas. En las islas, cuando se está en compañía de ingleses, no es extraño escuchar: "Les ruego que me excusen un momento; de verdad, no puedo seguir quieto ni un minuto más", desapareciendo la persona en cuestión para llevar a cabo una cacería personal. Los isleños, ya sean de clase alta o baja, no

2 *The Works of Peter Pindar, Esq.* Dr. Walcott, vol. iii, 1794.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

parecen notarlas tanto, o quizás no los atacan con tanta virulencia. Debe saberse, sin embargo, que en una casa privada o en un hotel inglés o español que sea limpio no causan ningún problema. Después de haber estado caminando o paseando en calesa o en coche es casi seguro que encontraremos algunas. Muy rara vez las hemos encontrado cuando cabalgamos, ya que utilizamos nuestras propias sillas de montar. Tras entrar en una iglesia, la casa de un campesino, una venta e incluso algunas de las fondas, ¡podremos alegrarnos si escapamos con sólo media docena! En cierto lugar, tras sólo cruzar el patio, *me quité veintiuna de las medias.*

Más arriba, la tierra está cada vez más cultivada y su aspecto menos pedregoso y baldío. Las casas son mejores y tienen un aire más pintoresco, adornadas por el exquisito color malva del embeleso, que aquí crece muy bien, y por una planta de flores rojas muy vistosas.

Cerca del mojón de los ocho kilómetros pasamos una casa de color chocolate, muy pintoresca y encantadora, que parecía una caja y la del cónsul francés, el Sr. Ardisson. Estamos a 1.600 pies sobre Santa Cruz y el termómetro marca 78° F (25,5° C), cuatro grados menos que en la ciudad, aunque es ahora mediodía. La disminución de la temperatura se nota en muchas cosas: la tierra cultivada está más verde y pasamos cerca de una trilla, señal segura de que hemos llegado a la zona donde se cultivan cereales.

Afortunadamente el suelo, al ser de picón, no relumbra como lo haría si fuese de color claro, ya que sería insoportable bajo el sol constante. El *tránsito de consumos*, o *fielato*, nos avisa que estamos en la linde de La Laguna. He tenido muchas discusiones sobre las ventajas y desventajas de este sistema de impuestos que la mayoría de la gente considera una operación de sangría y que paraliza el progreso de las clases más humildes. Los defensores del sistema dicen que es un impuesto equitativo, que recae igualmente sobre ricos y pobres. Sin embargo, no es verdad ya que son los productos de los pobres los que son gravados, los alimentos que se producen y venden para que los pobres puedan ganarse la vida. La existencia del hombre rico no depende de un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ingreso diario de la venta de productos perecederos, como le ocurre al campesino. El impuesto grava todo lo que el pobre posee como medio de subsistencia en un país que es agrícola.

Como nuestro conductor respondió satisfactoriamente a las preguntas de los oficiales del *fielato*, pasamos sin que nos molestasen. Aquí hay árboles plantados, como cerca de Santa Cruz, a cada lado del camino. La carretera pasa por el centro de La Laguna pero, lamentablemente, la carretera buena y asfaltada acaba donde comienzan las casas por lo que, y, a pesar de que nuestra velocidad equivale a un paso lento, la calesa sufre sacudidas y tropezones y traquetea al avanzar sobre el desastroso pavimento de piedra. Un silencioso camello, de andares balanceantes y cínica fisonomía, es el único ser vivo con que nos cruzamos mientras avanzamos ruidosamente por las calles desiertas. La Laguna está, según nuestro barómetro aneroide, a 1.840 pies sobre el nivel del mar.

Antes de salir de Santa Cruz el vicecónsul británico, el Sr. Edwards, muy amablemente nos entregó una carta de presentación para su esposa en La Laguna hacia cuya casa, por lo tanto, dirigimos nuestros pasos. Cortésmente nos llevó a la mejor fonda que existe en la ciudad pero, aunque sea la mejor, es, sin duda alguna, muy mala. Nuestra primera experiencia fue muy molesta ya que, acostumbrados como estábamos a almorzar, descubrimos que no se podía conseguir comida alguna, ni por todo el dinero del mundo, hasta la hora de la cena, que no se servía hasta las 5:30 p.m. La Sra. Edwards nos salvó con gran amabilidad, haciendo gala de su hospitalidad. También nos dio nuestra primera lección sobre cómo comer higos chumbos, una hazaña nada fácil para el novato. El higo chumbo es el fruto del cactus, el mismo cactus sobre el que se cultiva la cochinilla. Sin embargo, se reservan ciertas plantas para la fruta ya que el insecto impide que se desarrolle correctamente. El higo chumbo tiene forma ovalada, casi del tamaño de un huevo de pato. Su nombre inglés le va,[3] ya que tiene toda la piel cubierta de púas minúsculas, tan diminutas

3 El nombre inglés ("prickly pear") traducido literalmente sería "pera con espinas". *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que cuando penetran en la piel es casi imposible extraerlas. Constituye todo un arte comer uno de estos higos sin herirse las manos, especialmente sin tenedor. Como probablemente esta fruta se importará a Inglaterra, creo que sería conveniente explicar con detalle cómo se debe manejar. La primera regla, la más importante, es que nunca se debe tocar la fruta con los dedos. Cortad una rebanada de una media pulgada en cada extremo y luego cortad el higo a lo largo –pero sólo la piel, que tiene un cuarto de pulgada de grosor– separándola hacia cada lado con el cuchillo y tenedor. Dentro hay una bola jugosa, del tamaño aproximado de la yema de un huevo de pato, con pulpa gelatinosa transparente de color verdiblanco y semillas como perdigones; extraedla y comedla. Tiene un sabor parecido al agua azucarada. El comer higos chumbos ha sido apropiadamente descrito como algo parecido a "llenarse la boca de perdigones y, luego, bebérselo todo de un trago, ayudado por un vaso de agua". Se les da varios nombres a los higos chumbos en las islas, pero el más frecuente es *higo pico*. Son la fruta más apreciada por los campesinos, pero no son "el principal alimento, si no el único", ¡como afirma un informe oficial inglés! Existe otro tipo de higo chumbo que es de color rosa, sin embargo no es tan bueno como el amarillo. Los visitantes no apreciarán fácilmente esta fruta si la comen como postre. Hay que estar viajando a caballo o a pie en una tierra reseca del sol, sin agua, con un cielo despejado sobre la cabeza y un suelo abrasador bajo los pies, para que la imagen del *higo pico*, recubierto de púas invisibles, se convierta, al mirarla, en la más deliciosa y atractiva de las frutas. Tras mi primera prueba no volví a tocar los *higos picos* voluntariamente hasta que un día, en el sur de Tenerife, me tragué los perdigones y el agua de cinco de ellos con rapidez, agradecimiento y "sin parar".

Laguna significa lago o, mejor, lago pantanoso. Cuando los españoles llegaron por primera vez a la isla había un lago aquí, que en la temporada de lluvias cubría una gran extensión. Se construyó un monasterio a un lado y el pueblo al otro y, hasta hace cien años más o menos, cuando los monjes fueron desterrados, solían cruzarlo en barca. La última barca que se usó, muy si-

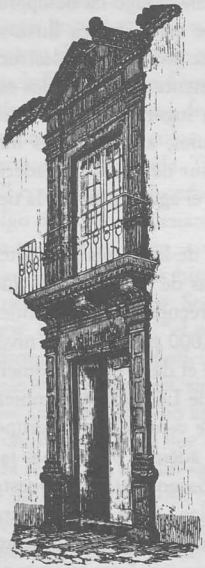
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

milar al "carrocín" irlandés, la posee actualmente un herrero, que la usa como receptáculo de agua para enfriar sus hierros. El Sr. Edwards, que ha visto la barca, nos dijo que le había ofrecido una pipa de fumar a cambio y que la oferta había sido aceptada. Lamentablemente, sin embargo, no habían realizado aún el intercambio. Confiamos que esta reliquia tan interesante pueda rescatarse todavía de manos bárbaras. Hoy en día el lago ha desaparecido totalmente, reapareciendo solamente en la época lluviosa como un área pantanosa. La desaparición se atribuye a la destrucción masiva de árboles que ha sido permanente desde que los españoles conquistaron la isla en 1496. En lugar de los extensos bosques que cubrían entonces las montañas, ahora apenas hay combustible para los habitantes. La zona sur de la isla ha padecido tan enormemente esta destrucción que el agua escasea y la tierra, por consiguiente, está poco cultivada.

La Laguna es la residencia de verano de las clases pudientes de Santa Cruz. Está a sólo un par de horas de la capital, así que los caballeros pueden ir y regresar con frecuencia para atender sus negocios. Como se encuentra a casi 2.000 pies sobre el nivel del mar, el clima es mucho más fresco que el de la capital comercial de la isla. Algunos de los habitantes de La Orotava también vienen aquí, de modo que en los meses de verano hay un grupo bastante agradable de residentes ingleses, además de muchas familias españolas. La población, sin embargo, está compuesta principalmente por el estamento eclesiástico. Aquí se encuentra tanto el colegio religioso como el seminario que instruye al clero de la isla. El obispo y, por ende, numerosos sacerdotes residen en La Laguna. Éste es el colegio principal de las islas occidentales y aquí vienen los jóvenes de las clases media y baja que puedan pagarles a sus hijos una educación. Las clases superiores y más acaudaladas no envían a sus hijos a un lugar de perdición como, según me informan, lo es este colegio. Aunque dedicado principalmente a la formación del clero, los muchachos no se convierten todos en sacerdotes necesariamente. Posteriormente, tras muchas y frecuentes conversaciones tanto con estudiantes como sacerdotes,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hemos sabido que la educación se limita exclusivamente a aprender latín –aunque no se lee a los mejores autores– y a adquirir un conocimiento exhaustivo de las vidas de los santos. Como hay tres o cuatro santos para cada día del año, este estudio les ocupa todo su tiempo desde el día en que comienzan sus estudios hasta que los terminan. Un sacerdote que reciba esta educación debe tener una mente muy estrecha. Nacidos del pueblo, educados en él, es imposible que no lleven al seminario y que no abandonen los prejuicios con los que han crecido, saliendo igual, si no peor, que cuando entraron.



VIEJO PORTAL, LA LAGUNA

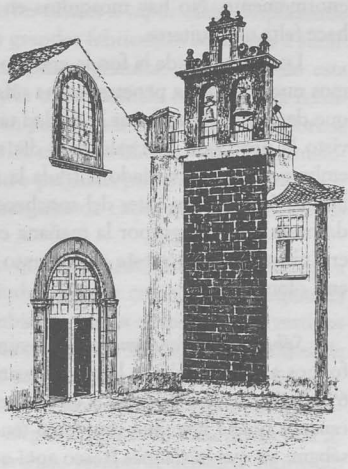
La impresión general que recibe un extranjero cuando pasa por La Laguna es la de una ciudad triste y vacía. Se ven pocas personas en las calles y las ventanas están cerradas, los habitantes encerrados en sus frescas habitaciones y *patios*. Su pasado glorioso se percibe en cada esquina, en los portales decorados, en los dinteles esculpidos y los magníficos balcones, con vestigios de influencia árabe por doquier, pero todos en un estado casi ruinoso y sin señal de restauración alguna. Sólo cuando caminamos por las calles desiertas y atisbamos a través de una puerta abierta, o *pechura*, el *patio* que se encuentra al fondo de un *zaguán*, lleno de flores de vivos colores y sombreado por amplias plataneras que muestran cierto grado de cuidado humano, sólo entonces nos damos cuenta de que la ciudad de los muertos es, en realidad, una tumba viviente.

Sin embargo, La Laguna tiene ese aire callado, apacible y solemne de respetabilidad, tan característico de muchas de nuestras antiguas ciudades catedralicias, que conviene a ciertos tempera-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mentos y que siempre agrada y relaja a aquellos que se encuentren cansados por el desgaste y el bullicio de la vida activa.

Tras echar un vistazo a la catedral y a la iglesia de la Concepción, regresamos a la fonda, para luego salir de nuevo y fotografiar algunas casas antiguas y el convento e iglesia de Santo Domingo. La cena, a las 5:30, resultó mejor de lo que prometía la fachada y las habitaciones de la fonda. Nos sirvieron una sopa que mejor es no recordar, *puchero*, plato típico que se conoce en la Península como *olla podrida*, y cuyos ingredientes eran patatas, col, calabaza, melón, peras, maíz entero, un poco de carne de cerdo y carne de res. Las verduras las sacan y colocan sobre un plato grande; la carne de res, de cerdo y el maíz van en otro. Después nos sirvieron pollo y luego algo parecido a un bistec cocinado hasta perder el menor valor nutritivo. A unos dulces extraños e indigestos siguió una selección de frutos variados. Peras, higos chumbos, higos (frescos), melocotones, albaricoques, plátanos, uvas, vino por un porrón y café pusieron punto final a la comida. Fue bastante buena y limpia. Nuestro cuarto daba a la calle y se accedía a él por el salón o la sala de estar. El piso estaba en malas condiciones, resquebrajado en varios sitios, y nunca lo habían lavado desde que lo colocaron. Sin embargo, sí lo habían barrido hasta dejarlo pasablemente limpio.



CAMPANARIO DE SANTO DOMINGO, LA LAGUNA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Los *serenos* nos molestaron bastante durante toda la noche, alzando la voz continuamente, cerca de la fonda. Aun considerando lo musical y llamativa que puede ser su llamada, se vuelve monótona cuando la oyes cada media hora. Cuando los sentidos están despiertos, no solamente oímos al vigilante que está cerca sino a otros, en tonos diversos, desde el *fortissimo* en la puerta hasta el *pianissimo* que muere en la lejanía, como un eco. Además de los *serenos* nos hacían compañía algunas pulgas que, como todavía no estaba acostumbrada a ellas, perturbaron mi descanso enormemente. No hay mosquitos en La Laguna por lo que no hace falta mosquiteros.

Los desagües de la fonda eran horribles. Cada vez que abríamos nuestra puerta penetraba una ráfaga de hedor tan maloliente que decidimos abandonar la ciudad tan pronto como hubiésemos visto la procesión que saldría al día siguiente. La procesión, sin embargo, salió demasiado entrada la tarde para que pudiéramos llegar a La Orotava antes del anochecer así que retrasamos la salida hasta el domingo por la mañana cuando, a pesar del día que era, abandonaríamos este alojamiento que tanto nos hacía pensar en Colonia.

Sábado, 8 de septiembre. Desayunamos a las 8 a.m. y después fuimos a la catedral con la Sra. Edwards. El termómetro marcaba 69° F (20,5° C) a las ocho y el cielo era de un azul límpido. Durante la noche nos vino muy bien tener una manta además de la sábana, ya que hacía más fresco aquí que en Santa Cruz.

Se celebraba la festividad de San Cristóbal, santo patrono de La Laguna, y se ofició una misa mayor. Durante toda la mañana las calles, normalmente desiertas, estuvieron abarrotadas de campesinos. La catedral no tenía asientos, al margen de algunos taburetes pequeños que traían las señoras. Las mujeres se arrodillaban formando hileras apretadas a cada lado del pasillo, delimitado por una valla que comenzaba delante del altar y recorría el centro de la iglesia y que estaba reservado para la Hermandad del Gran Poder de Dios. Estos hermanos iban magníficamente ataviados

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

con vestimentas rojas. Cuando no estaba arrodillada, la gente se sentaba en el suelo sobre esterillas. Algunas mujeres lucían mantillas blancas de franela pero la mayoría iba de negro. Algunas de las mantillas blancas habían sido dobladas, formando caperuzas, forradas de satén blanco, es decir, parte de la cubierta de la cabeza había sido reforzada con cartón dándole forma de caperuza. Quedan muy pocas de estas tocas antiguas. La franela que se utiliza con este fin es extremadamente fina, de un tipo especial, y proviene de los telares manuales de Yorkshire. Recientemente ha sido muy difícil obtenerla ya que los telares a vapor están desplazando a los manuales y además los grandes fabricantes se niegan a suministrar la franela excepto en piezas grandes. Por todo ello esta moda está desapareciendo y la triste mantilla negra la está reemplazando. Los hombres llevan pantalones anchos ceñidos sobre la rodilla, con un corte lateral; los calzones blancos bajo los pantalones alcanzan hasta unas cuatro pulgadas por encima del tobillo y, desde este punto, llevan borceguíes de cuero que cubren zapatos marrones de cuero.

La imagen de la Virgen que más tarde, ese mismo día, iba a salir en procesión por la ciudad, estaba colocada a la izquierda del altar, sobre un *trono* y cubierta con un dosel. Llevaba vestidos de seda y estaba profusamente cubierta de adornos. Anillos de piedras preciosas auténticas adornaban sus manos y tenía collares, broches, pendientes y toda clase de espléndidas joyas repartidas por toda la imagen. Me alegró dirigir la mirada desde esta figura sin vida al púlpito, un trabajo realmente artístico, fabricado con mármol y apoyado sobre las alas y hombros de un enorme ángel. La posición de la figura es especialmente apropiada, bien equilibrada y correctamente proporcional al peso y tamaño de aquel púlpito. Quizás el brazo derecho se quedó corto entre el codo y la muñeca.

Las columnas que sostienen el arco central están bastante alejadas de la perpendicular, aunque sin peligro alguno. Se inclinan hacia afuera en la parte superior y están rematadas por una suerte de capiteles corintios, a diferencia de las otras columnas de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

la iglesia. Le comentamos el peligroso estado del arco a un caballero, asombrados de que no lo hubieran reforzado. Nos contestó, sin embargo, que tenían miedo de que se conociese su estado ya que, si se hacía público algo así, la gente decidiría no visitar la iglesia. Otra iglesia había sufrido los efectos de una deserción como la que se temía aquí y la pérdida de favor había acarreado el empobrecimiento.

La iglesia está dedicada a San Cristóbal de La Laguna, de quien hay una imagen que data de 1767. Alonso de Lugo le dio este nombre a la ciudad, en honor a San Cristóbal, cuando conquistó la isla y fundó La Laguna.

Mientras tanto, tras finalizar la misa mayor, el predicador subió al púlpito. Nos ofreció un sermón de sólo quince minutos, preparado con un cuidado inusual y exquisito, en honor al número de personas que allí se hallaban congregadas. La homilía fue una absoluta equivocación si pensamos en que los oyentes eran, sobre todo, campesinos. Versaba sobre la Inmaculada Concepción y el tema fue tratado de modo complicado. El sacerdote lo explicó con cariño, llegando a apasionarse y mostrarse enérgico, pero muy por encima de la capacidad intelectual de aquel público. ¿Qué les importaba a ellos lo que creían los protestantes? Casi no saben, cuando saben algo, lo que son los protestantes. Debido a ello, no apreciaron los enrevesados argumentos, la gente tenía la mirada vacía y apática, y se perdió para siempre una oportunidad de alcanzar sus corazones y sus mentes. Los campesinos raras veces escuchan en sus lejanas chozas del campo una palabra de consejo, así que era triste ver cómo se perdía aquella oportunidad de darles algún consejo que les fuera útil, especialmente después de haber recorrido tantas leguas para llegar hasta La Laguna para asistir a la misa mayor en la catedral.

Hace poco han colocado una placa de mármol en la pared sur cerca del altar, un homenaje tardío a la memoria de un gran hombre. La inscripción reza así:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

AL ADELANTADO
D. ALONSO FERNÁNDEZ
DE LUGO,
CONQUISTADOR
DE TENERIFE Y LA PALMA,
FUNDADOR DE LA LAGUNA.
MURIÓ EL 20 DE MAYO
DE 1525.
AÑO 1881.

Indudablemente satisface que se reconozcan las buenas acciones aunque sea después de tres siglos y medio. Tras muchos y malogrados intentos por parte de los españoles, Alonso de Lugo logró conquistar la isla, aunque más por las rencillas internas y la traición de algunos jefes que por una victoria bélica. Cuando los guanches le preguntaron por qué acosaba así a su país, les respondió que era para convertirlos a todos al cristianismo así que los habitantes fueron bautizados, so pena de muerte, y San Cristóbal de La Laguna fue fundada el 25 de julio de 1495, fecha en la que se celebraba la festividad de San Cristóbal.

Después del almuerzo que nos ofreció la Sra. Edwards, apiadándose de nuestras costumbres inglesas, tomamos algunas fotografías de las iglesias y de las casas antiguas. Una casa en particular, la del Conde de Salazar, es una bella obra de arte, un ejemplo perfecto de la arquitectura italiana, al menos en cuanto a la fachada. No penetramos en el interior. El imponente frontis de la casa da a una calle muy estrecha, tan estrecha que nos fue muy difícil verla en su totalidad y aún más conseguir fotografiarla. Situándonos justo enfrente sólo podíamos alcanzar a ver la parte superior con dificultad, aunque no era, de ninguna manera, una casa demasiado alta. Sólo tiene dos pisos con ventanas muy altas. Tiene columnas corintias acanaladas a cada lado tanto de la puerta principal como de las ventanas superiores, rematadas por capiteles, elaboradamente esculpidos, que sostienen enormes doseles. Hay dos torrecillas cuadradas en cada extremo del edificio y en el centro, sobre el portal y la ventana central, la fachada es muy hermo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sa, con una hornacina que contiene una estatua. Cada ventana cuenta con ligeros y elegantes balcones de hierro forjado. El edificio en sí está construido de piedra y las casas contiguas no forman el marco más apropiado. Estas casas enjalbegadas, con postigos de madera cerrados y portales de estilo morisco junto a columnas elegantes y ligeras, destruyen todo el encanto. De hecho, se podría pasar por delante de esta casa y, al ser una calle tan estrecha, no darse cuenta de que estaba ahí.

CARRO CON BUEYES

Como examinamos las otras iglesias con más detalle cuando regresamos en noviembre, ahora no diré nada más sobre el tema.

Al ser sábado, pudimos ver a los mendigos ya que éste es su día en La Laguna. Durante la mañana las puertas y *zaguanes* estuvieron abarrotados de gente sucia y andrajosa. Los mendigos, o *vergonzantes* como se les llama, satisfacen la necesidad de buenas obras que domina a los fanáticos religiosos y las limosnas que dan compensan ante el Cielo sus pecados y defectos. El celebrar un día "especial" para los mendigos tiene, claro está, cierta ventaja: evita la molestia de que nos visiten continuamente los demás días

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de la semana. Una mendicidad tan abierta y regulada resulta extraña a los ojos de un inglés.

Como hoy era día de fiesta las campanas de las iglesias han estado repicando casi ininterrumpidamente. Desde luego, las campanas no son nada sonoras ni musicales. El efecto que tienen sobre los oídos es semejante al de un tamborileo metálico. Los golpes son muy rápidos, de tono agudo y desagradable, y el continuo y monótono rat-tat-tat, rat-te-te-tat-tat, repetido incansablemente, molesta de manera particularmente inaguantable.

Frente a nuestra fonda está el *fielato*. Mientras esperamos que pase la procesión nos divierte observar las mulas y burros parados en la puerta, junto a sus dueños. Un poco más abajo hay una pareja de bueyes con un extraño carro. Es largo y estrecho, con ramas clavadas como varas verticalmente por todo el borde exterior, separadas un pie, más o menos, las unas de las otras. Alrededor de las cinco, cuando empezaba a refrescar, oímos la banda de la procesión. Delante iba una bandera o banderola. Los acólitos, que agitaban incensarios llenos de incienso ardiente, precedían a cinco muchachos vestidos de oro y blanco que portaban una cruz grande y cuatro candelabros. La imagen de la Virgen en el trono la transportaban cuatro hombres o más, llevándola a hombros sobre varales ocultos bajo los cortinajes que colgaban de éstos al suelo. Detrás de la imagen iban los sacerdotes luciendo sus vestimentas –no diría que con recogimiento– y flanqueados por la hermandad vestida de rojo que habíamos visto en la iglesia previamente. Detrás de ellos, a cierta distancia, marchaba una banda militar, seguida por una muchedumbre de mujeres con algunos niños. La ausencia de hombres era notoria. Lamentablemente el ángulo de la luz no era el apropiado por lo que solamente pudimos tomar desde nuestra ventana una fotografía de la procesión cuando ya había pasado.

Después de la cena un español llegó preguntando por nosotros y nos llevó amablemente a la casa de un tal Sr. Renshaw. Como sabíamos que este caballero había subido al Pico varias veces, estábamos ansiosos de que nos informara y aconsejara

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sobre la mejor manera de proceder. El Sr. Renshaw es presa, como todo el que sube al Pico, de un cierto apasionamiento, una especie de culto al héroe. Cuando se habla del Teide se hace con afecto, sea cual sea el punto de vista, y se podría decir que los que suben a él sufren, desde entonces, un ataque de "Picomanía". Incluso, ahora, al escribir esto, siento un fuerte e irresistible deseo de "volver a hacerlo". Hay pocos que no sientan esto y que cuando tienen la oportunidad no sucumben ante la tentación, subiendo varias o, si pueden, muchas veces más a lo largo de su vida. El resto de la velada lo pasamos otra vez con la hospitalaria esposa de nuestro vicecónsul.

He padecido todo el día las "plagas de Pedro Pindar", lo habitual cuando se visitan las iglesias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LA MATANZA • LA VICTORIA • HISTORIA

III

En vano se enfrentaron a él, yelmo contra yelmo,
En la frontera de aquel reino
Adonde llegó con intolerante pompa para gobernar,
Intentando con sus cadáveres bloquear su camino.
En vano –por cada lanza que irguieron,
Miles surgieron alrededor del conquistador;
Por cada brazo que cubrió la orilla,
Miles de esclavos fueron atrapados–
¡Un gentío innumerable, sangriento y valiente,
Ante cuyo avance se doblegaban
Cual dátiles bajo una nube de langosta!

MOORE

DOMINGO, 9 DE SEPTIEMBRE. Aunque queríamos salir más temprano sólo pudimos abandonar La Laguna a las 8:25 a.m. en un carruaje hacia La Orotava. Mientras avanzábamos, o mejor dicho dábamos bandazos, a través de las calles, el aspecto de la ciudad era bastante más dinámico que el día anterior. Hay una gran actividad y es difícil creer que hoy sea domingo mientras que ayer, a pesar de sus celebraciones religiosas y procesiones, el sábado era soñoliento. Había muchos campesinos en la ciudad, las mujeres con mantillas y los hombres casi todos con mantas, o *mantos*. Pasan un cordel por el filo doblado de la manta o lleva una tira de cuero en el borde que se atan al cuello y se lleva colgando hasta los tobillos. Las mantas que ahora utilizan se fabrican en Inglaterra aunque, sin lugar a dudas, antiguamente se tejían en las casas. Envueltos en estas mantas, los hombres pasan la noche sin desvestirse, ya sea al aire libre o tumbados sobre los suelos de tierra de sus cabañas o, en el mejor de los casos, sobre un saco lleno de paja, una cama nada despreciable. Durante el día los *mantos* protegen a las personas de la lluvia que cae con frecuencia en las partes más altas de la isla. Del total de las mantas importadas a Tene-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rife ni siquiera la vigésima parte se utiliza para cubrir camas. Todos los hombres, casi sin excepción, utilizan las mantas de esta forma en algún momento, y sobre todo a los hombres de Tacoronte rara vez se los ve sin ellas. Eligen la manta con muchísimo cuidado. Debe ser de cierto tamaño y sin pelo negro, en caso contrario será rechazada inmediatamente. Las franjas cerca del borde sólo pueden ser de un color, azul. Tiene que tener tres franjas, la central más ancha que las laterales. La lanilla de un lado de la manta tiene que ir en dirección opuesta a la del otro, de modo que cada uno pueda, al darle la vuelta, utilizarse como exterior de la capa. Tan exigentes son los isleños en lo referente a estos pequeños detalles que hay que repasar cada manta cuidadosamente en Inglaterra antes de exportarla para comprobar que no tenga pelo negro y se ajuste en todo lo demás a la tradición isleña. Esta costumbre de utilizar mantas gruesas no sólo se observa en las Islas Canarias, es frecuente en zonas montañosas y es frecuente en otros lugares. El *cothamore* de los antiguos irlandeses y el *abba* de los árabes son similares, y la misma idea aparece en el albornoz, la toga romana y la fluida vestimenta de los druidas. En las provincias del noroeste de la India y de Oudh hay muchas tribus que llevan mantas de lana tejidas en casa y de diversos colores naturales, desde el blanco grisáceo de los "gurhwals" al castaño oscuro de los "gurungs". [1] La Naturaleza suministra instintivamente las texturas adecuadas a cada clima. No hay nada más apropiado y seguro cuando se va a estar primero en la cima de una montaña y luego en un valle que una tela de lana.

Recordando este hecho fisiológico tan bien conocido, lo tuvimos en cuenta y, en algunos casos, sustituimos la seda por lana ya que es un tejido casi tan bueno, y menos voluminoso. El algodón, que a la gente le gusta tanto usar cuando hace buen tiempo, es un tejido inadecuado para un clima caluroso. Traje un vestido de esta tela a las islas y, cuando me lo puse, cogí el único enfriamiento que padecí durante todo el viaje por estas tierras.

1 Pueblos del Nepal. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

En la orilla de la carretera que sale de La Laguna crecen eucaliptos y, aparentemente, se dan bien. El plantar eucaliptos aquí es un experimento nuevo y, como el árbol absorbe humedad del suelo, será de gran utilidad en esta tierra húmeda de La Laguna, donde el terreno ya ha mejorado. Como crece rápidamente, es de esperar que, dentro de algunos años, veremos la buena sombra que darán a las carreteras. Las hojas son curativas y se utilizan en medicina. Se prepara una infusión con ellas que, cuando se toma caliente, provoca un sudor que cura los enfriamientos. También suelen colgarlas en las camas para combatir las fiebres persistentes además de atarlas a la cabeza del paciente. La infusión no es desagradable y las hojas, lo sé por propia experiencia, ayudan a calmar el dolor de cabeza producido por la fiebre.

Al ver tantas cruces a los lados del camino buscamos la causa, y descubrimos que a nuestra izquierda se encuentra el cementerio. De todos modos, desde la carretera no puede verse el interior.

El aire está impregnado del perfume de los geranios y arrayanes que hay a cada lado de la carretera. Nos olvidamos de que es domingo al ver a los campesinos trabajando sus campos, apilando el maíz en montones y dejando solamente el rastrojo sobre la tierra parda. Nos acordamos de la biblia al ver un emparrado que se extiende frente a una casa y al dueño sentado bajo él, disfrutando de la sombra.

Ascendemos ligeramente y, a doce kilómetros de Santa Cruz, nos encontramos a 1.950 pies sobre el nivel del mar. La temperatura es de 72° F (22,3° C) y el cielo está nublado, como si pronto fuera a llover, algo que sabemos que no puede ocurrir en septiembre. Detrás de nosotros queda La Laguna, en el centro de una cuenca, rodeada por colinas boscosas. La orografía del paisaje, además de la historia, nos ofrece así la prueba de que, hace tiempo, existió aquí un lago, probablemente poco profundo. La carretera está concurrida, como si fuera día de mercado, y vemos a mujeres que transportan aves de corral, caballos y mulas cargados, algunos con jinetes que los guían utilizando sólo un ronzal, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

un rebaño de cabras y ovejas de pelo largo. Pasamos junto a varias extrañas grietas o fisuras en la tierra y, poco después, divisamos el mar hacia el noroeste de la isla. Cuando salimos esta mañana, una banda de nubes ocultaba celosamente el Pico de nuestra vista, y cuanto más ansiosos estábamos de ver al Monarca de las Islas, aún invisible, las nubes parecían ocultar la cumbre con mayor intensidad, hasta que desapareció por completo. Había nubes por doquier y sobre nuestras cabezas el cielo estaba oscuro y sombrío. Al acercarnos a una franja de colinas, la temperatura se volvió notablemente más fría, el termómetro descendió hasta los 66° F (19° C), una temperatura que, comparada con el calor que hacía media hora antes, resultaba aún más fría.

El paisaje no es bonito hasta que se comienza a descender hacia La Orotava y sólo resulta interesante por su novedad. Algunos hombres están aventando trigo, aprovechando la fuerte brisa para que las echaduras caigan lejos, mientras que las mujeres sentadas cerca de ellos cantan para aliviar su trabajo. Una muchacha estaba arreglándose el pelo a la puerta de una cabaña con techo de paja, preparándose sin lugar a dudas para ir a La Laguna. Las mujeres tienen un cabello muy largo pero, por desgracia, no son muy limpias. Los comentarios del capitán Glas son tan ciertos hoy como cuando escribió, en un inglés enérgico y nada diplomático, que "los pobres tienen gran cantidad de piojos y no se avergüenzan de ello, ya que se puede ver a las mujeres sentadas a la puerta de sus casas quitándose unas a otras los piojos de sus cabezas".

Los setos los forman ahora acacias, fucsias salvajes y yucas, estas últimas con flores a veinte pies de altura. Un poco más allá encontramos zarzas, retamas, zarzamoras y álamos. Nos hacen imaginar que estamos en Inglaterra. Es un hecho botánico curioso, del que valdría la pena conocer el motivo, que, aunque las zarzas crecen en abundancia entre La Laguna y La Orotava, no se encuentra ni una entre La Laguna y Santa Cruz. Sobre nosotros planea un pájaro cuyo temblor denota, a cualquier distancia, que es un halcón, y a nuestro alrededor revolotean mariposas blancas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Acaba de finalizar la cosecha de trigo y de maíz. El hecho de que crezca el trigo y la zarza demuestra que el clima ha cambiado, si lo comparamos con los terrenos donde sólo crecía el cactus, a pocas millas de distancia. Nos encontramos sobre terreno llano ya que la altura sigue siendo 1.950 pies sobre el nivel del mar. Pasamos el mojón de los dieciséis kilómetros a las 9 a.m. Vuelve a hacer calor, 73° F (22,8° C). El aire, las nubes sobre nuestras cabezas y el tipo de vegetación nos recuerdan a Inglaterra, sin embargo, unos volcanes cónicos –uno de ellos cultivado hasta la cima– disuelven esta ilusión.

Ahora empezamos a descender por el lado oeste de la isla. Aquí las casas tienen techos de paja. Los manzanos, perales, melocotoneros, higueras y castaños demuestran que, en lo tocante a la vegetación, aún estamos en una zona templada. Sin embargo, con cada mojón kilométrico que pasamos nos encontramos cincuenta pies más abajo. La carretera cruza un barranco profundo y estrecho y, una vez más, discurre por cortes en la roca. Es una carretera general bastante ancha y bien cuidada, la primera que se construyó en la isla. Están quemando rastrojos en unos campos y un par de caballos pisan el trigo, al trote. Un muchacho que cabalga junto a nuestro carruaje lleva cuatro barriles de vino o agua sujetos a la *albarda*.

Nos acercamos a Tacoronte, un bonito pueblo situado en una falda cultivada que baja hacia el mar. Viñedos, palmeras datileras y cactus cubiertos de cochinilla nos rodean por doquier. Las mujeres y muchachas de esta zona sienten predilección por el amarillo para sus trajes y lo lucen en los pañuelos que llevan atados a sus cabezas. El paisaje ha cambiado totalmente. Entre Santa Cruz y La Laguna todo es yermo y pardo. Desde La Laguna hasta aproximadamente unos veinte kilómetros de Santa Cruz hay una llanura, monótona como es habitual. Aquí, a 1.750 pies sobre el nivel del mar [72° F (22,3° C), 9:25 a.m.], hay laderas cultivadas y exuberantes, casitas bien construidas y pueblos llenos de vida que se extienden hacia el noroeste. La carretera, que hasta ahora nos conducía hacia el mar, gira hacia el suroeste, atravesando el cen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tro de la zona, rica y bien cultivada, que se extiende entre Tacoronte y La Orotava. Al pie de la ladera yace el apacible y azul Atlántico. La tranquilidad es la sensación más envolvente que se percibe cuando se penetra en este Jardín del Edén, en el que sopla una brisa suave, tras las frías y ventosas llanuras de La Laguna y el desierto que rodea a Santa Cruz. Ahora sí empezamos a sentir la poesía de las islas; algunas nubes del horizonte a punto están de materializar la más espléndida fábula romántica relacionada con estas islas. Podríamos creer que estamos viendo San Borondón, esa isla misteriosa y mítica que algunos han visto pero que nadie ha tocado. Aun así, Portugal la cedió a España, junto con el resto del archipiélago, como si existiese, en 1479.

Estos parajes poseen cierta apariencia de riqueza. Los techos son de tejas en lugar de paja. Al acercarnos a El Sauzal, una pequeña aldea cerca del mar, vemos una iglesia que se eleva en su centro y el vestido de las mujeres cambia, ya que ahora lucen chaquetillas estampadas. Las nubes habían comenzado a despejarse un poco en las montañas, de modo que esperábamos ansiosamente atisbar por primera vez el Pico pero, a pesar de todo, no tuvimos esa suerte. Cuando alcanzamos los veintidós kilómetros y los 1.500 pies sobre el nivel del mar vimos, por primera vez, el Puerto de La Cruz, aunque sólo alcanzamos a ver la espuma del oleaje. Aún no íbamos a poder satisfacer nuestras ganas de ver el Valle de La Orotava. Habíamos oído y leído sobre este famoso valle y la descripción que hace Humboldt de su belleza bastaba para avivar nuestro deseo hasta una intensidad insoportable. Se ha escrito muy poco sobre las islas pero casi todo lo escrito ha sido sobre La Orotava. Casi todos los viajeros que pasan unos días en Tenerife intentan subir al Pico. El objetivo principal de la visita de Humboldt a Tenerife fue escalar este volcán. Tuvo el tiempo justo para hacerlo ya que permaneció en la isla durante cuatro días. Viajó en coche desde Santa Cruz a La Orotava sin detenerse. Es fácil imaginar que, después de las millas de terreno desierto que había atravesado, La Orotava le debió parecer sin duda un valle bellísimo. Su florida descripción es excesiva y es lógico que así sea, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

todo viajero que la haya leído, y realizado luego el mismo recorrido, se ha sentido decepcionado al divisar el Valle de La Orotava desde su vertiente norte. Humboldt afirma que la perspectiva del valle y la costa, desde la carretera, es la más bella que ha visto en todos sus viajes y, sin embargo, el valle visto desde Icod Alto es muchísimo más bello. De nuevo, debemos recordar que su descripción de la isla fue escrita mucho tiempo después de haberla visitado y, si pensamos en los numerosos errores que cometió, es evidente que sus notas no eran ni extensas ni exactas en lo que se refiere al paisaje. Además, cuántas veces ocurre que los paisajes que vemos en un primer viaje nos parecen sobrevalorados cuando los visitamos posteriormente: las montañas no son tan altas, los valles no son tan extensos y la vegetación no es tan exuberante. Debemos recordar que Humboldt sólo tenía veintiún o veintidós años y aún habría de recorrer medio mundo antes de escribir sobre uno de los lugares que primero había visitado en su viaje. No quisiera infravalorar la variada y enorme belleza del paisaje entre La Matanza y el Monte Tigaiga pero he contemplado paisajes, en las islas mismas, que son igual de hermosos –a veces más– y, desde luego, mucho más pintorescos. Los que alaban La Orotava, pero sólo han seguido la ruta de Humboldt, no han visitado las otras islas y, por ello, no pueden, claro está, compararlas. De La Orotava sí se puede decir que, considerándolo todo –su posición geográfica, su clima, su entorno, el alojamiento, la sociedad, los servicios y, sobre todo, su proximidad al Pico–, es el lugar más apropiado de las islas para que los extranjeros fijen su residencia. No sería justo afirmar que La Orotava se convertirá pronto en una segunda Funchal ya que puede equipararse con facilidad y, seguramente, incluso superar a Madeira como residencia de invierno para enfermos, y además posee lugares de interés que inducirán a los que sí gozan de buena salud a pasar sus vacaciones aquí, evitando así que llegue a ser como ese triste hospital en el que se ha convertido Funchal.

Nuestros caballos trotan colina abajo a una velocidad moderada, serpenteando por la falda de la colina y, de vez en cuando,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

atisbamos el Puerto de La Cruz que gradualmente se percibe con más claridad. La pendiente hacia el mar es cada vez mayor y, por ello, han construido bancales sobre el terreno, tanto por encima como por debajo de la carretera. El mar se encuentra a una media milla de distancia pero las distancias engañan en este aire tan límpido. Al acercarnos a La Matanza la carretera desciende por un profundo barranco, cuyo fondo está cubierto de viñas de color verde vivo. Este es el lugar donde los españoles, acaudillados por Alonso de Lugo, fueron derrotados por los guanches, acaudillados por Bencomo, rey de Taoro (La Orotava), y su hermano Tinguaro, los últimos patriotas que defendieron esta tierra. De ahí viene el nombre *Matanza*. Dicen que los guanches eran trescientos guerreros escogidos pero que los españoles perdieron seiscientos hombres, por lo que su número tiene que haber sido más del doble que el de los guanches. Cuando los invasores estaban pasando por el desfiladero, silencioso y aparentemente desierto, los guanches salieron repentinamente de sus escondites, en arbustos y hendiduras, y "cayeron sobre ellos con tal furia que los hicieron huir a todos en desbandada".[2] Algunos fueron hechos prisioneros pero liberados al siguiente día por Bencomo. Hoy en día la actividad cerca de La Matanza es pacífica. Cerca del pueblo hay hornos primitivos para cocer tejas. Las tejas se utilizan para techar las casas. Son muy curvas y parecen tubos de desagüe cortados a lo largo.

Cerca de las 10 a.m. llegamos al pueblo de La Matanza. Se lo considera el punto medio de la ruta a La Orotava, el lugar donde el carruaje, *alias* el ómnibus, cambia de caballos. Pocas casas del pueblo se encuentran cerca de la carretera. Ésta se construyó después de haberse desarrollado el pueblo y parece haber sido diseñada usando sólo el mapa y la regla –como el ferrocarril entre Londres y Bath,[3] sin tener en cuenta las ciudades y pueblos por

2 *History of the Canary Islands,* George Glas, 1764, p. 158.

3 Ciudad famosa por sus baños romanos, en el oeste de Inglaterra. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

los que habría de pasar. Donde nos detenemos hay dos ventas, o tiendas. Se parecen bastante a los hostales de la campiña inglesa, excepto que aquí se vende comida, tanto para llevar como para consumir en el mismo establecimiento. La más pequeña está situada a la izquierda del camino, en dirección hacia La Orotava; está más cerca de La Laguna que la otra venta y se la tiene por la más limpia de las dos. La venta mayor y más ostentosa está más lejos, a la derecha, más cerca de La Orotava. Nos paramos en la primera pero no entramos. Nos alegró, sin embargo, poder estirar las piernas durante unos minutos mientras el conductor compraba comida para sí –aunque no para los caballos. El único refresco que tuvieron fue el hecho que un muchacho les espantó las moscas con un trapo.

Mientras estábamos parados al borde de la carretera admirando los paisajes tranquilos y bucólicos que nos rodeaban, con el vasto Atlántico extendiéndose a lo lejos bajo nosotros, nos interesaron y disfrutamos mucho con las personas que por allí pasaban. Los hombres y muchachos llevan chaquetas sueltas de tela blanca y calzones subidos hasta la rodilla, con sus piernas bronceadas al aire. Ahora pasa un burro cargado y totalmente cubierto de sillas. En todas partes las cargas se transportan en lugar de remolcarlas y el único carromato que he visto fue el carro tirado por bueyes en La Laguna que se usaba, creo, para transportar hojas de tabaco. La gente no se ha acostumbrado aún a las buenas carreteras y conservan los primitivos medios de locomoción que son necesarios cuando los caminos son sólo senderos.

Ésta es la carretera más frecuentada del archipiélago. Aunque estas islas son poco conocidas, todos los viajeros que las visitan recorren esta carretera. Tras desembarcar en Santa Cruz, si el visitante dispone de un día libre viaja hasta La Matanza para poder ver el Pico. Si dispone de dos, continúa el viaje hasta La Orotava, pernoctando allí, y si dispone de cuatro y se encuentra con fuerzas y el tiempo es favorable, probablemente subirá al Pico, llegue o no a la cima. Siempre que nos hemos enterado de viajeros que decían conocer las Islas Canarias, o cuando hemos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

encontrado un libro que trata sobre ellas, al investigar a fondo se descubre que han realizado estas excursiones, incluyendo quizás un paseo por los alrededores de La Orotava, o que el libro es una recopilación de otras obras menos conocidas al que se ha añadido una gira de tres días para que parezca actual. En el mejor de los casos, un día en Gran Canaria y algunas horas en La Palma o Lanzarote cierran toda investigación dedicada al archipiélago. Bory de St. Vincent, cuyo libro ya he mencionado, es quizás, a pesar de lo importante que se le considera, el más fraudulento de todos ya que copia a Viera tan fielmente que perpetúa sus errores. El libro del Dr. Wild sobre Madeira, Tenerife, etc., sólo menciona el Pico, cuyo cono, o *pitón*, dice él, ¡se eleva *sesenta* pies! El Rvdo. E. Alison sólo visitó La Orotava y el Pico. El Dr. Marcet llegó hasta el Pico. Lyell estudió los volcanes de Tenerife y La Palma. Madoz escribió sobre Tenerife y Gran Canaria. El folleto de Belcastel está dedicado a La Orotava exclusivamente. Burton y Cameron desembarcaron en Tenerife y Gran Canaria, subieron al Pico en la primera y a la catedral en la segunda y le dedicaron doscientas páginas al tema. Incluso Von Buch, en su valioso trabajo, dice que solamente ha estado en Tenerife, Gran Canaria, La Palma y Lanzarote. El Sr. S. G. W. Benjamin, en un artículo en la revista *Harper*, ofrece una descripción corta y bastante correcta, considerando que sólo pasó unos días en la isla, y que pasaría sin pena ni gloria si no fuera por el título: "Las Islas Atlánticas como centros de salud y diversión". Si tenemos en cuenta que, de las Canarias, sólo visitó Tenerife y que allí sólo llegó hasta Icod y el Pico, el título es totalmente engañoso. Lady Brassey subió hasta la mitad del Pico y los datos principales de su narración son inexactos, aunque disculpables, debido a lo apresurado de su visita. Podría dar otros ejemplos del escaso respeto que se ha tenido con estas islas pero he dicho lo suficiente para demostrar mi afirmación de que los relatos más conocidos son insuficientes y engañosos.

Sin embargo, al ser ésta la carretera más frecuentada en el archipiélago supuso que mientras esperábamos en La Matanza, e

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

incluso durante todo el recorrido, los niños nos pedían constantemente *cuartitos*[4] (ocho *cuartos* equivalen a dos peniques y medio). Un pobre hombre que se nos acercó parecía sufrir de elefantiasis, una especie de pariente cercano de la lepra y que, como ella, no es infecciosa, sino hereditaria.

Las casas de mejor clase están bien construidas, a base de piedra viva. Las esquinas y dinteles son de *cantera* labrada, un tipo de piedra arenisca que existe en la isla. La parte superior de las ventanas está acristalada pero la inferior sólo tiene persianas de madera que evitan que entre la luz y las moscas. Al estar cerradas estas persianas durante el día, siempre parecía que estábamos acercándonos a casas abandonadas.

Hay una notable y enorme escasez de árboles grandes, como los que pueden verse en los llamados países "viejos". Esto le da un aspecto joven y deshabitado al paisaje, como el de algunas zonas de los Estados Unidos y Canadá.

Mientras descansamos al sol, mirando el escenario de una de las batallas más notables del pasado de las islas, nos viene a la memoria la historia de la conquista. Del mismo modo que el conocer algo sobre el maravilloso pueblo que vivió aquí, de quien tan poco sabemos, nos ayudará a comprender y apreciar mejor a los habitantes actuales, un resumen de la historia previa y posterior a la Conquista no estaría fuera de lugar. A los que deseen una crónica extensa y verdaderamente interesante debo remitirles a las obras de Glas y de la Sociedad Hakluyt en lengua inglesa y a la de Viera en español.

Sin duda alguna, antes de que siquiera se sospechase de la existencia de las "Islas Afortunadas" ya habían descrito los poetas de la antigüedad algunas islas que sólo existían en la imaginación pero tan parecidas a las Islas Canarias que, cuando al fin fueron descubiertas, se vio lo apropiadas que eran las fantásticas descripciones de los Campos Elíseos escritas por Homero y las de las "Islas Afortunadas" escritas por Hesíodo y Píndaro. La imagina-

4 *Cuartito* sólo es un diminutivo de *cuarto*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ción de los poetas se fundió así con la realidad de las verdaderas islas, cuyas condiciones naturales respondían tan maravillosamente a las descripciones poéticas que era difícil creer que Homero sólo las hubiera conocido en su imaginación. Sitúa la morada de las almas felices que nos han abandonado más allá de la entrada del Mediterráneo, en las orillas del río Océano o en las islas que se encuentran en su centro. Su descripción encajaba tan bien con estas islas que, en cuanto fueron descubiertas, se las denominó inmediatamente las "Islas Afortunadas". Homero dice de los Campos Elíseos algo que aún es aplicable a estas islas: "Allí la vida de los mortales es muy grata; no hay nieve, ni invierno, ni mucha lluvia, pero el océano envía continuamente las brisas penetrantes del aliento de céfiro para refrescar al hombre". La mención más antigua de la existencia de las islas –no las "Islas Afortunadas" de Homero, ni las de Hesíodo o Píndaro– aparece en el tratado *De Mirabilis* alrededor del año 250 a.C. Tanto ésta como la crónica de Diodoro son obra del historiador Timeo que tiene como fuentes al navegante griego Pitias y las historias de los marinos púnicos y de otras nacionalidades. La descripción a la que nos referimos es más aplicable, sin embargo, a Madeira. Plutarco menciona a algunos marinos que, recién llegados de las Islas Afortunadas, se cruzaron con Sertorio cerca de Gades (Cádiz) y le maravillaron tanto con las descripciones que hacían de la isla o islas –existen dudas sobre si se referían a Madeira y Porto Santo o Fuerteventura y Lanzarote– que quiso vivir allí. Las primeras noticias que tuvieron los romanos de estas islas llegaron al final de las guerras entre Mario y Sulla. Dice Estrabón que los fenicios fueron sus primeros descubridores, hace unos tres mil años. Si así fuese, Homero quizás conociese su existencia, pero nos estamos introduciendo en el campo de lo mitológico.

Estacio Seboso, sin embargo, es el primero (alrededor del 40 a.C.) en dar nombres a cinco islas que pueden ser identificadas por su descripción como las Islas Canarias que conocemos en la actualidad. El rey Juba II envió una expedición en busca de las *Insulae Fortunatae* y, al encontrarse con las Canarias, las llamó de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

acuerdo con sus características de la siguiente manera: Ombrios (La Palma), Junonia (La Gomera), Nivaria (Tenerife), Capraria (Hierro), Canaria (Gran Canaria), y a Fuerteventura y Lanzarote, las Purpurarias. Así tenemos el nombre de todas las siete. Sin embargo, a partir de esta época, y durante trece siglos, nada se sabe de las islas. Debido a la caída del imperio romano, el Jardín de las Hespérides volvió a convertirse en una fábula, conocida por los moros de España y por árabes tales como Al Jazayr al Khâledât, aunque prácticamente eran unas islas totalmente olvidadas.

Los portugueses fueron probablemente los que las volvieron a descubrir. Ellos, al menos, afirman que así fue y a las islas se las llama las "Redescubiertas" en un poema de Boccaccio. Se dice que llegaron a ellas buscando sangre de dragón en 1345. Algunos comentan que un navío francés encalló allí en una tormenta alrededor de 1326 y que fue así como Don Luis de la Cerda, por aquel entonces almirante de Francia, conoció las islas. Cuando más tarde era plenipotenciario en Aviñón, Don Luis utilizó su influencia con el Papa Clemente VI para obtener el señorío de las islas, que le fue otorgado, conjuntamente con el título de Príncipe de la Fortuna, el 15 de noviembre de 1334. El Papa escribió a los otros soberanos de Europa para comunicarles esta decisión pontificia, a raíz de lo cual el rey de Portugal le respondió señalando que él tenía prioridad en la soberanía sobre las islas, aunque aún no las había conquistado. D'Avezac ha demostrado que Lanzarote fue descubierta y bautizada por un genovés, Lancellotto Mallocello, antes del final del siglo trece. Sin embargo, su descubrimiento no atrajo la atención de Europa sobre las islas. Fue un francés quien lo logró.

Nada definitivo o de importancia se llevó a cabo hasta que Jean de Bethencourt, un noble normando de gran espíritu aventurero, y un tal Gadifer de la Salle, hombre de medios y espíritu afín, emprendieron una expedición a las islas. Les acompañaron muchos hombres de noble cuna y aventureros, además de dos sacerdotes, Pierre Bontier y Jean Le Verrier, quienes más tarde redactaron un manuscrito sobre la expedición. Partieron de La Ro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

chelle en mayo de 1402. Hicieron escala en La Coruña y Cádiz, donde muchos miembros de la expedición desertaron, y finalmente partieron de este último puerto en julio llegando a La Graciosa y Lanzarote tras ocho días de navegación. Allí lograron desembarcar y construir un castillo en El Rubicón. Fuerteventura no cayó bajo el poder de Bethencourt hasta tres años más tarde. Se establecieron colonias en La Palma y El Hierro y llevaron a cabo una expedición a La Gomera en 1405, tras lo cual Bethencourt partió para Europa. Murió en 1425, sin regresar a las islas, habiendo nombrado teniente general de las mismas a su sobrino. Es curioso pensar que Bethencourt recibió hombres y dinero de España, y que fue a Enrique III de Castilla a quien las islas rindieron pleitesía. Aparentemente Francia no quiso enviarle ayuda a pesar de que se la solicitó repetidas veces.

Más tarde Azurara narra la visita del príncipe Enrique el Navegante a las islas en 1443, cuando ya había cristianos asentados en Lanzarote, Fuerteventura y El Hierro. Las otras no habían sido conquistadas aún. En 1455 Cadamosto, un veneciano al servicio del príncipe Enrique, afirma que, además de las tres ya mencionadas, La Gomera se hallaba habitada por cristianos, a los que describe.

Maciot de Bethencourt resultó ser un mal gobernante y la reina Catalina de España envió a un tal Barba para controlarlo. Maciot, tras ceder las islas a Barba, se estableció en Madeira, vendiéndolas una vez más al príncipe Enrique de Portugal. Pasaron de un país a otro varias veces, reclamándolas España y Portugal alternativamente. Hasta 1479 no se resolvió la disputa: las Canarias fueron reconocidas como posesiones españolas.

Un tal Peraza compró las islas pasado un tiempo, e intentó conquistar La Palma, pero murió en el intento. Su hermana, Doña Inés Peraza, se casó con Diego de Herrera que así se convirtió en señor de las islas en 1444. A partir de este momento y hasta el completo sometimiento del archipiélago, unos cincuenta años después, la historia se vuelve extremadamente dolorosa y los españoles cometen múltiples actos de mezquindad y traición, de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

crueldad y derramamiento de sangre, contra un pueblo inocente, amable, honrado y confiado.

Herrera intentó varias veces, infructíferamente, someter a Gran Canaria. Descubriendo que no podría tener éxito utilizando la fuerza, lo intentó recurriendo al engaño. Haciendo ver que los visitaba con el propósito de comerciar, pudo persuadir, con dificultad, a los canarios para que le permitieran erigir un edificio en Gando donde pudieran celebrar sus actos religiosos los que comerciaban con los isleños. El obispo apoyó este fraude religioso y los desgraciados isleños incluso ayudaron a construir aquel lugar, supuestamente destinado al culto, que en realidad era un fuerte. Se firmó un tratado de paz pero se dejó una buena guarnición, bien armada y aprovisionada, con órdenes de conquistar la isla a la primera oportunidad y, en todo caso, de sembrar la discordia entre los habitantes. Por fin, tras muchos actos deshonrosos por parte de los invasores, y asesinatos, los nativos arrasaron el castillo y mataron a la mayoría de los españoles.

Al no poder conquistar las islas restantes, Herrera fue obligado por el rey y la reina de España a venderlas. España envió entonces una expedición especial contra Gran Canaria al mando de Don Juan Rejón, en mayo de 1477. Los nativos fueron acosados sin cesar mediante la fuerza y el engaño y defendieron su país pulgada a pulgada, pero teniendo que refugiarse en sus reductos de las montañas. Sin embargo, la isla fue finalmente sometida por Pedro de Vera en abril de 1483, setenta y siete años después del primer intento que Bethencourt realizara contra ella.

Hernán Peraza, hijo de Herrera, era gobernador de La Gomera en aquel momento pero trataba al pueblo tan cruelmente que éste se rebeló contra él hasta que, finalmente y como consecuencia de una intriga amorosa con una hermosa gomera, murió asesinado. Previamente había solicitado, y obtenido, la ayuda de Pedro de Vera que ahora, respondiendo a la llamada de la esposa de Hernán, llegó a la isla con tropas y, de forma violenta, brutal y traicionera, mató a un gran número de habitantes. Debido a las protestas en Madrid por su conducta salvaje fue obligado a abandonar las Canarias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Durante su gobierno, de Vera entregó algunas de las tierras más valiosas a uno de sus capitanes, Alonso Fernández de Lugo, que estaba al frente de la guarnición en Agaete. Como a este oficial no le gustaba la vida pacífica, vendió sus propiedades y regresó a España, obteniendo licencia para intentar conquistar La Palma y Tenerife. Desembarcó en Tazacorte, en La Palma, en septiembre de 1490. Al año siguiente, en mayo, la isla fue finalmente sometida, una vez más mediante la traición.

Sólo quedaba Tenerife por someter. Aunque fue la última en ser conquistada narro la historia primero ya que ahora estamos recorriendo la isla. Será interesante dar un pequeño resumen de la historia de cada isla cuando narremos nuestro viaje por cada una de ellas.

El 3 de mayo de 1494,[5] Lugo desembarcó en el puerto de Añazo. Como era la festividad de la Santa Cruz bautizó al lugar con el nombre de Santa Cruz. Tenerife había estado, unos años antes, bajo el dominio de un jefe, Tinerfe, o Chinerfe –de cuyo nombre derivan algunos el nombre de Tenerife–, que reinaba en Adeje pero, tras su muerte, el reino fue dividido entre sus nueve hijos. Esta división provocó muchas guerras internas y disputas y finalmente condujo a la conquista de la isla. "Unidos venceremos, divididos perderemos". Fueron sobre todo los nietos de Tinerfe los que sufrieron las batallas de la conquista. Algunos de los reyes estaban, en aquellos momentos, en guerra con Bencomo, rey de Taoro, y, por no unirse a él en contra del enemigo común, traicionaron a su país. Bencomo se entrevistó con Lugo, quien sugirió, en respuesta a las preguntas del jefe sobre las razones de la invasión, que debería convertirse al cristianismo y en vasallo de España. Bencomo respondió que no comprendía lo que era el cristianismo pero que, en cuanto a lo segundo, había nacido libre y tenía la intención de morir libre. Bencomo regresó entonces a Taoro e invitó a todos los reyes a unirse a él contra los invasores, pero solamente tres –Acaymo, rey de Tacoronte, Tegueste II, que

5 1493 en el original. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

también reinaba en esta zona, y Beneharo de Anaga– respondieron a la llamada, acompañados por 11.000 hombres. Los reyes traidores, alabados por los españoles y conmemorados en la plaza en Santa Cruz, fueron los de Abona, Daute, Icod y, sobre todo, el rey de Güimar, que fue el primero en traicionar a su país y que, posteriormente, fue conocido por los invasores como Añaterve el Bueno. El rey de Adeje, que era muy aprensivo, abdicó en esta época de agitación, en lugar de decidirse a estar a favor o en contra de los conquistadores. Beneharo fue el primero en hacer que fuera conocido y respetado en Europa el nombre de guanche y se dice que su hija Guacina, tan valiente como su heroico padre, cabalgó a la cabeza de las tropas.

Inmediatamente después de esto aconteció la batalla de La Matanza, que mencioné anteriormente y que tuvo tan fatales resultados para los invasores. Reuniendo a sus tropas unos días después, Lugo desembarcó de nuevo, pero fue rechazado, sufriendo numerosas bajas. Se retiró entonces a Gran Canaria, donde reclutó tropas y, con ayuda procedente de España y Lanzarote, llevó a cabo otro ataque sobre Tenerife, partiendo hacia Santa Cruz con unos mil hombres y setenta caballos. Fue en esta ocasión cuando tuvo lugar la batalla de La Laguna, en la que murió Tinguaro, uno de los jefes y guerreros más sobresalientes, y los guanches, desmoralizados en parte por su muerte, fueron derrotados.

Sin embargo, su valor fue heroico y no flaqueó, y reanudaron la lucha por su patria y su libertad. Desgraciadamente, no podían aumentar el número de sus guerreros, mientras que Lugo podía conseguir continuos refuerzos. Pero hubo un enemigo peor entre ellos mismos. Una epidemia, que duró dos meses, redujo su número rápidamente; se dice que cada día morían cien a causa de la enfermedad. Esta enfermedad no ha sido descrita, por lo que exactamente no se sabe qué fue. Viera atribuye su aparición a una pestilencia, o *modorra*, que procedía de gran número de muertos sin enterrar y que yacían por doquier tras las batallas. Es muy posible que haya sido así ya que se dice que la enfermedad sólo destruyó a los habitantes de la zona occidental de Tenerife. Esta rápi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

da caída en el número de habitantes de la isla hizo que Bencomo decidiera su suerte en una batalla final y decisiva. Reuniendo a todos sus hombres y marchando hasta Acentejo, cerca de La Matanza, retó a los españoles a combate. Había hombres que morían de enfermedad en las filas y sólo el valor desesperado y el fervor patriótico, al saber que luchaban por una buena causa, podía haber obligado a esta raza heroica y desafortunada, que sufría un mortal virus, a luchar contra las fuerzas, frescas y poderosas, que continuamente les atacaban.

Se libró una sangrienta batalla. Los isleños, reducido su poder y su número por la enfermedad, cedieron y fueron al fin presa fácil y sin resistencia para los españoles. Éstos no practicaban las buenas costumbres de los mal llamados bárbaros a quienes estaban conquistando, y no les permitieron que se retiraran en paz cuando se rindieron. De hecho continuaron asesinándolos –no era otra cosa lo que hacían ya que los guanches no podían defenderse– hasta que, exhaustos, se detuvieron, descansando en un lugar conocido en la actualidad –debido a esta batalla– como La Victoria, un poco más lejos de aquí en la misma carretera por la que estamos viajando.

Bencomo y los otros príncipes huyeron a La Orotava y poco después se hicieron fuertes al otro lado de las montañas de Tigaiga. Lugo los siguió, acampando al otro lado del barranco que los separaba. Por varias causas, sobre todo la enfermedad y la traición, los valerosos jefes se vieron abandonados y tuvieron que rendirse. Los actuales pueblos de Realejo Alto y Realejo Bajo se construyeron sobre los emplazamientos de estos campamentos, y sus nombres provienen de esta circunstancia ya que *real* significa "campamento". Los españoles acamparon en Realejo Alto y los guanches en el pueblo más bajo.

En Realejo, fueron bautizados todos los reyes que lo aceptaron porque ya no era posible resistir. Se les prometió sus tierras y su libertad pero Lugo, temeroso de la influencia que podrían ejercer, los envió a España, donde estos hombres nobles, caballerosos y verdaderamente heroicos, que no pertenecían a una raza salvaje,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fueron considerados, por unos conquistadores mucho más bárbaros que ellos, animales salvajes. A los desgraciados guanches que quedaron en la isla los trataron como esclavos. Los ultrajantes epítetos y el trato cruel hicieron que naciera en ellos un odio comprensible hacia sus perseguidores y su intolerante religión. Se retiraron a las montañas e hicieron incursiones, obligados por el hambre, contra los asentamientos de las tierras más bajas. Los españoles, acosados así, decidieron aniquilarlos completamente y en 1532 fueron varios diputados a España para pedirle a la Inquisición que exterminase a los guanches. ¡Qué ironía que fuese a este estamento al que se solicitase ayuda para la destrucción final de esta raza! Se dice hoy en día que los antiguos tinerfeños han sido destruidos totalmente, yo dudo que esto sea verdad a juzgar por las costumbres de los actuales habitantes. También debemos tener en cuenta que desde la conquista en 1496 hasta la llegada de la Inquisición transcurrieron cerca de cuarenta años. Es difícil creer que no hubiera matrimonios interraciales durante ese período, a pesar del sentimiento generalizado de odio entre las dos naciones. La bien conocida inmoralidad de los españoles es casi razón suficiente para suponer que actualmente debe existir una mezcla de sangre guanche en la isla. El carácter de los isleños es también mucho más suave, más sencillo y más generoso que el del español de la Península.

Fue después del bautismo de los reyes que acabo de mencionar cuando Alonso de Lugo abandonó Realejo y fundó La Laguna. Fue nombrado Gobernador de Tenerife y de La Palma y, al casarse con la bella y perversa viuda de Peraza, Doña Beatriz de Bobadilla, se convirtió en dueño de La Gomera y El Hierro. Tras asesinar a algunas personas y cometer otros actos cuestionables, Doña Beatriz fue llamada a España, donde fue hallada muerta una mañana en su cama. Tuvo un hijo de Peraza, heredero de La Gomera y El Hierro que, tras solicitar repetidas veces su herencia a su padrastro, finalmente tomó posesión de las islas. Se le nombró Conde de La Gomera y fue el primero que ostentó el título de conde en las Islas Canarias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

VALLE DE LA OROTAVA

IV

No hacía ni calor sofocante ni frío;
Allí los moradores nunca envejecen,
Ni se marchitan con el paso del tiempo,
Sino que cada hombre conserva la edad que tuvo
Cuando primero alcanzó aquel clima maravilloso.
Nunca cae la noche desde lo alto,
Ni quema nunca el calor del mediodía;
Sino que una luz muy suave eternamente
Brilla, como en los amaneceres plateados de junio,
Antes de que el sol haya subido al cielo.

ANDREW LANG

OLVIDÁNDONOS DE MALA GANA de los guanches y del paisaje, volvemos a entrar en nuestro carruaje.

Las moscas son muy molestas, aunque el termómetro solamente marca 73° F (22,8° C) y son las 10 a.m. Nuestra carretera desciende constantemente al avanzar por la ladera. Una mujer que caminaba con paso vivo, evidentemente camino de misa, iba ataviada con vestido de fiesta. La chaqueta suelta era de un calicó estampado indescriptible. La falda, naranja chillón, estaba atenuada por un delantal blanco inmaculado con encajes. Un chal parduzco suelto, de tela ligera y con muchos bordados, le cubría la espalda, y sobre su cabeza llevaba un pañuelo de seda blanco con borde calado. El sombrero que lucía encimá completaba su vestido de colores y telas variados.

Nos cruzamos con muchos hombres y mujeres cabalgando. Se sientan en el lado derecho de las *albardas*, casi en ángulo recto con el animal, como si montasen un carruaje irlandés.

Es increíble las cosas tan curiosas que llevan las mujeres en la cabeza. Nos cruzamos con una que llevaba un hacha por el mango, balanceando la cuchilla sobre su cabeza. Todos los hombres y muchachos sin excepción fuman cigarrillos; casi nunca se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

los ve sin el pequeño rollo de papel entre los labios. Suelen utilizar las hojas exteriores del maíz como papel de cigarro. Aunque nos llevábamos bien con nuestro conductor, nos asombró que nos ofreciera un cigarrillo antes de que él mismo encendiera uno. Se lo ofrecía a John con cortesía y deferencia y a mí dudando, evidentemente inseguro de si lo aceptaría.

Llegamos a otro barranco que cruzamos a través de un puente construido a media altura. Bajamos galopando por un lado y subimos trabajosamente por el otro hacia La Victoria, ya mencionada, donde aquella batalla tuvo lugar. En el barranco había abundantes arbustos de un color verdigrís, entremezclados con las viñas de un verde vivo. Las palmeras son los únicos árboles altos y parecen dominar el paisaje. Racimos de dátiles dorados cuelgan entre sus susurrantes hojas, que realmente parecen frondas con la promesa de una rica cosecha. Los dátiles no llegan a madurar en todos los lugares de estas islas.

Sopla una agradable brisa del mar, dándole esa sensación vigorizante al aire que, no importa el calor que haga, siempre se siente en las Canarias. A nuestra izquierda se elevan altas montañas con gran cantidad de bosques, mientras que a nuestra derecha el terreno, que cae hacia el mar, está bien cultivado. En el mojón de los veintinueve kilómetros nos encontramos a 1.050 pies de altura y la temperatura ha subido a 75° F (23,9° C). Aumentaron las curvas de la carretera y descendimos en zig-zag a un profundo y ancho barranco, demasiado ancho para que un puente lo atraviese. La carretera de la fachada norte del barranco está excavada en una tierra amarilla, similar a la arcilla amarilla inglesa. El ascenso nos obligó a tirar fuertemente de las bridas de nuestros caballos, que eran animales pequeños mal alimentados y peor tratados. Las palmeras se alzan grandiosas y solitarias como centinelas. Son una característica bastante llamativa del paisaje para los ojos de quienes no estén acostumbrados a verlas. Hay muchas pequeñas cruces de madera clavadas en las zanjas y paredes en los bordes de la carretera. Nos cruzamos con hombres y mujeres que llevaban fruta en cestas de mimbre se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mejantes a colmenas para mantenerla fresca, sobre todo uvas para la vendimia.

En lo alto del barranco llegamos a un pequeño grupo de casas, llamado Santa Úrsula, con poco más que la iglesia y el ubicuo *fielato*.

Un campo de cochinilla, las "madres" sujetas con trapo a los cactus, daría un aspecto muy ridículo al paisaje si no fuese porque recuerdan a vendas y campos de batalla.

Mientras conducimos por la carretera, tenemos siempre presente en nuestro pensamiento que en cualquier momento podremos ver el Pico, el centro de atracción del archipiélago. Por fin se nos recompensa. A las once en punto lo vemos por primera vez. Las nubes blancas que durante toda la mañana han ocultado celosamente el Teide de nuestra vista desaparecen, dejando solamente la franja que casi siempre circunda la montaña a una altura entre los 6.000 y 7.000 pies. El Pico se alza gris y solitario sobre las nubes. Nos cuesta volver a mirar hacia abajo para observar la carretera por la que viajamos. Tenemos más ganas que nunca de intentar llegar a la cumbre y, con ese pensamiento, volvemos a observar el paisaje que se encuentra bajo el Pico.

La caída de la cumbre al mar parece una línea ininterrumpida. En la lejanía, bajo nosotros, aparece el pequeño y compacto pueblo de Puerto de La Cruz, desde donde se eleva suavemente el llano conocido como Valle de La Orotava llegando hasta las montañas del fondo, donde la pendiente aumenta hasta llegar al Pico. Tres colinas cónicas, sin vegetación y formadas totalmente de picón negrísimo, nos llaman inmediatamente la atención cuando recorremos con nuestra vista el vasto panorama de la llanura. El "Valle" de La Orotava es un nombre engañoso, y no obstante es difícil elegir uno mejor. Hay que explicar su uso porque, en caso contrario, se sufriría una gran decepción al contemplar el valle por primera vez. No lo digo solamente por mi marido y por mí, sino por muchos otros que se han sentido decepcionados al ver el Valle de La Orotava por primera vez. El valle es una llanura cuadrada y pendiente, bordeada al fondo por montañas, cubiertas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de árboles que llegan hasta el Pico; por el extremo sur un cerro alto llamado Tigaiga se extiende desde el mar hasta el Pico; por el lado norte, por donde entramos, las montañas son sólo colinas y la pendiente por la que discurre la carretera es fácilmente imaginable conociendo su altura. Está a 1.000 pies sobre el mar pero a sólo una milla de distancia de él. La cuarta vertiente se encuentra al pie de la pendiente y es el mar. La imagen que se tiene al ver por primera vez el Valle de La Orotava no es la de un valle sino la de una llanura, una llanura fértil y exuberante, a pesar de las tres colinas negras y, cuando nos fijamos con más detalle, de una extraña línea negra que lo recorre por el centro como si fuera un río –es tan exuberante que en conjunto parece una masa enmarañada de naranjos, plataneras, viñedos, olivos, mangos, guayaberos y todas las frutas y hortalizas que pueda desear una persona. Unos cuantos campos de cactus nos recuerdan que podríamos estar mirando un paisaje tropical aunque gran parte de esta belleza pertenece a las zonas templadas, produciendo por ello cierta confusión. En medio de esta exuberancia, y destacando en este paisaje, están las pintorescas casas de los felices habitantes del lugar más fértil del mundo. Las casas de azotea, que generalmente son feas, aquí están cubiertas, atractivamente engalanadas y ocultas por bellas enredaderas llenas de flores, que crecen con un aspecto salvaje y agreste que sugiere una jungla tropical más que una civilización subtropical. Se echan de menos los árboles señoriales, una vegetación más vieja, el césped verde y suave que tranquiliza la mente y regala la vista, el riachuelo que fluye y baila bajo los rayos del sol, la sonora caída de la cascada o el discurrir de un río profundo y tranquilo. La sensación de que falta algo no nos permite admirar esta naturaleza con esa completa satisfacción que nace de saber que estamos observando el paisaje más bello que jamás hayamos visto. La sangre ni se estremece ni hace que nuestros cuerpos vibren con esa sensación exquisita de felicidad tan cercana al dolor que se siente cuando se contempla algo increíblemente bello, o sea, que nos sentimos decepcionados al ver el Valle de La Orotava. Más tarde nos llegó a gustar y, desde la fachada opuesta,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cerca de Realejo, llegamos a admirarlo pero nunca me estremeció su belleza como ha sucedido con la de otros paisajes tanto en las Canarias como en otros países. Sentía cierto placer derivado del conocimiento y, por lo tanto, estimulante para la razón aunque no para los sentidos, que nos hacía contemplar el Valle con satisfacción. Todos los entendidos, ingleses, franceses, alemanes, suecos y españoles, sin excepción, lo consideran el lugar más saludable de la tierra. El Archipiélago Canario es el afortunado dueño del clima más magnífico del mundo y La Orotava posee el más excelente. Más tarde descubrimos muchos lugares en las otras islas que compiten con él. Muchos lo sobrepasan en belleza, algunos posiblemente en salud –como Arrecife, en Lanzarote– pero ninguno combina la salud, la belleza y lo idóneo de su emplazamiento como es el caso de La Orotava. ¡No nos extraña que Bencomo defendiese tanto su herencia y que luchase por La Orotava!

Mientras tanto estamos cada vez más cerca de este albergue de la felicidad. Nos detenemos en otra pequeña venta y vemos, cerca de ella y por primera vez, un drago.[1]

Existen varias plantas curiosas e interesantes que son endémicas de este archipiélago. Una planta, la *retama*, es endémica de una zona muy específica de una sola isla. El drago es quizás el elemento más notable, interesante y conocido de todos los endemismos de estas islas. Es de aspecto extraño y feo, y podría confundirse fácilmente con algo vivo cuando se lo ve en la penumbra, vigilando con su enorme tronco y sus hojas, alanzadas, las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides.

Podemos distinguir algunas goletas que se balancean sobre las largas olas atlánticas más allá del dique que sirve de puerto al Puerto de La Cruz. Obtenemos una vista espléndida del Pico durante unos cinco minutos, antes de que las celosas nubes (Piazzi Smyth las llamaría *cumuloni*) lo oculten de nuestra vista una vez más. La panorámica del Pico es estupenda incluso desde aquí, y aunque sea la más difícil de conseguir, es la más conocida. Los

1 *Dracaena draco.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que viajan a Ciudad de El Cabo en los vapores que hacen escala en Madeira tienen una panorámica más grandiosa cuando pasan entre Tenerife y La Gomera. Desde allí uno se da cuenta de que el Pico Teide es una de las maravillas del mundo. Si fuera posible que las expectativas que se tienen del Pico se vieran frustradas, sería desde aquí donde ocurriría. La razón es obvia. El cerro del Tigaiga ocupa totalmente el primer plano y oculta toda la parte baja del Pico, dejando ver solamente una inmensa montaña cónica a lo lejos, que parece surgir del centro de la isla y no del mar. Esto, claro está, le resta altura y grandiosidad. Visto desde más lejos, desde el mar mismo, toda la pendiente intermedia pasa a ser parte del cuerpo del Pico, al desaparecer el primer plano con el aumento de la distancia. Así desaparecen las desigualdades y las montañas más bajas, al fundirse en un todo. Nos habían advertido de antemano sobre esta panorámica del Pico así que estábamos preparados para no desilusionarnos.

Afortunadamente no iba ningún vehículo delante de nosotros, ya que la carretera estaba cubierta por varias pulgadas de picón, la ceniza de ese inmenso horno aún humeante y amenazador que se encuentra a 12.000 pies sobre nuestras cabezas. Más abajo, cuando comenzamos a entrar en el valle, se extienden plantaciones de tabaco, sus largas hojas verdes meciéndose en la brisa y alegrándonos con una sensación de vivo frescor. Ahora penetramos realmente en el valle y la carretera, a la sombra de los eucaliptos –árboles de goma australianos–, serpentea por entre las *fincas*.[2]

Entre las primeras *fincas* había una con un jardín muy bello y un estanque, aunque su entrada estaba dominada por una figura horrible que representaba al Rey del Infierno –aunque no tan horrible como la imaginación que colocó tal ángel custodio sobre un paraíso como aquél. El nombre de la casa dejaba claro el hecho: Casa del Diablo. Una vez más vimos el Pico, esta vez con toda claridad, salvo por algunos retazos blancos de nube. Pasamos un

2 *Finca,* una casa de campo con jardín y terrenos cultivados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

barranco seco en el que un sendero bien hollado que lo cruza evidencia que ya hace tiempo que el agua no cubre su lecho pedregoso.

Mientras recorremos al trote la suave pendiente que baja hacia el Puerto, la carretera atraviesa lo que parecen ser huertas, pero que son en verdad terrenos de cultivo cercados por muros bajos que unas veces retienen la tierra en los puntos donde la pendiente es empinada y otras, separan los campos de tabaco, cochinilla, café, viñedos y frutales. Grandes cantidades de rosas salvajes, belesas de color malva pálido y una madreselva de color naranja oscuro que crecen desordenadamente entre los árboles de goma nos extasían con su belleza. Una acequia de piedra y cemento y llena de agua nos da una pista sobre la causa de todo este verdor. Las casas son bonitas, bastante grandes y aisladas, cada una rodeada por su propia vegetación.

La carretera bordea el pie de una de las colinas cónicas negras que vimos a lo lejos. El color alrededor de la base es totalmente negro, como si unas terroríficas llamas la hubiesen calcinado recientemente. En medio de toda la exuberante vegetación que nos rodea estas colinas parecen –en cierta medida– un recordatorio perpetuo de lo que podría volver a ocurrir en cualquier momento. Los márgenes de la carretera están decorados con gran cantidad de "pie de liebre" y algunos otros helechos, aunque el que más abunda es el pie de liebre. Cerca de esta colina desnuda y calcinada, estamos a treinta y ocho kilómetros de Santa Cruz, a 800 pies sobre el nivel del mar y la temperatura es de 76° F (24,5° C). Son las 11:30 a.m.

Un campo de papas espléndidas proporciona un toque sencillo en medio de tanta vegetación exótica. Los estanques llenos de agua sugieren estaciones secas. Los árboles jóvenes plantados al borde de la carretera surgen de hoyos muy profundos, donde el agua que reciben se concentra en las raíces del árbol y no se pierde en la tierra yerma. Los lagartos entran y salen corriendo de las paredes de lava y del picón negro, que reflejan los abrasadores rayos del sol. La belesa de delicado color trepa y se enrosca por doquier.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Los lagares de madera, monstruos de aspecto tosco, están siendo preparados para la vendimia. Nos cruzamos con algunos muchachos que llevaban unos palos largos. Casi todos los campesinos los llevan y los utilizan para saltar con gran pericia ladera abajo. Los usaban los guanches y la costumbre la han heredado de ellos.

La carretera asfaltada termina a la entrada del pueblo, el Puerto de La Cruz, como ocurre en La Laguna, y recorremos las calles, mal pavimentadas traqueteando horriblemente, aunque no están tan mal como en aquella ciudad. La plaza y las casas están

HOTEL TURNBULL, PUERTO DE LA CRUZ

adornadas para una fiesta que se celebra hoy, algo muy habitual. Siempre se celebra una fiesta en algún sitio.

No lejos del muelle y un poco más allá de la plaza se encuentra la casa de huéspedes del Sr. Turnbull, a donde llegamos al mediodía. Es el único hotel regentado por ingleses en todo el archipiélago.[3] La casa es tranquila y sin pretensiones, al estilo habitual

3 Después de escribir esto se ha inaugurado un hotel regentado por ingleses en Las Palmas, Gran Canaria, además de un sanatorio en La Orotava, propiedad de una compañía llamada la "Orotava Grand Hotel Company".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de las casas de huéspedes, y admiten a cualquier viajero inglés aunque sólo se hospede una noche. Cobran ocho chelines al día, o menos si es por semana. La Sra. Turnbull es muy gentil y atenta. La comida es buena pero hay poca variedad de verduras o fruta, y poca leche, algo que no debería ocurrir en este Jardín de las Hespérides. Dicen que se debe a que no hay mercado y a la dificultad para convencer a las familias españolas de clase alta que poseen huertas para que vendan sus excedentes. Raramente se consigue leche de vaca, debido a la falta de pastos, pero puede conseguirse leche de cabra en gran cantidad si se realizan las gestiones necesarias. Aquí la leche de cabra no parece tener un sabor tan fuerte como en Inglaterra; de todos modos, uno se acostumbra. Es mejor consumir la leche de cabra fresca ya que, con el tiempo, el sabor se vuelve más fuerte. La escasez de mantequilla se debe al escaso número de vacas. Algunas familias inglesas consiguen mantequilla en La Laguna, donde hay pastos y vacas, pero en los hoteles hay que consumir mantequilla danesa enlatada, un sustituto pobre y malo. Todo esto suena poco tentador y, realmente, es innecesario. Con un poco de espíritu emprendedor y ganas se podría suministrar a La Orotava no sólo lo indispensable, sino también con los mejores placeres de la vida. Si Tenerife no es capaz de suministrar mantequilla suficiente para su propio consumo, las islas vecinas –Gran Canaria, La Gomera y La Palma– sí pueden. Sobre todo La Gomera, donde la hemos consumido, y que, al poseer agua abundante y estar cubierta de árboles, tiene pasto suficiente para proporcionarle mantequilla a todo el archipiélago.

El almuerzo se sirvió a las 2 p.m. y, como les habíamos explicado al Sr. y Sra. Turnbull y al Sr. Reid, nuestro amable vicecónsul, que deseábamos iniciar inmediatamente un viaje alrededor de la isla y la subida al Pico, dijeron: "Tenemos que enviar a por Lorenzo". Lorenzo es una institución en el Puerto de La Cruz. Es el *práctico*, o guía, del Pico. Siempre que alguien llega al Puerto con intención de subir se llama a Lorenzo y se le consulta todo lo referente a la forma, medios y tiempo. Lorenzo vive cerca y, cinco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

minutos después de que hubiesen salido a buscarle, apareció. Subió hasta la parte alta de la escalera interior del patio y todos nos reunimos en el rellano para hablar. Lorenzo es un hombre delgado, de aspecto enérgico, mediana altura, con pelo negro y ojos oscuros, un bigote negro y la piel bien bronceada, muy guapo y, a primera vista, con la planta de un joven apuesto de veinticinco años. Posteriormente nos enteramos de que tenía treinta y cinco. Se ha comprometido a suministrarnos tres caballos para una gira de una semana, comenzando mañana, a razón de cinco chelines al día por caballo y, aparte, la comida para los hombres y animales. Nos parece un precio justo, ya que el precio habitual es de seis chelines, pero como alquilaremos los animales por una semana, los hemos conseguido por menos. Como *práctico*, Lorenzo cobra cuatro dólares extra por la subida al Pico. Acordado así todo, nos damos un paseo hasta el famoso "Jardín de Aclimatación". El nombre de este jardín es desafortunado ya que la aclimatación de las plantas es un disparate. En un principio se pretendía usarlo como lugar donde adaptar primero la vegetación tropical a este clima subtropical, para luego introducirlo en Europa. Ahora esta idea ha sido, por supuesto, descartada pero el jardín sigue en pie y cumple muchos objetivos útiles para la introducción de plantas foráneas en las islas y reúne en un solo lugar la variada y extensa flora de este archipiélago para disfrute de científicos y visitantes. El jardín está situado por encima del Puerto, en las laderas del valle. No es muy grande, pero lo suficiente para cumplir su objetivo actual de cultivar árboles y plantas traídos de otras latitudes más calurosas. Me permito sugerir que si fuera ampliado ligeramente y se construyesen más caminos sería un elemento valioso que se sumaría a los terrenos de recreo para los visitantes del valle que el sanatorio en proyecto atraerá a La Orotava. El jardín está dirigido por el Sr. Germán Wildpret, un suizo lleno de entusiasmo, que cortésmente nos proporcionó toda la información que deseábamos. El Sr. Wildpret fue el primero en introducir el árbol del eucalipto, de tan rápido crecimiento, que trajo a este jardín en 1862. El mayor espécimen tenía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

en 1883 treinta y ocho metros, o unos 120 pies, de alto. Es un árbol de amplias ramas, sin forma específica y de aspecto desvaído. Las hojas de la parte alta tienen diferente forma que las de la parte baja. Ya he mencionado las propiedades curativas de las hojas en casos de fiebre, tomadas en infusión y aplicadas a la cabeza o colgadas alrededor de la cama. El *Oreodom regia*, introducido hace dieciocho años desde Cuba, donde las hojas se utilizan para envolver el tabaco, está bien aclimatado. Hay veinticinco variedades de plátano eñ estas islas, lo que nos da una ligera idea de la maravillosa vegetación existente. El *Pinus Canariensis*, especie endémica de las islas, es un árbol majestuoso y pintoresco. En cada ramo tiene tres hojas largas en forma de púas, que contribuyen maravillosamente al aspecto plumoso y elegante, propio del árbol. Bunbury afirma que el pino canario es el mejor de su género que ha visto jamás y atribuye la belleza de su forma al "estilo libre y atrevido de su ramificación". La madera de este árbol cuando se corta verde es extremadamente valiosa para preservar cualquier cosa que se coloque dentro o sobre ella. A las momias guanches las colocaban en cuevas sobre tablones de pino y así se conservaban incorruptas. Con esta madera también se fabrican antorchas que arden vigorosamente. El "árbol del viajero" de Madagascar, que existe en este jardín, recibe este nombre debido a su costumbre de crecer siempre de este a oeste.

Saliendo del jardín, continuamos hasta la casa de campo del Marqués de Candia, en La Paz, para hacerle entrega de nuestra carta de presentación. Parte del jardín está al borde de un acantilado desde el cual, mientras conversamos con el marqués y la marquesa, pudimos ver una espléndida panorámica del ocaso, de la isla de La Palma, del Puerto y, a nuestros pies, del mar azul rompiendo sobre las rocas. Entregamos nuestra siguiente carta de presentación al Sr. Charles Smith, un científico de Cambridge residente durante mucho tiempo en La Orotava, donde le conocen como Don Carlos. El sol se estaba poniendo cuando llegamos al Sitio del Pardo, y el Sr. y la Sra. Smith, con exquisita hospitalidad, nos hicieron entrar y tomar el té. El Sr. Smith resultó ser de una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ayuda inestimable para nosotros ya que ha subido al Pico tres veces y ha recorrido a caballo la zona sur de la isla hasta Chasna, un lugar que queremos visitar. Nos prestó un mapa en el que había trazado una buena ruta, marcando los lugares donde era posible pernoctar.

Las cartas de presentación son imprescindibles en estas islas si se desea conocer otra cosa que no sea la vida del hotel. Tuvimos suerte al conseguir en Inglaterra cartas para bastantes residentes, tanto ingleses como españoles, de las islas y de las ciudades principales; ellos nos dieron cartas para otros y así fuimos amable y cortésmente pasando de unos a otros. La entrada en la sociedad española es muy difícil de lograr sin ser presentados ya que los españoles son muy selectivos, sin embargo, una vez que se ha sido presentado, son extremadamente hospitalarios. Nos llama poderosamente la atención que un viajero desconocido, sin ningún tipo de presentación, crea que va a ser recibido con los brazos abiertos en las casas de las clases pudientes y de la aristocracia. ¿Quién puede asegurar que no sea un aventurero si no tiene cartas de presentación? La misma observación es aplicable a cualquier país aunque algunos son, por supuesto, más reservados que otros, y desde luego los ingleses no pueden permitirse el lujo de arrojar la primera piedra en esta cuestión.

Nos sentíamos bastante inseguros sobre la ruta que debíamos seguir para regresar al hotel en la oscuridad pero justo cuando íbamos a salir, el Sr. Branckar, un caballero que conoce estas islas desde hace mucho tiempo y que ahora se hospeda en La Orotava, vino a buscarnos mostrando así una amabilidad increíble. Regresamos caminando, acompañados por él, y atravesamos la plaza iluminada con lámparas que imitaban farolas. Estaba repleta de campesinos, de mujeres sentadas junto a cestas llenas de pasteles y rosquillas, casi todos de fabricación local, y el aire inundado por la música de algunas guitarras y del ruido de muchas otras, que tocaban jóvenes y muchachos. Toda la noche, hasta muy tarde, se oyó el rasgueo de la interminable "malagueña", una canción elegante y enardecedora cuando se toca bien aunque irri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tante en extremo cuando el intérprete decide variar tanto el compás como la melodía.

Una curiosa procesión llega hasta aquí desde un pueblo situado a algunas millas de La Laguna llamado La Esperanza. Los habitantes de La Esperanza padecieron intensamente los efectos de la peste, al comienzo del siglo dieciocho, y decidieron realizar una peregrinación a "El Gran Poder de Dios" en la iglesia del Puerto de La Cruz. Como la mortalidad cesó, según se cuenta, tras esta peregrinación, el pueblo prometió repetirla cada año. Por lo tanto un grupo de habitantes viene cada otoño en un día señalado, asiste a la misa vespertina en la iglesia y a la misa mayor a la mañana siguiente y después regresan a casa. Sin embargo, la noche que pasan en la calle la dedican a festejar, bailar, cantar y tocar la guitarra.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

PUERTO DE LA CRUZ • ICOD • GARACHICO

V

Las uvas en los racimos están verdes y finas
Y plenas antes del mediodía; al declinar el día
Se tornan moradas, con un toque de gris;
Antes del ocaso serán cogidas,
Y pisadas antes del anochecer para hacer vino.

ANDREW LANG

Te ahogaré dentro del barril de malvasía que [aquí hay.

SHAKESPEARE

¿Quién es mi vecino?

SAN LUCAS X, 29

LUNES, 10 DE SEPTIEMBRE. Pasamos la mañana afanados en la tarea laboriosa y desagradable de deshacer las maletas y volver a hacerlas, tarea tanto más fatigosa por la temperatura de 78° F (25,6° C) que hacía a las 10:30 a.m. Todo lo que podíamos necesitar para nuestro viaje por esta isla, por La Gomera y El Hierro y la subida al Pico, tenía que caber en dos maletines y una bolsa pequeña. Como teníamos que incluir también varias docenas de placas fotográficas junto con nuestra ropa, además de té, café, chocolate, azúcar, caldo de carne en polvo (marca Brand) y algunas medicinas, sobre todo quinina, vaselina y una petaca de coñac, ya imaginarán que la labor de selección no fue nada fácil. Nadie pudo darnos información práctica sobre lo que se necesitaba para un viaje de esta clase, de modo que en esto, como en muchas otras cosas, nuestro trabajo fue realmente pionero. Antes de nosotros nadie había hecho un viaje parecido al que planeábamos realizar. Además de estas dificultades, descubrimos que el cálculo del tiempo que tardaríamos en completar el viaje propuesto era extremadamente impreciso. Sólo una cosa habíamos establecido

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

clara y definitivamente: que la subida al Pico se llevaría a cabo la noche del 15, o más bien en la madrugada del 16, ya que la luna estaría entonces llena.

Por supuesto que sabíamos que sería difícil averiguar en Inglaterra cualquier cosa que se refiriese a las islas, aunque no anticipamos que en la propia Tenerife fuese imposible obtener cualquier información fiable sobre los lugares o sobre varios otros asuntos aparte de la habitual y bien conocida subida al Pico. En Santa Cruz nos podían dar información sobre cómo llegar a La Orotava, ¡pero a ningún otro sitio! En La Orotava, si queríamos salirnos de la carretera principal al Pico, no nos podían dar ninguna información fiable más allá de Icod de los Vinos. Así que para Icod salimos hoy a las 2 p.m. y desde allí, como sea, llegaremos a Chasna, y de allí a la cima del Pico Teide. Intentamos averiguar la mejor manera de recorrer toda la isla para poder ver el paisaje. Los mapas que tenemos son las cartas del Almirantazgo británico, los únicos mapas correctos de las islas y que han sido aceptados íntegramente por el Gobierno español. Aunque excelentes para la línea de costa, les falta información y, como descubrimos con frecuencia, son muy inexactos en lo poco que muestran del interior. Las carreteras asfaltadas son las únicas señaladas, por lo que como indicación tierra adentro estos mapas son inútiles. En la práctica descubrimos que teníamos que depender de información que lográbamos sacarles a los campesinos durante el viaje. Tuvimos por lo tanto que suplir el vacío de estos incorrectos mapas con lo que observábamos en cada isla y con la ayuda de tres de los mapas de Fritsch, útiles aunque a veces confusos.

La comunicación entre las islas es excesivamente escasa. Descubrimos que no podíamos ir a La Gomera desde el Puerto de la Cruz. Hay goletas que van de Santa Cruz a dicha isla y a El Hierro una vez a la semana, navegando por el este y el sur de Tenerife, así que tuvimos que concertar, sin seguridad alguna, como se verá por lo que contaremos más adelante, el embarco en una goleta que pasaría por la costa sur a la altura de Adeje o Guía.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Con mucha dificultad conseguimos la hora de salida de Santa Cruz, el resto tuvimos que adivinarlo ya que el tiempo y la carga hacía que fueran muy inciertas las llegadas y salidas de los puertos. Después de La Gomera teníamos la intención de visitar El Hierro, isla ni siquiera visitada por el famoso capitán Glas y, por la información que pudimos recabar, sólo dos ingleses habían visitado La Gomera. En cuanto a barcos de vapor, no hay ninguno. Una vez al mes un vapor que sale de Londres hace escala en La Palma, y de ahí va a Tenerife. Pero es imposible viajar a La Palma desde Tenerife en vapor. [1] Había mucho en qué pensar para encajar todo el horario y no perder tiempo inútilmente en ningún sitio.

Sobre la 1:30 p.m., mientras almorzábamos, un repiqueteo de cascos rompió el silencio de la calle, deteniéndose justo delante del hotel. Al asomarnos, vemos el caballo de carga para nuestra expedición, un animal pequeño, flaco y de color castaño claro. Su dueño, un hombrecillo de espaldas cuadradas, también flaco y pequeño, ata las riendas a una anilla de la acera y, sentándose a la sombra del edificio, se dedica a lo que todos los isleños saben hacer maravillosamente: esperar.

Con una sensación de incapacidad que surge de nuestra ignorancia al no saber cómo se coloca el equipaje sobre el lomo de un caballo, esperamos pacientemente la llegada de Lorenzo, nuestro guía, mayordomo, edecán, cuidador de caballos, cocinero, y camarero, todo en uno. Unos minutos más tarde la calle adoquinada resuena una vez más con el sonido de cascos herrados y, al asomarnos, vemos un par de caballos sin jinete y a dos hombres, uno de ellos, Lorenzo.

Habíamos traído nuestras propias sillas de montar de Inglaterra, aunque no sabíamos si serían necesarias. Un caballero nos aconsejó que las trajéramos; otros nos dijeron que no era necesario. Afortunadamente decidimos arriesgarnos. Aunque ignorába-

1 Tras nuestra vuelta a Inglaterra, "Elder, Dempster and Co." iniciaron una línea entre las islas utilizando barcos de vapor pero la cerraron a los pocos meses. Se espera, sin embargo, que "López y Cía." podrá ponerla en marcha y llevarla con más éxito.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mos cuánto íbamos a cabalgar, nos imaginamos que sería bastante ya que había pocas carreteras. Nos costó encontrar en Londres una silla acolchada reversible, lo suficientemente amplia para una dama, ya que no conocíamos los diversos tamaños de los animales a que debería acoplarse. Cuando, desesperados, casi nos habíamos dado por vencidos, al fin conseguimos una que era fuerte y estaba bien acabada. Los fustes se desenroscaban e invertían, y todo se podía desmontar para convertirla en una silla de caballero. Hice que le colocaran varas de acero a cada lado por delante, algo que resultó muy conveniente para sujetar la cincha, o *tajarra*, que rodea el pecho del caballo, en las subidas. Una cincha de cuero crudo de Ciudad de El Cabo también resultaría muy útil. Debido a que la silla era almohadillada –o sea sin armazón– no podía tener un tercer travesaño, ya que no había donde sujetarlo. Sí tenía, por supuesto, dos estribos.

Por fin estábamos listos para partir. Introdujeron los caballos en el *zaguán* y allí nos montamos. Un joven caballero suizo que vive en La Orotava cabalgó con nosotros gentilmente una parte del camino y, con los buenos deseos de todo el hotel, partimos –¿hacia dónde?

Nuestra pequeña expedición cabalgó con gran estruendo calle arriba, los caballos estaban recién, y bien, herrados para el viaje y los *arrieros* corrían detrás. Debo confesar que no me sentía cómoda, o al menos relajada, en la silla. Cuando se está acostumbrada a tres fustes, el asiento resulta inseguro con sólo dos y a esto se suma el hecho de que una silla acolchada se ajusta alrededor del lomo del caballo, por lo que no tiene la forma cuadrada, como la de una silla de salón, que debe tener la silla de jineta. Las ventajas, sin embargo, son numerosas. No tuvimos dos caballos del mismo tamaño y frecuentemente hubo que colocarla sobre una mula e incluso sobre un burro y, en estos casos, como no poseía forma propia, se adaptaba sin problemas. También puedo montar indistintamente con ambas piernas por uno de los lados o como un *caballero*, una ventaja que sólo pueden apreciar los que, como yo, han pasado diez, doce, o catorce horas sobre la silla, día tras día.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Pronto abandonamos la carretera y tomamos un camino a través de un barranco, al que descendimos por un sendero que me pareció horroroso. Un mes más tarde lo habría considerado una carretera de primera clase. Cerca del fondo los *arrieros* golpearon los flancos de los caballos, a resultas de lo cual los animales cruzaron el fondo dando botes y treparon rápidamente por el otro lado. Al estar sentada en una silla de dos fustes lo repentino del movimiento casi me lanza al aire. Sin embargo, por suerte me agarro instintivamente, lo que me ha salvado de muchas caídas y, en este caso, de un desafortunado y vergonzante comienzo a nuestro viaje. Cabalgamos por la nueva carretera durante un rato y luego descendimos hacia el mar. Mientras íbamos por la carretera nos cruzamos con muchos campesinos que llevaban cestas y ramos de flores y fruta, y que bromeaban con nuestros acompañantes al pasar. Una mujer le preguntó quiénes éramos, a lo que Lorenzo respondió que éramos un *marqués* y una *marquesa*, una respuesta que tomaron, como se pretendía, a broma. Estos isleños son gente atractiva y alegre.

Hizo mucho calor por la tarde. Mientras avanzábamos bajo el implacable sol, las uvas que colgaban en las viñas por debajo de la carretera nos hicieron codiciar la sombra de sus pámpanos, para que, una vez debajo, la refrescante fruta cayera en nuestras bocas. Creo que a Lorenzo también le parecieron una tentación ya que le gritó a un hombre que estaba atendiendo los viñedos que le diera un racimo para "la señorita". El hombre cortó dos que pesaban varias libras y, siguiendo las instrucciones de Lorenzo, las limpió y dispuso sobre unos pámpanos frescos. Quitándose el sombrero, Lorenzo me las ofreció ¡con la reverencia de un cortesano y el respeto que recibiría una princesa! La elegancia nace espontáneamente en estos lugares meridionales; desde luego era innata en Lorenzo. Con el mismo gesto, tras haberle cogido con una sonrisa unas flores a una mujer, se las ofreció a la "señorita".

Veo por mis notas que consideramos que el camino o sendero entre La Orotava e Icod de los Vinos era terrible. Ahora esto nos hace reír ya que hemos conocido otros mucho peores.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

"Malo" es un término relativo. Pero como, hasta que la carretera esté terminada, éste es el único camino, no está mal que los recién llegados de Inglaterra esperen encontrarla en el estado en que la encontramos nosotros que éramos novatos –o sea, terrible. No pude prestar al paisaje toda la atención que hubiera deseado debido a lo que resultó ser una injustificable falta de confianza por mi parte en la seguridad de mi pequeño caballo para avanzar por los malos caminos.

Durante todo el camino tuvimos una espléndida panorámica del Pico, elevándose nítido y majestuoso. Las altas montañas que se encuentran a sus pies van a dar al océano en una caída empinada. Nuestra ruta se dirige ahora hacia el mar y trotamos sobre las piedras de la playa durante un rato. A veces bajamos a algún barranco donde crecen abundantes culantrillos y pie de liebre. En un punto hay un "calvario", un pequeño hueco con tres cruces sencillas de madera, grises y curtidas por la intemperie. Los *arrieros* se quitan los sombreros al pasar. Cerca del mar, nos detenemos en San Juan de la Rambla, donde desmontamos para descansar los caballos y entramos en una pequeña casa, sólo una casita de campesinos, formada por un par de cuartos únicamente. San Juan es la parada habitual y el lugar de refresco a la mitad del camino de Icod.

Estas islas, pero sobre todo Tenerife, han sido tierras productoras de vino durante trescientos años. En las laderas alrededor de San Juan se producía el auténtico malvasía, el antiguo vino blanco seco de Canarias. Shakespeare ha inmortalizado este vino de tal modo que, aunque no existe en la actualidad, sigue vivo en el recuerdo que tenemos del infortunado Duque de Clarence y Falstaff.[2] A nuestros alegres antepasados se les soltaba la lengua y se les calentaba el corazón con este mosto generoso de uvas canarias que se bebía en muchos ancestrales salones. El vino de malvasía procedía de una uva del mismo nombre que, desde que el oidio hizo su aparición en estas islas, se ha cultivado poco. Los ra-

2 Personajes de Shakespeare. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cimos son de tamaño medio y las uvas, que son redondas, son ásperas de sabor aunque un tanto dulces. No crece por encima de los 1.200 o 1.300 pies. Cuando están completamente maduras, se retuercen los tallos de los racimos y se les deja hasta que casi se hayan convertido en pasas y, entonces, se cosechan y pisan. Por esta razón se necesitan tantas uvas para obtener una pipa [3] del rico malvasía como las necesarias para cinco pipas de vino seco común.

El vino de hoy es vidonia, procedente de una uva blanca y jugosa con racimos que pesan cerca de libra y media, y que se vende a unas diez libras la pipa. La época en que la exportación de vino desde el Puerto de la Cruz alcanzó su mayor esplendor fue entre 1812 y 1815, cuando se exportaban entre 8.000 y 14.000 pipas cada año a Inglaterra y América. Ahora la exportación está principalmente en manos de la compañía inglesa de los Sres. Hamilton y Cía., de Santa Cruz. El Sr. Henry Vizetelly, una reconocida autoridad en vinos, afirma que el vino de Tenerife es de "una cierta calidad y merece recobrar la popularidad que tuvo". El que bebimos en San Juan, aunque no era malvasía, sí fue el mejor vino que encontramos no sólo en Tenerife sino en todas las islas. El malvasía canario del "viejo y elegante caballero inglés" se describe en una de las *Cartas Familiares* de Howell [4] quizás mejor que en ningún otro lugar y, aunque él titula humildemente su disertación "un discurso seco sobre un tema fluido", pocos estarán de acuerdo con esta valoración que hace de su destreza epistolar.

Dice que los primeros plantones de uvas que se cultivaron en las Canarias se trajeron de Bachrag, pero que crecieron y mejoraron hasta tal punto de perfección en estas islas "que los vinos que producen se consideran de los mejores vinos, más firmes, de mejor cuerpo y vida y los más desprovistos de todo defecto de la tierra o de cualquier otro; el azufre que pueda tener es inaprecia-

3 Una "pipa" tinerfeña equivale a cien galones, o sea, ocho galones más que la de vino de Madeira y quince menos que la de Oporto.

4 James Howell (1594-1666), escritor anglo-galés, famoso por sus escritos de género epistolar, como estas *Familiar Letters. [Nota del traductor]*

© Del documento, los archivos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ble, y deja menos sedimento aunque se beba hasta el fondo. Ciertamente, es a este vino al que se le puede aplicar aquella máxima alegre que dice que el buen vino produce buena sangre, la buena sangre produce buenos humores, los buenos humores producen buenos pensamientos, los buenos pensamientos producen buenas obras y las buenas obras llevan al hombre al cielo; *ergo*, el buen vino lleva al hombre al cielo. Si esto es verdad, desde luego más *ingleses* van al cielo por esta razón que cualquier otra ya que se exporta más malvasía a *Inglaterra* que al resto del mundo". Añade además, y significativamente: "También creo que se bebe como vino canario cien veces más de lo que se importa, ya que puede que sirvan vinos de Jerez y Málaga como si fuesen de las Canarias en la mayor parte de las tabernas, con más frecuencia que el propio vino canario. Cuando los *malvasías* y *vinos blancos* se importaron por primera vez, se solían beber en medidas como las de aguardiente y se consideraba que sólo podían beberlos quienes estuvieran acostumbrados a las bebidas fuertes que hacen que todo gire, pero hoy en día fluyen por la garganta de cualquiera, joven o viejo, como si fuera leche". La fecha de este entretenido discurso es la de 7 de octubre de 1634.

¡Apreciado viejo Howell, ojalá hubiera hoy en día más escritores de cartas como tú!

Albergo la esperanza de que no pase mucho tiempo antes de que este famoso e histórico vino se beba una vez más en Inglaterra. No hay razón para que no se convierta en una industria importante en Tenerife, cuyo suelo ha demostrado ser capaz de producir una uva tan increíblemente buena.

Detrás de la puerta que daba al patio de la venta vimos lo que parecía ser una jaula de caña. Resultó ser, cuando la examinamos mejor, un establo, ventilado, barato, fácilmente construido y, además, bonito. ¿Qué más podría desear un caballo?

Aquí tuvimos que despedirnos del Sr. Emile, que nos había acompañado amablemente hasta aquí. Mi corazón se entristeció cuando volvimos a montar y pasamos de la última cara amiga a lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

desconocido. Era de esperar que sólo veríamos isleños mientras atravesábamos La Gomera, El Hierro y La Palma.

Pronto el terreno se volvió más pedregoso y la tierra estaba dividida por muros de piedra viva que le dan al paisaje un aspecto yermo que nos recuerda a algunas partes de Flandes. Las montañas que rodean el Valle de La Orotava se repliegan y dejan paso a una ancha ladera de bancales con alguna que otra casa. Trabamos amistad con una mujer que iba a Icod y que nos acompañó hasta allí, manteniéndose a la altura de los hombres y caballos mientras nosotros trotábamos o íbamos al paso. Era una mujer mayor, morena, de rostro alegre y que mostraba un gran interés por mí. Nos cruzamos con dos o tres caballeros y una señora a caballo, la primera y, con la excepción de otra más, la última caballista que encontramos en las islas. Supongo que sí montan a veces –tendrán que hacerlo si salen de casa– pero nosotros no las vimos. Al acercarnos a Icod vimos a mujeres que llevaban a sus hijos sentados sobre sus caderas con las piernas colgando, una delante y otra detrás, una costumbre oriental. Algunas de ellas llevaban, además de los niños, unas jarras pesadas de agua bajo el otro brazo o barriles en la cabeza.

El calor apretaba y, aunque vestidos con ropa ligera, sudábamos bastante. Sin embargo, cuando hace calor aquí no se parece al calor debilitante de Inglaterra. El aire era seco y, aparte de sentirnos como si estuviéramos en un baño turco, no nos sentíamos nada sofocados, ni nos agotamos ni sentimos molestias. El pequeño pueblo de Icod de los Vinos se encuentra en una agradable y fértil ladera, que se extiende hasta el mar. Es un pueblo de aspecto limpio. Las calles son estrechas y parecen irradiar de la plaza de trazado irregular como rayos del sol, o, para ser más prosaicos, parecen estar dispuestas como las vías públicas que convergen en el punto fijo central de los "Seven Dials".[5] Nuestros *arrieros* se habían quedado atrás, de modo que tuvimos que preguntar el

5 Cruce de siete caminos en las afueras de Londres. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

camino a la fonda. Una tropel de niños pequeños nos acompañó a través de las calles y nos guió en la oscuridad creciente hasta la fonda, donde nos aceptaron con cierta dificultad, dándonos la última habitación disponible. Tras entrar, nos llevaron a la sala. Por regla común, es la mayor habitación de la casa y suele dar a la calle. Tiene reproducciones baratas, generalmente de santos y leyendas católicos, enmarcadas y colgadas en las paredes. El piso no está cubierto, las sillas están colocadas junto a las paredes y hay una o dos mesas, adornadas con flores de cera en campanas de cristal, u otra cosa igualmente artificial sin siquiera un libro, colocadas bien junto a la pared o frente al sofá. El sofá es la *pièce de resistance* de la habitación. Es grande, hondo y de respaldo duro, suele ser de cerda y cubierto con paños de ganchillo. Frente a él hay un trozo de alfombra o una alfombrilla, la única en el cuarto. La alfombra de este sofá es elegante. Las mejores son de estilo morisco y, a pesar del entorno, parecen valiosas y de buen gusto. Sin embargo son más frecuentes las de poco pelo o las baratas de Bruselas.[6] Generalmente tienen forma cuadrada y varían en tamaño, desde una alfombra de chimenea pequeña a unas de unos doce o catorce pies. En dos lados de este cuadrado hay sillas, el tercero lo ocupa el sofá y el cuarto se abre a la habitación o se encuentra parcialmente bloqueado por una mesa y las figuras de cera ya mencionadas. La apariencia es fría y triste. El cuarto al que nos condujeron tenía tres cuadros: uno, *Nuestra Señora del Monte Carmelo*; el segundo, *Sta. Eulalia, Virgen y Mártir*; el tercero no tenía título y no me siento capaz de darle uno. Las tablas del piso de un pie de ancho habían sido alisadas con azuelas en lugar de cepillos. El sofá esta vez tenía asiento de mimbre y estaba forrado con tela roja. Encontramos el cuarto lleno de hombres fumando sentados junto a las ventanas y en el sofá que, inmediata y cortésmente, dejaron libre en cuanto entré.

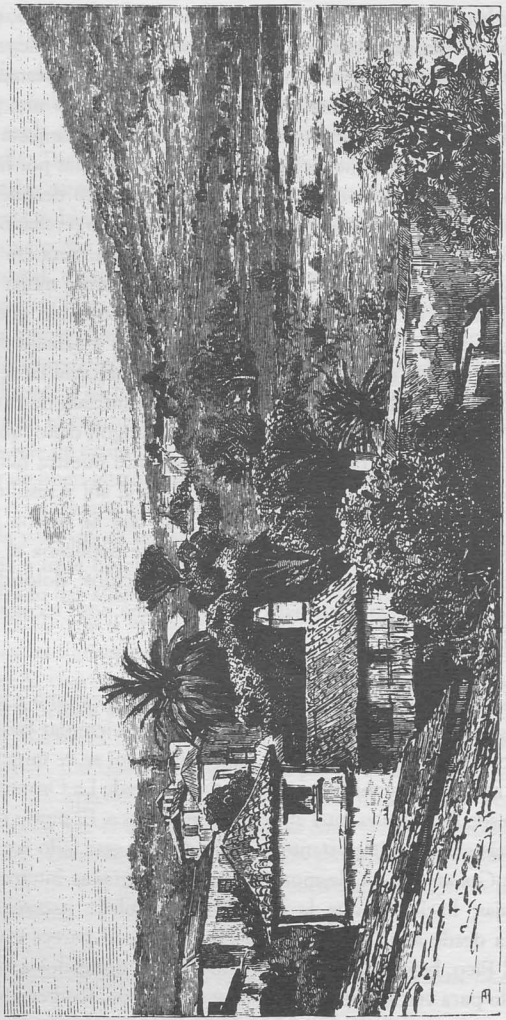
6 Alfombras tejidas, como de encaje, que se fabrican en Bruselas. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

De buena gana nos habríamos retirado a la habitación, pero la única que pudimos obtener no tenía muebles cuando llegamos y la patrona estaba ocupada instalando las camas y el lavamanos, dejando la cena un momento en la cocina. Colocaron una jarra sobre una silla mucho antes de que apareciese la palangana con soporte. La ropa de cama estaba limpia y dimos gracias por haber conseguido algo decente. La cena estuvo lista poco después de nuestra llegada. El *comedor* era solamente un pasillo o rellano amplio al que daban todos los cuartos y escaleras. La mesa era muy larga ya que había muchos huéspedes. Yo era la única mujer presente. Junto a mí se sentó un español muy respetable que me habló en francés. Le conté que habíamos venido a caballo desde La Orotava y que el calor había sido tan fuerte aquella tarde que todos teníamos dolor de cabeza. Dijo que era médico de Buenavista y me aseguró que el calor no nos haría ningún daño, que las insolaciones son desconocidas, y que solamente nuestra falta de costumbre era la que nos hacía tan sensibles al sol y resultó ser cierto, afortunadamente. Después me dijo que se estaba celebrando una especie de juicio en Icod, lo que explicaba el gran número de hombres que allí había. Entumecidos, doloridos y cansados por nuestro duro viaje, de buena gana nos "recogimos" temprano.

Martes, 11 de septiembre. Nos levantamos temprano y tomamos algunas buenas fotografías del drago –un ejemplar bastante antiguo– de la ciudad y del Pico, que desde aquí se ve muy bien, ya que se eleva más abruptamente que visto desde La Orotava. La vista desde la *azotea* es muy atractiva y pintoresca. El punto de interés más grande e importante es el Teide. Por este lado la pared de *Las Cañadas* se ha desmoronado y las montañas intermedias son bajas, haciendo que la elevación del volcán parezca más abrupta desde aquí que desde La Orotava. Icod parece estar al pie del Pico, bajo su protección, y nos vemos obligados a estirar el cuello para ver la cumbre. Blanco y pintoresco, Icod está situa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024



EL PICO TEIDE DESDE ICOD DE LOS VINOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do en una ladera, abrigado al este por una línea de montañas que bajan hasta el mar. Numerosas palmeras agitan sus ramas valle abajo y se extienden por todo el pequeño valle que acaba en un llano aluvial junto a la orilla del mar. Una impresionante palmera, soberana entre sus semejantes, se eleva entre las casas con la parte inferior de su tronco invisible, y, agitada por la suave brisa del suroeste, extiende, ondula, y hace crujir sus ramas entre nosotros y el Pico, en un vano esfuerzo por ocultar el monarca de la montaña a nuestra vista.

En el centro del pueblo se encuentra la iglesia, que se alza en un terreno desierto y pardo, quizás una plaza. La torre es un campanario abierto, con dos campanas. La puerta roja, las persianas verdes y las paredes blancas del domicilio de sacerdote, anejo, tienen un aire alegre y bien despierto en la luz de la mañana, y de la iglesia surge el cálido y tranquilizante olor a incienso.

El drago de Icod es ahora el mejor ejemplar que existe en las islas. Crece en un jardín de la ciudad, unas cincuenta yardas más abajo de la fonda, en la orilla derecha de la acequia. Por doquier hay señales de concienzudo cultivo. Las laderas del este son roca pura, aunque dondequiera que ha sido posible la tierra está laboriosamente dispuesta en bancales y el maíz y las otras cosechas son prueba del éxito. El piso de la azotea sobre la que nos encontramos está ahora mismo cubierto con maíz, tanto en grano como con el tallo. En una situación espléndida, sobre la colina escarpada al oeste de Icod, se alza una casa solariega, la Casa de Villa Fuerte, un emplazamiento envidiable y, cuando la carretera llegue hasta Icod, será una encantadora residencia de campo.

Después de ver todos estos puntos de interés, estábamos listos para desayunar. Sin embargo, nuestro desayuno no estaba preparado así que Lorenzo propuso que fuéramos a ver una cueva guanche que estaba cerca.

Permítaseme aconsejar, como fruto de mi experiencia, que nadie comience la actividad diaria sin haber desayunado antes. No es fácil lograrlo donde prevalezcan las costumbres españolas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

aunque, evitando usar la palabra *almuerzo*[7] y describiendo lo que se desea, se puede conseguir. Pida café, huevos y pan, y estará listo a cualquier hora de la mañana, pero pida el almuerzo, y darán las nueve y media, diez u once sin que aparezca. Confiando en la palabra de Lorenzo sobre la cercanía de la cueva, salimos sobre las 8:30 y no regresamos hasta casi las 10:30 –sin haber desayunado.

Descendiendo por una cuesta empinada hasta las afueras del pueblo, caminamos hacia el mar hasta que llegamos a un terreno abrupto, desnudo y sin cultivar y cubierto de rocas y piedras, de hecho, un *malpaís*, en cuyo centro descubrimos una cabaña que pertenecía a un viejo. Dos muchachos, que ayudaban al hombre con su pequeña granja, se sentaron con Lorenzo frente a la casa y comenzaron a partir trozos de pino para usar como antorchas. También nosotros nos sentamos y admiramos la vista, que se merecía una casa mejor que esta cabaña. Delante se mecía una palmera y a lo lejos se divisaba el mar. Junto a la cabaña había varios pequeños montones de piedras sobre los que habían colocado jarros llenos de agua. La escena era novedosa y pintoresca –los muchachos, con las piernas al aire y pantalones y camisas blancos, el viejo, rudo y desaliñado, la resinosa madera de pino atada en manojos con junquillos verdes, los jarros rojos de agua, un gato persiguiendo un lagarto, detrás el Teide y delante el mar azul.

Tuvimos cierta dificultad para encontrar la entrada a la cueva, que desciende verticalmente en la tierra. Una losa de piedra, similar a muchas otras de los alrededores, cubre la entrada, que tiene unos cuatro pies de ancho por dos y medio de alto. Nos deslizamos dentro por la estrecha abertura y, con las antorchas de pino encendidas, avanzamos en el orden siguiente: uno de los muchachos iba primero con una antorcha, después Lorenzo, con otra que mantenía a nuestros pies mientras caminábamos a tientas

7 Entre las múltiples equivocaciones con la lengua española que comete Olivia Stone destaca ésta, ya que piensa que "breakfast" (desayuno) se traduce al español por "almuerzo", error que da origen al consejo de este párrafo y varios comentarios posteriores. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tras él, y el otro muchacho con su antorcha cerraba la comitiva. Tras avanzar una distancia corta, unas quince yardas, la cueva se desviaba de repente a la izquierda y bajaba bruscamente. El suelo estaba nivelado durante un tramo, tras el cual volvía a descender de forma continua a la vez que el techo se elevaba, formando varias cámaras abovedadas de veinte pies de altura. Éstas estaban conectadas por pasillos bajos, de unos dos o tres pies de alto, por los que tuvimos que andar a gatas, teniendo mucho cuidado de no golpearnos la cabeza. Había algunas estalactitas, y unos huesos ya que es una famosa cueva funeral guanche. De todas las cosas que se dicen sobre este cementerio subterráneo, lo más veraz es que tiene 11.000 pies de largo. La tradición asegura que la cueva llega hasta la Cueva del Hielo en el Pico y también que un brazo desciende hasta el mar. Cuando fue descubierta, algunas de las galerías estaban llenas de momias. De repente vimos una luz y llegamos a una abertura baja, que daba a un precipicio, cuya boca estaba cubierta con vegetación. Una pequeña y atractiva ensenada y una embarcación sobre las aguas azules enmarcados por el verde formaban un cuadro encantador. Mientras estábamos tumbados, obligados por lo bajo del techo, contemplándolo, nos imaginamos cómo los guanches también debieron haber estado tumbados aquí observando a los extranjeros que navegaron alrededor de su isla, penetraron en la cala y desembarcaron. Cómo debieron haber temblado por sus esposas e hijos pequeños y cómo, dejándolos escondidos en esta cueva observando la contienda, tuvieron que salir para obligar a los merodeadores a abandonar sus costas. El agujero por el que estamos mirando tendrá unos seis pies de ancho por dos o tres de alto. Ningún sonido rompe el silencio salvo el crujido que producen los lagartos al entrar y salir deslizándose por entre las hojas secas y las ramitas.

Regresando por donde vinimos, bajo la luz fantasmal de las antorchas de pino, nos arrastramos una vez más hasta salir de la fresca caverna, a través de la estrecha entrada, hasta la luz y el calor del sol. Una jarra de barro llena de agua y un recipiente de latón viejo y deforme que se encontraban a la puerta de la choza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

del viejo se convirtieron en el más exuberante néctar y el más fino de los cuencos para beber. Llegamos a la fonda sobre las 10 a.m. a desayunar. Esta era nuestra primera experiencia de las horas de comida españolas y nunca más volvimos a trabajar voluntariamente durante tres horas, tras levantarnos, sin antes haber probado bocado.

A las 11 a.m. salimos hacia Garachico, sintiendo que ahora sí éramos realmente exploradores, con sólo un mapa, en el que no había carreteras, como única guía. Aunque soplaba una ligera brisa y en aquel camino estábamos a la sombra de algunos árboles y cercanos al mar, hacía demasiado calor. Me sentía bastante cansada después de la cabalgada de ayer y de la dura caminata de la mañana con el estómago vacío. El sol parecía golpearnos sin piedad y se reflejaba en el mar con igual ferocidad. Si no fuera porque las insolaciones son desconocidas en el archipiélago, no habría dejado de darle vueltas al tema. Los caballos estaban frescos y trotaban alegremente. ¡Qué imagen debíamos ofrecer, los pañuelos con que nos protegíamos las cabezas al viento, los parasoles de color en la mano derecha y las riendas en la izquierda, galopando bajo el hiriente sol del mediodía!

Al acercarnos al pueblo descubrimos un brazo de tierra que penetra en el mar y a unos cientos de yardas de la orilla surge una atractiva masa de lo que parece ser basalto columnar, llamada Roque de Garachico. Nos cruzamos con dos hombres cargados con cestas llenas de uvas blancas, camino del lagar, y nos dan algunas. Está iniciándose la vendimia y ésta es la zona más privilegiada de la isla en lo que a vinos se refiere. Girando a la izquierda y dejando atrás la punta de tierra que acaba en el Roque, pasamos junto a un convento y a un excelente edificio con balcones que dentro tiene el habitual patio fresco. Llama la atención ver, dondequiera que vayamos, las persianas cerradas y, cuando hace calor, las casas que durante el día parecen únicamente habitadas por los muertos. Las persianas de Garachico estaban casi todas talladas. Al cabalgar a través de estos pueblos desiertos, como tantas veces hemos hecho, con las ventanas cerradas y sin ver a

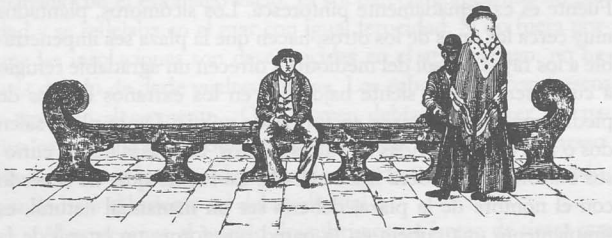
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nadie, sin ningún sonido que rompa el silencio salvo los pasos de nuestros caballos, me he acordado con frecuencia de Lady Godiva, cabalgando sola a través de Coventry.[8] Hasta aquí llega el parecido. Como a los habitantes no les han prohibido mirar, los postigos se alzan a izquierda y derecha y varias señoritas atractivas y morenas observan desenfadadamente a los que perturban su siesta de mediodía. Entramos en Garachico por la plaza, lugar de encuentro de todo extraño, que está situada en el centro del pueblo. Como el calor nos abrasaba, la aparición de una fuente al otro extremo de la avenida de *sicómoros* fue una deliciosa bienvenida. Desmontamos y, según la información de Lorenzo, como no había ningún otro lugar donde descansar hasta la noche, nos dispusimos a esperar durante una hora en aquel calor. La plaza de la Fuente es extremadamente pintoresca. Los sicómoros, plantados muy cerca los unos de los otros, hacen que la plaza sea impenetrable a los rayos del sol del mediodía y ofrecen un agradable refugio a cualquiera que se siente bajo ellos en los extraños bancos de piedra con reposa-brazos en forma de voluta. De la plaza salen dos o tres calles, torcidas en varios puntos. Las casas tienen curiosos balcones de madera lisa o tallada. La fuente que, de acuerdo con el nombre de la plaza, debería ser un manantial natural, es simplemente una cubeta en la pared que forma un lateral de la plaza, en la que cae y de la que mana continuamente un chorro de agua. La bahía no está situada frente al pueblo sino en su extremo occidental. Garachico es interesante no sólo por su belleza actual sino por su pasado histórico. De tener en una época el mejor puerto de la isla, desde donde se exportaba, sobre todo a Inglaterra, el vino de malvasía de Icod, de construir navíos de trescientas toneladas de cabotaje y de ser una boyante ciudad pequeña, se ha convertido en una caleta pesquera y un pueblo soñoliento. En diciembre de 1645 bajaron de la montaña torrentes que arrastraban rocas y piedras. Estos torrentes llegaron hasta el puerto y destru-

8 Esposa de un noble inglés del siglo XI famosa por cabalgar desnuda a través de Coventry para que su marido aboliese unos impuestos extremadamente impopulares. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

yeron muchos navíos que allí se encontraban y más de cien personas perdieron la vida. Sesenta años más tarde esta ciudad desafortunada volvió a padecer una nueva y abrumadora calamidad. El 6 de mayo de 1705 fue destruida por una erupción volcánica. Se escucharon lejanos estruendos en el subsuelo y el mar comenzó a retirarse de la costa. El Pico se cubrió de fuego, el aire se llenó de gases de azufre que asfixiaron a los desgraciados animales y el agua se transformó en vapor, como si de un manantial caliente se tratase. De repente el suelo tembló y se resquebrajó. En lo alto, once millas al noroeste del Pico, brotaron de un cráter ríos de lava que se extendieron sobre la llanura a sus pies. La ciudad de Garachico, cubierta de lava, desapareció completamente. El mar



BANCO DE PIEDRA

regresó a las costas, anegando los escombros, y las cenizas enterraron lo que antes había sido Garachico. Hoy en día se pueden ver restos de las casas entre la lava o en el lugar donde solían anclar los barcos. Casi todos los habitantes murieron, enterrados vivos por la lava, asfixiados por los gases venenosos o, si habían escapado de estos horrores, muertos por la lluvia de piedras que produjo el cráter. A los pocos supervivientes les dieron tierras cerca de Icod de los Vinos.

Mientras tanto el calor del sol me había dado un dolor de cabeza tan fuerte que casi no podía despegarla del banco de piedra donde la había apoyado. De repente oí decir a alguien en español: "¿Está usted enferma, señorita?". Al alzar la vista vi a un español,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

alto y de aspecto respetable, vestido con un traje blanco, que se dirigía a mí. Le dije: "No, pero me duele la cabeza y hace mucho calor", y esto hizo que me rogara que entrase en su casa a descansar. Tras un momento de duda y temiendo una estancia que probablemente se alargaría, acepté agradecida su ofrecimiento. Mostrándonos el camino, le seguimos. Nos condujo a su casa, situada en una esquina de la plaza, y a un pequeño patio bajo atractivas enredaderas y helechos colgantes desde donde llamó a su esposa que pronto apareció y nos dio la bienvenida. Eran personas alegres y amables, con unos hijos agradables y buenos, y tenían un hogar pequeño y muy ordenado. Me cogieron de la mano, me obligaron a acostarme, me dieron una bebida cítrica deliciosa y refrescante, a base de limones frescos, mojaron un paño en un líquido fresco y aromático que me colocaron sobre la frente y, en pocas palabras, se mostraron verdaderamente cariñosos y hospitalarios. Después, dejando la habitación en penumbra y mandando callar a los niños, me dejaron durmiendo en aquel cuarto fresco y oscuro. Tan efectivos fueron los remedios de Don ———, que en una hora me había recuperado y mi dolor de cabeza había desaparecido. Le pregunté si era médico y me respondió que solamente era farmacéutico. Muy amablemente nos rogó que nos quedáramos toda la noche pero pensamos que era mejor seguir nuestro camino y dormir, como pensábamos hacer desde un principio, en Santiago. Enormemente agradecidos, abandonamos a nuestro buen samaritano, montamos a caballo y continuamos nuestro camino colina arriba. Un camino muy mediocre sube por la empinada colina, una espuela del destructor volcán de 1705, con unas vueltas muy cortas y cerradas. En aquel momento consideré y anoté el camino como muy malo pero mi posterior experiencia, como ya he mencionado antes, ha modificado mis ideas y ahora pienso que el camino sólo era, simplemente, no muy bueno. A mitad de la subida los hombres y caballos se detuvieron para recobrar el aliento en un ángulo de la carretera a la sombra de una gran roca. La vista que se extendía bajo nosotros, mientras ascendíamos cada vez más arriba, era increíblemente pintoresca –a un lado las llamativas casas y la vegetación del pueblo, con su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

plaza y sus patios, al otro, la pequeña y encantadora caleta, con su rompeolas de roca volcánica que la convertía, una vez dentro de ella, en un refugio seguro contra las tormentas, soplasen de donde soplasen. Sin embargo, nadie, salvo los pescadores de la minúscula caleta, se aventuraría entre aquellas enormes olas que parecen impedir cualquier entrada o salida. Nuestra admiración, sin embargo, se entremezcla con un justificado temor cuando, con un escalofrío, observamos la corriente petrificada y nos viene a la mente aquel "diluvio de lava" fundida que cayó aquí. Nos detuvimos de nuevo a descansar por encima de la aldea de Tanque Bajo. Debajo de nosotros se extiende el fértil valle o llano de La Caleta, que llega hasta Buenavista. Alejándonos y dejando detrás de nosotros el mar y la costa, penetramos por un sendero entre campos amurallados y llegamos a El Tanque, a 1.850 pies sobre el mar, a las 4 p.m. Como éste era el único lugar donde nuestros hombres podían conseguir alimentos, nos paramos y comimos algo. Huevos duros y a veces sardinas, vino y queso siempre, muy rara vez leche, carne nunca, en su lugar pescado y frutos secos, forman la lista de comida que se puede obtener en una venta. Una venta es una tienda pequeña donde se puede comprar alimento y bebida, tanto para los hombres como para las bestias, y comerla en el mismo establecimiento, pero que no ofrece alojamiento para la noche. Suele tener un mostrador o bar colocado atravesando una habitación muy pequeña y baja; colgando del techo y por todas partes, hay racimos de plátanos, uvas y pescado salado, pimientos secos y tomates. Al fondo, amontonados de cualquier manera, sin orden ni concierto, hay botellas de vino, quesos, hierbas secas y otros comestibles varios. Todo está completamente lleno de moscas. De hecho, es lo que más llama la atención al entrar. Olvidé mencionar el pan, que se puede conseguir en todas partes y que es excelente. Cuanto más se penetre en el interior de la isla, tanto mejor será el pan. Lo fabrican con trigo y, generalmente, es de color oscuro ya que se utiliza el grano casi completo, por lo que resulta muy nutritivo, renovando las fuerzas y satisfaciendo el apetito como no lo logra el pan blanco de harina refinada. Casi siempre tiene buen sabor, dulce y sabroso, de modo que se puede

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

comer sin añadirle mantequilla, y con miel está absolutamente delicioso. Se vende en panecillos del tamaño de dos naranjas, pero la corteza no es tan dura como la de los panecillos franceses. El recuerdo más vívido que tengo de esta venta es el de una gatita que dividía su atención entre las moscas, que casi la volvían loca con tanta diversión que le proporcionaban, y la comida que yo intentaba introducirme en la boca *sin* moscas. Nuestro termómetro marcaba 82° F (27,9° C) a la sombra. No nos detuvimos demasiado tiempo ya que apenas habíamos recorrido la mitad del camino, aunque sí la peor mitad, entre Icod de los Vinos y Santiago. A los 2.600 pies encontramos aulagas. Esta planta tiene un aspecto tan familiar que siempre la recibimos con el cariño que produce el ser un extraño en un país extraño. A unos 3.000 pies de altura llegamos a una especie de meseta de tierra roja. El suelo rocoso que habíamos estado atravesando desapareció y fue reemplazado por trechos de tierra fértil casi sin cultivar y sin ningún árbol a la vista. El Pico, como una estrella que nos sirviese de guía, siempre estaba a la vista y tenía un aspecto hermoso bajo el cielo despejado, coronado por la gloria del sol poniente. Parte de la tierra roja que podíamos ver, eran tejas pero, en general, el terreno estaba casi desierto. Sin duda alguna hubo una época en la que tuvo suficiente agua y estuvo cubierto de bosques. ¡Ah! ¡Cuántas veces, desde la destrucción de aquellos magníficos bosques, han maldecido las generaciones posteriores la locura de España y de sus gobernantes que permitieron una destrucción tan intencionada y, todavía, se llevan a cabo intentos inútiles de detener la destrucción que continúa!

Al avanzar el día me alegré de tener una montura reversible que usaba como los caballeros, de una forma más cómoda y que paliaba mi cansancio. Era agradable cabalgar sobre esta tierra suave en el frescor del atardecer, el repiqueteo de las herraduras atenuado hasta convertirse en un retumbar sordo. Sobre las 6 de la tarde llegamos a un pequeño arroyo fangoso, con el agua roja a causa del barro y de los rebaños que habían venido a beber. Aquí tuvimos que permitir a los caballos que bebiesen tanto como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pudieran ya que los pobres animales no verían más agua hasta que llegásemos a Guía, al día siguiente. Al superar un altillo, nos encontramos repentinamente al borde de una ladera muy empinada. Debajo de nosotros se extendía un valle ancho y pardo, que se iba oscureciendo al ponerse el sol tras la montaña. Nosotros, en lo alto de la colina disfrutábamos aún de la luz solar. Un escabroso y peligroso sendero conduce hasta el fondo, una caída de 540 pies desde el lugar donde nos encontramos.

Nos sentíamos entusiasmados mientras preparábamos nuestro primer campamento. En distintos momentos del día nos habían informado, primero en Icod, después en Garachico y finalmente el propio Lorenzo, cuya expresión llena de ansiedad al no saber dónde dormiría yo era un recordatorio continuo de que "no hay alojamiento para dormir en Santiago" y que "las casas son pobres y están repletas de roedores". Era completamente inútil reiterar que teníamos una tienda de campaña y que sólo necesitábamos pan, agua y leche. O no podían o no querían entender. Sin embargo, achacaron a nuestro poco conocimiento de español el que fuéramos incapaces de comprender que Santiago no era un lugar apropiado para dormir.

Las 8 p.m. y aquí estamos, por fin en nuestro primer campamento. Tras haber satisfecho las demandas del hambre, puedo sentarme tranquilamente y describir el paisaje, enormemente pintoresco, que nos rodea. Mientras cruzábamos apresuradamente por el fondo del valle y la noche caía rápidamente, buscábamos ansiosamente un terreno donde acampar. La iglesia situada a una corta distancia en las afueras del pueblo, rodeada de un trozo de terreno descampado, parecía ser un sitio apropiado, de modo que nos salimos del camino y llegamos hasta ella a caballo. Nos ha sido muy difícil lograr acampar al aire libre, incluso después de llegar. Cogimos a Lorenzo justo cuando salía corriendo delante de nosotros hacia el pueblo. Le pregunté a dónde iba y me respondió: "A buscar una casa donde la señorita pueda dormir". El "caballero podía dormir afuera, pero no la señorita". Sin embargo, la señorita no veía exactamente por qué tenía ella que sopor-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tar las pulgas, etc., mientras el caballero dormía en paz y le ordenó a Lorenzo que se diese la vuelta y que, aun en contra de su voluntad, la siguiese hasta el descampado. Sólo tardamos unos pocos minutos en desmontar y descargar el caballo de carga. Mientras John deshacía la tienda saqué todos los utensilios de cocina y le entregué el cubo de metal en el que venían todos a Eloy, mi arriero, que se fue a buscar agua. José desapareció en busca de madera para el fuego mientras Lorenzo nos ayudaba a colocar la tienda. A estas alturas ya se había congregado un pequeño grupo de mujeres y niños a nuestro alrededor, llenos de curiosidad por todas aquellas inexplicables actividades. Desempaquetando las esterillas de su bolsa impermeable y colocando las dos piezas de hule sobre la tierra dentro de la tienda, extendí una alfombra sobre ellas y así quedaron listas nuestras camas. Como las ramas ya habían llegado, el fuego pronto ardió alegremente y casi sin problema ya que la madera era yesca. La leña era principalmente de tallos secos de *Centaurea Canariensis*, una hermosa planta compuesta. Decidida a no tomar té hervido, y como nuestra cantina sólo tenía un calentador de agua y una cacerola, llené esta última con agua, usando el calentador como tetera. Lorenzo nos ayudó con gran preocupación a preparar nuestra cena y yo también vigilé para que el agua hirviese, sabiendo cuánto les gusta a los extranjeros utilizar el agua varios grados por debajo del punto de ebullición. Algo de pan que había sobrado de nuestro almuerzo en El Tanque, huevos y buen *gofio* constituyeron una cena inmejorable. Convencí a Lorenzo para que me diera una lección sobre cómo preparar el gofio. La preparación no es difícil, pero es necesario, o al menos aconsejable, mezclarlo uno mismo ¡porque todo el proceso se realiza con las manos! Normalmente, sin embargo, mezclo el gofio con una cuchara, de forma ortodoxa y cristiana, pero si se usan las manos resulta más ligero y más apetitoso. El gofio es la comida típica. Con frecuencia vimos cómo lo preparaban, de manera idéntica a los antiguos habitantes ya que el gofio era el alimento de los guanches. Un alimento curioso, desconocido en otros países y con pocas probabilidades de ser

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

aceptado sin reparos por una nación nueva y conquistadora, el hecho de que se utilice en todas las islas es una de las muchas y numerosas pruebas existentes de que los guanches no fueron exterminados, a pesar de que su lenguaje y su identidad se hayan perdido debido a los matrimonios mixtos. El gofio está hecho con trigo, cebada, centeno o maíz, tostado en grano y molido después hasta convertirlo en una harina fina. Se puede comer seco o mezclado con suficiente agua para convertirlo en una pasta. Se tuesta de la misma manera que el café, sólo que se muele todavía caliente y el otro después de enfriarlo. Es un alimento excelente y nutritivo, y particularmente bueno con leche caliente. Existe, sin embargo, una gran diferencia según el grano que se utilice. El trigo se considera el mejor, la cebada en segundo lugar, después el maíz, y el centeno, el peor. El trigo y el maíz también son buenos mezclados, como lo son el trigo, la cebada y el maíz. La mezcla de maíz y centeno es la menos agradable y nutritiva. Debo señalar aquí que descubrimos que se utilizaba diferentes tipos de grano según la isla. En Tenerife predomina el trigo, en Gran Canaria el maíz y en Fuerteventura los pobres habitantes frecuentemente utilizan semillas de plantas. La gente de Gran Canaria envidian tanto a Tenerife que se niega a admitir el hecho innegable de que el trigo es más nutritivo que el maíz. Por experiencia sabemos que es así. El gofio de trigo nos ha mantenido durante muchas jornadas, lo hemos comido para desayunar y para cenar, y siempre hemos encontrado que es fácil de digerir y nos ha satisfecho. Sin embargo, en Gran Canaria se nos ha advertido frecuentemente que no cabalgásemos después de un desayuno de gofio de maíz. Varios doctores también nos informaron de que las enfermedades del estómago eran muy comunes en esta isla. Los residentes ingleses lo han probado, descubriendo que el gofio sirve como sustituto del *porridge*,[9] preparado a la manera tradicional.

9 Papilla que se hace hirviendo copos de avena con agua o leche y que los ingleses suelen tomar en el desayuno. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Mientras consumíamos nuestra frugal comida pasaron junto a nosotros tres españoles de clase pudiente trotando sobre sus caballos de camino a la única venta existente en el pueblo. Frenaron de golpe cuando vieron nuestro campamento y se acercaron a caballo para saber quién diablos éramos. No pudimos oír la explicación que les dieron pero no tengo ninguna duda de que "ingleses" era el principio y el final de ésta.

El cuadro que formamos es muy artístico. Primero está nuestra tienda, su lona blanca realzada por el fuego, con la tela que forma la puerta recogida y atada a cada lado para que pueda entrar el aire. La bandera nacional de la vieja Inglaterra, sujeta a un

NUESTRO CAMPAMENTO EN EL VALLE DE SANTIAGO, TENERIFE

extremo de la tienda, le da un punto central de interés al alojamiento. La tienda está montada a unas seis yardas de un muro y apunta hacia el oeste para evitar el sol de la mañana. Sobre el muro están nuestras sillas, y apostados cerca de ellas, los tres caballos, comiendo contentos la hierba baja y reseca. A unas yardas delante de la tienda se encuentra la parrilla de hierro ovalada de la cantina, bajo la cual llamea vivamente y crepita la madera seca –un fuego es un gran compañero cuando se acampa a la intemperie– y sobre ella está nuestra cacerola de una pinta, en la que hervimos todo lo necesario. Estamos sentados sobre el suelo entre la tienda y el fuego; a nuestra izquierda José, tumbado completa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mente, Lorenzo de pie junto a él, su cara morena y atractiva parece la de un bandolero iluminada por la luz trémula. Frente a ellos está Eloy, que alimenta el fuego con las ramas, y detrás, amontonados como un rebaño de ovejas, vemos las caras serias, sinceras y asombradas de una veintena de mujeres y niños, sus pieles bronceadas, de un color moreno oscuro, alumbradas por el vivo resplandor de la hoguera que, danzando entre ellos, resalta un pañuelo rojo que cubre una cabeza aquí y unos ojos castaños allá, mientras que los rizos dorados de un niño y sus ojos azules resultan insólitos entre este grupo agitanado de un país meridional. Una luna brillante domina la escena, su pálida luz disipada en nuestro entorno inmediato por el resplandor más cálido de la hoguera.

A los hombres les encantó el café que les ofrecimos y lo juzgaron "bueno". Aquí acabó la comida, tras la cual José y Eloy se fueron a buscar unos huevos, y si era posible una gallina, en las granjas cercanas. Mientras, nos retiramos a nuestra tienda donde, como yo quería escribir, preparamos una mesa y un candelabro colocando la vela entre cajas de cerillas sobre la parte alta de la caja donde llevamos la máquina fotográfica. La vista, enmarcada ahora por las cortinas de lona de la entrada, era aún más pintoresca. Estamos sumidos en el silencio; los campesinos nos han dejado solos; Lorenzo está tranquilamente tumbado fuera, asomando sólo la cabeza, como un fiel perro guardián; la última "malagueña" (una canción del país) del pastor de cabras que regresa a casa se ha extinguido en la oscura ladera y sólo el sonido constante, ronco y contento de los caballos mientras rumian su avena y el agudo canto de las cigarras rompe la paz profunda, bajo la luna y las estrellas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

GUÍA • BARRANCO DEL INFIERNO
CHASNA • EL SOMBRERO

VI

Los españoles tienen un talento natural o ingenio nato, como se suele decir, que los convierte en compañeros intelectuales y agradables cualquiera que sea su condición en la vida, o por muy imperfecta que haya podido ser su educación; a esto hay que añadir que nunca son vulgares, la naturaleza les ha dotado de una dignidad de espíritu innata.

WASHINGTON IRVING

Un cañón bordeado de roca que se precipita hacia [el sur,
Como si fuera la boca abierta de la tierra,
Bosteza profunda y oscuramente a mis pies;
Tan profundas, tan distantes y tan oscuras
Serpentean sus aguas, un hilo amarillo,
Y llaman tan débilmente y desde tan lejos,
Que aparto a un lado mi cabeza desfalleciente.

JOAQUÍN MILLER

MIÉRCOLES, 12 DE SEPTIEMBRE. A las 5:15 de esta mañana el día rompía gloriosamente sobre las cimas de las montañas, mientras el valle aún seguía bañado en silencio y oscuridad. No fue fácil dormir anoche ya que todavía no estábamos acostumbrados al ruido de las pisadas de nuestros tres caballos; por lo demás estuvimos muy cómodos. La parte más incómoda de la vida en tiendas de campaña, cuando el equipaje queda reducido a lo mínimamente necesario, es tener que vestirse sin lavarse. No sólo carecíamos de palangana, sino que, en esta ocasión, no teníamos ni agua, ya que escasea mucho en Santiago.

Justamente cuando nos estábamos quedando dormidos anoche oímos regresar a José y Eloy, y el resultado de su búsqueda fue claro esta mañana: huevos sí, pero ningún ave. Le di a Loren-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

zo una lección sobre cómo escalfar huevos. No podía comprender el proceso y se mostró preocupado al ver que aparentemente me disponía a freírlos cuando no había puesto aceite para ello. Fortalecidos con café y huevos, procedimos a empaquetarlo todo y a continuar nuestro camino. El empaquetar la cantina solía tocarme casi siempre a mí, mientras que John enrollaba la tienda y la introducía en la funda. Los hombres aprendieron a hacerlo después de algunos días, pero recoger la cantina les resultaba algo imposible. Con frecuencia se han detenido a observar cómo el recipiente ovalado engullía una reja, la sartén, la parrilla, la cacerola, el calentador de agua, dos platos, dos tazones, dos cucharas, dos cuchillos, dos tenedores, además de un pimentero, una lata de sal, un cuchillo plegable y una lata de té que logramos introducir en la lata ovalada, sobrepasando su capacidad original.

Sentada en la entrada de la tienda, el paisaje, aunque bastante desierto, resulta interesante. Hacia el norte se encuentra el paso por el que entramos y descendimos anoche; hacia el oeste hay una cadena de montañas escarpadas frente a nosotros mientras que, en primer plano, y cerca de nosotros, se encuentra la pequeña iglesia. El valle tiene una media milla de ancho, bordeado al este por más montañas, sobre las que el sol está saliendo rápidamente. Las montañas de Teno, en el noroeste de Tenerife, como las de Anaga, son de formación geológica más antigua que las del resto de la isla. Algunos campesinos, antes de comenzar el trabajo del día, van a la iglesia. Algunos entran un momento, mientras que otros simplemente se arrodillan en la puerta, se santiguan y, levantándose, siguen su camino. Nuestros hombres, de acuerdo con el carácter de cada uno –Lorenzo devotamente, Eloy tímidamente y José teatralmente– se acercaron e hicieron lo propio antes de que abandonásemos el lugar donde habíamos acampado.

Como toda el agua que teníamos la habíamos utilizado para el desayuno no había ni una gota para lavarnos. Lorenzo, siempre atento a los detalles, lo percibió y, al pasar por Santiago, se detuvo en una puerta y le pidió a una mujer que nos miraba "un poco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de agua para la señorita". Entró a buscarla, con la desgana propia de la sorpresa y, poco después, salió con un cuenco de loza, una especie de platillo para macetas, que contenía el equivalente a una taza de agua, una toalla del tamaño y calidad de un pañuelo de bolsillo y un trocito de jabón de los que se resisten a eliminar la suciedad. Lorenzo sostuvo el plato a la altura de mi rodilla mientras yo, aún sobre el caballo, lograba humedecerme la cara, y luego repitió la operación con John, tras lo cual intentó lavarse él mismo las manos con aquella agua, ya reducida a una cucharada. Mientras tanto, parecía que todos los habitantes nos miraban fijamente con rostros serios. Las puertas y ventanas se habían llenado de mujeres y los hombres y niños estaban de pie en la calle observando la operación. No dudo que su principal pensamiento era "¿De dónde vendrá esta gente, que malgastan el agua así?". Dimos las gracias efusivamente por el preciado líquido y seguimos nuestro camino.

Atravesando el valle por el *malpaís*, desolado a excepción de los cardones, comenzamos nuestra subida a la montaña por un camino estrecho y empinado. La roca está surcada por pequeños barrancos y el camino serpentea, rodeándolos. En uno había un grupo de hombres cogiendo higos picos de los cactus que tenían plantados allí y nos permitieron comer todos los que quisimos. Lorenzo me los peló y, de la manera más delicada posible, preparó la pulpa para que pudiera comerlos sin tocar las púas. Fue aquí donde aprendí a apreciar realmente el "perdigón y agua" del fruto del cactus. Hacía mucho calor y no habíamos bebido líquido alguno desde las 5:30. Los caballos, que no habían visto agua desde la noche anterior, se comieron con fruición las jugosas cáscaras de los higos picos. Existe en la naturaleza un maravilloso sistema de compensación. Donde crece el cactus la tierra es seca. Es tan seca que no se puede obtener agua y sin embargo esa misma planta produce un fruto extremadamente jugoso que satisface, temporalmente desde luego, las necesidades de hombre y bestia.

Bajo nosotros, mientras ascendíamos, protegidos casi siempre por la sombra de la montaña, se encontraba Tamaimo, un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pueblo de la zona alta del valle, y al otro lado del brumoso mar azul se elevaba La Gomera. De repente, al dar una vuelta, salimos de la agradable zona de sombra. Hacia el sureste se extendía ante nosotros una gran extensión de terreno que llegaba desde la montaña hasta el mar. Entre Santiago y Guía hay temibles trechos de lava, cuyo aspecto horroroso sólo se ve aliviado de vez en cuando por la presencia de los feos cactus. El resto de nuestra ruta discurría sobre suelo rocoso, por caminos cercados de muros de piedra y, aunque todavía era temprano, el sol se abatía sobre nosotros con suficiente fuerza para que nos viésemos obligados a utilizar las sombrillas. Un poco por encima del camino principal se encuentra el pueblo de Chío, triste testigo de la cruel destrucción del bosque en esta parte de la isla. En la actualidad Chío, aunque cuenta con varios cientos de habitantes, no posee ni un solo pozo ni agua de ninguna clase. Cada gota del preciado líquido tiene que traerse desde el vecino pueblo de Guía, a varias millas de distancia. El esfuerzo necesario es inmenso ya que ha de llevarse a lomo de mulas o sobre las cabezas de las mujeres. Sin duda, Chío debe ser un lugar bastante sucio.

Acompañándonos todo el día y animándonos a no desfallecer, por mor de su enorme y poderosa presencia, estaba el Teide. Desde que salimos de La Orotava, hemos estado circunvalando su base, pero mañana esperamos comenzar la subida real. Llegamos a Guía, la antigua Isora, y descubrimos que estamos a 2.600 pies sobre el mar, casi al mismo nivel que Santiago. Lo primero que hicimos fue ir al pozo, situado en el centro del pueblo, para que los sedientos caballos pudieran beber, e inmediatamente después decidir dónde nos íbamos a instalar. El terreno es poco apropiado para acampar y en vano buscamos algún espacio abierto. Todo el terreno de los alrededores está rodeado de muros de piedra y entre los muros crecen cactus, que impiden que acampemos allí. La plaza resultó ser nuestro único refugio. Frente a la iglesia había un edificio grande rodeado por paredes, pero sin techo ni ventanas. Por fuera de la puerta yacían algunos delgados troncos de pino. Los colocamos a un lado e instalamos la tienda

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

entre ellos, ya que su peso era suficiente para tensar los vientos de la tienda y mantener la lona estirada. El suelo estaba muy duro, de modo que le pedimos a Lorenzo que buscase un poco de paja. Un gran saco lleno, extendido sobre el suelo, se convirtió en una cama bastante lujosa cuando la cubrimos con mantas, así que esperábamos descansar bien durante toda la noche.

Habíamos llegado a Guía a las 9:40 a.m. y habíamos estado tan ocupados desde entonces que no nos habíamos dado cuenta del sol, que se acercaba a nuestra tienda. Los muchachos de este lugar, que son rudos y malcriados, nos molestaron enormemente. Sin embargo, apareció el *alcalde* y, espantando a los críos, sugirió que mientras hiciese calor deberíamos aprovecharnos de la protección de la casa a medio construir. Nos consiguió la llave y entramos agradecidos de poder huir tanto de los muchachos como del sol. El interior estaba en muy malas condiciones, el piso no estaba colocado todavía y había cemento y piedras por todos lados. Un par de cuartos sirvieron de establos y en otro nos acomodamos nosotros. Lorenzo consiguió una mesa y un par de sillas en alguna parte. Pedimos el almuerzo para las 3 p.m., que nos preparó una mujer que solía cocinar para los viajeros que por allí pasaban. Considerándolo todo, salvo por una molestia, estuvimos muy cómodos –las moscas nos atormentaron con una energía increíble y con una insistencia que creíamos que sólo poseían las especies africanas. Se celebraba la fiesta de Santo Domingo y en el campanario de la iglesia que había frente a nosotros, sobre una plataforma pequeña que rodeaba las campanas, había tres hombres de pie. Todo el día, y también la mayor parte de la noche como descubrimos muy a nuestro pesar, estas condenadas campanas, que tañían con unas cuerdas atadas a los badajos, y un tambor, en el que un hombre tocaba algo que sonaba a "tamborrada del diablo", llenaron nuestros oídos con un monótono y exasperante ting-a-ting-a-ting-tong, ting, tong, ting, con ritmo acelerado, sin pausa ni variación. El tono de las campanas era alto y agudo. Un cuchillo golpeando contra una jarra de plata sonaría algo parecido al tañido de aquellas campanas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El termómetro marcaba 86° F (30° C) a la sombra y, vencidos por el calor y una buena comida, intentamos por todos los medios dormitar, a pesar de las duras sillas de madera y del ruido, cubriéndonos las caras con pañuelos. Aun así, las moscas lograban deslizarse de algún modo por debajo de las comisuras. El resto del día lo dedicamos a buscar un guía que conociera el camino hasta Chasna, a explicarle a Lorenzo dónde queríamos ir, a negociar con el guía y a organizar nuestro embarque en la goleta del correo hasta La Gomera. Sentados a la mesa, con dos mapas extendidos ante nosotros y las instrucciones del Sr. Smith sobre la mejor ruta, nos rompimos la cabeza y practicamos nuestro español durante una o dos horas. El problema estaba claro. ¿Qué razón había para que el caballero y la señorita fueran a Chasna por el barranco del Infierno, cuando había una ruta mucho más directa? De nada sirvió que explicásemos que queríamos ver este barranco porque nos habían informado que valía la pena, que estábamos viajando por el país no con el objeto de ir por el camino más corto sino por el más bonito o el más grandioso. Fue inútil. Participaron el *alcalde*, dos guías, que intentaban demostrar sus conocimientos, y Lorenzo. Finalmente, viendo que de nada servían las explicaciones, le dijimos en tono decidido a uno de los guías: "Mañana vamos al barranco del Infierno, y de allí a Vilaflor. ¿Puede usted guiarnos hasta allí, y cuánto tardaremos?". Decidimos cabalgar doce horas seguidas. Siempre teníamos que informar a los guías que cabalgaríamos *poco a poco*. No es que siempre cabalgásemos lentamente, pero sí teníamos que dejar tiempo para fotografiar y comer, además de ver el paisaje sin apresuramiento. Mis notas nunca nos retrasaron ya que, debido a la estabilidad de los animales, siempre podía escribir mientras cabalgaba, tanto subiendo como bajando, e incluso cuando a los caballos les costaba avanzar por terreno rocoso. Al principio, cuando comencé a escribir mientras cabalgaba, Lorenzo solía detener el caballo y mantenerle quieta la cabeza, pero el uso constante de lápiz y libreta hizo imposible escribir con tanto lujo de comodidades, y se necesitaba muy poca práctica escribiendo a caballo para redac-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tar informes legibles y completos del paisaje y de las costumbres que íbamos descubriendo.

¡Nos hizo mucha gracia que Lorenzo le dijera al nuevo guía que cuando decíamos que queríamos salir a las 5 de la mañana era en serio, y que no apareciese a las siete, creyendo que no nos iba a encontrar listos todavía!

Nos alegramos cuando por fin cayó la noche. Aunque para la gente que viaja con cámara fotográfica la noche también trae trabajo. El problema era dónde cambiar las placas ya que, por desgracia, había luna. Las paredes de nuestro refugio eran muy altas y en la esquina de una, la oscuridad parecía absoluta. Sin embargo, no atreviéndome a confiar en ello, cubrí a John con mi impermeable mientras él se agazapaba en el suelo, extendiendo la capa para darle todo el espacio posible para llevar a cabo el cambio. Llenos de temor y preocupación, extrajimos las catorce placas e introdujimos catorce nuevas, arriesgándonos a que se dañasen las veintiocho placas o mejor, por decirlo técnicamente, a que se "velasen". Sin embargo, posteriormente pudimos comprobar que la luz no las había afectado en absoluto. Un caballo que estaba en el mismo cuarto se mostró muy sorprendido y curioso por lo que hacíamos pero supongo que, al igual que Lorenzo, se estaba acostumbrando a las excentricidades de *los ingleses*.

Jueves, 13 de septiembre. La noche que esperábamos pasar pacíficamente resultó absolutamente increíble. Varios motivos se combinaron para hacer nuestro sueño imposible. Aunque nos acostamos alrededor de las 8:30 p.m., el pueblo estaba demasiado despierto para permitirnos dormir y la buena gente charlaba sin parar, cerca de nosotros. Nos observaban como lo harían los habitantes de un pueblo remoto de Devonshire [1] un espectáculo o circo ambulante. Una hora o dos más tarde, justo cuando me estaba quedando dormida tranquilamente a pesar de la cercanía de un inmenso escarabajo marrón, tuvimos que sacar de la tienda

1 Condado del suroeste de Inglaterra. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

otro más, de una pulgada y media de largo, que caminaba sobre la almohada de John. Después, alrededor de las dos, nos despertó el horrible tañido de las campanas de la iglesia, que estaba a tiro de piedra de nuestra tienda. Al mismo tiempo explotaron unos cohetes y petardos y un grupo de muchachos comenzó a chillar, produciendo un ruido insoportable. Por fin la paz se apoderó del pueblo pero, como sabíamos que debíamos levantarnos temprano, claro está, nos despertamos demasiado pronto, y desde las 3:40 ya no pudimos volver a dormirnos. Nos levantamos a las 4 a.m. con la esperanza de poder salir media hora después, pero se tarda muchísimo en poner a tanta gente en marcha y, por fin, salimos de Guía a las 5:50 a.m. Nos aseamos con toda clase de lujos ya que el infatigable Lorenzo nos ofreció, con un gesto de triunfo, una palangana, una palangana verdadera para lavarse las manos que, unida a la intimidad que nos proporcionaba nuestra casa sin techo, resultó ser de un valor inestimable. Quizás no haga falta decir que siempre viajamos con nuestro propio cargamento de toallas y jabón. Esto es necesario incluso en países más civilizados que las Islas Canarias.

Dejando atrás Guía, comenzamos el trayecto del día descendiendo inmediatamente por el primero de los treinta y dos barrancos que se encuentran entre dicho pueblo y Adeje. *Barranco* significa literalmente "torrente de montaña" pero en las Islas Canarias, "lecho seco de un torrente de montaña" sería una definición más correcta. Lo utilizan con doble sentido, como cuando se habla de cruzar un cauce seco se dice "cruzar el barranco" y en invierno, cuando las primeras lluvias de las montañas producen un incremento repentino de agua que baja como un torrente, dicen, "El barranco está corriendo". Generalmente un barranco significa una garganta; es decir, estos ríos, o torrentes, han excavado lechos profundos que en la mayoría de los casos forman gargantas con paredes generalmente verticales. En los puntos más accesibles tienen caminos escarpados, casi siempre naturales, que conducen hasta el fondo rocoso, lo cruzan y vuelven a subir por el otro lado. A veces se podía bajar y subir por ellos a caballo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pero algunas veces tuvimos que desmontar. La decisión sobre si cabalgar o caminar debe dejarse al guía, ya que a los viajeros no acostumbrados al terreno les parecería imposible, no ya para bajarlo a caballo, sino incluso para bajarlo caminando junto a él. Los animales en sí no se niegan a nada, es el jinete el que debe mantenerse sobre la silla, tarea no siempre fácil cuando el caballo tiene la cabeza o los cascos apuntando hacia arriba. Nos pasamos casi todo el día subiendo y bajando barrancos a caballo o a pie.

Sólo habíamos cruzado dos de estas gargantas cuando descubrimos que la herradura de la pata delantera del caballo de John había perdido los clavos por un lado. Estos clavos no son como los que se suelen utilizar en las herraduras. Llevan tres en cada lado de la herradura. Las cabezas son grandes, de casi media pulgada cúbica de tamaño, y ayudan considerablemente a que los caballos agarren mejor el suelo cuando suben y bajan por los barrancos y montañas. Lorenzo tenía un clavo de repuesto en su bolsillo que clavó, con cierta dificultad, utilizando una piedra como martillo, aunque sin las herramientas adecuadas no era posible fijarlo firmemente. Por supuesto, el duro trato al que están sujetos los clavos los gasta rápidamente, por ello pensamos, con considerable aprensión, en el largo camino que nos quedaba por delante y en aquel único clavo. Sólo podíamos confiar en que aguantaría hasta que llegásemos a Chasna. De todos modos fue una pena, ya que John se vio obligado a cabalgar con mucho cuidado y el caballo tropezó varias veces.

Una mujer pasó junto a nosotros con una bandeja poco profunda y llena de cochinilla sobre la cabeza, la primera que habíamos visto ya recolectada.

Tuvimos que desmontar en el segundo barranco. El camino tiene que estar muy mal cuando no queda más remedio que caminar. "Muy mal" necesita explicación: generalmente significa que no existe camino alguno, solamente un sendero, o quizás algunas señales de una pista, por encima de rocas frecuentemente lisas y resbaladizas a causa del calor, y tan empinado que el caballo no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

consigue agarrarse al terreno cuando lleva una carga; cuando es así, el jinete camina.

Aquí los barrancos están a poca distancia unos de otros. El terreno, en realidad, está tan cortado por ellos que en cuanto se alcanza la parte superior de uno el descenso por el siguiente comienza de inmediato. Tras cruzar tres, tan poco profundos que era innecesario desmontar, pasamos junto a una iglesia pequeña cuyo sacerdote estaba en la puerta, sin duda a la espera de comenzar los diarios maitines. El sexto barranco, aunque profundo, lo bajamos a caballo. Después llegamos a la primera casa que encontramos desde que salimos de Guía, y todos aceptamos con alegría la propuesta de Lorenzo de que pidiésemos agua. Solamente los que viajan en países calurosos conocen el valor del agua, y este rincón de Tenerife podría ser un desierto en cuanto al preciado líquido. Sin embargo, la que conseguimos resultó ser excelente. Eran las 7:45 a.m. y ya hacía tanto calor como si fuese mediodía del mismísimo día de más calor de un verano inglés. Guía parecía estar a tan sólo una milla en línea recta pero nos había costado un par de horas de duro esfuerzo llegar hasta donde nos encontrábamos. La Gomera, al otro lado de un tranquilo canal, parece brumosa, pero siempre está a la vista.

Tuvimos que desmontar en la séptima garganta y continuamos a pie hasta pasada la octava, llamada barranco Erques, que es muy pendiente. En las orillas de todas, hay cuevas más o menos pequeñas, nada profundas, pero con aspecto de haber sido excavadas. En ésta hay un corte en la roca sólida que forma el lecho del río, de unos pocos pies de ancho y de algunas yardas de profundidad y longitud. Me recordó mucho una curiosa abertura, algo parecida, por la que el agua baja impetuosamente en Lorette, cerca de Quebec. [Temperatura al sol a las 8 a.m.: 95° F (35° C)] Encontramos un eco muy claro, aunque corto, en Barranco Erques. También tiene, en alguna parte, una cueva grande en la que se encontraron varias momias.

Ahora abandonamos el camino principal de Adeje y nos dirigimos un poco más arriba hacia el barranco del Infierno. Tuvimos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que caminar alguna distancia antes de poder volver a montar. Si los caminos más frecuentados son simples senderos escabrosos por terreno pedregoso, es fácil imaginar cómo serán los poco frecuentados. Desde hacía algún tiempo nos llamaba la atención una curiosa línea blanca que bajaba totalmente recta por la falda de una montaña hasta un pueblo cercano al mar. Desde lejos parecía un muro pero desde más cerca no estábamos tan seguros. Resultó ser una acequia, y un examen más detallado nos reveló cómo la habían construido. Está fabricada con piedras y forrada por dentro con cemento para conseguir una superficie lisa en el canal, de ocho pulgadas cuadradas. En esta parte de Tenerife el agua escasea, por lo que se recoge cuidadosamente y no se permite que ninguna se pierda en la tierra al bajar de las montañas. Dondequiera que el suministro sea suficiente se riega con regularidad la tierra de cultivo. Subimos hasta la acequia pero, como la pendiente era muy pronunciada ya que la acequia se tiende por la distancia más corta, es casi imposible beber del canal abierto por el que baja el agua con gran presión y velocidad. Las acequias, de las que vemos varias, forman una característica notable y atractiva del paisaje. Es triste, sin embargo, pensar que han llegado a ser necesarias debido a la destrucción voluntaria de los bosques de la montaña. Glas escribió en 1764 que varios riachuelos bajaban desde la cumbre al mar. Sin lugar a dudas son estos arroyos los que han sido encauzados por las acequias. Un poco más arriba nos encontramos con una finca junto a la cual fluía el agua. Unos canales que salían de la acequia principal proporcionaban abrevaderos que los pobres caballos utilizaron agradecidos para saciar su sed. El calor era intenso, y todos dábamos gracias por este abundante caudal para calmar nuestra sed. También me alegré de poder renovar el agua del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

Cuando íbamos a retomar nuestro camino el dueño de la finca nos preguntó a dónde nos dirigíamos. Cuando oyó que a Vilaflor, se empeñó en que fuéramos por otra ruta más corta y, evi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dentemente, no podía comprender por qué nos apartábamos tanto de nuestro camino sólo para ver un barranco.

Dejando atrás la finca, cruzamos otro barranco (¿Deju?), que era tan empinado que tuvimos que continuar a pie. La panorámica desde la parte superior era muy atractiva. Mirando garganta abajo hacia el oeste se veía el océano azul, con La Gomera al fondo. Como el sendero serpenteaba debajo de nosotros, podíamos ver que, en cada vuelta, había algunas higueras que, con sus ramas extendidas y hojas de un verde vivo, ofrecían un atractivo descanso a la vista. Cerca del fondo se encontraba la entrada a una cueva grande en la que podíamos distinguir algunas cabras; el tintineo de sus cencerros al buscar los recovecos más alejados de la fuerte luz solar, subía en medio del profundo silencio que nos rodeaba. Aprovechamos el fruto de las higueras y, tras recoger una buena cantidad, subimos casi hasta el borde superior, donde descubrimos la sombra de una roca bajo la cual nos sentamos a descansar y disfrutar del paisaje y del almuerzo. No me siento capaz de juzgar si aquellos higos eran buenos, malos o regulares. Satisficieron nuestra sed, suficiente para que nos parecieran deliciosos al paladar. Una muchacha, que sube por el serpenteante sendero por el que bajamos hace unos instantes, canta mientras camina. Las palabras llegan flotando a través del desfiladero hasta nosotros y se escuchan perfectamente, y los hombres, riéndose de la improvisada canción que nos incluye a nosotros, la llaman a gritos. Sin darse por aludida, continúa su camino y las palabras de los hombres las devuelve burlonamente el eco, resonando de un lado a otro. Un par de cuervos y un gavilán planean ociosamente sobre la garganta, el sol ardiente ilumina cada grieta y todos nosotros con los caballos permanecemos bajo la sombra de la roca. A una yarda de nuestros pies el vacío se desploma desfiladero abajo. Poniéndonos en marcha una vez más, pasamos de la sombra a la "tierra ahíta" de brillante luz y ardiente calor. Al cruzar la loma, entre este barranco y el siguiente, pasamos junto a un grupo de casas, cerca de las que había un estanque donde algunas mujeres estaban arrodilladas lavando ropas. Todos volvi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mos a beber de aquella agua, siempre grata, y las sonrisas amables de las mujeres y hombres nos ayudaron a seguir nuestro camino. Otro barranco más, La Quinta, que de nuevo nos obligó a caminar. Todos atacamos ansiosamente un almendro que encontramos al borde del desfiladero y, como nos metimos todas las almendras juntas en la boca, sufrimos también a la vez, ya que, por desgracia, eran amargas. Lorenzo, fiel como siempre, desapareció barranco abajo y volvió trayendo con él tres racimos de deliciosas uvas blancas y negras, que pesaban tres o cuatro libras por lo menos. Fue un regalo que agradecimos y pronto habíamos devorado una enorme cantidad. Ya eran las 11 a.m. y, como habíamos desayunado a las cinco, no sólo estábamos sedientos sino también hambrientos. El hambre, sin embargo, se sacia fácilmente con algo de fruta cuando el termómetro marca 86° F (30° C) a la sombra.

Como seguíamos subiendo, disfrutamos de espléndidas panorámicas que culminaron en un punto en el lateral oeste del barranco del Infierno, desde el cual se divisaba Adeje. Esta parte de Tenerife, vista desde lejos, parece razonablemente llana cerca del mar. No obstante, lo es solamente en apariencia ya que las marcas en la superficie del terreno que parecen ser grietas son, en realidad, barrancos. Entre las montañas y el litoral hay una meseta, parecida a un cerro, que hemos estado atravesando. Aquí, aunque parece que la superficie uniforme del terreno se ha mantenido, realmente está surcado por barrancos que, comenzando en las montañas, dividen el terreno en innumerables gargantas profundas.

Se dice que vale la pena visitar uno de ellos, el barranco del Infierno, por su gran profundidad y estrechez. Su boca, con dos inmensas rocas como puertas, da acceso a la llanura, plana y cultivada, que circunda Adeje. Cerca de la parte alta de la columna de esta "puerta" nos detuvimos para contemplar el paisaje que se extendía a nuestros pies. Un sendero, empinado y serpenteante, baja desde este punto hasta la llanura que, sin cortes aparentes, se extiende desde allí hasta el mar. Pequeñas bahías, enmarcadas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

por una espuma blanca que a su vez rodea el mar, azul y profundo, forman la línea de costa al otro lado de Adeje, que está situada en el centro de la llanura y sus verdes cosechas en derredor, como un oasis en el desierto. Dice Glas que en su tiempo el Conde de La Gomera poseía mil esclavos negros que cultivaban la caña de azúcar en esta llanura de Adeje, por lo que debe haber estado bien regada, como lo está ahora. Adeje aún pertenece al Conde de La Gomera. Hoy en día es un lugar de cierta importancia, como lo fue en los tiempos de los guanches, en que era una residencia real. Aunque solamente dista seis millas de Guía, hemos tardado varias horas en alcanzar este punto. Quizás estas islas estén más cortadas por montañas y precipicios que cualquier otro lugar del mundo, así que intentar evaluar su superficie utilizando mapas induce a error. De pie sobre la cumbre que domina la entrada del barranco, podemos ver las montañas escarpadas y escabrosas que se elevan entre los barrancos que se extienden sin fin hacia el suroeste, y una montaña a nuestra izquierda coronada por una meseta. Las rocas sobre las que nos encontramos están tan calientes que mientras escribo tengo que levantar alternativamente los pies, evitando así la abrasadora superficie. El barranco del Infierno discurre en dirección noreste entre Adeje y la cadena de montañas que rodea el viejo cráter de Las Cañadas, donde nace.

Las paredes del barranco son escarpadas y rocosas, de unos mil pies de alto en muchos lugares, con dragos salvajes que crecen entre las espuelas; varias cascadas, que en la época de lluvias deben convertirse en grandes cataratas, caen ahora a saltos por entre las rocas.

Dejando atrás este espléndido panorama, casi a vista de pájaro, cruzamos unas rocas que ardían por el calor del sol y sin la más mínima sombra. Poco después nuestro camino circunvaló una ladera conduciéndonos hasta un valle en las montañas, parcialmente cultivado y que tenía un arroyo serpenteante en el fondo, cuya agua había sido reconducida por diferentes vías para así poder utilizarla en el riego. Había algunos árboles desperdiga-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dos sobre la ladera. Un pino gigantesco extendía su oportuna sombra sobre nuestro camino, tentándonos a que descansásemos. No quedan muchos de estos viejos árboles que se alzan en estos valles como centinelas, reyes de los antiguos bosques.

Desmontamos poco después y liberamos de su pesada carga al caballo que transporta el equipaje. Vaciamos la cantina y uno de los hombres corrió ladera abajo en busca de agua, regresando con un recipiente lleno. Todos comimos abundantemente ya que eran las 12:30. Los hombres tenían gofio, y nosotros, huevos duros y pan. Ellos nos dieron un poco de gofio y nosotros les dimos unos huevos. El agua, buena y gasificada, completó nuestro refrigerio. El sendero en el que acampamos era pendiente. Los caballos se detuvieron un poco más arriba, agradecidos por el descanso y la sombra. Entre ellos y nosotros estaban los hombres, sentados en el suelo, desayunando, y todos, desde los caballos hasta nosotros mismos, bajo la sombra del pino. Más allá, donde se abría el valle, podíamos ver el azul del Atlántico y, a lo lejos, la silueta, brumosa y gigante, de La Gomera. En la ladera opuesta, un par de casas y algunos árboles verdes formaban un agradable primer plano. Tumbándonos sendero arriba en diversas posiciones, utilizando los abrigos o mantas como almohadas, disfrutamos de una siesta. Los hombres siguieron nuestro ejemplo y las cabezas de los caballos se inclinaron cuando todos nos abandonamos en los brazos de Morfeo. Sería difícil decir cuánto tiempo podríamos haber estado así porque uno de los caballos dejó, dormido aún, que sus patas traseras resbalaran ladera abajo e, intentando recobrar el equilibrio, nos despertó a todos con el escándalo que formó. Era hora de partir así que, volviendo a recogerlo todo y montar, a las 2:15 p.m. dejamos atrás aquel agradable lugar donde habíamos parado a dormir la siesta.

Este pino resultó ser, sin embargo, el más avanzado de todos. Al torcer una esquina, poco después de dejarlo atrás, penetramos en lo que alguna vez había sido un pinar pero que ahora sólo era un grupo de árboles aislados. Estaban lo suficientemente cercanos unos de otros, empero, para crear una zona de sombra que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

era un deleite. Su perfume nos trasladó a los deliciosos bosques de pino de Noruega que conocíamos. Es curioso cómo un olor puede hacer que recordemos con claridad escenas y lugares quizás olvidados. Tras abandonar la franja de pinos alcanzamos el campo abierto y, como nos encontramos con una casita solitaria, entramos a caballo en el patio exterior. La mujer nos invitó a entrar lejos de los rayos del sol, así que desmontamos. La casa era extremadamente pobre, un simple cobertizo, pero la miseria en un clima templado nunca es tan extrema o aparente como en uno frío. Los trapos y harapos que cubrían parcialmente las extremidades de la niña y de sus dos hermanos no eran una cuestión de necesidad, sino de decencia. En un cuarto interior la mujer nos mostró algunos arbustos de retama, traídos de las montañas, con los que alimentaban a las vacas. A los animales de Tenerife les encanta las hojas de retama.

Abandonando este hospitalario refugio, ascendimos aún más arriba hasta la cumbre de un monte y, cruzando cerca del nacimiento de tres barrancos, entramos de nuevo en los pinares de escasos árboles. Desmontamos durante un rato ya que cabalgar se hace pesado cuando se asciende continuamente. A veces nos sentábamos durante unos minutos para disfrutar de la intensa paz y tranquilidad que siempre parece reinar en un pinar. Antes de comenzar el viaje había deseado muchas veces poder viajar sin tantos ayudantes pero nunca hubo hombres que causaran menos problemas que éstos. La gente de estas islas han aprendido el arte de estar sentados en silencio. Los hombres siempre se sentaban lejos de nosotros a menos que nosotros nos uniéramos a ellos. Sus conversaciones, normalmente en voz baja y en la musical lengua del país, nunca interrumpieron las nuestras y, cuando el silencio absoluto parecía lo más aconsejable y acorde con la paz que nos rodeaba, la naturaleza les hablaba a sus sentidos en la misma lengua en la que se dirigía a nosotros y permanecían sentados sin moverse ni hablar, tan inmóviles como aquellos pinos de su tierra.

Alrededor de las 5:15 llegamos al nacimiento del barranco del Infierno y lo cruzamos. Aun aquí es una garganta profunda y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

magnífica poblada hasta el fondo, como las montañas vecinas, con pinos solitarios. Durante todo el día, mientras subíamos por las laderas empinadas de las montañas, el paisaje ha sido glorioso. Sobre nosotros se encuentra el borde exterior de la cadena montañosa que rodea Las Cañadas y, abajo, las columnas basálticas que forman la entrada al barranco del Infierno destacan con marcada y majestuosa nitidez. El mar parece una masa de nubes y la línea fronteriza entre él y el cielo ha desaparecido.

La mayoría de los descensos a los barrancos era difícil y, aunque yo bajaba a caballo, John tenía que desmontar ya que la falta de clavos en la herradura de su caballo restaba seguridad al animal. Yo tenía el mejor caballo de los dos, es decir, tenía experiencia y conocía su trabajo. El otro era un caballo joven de unos cuatro años, que todavía estaba aprendiendo y que se cansaba antes. Pero ambos animales resultaron ser buenos, seguros y cariñosos.

Nos apresuramos ya que se estaba haciendo tarde y aún teníamos que recorrer alguna distancia antes de llegar a Vilaflor. La pista continuaba entre pinos, el terreno estaba bastante nivelado y el sendero liso, de modo que avanzamos rápidamente. No obstante la noche cayó antes de que alcanzáramos nuestro destino. Afortunadamente había luna y la oscuridad no llega tan rápidamente a esta altura como en los valles cerca del mar. El sendero descendió en la última media hora de camino. Por fin, pasando junto a un estanque y una acequia, llegamos a un altillo desde donde se divisaba el pueblo que se repartían la iglesia y un magnífico pino. El lugar parecía apropiado ya que estábamos a poca distancia tanto del pueblo como del agua, así que desempaquetamos con rapidez. Lorenzo, John y yo preparamos el campamento, mientras Eloy y José fueron en busca de pan, leche y agua. Antes de que regresaran ya habíamos prendido un buen fuego, usando los palos secos que había esparcidos por el suelo. El mayor placer cuando se viaja es una buena taza de té y siempre se puede preparar cuando se acampa, si uno lleva té y se supervisa personalmente que el agua hierva. Sin dudarlo podemos decir que, a pesar de los inconvenientes lógicos, disfrutamos de mejor salud acampan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do y eligiendo nuestra propia comida y las horas de comer que cuando nos vimos obligados a vivir en las casas de los amables habitantes que, a pesar de la hospitalidad de que hacían gala y por mucho que lo intentaran, no podían comprender –siempre exceptuando a las clases cultas– las necesidades de unas personas que viajaban diez o doce horas diarias. Además, como sus horarios eran diferentes, nunca pudimos conseguir una comida copiosa temprano por la mañana y con frecuencia tuvimos que partir habiendo tomado sólo una taza de café o nada en absoluto. En contra de la vida de campamento está, por supuesto, el hecho de que no se puede observar a la gente en su propia casa y que no se llega a conocer sus costumbres o hábitos. Una equilibrada mezcla de ambas situaciones es lo mejor.

Viernes, 14 de septiembre. No nos levantamos esta mañana hasta bastante tarde, cerca de las 6:30, todo un lujo en comparación con los días pasados. Durante la primera parte de la noche el viento nos molestó bastante. Aunque en el ocaso haya una absoluta calma, comienza sobre las nueve y sopla fuertemente hasta que desaparece otra vez al amanecer. Como de costumbre habíamos dejado el resquicio de la entrada de la tienda bastante suelto, y el viento que entraba por él levantó la falda de lona por mi parte. Entraba demasiado aire, así que acabé por despertarme, encender una cerilla y una vela, para poder recolocar más firmemente las piedras que habíamos puesto alrededor de los bordes. Por cierto, la caja fosforescente de cerillas que llevábamos siempre con nosotros resultó inestimable en tales ocasiones. La cantimplora cubierta de fieltro que John llevaba colgada a la espalda durante el día también la dejábamos siempre dentro, colgándola de la "araña" en el poste más cercano a nuestras cabezas. La "araña" es una correa que lleva sujetos varios ganchos de metal; se ata firmemente al poste vertical en el interior de la tienda y resulta muy útil para colgar de ella lo que sea necesario.

Después del desayuno conseguimos una palangana de una mujer que vivía en un prado cerca de nuestro campamento; con él

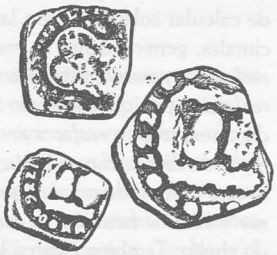
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y otros utensilios necesarios subimos a través de los campos hasta un estanque, donde un caño nos permitió obtener agua abundante. El resto de la mañana lo pasamos admirando el lugar donde habíamos acampado, observando a los habitantes que se habían reunido a nuestro alrededor, consultando con Lorenzo sobre los guías para el Pico y sobre el día en que la goleta podría estar en Adeje o en Guía, y obteniendo y pagando víveres para nuestra expedición. Esto último lo trato, a propósito, como tema aparte. Las Islas Canarias, mucho más que ningún otro archipiélago o continente, tienen un exceso innecesario de monedas antiguas y nuevas. Se supone que la moneda española utiliza el sistema decimal. Se divide en *pesetas*, *reales* y *céntimos*. Sin embargo, en lugar de calcular solamente con las primeras y los últimos, que son decimales, generalmente se realizan los cálculos utilizando sólo los *reales*. La *peseta* equivale a casi un franco, o diez peniques, y el *real* a dos peniques y medio así que, para convertir una cuenta de, digamos, treinta *reales* a *pesetas*, hay que dividirla por cuatro en lugar de diez como se haría, claro está, si se utilizasen decimales. Si esto fuera todo no sería tan importante, pero los antiguos *tostones* y *cuartos* también se usan todavía. Un *tostón* equivale a casi un chelín. También existen los medios y cuartos tostones, aunque a estos últimos se les llama siempre *fiscos*. Además de éstos hay otros de igual valor, pero de forma y tamaño irregular, que se acuñaron y emitieron así en la casa de la moneda de Perú. Se las llama vulgarmente monedas cortadas y son realmente piezas irregulares de plata pura acuñadas sin darles forma y no son, como se piensa generalmente, monedas normales que han sido mutiladas.[2] Pronto serán muy valiosas ya que el Gobierno español las está retirando de la circulación. Debido a que están fabricadas con plata pura se las puede fundir y volver a acuñar, mezcladas con una aleación, como moneda actual, ahorrándole así dinero al Gobierno.

2 Llevé algunas de estas monedas a la sección de monedas del Museo Británico y, tras un examen cuidadoso, sus especialistas dictaminaron que habían sido acuñadas cuando ya tenían esta forma, que no eran monedas normales cortadas tras haber sido acuñadas. En el Museo no poseen ninguna de estas monedas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

A todas éstas hay que añadir el dólar, del cual el *tostón* es una cuarta parte, y la *peseta*, una quinta. Las viejas monedas de cobre conocidas como *cuartos* nos confunden totalmente y es imposible establecer una equivalencia uniforme con las nuevas. Cuarenta y dos de ellas equivalen a un *tostón*, y treinta, a una *peseta*. Como si no hubiera bastante con las monedas reales, hay varias que sólo existen en la imaginación. El *peso* equivale a tres chelines, pero no existe como moneda, y el *real de plata*, que equivale a cuatro peniques y medio, también es sólo un fantasma. Por lo tanto cuando un campesino le dice que lo que usted ha comprado cuesta un *peso* y cinco *reales de plata* y usted saca de su bolsillo *tostones*, *pesetas*, *reales de vellón*, *fiscos*, *céntimos* y *cuartos*, además de dólares y medios dólares, el resultado es la confusión mental total cuando intenta comprender de qué cantidad se trata. Afortunadamente Lorenzo demostró ser tan honesto como cortés y cuando primero salimos me dijo qué era lo que tenía que anotar en mi libro de cuentas para cada una de las diferentes partidas, y un amigo también nos proporcionó una lista de las monedas. Sin embargo, las demostraciones prácticas resultaron ser lo mejor y, tras varias semanas comprando víveres y pagando a los guías y los caballos, la moneda se volvió familiar –bueno, conocida. La familiaridad sólo llegó tras algunos meses. Muchos de los extranjeros que han vivido en las islas durante años, como no han viajado por ellas, confiesan que aún no conocen la moneda perfectamente.



PIEZAS ESTAMPADAS DE PLATA USADAS COMO MONEDA LEGAL

Justo cuando me había colocado a escribir bajo la sombra de nuestro pino guardián, por alguna circunstancia desafortunada, la tinta se derramó y un poco cayó sobre mi vestido. Como de costumbre, había varias mujeres sentadas y de pie cerca de nosotros, observándonos asombradas, tanto a nosotros como a la tienda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Habría muchas cosas que no entendían pero esto, al menos, sí podían comprenderlo y una dama atractiva y vivaracha me dijo que si iba a su casa me quitaría la mancha con limón. Aceptando, bajamos por la pendiente colina que conducía hasta un extremo del pueblo. Cerca del final mi acompañante entró en una finca de muy buen aspecto y con un gesto triunfal nos presentó como si fuésemos "trofeos que rompen la monotonía de la vida diaria". En la casa había varias mujeres y un hombre, además de algunos niños. Me sentaron en el asiento de la ventana y dos de las mujeres trajeron unos limones, comenzando la tarea de extraer la tinta, con bastante éxito. Mientras tanto discutían abiertamente ante nosotros sobre nuestras personas, el objetivo de nuestra expedición, si éramos esposo y esposa o hermano y hermana, sobre nuestra nacionalidad y otros varios asuntos, creyendo que no entendíamos. Cuando, en la colina, la buena mujer me pidió que bajara aquí, se colocó frente a mí y con las manos en las rodillas, inclinándose hacia adelante, con rapidez y gran palabrería, y empleando el tono más elevado que podía con su voz, extraordinariamente chillona, me hizo saber lo que quería hacer en relación con el limón y mi traje. La consecuencia fue que, debido a los gritos ensordecedores que daba junto a mi oído y al acento de campo, fue imposible entenderla y no la entendí hasta que lo repitió todo varias veces, cada vez más fuerte y más rápidamente que la vez anterior. Claro está, pensó que yo no hablaba español. Aquí, en su propia casa, sin embargo, hablándole a sus parientes, como tanto su voz como la de ellos era natural y baja, entendimos todo lo que dijeron. La confusión, sin embargo, continuó, ya que cada vez que se dirigía a nosotros lo hacía gritando, pensando –amable pero equivocadamente– que éramos sordos. Mientras una mujer frotaba mi vestido, otra se dedicaba a partir almendras, insistiendo en que las comiésemos. También dejó nuestros bolsillos rebosantes de manzanas. Comenzó otra discusión sobre si tendríamos niños cuando advertí que los niños nos observaban, sus mejillas sonrosadas, ojos azules y pelo rubio revelando que, al menos parcialmente, descendían de los heroicos guanches. Espe-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ré hasta que, finalmente, se decidieron por una respuesta negativa y entonces les estropeé las conclusiones. En todos los lugares donde nos quedamos en las islas descubrí que las mujeres se interesaban enormemente por todo aquello relacionado con los niños, y el placer llegaba a su punto más alto y llovían miles de preguntas cuando sacaba las fotografías de los míos. Los "pequeñines" resultan un punto de unión en todo el mundo, aun cuando nuestros idiomas sean diferentes. Nuestros anfitriones sentían mucho que la época de la fruta hubiese acabado pero nos llevaron al jardín o *huerto* –no tenemos un equivalente real en inglés para la palabra española *huerto*[3]– situado más abajo que la casa, a ver si quedaba todavía fruta en los árboles. El esfuerzo común y la búsqueda que realizaron tres o cuatro muchachas, mientras corrían y reían por entre los árboles, sólo produjo algunas pequeñas ciruelas amarillas, más parecidas en tamaño a las bayas que a las ciruelas, de un sabor dulce y exquisito. Al regresar querían que volviésemos a entrar en la casa y fue muy difícil poder regresar al campamento, donde esperábamos encontrar el almuerzo que habíamos encargado previamente. Eran entre la una y las dos y el paseo colina arriba resultó excesivamente agobiante. El almuerzo, sin embargo, no había llegado, de modo que nos dispusimos a tomar una fotografía del campamento y de la gente que se agolpaba alrededor.

Poco después una mujer, vestida con la típica falda y chaqueta de algodón y con un pañuelo a la cabeza, llegó con dos cacerolas de metal. Contenían nuestro almuerzo. Busqué una piedra allí a la sombra del pino y puse la mesa, metafóricamente hablando. Las cacerolas contenían una excelente *sopa de arroz* y un *puchero*, el plato típico,[4] al que tratamos como se merecía, mientras la mujer esperaba sentada a una yarda de distancia, observando cada bocado que comíamos, y media docena de muchachos y algunos hombres seguían por los alrededores.

---

3 La palabra inglesa que Stone utiliza aquí, "orchard", se refiere al terreno donde se cultivan árboles frutales exclusivamente. *[Nota del traductor]*

4 Ver apéndice.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Era un emplazamiento agradable para un campamento. Estábamos en un promontorio, o altillo, cuyas tres laderas cercanas al pueblo eran empinadas y estaban cuidadosamente cultivadas en bancales. Hacia el norte, el extremo por donde habíamos entrado, el terreno tenía una pendiente suave que acababa abruptamente en el risco donde habíamos acampado. Dos magníficos ejemplares de pino canario, uno de ellos hueco, como gigantescos centinelas, protegían el sendero que pasaba entre ellos, al oeste de nuestra tienda. Abajo, a nuestros pies, se encuentra el pequeño pueblo de Vilaflor, tan cerca que podemos ver sus calles. Nuestros hombres se ahorran el viaje poniéndose de pie al borde de la roca que sobresale por encima del pueblo y pidiéndole a gritos lo que necesitan a cualquier habitante que pase por las calles inferiores. Vilaflor es el nombre del pueblo y Chasna es el distrito. El pueblo está situado en un lugar delicioso rodeado al norte, este y oeste por montañas, mientras que hacia el sur el terreno cae con una suave pendiente hasta encontrarse con el mar, a algunas millas de distancia. El pueblo en sí es limpio y de aspecto tranquilo, con paredes blancas y tejados de tejas rojas. La plaza y una iglesia con un campanario abierto, en el que cuelgan dos campanas, son los elementos más destacados. Mientras observamos sus calles un muchacho, guiando una pareja de bueyes, atraviesa la plaza, hace un momento vacía; después pasan un par de monjas y, tras ellas, una mujer con un vestido negro y un pañuelo amarillo sobre la cabeza y hombros que camina detrás de un burro, al que conduce, y pronto la plaza vuelve a quedar abandonada a su soledad y a los calurosos rayos del sol. El paisaje alrededor parece contemplado a vista de pájaro, no parece que estemos a 4.000 pies sobre el nivel del mar. Sin embargo, el aire es claramente más fresco y no podemos imaginar un lugar mejor de veraneo para los habitantes de las ciudades que este pueblo encantador. Los que deseen un clima invernal lo pueden encontrar en Chasna, donde en invierno la nieve cae como si se tratara de un invierno inglés a la antigua usanza. Un manantial de aguas medicinales, el único existente en Tenerife, brota aquí; los pinares y Las Cañadas están a una distan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cia que se puede recorrer a pie o a caballo, y los caminos no son del tipo pedregoso que hace que caminar sea incómodo y cabalgar peligroso. La fruta de la zona templada alcanza la perfección en esta zona y un inglés podría cultivar manzanas en su huerto, a pesar de que la latitud sea de 28° 10'.

Durante todo el día la gente se acerca a nuestro campamento y lo inspecciona. Nos llevan *en route* de un extremo del pueblo a otro, lo que implica subir un monte y bajar otro, ¡en vez de caminar cincuenta yardas en terreno horizontal! Hace un momento una mujer, que transportaba una garrafa forrada de mimbre sobre la cabeza, atravesó el grupo de hombres, habló con Lorenzo y después se acercó a nosotros, trayendo un pañuelo lleno de almendras dulces. Nuestros hombres se pusieron inmediatamente a partirlas, hasta que les dijimos: "¡Paren! ¡Suficientes!". Todo el mundo es amable y atento y nuestros propios hombres se preocupan constantemente por los más pequeños detalles.

Tuvimos más discusiones sobre nuestros guías. Dos de ellos competían por el honor –o el dinero– y no podíamos decidir cuál era el mejor. Por desgracia, el mejor guía, un hombre llamado Ramón, estaba ausente y, lamentablemente, el hombre que elegimos resultó muy mediocre. Los dos se acercaron adonde estábamos y se sentaron o se quedaron todo el día de pie junto a nuestro fuego o por los alrededores, mientras nosotros intentábamos recabar información sobre ellos y sus posibilidades, sin éxito alguno. La única información que teníamos era que uno era conocido del *alcalde*, así que lo elegimos a él.

Se puede dar un agradable paseo a caballo para conseguir una vista espléndida desde El Sombrero, una montaña de la cadena que rodea Las Cañadas. El Sr. Charles Smith nos había recomendado que la visitáramos a caballo, por lo que John dijo que iría para sacar algunas fotos del Pico, que nunca ha sido fotografiado desde esta vertiente. Pensé que Lorenzo iría con él y cuando le pregunté si no iba me dijo, "No". Tenía que cuidar de la señorita. Evidentemente se creía mi guardaespaldas. José había llevado su caballo a San Miguel, para repararle la herradura, así que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

John montó el caballo de carga y partió con un guía hacia la cumbre. Me ha hecho el siguiente relato de su paseo:

"Salí alrededor de las 2:30 p.m. con un muchacho, moreno y de ojos vivos; nuestro camino atravesaba los pinos guardianes y circunvalaba el estanque redondo junto al que nos habíamos lavado. La pista subía por las montañas, más o menos paralela a la acequia que alimenta a dicho estanque, casi hasta la fuente del manantial. La acequia estaba descubierta durante todo su recorrido y, tras dejar la zona más cercana a nuestro campamento, ni siquiera estaba construida con piedras sujetas con cemento sino simplemente con troncos de pino ahuecados, de pequeño tamaño, colocados uno tras otro, el más alto solapando ligeramente al inferior. Cuando pasaba por terreno inclinado iba apoyado sobre unos montones de piedra. Cualquier impacto, por ligero que fuese, haría desmoronarse estos frágiles soportes aunque parecía que nadie jamás los había tocado; el agua es tan preciada por aquí que tal acto se consideraría un delito atroz. A veces estos medios tubos de madera estaban sólo colocados sobre el suelo. El muchacho retiraba las hojas de pino o las piedras que se habían caído dentro siempre que las veía, tarea importante que cualquier isleño llevaría a cabo con la misma dedicación. En general, esta acequia marcaba nuestra ruta por la montaña, pero de vez en cuando la cruzábamos en nuestras vueltas zigzagueantes, necesarias para que el caballo pudiera subir con la menor dificultad posible. Seguimos subiendo sin parar y pasamos unos pinos canarios que crecen robustos en este suelo árido y rocoso. Deteniéndonos para que el caballo descanse, volvemos la mirada haçia Vilaflor. Una bruma blanca y casi neblinosa está subiendo, lenta aunque claramente, desde el mar y el pequeño altillo volcánico donde se encuentra nuestra tienda está casi envuelto en sus pliegues. El altillo se ha vuelto tan pequeño que, si no fuera por los dos pinos, casi no se distinguiría del resto del paisaje. Salvo por el gorgoteo de la pequeña corriente de agua en la cercana tubería de madera y el suave zumbido de las moscas, ningún ruido rompe el silencio, casi opresivo en este intenso calor. Son las 3 p.m. y tenemos que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

continuar adelante para poder estar de vuelta en el campamento antes de que sea demasiado tarde. No estará totalmente oscuro ya que mañana hay luna llena. El camino discurre ahora a lo largo de la fachada izquierda de un pequeño barranco y después a través de una meseta más plana, seguido de una subida por unas rocas muy escarpadas que constituyeron una buena prueba para el caballo, y después a través de otro llano horizontal, cubierto de tierra rojiza que se transforma repentinamente en rocas y picón de color gris donde la montaña comienza de nuevo. Y seguimos subiendo. Nos acercamos a la parte alta, a aquellas rocas escarpadas de aspecto amarillo que configuran la cumbre con forma de sombrero tan claramente destacable desde nuestra tienda. Desde el norte, por donde subimos, el camino discurre por una suave pendiente hasta llegar casi al este. Atamos el caballo a unos arbustos de retama, algunos de los cuales ha estado intentando comerse durante la última media hora, ya que durante este tiempo hemos penetrado en la zona del codeso y la retama. El pequeño muchacho nos conduce hasta la cumbre misma, subiendo por un punto pendiente y rocoso, por donde caminamos como si estuviéramos subiendo unas escaleras, aunque la subida no resulta difícil. La cumbre es redonda y plana, de unas cincuenta yardas de diámetro, y desde allí, en cuanto llegamos, se divisa una vista del Pico realmente magnífica. Durante todo el camino el Teide ha estado oculto y, por lo tanto, el llegar a la cumbre así, repentinamente en lugar de gradualmente, hace que la vista sea aún más magnífica. El paisaje que acaba de aparecer ante nosotros es sublime. El Pico parece surgir directamente del borde que se encuentra al otro lado del llano por el que nos hemos acercado a El Sombrero. Las Cañadas no se ven, de modo que la vista del Pico desde esta montaña es de tres cuartos. Eran casi las 4:45 y el sol, al ponerse, iluminaba con intensidad el borde oeste del volcán y realzaba contra el cielo, dándole un perfil dorado, esta zona de la montaña, en cuya parte alta se eleva el cono final. Las profundas hendiduras que recorren de arriba a abajo la sólida masa del Teide tenían un aspecto negro y amenazador, aliviado solamente por el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

blanco deslumbrante de la curiosa mancha triangular con dos colas justo debajo del cono, un poco hacia el este. El cielo es azul pálido y está bastante despejado, salvando algunos retazos de nube, ligeros y aborregados, esparcidos sobre la enorme cúpula. Al mismo tiempo sopla un viento, fuerte y fresco, del noroeste que nos obliga a abrocharnos los abrigos y utilizar las mantas. Regresando por donde vinimos y pasando al lado opuesto (sur) del llano, caminando con cuidado para evitar tropezar con el gran número de piedras esparcidas en desorden por doquier, y avanzando por entre los arbustos de codeso y retama, alcanzamos nuestro objetivo. Este extremo lo forma un corto precipicio y desde allí se obtiene una visión panorámica a vista de pájaro. Esta montaña, por así decirlo, cierra el desfiladero en cuyo extremo inferior se encuentra la zona de Chasna, por lo tanto la vista hacia el sur se extiende hasta Vilaflor y aun más allá del pueblo. Una masa espesa de nubes aborregadas que se eleva varios cientos de pies, aunque sigue estando bajo nosotros, impide totalmente que veamos el mar. Vilaflor se ve abajo, a lo lejos, hacia el suroeste, sus casas enjalbegadas reducidas al tamaño de casas de muñecas. El sol del poniente ilumina las lomas de los riscos de los barrancos, dando un toque de sombría grandiosidad a sus brumosas profundidades. El aire es muy seco. La característica más notable de la vista desde este lado de la montaña es, desde luego, la curiosa masa de nubes que se extiende en el abismo, bajo nosotros. Parece firme y sólida, como un vasto mar de lana blanca que cubriera la tierra, extendiéndose hasta los brumosos confines; parece como si sólo tuviéramos que descender un poco por la montaña para poder pisar su superficie y descubrir un suave sendero que nos condujese hasta el lejano horizonte. Varios conos pequeños y puntiagudos, que se elevan de vez en cuando en este paisaje, atestiguan la naturaleza volcánica del entorno. Los colores más comunes son el rojo mate, con zonas de piedras blancas en algunos sitios, y el verde oscuro de los solitarios pinos. La pequeña aldea de Vilaflor se encuentra rodeada de verdor y esto la convierte en un lugar alegre en medio del duro y áspero terreno que la circunda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

La temperatura en la cima era de 56° F (13° C). Regresé por el mismo camino."

Hoy he tenido que retirarme casi hasta el fondo de mi tienda para poder estar tranquila y escribir. Creo que, esta tarde, todo el pueblo ha decidido venir adonde nosotros estamos, en lugar de ir a la plaza. Un suceso merece señalarse. Lorenzo desapareció en el pueblo durante una hora y cuando regresó parecía diez años más joven y un cincuenta por ciento más apuesto. Se había afeitado. Cuando ya se ponía el sol encendimos el fuego para preparar un poco de té pero John llegó mucho más tarde. Afortunadamente había luna suficiente para iluminar el camino. Tras acabar el día y la cena y marcharse nuestros visitantes, nos sentimos libres para poder disfrutar, en zapatillas, del tranquilo y pintoresco paisaje que nos rodeaba. La brillante luz de la luna hacía que todo se pudiera distinguir con claridad y que los pinos arrojaran nítidas sombras sobre el suelo. Un par de caballos descansaban bajo su sombra mientras que otro, que a veces no se llevaba bien con sus compañeros, estaba solo en la colina. Entre aquel caballo y el fuego estaban sentados o tumbados los hombres, sus caras iluminadas cálidamente por el resplandor rojizo del fuego o, cuando se volvían hacia la luna, por los rayos fríos y pálidos de la Reina de la Noche. Ningún ruido perturbaba el silencio, salvo los grillos. Las voces apagadas por la distancia y el ladrido de algún perro revelaban que los habitantes del pueblo aún no dormían. Nuestro campamento, aislado en la pequeña meseta y vigilado por el pino guardián y la luna plateada, pronto se sumió en la paz y el descanso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

MANANTIAL DE GUAJARA • LAS CAÑADAS ALTAVISTA

VII

... Las montañas eran de piedra y arena,
No cubiertas de olorosos rojos o verdes,
Vacías como la mano de un hombre muerto.

* * *

No había rebaños, ni gritos de pastor
Que despertasen los ecos del cielo.

ROBERT BUCHANAN

SÁBADO, 15 DE SEPTIEMBRE. Salimos esta mañana a las 6:45 a.m. Nuestro desayuno, a las 5:30, consistió en café, pan, miel y huevos. Para el viaje llevamos con nosotros un pollo, asado por la mujer que cocinó nuestro almuerzo, una gran cesta abierta llena de uvas, higos, manzanas, peras, higos picos, almendras y pan, además del habitual gofio. Era de trigo, con mucho, el mejor. Una mujer lo trajo a nuestro campamento ayer envuelto en un trozo cuadrado de tela recia con flecos en ambos extremos, como una toalla. Como no teníamos nada tan apropiado donde poner el gofio, le compramos la tela. Aquí los campesinos casi siempre llevan el gofio así, atando bien las puntas. Este alimento es particularmente apropiado cuando se recorren largas distancias, lejos de cualquier lugar habitado. Es fácil de transportar y muy nutritivo, bastando sólo un poco para una comida. Si es necesario puede comerse seco, pero es mejor mezclarlo con agua cuando se puede.

Nuestra expedición aumentó considerablemente al unirse a ella el nuevo guía, que trajo una mula para llevar los dos barriles de agua necesarios para el ascenso al Pico. Cuando le dimos instrucciones anoche, Lorenzo, como de costumbre, le hizo ver claramente que, cuando decíamos temprano, queríamos decir "temprano".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Abandonamos con pena nuestro encantador terreno de acampada y el bonito pueblo de Vilaflor. Por vez primera bajamos caminando el empinado sendero que conducía al pueblo, por donde nuestros hombres habían subido y bajado, corriendo, tantas veces. Montamos cuando llegamos abajo y cruzamos a caballo el pequeño y limpio pueblo hasta el otro extremo. Allí cruzamos el fondo del barranco y subimos por un lateral, una colina simétrica a aquella en la que habíamos instalado nuestro campamento y que limitaba el pueblo por el extremo este. Gran parte del terreno está dispuesto en bancales; algunas de las paredes, construidas con piedras grandes y sueltas, que contienen la tierra, alcanzan una altura de veinte o treinta pies. Los bancales estaban plantados con una segunda cosecha de papas, casi tan avanzada como lo estaría la nuestra en abril. Alcanzando la parte superior del barranco, nos encontramos en un cerro, a lo largo de cuya cima cabalgamos, en dirección norte. El terreno era, como siempre, escabroso y pedregoso. A cierta distancia, a la izquierda de nuestro camino, se encuentra la fuente de "agua amarga", como dicen los habitantes; en realidad la de agua mineral que ya mencioné. En esta zona hay mucho terreno cubierto con piedras uniformes del tamaño del puño de un hombre. Parecía que hubieran caído sobre el suelo durante una erupción volcánica.

Desde que salimos de Vilaflor hemos buscado el mar en vano. Como la curiosa masa de nubes que envuelve siempre esta isla a una cierta altura se encuentra ahora parcialmente bajo nosotros o, mejor dicho, como estamos al mismo nivel, el océano está completamente oculto.

Llegamos al último lugar habitado, una cabaña pequeña a 5.500 pies sobre el nivel del mar según nuestro aneroide, a las 8:15 a.m. La temperatura era de 92° F (33,5° C) al sol, ya que no pudimos encontrar ningún lugar a la sombra donde colocar el termómetro.

Media hora más tarde descubrí con ávida curiosidad el primer ejemplar de la mundialmente famosa retama del Pico Teide; la altura era de 6.000 pies. Una garganta en las montañas nos con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dujo a la entrada del valle de Ucanca por cuyo centro corre una acequia. Aquí desmontamos durante diez minutos mientras nuestros hombres desayunaban pan y huevos y todos bebimos un poco de agua, siempre bien recibida. El termómetro marcaba 102° F (39° C) al sol, ya que una ligera brisa templaba el calor. Nuestra ruta siguió junto al agradable murmullo del agua hasta que la dejamos atrás. Cuando empezó la retama pensamos que habíamos dejado atrás el último pino pero estábamos equivocados ya que en medio del valle se alzaba "el último mohicano". Estaba en un lugar bastante protegido y esto explicaba probablemente su existencia, a pesar de que la altitud era de 6.500 pies. Desde su soledad imploraba la clemencia del gran destructor. Se alzaba –y esperamos que se alce aún– exactamente en el centro del valle, con precipicios alrededor que reducían su estatura pero no su majestuosidad. El terreno aquí está cubierto de lava y escoria, y la forma redondeada y las hojas espirales de la retama, además de alguna cigarra, son las únicas señales de vida.

Los desafortunados guanches fueron obligados por las persecuciones de sus conquistadores a buscar refugio en paisajes y fragosidades como estos y el hambre les obligó a hacer incursiones desde este terreno inhóspito contra los asentamientos de las tierras bajas con el fin de proveerse de los elementos esenciales para la subsistencia.

El camino, que había sido horizontal por todo el fondo del desfiladero, comenzó ahora a ascender en su extremo superior, donde las paredes se estrechan. Torciendo en ángulo a la derecha, llegamos a una montaña escarpada que se elevaba, muy alta y perpendicular, sobre nosotros. Era Guajara, y lo considerábamos un lugar interesante, tanto para nosotros como para futuros viajeros, por haber sido el lugar donde se quedaron durante algunas semanas el Sr. Piazzi Smyth, el astrónomo, y su esposa, en 1856. No llegó a él por este lado sino desde La Orotava, cruzando Las Cañadas, lo que íbamos a hacer nosotros pero en dirección contraria. El paso por el que vamos a entrar en Las Cañadas se encuentra debajo de Guajara, aunque más arriba que donde estamos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ahora. Serpenteando junto a un arroyuelo, que goteaba o, mejor, rezumaba ladera abajo, llegamos a la parte superior del Paso de Guajara alrededor de las 9:50 a.m., a una altura de 7.225 pies. Ni cifras ni palabras pueden transmitir ni siquiera una idea aproximada del magnífico paisaje, de increíble grandiosidad, que descubrimos. El paso es un corte en la pared del cráter entre Guajara y El Sombrero. Su cumbre lo forma un cerro estrecho, por cuya vertiente septentrional hemos ascendido. A nuestra derecha se eleva la empinada cresta de Guajara, a la izquierda el alto cerro que conduce hasta El Sombrero, detrás de nosotros el valle de Ucanca, parcialmente oculto por el desfiladero, y en ángulo recto con el mismo, por el que hemos ascendido. A nuestros pies se encuentra un estrecho y sinuoso sendero que conduce al fondo del viejo cráter, a Las Cañadas. Pero ante nosotros se encuentra uno de esos paisajes que sobrecoge el alma por su majestuosidad y la abruma por lo increíblemente sublime. Extendiéndose a derecha e izquierda, bajo nosotros, se encuentran Las Cañadas que, desde esta altura, parecen una suave llanura de arena. No hay ningún lugar que iguale a este cráter en ninguna otra parte de nuestro planeta ya que tiene casi ocho millas de diámetro. Nuestros ojos encuentran un obstáculo en el lado opuesto y, alzándolos, descubrimos que el paisaje y Las Cañadas están limitados por el Pico Teide, que corona la escena con su asombrosa majestuosidad. El sentimiento que lo sublime imprime en la mente se asemeja al terror. La fachada del Pico que se encuentra ante nosotros es muy escarpada y negra debido al color de la lava. La cima está muy definida y, aunque ligeramente quebrada en el borde, tiene realmente aspecto de pico. Nada rompe el intenso silencio que nos envuelve, salvo el piar de un pájaro que viene a beber del agua que rezuma, desfiladero abajo, detrás de nosotros. El silencio de los siglos descansa ahora sobre estas vastas soledades pero hubo un tiempo cuando, desde el borde de este precipicio, habríamos podido ver, en esa gigantesca olla desierta, una masa fundida hirviente y en movimiento, burbujeante, que ascendía y descendía según la intensidad del calor de los fuegos subterráneos. El pasa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do de Las Cañadas es el presente del Mauna Loa, en las Islas Sandwich.

El camino o sendero hasta el cráter está cubierto de piedras sueltas y afiladas y se tiene la impresión de estar caminando en una cantera. Es imposible bajar a caballo y la posibilidad de torcerse un tobillo débil es muy grande. Paramos en cada vuelta del sinuoso sendero ya que la grandiosidad del paisaje se vuelve cada vez más sobrecogedora, al aumentar la altura del Teide y de la pared de cráter según descendemos. Ahora nos damos cuenta de que Las Cañadas, que antes nos parecían una superficie totalmente plana, cuya piedra pómez, cual arena movida por la bajamar, había quedado lisa y uniforme, en realidad están resquebrajadas y recorridas, en varios lugares, por colinas bajas y montículos de lava roja. La superficie de lava gris oscura o de piedra pómez amarilla está nivelada entre los montículos, tan nivelada como la de un campo de tenis pero no tan lisa. Estas colinas, altillos o montículos están formados por rocas rojas muy escabrosas; en realidad parece que sólo tengan aristas. La lava está entremezclada con el verdigrís de los redondos arbustos de retama, de color y forma similar a la lavanda pero más ásperos.

Comenzamos a descender a pie a las 10:10 a.m. y en veinte minutos llegamos al fondo, a 6.500 pies sobre el nivel del mar, una altitud equivalente a la del valle de Ucanca. La altura del paso sobre Las Cañadas era, por tanto, de 775 pies.

Cerca del fondo nos encontramos algunos toscos refugios de madera para cabras y, un poco más allá, vimos un hilillo de agua que bajaba por unas rocas. Nos sentamos a la sombra de una roca a comer algo de fruta mientras los animales descansan, se alimentan y beben en el "Manantial de Guajara". Este manantial es la única agua en toda la zona de Las Cañadas y, como tal, es valiosísima para el viajero de aquellos parajes solitarios. Sin embargo, sus visitantes más frecuentes son las cabras y los pájaros. Esta primera visita que le hicimos no sería la última. El manantial o charca que forma el depósito principal tiene unos dos pies cuadrados y varias pulgadas de profundidad; tiene piedras en tres de sus ex-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tremos y en la parte alta, puestas allí por la naturaleza y por la mano del hombre para que, así, sólo lo puedan usar las personas. Otros hilillos de agua que caen por el lado de la montaña junto al manantial empapan el terreno a ambos lados, que tiene agujeros excavados por los pastores para sus rebaños y que contienen agua más o menos fangosa y donde nuestros caballos calmaron su sed. Una brisa fresca sopla inesperadamente desde la dirección de La Gomera, que podemos divisar a lo lejos por un corte en las paredes de Las Cañadas.

La panorámica del Pico desde aquí, como desde El Sombrero, incluye el corte que todo cráter tiene en el lado donde nunca sopla el viento y que, por consiguiente, no recibe la lluvia de cenizas y brasas. Esta parte del Pico está también marcada con zonas blancas de roca que, sin lugar a dudas, se pueden confundir fácilmente con la nieve. Los ríos de lava que bajan hacia la llanura de Las Cañadas destacan claramente. Desde donde estamos sentados vemos el Teide frente a nosotros. A unas pocas yardas inmediatamente debajo de nosotros se encuentra una larga franja de tierra de piedra pómez amarilla, como el lecho de un río; más allá, a unos pies de altura, se extiende una cresta de lava parda y agreste con varios arbustos de retama. Entre ellos y hacia el oeste, surgen "Los Roques de Las Cañadas". Son, sin duda, similares a las "chimeneas temporales" del Mauna Loa, salvo que un día este vasto cráter se enfrió y estos roques se volvieron permanentes, no temporales. Nos parece como si nos encontráramos en una hoya, una de cuyas paredes sería el Pico y la otra, Guajara. Sin embargo, en realidad, el Pico es un cono o "pan de azúcar" que se eleva en medio de una hoya cuyo borde está formado por la vieja pared del cráter que rodea Las Cañadas. En el extremo más distante, sin embargo, al norte y noroeste, el hueco entre el cono y la pared se ha rellenado parcialmente o la pared se ha desmoronado, haciendo que la pendiente que va desde la cima del Teide al mar sea, más o menos, continua.

Algunas cabras, que habían venido a beber y refugiarse bajo las rocas durante el calor del mediodía, estaban, evidentemente,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

muy molestas al encontrar que habíamos tomado posesión tanto del agua como de la roca. Tras una corta persecución, los hombres atraparon un par de aquellas bonitas criaturas de pelo corto, que dejaron de resistirse cuando se dieron cuenta de que queríamos su leche, no su vida. Sacamos una cacerola de la cantina y en ella las ordeñaron. La leche de cabra es muy deliciosa cuando está fresca, sin ese sabor y olor fuerte que adquiere cuando ha estado guardada. La fruta y la leche para alimentar nuestro cuerpo y el magnífico Pico y las grandiosas Cañadas para inspirar nuestra alma eran, sin lugar a dudas, como néctar y ambrosía.

Fortalecidos y refrescados, volvimos a montar y a las 11:50 continuamos nuestro camino. Cruzando el terreno pedregoso, llegamos hasta la lava roja y, avanzando por entre enormes trozos de lava y arbustos de retama, alcanzamos pronto una zona de picón que hace que el camino se vuelva terrible. Es duro, escabroso y de grano grueso por lo que, por mucho que se pise, nunca se pulveriza. A propósito, a nuestros caballos, como a todos los animales en Tenerife, les gusta muchísimo la retama, y le "lanzan mordiscos" al pasar. Los tallos o ramas de la retama son fuertes y gruesos en comparación con sus hojas, que tienen forma de aguja. Con frecuencia mi caballo, sin pensar en mí sino solamente en las dulces hojas verdigrises, me ha metido en los arbustos o trabado mi estribo en las ramas. Un golpe del arriero le hacía seguir adelante, tan repentinamente, que no tenía tiempo de retroceder o de decidir si aún me encontraba sobre su lomo o si me había dejado un pie atrás. Los hombres, creyendo que me había lastimado, le gritaban al animal, pero era imposible negarle a aquel pequeño caballo, paciente y bueno, un bocado del jugoso alimento bajo aquel sol ardiente y con un suelo abrasador a sus pies.

Tras abandonar la zona de picón llegamos a una zona cubierta de una especie de piedrecillas amarillo ocre, un poco mejor ya que era más suave pero pesado para caminar, algo parecido a atravesar un campo arado cuando la tierra está seca y polvorienta. Nada se veía a nuestro alrededor excepto la retama viva y los esqueletos calcinados de la retama muerta. El tintineo de los cence-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rros de las cabras era la única señal de vida en estos parajes solitarios aunque el variado color y la textura de aquel terreno cubierto de lava hacía interesante un paisaje que, de otra forma, sería extremadamente desolado.

En esta región desértica nos encontramos, de repente, con una minúscula choza, construida con trozos de lava junto a un río de lava. El dueño, un pastor, se encontraba de pie delante de ella, interesado y curioso por ver a los que invadían su feliz dominio. Era tan alto, recto y atractivo que podría haber sido un guanche, aunque iba con poca ropa. Podíamos imaginarnos al último guanche así huido, con toda la dignidad y desesperación de la que era capaz esa noble raza, esperando aquí a sus perseguidores. El pastor, de pie y solo en el desierto, con una bolsa de piel colgada al hombro y un cayado en la mano, también nos recordaba a San Juan Bautista.

Murmurando alguna excusa, nuestro guía corrió hacia él y, tras una consulta de varios minutos, regresó acompañado por él. Nos sorprendió descubrir que nuestro guía dependía del pastor para atravesar Las Cañadas y esto hizo que dudásemos de la capacidad de aquel buen hombre, dudas que resultaron tener una cierta base.

Nuestro paso era el de un caminar rápido, suficiente en esta tierra pesada tanto para los hombres como los caballos. Después de un rato tuvimos que detenernos para recolocar el equipaje que, a pesar de la magnífica forma en que los hombres lo habían sujetado sobre los animales, se había soltado debido a las sacudidas del viaje. En todo este tiempo no encontramos ni rastro de sendero alguno. Avanzábamos con dificultad por llanuras de arena ocre, subiendo, bajando y avanzando por las cimas de pequeñas colinas de lava roja. Con frecuencia tuvimos que desmontar mientras los caballos trepaban, a veces con dificultad, por estos montículos, saltando y pasando con cuidado por entre las rocas. Al decir rocas no me refiero a esas rocas basálticas, firmes y duras, más o menos lisas, a las que estamos acostumbrados sino a masas de lava con algo de la consistencia y aspecto del carbón de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

coke, aunque del tamaño de rocas y sin siquiera una pulgada cuadrada de superficie lisa por ningún lado. Alrededor de la 1:30 p.m. desmontamos para descansar mientras los hombres discutían sobre la localización del sendero. Nuestro valioso guía de Chasna sabía tanto del camino como nosotros por lo que, si el pastor se equivocaba, corríamos el peligro de perdernos. Cuando volvimos a montar sucedió algo curioso. Tardamos un minuto o dos en montar y, cuando estábamos listos para seguir adelante, no había ni rastro de los otros tres hombres o de los dos caballos. Seguimos, o así lo creíamos, sus pasos pero pronto perdimos su pista. Un poco más allá vimos un corte en el muro de roca, así que nos dirigimos hacia allí pero cuando llegamos descubrimos que era un *cul-de-sac* –una bahía de arena rodeada por colinas escarpadas de lava roja. No había más remedio que volver sobre nuestros pasos, lo difícil era decidir hacia dónde ir después. Volvimos atrás recorriendo el mismo camino e intentando descubrir el que habían tomado nuestros compañeros. A ambos lados se alzaban altos cerros de lava, aparentemente inaccesibles. Llegando por fin al lugar donde nos habíamos montado, nos detuvimos mientras Lorenzo y Eloy silbaban y gritaban lo más fuerte que podían. Tras un rato que nos pareció una eternidad y mientras nuestras mentes se iban llenando de temores sobre la posibilidad de perdernos en este desierto, sin alimento ni bebida, oímos un grito de respuesta que procedía de un risco sobre nuestras cabezas. Aparentemente, el sendero subía directamente por la lava roja a nuestra derecha. Claro está, tuvimos que desmontar ya que la pista indicada parecía casi insuperable para una persona, y mucho más para un caballo. Continuamos a lo largo de la parte alta de este río de lava durante algún tiempo, hasta que comenzó a ascender hacia la cumbre de donde había manado y entonces subimos otro poco hacia un desfiladero a través del cual teníamos que pasar para abandonar Las Cañadas. Allí, como nuestro camino era bastante recto, el pastor nos abandonó. Espero que pudiese regresar, sano y salvo, a sus rebaños. Sacamos algunos alimentos y comimos un frugal almuerzo de huevos y pan. Había allí co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

desos en flor, era bastante tarde para tener flores todavía y solamente quedaban algunas pequeñas flores blancas. De esta ruta a través de Las Cañadas el Sr. Piazzi Smyth escribió: "la distancia en línea recta que había que viajar sólo era de cuatro millas y la pendiente en general no era importante, pero lo escabroso del terreno era en verdad inconcebible. Uno de nuestros grupos de reconocimiento había intentado unos días antes atravesar en línea recta esta llanura cubierta de lava por una zona menos agreste, para ahorrarse la molestia de tener que circunvalarla hacia el este, pero finalmente se encontraron en tal maraña de horribles rocas que tuvieron que descargar todo el equipaje de las mulas y transportarlo sobre sus propios hombros". Nosotros, sin embargo, tuvimos éxito.

Subiendo por la falda de la montaña descubrimos, al llegar a la cima, que nos encontrábamos en Montaña Blanca. La cruzamos en línea recta a mitad de la falda. Esto habría sido imposible para los caballos, por lo inclinado de la pendiente, si no hubiera sido por la naturaleza del suelo, que es como grava suelta o piedra pómez, del mismo tono amarillo ocre que la llanura de abajo. De hecho, se hundían casi hasta las rodillas y frecuentemente resbalaban por la ladera de la montaña. La piedra pómez es muy ligera y se puede levantar un trozo del tamaño de la cabeza de un hombre sin ninguna dificultad. Lorenzo no comprendió por qué detenía mi caballo y le pedía una piedra grande que yacía sobre el suelo. Sin embargo, me la dio y tuve la satisfacción de comprobar su extrema ligereza. Desde luego se sintió aliviado cuando vio que la dejaba caer de nuevo en lugar de pedirle que la llevara. Una hondonada en la montaña nos permitió ver Icod de los Vinos abajo, el lugar donde nos habíamos quedado unos días antes. Se estaba poniendo bastante fresco [60° F (15° C)] aunque eran solamente las 2:45 p.m., pero estábamos a 7.400 pies sobre el nivel del mar. Por fin alcanzamos Piedras Negras, a las 3 p.m. y 7.600 pies de altitud. Lorenzo dio un grito y se tiró al suelo, lleno de satisfacción. Parece que habíamos encontrado el sendero del Puerto al Pico que Lorenzo sabía que estaba cerca de Piedras Negras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Levantándose de un salto, corrió unas yardas hasta encontrar algunas huellas de caballos. Pobre Lorenzo, era una nueva experiencia para él que lo obligaran a atravesar la isla por caminos que no conocía, y tuvo una sensación de triunfo cuando se encontró en terreno conocido y volvió a sentir que dominaba la situación. Desde luego, también nosotros estábamos contentos ya que no teníamos mucha fe en el guía de Chasna. Algunas huellas recientes nos hicieron pensar que quizás encontraríamos al Sr. B ——— en la cima o, al menos, a algunos otros viajeros.

Las Piedras Negras son unos cantos rodados inmensos esparcidos por Montaña Blanca. Parece como si una mano gigante los hubiera lanzado rodando desde la cumbre. Probablemente lo hizo quien vive en las profundidades del Pico Teide. Esta loma, por la que estamos pasando ahora, bien merece su nombre de Montaña Blanca. Está formada por piedra pómez de un color gris blanquecino y amarillo ocre que, por contraste con el cono de lava negra, parece perfectamente blanco. Veinte minutos más cabalgando y alcanzamos el punto donde comienza el verdadero ascenso al Pico, ese "pan de azúcar" escarpado que surge de Las Cañadas. La altitud en la base era de 7.750 pies y allí desmontamos para permitir que los caballos descansaran. El sendero sube aquí de forma abrupta, serpenteando a un lado y otro por la montaña, limitado en un lado por un río de lava negra. Sentados a unas yardas sendero arriba, no podíamos dejar de admirar el paisaje que nos rodeaba, por muy árido que fuese, ya que poseía una maravillosa gama de colores. Abajo se encuentra la montaña de color rojo amarillento punteada por algunas rocas negras y a nuestra derecha hay un río de lava negra y espesa, de aspecto sólido. La lava y la piedra pómez están tan diferenciados que uno se puede sentar y poner la mano sobre cada roca. La piedra pómez aquí es muy ligera y porosa, los agujeros parecen los de una esponja. Un trozo que guardé parece, al cogerlo, un fragmento de arenisca rosada. Mientras descansamos, los caballos, una o dos yardas más arriba que nosotros, mordisquean la retama; el caballo de carga sube solo. Estos caballos son muy independientes y, sin embargo, muy dóciles. Las largas distancias que recorren con sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dueños a través de vastos parajes desiertos, en los que tanto el hombre como el animal tienen que soportar el hambre y la sed por igual, les hace encariñarse mutuamente. "El compartir las emociones de nuestros semejantes nos convierte en una especie maravillosa" y a los animales en algo especial.

Montando de nuevo, comenzamos a subir. Al subir progresivamente, el sendero se iba haciendo más empinado y serpenteaba con vueltas muy abruptas y cerradas. El terreno estaba muy suelto y cubierto de picón. En las curvas había tan poco margen para que los caballos dieran la vuelta que tenían que juntar las patas y girar como si estuviesen sobre un eje. Casi tuvimos un accidente grave debido a esta falta de espacio, ya que en una vuelta el caballo de John no juntó suficientemente sus patas traseras y delanteras, y una pata resbaló por el borde y casi pierde el equilibrio y cae ladera abajo. Como era joven y estaba cansado por la dura cabalgada del día, no pudo recobrar el equilibrio inmediatamente y John cayó por fuera. Afortunadamente había un arbusto de retama justo en esa vuelta al que pudo agarrarse evitando así, como mínimo, un revolcón montaña abajo. Además de estar cansado, el caballo se había hecho un corte en la pata el día antes y esto hacía que pisara con menos seguridad. Yo estaba unas yardas más atrás y sólo pude seguir sentada sobre mi caballo, observando el incidente. Fue sólo cuestión de segundos, pero parecieron minutos, hasta que el caballo quedó inmóvil, temblando sin saber si sus patas traseras podrían recuperar el sendero o si lo veríamos, a él y a su jinete, rodar hasta el fondo. Esto último habría sido, sin lugar a dudas, el fin de ambos si el jinete no se hubiese arrojado del caballo, permitiéndole así al animal, una vez liberado de su carga, recobrar el equilibrio.

Poco después llegamos a la Estancia de los Ingleses. Es una pequeña meseta, a 9.700 pies de altitud. [1] Tres enormes cantos rodados la ocupan casi enteramente. Uno de ellos tiene un hueco en la base donde los restos de hogueras y un poco de paja son buena

1 Las medidas de altitud más arriba de los 8.000 pies se han tomado del libro del Sr. Piazzi Smyth, ya que nuestro aneroide no marcaba alturas superiores a dicha altitud.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

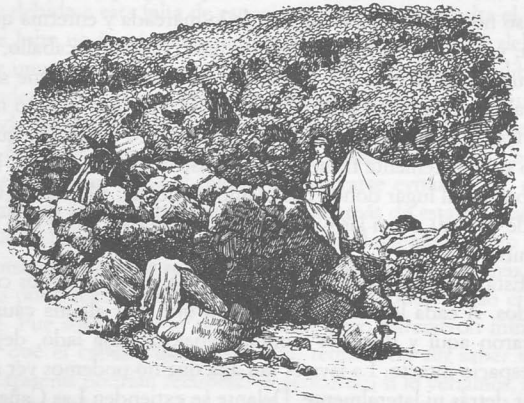
prueba de que ha proporcionado refugio tanto a hombres como a animales. Éste es el lugar de descanso habitual antes de subir al Pico ya que sólo aquí puede obtenerse alguna protección contra el sol o el viento. Sin embargo, si se tiene una tienda, es mucho mejor detenerse unos 1.000 pies más arriba, en Altavista. Aunque nunca supe de nadie que sufriese una insolación en las islas, sí me han contado un ataque de "alunación". Una señora que, con su marido, subió el Pico hasta aquí me dijo ella misma que se habían acostado a descansar a la sombra de este canto rodado. Había luna llena y, mientras dormían, se fue desplazando hasta que sus rayos caían sobre ellos. Cuando la despertaron para comenzar el ascenso no pudo ponerse en pie, de lo mareada y enferma que se sentía, y durante varios días casi no pudo montar a caballo, aunque tuvo que hacerlo a la fuerza por la distancia a la que se encontraban de la civilización. Tras otro ascenso aún peor, o mejor diría tras una lucha denodada por un sendero de picón, que no era lo suficientemente firme para los cascos de los caballos, llegamos por fin al lugar donde pasaríamos la noche, Altavista (10.700 pies de altitud). Eran las 4:30 p.m. y estábamos a 46° F (7,8° C) a la sombra.

Ésta es otra meseta, como la Estancia, aunque *sin* los cantos rodados. A cada lado hay ríos de lava que, por alguna causa, se separaron aquí y fluyeron montaña abajo a cada lado, dejando este espacio intacto. La lava es tan alta que no podemos ver nada, ni por detrás ni lateralmente. Delante se extienden Las Cañadas y su pared. De todos modos, no tenemos tiempo ahora de admirar y maravillarnos con el paisaje. Nos queda muy poca luz solar para colocar nuestra tienda y ponernos cómodos ya que aquí la noche cae rápidamente porque estamos bien ocultos del oeste y del norte. Lo primero que hicimos al llegar a este lugar fue buscar a los viajeros que esperábamos encontrar. No se los veía por ningún sitio. Una lata vacía de carne en conserva y varias botellas eran prueba, según creímos al principio, de su presencia, pero un examen más minucioso de estos vestigios mostró que eran de al menos tres o cuatro días antes. Posteriormente, cuando llegamos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

al Puerto, Lorenzo nos contó con gran placer cómo estos viajeros desconocidos no habían podido llegar a la cumbre, por no haber sido comedidos –a causa de la altura– al ingerir el contenido de las botellas. Lady Brassey subió al Pico hasta Altavista, pero no puedo estar de acuerdo con su desalentador comentario de que desde este punto el ascenso es "casi imposible para una dama".

Dije antes que la Estancia es el lugar donde se descansa habitualmente, sin embargo, Altavista se ha hecho famosa debido a



ALTAVISTA

que el Sr. Piazzi Smyth, el astrónomo real, subió y permaneció, tanto en Guajara como aquí, en 1856. Con el fin de sujetar sus tiendas e instrumentos, el Sr. Smyth construyó muros con trozos de lava y aún quedan muchos de ellos en pie. El Dr. Marcet utilizó dichos recintos en 1878 durante doce días, cuando llevó a cabo sus mediciones de la temperatura. En uno de ellos levantamos nuestra tienda y encendimos una hoguera, los caballos ocuparon los demás. Tenía un hambre voraz y, alrededor de las 5:30,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

me senté a comer el pollo que habíamos traído de Chasna con pan y un poco de té. A esta altitud bastaban escasos segundos para que hirviera el agua. Creo que convendría mencionar lo que realmente ocupaba mis pensamientos mientras, sentada sobre una piedra de espaldas a la pared, junto al fuego del rincón y delante de la tienda, comía y meditaba. Muchos de los que, por su musculatura, son capaces de subir al Pico, no lo logran finalmente por su falta de atención a algo tan común y aparentemente trivial como son la comida y la bebida. El aire enrarecido afecta de modo diferente a las personas. Algunas se sienten capaces de comer el equivalente a dos o tres comidas en una sola, mientras que otros no son capaces de comer nada en absoluto. Los primeros deberían comer moderadamente, parando antes de que estén satisfechos, mientras que los segundos deberían intentar comer aunque sólo fuera un poco. El vino, sea de la clase que sea, no debe beberse y la mejor bebida es el café.

Antes de retirarnos para intentar pasar algunas horas durmiendo, me volví a admirar el paisaje que se extendía bajo nosotros. Una sombra en pico atravesaba Las Cañadas y montañas, realmente gigantesca en su inmensidad. La luz de la luna hacía que pudiera verse, con detalle y nitidez, todo lo cercano, pero cubría lo lejano con una misteriosa mortaja, una tenue luz religiosa, lo suficientemente clara para realzar con increíble realismo la sombra del Teide. Se sentía una sensación muy rara sabiendo que teníamos el Pico y la luna detrás, sin poder ver ninguno de los dos y no obstante, como en un espejo, poder ver su efecto y su sombra. Pasamos largo tiempo de pie encantados y cautivos de ese espectro de la montaña que se extendía sobre la tierra baldía allá abajo.

El frío nos obligó a entrar en nuestra tienda donde, tras desempaquetar el segundo maletín, saqué toda la ropa de abrigo que habíamos traído y, aunque nos enfundamos en ellas y nos cubrimos con mantas y chales, seguíamos teniendo la sensación de estar vestidos con la ropa más ligera posible. Lamentablemente, nuestro termómetro sufrió un accidente. Lo habíamos colocado sobre una roca cerca de la tienda para medir la temperatura con

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tan mala suerte que recibió un golpe, cayó al suelo y lo pisamos. La última temperatura que registró fue de 46° F (7,8° C). Aunque por supuesto las temperaturas en el Pico se han tomado con frecuencia y son muy conocidas, siempre es conveniente, por interés propio, viajar con un termómetro ya que tanto el calor como el frío es relativo.

Absolutamente consciente de la necesidad de ahorrar mis energías y de recuperarlas tras las fatigas del día, me acosté con toda la intención de dormir pero, no sé si como consecuencia de la emoción de saber dónde nos encontrábamos o de los efectos del aire enrarecido, sólo pude dormir muy ligeramente y me sentí muy intranquila. Pensé que si escribía un poco podría descansar mejor pero, tras quince minutos, tuve que dejarlo. Finalmente, a pesar de todos los consejos, sentí que realmente *debía* comer algo. Los hombres estaban todos a la intemperie envueltos en sus *mantos*, agazapados alrededor del fuego y aparentemente dormidos aunque, desde que alcé la entrada de la tienda, Lorenzo se levantó como un rayo. Creo que ese hombre dormía siempre con un ojo abierto. Un poco de gofio y leche caliente me pareció el alimento más indicado. Una lata de leche suiza mezclada con agua hirviendo pronto se convirtió en una agradable cena. El agua hirvió en pocos segundos. Dice el Sr. Piazzi Smyth que hervía a 193° F (85,4° C); no teníamos forma de comprobar la temperatura aunque sí notamos la rapidez. John durmió sin que nada le molestase, aunque yo sentía una especie de nerviosismo que me impidió dormir, a la vez que tenía un hambre irracional y constante.

Los hombres comieron alrededor de las ocho. Habían traído algunos pescados pequeños, parecidos a sardinas, que colocaron sobre la madera de la hoguera y, tras chamuscarlos, se los comieron con gofio. Las ramas de la retama, abundantes entre La Estancia y Altavista, sirven para hacer unas hogueras excelentes, fuertes y sin humo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

EL PICO • LAS CAÑADAS

VIII

Pompa
Inmensa y fantástica de una estructura sin nombre
Envuelta en enormes pliegues aborregados.

W. WORDSWORTH

El camino más largo es el camino más corto de regreso a casa.

Proverbio

¡Oh, si un hombre pudiera conocer
El final de los asuntos de este día antes de que llegase!
Pero es suficiente saber que el día finalizará,
Y entonces se conocerá el fin.

SHAKESPEARE

DOMINGO, 16 DE SEPTIEMBRE. No conociendo las dificultades del ascenso que nos esperaba aunque sabiendo que los hombres tardaban una hora y media en alcanzar la cumbre, pensé que media hora extra para una mujer sería una concesión justa. Estábamos ansiosos por alcanzar la cumbre antes del primer rayo del amanecer, por lo que nos pusimos de acuerdo con Lorenzo para salir a las 2 a.m. Al final, sin embargo, nos desvelamos a la 1:45 y partimos entonces. Ambos guías, el de Chasna y Lorenzo, nos acompañaron. Intentamos persuadir a Eloy y José para que nos acompañaran. A pesar de que jamás habían subido, no pudimos convencerlos. Dejándolos envueltos en sus *mantos* junto a un gran fuego y los caballos dormidos en los diferentes refugios, cruzamos las pocas yardas de meseta detrás de nuestra tienda que nos separaban de la pared de lava traquítica y comenzamos a trepar con dificultad. Hacía un frío intenso y cada uno se había envuelto en una manta, aparte de los abrigos y chaquetas que llevábamos. La luna, lo más luminosa y llena posible, brillaba sobre nosotros y, guiados y deslumbrados a la vez por su luz, trepamos por la lava.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

No tiene ni una pulgada cuadrada de superficie lisa, es una masa de minúsculas puntas que cortan las botas y los guantes hasta casi dejarlos en jirones. Los guías iban delante, yo después y John, el último. Mi traje de montar resultó muy útil ya que, remangándome el vestido como lo hacen las pescaderas, podía saltar de risco en risco, no sólo con más libertad sino con mayor seguridad. Realmente es muy poco seguro avanzar rápidamente, o meramente avanzar, con vestidos y zagalejos como hacemos habitualmente, ya que cada punta minúscula es como un gancho donde se traba irremediablemente cualquier prenda suelta, haciendo que o el vestido se rasgue o, peor aún, la persona se caiga. La lava es una masa no sólo desigual sino también escabrosa. Tiene hondonadas y hendiduras además de ser muy irregular. Las rocas de lava, de un grosor de entre unos pocos pies y varios cientos de pies cúbicos, están amontonadas de cualquier manera, sin que haya dos de igual forma o tamaño. Con gran dificultad subimos, bajamos y saltamos por ellas. Frecuentemente cruzábamos masas sueltas de lava y, como parecían firmes y sólidas, pisábamos confiadamente, descubriendo que la piedra comenzaba a girar y teniendo que saltar a otra, y luego a otra, antes de alcanzar la roca firme más cercana. Como llevábamos a cabo esta actividad, tan parecida a la de los gamos, a la luz de la luna y no a la del sol, había cierto grado de nerviosismo y una deliciosa incertidumbre sobre cuál sería el lugar donde aterrizaríamos a continuación. Al principio, cuando empezamos a subir, teníamos que gritar "¡Alto!" cada dos por tres para recobrar el aliento, debido, creo, más al aire enrarecido que al esfuerzo que, aunque era bastante vigoroso, no era realmente algo que te dejara sin aliento. En la narración que el Rvdo. E. Alison hace de su subida al Pico nos ofrece la siguiente descripción del malpaís, que quizás dé una mejor idea sobre la naturaleza del suelo:

"La zona a la que llegamos se llamaba malpaís, un nombre apropiado ya que estaba formada por masas inmensas de lava traquítica, esparcidas por todas partes y de todos los tamaños imaginables, entremezcladas con grandes bloques de obsidiana, algunos de los cuales parecían enormes bombas; uno o dos pequeños

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que partí estaban huecos en el centro, la cavidad interna forrada con filamentos delgados, y eran semejantes a los que se pueden hallar en los nódulos de pedernal; los bordes de algunos de los bloques de obsidiana eran frecuentemente tan afilados como los de las botellas rotas. Las masas de lava estaban a veces muy lejos entre sí y, otras, sólo las separaba una fisura, aunque siempre lo suficientemente ancha para tragarse un lápiz que se dejara caer en ella. Algunas de las lavas parecían como si hubieran corrido Pico abajo en un estado semifluido y se hubieran partido en fragmentos al enfriarse.... Reanudamos de nuevo nuestro ascenso que, sobre estas masas agrestes, era difícil y doloroso porque teníamos que saltar de bloque en bloque ayudados por un cayado largo con punta de acero e incluso a veces, que trepar por algunos a gatas."

Mi manta me estaba dando demasiado calor y se la pasé a Lorenzo. Sugerí dejarla atrás, pensando que bajaríamos seguramente por el mismo camino, pero él, más listo que yo, sabía que podríamos buscarla en vano ya que seguíamos los dictados de nuestra santa voluntad en lo referente a la ruta, al no haber sendero de ningún tipo que condujese hasta la cumbre. Además, posteriormente me alegré de haberla llevado y, sin duda, él también sabía que así ocurriría. Avanzamos con tal rapidez por esta sección del camino que lo abandonamos y cruzamos el volcán, o *Rambleta*, al pie del cono final a las 2:45 a.m., sólo una hora después de salir de Altavista. Esta meseta no es muy extensa, tiene alrededor de 200 ó 300 pies de ancho. La pendiente es muy suave, tanto que parece plana en comparación con la lava que tiene por encima y por debajo, y de ella surge abruptamente el verdadero cono del Pico. Este *Pitón* (el cono) está formado por piedra pómez y ceniza y es tan empinado que el pie no puede apoyarse sobre el suelo sin hundirse hasta los tobillos en el picón.

La pendiente podría describirse mejor diciendo que forma un ángulo de 44°, aunque el Sr. Piazzi Smyth lo pone en 33° y el Rvdo. E. Alison en 42°. Como 44° es el mayor ángulo que el cuer-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

po puede subir caminando sin caer hacia atrás, esto nos puede dar una idea del grado de inclinación. La superficie nada compacta del cono hace que la subida sea tediosa y fatigosa. Es imposible subir lentamente paso a paso ya que por cada paso hacia adelante resbalamos dos hacia atrás. Es inútil pedirles a las manos que ayuden a los pies: no hay nada a que agarrarse y uno se resbala hacia atrás irremediablemente, con las manos llenas de ceniza y los pies y tobillos envueltos en ella. Por lo tanto completamos el ascenso en sucesivos esfuerzos, es decir nos lanzábamos cuesta arriba con fuerza y violencia por aquel terreno suelto e inseguro, recorríamos algunas yardas, y después nos dejábamos caer jadeantes sobre el suelo hasta que estábamos listos para un nuevo ataque. Hay algunos trozos de lava porfídica rocosa sujetos a la falda en varios lugares y, como están medio enterrados en la ceniza, ofrecen cierta solidez y firmeza. No es nada seguro ponerse en pie sobre ellos pensando que sirven de soporte, pero nosotros los utilizamos como protección del viento frío que soplaba con fuerza. Dándonos cuenta de que alcanzaríamos la cumbre demasiado pronto, descansábamos con frecuencia unos cinco o diez minutos detrás de alguno de estos montones de lava. Aquel sueño que tanto había buscado infructuosamente en la tienda en Altavista me alcanzó aquí y, de haber dependido sólo de mí, podría haber dormido profunda y largamente. Sólo un momento de descanso era suficiente para que empezase a dar cabezadas. Olvidé mencionar que durante una media hora, poco después de partir de Altavista, tuve un dolor de cabeza bastante fuerte que, sin embargo, desapareció tan repentinamente como vino. Esperábamos padecer toda clase de síntomas extraños, como los que según los viajeros sufre todo aquel que sube al Pico, pero sólo tuvimos un apetito demasiado bueno, o ninguno, y dolor de cabeza y somnolencia que resultaron pasajeros. Estos últimos podían sin duda haber sido provocados por la falta de sueño al comienzo de la noche y puede que no se deban a la altitud. Calculo que perdimos aproximadamente entre media hora y tres cuartos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

descansando. [1] Alcanzamos la cumbre a las 4 a.m. lo que significaría unos treinta o cuarenta y cinco minutos de subida real al Pitón.

El punto más alto lo forman un grupo de rocas al borde del cráter. Toda la pared del cráter está formada por rocas de lava porfídica quebrada y dentada y tiene unas cien yardas de largo por cuarenta de ancho. Tiene forma de elipse y no es muy profundo: sólo setenta pies. El color predominante es claro, los amarillos, los blancos y verdes pálidos del azufre, y es mullido al pisarlo. En cuanto alcanzamos la cumbre un soplo de aire caliente y cargado de azufre nos golpeó en la cara y casi nos ahoga aunque, inmediatamente después, lo disipó el fuerte viento frío contra el que habíamos luchado toda la noche. Nos dispusimos a refugiarnos detrás de las rocas y esperar la llegada del amanecer. Envolviendo la parte superior de nuestros cuerpos con las mantas, nos recostamos contra los bloques de lava; sin embargo, tuvimos que cambiar de sitio con frecuencia, debido al gran calor que desprendía el suelo y a los vapores sulfurosos que nos cegaban cuando nos daban en la cara.

El pico más alto, bajo cuya protección estábamos, lo forma una roca elevada, redonda y afilada que descansa sobre un grupo de otras más, como un altar druida, de unos siete pies de alto en total. Mientras estaba resguardada intentando por todos los medios describir sobre el papel el paisaje que nos rodeaba, el lápiz de tinta que agarraba con mis dedos congelados casi no dejaba trazos legibles, por lo húmedo que estaba el papel debido al vapor. Nuestras ropas y caras estaban completamente húmedas a causa de éste que salía de las grietas del suelo. Algunas de estas grietas estaban tan calientes que no podíamos introducir nuestros dedos en ellas y otra, dentro del cráter, chamuscaba con sólo pasar cerca de ella. Parecían tubos más que grietas.

Mirando al este, nos dimos cuenta de que el cielo estaba perdiendo, leve y casi imperceptiblemente, el azul frío y profundo de

1 El Rvdo. Alison dice que tardó cuarenta minutos en escalar el *Pitón*.

© Del documento, los archivos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

la luz de la luna en estas latitudes. Una pincelada roja comenzó a calentar el horizonte. Se esparció todo a nuestro alrededor, cubriendo una inmensa extensión, pero seguía siendo muy débil. Al intensificarse, el cielo que había por encima del rojo parecía ser de un azul también más intenso. Entonces el mundo que nos rodeaba se volvió visible y pudimos darnos cuenta mejor de nuestra situación. Si nos hubiesen transportado hasta allí sin saber que habíamos ganado en altura, habríamos creído que nos encontrábamos en un montículo en medio de un páramo cubierto de nieve, con la sombra del Pico que arrojaba la luna a nuestros pies extendiéndose como un pequeño lago, profundo y oscuro, entre las montañas. Cuando alcanzamos la parte alta no podía ver lo suficiente para escribir pero la inminente llegada del Rey del Día, que ya se adivinaba a lo lejos, era suficiente para permitirnos ver con claridad. A nuestro alrededor soplaban vapores sulfurosos, cubriendo de vez en cuando el paisaje y volviendo a desaparecer, dejando ver otra vez aquel débil resplandor rojo pálido, que se extendía lenta y misteriosamente, y aquella masa inmóvil de nieve sólida. Al aumentar el rojo, la nieve, en lugar de desaparecer en el prosaico mundo de las nubes, adoptó, cada vez más, el aspecto blanco, suave e impenetrable de las nieves eternas, sólidas, pesadas y densas. Viendo que la llegada de su señor y dueño era inminente, la luna, cuya presencia ya no era necesaria para iluminar suave, dulcemente y con tenue resplandor aquellas montañas y valles durmientes, se hunde hacia occidente detrás de una masa oscura de nubes y, debido a una ilusión óptica, se vuelve elíptica al desaparecer. Pasando de la gloria menor a la mayor, nos volvemos para observar la primera aparición de la punta del Astro Rey. Sólo Guajara, como un satélite del Teide, eleva su cresta por encima de las nubes. Sobre nuestras cabezas el cielo está claro, sin ninguna pincelada de algodón, y adopta rápidamente ese azul glorioso y alegre cuya sola presencia resulta bella. Gradual e imperceptiblemente, las nubes se van acercando a la tierra y esperamos que aquel extenso campo blanco desaparezca, empujado por los vientos, y nos permita ver la tierra y todo lo que sobre ella hay.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Hacia el oeste comienza a verse el mar y la línea de costa. Es casi imposible, sin embargo, distinguir la línea divisoria entre el mar y las nubes. La luz está penetrando en los valles y, antes de que nos demos cuenta, ni vacilante ni lentamente sino, por así decirlo, de golpe, la Presencia Real se eleva en el espacio. Ahora, asumiendo la forma y color de las frutas que se calientan y maduran bajo sus rayos, a veces como si fuese una granada e, inmediatamente, deslumbrándonos con todo tipo de formas y colores maravillosos, se eleva como un rey, con una majestad y dignidad sin parangón, cubriendo con su belleza y luz toda la tierra, impartiendo a las montañas un toque de gloria, lanzando sus rayos sobre los valles, repartiendo luz y color y vida, trayendo energía y vida y placer hasta que, sobrecogidos por su belleza, su majestad y la gloria de su esencia, los hombres agachan las cabezas, evitan su luz deslumbrante con la mano y no se atreven a mirarlo a la cara.

> "Y ved cómo –¡el sol en persona!– con alas
> De gloria del este surge.
> ¡Ángel de luz! que, desde el momento
> En que aquellos cielos comenzaron su marcha sublime,
> ¡Antes que ninguno del coro estrellado,
> Ha seguido los ígneos pasos de su Hacedor!"

Los adoradores del sol no andaban muy equivocados, ¡ellos

> "...que, al amanecer y al ocaso,
> Saludan la morada de su Creador
> Entre las luces vivas del cielo!"

Se necesita poco esfuerzo para elevarse desde la más gloriosa de las creaciones hasta el Creador. Deslumbrados por la Presencia, forzosamente y como el resto de humanidad, tuvimos que bajar, resignados, nuestros párpados y mirar sólo los objetos terrenales. El Teide, cuyas magníficas proporciones habíamos olvidado en medio de tantos deleites, volvió a verse como en un espejo. Hacia el oeste su sombra, como un hermano gemelo, caía sobre las nubes. Con una clara silueta, alta y perfecta su forma có-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nica, el Pico fantasma parecía en realidad una segunda montaña. La Palma se extendía bajo ésta, formando su base. El sol transformó las nubes de nieve en un mar aborregado, proyectando sucesivamente sus sombras, diseñando así un mar agitado y cubierto de espuma.

La pobreza de las palabras se evidencia con fuerza cuando el corazón late, el pulso palpita y la cara muestra las emociones que provocan el esfuerzo inútil, absolutamente inútil, por dibujar con el lenguaje adecuado la gloriosa e irresistible majestad de la naturaleza. Parece como si se necesitase el canto armonioso y grandioso de todos los coros del cielo y la tierra, acompañados por instrumentos y voces desconocidas y nunca escuchadas por el hombre, para encauzar completamente las salvajes y apasionadas expresiones a las que el corazón querría gustosamente dar rienda suelta. Uno de los logros más sublimes de la Naturaleza, donde todos sus vastos recursos se unen para ofrecer un efecto grandioso y supremo, es un amanecer visto desde el Pico Teide. Si existe aquella persona que jamás haya experimentado el hondo estremecimiento del alma, entonces debe buscar el éxtasis en la cumbre del Teide. La Naturaleza le habla a cada corazón individualmente y ningún mortal puede interferir en esta comunión.

Como una nota discordante tras una armonía, volvemos nuestra mirada del cielo a la tierra.

Las nubes flotaban aún en mitad del aire y ocultaban parcialmente el mundo inferior. Sólo Gran Canaria, La Gomera y La Palma eran visibles. No podíamos, por lo tanto, ver todavía los seis satélites que rodean a Tenerife y desde los cuales siempre se puede divisar su amado planeta Teide. En un principio pensamos que no podríamos ver nada, aparte de Tenerife. Pero estábamos buscando las islas vecinas demasiado lejos y, repentinamente, descubrimos que las montañas que pensábamos formaban parte de Tenerife eran en realidad las otras islas. Aunque la isla de Tenerife no consiste, en modo alguno y como se piensa frecuentemente, sólo en el Pico, ya que en ella existen grandes franjas de litoral además de varias cadenas de montañas, la impresión desde la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cumbre del Teide es que domina toda la isla. La pendiente continua desde la parte superior del cono hasta la línea de espuma blanca que rodea la isla, parece, debido a su altitud, una caída casi vertical, salvo en el noroeste donde se alarga formando un promontorio.

Dándonos la vuelta de mala gana, le dirigimos una mirada de despedida a un paisaje que creo que no volveremos a ver nunca más. Eran las 4:50 a.m. cuando el sol salió y, como ya son más de las seis, pensamos que debíamos regresar. Antes, sin embargo, caminamos alrededor del cráter y luego penetramos en él. El calor que surgía de las innumerables grietas era tan enorme y el olor del azufre tan inaguantable que lo evitamos de buena gana, situándonos por el lado donde soplaba el viento. Muchos agujeros estaban demasiado calientes para poder meter la mano y las rocas que sobresalían por encima goteaban con la condensación de los vapores que surgen de las grietas. Abundan los cristales de azufre. Parece como si nuestras propias botas se estuviesen quemando y tememos a cada momento quedar descalzos para la bajada. Aunque, por supuesto, relativamente fácil, la bajada no es nada agradable. Tropezando y deslizándonos cono abajo, con el picón rodeando y cubriendo nuestros pies, se tiene la impresión de que llevamos dentro de las botas tanto picón como hay alrededor. Llegando de nuevo a La Rambleta donde el Sr. Piazzi Smyth desayunó cómodamente antes de escalar el Pitón, la cruzamos y comenzamos el descenso por la lava. Si hubiera visto a plena luz del sol la subida que me esperaba, me habría preocupado más de lo que lo hizo anoche, aunque nada me habría hecho desistir de escalar los últimos dos mil pies tras haber llegado hasta aquí. Recordándole con frecuencia a Lorenzo que queríamos ver la Cueva del Hielo, saltamos y nos arrastramos río de lava abajo, entrando y saliendo por entre sus inmensos bloques y finalmente, tras habernos desviado un poco hacia el norte, llegamos a unas piedras amontonadas ante un gran agujero, siguiendo las indicaciones de Lorenzo, que se había mantenido más hacia el sur. Esta cueva es notable tanto por su situación como por su formación y conteni-

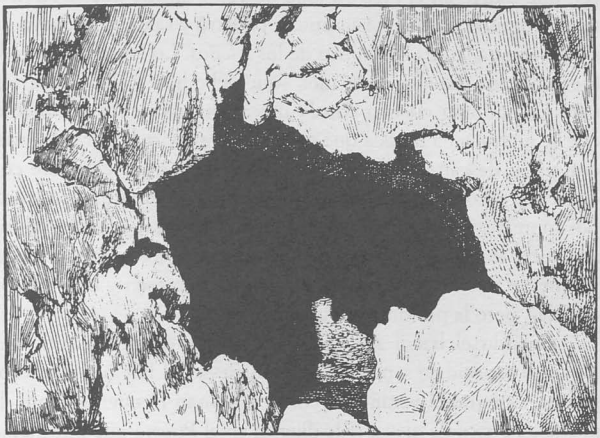
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do. Está a 11.000 pies de altitud, en medio de un río de lava, a una distancia de 1.200 pies de la cima de un volcán no extinto y, a unas cien yardas más arriba, hay una grieta de la que mana agua caliente. La cueva está formada por lava porosa y no obstante está llena, tanto en verano como en invierno, de nieve congelada y hielo. Su proceso de formación nos explicará muchas cosas. Probablemente se formó a partir de una burbuja de lava como las que hoy pueden verse en el Puerto de la Cruz y, como en aquéllas, tiene la entrada a un lado de la cúpula. Dicha abertura da al norte por lo que el sol casi no penetra en ella y, cuando lo hace, nunca alcanza el fondo. Se encuentra varios cientos de pies por debajo del nivel de la nieve. El Pico tiene 12.200 pies de altura y la línea de nieves perpetuas se encuentra a 12.500. Seis meses al año el Pico está cubierto por nieve y es entonces cuando el viento la va introduciendo en la cueva. Ahí permanece hasta la llegada del verano cuando, en parte porque la nieve se funde y en parte porque se la llevan a los valles, la cueva se vacía casi totalmente. Lady Brassey probablemente recibió una información incorrecta sobre la naturaleza de la Cueva del Hielo, ya que escribe que en ella ¡"hay un manantial que fluye constantemente"!

Cerca de la entrada de la cueva, la lava ha formado un muro que tiene una pequeña zona bastante plana. Estábamos ansiosos por entrar pero, como la entrada se encuentra a catorce pies sobre el suelo de la cueva, es imposible hacerlo sin una cuerda. Lorenzo no tenía muchas ganas de que lo intentásemos pero, cuando vio que estábamos decididos a hacerlo, dijo que iría a por ella. Cuando ya bajaba corriendo por la lava en dirección a Altavista, le grité que trajese algo de pan ya que, a estas alturas, ambos estábamos muriéndonos de hambre. El otro guía sacó un poco de su bolsillo y comenzó a comérselo, insistiendo en que nosotros también comiésemos un poco del suyo. Intentamos, con éxito, obtener una fotografía de la cueva pero, como el sol no iluminaba el interior, salvo una zona de un par de pies cuadrados del fondo, solamente pudimos sacar el borde de la entrada ya que todo el interior estaba oscuro. Lorenzo regresó poco después con Eloy y un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

barril para llenarlo de agua. También trajo pan y uvas que comimos con gusto tras el esfuerzo de la noche. Pasando la cuerda por debajo de sus brazos, John bajó por el agujero hasta el fondo de la cueva y yo bajé tras él, del mismo modo. Me sentía como José. La pared de la entrada está inclinada hacia adentro, de modo que, una vez que se ha entrado, es imposible salir sin ayuda. Debajo de la entrada se encuentran los restos de la escalera del Sr. Piazzi Smyth que ya no sirve para nada ya que solamente le quedan dos peldaños. La cueva no es amplia. Tiene tres brazos: hacia



ENTRADA A LA CUEVA DEL HIELO, PICO TEIDE

el norte, el sureste y el suroeste y todos ellos llenos de agua, con un substrato de nieve congelada. El brazo que se encuentra detrás de la escalera está parcialmente obstruido con rocas de lava y las rocas que están debajo de la apertura sugieren por su forma que parte de la boca se ha desmoronado. Algunos cantos rodados que cubren el suelo justo debajo de la entrada forman una base seca, de una o dos yardas cuadradas, sobre la que estábamos de pie.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Aun aquí, aunque era el 16 de septiembre, quedaba un poco de nieve. La temperatura era bastante fresca. Lamentablemente no pudimos medirla. La boca de la cueva medía alrededor de trece pies y medio por siete y medio.[2] Se dice que en una ocasión, hace muchos años, se encontraron en el suelo de la cueva los huesos de algún pobre hombre que había entrado pero que, debido sin duda a la inclinación de las paredes, no pudo salir. Podemos imaginar al pobre infeliz, sin falta de agua aunque sin alimento alguno, mirando con desesperación la bóveda azul que se cernía sobre su cabeza, lejos del alcance de cualquier ayuda humana. El Dr. Marcet, que estuvo en el Pico en julio de 1878, afirma que su sirviente, un robusto guía de Chamounix, penetró y salió de la cueva sin ayuda alguna, ante el asombro de los *isleños*. Lo logró gracias a la fuerza de sus potentes músculos –que debe haber sido extraordinaria– izando su cuerpo con la fuerza de sus dedos solamente, que se aferraron a la roca que se encuentra sobre la entrada hasta que pudo descansar su rodilla en el borde. Yo me contenté con que Eloy y Lorenzo me izaran, suspendida en el aire y temiendo por momentos que la roca por donde se deslizaba la cuerda me arrancara los dedos al pasar por el borde. Me los arañé un poco, ya que no estaba acostumbrada a que me subiesen y bajasen con cuerdas, pero la próxima vez lo haré mejor.

Cuando el barril se llenó de agua regresamos a Altavista. Hay una especie de sendero entre la Cueva del Hielo y este lugar ya que, durante el verano, la cueva la visitan frecuentemente de noche en busca de nieve. Nos dijeron en el Puerto que por medio dólar un hombre trae una mula cargada con hielo de esta cueva.

Ahora podíamos ver el lugar donde habíamos acampado la noche anterior. Altavista es una plataforma bastante grande, tres de sus vertientes cercadas por ríos de lava negra. Delante, el terreno cae tan rápidamente que parece un precipicio. Sin embargo,

2 El Sr. Alison indica que tiene cuarenta pulgadas por lo que, o midió incorrectamente, o la boca debía estar oculta por la nieve, o ha cambiado mucho desde que él la visitó.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

no es tan empinado que un caballo, recorriéndolo en zig-zag, no pueda trepar ladera arriba. A nuestro alrededor la tierra está compuesta de piedra pómez y escoria de tonos pálidos. Las piedras más oscuras, con las que están construidas las paredes del campamento del Sr. Smyth, son afiladas, como las del malpaís, y nuestras ropas se enganchan si el viento las empuja contra ellas. Tenemos una vista espléndida de Las Cañadas y hasta Gran Canaria desde nuestra meseta, que da al sureste. A las 11 a.m. algunas pequeñas nubes aborregadas cruzan el cielo hacia el horizonte, y también hay algún que otro cirro. El cielo en sí es de una especie de azul mate y el calor, inmenso. Algunas abejas y una mariposa "Dama Pintada" vuelan perezosamente a nuestro alrededor y algún chirrido ocasional denota la presencia de cigarras. Una vez más los caballos estaban cargados y nos aprestamos a abandonar el Teide a las 11:30 a.m. Hay que ir caminando hasta la Estancia ya que desplazarse a caballo sería lento e inseguro. Físicamente –que no moralmente– es más fácil subir que bajar. El sendero está formado por picón, así que al llegar a la Estancia de los Ingleses, nos quitamos las botas y las vaciamos de todo contenido superfluo. Esperamos a la sombra de las rocas hasta que llegaron los caballos pero, incluso entonces, pensamos que sería mejor caminar hasta el fondo en lugar de volver a montar. Se propuso que regresásemos por una pista distinta de la de ayer, cruzando Las Cañadas hasta la pared del cráter donde encontraríamos un sendero que rodea la base y que nos conduciría, pasando por el manantial de Guajara, hasta Los Roques y al desfiladero que conduce a Guía. Decían que esta ruta era más larga pero no tan dura para los caballos. Estuvimos de acuerdo ya que, como los arrieros, no deseábamos regresar por el diabólico sendero de ayer.

Llegamos a los cantos rodados de Montaña Blanca y cruzamos el camino, que habíamos utilizado anteriormente para atravesar aquel desierto pendiente, a las 12:20. Siguiendo por el sendero otro trecho más, nuestro guía nos llevó entonces ladera abajo hacia el sureste y atravesamos el fondo de Las Cañadas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hacia la pared del cráter. Seguimos caminando rápidamente, con la necesaria certeza y determinación, durante un rato, hasta que nos encontramos en un *cul-de-sac*, formado por uno de esos montones de lava roja que han manado a veces desde el Pico, bajando y extendiéndose sobre la superficie del antiguo cráter. Ahora sabíamos con certeza lo que sólo sospechábamos antes, que nuestro guía se había perdido y con él, nosotros. Subiendo a caballo a la parte alta de uno de estos montones de lava, cuyos desniveles se rellenan a veces con trozos más ligeros que el viento arrastra contra ellos formando así una suave pendiente, vimos claramente lo desesperada que era nuestra situación. Todo el terreno parecía ser sólo una serie de colinas y montículos de lava separados por zonas llanas de escoria amarilla, y con alguna que otra retama verdigrís.

Aparentemente, el Sr. Piazzi Smyth también se perdió así. Nos describe cómo corrían los guías "de un lado a otro buscando un sendero; después llevaron los caballos a través de hondonadas donde las puntas de piedra, ásperas e irregulares, sobresalían por encima de la delgada capa arenosa, y después subieron hasta la barrera más alta de la zona y llamaron a gritos con toda su fuerza, sin resultado alguno, a los que iban delante". Dice del paisaje: "Los ríos de lava se amontonan, cubriendo con sus crestas de piedras a sus semejantes; aquí y allí algún pequeño volcán de color pardo oscuro y, más allá, otro mayor del período rojo, de roca más sólida pero aun así tan quebrada y agrietada que el círculo de la hoya parecía el templo de unos poderosos druidas. Por todas partes, excepción hecha de alguna retama de aspecto marchito –una planta que crece salvaje, aparentemente sin hojas y con sólo un punzante manojo de ramitas glaucas– sólo se veía la abrasadora roca roja y la seca piedra pómez amarilla; mientras que el sol abrasador en lo alto y el eterno cielo azul, que todo lo cubre con una triste y uniforme luz pálida, parecían condenarlo todo, tanto lo lejano como lo cercano, a una eterna aridez y desolación".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Todo aquello era un perfecto laberinto entre cuyos dédalos vagábamos. Afortunadamente, hay dos hitos que siempre se divisan –si pudiéramos acercarnos a cualquiera de ellos–: el Pico y la pared del cráter. Durante algunas horas, sin embargo, seguimos aproximadamente a la misma distancia de ambos. Frecuentemente nos parábamos y discutíamos sobre cuál sería la dirección más probable, después nos separábamos y probábamos varias posibilidades, pero siempre terminábamos encontrando sólo una pared impenetrable de lava al final. A veces un sendero claramente hollado hacía que uno de nosotros gritara con alegría y, tras seguirlo diligentemente unas cincuenta o sesenta yardas, desaparecía completamente o terminaba en una cueva de lava habitada por cabras. Como oíamos de vez en cuando el tintineo de los cencerros de las cabras, nos guiábamos por él, esperando encontrar un pastor pero, por desgracia, los pequeños animales pastoreaban solos. Frecuentemente nos liábamos de tal manera en los ríos de lava que teníamos que desmontar y, cada uno guiando a su propio caballo, arrastrarnos como mejor podíamos por entre los arbustos y subir y bajar por las altas y escarpadas lomas de lava. Guiar a los caballos es una palabra bastante incorrecta, ya que realmente lo que hacen es seguirte. Observan dónde colocas cada pie y ponen sus cascos en exactamente el mismo lugar de la roca. Mi pequeño caballo y yo nos hicimos muy buenos amigos, al estar ambos en circunstancias adversas, y nos seguíamos o guiábamos el uno al otro, indistintamente. El resplandor de la piedra pómez amarilla hizo que nos alegráramos de tener nuestros anteojos de cristales azules, que hasta el momento no habíamos utilizado. Ahora, sin embargo, nos los pusimos ya que el reflejo de los ardientes rayos de sol en un cielo despejado sobre aquella tierra blanca nos hacía sentir como si nos estuviesen sacando los ojos de las cuencas. Los pobres caballos, con sus cabezas inclinadas y sus lenguas resecas, vagaban sin ánimo por este desierto, ni siquiera la fragancia de la retama lograba atraerlos, una señal inequívoca de sed. José y Eloy, que en los dos últimos días ya habían gastado cada uno cuatro pares de zapatos, terminaron ahora con un par más y José acabó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

por avanzar cojeando con "un zapato puesto y uno quitado".[3] Los zapatos estaban hechos con una especie de hierba y tenían suelas de cuero finas; eran zapatillas más que zapatos. El ceño de Lorenzo se fruncía cada vez más. En su mente se estaba fraguando una tormenta que, de un momento a otro, iba a estallar sobre la leal cabeza del guía. Aquel desdichado, a horcajadas sobre su mula y los barriles de agua vacíos, se encogió y no se atrevía a dirigirnos la mirada sino que llevaba a cabo rápidas y desesperadas incursiones en diferentes direcciones en un esfuerzo vano por alcanzar el sendero o en encontrar alguna salida de este horrible laberinto. Lorenzo no paraba de repetir: "Las *pobres* bestias, no han bebido agua alguna". Una vez me dijo que le había dicho al guía que "la señorita estaba muy enfadada con él". Éste parecía un perro apaleado, y se lo merecía, por habernos hecho creer que era capaz de guiarnos y obligarnos a vagar durante horas por este auténtico desierto. La necesidad más grande era el agua, que sabíamos sólo podía obtenerse en el manantial de Guajara. A pesar de nuestra difícil situación y del esfuerzo necesario, no podíamos dejar de interesarnos por el paisaje y nos llamó mucho la atención el aspecto de Las Cañadas, con su belleza única. Estas islas interminables de lava, rodeadas por un mar de piedras amarillas, acaban siendo absolutamente fascinantes. A veces parecían gigantescos jardines de rocas, con rincones y grietas suficientes por albergar todos los helechos del universo, pero desprovistos de cualquier hierba, sin siquiera la más común. Al fin, tras pasar al otro lado de aquellas altas rocas, que tanto limitaban nuestra visión, llegamos a una zona de pequeñas rocas bajas y arbustos y pudimos ver las montañas fronterizas y dirigirnos en línea recta hacia ellas. Allí, encontramos el sendero, mientras los hombres se santiguaban repetidamente.

Algunos consideran la travesía del llamado 'desierto' de Las Cañadas, una hazaña imposible. No es fácil, como acabamos de ver, pero, como la hemos llevado a cabo dos veces, lo que nos-

3 Stone cita aquí unas palabras de un poema infantil inglés. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

otros hemos hecho también pueden hacerlo otros. Los Sres. Burton y Cameron probablemente escriben sin una experiencia real de estas Cañadas cuando dicen: "La base central no tiene ningún atajo por donde atravesarlo, es una serie de montones de desechos, conos parasitarios, paredes y trozos de lavas rojinegras, de traquitas y fonolitos que descansan sobre un mar de espuma volcánica sólida, expulsada por erupciones anteriores". Su opinión es la habitual, pero hemos demostrado que no es correcta.

Eran casi las cuatro y nos quedaba un largo camino que recorrer así que avanzamos con paso rápido, comenzando incluso a trotar. El sendero se encontraba a pocas yardas del pie de los riscos cuyos desfiladeros tenían aquí unas paredes que se elevaban con una suave pendiente unos cien pies antes de volverse verticales. Una vegetación escasa se adhería a las paredes, mientras que a nuestra derecha se extendía la zona plana de Las Cañadas, cubierta de aislados arbustos de retama. Creíamos que nuestros problemas habían acabado y avanzábamos alegremente sin preocuparnos de lo que nos aguardaba. Poco después, el sendero que había sido totalmente plano y horizontal, como debería ser un sendero bien transitado, se vio interrumpido por un río de lava que se extendía desde el Pico hasta esta pared del cráter. Lo único que podíamos hacer era escalarlo. De modo que desmontamos y caminamos a lo largo de la parte alta con cuidado hasta que pudimos volver a bajar. A partir de este punto, sin embargo, la pista se tornó muy escarpada. La pared del cráter, o cadena de montañas, se vuelve cóncava, formando bahías o caletas y, al igual que las bahías están rematadas en cada extremo por promontorios, estas curvas están también rematadas por riscos verticales. Nos recordaban las numerosas caletas que rodean la isla de Sark, salvo que aquí la lava ocupa el lugar del mar. Donde sobresalen estas puntas o promontorios y se encuentran con la pared de lava, que oscila entre los veinte y los treinta pies de altura, apenas hay espacio para pasar. A veces sólo se consigue el hueco suficiente para pasar entre los inmensos bloques de roca y la lava elevando el sendero unos diez o veinte pies. Este sendero ha sido construi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do, en parte por la naturaleza y en parte por la mano del hombre, con rocas y piedras amontonadas de cualquier forma. Frecuentemente el pasillo, al cruzar entre dos paredes, era tan estrecho que no podíamos pasar a caballo, y las mulas cargadas tampoco podían pasar por él. Teníamos, por lo tanto, que descargarlas, pasar la carga nosotros mismos y volver a cargarlas al otro lado. Como estos puntos estaban con frecuencia separados sólo por unas doscientas yardas, la tarea de descargar y volver a cargar se volvió frecuente y laboriosa y nos retrasó mucho.

Afortunadamente había luna llena ya que la luz solar desapareció mucho antes de que nuestro recorrido hubiera acabado. Varias veces el sendero que subía y bajaba por estos promontorios estaba tan mal hecho que tuvimos que colocar piedras para que los caballos pasaran sobre ellas, algo que hicieron con todo el cuidado preciso. En un punto la bajada era tan empinada que hubo que atar cuerdas alrededor de los cuellos de los animales y, mientras un hombre guiaba el caballo, otro le tiraba hacia atrás por la cola y un tercero le ayudaba a no caer tirando hacia atrás con todo el peso de su propio cuerpo por una cuerda que rodeaba el pecho del caballo. De este modo pudimos bajar a los pobres animales. ¡Qué caballitos tan buenos eran al aguantar así pacientemente este trato duro y poco común! Debo decir que los hombres se portaron cariñosamente con ellos y las únicas palabras fuertes que les oí dirigir a alguno de los caballos fue cuando alguno tropezaba, algo que no ocurría con frecuencia. Entonces el dueño se dirigía al animal, preguntándole "qué estaba haciendo. ¿Acaso no tenía patas y no podía ver por dónde iba y qué hacía portándose tan estúpidamente?" y cosas así.

El efecto que producía la luz de la luna brillando sobre estos fantásticos precipicios, estas bahías en tierra y esta lava negra no sólo era aterrador, también era hermoso. Las oscuras sombras que arrojaban los riscos estaban maravillosamente perfiladas sobre la franja de arena a sus pies, fuertemente iluminada, mientras que la lava, como un mar inmóvil, detenido su movimiento, se elevaba formando una pared que atravesaba la bahía. Nuestra expedición,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mitad en sombra y mitad a la luz de la luna, al avanzar con dificultad a través de aquellas bahías –cada miembro caminando detrás de su caballo o esperando, de pie y preocupado, a que los animales atravesasen los pasos– reforzaba así el extraño y pintoresco aspecto del paisaje. Aquí, lejos de todo asentamiento humano, en medio de una soledad y silencio perfectos, en una tierra extranjera y acompañados por hombres apuestos y con aspecto de bandidos, aunque realmente honrados y amables, se encontraban dos súbditos ingleses. La cercanía inmediata de una de las maravillas del mundo, la forma inusual de viajar, el aspecto extraordinario del paisaje, el sendero poco habitual y, sobre todo, el saber que caminábamos sobre un cráter, despertaban en nosotros sensaciones que nunca habíamos conocido hasta entonces. El lugar, la memoria y el paisaje se combinan para inundar la mente con una rica mezcla de fantasía y realidad. El folclore y los bandidos, la luz, la luna y los duendecillos, se agolpan en nuestra mente y, ayudados por la memoria y la imaginación, casi "alcanzan lo sublime".

Por fin, a las ocho en punto, rodeamos un promontorio y reconocimos con alegría nuestro lugar de descanso en Guajara. Desmontando, dejamos los caballos al cuidado de los hombres y corrimos ladera abajo hasta la planicie de piedra pómez amarilla. Allí, elegimos una zona plana y comenzamos a recoger las piedras grandes, arrojándolas a un lado y a otro. Bajaron el caballo de carga, lo descargaron y pronto habíamos levantado la tienda. Había abundantes ramas y palos de retama seca a nuestro alrededor y pronto habíamos encendido una magnífica hoguera. El guía bajó y comenzó a reunir leña, pero no queríamos que estuviera con nosotros, así que fue desterrado por común acuerdo. Se trasladó junto al manantial, un poco más arriba de donde estábamos, y allí encendió una hoguera bajo la protección de una roca, inclinándose medroso como si fuese un alma desdichada. Logramos preparar una comida "redonda", como dicen –muy gráficamente– nuestros primos del otro lado del Atlántico, con un pan, tan duro que tuvimos que cortarlo usando un cuchillo y una piedra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

como martillo y escoplo, una lata de leche –esta vez no había cabras–, té y gofio. Por supuesto que era imposible comerse el pan seco, pero lo hervimos en leche y resultó excelente.

Soplaba una fuerte brisa así que tuvimos que sujetar con piedras grandes todo el borde inferior de la tienda. A las nueve en punto estábamos ya a punto de retirarnos, aunque no pudimos resistir la tentación de estar sentados en el extremo de la tienda hacia sotavento, con el resplandeciente fuego enfrente y protegidos del viento por pequeñas paredes de piedras, disfrutando del paisaje. Aquí estamos, acampados en el fondo de un cráter, los únicos seres humanos en estos enormes y desiertos parajes. Sobre nuestras cabezas brilla la luna, no pálida y fría como en nuestras latitudes septentrionales, sino con el reflejo real de un sol más cálido. A nuestra izquierda se encuentra Guajara y la cadena de la que forma el punto más alto, a nuestra derecha el Teide, ya no una maravilla o prodigio para nuestra insatisfecha curiosidad sino una maravilla y un prodigio aún mayor por el conocimiento que ahora poseemos de él. Entre mortales la confianza hace que se valore menos a las personas aunque nadie ha pronunciado jamás palabras críticas contra el Pico, ni antes ni después de haber subido a él.

Muchas veces había preguntado si era difícil subir al Pico, qué era lo apropiado en cuanto a ropa, y otras varias dudas que me sugería un viaje tan inusual. Nunca obtuve una respuesta satisfactoria y, hasta que subí a la cumbre yo misma, no sabía absolutamente nada sobre todo ello. Humboldt dijo que era una de las más difíciles ascensiones que había llevado a cabo y que sólo la del Jorullo, en México, era peor. Dice el Sr. Piazzi Smyth: "no puede decirse que la subida sea difícil". Me inclinaría a decir que ambos están equivocados. En realidad es uno de esos casos en los que las circunstancias sí influyen sobre los hechos y que en cuanto a las señoras, podríamos decir lo siguiente: Si una mujer ha estado acostumbrada desde su juventud al ejercicio al aire libre, incluyendo trepar por rocas, remar, nadar, montar a caballo y correr –de hecho todo lo que se pueda considerar ejercicio– y si goza de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

buena salud y tiene el coraje necesario, no hay nada que le impida subir al Pico Teide. Pero si sólo ha caminado durante su vida, si no está acostumbrada al esfuerzo gimnástico necesario para saltar por las rocas y si su existencia y sus extremidades han permanecido dentro de los límites que la moda de Bond Street [4] prescribe, entonces nunca podrá ver el cráter que corona al Teide. La pregunta sobre si la subida es difícil o no, no puede responderse con un simple "Sí" o "No". Es cierto que requiere un gran esfuerzo físico. El que pueda llevarlo a cabo una mujer depende totalmente de su forma de vida, y ella misma es la que tendrá que decidir sobre su propia capacidad. Varias señoras han subido: la primera de quien tenemos datos es la Sra. Hammond, una señora escocesa, a quien Von Buch encontró en el Pico. La única otra señora cuyo nombre conozco es la Sra. de Piazzi Smyth, pero me han hablado sobre una o dos más. Me parece una pena que no se lleve un registro de los que suben. Si uno pregunta en Tenerife si la gente sube con frecuencia, nos responden: "¡Oh, sí! Suben muchísimas personas", pero, si seguimos indagando, ¡el número se reduce a alrededor de una docena al año!

La primera parte del ascenso no puede considerarse como realmente difícil ya que hasta unos 1.500 pies de la cumbre se puede ir a caballo. Desde Altavista hacia arriba la subida es fatigosa porque hay que hacerla a pie y, prácticamente, sin ninguna ayuda.

Lunes, 17 de septiembre. John tuvo dolor de muelas anoche y pensó que no podría dormir sin tomar un poco de "chlorodyne". [5] No teníamos agua en la tienda y, como Lorenzo estaba dando de comer a los caballos cerca del pozo, tuvimos que esperar hasta que volviese. Generalmente colocamos nuestra vela sobre la caja de la cámara fotográfica en el centro de la tienda, usándola como candelabro y también de soporte para el tintero,

4 Calle de Londres donde se encuentran las más famosas tiendas de ropa. *[Nota del traductor]*

5 Un analgésico de marca. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pero esta noche la clavamos en la piedra pómez del suelo en el centro de la tienda, entre la lona impermeable. Al final, el "chlorodyne" no hizo falta ya que ambos nos quedamos dormidos y me desperté a las 2 a.m. con la sensación de haberme olvidado de algo, descubriendo que la vela casi se había consumido. Tuvimos suerte de que no la volcásemos mientras dormíamos.

Nos levantamos bastante tarde ya que todos estábamos exhaustos por el duro viaje y la falta de sueño. Los hombres siguieron acostados incluso después de habernos levantado nosotros. El fuego ardía con fuerza ya que había estado protegido durante toda la noche y pronto pudimos desayunar. Éste es un lugar excelente para acampar, amplio, sin muchachos o campesinos curiosos ni el eterno sonar de campanas resquebrajadas. Un buen manantial de agua, con charcas para lavarse y para los animales, conforma un paraíso perfecto. ¡Pensamos en las maravillas del pasado de este lugar! Poder dormir tranquilamente en un cráter bastaba casi para llenarnos de asombro. ¡Qué diminutos parecíamos, como puntos en esta extensa llanura solitaria! A un lado estaba el Pico, a 6.000 pies sobre nuestras cabezas; cerca, al otro lado, se elevaba con su agreste grandeza Guajara, unos 3.000 pies de risco vertical.

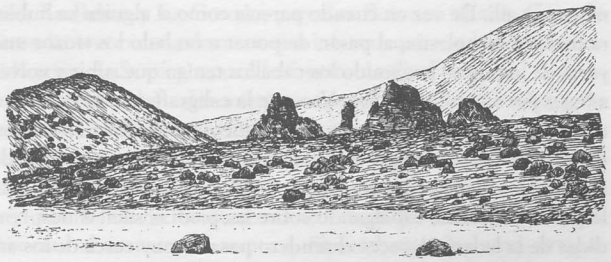
Tras finalizar nuestro desayuno de cacao con leche de lata, pan, gofio, uvas, higos, manzanas, peras y almendras, recogimos la tienda y partimos a las 9 a.m.

En lugar de cruzar el paso de Guajara a caballo, por donde habíamos venido, seguimos por Las Cañadas al pie de los riscos, continuando el camino de la noche anterior. Avanzando en dirección sur, pasamos cerca de las montañas que aún rodean este antiguo cráter. Pronto pasamos bajo El Sombrerito, una montaña más pequeña que aquella desde la cual John sacó la fotografía del Pico cuando nos quedamos en Vilaflor, pero que tiene la misma forma. A las 10:30 a.m. llegamos a un punto en Las Cañadas conocido como Los Roques. Los Roques son unas masas de lava altas, puntiagudas y afiladas, surgidas en épocas pasadas cuando el cráter se estaba enfriando y que no volvieron a hundirse sino que perma-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

necieron como una especie de recordatorio de lo que había ocurrido. Desde lejos parecen ruinas de un castillo, y lo son –las ruinas de un castillo de lava. Se corresponden con las "chimeneas temporales" que se elevan de entre la hirviente lava en Hawai, descritas por la Sta. Bird.

El punto más cercano de nuestro sendero a estas rocas era el lugar donde se bifurca el camino a Adeje y Guía, este último a la derecha. No es posible equivocarse, ya que han cavado allí un gran agujero circular, de unos veinte pies de diámetro. Una escalera, de aspecto bastante carcomido, conduce al fondo que estaba



LOS ROQUES, LAS CAÑADAS

completamente seco y, por su aspecto, yo diría que nunca hubo agua aquí. Nuestro excelente guía de Chasna nos había dicho que en él encontraríamos agua. Descubrimos que, en general, era siempre más fiable creer exactamente lo contrario de lo que nos decía.

Desmontando, nos sentamos a la sombra de unos arbustos de retama y acabamos con la fruta que nos quedaba. El lugar era muy atractivo. Las paredes del cráter parecen cerrarse a nuestro alrededor y es como si estuviésemos en un triángulo, ceñido por montañas, cuyo centro es una masa de lava negra. La forma de las rocas es extremadamente escarpada y afilada y existen agudos pi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

náculos que se elevan verticalmente, tanto en la parte alta de la pared del cráter como en los laterales.

Volvimos a montar a las 11:15 a.m. y poco después el camino, que había discurrido por un terreno quebrado y de piedras sueltas, justo al pie de las montañas de Guajara o de la pared del cráter, continuó sobre la lava negra. Esta lava había estado siempre a la derecha de nuestro sendero durante todo el camino desde Guajara. Su altura varía entre diez y cuarenta pies. Se iba acercando cada vez más a la pared del cráter y finalmente no quedaba espacio por donde pasar ya que se unió completamente a los riscos. Tuvimos, por lo tanto, que subir hasta la parte alta, nuestros inteligentes caballitos avanzando con cuidado por encima y por entre las rocas de lava. No parece que hayan intentado abrir ningún camino por allí. De vez en cuando parecía como si alguien se hubiera tomado la molestia, al pasar, de poner a un lado los trozos mayores de lava pero a menudo los caballos tenían que subir y volver a bajar por las rocas de lava. Veo que la caligrafía en mi cuaderno de notas es bastante irregular, ¡señal inequívoca de la condición de la pista! Este camino sólo cubría un tramo de un cuarto de milla más o menos y luego volvimos a descender hasta la base de la pared del cráter, cabalgando sobre las piedras sueltas desprendidas de la ladera. A veces el sendero pasaba muy cerca de los arbustos de retama. La pista era siempre muy estrecha, alrededor de un pie de ancho. Era imposible convencer a los caballos de que avanzaran de dos en dos o de que se apartasen ni una sola pulgada de la pista, así que nos resignamos a avanzar, casi siempre, en fila india y en silencio. Este empeño en no salirse de la pista era en este caso muy incómodo ya que las rígidas ramas de las retamas a veces casi nos arrojaban del lomo de los caballos.

El camino –es un decir– que estábamos siguiendo nos hubiese llevado, de seguir por él, hasta Garachico, de modo que tuvimos que desviarnos hacia la izquierda para poder atravesar el desfiladero de Guía. Un corte en las montañas nos ofreció una subida fácil y breve que, poco después, nos permitió ver el mar de la costa suroeste. Desde que se deja atrás el desértico cráter, co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mienza la vegetación, aunque escasa. El sendero seguía la curvatura de las montañas, descendiendo gradualmente, pero subiendo y bajando por hondonadas y barrancos. A veces la pista tenía solamente un pie de ancho y en una ocasión, como pasaba sobre una roca lisa, poco segura como punto de apoyo y con un precipicio a ambos lados, consideramos que era aconsejable desmontar y cruzarla caminando. Los arbustos de codeso reemplazaron a la retama. El suave descenso, cuyas únicas variaciones eran las muchas curvas del camino, el aire claro y transparente, con las montañas dobles de La Palma semejando lomos de animales, y la masa alta, compacta y con forma de cuenco, de La Gomera que se extendía frente a nosotros, resultaban muy bellos y tranquilizantes. El mar casi no se veía, debido a una masa de nubes y, a nuestros pies, La Palma y La Gomera parecían flotar en el aire. Cerca se extendía una cadena de montañas inferior, que nos habían conducido cerca de Santiago, cuando íbamos desde allí a Guía.

Hacía mucho calor mientras avanzábamos lenta y silenciosamente y, finalmente, se volvió tan insoportable que aclamamos, llenos de alegría, la aparición de una roca que arrojaba su sombra tentándonos a descansar. La roca resultó estar hueca en la parte baja y había allí medio centenar de cabras que huyeron precipitadamente al acercarnos nosotros. Sin embargo, logramos atrapar un par y conseguimos un poco de leche fresca. El único recipiente que podíamos usar para ordeñarlas sin tener que descargar los caballos era la tapa metálica del filtro militar de carbón que siempre llevaba colgado al hombro. La necesidad es la madre de todas las ciencias, sin duda alguna. Sería fácil convertir uno de los extremos de este filtro en una taza con tapa o, mejor, en un cuenco pequeño, y entonces se podría filtrar agua para que la usasen otros, por no mencionar la ventaja que supondría tener una taza siempre a mano.

Mientras estábamos parados intenté mejorar mi castellano y conseguir información hablando con los hombres. Es difícil, casi imposible, conseguir información sobre La Gomera; solamente pude sonsacarles un dato: ¡que allí las cabras son buenas!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El descenso se hizo muy escarpado, y el terreno tan agreste e irregular que tuvimos que avanzar a pie. Me había arrancado la piel en varios puntos de los pies al trepar por el Pico así que me alegré cuando pudimos volver a montar. Nuestro inestimable guía, Federico, volvió a perderse y nos hizo dar un rodeo, atravesando dos aldeas pequeñas. Debido a la ausencia de bosques y vegetación densa en este extremo de la isla, es fácil divisar el punto al que uno se dirige horas antes llegar a él. La bajada pendiente desde las paredes del cráter hasta el mar no se ve obstaculizada por ninguna montaña, aunque la cruzan innumerables barrancos ocultos.

Los pobres caballos consiguieron un poco de agua, al menos, en el pueblo de Chirche, para compensarlos por el trayecto extra. Los habitantes, por supuesto, salieron a observarnos, no solamente porque éramos *ingleses*, sino porque habíamos subido al Pico. Había algunas calabazas creciendo en los bancales, evidentemente una cosecha sembrada hace poco.

Me alegré mucho cuando llegamos a Guía ya que nos dolían los pies y estábamos cansados y hambrientos. Lorenzo nos dijo que sería mejor ir a la casa del alcalde hasta que la comida estuviese lista. Así lo hicimos, muy agradecidos porque, como aún era temprano por la tarde, el calor y las moscas eran insoportables. Pensábamos seguir más tarde hasta el Puerto de Guía, una bahía pequeña a una milla de distancia más o menos y allí montar nuestra tienda a la espera de la llegada de la goleta para La Gomera. Nos aguardaban dos contratiempos. Primero, no había agua en el Puerto y, segundo, el barco para La Gomera ya había llegado... y se había marchado. Esto era realmente inconveniente, ya que así perdimos toda una semana que podíamos haber pasado cómodamente en Vilaflor, Adeje o en el Pico. Preguntamos si no había algún bote que nos llevara a La Gomera. Esto, nos aseguraron, era algo imposible, y nos dieron varias excusas, como que era peligroso y que estaba demasiado lejos. Considerando que La Gomera se veía fácilmente y que sólo se tardarían cuatro horas en llevarnos hasta la otra orilla, nos resultaba difícil no creer que esas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dificultades eran sólo imaginarias. Los guanches no eran gente marinera y, desde luego, los habitantes actuales de estas islas son marineros mediocres y no muy buenos pescadores. No parecen haber heredado de sus antepasados españoles ese amor por la aventura que colocó a España en cierto momento a la cabeza de las naciones. Es difícil decir si la generación actual de *isleños* ha heredado su amor a la tierra firme de la Península o de su tradición, quizás de ambas. Me inclino a pensar que es un legado guanche.

Mientras tanto, decidimos descansar. El alcalde nos llevó a su cuarto de estar y, con extrema bondad, insistió en poner una habitación de su casa a nuestra entera disposición durante tanto tiempo como deseásemos permanecer allí.

No queríamos volver a la plaza ya que la notoriedad y el calor eran excesivos. Por todo ello le estuvimos muy agradecidos al alcalde, Don Francisco Bania.

Lorenzo, siguiendo nuestras instrucciones, pidió la cena a la misma mujer que había cocinado para nosotros anteriormente, cuando estuvimos en la plaza. Creo que la vieja quería ser prudente y no equivocarse, ya que hasta las 7:30 p.m. no nos la trajo, hora en que ya estábamos casi muertos de hambre.

Todo el mundo sabía, por supuesto, que íbamos a ir a La Gomera y, poco después, nos dijeron que había un hombre en el pueblo que también iba allí y que conocía la isla. Le invitamos a entrar en nuestra habitación, que daba directamente a la calle, y le enseñamos nuestro mapa de La Gomera. Quizás convenga resumir aquí la información que habíamos obtenido ya de los residentes ingleses y españoles, en Santa Cruz, La Orotava y el campo, sobre esta isla que sólo se encontraba a poca distancia –quince millas– de la suya.

Existe. Es bonita. Tiene buenas cabras. Allí vive una persona acaudalada –para quien nos dieron una carta de presentación. Una goleta la visita una vez por semana desde Santa Cruz aunque, dónde hace escala y cuándo, no se sabe. ¡Y sanseacabó!

Naturalmente, estábamos ansiosos por obtener algunos datos más y, para que fueran lo más exactos posibles, sacamos nues-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tro mapa e interrogamos a aquel hombre. Sin darle mayor importancia, le mostramos nuestro mapa del almirantazgo inglés, el único mapa fiable que existía de La Gomera. Descubrimos, sin embargo, que no conocían la existencia de mapas y la excitación y curiosidad del vecindario aumentó considerablemente ante la idea de poder ver La Gomera, que todos veían día tras día, descrita sobre un papel. Así fue como, mientras con un dedo señalábamos San Sebastián y con otro Vallehermoso, intentando mostrarle al gomero su ubicación y que nos informara de las distancias existentes, la buena gente de Guía se amontonó alrededor de nosotros, cada vez más cerca, hasta que no nos quedaba sitio ni para ver ni para movernos. Colocamos el mapa sobre una mesa y, a la luz de una vela, lo fuimos repasando. Gruesas gotas de sudor corrieron por la cara de nuestro informante a raíz del caballeroso esfuerzo que hacía intentando entender las sutilezas del mapa. Tras muchas dificultades, logramos enterarnos de que la parte de la isla que había entre San Sebastián, Hermigua y Vallehermoso era la más bonita; que el otro lado, el suroeste, era seco, sin vegetación y cubierto por lava; que podíamos ir a Vallehermoso por Hermigua y regresar por las *cumbres*, o montañas, del centro de la isla. Nada más pudimos sacarle sobre La Gomera.

A estas alturas ya había unas cincuenta o sesenta personas dentro de la habitación. Y fuera ocupaban el portal y la ventana unas cien más, deseando observarnos y oír lo que estábamos diciendo. Hacía una noche bastante calurosa y el calor no disminuyó al llenarse nuestra habitación de techo bajo con tantos campesinos bastante sucios. Finalmente, tras obtener toda la información posible, me di cuenta del sofocante calor y le dije a Lorenzo, con un suspiro, "Hace demasiado calor aquí". La gente, con una gran cortesía que, por desgracia, no tendrían los campesinos ingleses, inmediatamente comenzó a desaparecer de la habitación. Poco después llegó nuestra cena y la recibimos con gran alegría. Comenzaba con sopa de fideos, aunque tenía demasiados de éstos, lo que la hacía muy espesa. Después nos sirvieron *puchero*, con un pollo cortado en dos, y tras éste, el café. Todo estaba ex-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

traordinariamente delicioso, pero quizás teníamos –sin lugar a dudas, teníamos– muchísima hambre.

Le pagamos a nuestro guía por dos días, siguiendo las instrucciones del alcalde, ya que el que se perdiese con tanta frecuencia había hecho que nos retrasásemos un día más.

Todo se puso al rojo vivo antes de cenar cuando una muchacha joven, la sobrina del alcalde, cayó enferma repentinamente. Nos acercamos a ver si podíamos ser de alguna utilidad y encontramos alrededor de treinta personas en un cuarto pequeño, la pobre muchacha tumbada sobre una cama y jadeando por falta de aire. Lo primero que había que hacer era sacar de allí a tantas personas como fuese posible y abrir la ventana, algo que la alivió inmediatamente. La enfermedad resultó no ser nada muy serio, un ligero agotamiento debido al mucho trabajo en un día tan caluroso combinado, sin duda alguna, con la agitación producida por nuestra llegada.

Esa noche vinieron José y Eloy, con los caballos, a despedirse, muy tristes ya que salían para La Orotava temprano a la mañana siguiente. Eran personas estupendas y echaremos mucho de menos el rostro siempre alegre y risueño de José.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

GUÍA • NUESTRO CAMPAMENTO JUNTO AL MAR

IX

Ningún juego fue nunca lo suficientemente importante
Para que un hombre racional lo jugase
En el que ningún accidente, ninguna desgracia,
Pudiera posiblemente ocurrir.

.....

Ya que lo que vale la pena poseer debe, sin duda, pagarse
Y el deporte es como la vida, y la vida es como el deporte:
"No todo es un juego de bolos y cerveza".

ADAM LINDSAY GORDON

...Delante,
El gran océano, con su voz eterna,
Como en jubileo perpetuo, proclamaba
Las maravillas del Todopoderoso.

SOUTHEY

MARTES, 18 DE SEPTIEMBRE. Estamos comenzando ahora a sentir la fatiga de los últimos días y nos produjo más contento que nada el hecho de vernos obligados a quedarnos aquí. Esperábamos poder ser algo perezosos y dormir hasta bastante tarde esta mañana pero, por desgracia, cuando las moscas se despertaron, poco después de las cinco, ya no hubo más descanso para nosotros. Había miles en la habitación, no, millones. Mientras intento denodadamente escribir me golpean los ojos y la cara zumbando y me hacen cosquillas en las manos, así que me cubro la cabeza con un pañuelo, haciendo que un filo caiga hacia delante y se posan sobre él en lugar de hacerlo sobre mi cara, y también me vendo las manos. John intenta dormitar pero se rinde ante la imposibilidad.

Nuestra habitación es cuadrada, con un techo bajo, completamente enjalbegada. El techo lo cruzan pequeñas vigas, con una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

separación de un pie entre ellas. Parecen innecesariamente robustas pero no lo son, en realidad, si se piensa en el peso de las azoteas. El suelo está formado por tablones alisados con azuelas que no han sido lavados desde que se colocaron, a juzgar por su aspecto. Hay un ropero profundo empotrado en la pared y pintado de un azul brillante, con un tono bastante feo, en un extremo. Frente a él está la ventana, también pintada de azul, con los habituales asientos en las esquinas y persianas, o postigos, desde donde se puede observar a los que pasan. Dos pequeños estantes pintados y media docena de láminas religiosas baratas son todos los adornos que hay. Seis sillas y dos pequeñas mesas adosadas a la pared, un soporte de hierro para una palangana y dos camas turcas integran todo el mobiliario. También hay tres cajas grandes o arcones, donde la buena señora de la casa guarda su ropa blanca, sus mejores vestidos y sus joyas. Hay una alfombra alargada junto a las camas que están muy limpias y libres de cualquier morador. Las paredes están adornadas con numerosos "cazamoscas" de papel. La escalera y el pórtico que hay sobre nuestra ventana hacen que la habitación se mantenga fresca. La vista desde la ventana es muy limitada: un patio pequeño con suelo de guijarros y, más allá, las tejas rojas de las casas y las paredes de otras, entre las que crecen abundantes cactos.

Nuestra habitación está al mismo nivel que un pequeño patio o espacio abierto, en la parte frontal de la casa. Detrás están las habitaciones que usa la familia o sea que ésta es, aparentemente, una habitación libre. Sobre nuestra ventana se encuentran la escalera exterior que conduce a la azotea, donde han puesto a secar unos higos. Aquí los higos son particularmente sabrosos e infinitamente mejores, cuando están secos, que los que conocemos en Inglaterra. Sólo se envían unos pocos a Inglaterra y siempre a amigos, para su consumo particular. Doña Francisca, la hermana del alcalde, nos trajo hoy unos higos y miel que estaban deliciosos. Ésta es un gran regalo ya que no sólo es excelente, con un sabor rico y aromático, sino que, como no se puede conseguir mantequilla, hace que el pan seco esté muchísimo mejor. Nuestra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cantina nos resultó de gran utilidad ya que muchos de sus artículos eran básicos aunque desconocidos por aquí. Los cuchillos que nos dejó Doña Francisca estaban marcados con la palabra "Sheffield".[1] Dudo mucho que fueran ingleses ya que eran de una calidad muy baja. Nuestro almuerzo de hoy consistió en sopa de arroz y *puchero blanco*. Cuando pedimos el almuerzo, dije que no queríamos ave ya que tardaban tanto en atrapar una. No era posible conseguir carne así que Lorenzo dijo: "No se puede hacer sopa sin un ave o algo de carne". De repente me acordé de los huesos del pollo que nos habíamos comido en el Pico y que, en aquel momento, me pareció una pena tirar, conociendo la escasez de alimento que a veces había. Era un milagro que aún estuvieran en buen estado, aunque la sequedad y la pureza del aire en el Pico deben haberlos conservado así. Ahora nos eran útiles y obtuvimos una sopa excelente o, más bien, un caldo. Lorenzo lo llama *puchero blanco*, que quiere decir sopa de verduras sin carne. Este plato es muy sabroso, preparado con toda clase de verduras, papas, cebollas, calabaza, peras, tomates, *pimientos* y ajo, todo junto. Cuando se cocina con ave o algo de carne lo llaman *puchero*, semejante al cocido irlandés sólo que con la ventaja de que lleva muchas clases distintas de verdura. Aquí la comida es muy buena y muy adecuada para el clima. Es un gran error por parte de los ingleses que intenten preparar comida inglesa dondequiera que vayan, lo que los nativos de un lugar comen es, más o menos, el alimento más adecuado para ese clima. La carne en las cantidades que comemos en Inglaterra es totalmente innecesaria y, sin duda, nada aconsejable aquí. Casi siempre se pueden conseguir huevos, un pollo habitualmente, verduras y fruta, siempre. Todo lo que digamos sobre el pan es poco, ya que es el mejor que he comido jamás. En Santa Cruz, donde utilizan harina extranjera, no es nada especial pero en el resto de la isla es delicioso. Está hecho de trigo completo, molido muy fino y bien cocido, en pa-

1 Ciudad inglesa famosa por sus fábricas de acero y cubertería. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

necillos pequeños de unas diez pulgadas de largo. La corteza es crujiente, sin la dureza de los panecillos franceses, y cuando está viejo, incluso duro, el pan sigue siendo comestible y sabroso. Es ligeramente pardo de color, no completamente blanco. Lo comimos esta mañana recién sacado del horno y tan caliente que casi no podíamos tocarlo y, no obstante, no resultó pesado para el estómago. Lo que para muchos sería veneno en el pan inglés, aquí es sano. También es bueno solo, sin mantequilla, ya que su sabor es dulce y muy sabroso, algo que es una suerte porque la mantequilla no se consigue a ningún precio.

En esta zona el gofio, como en todos sitios, es el alimento básico de los isleños. Está hecho con trigo, cebada, maíz o centeno molidos muy finamente. El proceso de preparación es muy simple. Tras desgranar el trigo, lo que se desea utilizar inmediatamente se coloca en una vasija de barro ancha y plana, de unos dos pies y medio de diámetro y de tres o cuatro pulgadas de profundidad. Ésta se coloca sobre el fuego, removiendo el trigo constantemente con un palo que lleva un extremo acolchado, como el palo de un tambor. Cuando el grano está ligeramente tostado se retira y se muele. El molino consiste en dos piedras redondas de granito; el de esta casa tenía unos dos pies de diámetro. La de arriba tiene un agujero de unas tres o cuatro pulgadas de ancho por el cual se introduce el trigo. Sujeto a un lado del agujero de la piedra superior hay una palanca, que sobresale horizontalmente hasta un pie de distancia, y a ella va adosada una vara, de unos cuatro o cinco pies de largo, cuyo extremo superior se encuentra sujeto a una pieza giratoria en una de las vigas. Se añade un poco de sal gruesa al trigo en el molino y sale todo molido muy finamente. Era curioso ver cómo se obtienen los mismos resultados aquí de un modo tan simple cuando en Inglaterra, y sin tanto éxito, se utilizan molinos de acero y se discute tanto sobre la idoneidad del trigo en grano. El gofio de trigo, como he dicho antes, se considera el mejor, después el de cebada, luego el de maíz, y el peor es el de centeno. El trigo y maíz mezclados son excelentes y la mezcla de trigo, maíz y cebada produce un gofio extremada-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mente bueno. Tras moler el trigo, el gofio está listo para usar. Raramente se consume seco. Se prepara del siguiente modo: se coloca un puñado en un plato o cuenco y se añade agua hasta que el gofio se convierte en una masa semidura de la consistencia de la masa de pan. Los isleños lo amasan con las manos hasta que se homogeniza, aunque el proceso puede llevarse a cabo también con una cuchara. En lugar de agua, a veces utilizan leche. Amasado así se convierte en un plato muy apreciado. No hay nada que nos impida comer gofio y a los que les guste el "porridge" [2] y estén acostumbrados a utilizar harina integral o de trigo les gustará muchísimo. Está claro que es nutritivo y proporciona energía cuando vemos la cantidad de trabajo y las duras caminatas que realizan los arrieros habiendo comido sólo gofio, incluso sin leche. Recientemente ha habido muchas pruebas de la importancia como alimento del grano de trigo integral y ésta es otra más. El agradable sabor del gofio proviene de que los granos sólo se tuestan ligeramente. No quedan trocitos en él y la cáscara exterior, o cascabillo, del trigo se muele completamente hasta convertirse en polvo.

Por la tarde, después de la comida de las cuatro, dimos un paseo por la ciudad o, más bien, por el pueblo. Se estaba celebrando una misa ya que era la fiesta de la santa patrona de la iglesia, Nuestra Señora de Guía, cuyo nombre lleva esta zona en lugar del antiguo "Ysora". Le echamos un vistazo a la iglesia, que estaba muy bien iluminada. La música era aceptable, mejor que la que oiríamos en la mayoría de las iglesias rurales de nuestro país. Los hombres brillaban por su ausencia. No se veía ninguno, salvo el oficiante, ya que todos los asistentes eran mujeres y muchachas jóvenes. Saliendo de la iglesia, vagamos por las calles en la oscuridad. La luna no había salido aún y, como no hay luces de ningún tipo, excepto la luz de alguna vela mortecina en alguna tienda, y el pavimento de las calles es muy tosco, aunque mejor que en muchas otras de la isla, es bastante difícil caminar sin caerse. Las

2 Ver nota 6 del capítulo 5. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tiendas sólo contienen productos de primera necesidad, señal inequívoca de que el dinero no sobra. Sus existencias son productos muy comunes. En una compramos lino, platos de metal, velas, muselina, café, pan y verduras. En una ventana que pasamos había un zapatero leyendo un libro grueso, el primero que he visto. ¿Cómo es que a todos los zapateros de cualquier lugar les gustan siempre los libros? Hay una escasez extrema de libros en todas partes y, al indagar, descubrimos que no hay ninguna escuela en un radio bastante considerable por lo que los niños de este pueblo, bastante grande, no reciben instrucción alguna. Hay muy pocos hombres o mujeres que sepan leer y, mucho menos, escribir. El alcalde mismo no sabe, así que necesita un secretario. Nos fuimos a la cama después de extender sobre nuestras caras y manos una buena dosis de vaselina, ya que estamos horriblemente quemados y con la piel levantada por el sol. Lo más desagradable de quemarse son las ampollas que salen en el dorso de las manos; producen un enorme escozor y, si las rascas, tienden a infectarse. Esto parece un problema menor pero llega a ser muy real cuando, justo en el momento en que te estás quedando dormido, dolorido y exhausto, la intensa irritación de las heridas te impide descansar.

Miércoles, 19 de septiembre. Nos asombró descubrir que Lorenzo prefiere dormir fuera en lugar de entrar en la casa. Debo decir que nosotros también lo preferimos; después de habernos acostumbrado al aire libre, una casa nos resulta sofocante.

Una muchacha vino esta mañana con algunos caramelos de formas curiosas. Unos eran altos y los llamaban *piñas*, otros eran planos y se llamaban *cellas*. La muchacha los llevaba en un cesto, cuidadosamente cubiertos con una tela blanca. Los caramelos eran blancos, como el azúcar que cubre un pastel, con adornos rosados. Los caramelos escasean mucho y son caros debido al alto precio del azúcar.

Como estamos pensando seriamente en montar nuestra tienda en el puerto, nos parece aconsejable bajar a inspeccionar la zona. Por ello, tras alquilar una mula, por la que pagamos dos *pe-*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

setas (un chelín y ocho peniques), partimos John, Lorenzo, la cámara fotográfica y yo. El camino era agreste, junto a un barranco, y empinado; la caída era de 1.725 pies en una milla y media, más o menos. Salimos por la parte trasera del pueblo, por delante de unas casas donde, al ver a una mujer al fondo de un jardín, o *huerta*, le preguntamos si nos podía dar algunos melocotones. Nos dijo que cogiéramos cuantos quisiéramos; cogimos unos pocos pero no estaban muy maduros. Una *huerta* es algo entre un jardín y un huerto de árboles frutales, sólo que, en lugar de manzanos, tiene naranjos, melocotoneros e higueras, o lo que el clima permita. No puedo decir que el paseo fuese interesante. El terreno está totalmente desprovisto de vegetación. Cerca de la parte baja penetramos en el lecho del barranco. Sentada a un lado había una muchacha con pescado que llevaba al pueblo para venderlo. De buena gana lo hubiésemos comprado si hubiésemos estado viviendo aquí abajo. El precio que pedía me pareció ridículo para el tamaño que tenían: alrededor de un penique cada pescado. Desconocía su especie, aunque se parecía a nuestro bacalao. El Puerto de Guía es simplemente una playa donde se puede desembarcar desde los barcos. Hay algunas casetas de pescadores a la derecha al bajar y hacia ellas dirigimos nuestros pasos. Algunos niños medio desnudos están jugando por los alrededores y avisan de nuestra llegada. Una mujer y su marido nos invitan a refugiarnos del calor bajo su enredadera. Aceptamos y se muestran muy interesados en nosotros y nuestras andanzas. Hay un viejo inválido que está tumbado en una silla. Es una bendición para él poder ver una cara desconocida. Las casas son terreras y construidas con rocas de lava y barro. Las han levantado junto a un río de lava que aquí penetra en el mar; la lava forma, de hecho, la pared trasera. En la parte delantera han colocado algunas ramas sobre madera formando una especie de porche, y sobre éste crece una enredadera. Hay alrededor de media docena de estas casetas y todas tienen estos pórticos tan originales. Constituyen unos refugios muy agradables y son extremadamente pintorescos. El fondo tosco de lava negra, las enredaderas verdes, los niños medio des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nudos y los hombres y mujeres malvestidos, los botes junto a la orilla, la brillante luz del sol y el rugido del oleaje en la playa ofrecen, todos juntos, una imagen agradable y poco común.

John se dispuso a tomar algunas fotografías de sus casas y la gente salió poco a poco formando un grupo, inquieto y desmañado, delante de ellas. En otra caseta que pasamos, sus moradores estaban comiendo, sentados junto a una tosca mesa bajo una enredadera. Las palabras de Shakespeare nos vinieron a la mente, "Cada hombre comerá seguro bajo su propia enredadera" pero, por desgracia, poco se puede plantar aquí. La comida consistía en pescado salado y papas. Con cortés hospitalidad, quizás sólo superada en Irlanda, nos invitaron a entrar a comer. Los pescadores nos informaron de que no solamente no se conoce ni el día ni la hora en que hace escala la goleta para La Gomera, sino que incluso nunca se sabe si hará escala, y que habitualmente colocan un poste con un trozo de tela blanca cuando quieren que el navío entre en la bahía. Teniendo en cuenta estas circunstancias y la probabilidad de que si permanecíamos en Guía nunca llegaríamos a La Gomera, pensamos que sería mejor acampar en el Puerto, si era posible. Una vez tomadas las fotografías decidimos explorar los alrededores. Cruzando el barranco hasta el extremo más alejado de las casetas de los pescadores, encontramos otra caseta pequeña o, mejor dicho, una cueva, bajo un pequeño promontorio sobresaliente. Algunos pollos bastante flacos correteaban por los alrededores, así que apalabramos uno para el viernes, el día en que pensábamos bajar. Al pasar al otro lado del risco, descubrimos una cueva grande, donde vimos que era posible montar nuestra tienda protegida del sol y, así, estar frescos ¡y tenía suficiente espacio para servirnos de comedor, sala de estar y cocina! El gran inconveniente de acampar aquí es la falta total de agua, que tendríamos que traer nosotros. Esto hace que la suciedad sea más atractiva. Parece como si los pescadores no hubieran conocido el agua ni en sus casas ni en sus carnes. Un hombre que se acercó a nosotros señaló una llaga que tenía en el caballete de la nariz, que realmente necesitaba que la lavaran y algo para pro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tegerla de las moscas. Prometimos traer un poco de vaselina al día siguiente cuando volviésemos. Un muchacho tenía la garganta inflamada –debido a un enfriamiento evidentemente– y le recomendamos una venda con agua fría pero le resultaba tan difícil ponérsela que no pudo, a pesar de que la mujer le proporcionó un pañuelo ¡quitándoselo de su propia cabeza!

La subida a Guía fue más tediosa que la bajada y nos alegró poder salirnos al fin del resol y del calor. El alcalde pensó que habríamos desistido de nuestro deseo de acampar abajo, en el Puerto, y no comprendía que prefiriésemos la tranquilidad y la falta de moscas a las viviendas y sus habitantes.

Jueves, 20 de septiembre. Anoche le propusimos al alcalde sacarle una fotografía, algo que le complació enormemente. Le dijimos, sin embargo, que tenía que estar listo muy temprano ya que cuando el sol estaba muy alto las luces y sombras ofrecerían unos contrastes demasiado fuertes. Prometió estar preparado a las seis en punto de la mañana siguiente con su hija, cuyo retrato deseaba muy ansiosamente tener para poder enviárselo al hermano de ella, que vivía en Cuba. Sin embargo, cuando llegó la mañana, descubrimos que "sus hermanas y sus primos y sus tías" todos querían que los fotografiásemos. Por desgracia, esta buena gente lo consideraba un acontecimiento tan importante en sus vidas que tenían que lucir sus mejores galas, por lo que tuvimos que esperar tanto, con toda la paciencia de la que fuimos capaces, que el sol ya brillaba en lo alto porque eran más de las siete cuando por fin sacamos las fotografías, y ninguna de ellas resultó artística. Hicimos todo lo posible para convencerlos de que viniesen como estaban, pero sin éxito, y el resultado fue que esto no nos ayudó en absoluto a lograr que nuestra fotografía fuera pintoresca. Tras mucho insistir, logramos que la sirvienta del alcalde posara con un barril de agua en la cabeza; creía que nos estábamos riendo de ella, mientras que nosotros la veíamos como lo único que le daba algún valor al grupo. Lorenzo, que creo que si se lo pidiésemos se pondría alegremente cabeza abajo, accedió de inmediato a nues-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tra petición de ponerse el manto y colocarse junto a la muchacha del barril de agua. ¡No sé qué sentiría, con aquel sol abrasador dándole en la cara y una manta doble encima!

Les mostré a las mujeres que allí se habían reunido las fotografías de mis hijos, que siempre gustan a sus cariñosos corazones maternales –¡Dios las bendiga!– aunque creo que piensan que no tengo corazón porque los abandono tan lejos de aquí. Algo más tarde, durante el calor de la mañana, un tiempo que empleé provechosamente con mi pluma, una joven muchacha entró y pidió permiso para ver las fotografías de los niños ya que no las había podido ver antes. Quería saber sus nombres, de modo que los deletreé en mi cuaderno de notas para que pudiera leerlos. Era muy inteligente y había recibido alguna educación así que pudo darnos información sobre algunas cosas poco importantes.

CAMPESINOS DE TENERIFE CON BARRIL DE AGUA Y MANTO

Lorenzo trajo un pollo vivo a la una. Almorzamos a las 4 p.m., disfrutando mucho con aquella ave. Más tarde dimos una vuelta por la cocina y las otras dependencias y vimos a Lorenzo tostando nuestros granos de café. Primero colocan una cazuela de barro sobre el fuego, luego ponen los granos dentro y los remueven con una cuchara de madera. Le pedimos a Lorenzo que no tostase los nuestros mucho. A los isleños les gusta su café casi negro, lo que le da a un sabor a quemado que no resulta agradable para los paladares ingleses. La cocina está situada fuera de la casa. Tiene una chimenea y un horno, ambos de ladrillo, donde cuecen el delicioso pan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Las pencas viejas de cactus se utilizan, esparcidas por los suelos, para las vacas y los caballos. Parecen una cama bastante dura pero son mejor que nada. No usan heno o paja para los animales ya que la paja picada la consideran una cama adecuada para los seres humanos.

Después de la cena, con el frescor de la tarde, subimos a la azotea. En los muros había muchos higos secándose. Incluso este lugar aburrido y sin interés, tiene un aspecto pintoresco con el resplandor y la tranquilidad de la puesta de sol. Arriba, a lo lejos, se encuentra la Montaña de Benjar, una especie de cuesta más empinada surgiendo de una pendiente más suave que llega hasta el mar. Abajo, los botes de pesca están comenzando a hacerse a la mar y, al caer la noche van encendiendo sus antorchas de pino. Ahora vemos luces que se encienden en diversos puntos donde antes no habíamos percibido ningún bote, señal inequívoca de que los trabajadores del mar están faenando. Aunque extremadamente pobres, los pescadores se consideran descendientes de San Pedro, así que llevan la cabeza bien alta.

Volviendo la mirada hacia tierra firme, antes de que caiga la noche, vemos todos los animales del pueblo encaminándose hacia los abrevaderos. Es una curiosa y paciente procesión de vacas flacas y sin ánimo, de caballos pequeños y desgarbados y mulas tercas que se van turnando en los abrevaderos de la fuente. Tienen un aspecto oriental muy impactante cuando "van a por agua".

Abundan los muros anchos y bajos por todas partes y, sobre ellos, a la intemperie, grandes y pequeños, están esparcidos, secándose, los cacharros y la loza de cada casa. Las mujeres caminan muy rectas, sin duda debido a la costumbre de transportar pequeños barriles de agua sobre sus cabezas cuando van a las fuentes. Parecen bondadosas con sus hijos, y muy cariñosas. Nunca he visto ni bofetadas ni peleas. Las antorchas de pino relumbran de vez en cuando por el pueblo, al entrar y salir las personas de sus casas y patios, produciendo un efecto extraño que le da a este pueblo, tan corriente durante el día, un aspecto romántico y oriental cuando cae la noche. Son las 6:30 p.m. y ya es de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

noche. Los botes arden sobre el mar y las pocas azoteas que hay en el pueblo están ocupadas por sus propietarios. Como todavía tenemos algunas cosas más que comprar, abandonamos la azotea y a nuestro anfitrión y nos acercamos al pueblo. Antes de irnos el alcalde nos hizo ver que podíamos quedarnos todo el tiempo que quisiésemos, que le alegraba que nos hospedásemos en su casa y que pensaba que estaríamos mejor con él que en el Puerto. Temíamos, sin embargo, perder nuestro barco, ya que la comunicación entre el pueblo y el Puerto era muy mala y nada fiable.

Con el conocimiento que nos ha dado la experiencia, ahora sabemos que Adeje habría sido un mejor lugar de embarque. En el viaje de Santiago a Guía solamente tardamos una mañana y, aunque no se lograse llegar a Adeje antes de la noche, hay varios lugares entre los dos pueblos donde se puede conseguir agua. Se puede comprar comida camino de Guía y encontrar un lugar de acampada mucho más agradable que Guía en alguno de los numerosos barrancos o en los llanos de Adeje o, mejor aún, en la boca del Barranco del Infierno. Los pioneros sufren, sobre todo, por la falta de información. Los que vengan después de nosotros se beneficiarán de nuestra experiencia.

Toda la gente de Guía cuenta usando los dedos; todas las cifras, del uno en adelante. Llega a ser bastante ridículo, este continuo "manoseo", sobre todo si hay dos o tres personas en una tienda, todas intentando calcular el total de una suma usando sus diez dedos. Las únicas velas que se pueden conseguir son holandesas y los únicos extranjeros que han visto en esta zona del Pico son los viajantes de comercio franceses, con su equipaje a espaldas, vendiendo bisutería barata. Las carnicerías brillan por su ausencia ya que la carne es un lujo raramente asequible. En las tiendas hay cedazos para cerner la cochinilla que compran los tenderos a los pequeños agricultores hasta que tienen cantidad suficiente para enviar a Santa Cruz. Nos dicen que todas las herramientas de carpintería son inglesas. Para cocinar usan casi exclusivamente utensilios de metal. Son apropiados para el clima ya que, debido a lo seco del aire, no se oxidan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

A John le gustó la idea de tener un par de zapatos de cuero blancos, hechos a mano, para caminar por el terreno más agreste, así que Lorenzo trajo al zapatero a nuestra habitación para que tomara las medidas. Solamente tomó *dos* medidas, la longitud del pie y el ancho del empeine; esperamos que le queden bien.

Viernes, 21 de septiembre. Le dije a Lorenzo anoche que tendríamos que salir temprano para el Puerto, con el fin de evitar el calor. "Temprano", sin embargo, resultó ser las 11 a.m. Nos levantamos a las 5:30 a.m. pero había tantas cosas que comprar, para nuestra estancia junto al mar y para el viaje a La Gomera y El Hierro, que dieron las 9:30 antes de que las cosas estuvieran compradas y empaquetadas. Después tardaron una hora y media estos isleños lentos en conseguirnos las mulas y el agua y cargar a los animales. Son casi tan lentos como los noruegos, aunque no tanto. El alcalde nos llevó a ver un molino de gofio que funcionaba con dos mulas, un artilugio bastante grande en comparación con los pequeños que usan en las casas. Sin embargo, estaba construido de la misma forma, pero con las mulas caminando en círculo y con un eje que hacía girar las piedras.

Mientras esperábamos por las mulas, el alcalde y su secretario vinieron a vernos a nuestra única habitación. Les invitamos a bajar y hacernos una visita a nuestra tienda en el Puerto y esto les resultó bastante divertido, aunque no entendía por qué. Pero cuando les dije: "Es solamente un corto paseo, ahora vamos a bajar caminando", el secretario dijo: "¡*Usted* va a ir caminando!". "Sí", le dije. Alzó las manos, frunció el entrecejo y, volviéndose hacia el alcalde, le dijo en voz baja y sorprendido: "*Ave María,* va a ir caminando" y después a mí, "¡Usted debe ser muy fuerte!". "No particularmente", le dije, "pero no es ninguna caminata". Es verdad que el camino del que hablábamos no es muy bueno pero es todo cuesta abajo y la distancia es de sólo una milla o dos. Hemos recorrido distancias mucho más largas y bastante menos transitables desde que llegamos a Tenerife.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Finalmente pudimos ponernos en marcha. Una muchedumbre vino a despedirnos y partimos acompañados de muchos "¡Adiós!". Cualquiera diría que nos íbamos a Timbuctú en vez de a una distancia de sólo un par de millas. Bajamos por el peor camino, aunque el más corto, y de nuevo pasamos delante de la casa donde conseguimos algunos melocotones un par de días antes. La mujer estaba fuera, así que Lorenzo la saludó y le preguntó si tenía alguna fruta que pudiésemos comprarle. Dijo que ninguna y él le pidió una poca como un favor para la señorita, así que bajó y nos dio todos los melocotones e higos que tenía maduros y no quiso aceptar nada por ellos. Cuando habíamos recorrido alrededor de un tercio del camino, Lorenzo se acordó repentinamente de que se había olvidado de su manto y también nosotros nos dimos cuenta de que nos habíamos olvidado de nuestras sillas de montar, que normalmente no necesitan atención ya que están sobre los lomos de los caballos. Como también nos habíamos marchado sin unos zapatos que nos estaban reparando, pensamos que era mejor que él regresase de inmediato en busca de todo mientras nosotros continuábamos y levantábamos la tienda. Los nuevos zapatos de John le quedaron muy bien. Cuando llegamos abajo, giramos a la izquierda a través del barranco y, rodeando una pequeña punta, llegamos a la cueva grande que habíamos escogido para acampar. De inmediato nos pusimos a trabajar levantando la tienda, dejando el lugar limpio de piedras y clavando las estacas nosotros mismos. El arriero era estúpido y no sabía hacer nada, a pesar de que es primo hermano del alcalde. Cuando fuimos a coger la paja (perfolla de maíz) para nuestras camas, descubrimos que los hombres se la habían dado tranquilamente a las mulas como forraje. Una capa de esta paja picada bajo el piso de lona con nuestras mantas encima nos proporciona una cama razonablemente mullida, al menos lo bastante mullida si se está cansado. Lorenzo llegó casi una hora después que nosotros pero ya habíamos encendido el fuego y nos habíamos preparado un poco de chocolate ya que pensábamos que probablemente no conseguiríamos comer hasta bastante tarde. Habíamos traído de Guía dos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

barriles pequeños de agua, de alrededor de cuatro galones cada uno, pero no teníamos ningún sitio donde ponerla, por lo que tuvimos que pedirles prestado un par de *tinas* a dos de los pescadores que, junto con nuestra lata, eran suficiente para poner toda el agua. Una *tina* es una vasija o jarra de barro roja, con forma de capullo y una abertura en la parte superior de entre cuatro y seis pulgadas de diámetro. Cuando se cubre con un platillo de barro, el agua se mantiene completamente fresca. Acabábamos de terminar nuestros preparativos cuando la hija del hombre de la nariz enferma se acercó a recoger la "medicina", pero preferimos no darle toda la botella de vaselina a aquella gente, así que le dijimos que la llevaríamos por la noche, cuando saliésemos de pesca con ellos. De todos modos, el hombre vino a vernos y John le hizo una cura. Acordamos salir a pescar con él más tarde para ver la pesca con antorchas y pensábamos comer antes de salir pero, justo en el momento que íbamos a empezar, un muchacho vino a decirnos que ya iban a hacerse a la mar y tuvimos que marcharnos inmediatamente. Caminando unos cinco minutos sobre las grandes piedras lisas que forman la playa llegamos al pequeño grupo de casas de pescadores y la minúscula playa de arena de lava negra, bordeada por rocas, que forma su único puerto. Entonces descubrí que los botes no salen de la playa, por el oleaje, sino que se acercan lo más posible hasta donde todavía flote el barco. El pescador llevó a John sobre sus hombros y volvió a por mí. El bote era muy pequeño y nosotros dos, el hombre y su muchacho éramos más que bastante para llenarlo. Primero pescaron con un sedal de profundidad; tenían una forma curiosa de izarlo con un movimiento en arco del brazo y un tirón. No hubo suerte ya que no cogieron ningún pez. A esta hora el sol ya casi se había puesto sobre La Gomera, coloreando levemente las nubes con todos los tonos desde el rojo rosado al rosa pálido –una hermosa puesta de sol. Aquí la oscuridad sigue inmediatamente al ocaso y tras observar las luces del cielo miramos nuevamente las del mar. Al remar, el fósforo bailaba y jugueteaba entre las olas. Desde luego, la gente de esta isla no es una población muy marinera. El

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bote no parecía estar "en forma", ni tampoco los pescadores. Su forma de remar era ridícula y los remos tenían una forma curiosa. Exceptuando un mango pequeño de unas ocho pulgadas, el remo es cuadrado hasta llegar a la pala, que es muy ancha –el doble del ancho normal en Inglaterra– y recta. Por fuera de las bordas colgaban cuatro trozos de madera, dos a cada lado, cada uno de alrededor de un pie y medio de largo. Desde un principio me parecieron extraños pero resultaron ser protectores contra el desgaste que provocaban los sedales al entrar y salir del bote. Cuando se hizo muy oscuro, el muchacho prendió algunos trozos de madera de pino partida, colocándolos sobre una piedra plana y redonda, de unas nueve o diez pulgadas de diámetro, en la popa del bote. Cada extremo de los botes es afilado y tienen pequeños cajones a proa y popa. El fuego iba sobre la cubierta del ropero de popa y el muchacho, sentado dentro de un agujero que había en el cajón, sujetaba una caña de pesca con la mano y, de vez en cuando, lanzaba pescado y cebo cortado en pedazos muy pequeños. Se supone que la luz reflejada en el agua y el cebo harán que los peces se acerquen, y así poder pescarlos. Sin embargo no pescan mucho, aunque fuentes dignas de crédito dicen que estos mares están plagados de peces. Aunque no conseguimos pescar nada, sí logramos un buen zarandeo y un espectáculo pintoresco. Habían salido otros varios botes además del nuestro pero el resultado final no puede haber sido muy bueno ya que sólo pudimos conseguir un solo pez al día siguiente para nuestro desayuno. El dueño del bote nos trajo amablemente de vuelta a tierra cuando nos sentimos cansados y, tras una cena de gofio y leche, nos fuimos a dormir a nuestra tienda aunque sólo eran alrededor de las 7:30, y dormimos hasta las 5 a.m., con Lorenzo, envuelto en la manta de costumbre, tendido afuera y el rugido de las olas en nuestros oídos.

Sábado, 22 de septiembre. Fue un alivio que esta mañana no nos despertaran los miles de moscas, aunque sí había una o dos, y un escarabajo negro sobre la lona. No hay casi nada que me mo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

leste, excepto los mosquitos y las tijeretas. De los primeros hemos tenidos muy pocos, solamente en Santa Cruz y La Laguna; en La Orotava no hay mosquitos. La mosca común es realmente la mayor plaga, pero solamente es una molestia cuando se está entre paredes, en la tienda entran muy pocas. Mientras me estaba vistiendo, John bajó corriendo al mar y se bañó. Cuando estuve vestida, envié a Lorenzo a ver si podía conseguir algo de pescado, mientras yo ataba el café en una bolsita de muselina y ponía la mesa. Aquí sí que tenemos una "mesa", que es en realidad una piedra plana de seis pulgadas de grueso por dos pies de largo y uno y medio de ancho; dos piedras más grandes y nuestras mantas hacen de excelentes asientos. La tienda está a la izquierda mirando hacia el mar, la cocina a la derecha, y entre ambas, la mesa. En el extremo sotavento de la tienda está la despensa, con sus víveres sobre la bolsa en la que transportamos la tienda. En este momento consta de tres botellas, de vino, miel y aceite respectivamente –había otra más, aunque ahora la utilizo para la leche–, una lata de café, otra de té, una pieza y cuarto de pan, tres latas pequeñas con mostaza, pimienta y sal, un cartucho con azúcar y más café, chocolate en barras para comer o beber, además del extracto de carne (marca Brand) en bolsitas y dos docenas de melocotones. En un cesto redondo hecho de tiras de caña tenemos papas, un trozo de calabaza y una toalla mediada de gofio. En el otro extremo de la cueva, a distancia del fuego, están las dos tinas de agua. Una de ellas está colocada en este momento sobre una piedra alta, el cubo de nuestra cantina debajo de ella y el pequeño filtro de carbón lentamente filtrando el agua. Exactamente enfrente, a la izquierda, cerca de la tienda, están las sillas de montar. La cueva es ancha y alta y a su derecha, donde es un poco más baja, han construido una pared en la que hay una puerta y dos ventanas. Este hueco lo usaba su dueño anterior como establo para sus caballos o mulas. La parte frontal de la cueva está tapiada con una pared baja, de unos doce pies de grosor. Este espacio mide alrededor de cien pies de largo por cincuenta de ancho. El techo mide desde unos cien pies de alto a la entrada hasta unos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

doce o catorce pies sobre nuestra tienda, que colocamos lo suficientemente adentro para estar lejos del sol. El piso está formado totalmente por piedras, algunas de las cuales parecen haberse caído en algún momento del techo. A primera vista no aparecía ni una sola planta entre estas piedras secas y yermas, pero si se mira cuidadosamente, se ven uno o dos ejemplares. Había un magnífico espécimen de pepinillo amargo (*Citrullus colocynthis*), con sus ramas rígidas irradiando desde el centro, muy pegado al suelo y con una gran cantidad de pequeñas calabazas, del tamaño de canicas más o menos. De ella se extrae la coloquíntida, el valioso purgante. También encontramos algunos ejemplares del palmacristi (*Ricinus communis*). De sus semillas se extrae el aceite de ricino, aunque es más conocida popularmente por la leyenda de que fue la planta con la cual se hizo la corona de espinas de Cristo. Había también algunos ejemplares de *Reseda scoparia*, una reseda endémica de esta isla, y de la verdolaga común (*Portulaca oleracea*), que es una valiosa hierba antiescorbútica. A la izquierda, cerca de la entrada, la cueva se ha desmoronado y han construido una pared con peldaños que conducen a un nivel un poco más alto donde hay un trozo de terreno medio cultivado y las ruinas de una casa. Un par de higueras y algunos cactus es todo lo que queda ahora. Al hombre que vivía aquí lo arrastró, junto con su esposa, el barranco.

Los isleños son muy despreocupados en lo que se refiere a estos barrancos. Porque en uno no haya corrido agua durante un año o dos, creen que ya nunca correrá y, a veces, construyen en el mismo lecho del río. Puede que, posteriormente, llueva fuertemente en las montañas, que el agua crezca y que, antes de que se den cuenta, se escuche el rugido del agua que baja, arrastrando todo a su paso –piedras, árboles y seres humanos– hasta el mar.

Cuando Lorenzo regresó de su búsqueda esta mañana, trajo a un muchacho con él, que llevaba un pescado parecido a un bacalao, de unas quince pulgadas de largo, por el que le pagamos un *real*, o sea, dos peniques y medio. Sin lugar a dudas pagamos demasiado ya que a los ingleses les cobran más que a cualquier otra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

persona. Lorenzo lo cortó en cuatro trozos y pronto los estaba friendo en una sartén con aceite. Ya hemos dicho que no es posible conseguir mantequilla. Café, pan y miel completaron la comida. Antes de que hubiésemos terminado, nuestro barquero de la noche anterior vino a que le curásemos la nariz de nuevo; su esposa vino con él y se sentaron con nosotros. Los invitamos a un poco de pan pero lo guardaron y, un poco más tarde, cuando vinieron los niños, lo compartieron con ellos. La gente de esta isla, en general, es pobre, pero la población pesquera lo es hasta extremos de miseria. No tienen casi qué comer, salvo pescado salado y gofio. La ropa de este hombre consistía en una camisa de algodón azul, como las camisolas de los campesinos franceses, y un par de pantalones de algodón; encima llevaba una chaqueta y otro par de pantalones, ambos tan remendados que, aunque se mirase con mucha atención, era imposible decir cuál había sido la tela original. Esta ropa externa era de abrigo, la camisa azul y los pantalones –blancos originalmente– eran la ropa de diario. De todos modos no son más pobres que los que podemos encontrar en muchos pueblos pesqueros de Irlanda y Escocia, y el campesino canario tiene la ventaja de un clima sin mucha variación, sin los penetrantes vientos de levante o la lluvia interminable de aquellos países.

Después de desayunar enviamos a Lorenzo al pueblo en busca de un poco de pan y para realizar otras compras. Mientras ha estado fuera logré escribir durante mucho tiempo sin que ningún visitante me interrumpiera, aunque al fin vino un grupo de unos diez que, sentándose a mi alrededor, me observaron mientras escribía. John estaba tumbado en la tienda, así que estaba fuera de su alcance. Después de mirarme durante diez o veinte minutos, rompieron finalmente el silencio y me informaron de que habían venido a que los curasen de diversas enfermedades: creían que John era médico porque había tratado con éxito al muchacho y al hombre. Una mujer nos rogó que fuésemos a ver a su marido y así lo hicimos, pero el pobre hombre padecía una parálisis por lo que nos fue imposible ayudarle. ¡Pobre gente!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Nunca habían visto a un médico y aunque hubiera uno en la comarca, tampoco habrían podido pagar sus honorarios. Las diversas enfermedades tenían su origen, sobre todo, en la pobreza y la suciedad, ambas imposibles de mitigar.

La vista desde la parte alta de la pared frontal, que tiene unos cuatro pies de alto, es muy agradable. A una distancia de unas doce yardas se encuentra el mar azul y, un poco a la derecha, divisamos La Gomera. A la izquierda, un pequeño promontorio de roca parda y oscura penetra en el mar, y hay una playa de grandes guijarros redondos de un cuarto de milla de longitud, aproximadamente. Sobresaliendo por la derecha y formando parte de la cueva, hay un montón de rocas que nos separan de la bahía y hacen que nuestro campamento sea más privado. La cueva en sí, sin embargo, no da la sensación de ser muy segura porque las paredes son de una especie de conglomerado, una mezcla de barro seco y piedras, del que se desprenden guijarros de vez en cuando y hay señales de que se han desprendido masas mayores, aunque no recientemente. Lorenzo apareció, por fin, alrededor de las 2 p.m. con las compras que había hecho en Guía: una botella del mejor vino de Tenerife (un chelín y ocho peniques y medio), seis huevos (dos peniques y tres cuartos), una pinta de leche (un penique), una pieza de pan que pesaba alrededor de una libra (tres cuartos de penique) y unos higos (gratis). Aquí nunca te cobran ni los higos ni los higos picos. También trajo un pollo o, más bien, una gallina, por diez peniques. Nos dijo que debía haberla conseguido por siete peniques pero que había que cobrarles más a los ingleses. En breve se preparó el almuerzo al estilo de la isla. Primero se puso al fuego una cacerola grande mediada de agua fría, y después se le añadieron tres o cuatro cebollas grandes, después la gallina, dejando que todo hirviera bien. Otro recipiente se puso en otro fuego que tuvimos que encender expresamente y, sobre él, el arroz en agua fría, durante un rato. Se añadió entonces a la gallina y a la cebolla casi una cucharilla de pimiento dulce molido, un pimiento pequeño y un poco de ajo. Deberíamos haber añadido algunos tomates pero no se podían conseguir ni por todo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

el oro del mundo. Después se vertió casi todo este caldo, una vez colado, sobre el arroz y se puso al fuego, a hervir con fuerza. Entonces se añadió más agua a la gallina, además de las papas y unos trozos grandes de calabaza. Cuando está cocinado, el arroz queda bastante espeso y lo llaman *sopa*. El otro plato de verduras, con la gallina, es el *puchero*. Si no hay carne o pescado para darle sabor a las verduras, el *puchero* se hace sólo con éstas y se llama *puchero blanco*. Se puede hacer con cualquier verdura y cuantas más mejor. Lo hemos comido con col también, y con peras. Es, en realidad, un potaje español. No hay duda, sin embargo, de que en la mayoría de los hogares ingleses no utilizan las verduras ni la mitad de lo que debieran. Son un elemento de la dieta barato y saludable, pero la forma de cocinarlas requiere variedad y podríamos aprender muchísimo de la cocina de otros países. Es fácil adoptar un plato del *menú* de otro país, además de aconsejable ya que así se añade uno más a nuestra pequeña lista de platos nutritivos y económicos.

Por la noche salimos de la cueva y, sentados fuera, contemplamos la gloriosa puesta de sol sobre La Gomera. La parte alta de la isla está casi totalmente oculta por una masa de nubes gruesas y suaves que envuelven su silueta. A nuestra derecha se encuentra el promontorio negro que nos separa de las casetas de los pescadores. También tapa el horizonte, y su silueta afilada, dibujando toda clase de formas fantásticas, resalta claramente contra un cielo verde pálido por donde corren nubes aborregadas de un rosado delicado, como pinceladas. Sobre La Gomera, a una altura un poco mayor, hay una masa gris oscura de nubes y entre ambas el cielo está teñido de un rojo glorioso, un color que desafiaría al pincel de cualquier pintor. Cuando primero lo vimos era un rosa pálido pero rápidamente se volvió más intenso. Ahora cambia de nuevo a un tono carmesí más profundo mientras que el morado de La Gomera lo aclara un mar de verde plateado, y con los trazos de rojo de las nubes más lejanas. Las únicas señales de vida son los cuatro botes de pesca, deslizándose hacia el mar abierto para la consabida expedición nocturna. Hacia el sur las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nubes son grises y pálidas, tonos delicados teñidos de rojo. Según avanza la oscuridad desaparece el color carmesí álgido, reapareciendo en el norte de la isla, entre su promontorio y una masa de nube gris oscuro. Sobre La Gomera las nubes son ahora de un gris francés, con un toque de rosa. El verde de las rocas negras ha cambiado de nuevo a amarillo pálido y, más tarde, cuando el último rayo rojo ha desaparecido, el amarillo se vuelve naranja intenso. Al desaparecer el sol, llega la noche y nos vemos envueltos por la oscuridad en pocos minutos, salvo la luz de la vela al fondo de la tienda. Después de una cena de excelente pan con leche, nos retiramos con la esperanza de ver la goleta mañana temprano.

Domingo, 23 de septiembre. Aquí uno se despierta terriblemente temprano. Pocas veces dormimos después de las 5 y, como las escasas moscas que se meten en la tienda insisten en zumbar alrededor de nuestras narices, es más agradable levantarse. Después de vestirnos, desayunamos ya que, siguiendo la costumbre inglesa, nos gusta comer poco después de levantarnos. Me siento mareada si me levanto alrededor de las 5, o incluso de las 6, y no como nada hasta las 9:30 ó 10. Esa es la costumbre aquí, pero cuando estamos acampados seguimos las costumbres inglesas, al menos hasta el momento. Lorenzo prefirió lo que quedaba del puchero, en lugar de nuestro café y huevos.

Toda la mañana nos la pasamos intentando divisar el *correo*, como llaman al barco correo. Por fin, alrededor del mediodía, vimos una vela a lo lejos pero, tras esperar algún tiempo, nos dimos cuenta de que el navío se dirigía directo a La Gomera, sin ninguna duda. Enviamos a Lorenzo a preguntar a los pescadores qué pasaba y nos dijeron, por vez primera, que el correo no siempre hacía escala aquí, que hay que avisarle con una señal. Pensamos que esto era un pequeño ardid para intentar que nos quedáramos más tiempo aquí. Con cierta dificultad les convencimos de que izaran su bandera –es un decir–, un pañuelo blanco atado a una caña de pescar clavada en una roca por encima de las casetas. También izamos una toalla con otra caña de pescar en nuestro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

campamento. Después de un rato vimos con satisfacción cómo giraba la goleta hacia nosotros y, alrededor de las cuatro, enviaron un bote a tierra.

Llevamos nuestro equipaje a la bahía de los pescadores y nos sentamos sobre él mientras discutíamos el precio del pasaje con el *patrón*. Este individuo es mitad capitán, mitad sobrecargo, aunque no capitán como lo entendemos nosotros, con mando sobre los marineros y el buque ya que, al menos aparentemente, los marineros cambiaban de bordada cuando mejor les parecía. Este hombre, conocido como señor Miguel, nos pidió inmediatamente ocho dólares por llevarnos a La Gomera. Nos quejamos de lo abusivo del precio, y nos pidió siete y medio. Entonces le preguntamos si el precio no era fijo ¡y nos dijo que no! Es casi increíble que el Gobierno flete un buque para llevar el correo y le permita al dueño cobrar lo que pueda a los pasajeros. Es injusto porque no hay otro medio de transporte entre las dos islas. Seguimos oponiéndonos al precio de siete y medio y lo rebajó a siete. Finalmente acordamos seis dólares, aunque nos sentíamos bastante "sableados", incluso a ese precio. El velero que nos llevó hasta el correo es un bote grande y pesado que difícilmente podría volcarse. Siete hombres vinieron a tierra en él, y dos o tres se remangaron los pantalones y nos llevaron hasta el bote, a nosotros y a nuestro equipaje, sin que el oleaje nos mojase. Aunque hacía poco viento, intentaron navegar a vela hasta la goleta. Después de un rato los hombres se resignaron a remar. Si hubieran empezado un poco antes hubiéramos tardado la mitad de tiempo en llegar. Cuando subimos a bordo del navío descubrimos que el pequeño camarote de popa era tan sofocante que preferimos quedarnos sobre cubierta toda la noche, a pesar del fuerte relente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LA GOMERA • SAN SEBASTIÁN

X

Llega la aurora. Mirad, el regio Día cruza ahora
El muro oriental de la tierra, espada en mano.
Vestido con una túnica sinuosa de luz tenue,
Como un rey que ha recobrado su trono,
Calienta, alegrándolos, a sus decaídos súbditos,
Que se levantan contentos para jurarle lealtad,
Y gobierna con pompa el mundo universal.

JOAQUÍN MILLER

LUNES, 24 DE SEPTIEMBRE. Nuestra primera experiencia de las goletas canarias nos pareció terrible; posteriormente recordaríamos este barco como uno de los mejores de las islas. No estuvimos en el camarote durante la noche sino que, envueltos en nuestras mantas, nos tumbamos o sentamos en la pequeña cubierta de popa. Como el timón estaba en medio de ella, y la botavara sobre éste, nuestra posición no era nada envidiable. Siempre que la botavara "nos sobrevolaba" teníamos que movernos, estuviésemos dormidos o despiertos. El relente caía fuertemente, mojando nuestras caras y cabello, además de las mantas, y nos sentíamos doloridos de estar acostados tanto tiempo sobre los duros tablones. Hay que decir que éste era el primer relente que habíamos visto, ya que no cae sobre tierra firme. Cuando se empezaron a despertar los de a bordo, nos prestaron un poco de atención. Se nos trajo café caliente y una palangana pequeña con agua y una toalla. Estábamos muy agradecidos, pero no tanto como lo hubiésemos estado de haber sabido qué clase de goletas conoceríamos posteriormente. El patrón vino a vernos antes de llegar a La Gomera y nos dijo: "He oído decir que van a El Hierro. Los llevaré allí, si así lo desean, esperándolos en La Gomera tres días, y en El Hierro cuatro, y luego los llevaré de vuelta al Puerto de la Cruz. ¿Quieren ir primero a El Hierro y volver, después, a La Gome-

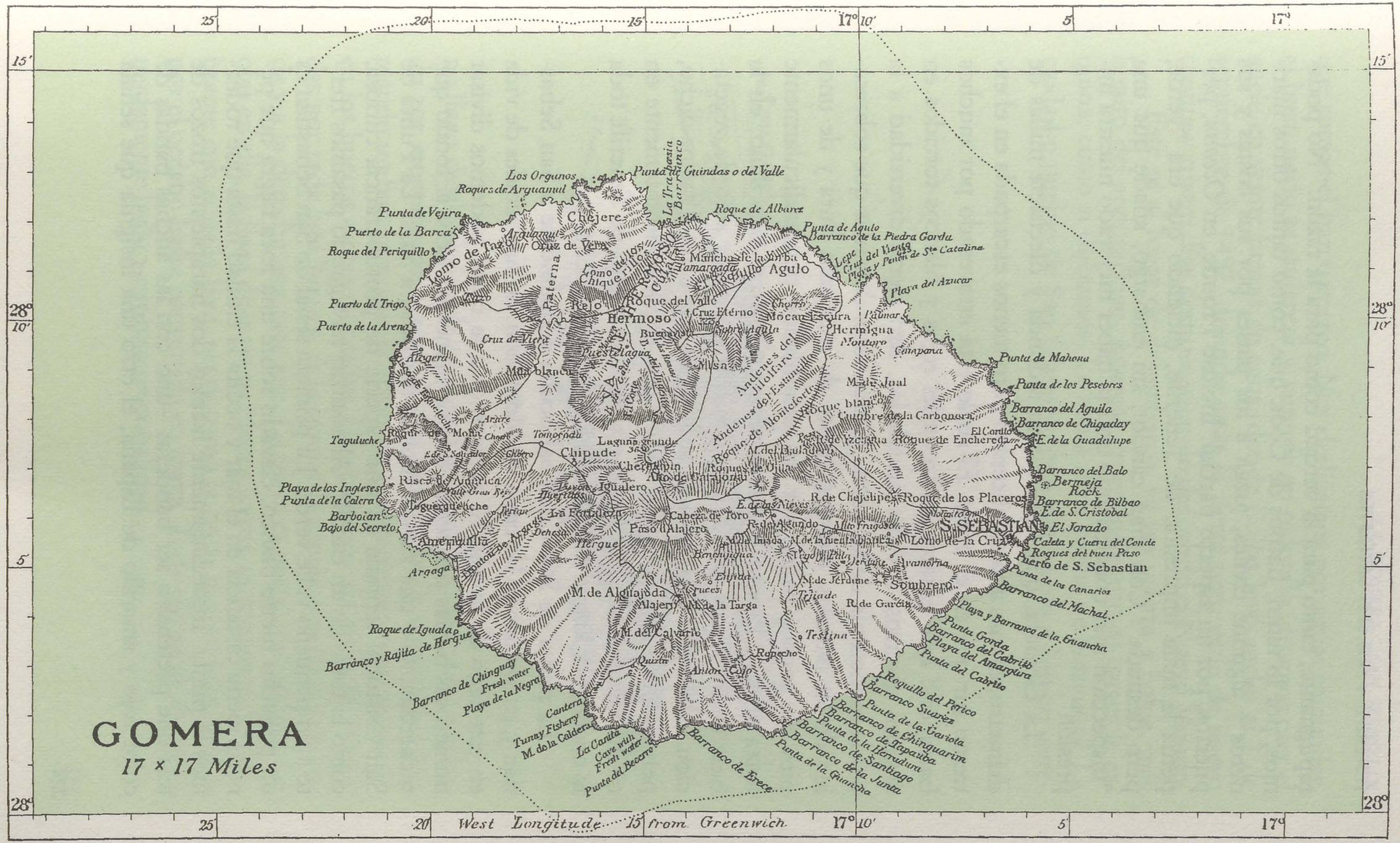
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ra?". Le preguntamos si esperaría cuatro días en La Gomera y tres en El Hierro y estuvo de acuerdo. Al preguntarle cuánto nos costaría, nos pidió ¡la razonable suma de sesenta dólares! De modo que le dijimos: "No, gracias, es demasiado". Esta conversación comenzó alrededor de las seis de la mañana y cada media hora se acercaba a nosotros, rebajando su precio cada vez. Finalmente, tras atracar en San Sebastián a las 8:30 a.m., se ofreció a hacerlo por cuarenta dólares, de modo que nos volvimos hacia Lorenzo y le dijimos: "Lleva todo el equipaje a tierra. Creemos que treinta dólares es más que suficiente, demasiado realmente". "Muy bien", dijo. "Lo haré por treinta dólares", y sin duda pensó que estaba bien pagado, como en verdad lo estaba, según supimos después.

Esta mañana, a las 4:30 comenzó a salir el sol detrás de Tenerife y nos ofreció una magnífica vista de la silueta de las montañas que culminaba en la majestuosa presencia que domina estas islas oceánicas –el Pico. Hacia La Gomera, se observaba que sus montañas estaban envueltas por un manto de nubes aborregadas y grises. A las 5:30 la nitidez de la silueta de Tenerife había desaparecido por la fuerza del sol, cada vez más alto, extendiéndose una neblina sobre las montañas. Las montañas de La Gomera se volvieron cada vez más nítidas, pero la cumbre estaba envuelta todavía por una masa de nubes; el cielo sobre ellas, claro y de un azul pálido.

Al acercarnos, La Gomera parece formada por pardas rocas desnudas bastante escarpadas. Disfrazan, como pronto averiguamos, las bellezas del interior de la isla, del mismo modo que Santa Cruz impide a cualquier viajero imaginar la existencia de un lugar como La Orotava. Es esta esterilidad externa lo que ha salvado al archipiélago de ser invadido por el eterno y ubicuo turista del siglo XIX. Desde los tiempos más remotos, los viajeros que pasaban por ellas han vuelto a casa con descripciones de la naturaleza árida de las islas. El capitán Cook nos dice, en su tercer viaje, que las islas son desiertos. "Por lo tanto, muy recientemente, hemos visto cómo estas islas han sido admiradas por su fertilidad, algo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024



"Tenerife and its Six Satellites."

M. W. & Co. Lº

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

repugnante, tanto para la verdad como para la razón." No podemos, por lo tanto, fiarnos de Cook que, como tantos otros marineros y algunos civiles, juzga a los países por sus costas y sus puertos, por un aspecto parcial. Incluso Froude, en *Oceana*, perpetúa la mala impresión de Tenerife, diciendo que era "verde, pero desnuda". Con gran candor, sin embargo, añade que una "inspección más concienzuda podría haber mejorado nuestra impresión".

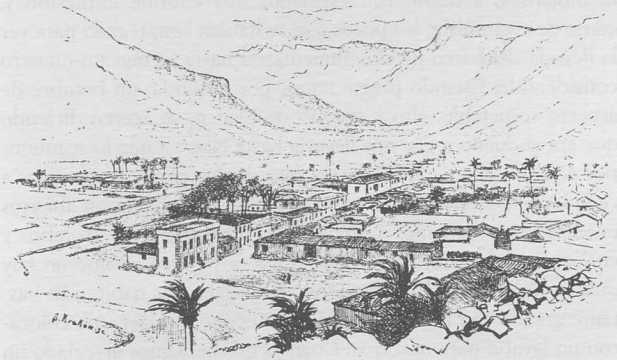
La Gomera, que tiene forma redonda y diecisiete millas de diámetro, es más alta en el centro pero menos escarpada en el extremo sur que en el norte. El suelo está atravesado por muchos barrancos. Los estratos horizontales rojos y blancos torcidos en ángulos diversos, a veces ondulados, dan cierta diversidad a la parda monotonía de las rocas. Varias vetas delgadas que sobresalen de las paredes, aparentemente de roca más dura y de unos pies de ancho, bajan por los acantilados perpendicularmente hasta el mar. Pronto llegamos ante un espacio más llano, en la base de los riscos, donde hay dos o tres casas y algo de vegetación. Alrededor de las 6 a.m. se levantó una brisa o mejor dicho, penetramos en la zona del viento que sopla constantemente en ciertas direcciones. Habíamos estado a sotavento de Tenerife toda la noche, por lo que no habíamos avanzado mucho.

La punta de San Cristóbal oculta actualmente a San Sebastián y, exceptuando las casas en Montañón, no hay señales de vida en este lado de la isla. Al acercarnos a la costa podemos divisar numerosas bahías pequeñas, con vertiginosos riscos al fondo que recuerdan, sólo que siendo mucho mayores, a Sark. La Punta de San Cristóbal termina en una especie de protuberancia curiosa, como la torre de un castillo. Al avanzar navegando pasamos frente a un pequeño valle verde. La primera señal de San Sebastián es un pequeño fuerte blanco, clavado sobre una roca negra que penetra cierta distancia en el mar y oculta la ciudad hasta que rodeamos la punta. Inmediatamente izamos dos harapientos trozos de tela que pretenden ser banderas –uno con las anchas bandas de color rojo y amarillo de España, el otro una insignia que señala

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que somos el barco correo. Nos deslizamos por aguas tranquilas, el buen navío se endereza y, virando en redondo, dejamos caer el ancla en veinte brazas de agua, donde Colón levó anclas el 7 de septiembre de 1492, dejando atrás la tierra para verla de nuevo treinta y cuatro días después, cuando descubrió el Nuevo Mundo.

Éste es el lugar de desembarco, ya sea puerto o bahía, más bonito del archipiélago. Aparece repentinamente, al torcer la esquina, como si dijéramos. La bahía tiene forma de herradura. La ciudad o pueblo de San Sebastián está construida sobre un terre-



SAN SEBASTIÁN, LA GOMERA

no llano de alrededor de media milla de ancho, totalmente rodeado por montañas, excepto hacia el fondo, donde se estrecha, formando un barranco que se retuerce y contrae hasta que se pierde en los huecos de las montañas. Hay palmeras solitarias diseminadas por toda esta llanura. A la izquierda vemos una torre cuadrada y a la derecha una casa alta. La playa es negra y, al romper las olas en ella, la línea de espuma blanca forma un contraste deslumbrante con aquella lava, negra como la tinta, que ha sido molida por el océano hasta convertirla en arena. Todo el paisaje es extremadamente bello y expresa personalidad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Dejando la mayor parte de nuestro equipaje a bordo, abandonamos la goleta en la forma habitual aquí. No existe ni la sombra de una pasarela de ninguna clase, así que un hombre me levantó pasándome por encima de la borda y me dejó en brazos de otro hombre en el bote que esperaba abajo. Remando, en unos pocos minutos llegamos a tierra, donde el barco fue virado con la popa hacia la playa y mantenido en posición justo fuera del alcance de las olas. Dos o tres de los marineros, remangándose los pantalones, bajaron de un salto y cogieron a todos los pasajeros –una media docena– y después el equipaje, y nos llevaron, sin peligrar ni mojarnos, a tierra. Allí causamos una enorme impresión y, como de costumbre, los pocos que se habían congregado para ver la llegada del barco pronto aumentaron hasta formar un número considerable. Cuando preguntamos por la fonda, un hombre de aspecto respetable, alto y vestido de blanco, se acercó diciendo que era el dueño y que nos llevaría hasta ella, así que lo seguimos por aquella calle pequeña entre casas de dos pisos: los postigos a cada lado se levantaban al pasar nosotros y permanecían abiertos mientras escuchábamos susurradas exclamaciones de asombro y curiosidad. Nuestra fonda es la primera y única ya que no hay otra en toda la isla. Nos condujeron a la sala, una habitación bastante grande con los habituales tablones sin barnizar. Allí colocaron un lavabo para nosotros. Cuando nos habíamos arreglado un poco tras nuestra noche a bordo, salimos a ver la iglesia de la Asunción, que está situada enfrente. Nos cruzamos con Lorenzo justo cuando salía de ella. Es muy religioso y, siempre que puede, visita la iglesia. Le oí decir a sus compañeros un día, cuando estaban discutiendo sobre qué era lo más importante en su religión, que "*La misa, la misa* es lo más importante".

Entramos empujando las dos puertas principales que son de madera calada. El primer objeto que atrae poderosamente nuestra atención, y que vemos directamente al entrar, es un reloj negro, de alrededor de un pie y medio de diámetro y sobre una columna, a una altura de unos seis pies. La iglesia es muy sencilla, con las paredes enjalbegadas y columnas grises. El techo es de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

madera, oscurecida por el paso del tiempo hasta adoptar un color castaño oscuro. La galería del órgano se encuentra sobre la puerta de entrada, con los laterales y el balcón tallados, y diecisiete asientos de madera calada montada sobre madera, su vistosidad arruinada por las paredes enjalbegadas. Las columnas grises están unidas por arcos amplios y muy sencillos. El púlpito, de madera, que está tan carcomido que casi parece mejor no pisarlo, está pintado, grotescamente, de verde, oro, azul, rojo y blanco; el trabajo es de la peor clase. En una columna frente al púlpito hay una imagen dorada, a unos cinco pies del suelo, y en la pared a la izquierda de la iglesia, cerca del presbiterio, hay un fresco de unos barcos atacando un fuerte. Tiene unos veinte pies de largo por doce de alto, con un marco pintado alrededor, y parece haber sido repintado y, en partes, enjalbegado. En el fuerte ondea la insignia inglesa, en lo alto de un estandarte blanco, y posee una campana. Varias galeras se divisan en la obra, aunque predominan las banderas y los disparos de cañón, ondeando y destellando entre los remos. La pintura fue ejecutada por un tal José Mesa, habitante de la ciudad, en 1780. Es difícil adivinar si se refiere al intento infructuoso de desembarco de Sir Francis Drake en 1685, camino de las Antillas. Glas menciona un ataque en 1739 de dos navíos ingleses contra San Sebastián, que tampoco tuvo éxito. Como Inglaterra y España estaban en guerra, es muy probable que un par de barcos hubieran viajado hasta aquí en busca de botín, o puede ser que, cuando Blake atacó la flota española en Santa Cruz en 1657, algunos de sus navíos hubieran atacado San Sebastián. Los holandeses parecen haber tenido más éxito en 1599, ya que los habitantes huyeron a las montañas sin oponer resistencia. Como dicen que había setenta y tres navíos en la expedición, sin duda pensaron que la resistencia sería inútil. [1] Ninguna de estas histo-

1 Un manuscrito de Bartolomé Román de la Peña que posee Don Salvador afirma que en 1571 una flota de barcos franceses e ingleses entró en el puerto y que la ciudad fue saqueada e incendiada, que en 1599 también llegó una flota de noventa y nueve barcos que saqueó la ciudad y que, en el Paso de Chirao, ¡cinco gomeros mataron a ochocientos del enemigo que, según dicen, era holandés!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rias se corresponde, sin embargo, con el cuadro que parece indicar que los ingleses habían desembarcado y se encontraban en el fuerte.

Dos ventanas a la derecha y una a la izquierda iluminan la iglesia. No hay claraboya lateral, sólo tres claraboyas pequeñas en el extremo oeste. Una imagen de la Ascensión, llamativamente pintada, fue realizada en Sevilla en 1792 y donada a la ciudad por otro habitante, Diego Fernández Acevedo. Hay un retrato en la clave del techo.

En general la iglesia es sencilla y nos revela cierta pobreza y carencia de sensibilidad artística.

Estábamos listos para desayunar cuando terminamos de explorar la iglesia. La fonda resultó buena en cuanto a la comida, aunque las habitaciones eran muy pobres. Había huevos fritos, carne asada, pescado, higos, peras e higos picos, pan y miel, chocolate con leche y un dulce de almendras y azúcar. El pan, como dos bolas del tamaño de un puño unidas, y el chocolate eran los mejores que habíamos probado, ambos constituían la especialidad de la buena patrona.

El comedor, como de costumbre, era frío y sin alfombra, una mesa y unos taburetes eran sus únicos muebles. La puerta –no tenía ventanas– daba al balcón, que era pequeño y estrecho, sobre un diminuto patio. Las paredes y columnas están adornadas con enredaderas que cuelgan, festoneadas, sobre la pila de agua en la que ahora mismo hay un gato sentado. Revolotean por doquier palomas blancas, hay pájaros canarios en jaulas en el balcón y, abajo en el patio, hay una cabra que provee al establecimiento con su leche. A pesar de las escaleras desvencijadas, los tablones rotos y lo reducido de su interior, en conjunto, la fonda es pintoresca y atractiva.

Se ve que Don Salvador es un hombre de buen gusto en varios detalles. Ha coleccionado algunas reliquias guanches, que nos mostró. Una, un pequeño molino guanche de mano, tenía siete pulgadas y media de diámetro y una pulgada y tres cuartos de grosor. Debe haber sido la piedra inferior ya que no tenía nin-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gún agujero para el palo. Don Salvador tiene muchos libros modernos, especialmente uno de Don Gregorio Chil sobre las islas, que se está publicando por partes, y del que tomé buena nota. No sabía entonces lo bien que llegaría a conocer a Don Gregorio posteriormente y que él mismo me daría una copia de su valioso trabajo. Entre las curiosidades había un retrato sobre la puerta del Muy Honorable W. E. Gladstone, que nos mostraron con gran interés. Creo que los extranjeros consideran a este magnífico hombre de estado el no va más del Gobierno inglés y que Inglaterra no posee otros estadistas. Una pieza de coral rosa y blanco, encontrado en la playa después de una tormenta, y una planta delicada nos fueron mostrados como de igual valor. Tirado sobre la mesa de la sala se hallaba un antiguo manuscrito de papel, fechado en 1669, escrito por el "Capitán y Sargento Mayor Bartolomé Román de la Peña", en el que se describen algunas tradiciones y hechos curiosos relacionados con esta isla. Se dice que en 1494 los gomeros se rebelaron contra el pago de diezmos, porque el obispo, Don Diego de Muros, realizó un milagro para mostrar el poder de la Iglesia y lo necesario que era el deber de sumisión. Tomó un queso y excomulgó y anatematizó una mitad que inmediatamente se volvió negra pero que, en cuanto la bendijo, ¡recobró su color natural! La habitación estaba amueblada con un reloj, cómodas, mesas y sillas. En un rincón había un crucifijo en una campana de cristal. Un mural, coloreado y enmarcado, mostrando las banderas de todas las naciones colgaba sobre la pared y había un par de gemelos de campaña sobre la mesa escritorio. Está claro que Don Salvador es un hombre de un gusto y una cultura superior a lo habitual. Las diferentes piezas que hemos enumerado tenían todas más estilo que las que existen en casas similares. El techo de la habitación era a dos aguas y de madera oscura. Las paredes, aunque enjalbegadas, tenían un friso anticuado de papel. Las persianas eran de un azul brillante, mientras que, sobre los huecos de las ventanas, colgaban unas cortinas, o cenefas, de algodón rojo. Varias casas de la ciudad tienen balcones y postigos curiosos, y les sacamos algunas fotografías interesantes.

© Del documento, los archivos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Aquí el color favorito para los postigos es el verde, lo que da un aspecto vital y, no obstante, descansa la vista tras el resplandor del sol.

Nuestro anfitrión, Don Salvador, se ofreció a acompañarnos después del desayuno en nuestro paseo por la ciudad y a enseñarnos lo que había que ver. Primero dirigimos nuestros pasos por una o dos calles pequeñas y comenzamos a subir la colina que se encuentra a la izquierda, o vertiente oriental, de la bahía. Un sendero sinuoso, medio pavimentado, que discurría a veces entre muros y por escalones, nos condujo rápidamente hasta una mayor altura. Nos sentamos a descansar en La Hila, con la ciudad frente a nosotros y la bahía a nuestra izquierda. San Sebastián está completamente rodeada por colinas o montañas y se abre sobre la profunda bahía azul. Claramente visible en el centro del valle, un poco más allá de la ciudad, se eleva una torre cuadrada, comenzada por Hernán Peraza y terminada por Guillén Peraza, primer Conde de La Gomera, después de la conquista. El barranco pasa por el extremo más alejado de la ciudad y la mayor parte del terreno, llano y aluvial, está cubierto de verde con cosechas de pimienta negra y batatas. El cementerio se encuentra dentro de las paredes del viejo convento. Las palmeras, cuya fruta sí madura en esta zona, se mecen en el fuerte viento que siempre sopla aquí. Después de la conquista la ciudad fue llamada Villa de Palmas pero el nombre cambió posteriormente. Continuando nuestro paseo hasta Buen Paso, por un sendero de unos pies de ancho y cortado en el risco vertical, nos vimos recompensados por una preciosa vista de la bahía, azul y tranquila, a nuestros pies y de un barco pesquero flotando tranquilamente sobre sus aguas. Al dar la vuelta a una esquina vimos, de repente, bajo nosotros un pequeño fuerte en el extremo más alejado de unas rocas sobre las que se podía caminar. Fue en este fuerte donde se refugiaron la esposa y amigos de Hernán Peraza después de su muerte, hasta que Pedro de Vera les trajo ayuda desde Gran Canaria. Era malvado y tiránico, y sus inmorales actos obligaron al pueblo a rebelarse contra él. Una bella muchacha de La Gomera que le gusta-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ba, pero a quien no le gustaba él, lo traicionó, y fue asesinado por sus compatriotas en una cueva del barranco de Yganaga, o Magañas. Dirigiendo nuestra mirada un poco más arriba del fuerte en ruinas, vemos, al otro lado del mar azul, el Teide, que desde lejos se eleva más majestuoso quizás que cuando estábamos cerca de él. Como un ángel custodio, o como si fuera el espíritu de las islas, dondequiera que uno vaya por el archipiélago es imposible dejar

UN RINCÓN PINTORESCO, SAN SEBASTIÁN, LA GOMERA

el Pico atrás. Si penetramos en los valles y nos olvidamos de él durante un rato, en cuanto subimos a una montaña vuelve a aparecer, grandioso y digno, siempre presente. Ahora nos habíamos olvidado del Pico y pensábamos solamente en La Gomera y, de repente, nos encontramos una vez más cara a cara con él. El marco que ciñe la imagen del Pico lo forma la costa rocosa de La Gomera, porque Buen Paso es una depresión en las rocas que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

conduce al fuerte y, a través de esta depresión, veíamos ahora el Teide. Hermoso era el contraste entre las rocas negras y el mar azul, formando un reborde de pura espuma blanca alrededor de la base de cada una. Éste es claramente uno de los paisajes más atractivos de estas islas, donde hay varios que destacan sobre los demás.

Se pueden realizar muchos paseos agradables por los alrededores de San Sebastián, que podrían ampliar y mejorarse. Por supuesto son muy agrestes en la actualidad pero discurren a través de valles, suben por acantilados, por encima de colinas o montañas, o sea que la vida en San Sebastián no tiene por qué ser aburrida, ni los desplazamientos difíciles o desagradables. Me gustaría predecir un futuro merecido y próspero para La Gomera si –y siempre suele haber una condición incluso en el caso más justo– si existiese un línea de vapores con Tenerife.

Descendiendo, cruzamos la ciudad hasta La Torre. La Torre es una construcción muy sólida y, sin lugar a dudas, fue antiguamente una buena protección para la ciudad, pero ahora sólo se utiliza como cuartel para algunos soldados. Dos oficiales de servicio nos permitieron muy amablemente subir a la parte alta, desde donde se obtiene una magnífica panorámica de la ciudad, aunque no tan extensa como desde La Hila. Debajo, en un jardín, había una noria para regar. La isla tiene abundante agua. ¡Ojalá tuviera una pluma apasionada con la que suplicar, rogar, ordenar, amenazar o hacer lo que fuese para que las autoridades impidiesen efectivamente la destrucción enorme y desenfrenada de árboles que está ocurriendo! Tenerife, que solía ser una tierra de bosques, y por consiguiente de agua, es ahora un desierto en algunas zonas. Afortunadamente La Gomera no tiene una gran población, por lo que el crecimiento de los árboles ha mantenido casi el mismo ritmo que su destrucción. El resultado es que la isla se ha convertido en un Jardín del Edén. La irrigación es posible, el sol está siempre presente, la humedad se cierne sobre las cimas de las montañas, abundan los claros y los bosques, haciendo que los lugares naturales de la isla sean aún más bellos al estar recubiertos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de verdor. Este hecho, sin embargo, lo constatamos más plenamente tras nuestro regreso de El Hierro, cuando cabalgamos a través de los más bellos valles y por encima de las más hermosas montañas de La Gomera.

Abandonando La Torre, visitamos el viejo monasterio franciscano que fundó Guillén Peraza, el primer conde, en 1533, como una especie de expiación por sus muchos pecados. Hoy en día queda muy poco en pie, solamente parte de un balcón y la amplia escalinata que conduce del patio a los claustros. Unos pobres viven en los pocos cuartos que quedan. Hay que tener mucho cuidado cuando se camina por este edificio en ruinas ya que el piso está carcomido en varios lugares y hay que pasar por encima de un agujero, a través del cual se puede ver la hierba o maleza de la parte baja.

El cementerio que rodea al monasterio es pequeño. La tumba de la familia de nuestro anfitrión tiene una lápida de mármol, todas las demás, cruces de madera.

Regresando a la ciudad, nos llevaron a una casa que están reparando y en la que hay una lápida. Una amplia escalera conduce hasta una habitación superior, de cuyo suelo sólo quedan las vigas en la actualidad. Cuidadosamente conservada en un marco de madera y empotrada en la pared había una pieza de mármol, de unos dos pies y seis pulgadas por un pie y tres pulgadas. En ella se había esculpido y coloreado un escudo de armas con siete cuarteles. Dos de ellos parecen representar los escudos de las Islas Canarias y de La Gomera, pero los demás, salvo el escudo de España, no se perciben con claridad. Se supone que algunos son los escudos de armas de Don Guillén Peraza, el primer Conde y Gobernador de La Gomera.

Don Salvador nos llevó a otra casa en la que había cuadros antiguos colgados en los pasillos, retratos de los antepasados del dueño actual de la casa y de algunos desconocidos. Una vieja que estaba en cama se alegró bastante al vernos, a pesar de que éramos extraños. Había varios canarios en jaulas colgadas en los balcones.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Regresando a la fonda, Don Salvador nos mostró un cráneo guanche y el almuerzo. No estaba claro si se suponía que el primero era un aperitivo del segundo. El almuerzo estuvo bien. El *menú* consistía en caldo de papas, carne, perdiz blanca, judías verdes hervidas y servidas con aceite y vinagre, papas fritas, una especie de pescado, tortitas con salsa dulce y fruta, servidos en este orden.

Teníamos una carta de presentación para un señor del otro lado de la isla que dejamos con Don Salvador, que prometió enviarla en cuanto divisase nuestro navío regresando de El Hierro, para que así nos enviasen caballos, ya que eran difíciles de conseguir en San Sebastián. Completamente confiados, le dijimos lo que queríamos y nos aseguró que atendería nuestros deseos. Todavía queda por ver el farsante que resultó ser Don Salvador.

Mientras tanto comimos un poco de pan y leche para cenar, alrededor de las diez, y nos llamaron para volver a subir a bordo sobre la 1 a.m. Don Salvador nos acompañó hasta la playa, donde llevaron a cabo el mismo proceso que cuando desembarcamos, transportándonos en volandas hasta el bote y luego remando hasta la goleta. La naturaleza ha sido más benévola con La Gomera que con Madeira en cuanto a un lugar donde desembarcar y, sin embargo, nadie conoce San Sebastián y Funchal está demasiado lleno de ingleses.

Nos retiramos a nuestra litera, por llamarlo de alguna manera, y colocamos nuestras mantas sobre las tablas, para suavizarlas un poco enrollando nuestros abrigos como almohadas. Como éramos pasajeros de primera clase, disfrutábamos de la compañía del capitán y del resto de los marineros, además de algunos jóvenes que venían de estudiar en Tenerife. ¡Una mujer y un niño, de segunda clase supongo, viajaron en la bodega! Ella y yo éramos las únicas mujeres a bordo. Aparentemente el niño se estaba muriendo de tuberculosis, pero lo habían enviado a El Hierro para que probase un manantial de aguas medicinales que había en esa isla y que se suponía era eficaz para cualquier enfermedad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

EL HIERRO • VALVERDE • SABINOSA

XI

Entre la luz y la oscuridad
Esa isla se extiende en aire de plata,
Y repentinamente mi mágica barca
Viró, avanzó veloz y allí encalló;
Y junto a mí se erguía el guardián
De aquellos que en la isla habitan;
Sonriente ató mis manos
Con juncos verdes y cintas rosadas;
No tienen ataduras más rudas que éstas,
La gente de las agradables tierras
Enmarcadas por la espuma de los frescos mares.

ANDREW LANG

El cenador languidece exuberante de flores,
[el árbol se inclina cargado de fruta,
Islas del Edén meridionales enclavadas en esferas
[de mar morado oscuro.

HORACIO

MARTES, 25 DE SEPTIEMBRE. Por fin vamos rumbo a El Hierro, esa *terra incognita* para el resto de los habitantes del archipiélago. Que nosotros sepamos, ninguna persona de habla inglesa ha estado en esta isla desde la época de Colón. Ni siquiera Glas, cuyas descripciones de las otras islas continúan siendo aún las más exactas, visitó esta isla en persona, de modo que no podemos aprovecharnos de su experiencia. Se sabe poco sobre La Gomera pero de El Hierro se sabe menos. Tenemos, por ello, cierta sensación de ser descubridores y exploradores mientras nos acercamos a la isla más occidental del archipiélago canario.

Cuando logramos subir a cubierta a las 6:30 a.m., descubrimos que estábamos frente a Los Órganos, un punto en el extremo norte de la isla de La Gomera. Hay algunas pequeñas islas rocosas entre esta punta y la de Bejira.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Por primera vez desde nuestra llegada al archipiélago, el cielo estaba más o menos cubierto con nubes de aspecto lluvioso. Sabíamos, sin embargo, que en septiembre no habría lluvia. Estábamos navegando, con una buena brisa, cerca de la costa, así que teníamos una buena panorámica de los altos acantilados que forman la línea de costa. No parece existir en todo el acantilado ni el más mínimo punto donde pudiera encontrar apoyo el pie de un hombre. Las cimas están envueltas en nubes de blanco algodón, con una pincelada oscura aquí y allá como contraste. La Punta de Bejira es una punta salvaje, de aspecto agreste, que sobresale de la isla y que termina en un acantilado sobre el mar. Los estratos de sus riscos pardos bajan verticalmente, cruzados ocasionalmente por franjas blancas en ángulo recto y con algunas zonas rojizas que le dan variedad al color. La superficie está llena de vetas y surcos. Dos pequeñas rocas angulosas surgen de la punta destacándose contra el cielo y recordando, desde lejos, a un par de hombres que dominasen la goleta y observaran su avance. Cuando comenzamos a navegar hacia el oeste, alejándonos de la costa de La Gomera, tuvimos una vista magnífica, hacia el suroeste, de los interminables promontorios, salvajes y agrestes, de perfiles serrados que destacaban contra el cielo nublado; las mismas rocas tenían un aspecto negro y amenazador. Las únicas señales de vida en mar, isla o cielo, aparte de nosotros mismos, eran dos gaviotas que volaban cerca del borde de los acantilados. Dos marineros sacaron unas sepias pequeñas, o calamares, y los prepararon. Nos habían dicho que lo hacían pero había que verlo para creerlo, ni nuestro mismo informante creía que fuese verdad.

Hasta el mediodía sopló una brisa que nos hizo avanzar agradablemente. Había un balanceo constante, producido por el oleaje del Atlántico, pero no había mar gruesa. El viento, sin embargo, amainó pero, aunque divisamos una masa informe de nubes que se suponía era El Hierro a la 1 p.m., hasta las cinco no llegamos a dicha isla. Un grupo de delfines y las aves que acompañaban sus piruetas nos entretuvieron durante lo que se estaba ahora convirtiendo en un viaje bastante tedioso. Tuvimos una discusión divertida con el patrón. Descubrimos que estaba navegan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

HIERRO
18 × 18 Miles
El Golfo
Punta del Mocanal
M. de Tamniscaba
Punta de Amacas
M. de Lomocedro
M. de Chirian
M. Bermeja
M. de Temesedro
Tamaduste
P. de Guaricho
M. del Trigo
Roques del Salmon
M. de la Vina
Mocanal
P. de la Hoya Diamos
El Rio
M. Quebrada
S. Pedro
Echeydo
Pico de Tesoro
M. del Risco
Jarales
P. de los Jamones
S. Lazaro
Erece Hoya del Barrio
P. de los Muertos
P. del Llano de la Iglesia
Guarazoco
Montaña
Montaña
Del Cabaris pater
Pass
Cases del Monte
VALVERDE
Los Jables
P. de Caleta
Punta Grande
Bentejisa
Caldera
P. de las Moles
Guimar
Sunk Rock
P. del Trigo
Puerto de Valverde
Las Palos
P. de Alberque
Los Corchos
3380
Tinor
2675
Water
3000
Punta de la Dehesa
First meredian ran through here
Playa de la Madera
Belgara
Las Lapas
Candelaria
Tugadaye
750
Soliman
Albarrada
Punta de las Tijeretas
Mineral Well
M. de Tamasino
San Andres
3050
Las Toscas
Los Llanillos
800
Jaralejos
Azofa
La Cuesta
El Campo
M. de Tenacas
Sabinosa
Puerto de los Reyes
Piedro del Rey
La Cansala
Quebrada
Monte Hueco
Los Llanos
M. de la Virgen
Mareta
Las Rosas
M. de Taganasoja
3845
Punta de la Bonanza
M. del Barco
Ermita de los Reyes
M. de Tenerife
Alto del Malpaso
1400
La Laja
1000
Tajase Punta
Pico Merino
Los Reyes
3900
M. del Tinillar
M. de Sapon
Pina
M. Mata
Punta de la Orchilla
M. Tejina
Las Playas
M. de Tembargena
M. Matel
M. Tajanara
M. Sanaque
Punta y Mña de Tegena
Taibique
Punta de la Hoya
El Pinar
2600
Punta de las Rosas
Tacarone
Los Lapillos
Punta del Niebla
Puerto de Naos
Punta Restingua
50'
45'
27°
40'
15'
10'
5'
18°
55'
50'

do hacia el oeste de La Gomera, por lo que le preguntamos el motivo. Dijo que era porque El Hierro estaba al oeste; nosotros afirmamos que El Hierro estaba al suroeste. El patrón sacudió su cabeza compadeciéndose de nuestra ignorancia y terquedad. No tenían brújula a bordo y los marineros simplemente navegaban hacia occidente, más o menos, hasta que se divisaba El Hierro y entonces de dirigían en línea recta hacia ella. El resultado de este proceder fue que primero nos desplazamos demasiado al norte de El Hierro y divisamos los Roques de Salmor, que parecen un enorme barco con todas las velas desplegadas, y, a su derecha y más allá, la Punta de la Dehesa. El lugar más sobresaliente, a la izquierda, era la Caleta, una punta baja al este de la isla. Se comprenderá inmediatamente que, si podíamos divisar todos estos lugares, nuestro rumbo tuvo que haber sido casi directamente hacia el oeste después de pasar Bejira en La Gomera, como dijeron los marineros, y que, tan pronto como divisamos tierra, cambió hasta dirigirse casi directamente hacia el sur. Aquel oleaje no era nada agradable en una goleta tan pequeña y me alegré enormemente cuando, a las cinco, nos propusieron desembarcar en El Río. Este lugar es una hondonada o barranco profundo que penetra tierra adentro, protegido por rocas a ambos lados. Cerca de la boca del barranco hay una barra y, como la marea estaba baja, no podíamos penetrar en la pequeña bahía. El nombre sugiere, por supuesto, la existencia de algún río; en la actualidad no hay la menor señal de ninguno aunque, sin duda, puede que baje por él algún torrente durante el invierno. Nuestro barco maniobró hasta colocarse junto a una roca por la parte abierta de la barra pero, debido al oleaje, no pudo acercarse mucho a ésta. Dos hombres saltaron a tierra y, con su ayuda, saltamos también nosotros, llegando junto con todo nuestro equipaje y sin un chapuzón. Trepando y saltando por encima de las rocas, alcanzamos la costa. Allí, en una zona protegida, hay algunas casetas y botes de pesca. Montes, cubiertos de lava negra, las dominan por doquier. Por supuesto no había caballo alguno así que, dejando nuestro equipaje al cuidado de Lorenzo, partimos con el patrón, caminando,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hacia Valverde. En el lugar donde desembarcamos crecía abundantemente un arbusto que los isleños llamaban *carcosa* o *vinagrera* (*Rumex lunaria*), aunque no parecían estar muy seguros de su nombre. Es un arbusto de forma redondeada con hojas duras y glabras, cuyos solitarios matorrales miden varios pies de alto. Diseminados por toda la ladera, le daban un aspecto peculiar al paisaje. El ganado lo come y parecen gustarle, sobre todo, sus hojas. Un sendero sinuoso subía a la izquierda por una colina cubierta de picón. La subida fue dura, sobre todo porque no habíamos comido desde por la mañana. Nuestro desayuno de entonces fue pescado, batatas y una mezcla aceitosa que hacía las veces de salsa. El hambre es un buen condimento, de modo que logramos que nos supiese a gloria, incluyendo la salsa. Cuando alcanzamos los 650 pies de altitud, descansamos durante algunos minutos y después continuamos el viaje. Otro descanso a los 1.150 pies, y a los 1.600 pies dimos con el sendero directo a Valverde, que se encuentra en la zona alta de la isla.

Hay que acercarse a El Hierro de forma bastante diferente que a las otras islas. Toda su costa es acantilada. Hay poco litoral llano y, el que hay, está rodeado de acantilados. Por esta razón los pueblos o aldeas se encuentran sobre una meseta en el centro de la isla. Valverde, la ciudad principal –un escaso grupo de casas que más merece el nombre de pueblo– está a cuatro millas y media del puerto y a un par de millas de El Río; la subida en ambos casos es abrupta.

El patrón intentó convencernos de que pasásemos la noche en una casa que nos recomendó. Sin embargo, el sacerdote de El Hierro nos había ofrecido amablemente su casa y su hospitalidad cuando lo conocimos en La Laguna, a donde había ido a consultar a un médico ya que no había ninguno en su isla. Caminando por la pequeña y limpia ciudad ya entrada la tarde, los habitantes nos miraban con mucha curiosidad, ya que no estaban acostumbrados a ver extraños. Le preguntaban constantemente al patrón si éramos *franceses* ya que los últimos visitantes de la isla habían sido franceses y nunca habían visto *ingleses* antes. Llegamos a la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

casa del sacerdote a las 6:45 p.m., encontrándonos con que no había regresado de Tenerife y que su ama de llaves ignoraba completamente todo lo referente a nosotros o a la prometida hospitalidad del *padre*. No hace falta decir que en El Hierro no hay fonda de ninguna clase, así que no podíamos simplemente darnos la vuelta y alojarnos en cualquier otra parte. La buena mujer lo sabía tan bien como nosotros por lo que nos invitó a pasar ofreciéndose a darnos lo que pudiese. Mientras tanto habían conseguido un caballo y lo habían enviado a por nuestro equipaje. Mientras esperábamos su llegada, nos ofreció la cena, tal y como fue posible con tan escaso aviso. Un joven sacerdote, que el reverendo Andreas de Candelaria había dejado al cargo de la parroquia, vino a cenar con nosotros y nos dio alguna información sobre la mejor manera de recorrer la isla a caballo. Lorenzo llegó poco después con el equipaje y conseguimos caballos para el día siguiente. Creo que nos alojaron en el dormitorio del sacerdote, un cuarto muy cómodo a pesar de que la cama medía, por supuesto, sólo tres pies de ancho. Daba a la sala. Las paredes tenían más de dos pies de grosor por lo que el fresco estaba garantizado. Como en la mayoría de las casas españolas, no había nada con que lavarse en el dormitorio. Lorenzo le hizo saber, sin embargo, que nos gustaría una palangana con agua en el cuarto. Es una costumbre muy extendida que haya un cuarto para asearse y que todo el mundo usa para dicho propósito. No es una costumbre, sin embargo, que resulte atrayente para los ingleses, a quienes nos gusta terminar con el aseo antes de comenzar el día. Por otra parte, los españoles se visten primero o, más bien, se ponen la ropa sin preocuparse demasiado y alrededor del mediodía, o más tarde, se asean cuidadosamente. Hay otras naciones, sin embargo, que se comportan de la misma forma y creo que es uno de los mayores defectos de nuestros primos norteamericanos, quienes rara vez están presentables antes de la tarde. El trabajo sucio o las necesarias tareas de la casa no son excusa para que una mujer se permita estar desarreglada o sucia, algo, ¡por desgracia!, que he observado con frecuencia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Miércoles, 26 de septiembre. Nos levantamos tarde, a las siete, y tomamos lo que nosotros llamamos el desayuno y que la buena gente de aquí llama el café, a pesar de que también tomamos miel y huevos, fritos en aceite. No se puede conseguir mantequilla en El Hierro. Mientras esperábamos la llegada de nuestras dos mulas y de un caballo para salir hacia El Pinar, nos dimos cuenta de la existencia de una iglesia de aspecto curioso por debajo de la casa del sacerdote. Tiene una torre baja, con una cúpula como la de una mezquita, con los lados pintados con franjas de azul vívido y rojo ladrillo. Un balcón de madera circunda la torre bajo un reloj. Más allá y a su alrededor se encuentra la ciudad de Valverde, ceñida por un semicírculo de montañas, con casas que rodean su base y suben y bajan por ellas. Las casas no están dispuestas en hileras sino diseminadas sin orden alguno. Nunca hay más de cuatro juntas. Algunas tienen azoteas y otras las típicas tejas rojas. Las paredes están enjalbegadas y los postigos de madera, por regla general, no están pintados. Gran cantidad de vegetación se entremezcla agradablemente con las casas. Hacia el sureste el valle baja pendiente hacia el mar, hacia donde da la fachada de la mayoría de las casas; en el noreste una colina circular oculta el paisaje y protege la ciudad por ese lado. Una pequeña plaza, en la que penetra la casa del sacerdote, se extiende frente a la iglesia que se encuentra a 1.750 pies sobre el nivel del mar. Desde las siete de esta mañana la plaza se ha ido llenando, poco a poco, de hombres ansiosos por vernos, tras haberse enterado, por medio de los arrieros y sin problema, de la hora de nuestra partida.

Prometiendo volver de nuevo en un día o dos, partimos. El aire era muy agradable debido a la altitud. Llevamos nuestra tienda ya que no sabíamos dónde íbamos y, claro está, nuestras propias sillas de montar ya que estoy segura de que no existe ni una sola silla jineta en toda la isla.

El Hierro no tiene residentes acaudalados. La casa del sacerdote es, en realidad, la única de cierto tamaño o comodidad; el resto de las casas son las de los campesinos. La isla no posee absolutamente ninguna carretera y, por consiguiente, tampoco nin-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gún vehículo de ruedas. Un buen camino, ancho y pavimentado, cercano a la iglesia, nos condujo a las afueras del pueblo por el extremo contrario al que habíamos entrado. El pavimento pronto se acabó y continuamos por un sendero bien hollado, agradable y suave para los cascos de los caballos. Algunas hierbas, helechos y ortigas crecían a lo largo de la pista y, donde estaba amurallada, descubrimos líquenes que cubrían el lado norte de los muros. Había pájaros volando a nuestro alrededor, tanto en bandadas como solos, y cantaban sus dulces canciones mientras avanzábamos. Sin embargo, había poca gente en las afueras. Nos cruzamos solamente con una mujer y una mula, sobre cuyo lomo llevaba una carga de ramas pequeñas. El sendero serpentea por entre las curvas de las colinas. En la parte alta de una, un corte o declive domina La Caldera, que es totalmente plana y cuyo fondo está cultivado. Hay grupos de piedras puntiagudas, con formas fantásticas semejantes a ruinas druídicas, a nuestro alrededor y debajo de nosotros. Donde nos encontramos, a 2.350 pies de altitud, las rocas son de un basalto pardo grisáceo. La pared sur de La Caldera es más baja que el resto. No habríamos creído que nos íbamos a encontrar con tantas de estas calderas o volcanes que son prueba, innegable, del origen volcánico de las islas.

Una ligera llovizna cubría las montañas y, aunque dificultaba nuestra vista, refrescaba el aire considerablemente. Setos de piteras rodeaban los terrenos que había a cada lado del sendero, con una tierra que parecía profunda y de buena calidad. El sendero, a diferencia de los de Tenerife, no está cubierto de piedras sino que está formado por tierra prensada firmemente por el paso y sobre la que es muy agradable avanzar. Nos cruzamos con dos hombres y dos muchachos, con ropa de una tela de tonos variados y tejida artesanalmente, que llevaban un cargamento de castañas, probablemente a Valverde. Pasamos Tiñor, un grupo de casas bajas y con techo de paja, a nuestra izquierda; la altitud aquí es de 2.675 pies y el terreno, al subir, se va transformando en una especie de arena roja y es más pedregoso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Habían colocado una alforja de lona sobre el lomo de uno de nuestros caballos, que se parecía a los antiguos monederos –con una bolsa en cada extremo. Entre las bolsas hay un agujero en el que se introduce la cabeza cuando se va a pie, formando así una especie de delantal que cubre la espalda y el pecho.

Dos grandes charcas de agua hicieron que los animales se acercasen a beber. Las forman la lluvia en invierno y, como están a 3.000 pies sobre el nivel del mar, no se evaporan totalmente. El agua es fangosa, es cierto, pero al menos es agua. Hay una pequeña gruta, con una minúscula cruz encima, a un lado. Cientos de pájaros, sobre todo pájaros canarios, se acercan a estas charcas y no parecen asustarse por nuestra presencia. Ahora avanzamos por un sendero llano que cruza entre las cimas de las montañas. Constantemente pasamos junto a estanques de agua de lluvia, una necesidad aquí, alrededor de los cuales se congregan los pájaros. Se dice que los habitantes de El Hierro antes de la conquista ya utilizaban estanques, como hacen ahora. Algunos dicen que la palabra *Hero*, o *Herro*, con la que se conoce a esta isla, significaba "estanque". Los conquistadores españoles, al no comprender la palabra, la cambiaron en lo que creían que significaba por su sonido, es decir hierro. No veían nada de extraño en esto ya que pensaban que había hierro en la isla, aunque se equivocaban. Los franceses que había en la expedición también tradujeron mal la palabra nativa y por ello llamaron erróneamente a la isla "Fer" –hierro– y los portugueses la han llamado "Ferro", cometiendo el mismo error. Los franceses aún llaman a la isla "Ile de Fer". De todo esto se deduce que no existe motivo alguno para utilizar la palabra "Ferro" que los isleños desconocen hoy en día. Como parece que a los habitantes de la isla se les ha llamado siempre "herreños", parecería razonable deducir que "Hero" es la pronunciación más probable del nombre. De dónde surgió "Hero" originalmente es una cuestión bien distinta, tan difícil de averiguar como ocurre con los nombres de las otras islas.

Vemos un cultivo de papas, verde y fresco. Es la segunda cosecha de este año. A nuestra izquierda, unas rocas escabrosas que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

surgen de un cerro se asemejan a un castillo. Más adelante, más papas, esta vez en flor, señalan la presencia cercana del hombre y, poco después, divisamos algunas casas de piedra y techo de paja. Los techos tienen grandes piedras rojas sobre ellos para impedir que salgan volando cuando hay tormenta.

El valle se termina y llegamos a un enorme llano, más bajo en el centro y completamente rodeado por montañas. Hacia el este hay tres conos volcánicos de un color rojo vivo. En realidad, hay conos volcánicos a todo nuestro alrededor. Son las 10:30 a.m. cuando pasamos junto a una iglesia y a unas casas que, según nos dicen, integran San Andrés (3.050 pies). La iglesia tiene un aspecto muy pobre, literalmente una nave y un campanario.

Justo antes de llegar a la iglesia pasamos junto a un caballo muerto. Los cuervos que lo rodeaban por docenas nos hicieron recordar las estampas del desierto. A propósito de caballos muertos, el mío, que aún está vivo, va muy bien aunque está tan delgado que puedo sentir su columna vertebral a través de mi silla acolchada, algo muy incómodo.

Al acercarnos a San Andrés, descubrimos que tiene más cabañas de lo que parecía. Están construidas con materiales que tienen el mismo color que el suelo y, por lo tanto, son casi invisibles. La tierra está cubierta de vetas, como surcos gigantescos que hubiera arado un gigante. Las casas de aquí están amuralladas y, como tanto los muros como los tejados son oscuros, no hay nada blanco y deslumbrante, excepto la iglesia enjalbegada –al menos, lo estuvo hace tiempo. Cerca de donde estábamos nos mostraron un gran agujero en la tierra, la entrada a una cueva, que según dicen recorre una gran distancia en dirección al mar. Por supuesto es una cueva guanche, si utilizamos esta denominación genéricamente.

A los habitantes de El Hierro, como ya he mencionado, se les llamaba, y se les llama, sin embargo, herreños. El Hierro fue la Capraria de la época del rey Juba II, y los miembros de la expedición que envió trajeron descripciones que identifican claramente a esta isla, no solamente por las cabras sino también por los lagar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tos gigantes que Bethencourt aún encontró allí en 1402. La descripción de Bethencourt, o más bien la de sus cronistas, es muy escasa. Dice que había bosques de pino –"la mayoría de los cuales son tan gruesos que dos hombres casi no pueden lograr que sus brazos se toquen rodeándolos"– y de laurel, y dice que la tierra era fértil, que había muchos árboles frutales y pájaros, que el agua era potable y que había una "gran abundancia de animales, tales como cerdos, cabras y ovejas. Hay lagartos, grandes como gatos pero inofensivos, aunque muy horribles de aspecto. Los habitantes son una raza fuerte, tanto hombres como mujeres". Azurara, que describe una expedición capitaneada por el príncipe Enrique el Navegante, menciona que en aquel momento (alrededor de 1443) había doce cristianos en El Hierro, que ya había sido conquistada por Bethencourt. Galindo afirma que los habitantes de El Hierro eran bajos, más o menos claros de piel y, a veces, rubios. Afortunadamente, sin embargo, en el manuscrito traducido por Glas, existe una descripción mucho más detallada de los antiguos habitantes de esta isla tan poco conocida, tanto antes como ahora. Afirma que los herreños tenían "un carácter melancólico ya que todas sus canciones trataban de temas serios y que tenían melodías lentas y tristes que bailaban en círculo, cogidos de las manos, y saltando, de vez en cuando, por parejas, tan al unísono que parecían estar unidos". Este baile aún se practica en El Hierro y se conoce como "el tango". Continúa diciendo: "Vivían en recintos cerrados y circulares, cuyas paredes eran de piedra viva, sin cemento; cada recinto tenía una entrada estrecha y en el interior colocaban postes o vigas contra la pared, de tal manera que un extremo descansaba sobre la parte alta de la pared y el otro sobre el suelo, bien alejado de su parte baja; los cubrían con ramas de árboles, helechos, etc. Cada uno de estos recintos daba cabida a unas veinte familias". Aparentemente sólo tenían un rey, por lo que se salvaron de aquellas disputas internas que resultaron tan destructivas en Tenerife. Por otra parte, debido a su falta de preparación para la guerra, no pudieron repeler a los diversos piratas que asolaban de vez en cuando la isla y que se llevaban a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

muchos prisioneros. Existen dos versiones de la conquista de la isla que quizás puedan haberse influido mutuamente. Una afirma que un adivino, llamado "Yore", había profetizado hacía años que cuando estuviese muerto y sus huesos convertidos en polvo, "su dios, Eraoranzan, se les aparecería en casas blancas sobre el mar". Yore les aconsejó que ni se resistiesen ni huyesen de él sino que le adorasen. Por ello, cuando los barcos de Bethencourt anclaron en el puerto, los nativos, recordando las profecías de Yore, creyeron firmemente que Eraoranzan había venido y dieron la bienvenida a los invasores, con gran asombro de éstos, que fueron recibidos con alegría en lugar de resistencia.

Eran monógamos y, aparentemente, no hacían distinciones de rango, excepto con el rey, así que se casaban entre ellos libremente. Enterraban a sus muertos en cuevas. El asesinato y el robo eran los únicos crímenes punibles. Por el primero "el asesino era ejecutado de la misma manera que había matado" a su víctima; por robo se le sacaba un ojo si era la primera vez y el segundo ojo si reincidía, para que así "nunca más pudiera ver para robar". Además de un dios tenían una diosa, llamada Moneyba, que era adorada por las mujeres. Sin embargo y curiosamente, aquí, como en las otras islas, ni tenían imágenes ni ofrecían sacrificios. Sus dioses existían en la imaginación y a ellos les rezaban. Pero creían que los dioses los visitaban de vez en cuando, permaneciendo en tales ocasiones sobre dos grandes rocas llamadas Ventayca, donde, aunque invisibles para sus adoradores, escuchaban sus peticiones, regresando después al cielo. Cuando se les convirtió a la religión católica, adoraron a Cristo y a la Virgen con los nombres de Eraoranzan y Moneyba.

El sendero, que avanza sobre un terreno blando y sinuoso, libre de vegetación salvo por algunos cultivos de papas de vez en cuando, discurre generalmente entre muros de piedra viva. Sopla una agradable y fresca brisa y el cielo está nublado. Nuestros animales son poco dóciles y carecen de todo adiestramiento. Nunca han hecho falta para ninguna actividad civilizada y donde no hay demanda no hay oferta. Todavía se utilizan los yesqueros para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

prender y observé con mucho interés a un hombre mientras encendía su pipa tal y como solían hacerlo nuestros antepasados.

El suelo es como arena compacta y donde se pisa se levantan varias pulgadas de polvo. A veces el camino, o más bien el sendero, atraviesa lugares que parecen haber sido excavados en el terreno. Una pequeña flor amarilla que atrajo nuestra atención era desconocida para nosotros. Los arrieros la llamaban *gurmán* (*Calendula arvensis*), o algo parecido, pero los herreños son muy difíciles de entender porque tienen un acento muy cerrado. Mariposas blancas, como las de Inglaterra, volaban junto a nosotros y el brezo, a 3.500 pies sobre el nivel del mar, se asemejaba al nuestro. Un poco más allá pudimos ver unos árboles sobre una colina cónica, de aspecto muy refrescante. Pinos de tonos verde plata y un arbusto que los guías llamaban *masilba* y que, desde lejos, parecían arbustos de boj, formaban el bosque. El *brezo* (*Erica arborea*), un matorral grande, que serviría muy bien como escoba, crecía en los taludes. Junto al sendero crecía una elegante planta herbácea, en ese momento en flor, la *Sonchus leptocephalus*. Los pinos tenían formas extrañas y retorcidas y estaban doblados hasta el suelo. No estaban, por desgracia, juntos, formando un denso bosque, sino diseminados de modo que la sombra de un árbol casi no caía sobre otro. Esta destrucción tiene que haber sido posterior a la conquista, porque los cronistas de Bethencourt mencionan "grandes bosques de pino y laurel".

Había un curioso recinto cerca de aquí que nos confundió mucho cuando lo vimos por primera vez. Era un espacio abierto rodeado por tres lados con muros, con piedras bajas colocadas alrededor a intervalos. Era, según nos dijeron los hombres un lugar de descanso para los cadáveres y sus portadores cuando los llevan al cementerio. Con una población tan diseminada, los cementerios se encuentran a grandes distancias y, como hay que transportar el cadáver a hombros, estos lugares de descanso son muy necesarios. Nos cruzamos con unos caballos cargados y, como nosotros estábamos en el camino y no había sitio para ellos, los obligaron a pasar por una parte de la colina. Una pequeña maripo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sa de color cobrizo revoloteó junto a nosotros. El terreno sinuoso, cubierto de pinos y arbustos, y el suelo, liso como un césped, parecen, salvo por la ausencia de hierba verde, un parque privado.

Ahora abandonamos el camino principal para ver Las Playas, uno de los lugares atractivos de El Hierro. La isla tiene tres vertientes y en dos de ellos hay unos curiosos precipicios; la zona entre éstos es una meseta alta. Agarrándome a un pino porque el suelo no ofrecía un punto de apoyo seguro, me asomé al borde del precipicio. Es tan vertical que, excepto en un lugar, no hay ningún punto de apoyo para un humano y, sin embargo, crecen pinos aislados por toda la fachada dondequiera que haya un repecho con tierra. El lugar donde nos encontramos está en el lateral de una bahía ligeramente curva, cuya parte trasera es un acantilado rocoso de unos 3.000 pies de altura. Sabemos que el mismo no es completamente vertical por los pinos que crecen en las grietas y los repechos, por lo demás parece un auténtico precipicio. Algunas aves planean bajo nosotros. En el extremo más meridional de la bahía un pequeño trozo de terreno, que se encuentra sobre el nivel del mar, ha sido cultivado e incluso tiene varias higueras. Los campesinos bajan a recoger los higos por un sendero empinado que desciende serpenteando por el centro de la pared rocosa donde no es tan vertical, aunque parece como si hubiera que bajar a las personas con cuerdas. Una línea blanca de espuma recorre la orilla arenosa, y tras ella hay un tramo de litoral que sólo es, en realidad, la estrecha costa. La playa se extiende en sinuosas curvas. Sólo por nuestro lado –el extremo sur– crecen los pinos, el otro es probablemente demasiado empinado. En estos acantilados se recolecta orchilla. Los campesinos, a pesar de que a veces sufren accidentes, se deslizan por la pared ayudados por cuerdas. El centro de la cresta que rodea la bahía, que se eleva hasta unos 3.500 pies, cae en cada extremo cercano al mar hasta una altura de unos 1.000 pies sobre el agua. La vista es, desde luego, una de las mejores de las islas: de pie en la parte alta de aquella inmensa pared, dominando el pequeño llano al que rodea, vemos cómo rompen las olas –sin poder oír su rugido debido a la distancia– y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cómo planean las aves en el vacío. La transparencia del aire nos permite ver los objetos claramente, aunque reducidos en tamaño, como si lo hiciéramos a través de una lente.

Dándonos la vuelta, abandonamos la protección de los pinos y volvemos sobre nuestros pasos, atravesando la maleza seca hasta llegar al camino. Mientras caminábamos junto a nuestros animales, descubrimos que la hebilla que une la grupera y la montura del caballo de José estaba rota. Tardamos un rato en confeccionar un sustituto, una especie de cruce entre grupera y retranca, con nuestras cinchas de repuesto. Ahora eran las 12:30 p.m. y habíamos recorrido una buena distancia. Los senderos no son tan malos en esta parte de El Hierro como en el sur de Tenerife.

Momentos antes de llegar al pueblo de El Pinar, descubrimos un moral, completamente cargado de fruta oscura y madura. Jamás había probado moras como éstas, ni en sueños. Lorenzo cogió una hoja grande y sobre ella colocó las moras. Sus dos manos estaban rebosantes. Yo estaba sentada sobre mi caballo y las devoraba con la misma rapidez que él las traía. Estaban exquisitas y frescas, y tan maduras que se derretían en la boca. Lo que nos asombró fue que otros no se las hubieran comido ya. Aparentemente, sin embargo, son la segunda cosecha del árbol que, por superstición o por tradición, el campesino no come. Nuestros hombres comieron algunas aunque no tantas como nosotros. La altitud a la que el moral había crecido era de 2.650 pies. Frente al moral había dos o tres eras.

Ahora divisamos los oscuros techos de paja de El Pinar. Algunas ovejas y vacas en los corrales son prueba de que el pasto abunda por estos alrededores. La lana de las ovejas es lacia y de un color amarillo fuerte, con un aspecto aceitoso.

Algunas mujeres estaban sentadas al borde del camino, sólo calentándose al sol. Los climas cálidos promueven la pereza y existe una triste escasez de industrias isleñas.

Nuestros hombres detuvieron los caballos aquí y, para asombro nuestro, dieron por hecho que íbamos a pasar la noche en El Pinar. Como todavía no eran las dos y, desgraciadamente, el tiem-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

po que teníamos para ver El Hierro era limitado nos vimos obligados a continuar; de no haber sido por ello, acampar entre los pinos habría sido, ciertamente, muy agradable. Por lo tanto, tras un poco de discusión, algunas quejas y bastantes comentarios sarcásticos por parte de Lorenzo sobre la escasa capacidad de los habitantes de El Hierro para caminar, finalmente nos pusimos en marcha de nuevo.

El puerto de Naos, el mejor puerto de la isla, donde desembarcó Bethencourt después de su conquista de La Gomera, puede verse desde aquí. Le acompañaba Augeron, un nativo de El Hierro, que, junto a muchos otros, había sido capturado por piratas aragoneses y vendido como esclavo. El rey de España se lo envió a Bethencourt para que le sirviese de intérprete. El Hierro perdió casi toda su población por la reiterada acción de los piratas y se dice que en 1402, tres años antes de la llegada de Bethencourt, cuatrocientos desdichados herreños fueron capturados y convertidos en esclavos. Augeron resultó ser hermano de Armiche, rey de El Hierro, a quien Bethencourt lo envió para convencerle de que aceptase su poderosa protección y amistad. Cumplió tan bien con su encargo, quizás ayudado por la predisposición de la gente tras los proféticos consejos de Yore, que Armiche visitó a Bethencourt en son de paz, con ciento once seguidores. Su confianza se vio recompensada con la esclavitud y el establecimiento de una guarnición de invasores en la isla.

Dejando El Pinar en dirección norte, ascendimos a través de pinos aislados, que tenían cebada creciendo entre sus ramas. Muchos de los pinos habían sido quemados de forma terriblemente irresponsable y destructora, algo habitual y muy deplorable. A las 2:15 p.m. nos encontrábamos a 3.000 pies de altura; la subida era suave y atravesábamos un bosque de pinos. ¡Qué encanto tienen los pinos! Te tranquilizan, sin ser tristes. Sus agujas dejan pasar la luz y el calor y, no obstante, los atenúan. Nada hay de tenebroso en un bosque de pinos y, sin embargo, el silencio es intenso. Las hojas en forma de agujas que yacen sobre el suelo amortiguan cada paso hasta convertirlo en un susurro, y no se escucha el duro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

roce de hojas rígidas cuando la brisa atraviesa las copas de estos árboles. Los extensos paisajes cubiertos de pinos dan sensación de espacio, no de ahogo como ocurre con los árboles comunes y la maleza, porque nada crece bajo un pino. El estar en medio de los pinos me devuelve a Noruega, aunque nuestro árbol septentrional no tiene ni la gracia ni la redondez de la sensual y bella especie canaria.

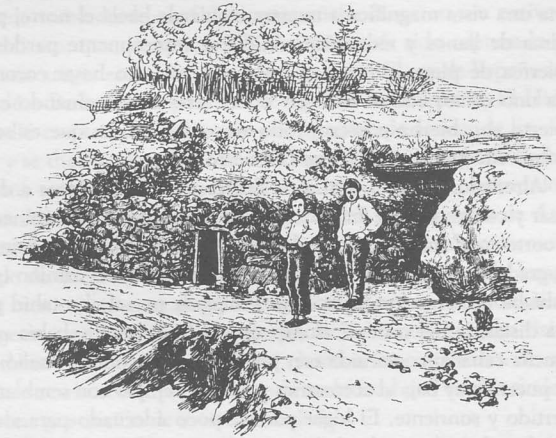
Trescientos cincuenta pies más arriba hay un corte en la zona de pinos y descubrimos un pequeño altozano. Esto nos proporciona una vista magnífica a nuestra izquierda hacia el norte, por encima de llanos y montañas cónicas, completamente pardos y cubiertos de pinos que suben cada vez más alto hasta coronar cada uno de los conos. El lugar donde estamos caminando está cubierto con hierba y brezo, todo reseco ahora, ya que es septiembre. Me gustaría viajar por El Hierro en mayo.

Alrededor de las 3 p.m. nos alegró poder detenernos a descansar y comer, ya que más adelante la subida era más empinada. Un corte en el suelo, como un barranco en miniatura, nos brindó un agradable refugio del sol. Nacía en una vuelta del camino que cambiaba de dirección justo aquí. Protegida por el alto talud y a poca distancia del camino, donde éste daba la vuelta, había una pequeña cabaña, construida con piedra viva. Un hombre salió de una puerta muy baja al acercarnos y nos contempló con semblante divertido y sonriente. El lugar parecía poco adecuado para vivir, pero descubrimos que los habitantes eran pastores que solamente venían aquí en verano para cuidar los rebaños. Mientras yo sacaba nuestro almuerzo de huevos duros, pan y miel, John preparó su cámara y sacó una fotografía de la cabaña con aquellos dos hombres de aspecto tan pintoresco, que lucían gorras de color azul oscuro con picos que colgaban a cada lado. Lorenzo, con gran seriedad y aire de mayor cultura, se colocó en posición y les dijo a los hombres que permaneciesen inmóviles. No tenían ni la más ligera idea de lo que iba a ocurrir. Lorenzo debe tener una gran parte de sangre española en sus venas porque su seriedad es imperturbable. La esquina del pequeño risco donde almorzamos protegía un pre-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cioso culantrillo y un tupido musgo amarillo. Hacia el sur hay varias montañas, con escasos pinos, mientras que más arriba, a nuestra izquierda, se encuentra Malpaso. La cabaña está a 3.650 pies sobre el nivel del mar, con un clima agradable en estas islas.

Tras descansar media hora, montamos y seguimos cabalgando. Hay muchas grietas curiosas en las que los árboles crecen abundantemente. Una cruz a nuestra derecha, llamada de Los



CHOZA DE UN CABRERO, EL PINAR, EL HIERRO

Reyes, sirve de indicador exacto para la altura, que según nuestro aneroide es de 3.900 pies. El nombre suena a antiguo, pero me resulta difícil hacer cualquier conjetura sobre su origen.

Aún ascendiendo, cruzamos después una extensión de fina lava negra, como picón, en la que los caballos se hundían. De nuevo un trozo de montaña repleto de brezo y cubierto de flores blancas, que nuestros guías llamaron *ortelanilla* (*Cedronella Canariensis*). Las golondrinas volaban de un lado a otro cuando alcanzamos la cumbre de Malpaso (4.400 pies). Nos dijeron que está-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bamos en el punto más alto de la isla pero no fue posible comprobarlo debido a la neblina que se extendía por la cima del precipicio, en cuyo borde nos encontrábamos mirando hacia el lugar donde debía estar El Golfo. Los mapas del Almirantazgo establecen dos puntos más altos en este mismo cerro, algo que, según Fritsch, no es correcto. No había neblina alguna en el lado sur de Malpaso. Donde estábamos se arremolinaba y desplazaba por el borde del precipicio, justo a ras de la cima, impidiendo de forma exasperante que viéramos lo que debería haber sido una espléndida panorámica. La pista que seguíamos, y que habíamos elegido nosotros mismos ya que no había sendero alguno, discurría sobre lava suelta, llena de agujeros en los que se hundían los cascos de nuestros caballos. En un lugar el caballo de John se hundió hasta las rodillas. Varias veces pensamos que ambos iban a desaparecer en las profundidades.

Después de cabalgar por la parte superior del cerro durante un rato, cambiamos de dirección girando hacia la derecha y descendiendo por lo que era, en realidad, una pista, aunque empinada y cubierta de picón, hasta que llegamos a una hondonada en las colinas (3.845 pies), al pie de Tanganasoga, que es un cono montañoso situado cerca del cerro principal. Nuestro sendero discurría entre ambas montañas. Enormes brezos, del tamaño de árboles, crecían a ambos lados y todo alrededor. La bajada desde este lugar hasta Sabinosa fue uno de los paseos a caballo más preciosos de los que disfrutamos en las islas. Era un perpetuo festín de verdor, una fiesta para la vista, con toda la exuberancia de un clima tropical y el verdor del clima templado. El sendero serpenteaba entrando y saliendo de un bosque (3.400 pies) de brezos gigantes, la maleza era densa y exuberante, con pie de liebre y otros helechos creciendo en la abundancia más salvaje, mientras que los helechales, el musgo y el liquen, todos ellos muy verdes, nos recordaban a la Isla Esmeralda. [1] Abundaba también una especie de laurel de gran tamaño y, con frecuencia, detuvimos a nuestros

1 "Isla Esmeralda" es el nombre dado por los ingleses a Irlanda. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

animales para coger zarzamoras de las zarzas, todo esto a una altura de solamente 2.650 pies. Encontramos un arbusto, que nuestro arriero llamó *tomillo salvaje*, muy parecido al nuestro. Tras cuidadosa observación descubrimos que era *Micromeria lasiophylla,* una planta labiada. Una verja que atravesaba el sendero separaba este exuberante lugar de otro algo más yermo. El guía la llamó La Cancela Quebrada, al menos así entendimos su peculiar pronunciación.

Poco después de penetrar en aquellos campos de exuberante vegetación, John, que cabalgaba delante de mí en una mula ya que no nos quedaba más remedio que ir en fila india, tuvo un pequeño accidente. Había sacado el aneroide de su bolsillo para comprobar la altura y cuando, afortunadamente, lo acababa de guardar y estaba anotando la altitud, la mula, dándose cuenta de que su jinete estaba ocupado, se paró en seco y se inclinó a mordisquear unos helechos. El sendero era muy empinado y John, con su cuaderno de notas y lápiz en mano, salió despedido por encima de la cabeza del animal y aterrizó, por delante y sentado, tras ejecutar un salto mortal completo. El lápiz y el cuaderno de notas estaban aún en sus manos sin haber sufrido daño alguno. La mula lo miró, asombrada por su repentina aparición. Al principio me asusté bastante por si se hubiera roto algún hueso y los guías se aterrorizaron. Le grité a John: "¿Te has lastimado?", pero vi que no hacía falta que repitiera mi pregunta ya que, de la risa, no podía contestarme. Tranquilizada, percibí lo ridículo de la situación y me uní a sus risas. Lo absurdo era que se quedó sentado sobre el suelo tal y como estaba sobre la montura, con el lápiz y el cuaderno de notas aún en la mano, ¡así que podría haber continuado con sus anotaciones! Cuando los arrieros nos vieron riendo, se atrevieron a sonreír un poco. Durante toda la bajada el ataque de risa reaparecía y mis risitas repentinas hacían que los hombres se volviesen a ver lo que pasaba, uniéndose a mí con sacudidas de risa contenida. Sin embargo, fue una suerte que la caída no tuviera importancia ya que el médico más cercano se encontraba en La Orotava.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El sendero subía ligeramente después de cruzar la cancela y la vegetación volvía a revestir las colinas, formando un adorable bosque verde, lleno de helechos, que nos incitaba a detenernos.

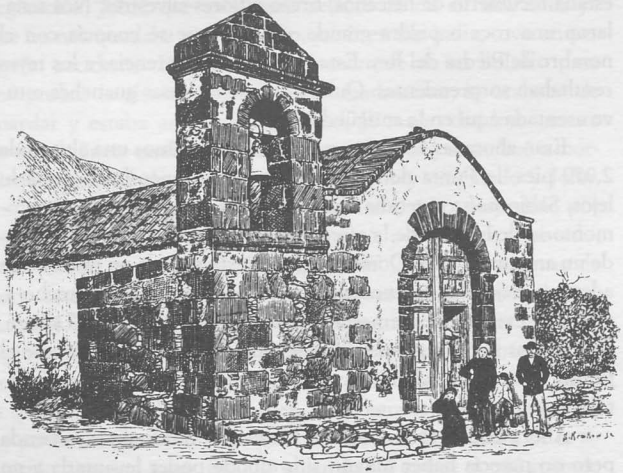
Había melocotoneros y manzanos creciendo a 2.400 pies sobre el nivel del mar. Estábamos en ese momento casi a la mitad de la bajada y el sendero serpenteaba ladera abajo. Las escasas zonas algo más llanas estaban cultivadas. Las amapolas, brillantes y vistosas, me recordaban a Inglaterra, a 2.100 pies de altitud. No había muchos árboles aquí, sólo arbustos y maleza. El bosque estaba recubierto de helechos, brezo y flores silvestres. Nos señalaron una roca o piedra grande, un hito que se conocía con el nombre de Piedra del Rey. Estas constantes referencias a los reyes resultaban sorprendentes. Quizás una de las casas guanches estuvo asentada aquí en la antigüedad.

Eran ahora las 5:50 p.m. y, cuando alcanzamos una altitud de 2.050 pies, la Punta de la Dehesa apareció repentinamente a lo lejos. Sabinosa se extendía a nuestros pies, colgada sobre un promontorio de la falda de la montaña, en realidad el emplazamiento de un antiguo volcán. Domina el mar y está situada un poco tierra adentro. Bajo ella se encuentra un llano pequeño y estrecho y, más allá, extendiéndose hasta el mar, está la Punta de la Dehesa, famosa por ser el lugar a través del cual Richelieu decidió que el primer meridiano debería pasar ya que era el punto más occidental que se conocía.

Ahora estaba oscureciendo. Habíamos traído nuestra tienda pero no parecía haber ningún sitio donde poder levantarla y no teníamos tiempo antes del anochecer para buscar un terreno apropiado donde acampar. Por lo tanto preguntamos a los habitantes cuya curiosidad había reunido a nuestro alrededor si existía algún terreno vacío en alguna parte. "No, ninguno, ninguno de ninguna clase." Lorenzo se ocupó del tema y, tras preguntar a varias personas, apareció por fin con una llave en la mano y nos pidió que le siguiéramos. Así lo hicimos y, con gran asombro por nuestra parte, nos encontramos en una iglesia. Dijimos que no podíamos dormir allí, que a la gente no le gustaría, y cosas así,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pero dijo que no les importaba y que, como no había misa más que cada tres semanas, no había hostia alguna en el sagrario. Un pequeño patio rodeaba la iglesia y fue allí donde acampamos finalmente. Reclutamos a la mitad del pueblo para conseguir todo lo que necesitábamos rápidamente. Uno trajo agua, otro madera, carbón, un tercero, y otro, pan, leche y huevos. Una buena mujer nos trajo dos colchones para acostarnos. Nos resistíamos a aceptarlos, pensando que dormiríamos mejor en nuestras propias mantas, pero ella y Lorenzo nos aseguraron que estaban *muy lim-*



IGLESIA EN LA QUE DORMIMOS, SABINOSA, EL HIERRO

pios así que no podíamos negarnos sin herir sus sentimientos. A estas alturas el agua de la tetera estaba hirviendo y nos alegró poder comer algo. Les servimos café a los hombres cuando acabaron su gofio y lo agradecieron enormemente. Les pasé el azúcar para que pudieran servirse, pero nos hizo gracia ver cómo Lorenzo les servía sólo una cucharada a cada uno. Supongo que habrían acabado con el azúcar si les hubiésemos dejado que se sir-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

vieran ellos mismos, porque frecuentemente he visto a los españoles llenar más de la mitad de sus tazas con azúcar. Como el azúcar es un artículo bastante caro en las islas, Lorenzo, tan bueno como siempre, pensó que cuidaría de nuestros intereses.

Los colchones los colocamos cerca de la puerta oeste de la iglesia ya que no queríamos estar cerca del altar. No teníamos que habernos preocupado tanto por los sentimientos de los habitantes ya que ¡cuál sería nuestro asombro cuando vimos a los tres arrie-

POZO DE AGUA MINERAL Y PUNTA DE LA DEHESA, SABINOSA, EL HIERRO

ros alojarse en el presbiterio y tumbarse sobre dos asientos que allí había y sobre los escalones! Antes de acostarse, Lorenzo entró todos los artículos que poseíamos, tetera y caldero incluidos, y los colocó en una esquina. Creo que era una precaución innecesaria ya que los herreños son tan honrados como los babilones, [2] pero existe una gran rivalidad y envidia entre los habitantes de las islas

2 Habitantes de Tenerife.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y sin duda Lorenzo pensaba que tanto él como su isla eran muy superiores al resto del archipiélago en honradez y cultura. Se acostó a media distancia entre nosotros y los demás hombres, no sé si debido al mismo sentimiento de superioridad o para protegernos. Nos acostamos llenos de temor y temblando, al no saber qué podían contener aquellos colchones, pero nuestros temores eran infundados y resultaron estar, sin duda alguna, *muy limpios*. Sin embargo, nuestro descanso se vio muy perturbado; en la iglesia, un edificio de piedra, hacía frío y los hombres roncaban fuertemente, así es que, por diversos motivos, no dormimos muy bien y nos alegramos bastante cuando nos levantamos a las 6:30.

Mientras yo preparaba el desayuno, John tomó algunas fotografías de nuestro lugar de descanso. Había una cabra pastando en un rincón del patio de la iglesia y algunos de nuestros amigos de la noche anterior se hallaban por los alrededores. La dueña de los colchones vino a buscarlos y se empeñó en no aceptar dinero alguno, lo único que podíamos ofrecerle. Traía a su pequeño con ella, de modo que le dimos algo a él. El pobre niño era sordomudo. Una vieja nos trajo un poco de miel que pusimos en una botella. Nos alegró poder comprar un poco ya que en la actualidad El Hierro es tan famosa por su miel como lo fue en tiempos de la conquista.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

EL GOLFO • EL RISCO • VALVERDE

XII

Feliz el hombre, sin experiencia de ambiciosos planes,
Que, viviendo simplemente, como nuestros antepasados,
Ara los pocos acres que su padre aró,
Sin pensamiento alguno de usura u oro que lo preocupe;

****

O que en algún valle, arriba, entre las colinas,
Observa sus errantes manadas de ganado;
O llena jarras fragantes con miel líquida;
O trasquila sus simples ovejas bajo la luz del sol.

HORACIO

JUEVES, 27 DE SEPTIEMBRE. Tras haber terminado esta mañana, como de costumbre, mi parte del empaquetado –es decir, la cantina– y viendo que tenía las manos sucias, le pedí a una mujer que estaba cerca que me diera un poco de agua. Accedió de inmediato, trayéndola en un plato un poco mayor que aquel platillo para macetas de Santiago, en Tenerife. Dejando que los hombres acabaran de recoger, partimos a las 8:30 a.m. colina abajo hacia el manantial de aguas medicinales que hay cerca del mar. Un sendero de lava, de picón, conduce hasta un pozo, rodeado por cuatro piedras planas que forman un cuadrado de unos dos pies de alto. A unos cinco pies de distancia hay un banco de piedra desde donde bajan unos escalones hasta el pozo. Un pequeño risco se eleva por encima y detrás, ocultando el pozo totalmente por el lado de tierra y ofreciendo un agradable refugio del sol. En este momento hay un buey, una vaca y un ternero escondidos en las oquedades del risco que espantan tranquilamente las moscas de sus costados. Un hombre con pantalones de tela artesanal, una gorra y una camisa bien remendada, dejó caer una vieja lata oxidada atada con una cuerda para sacar un poco de agua, y así la probamos. Estaba algo tibia y tenía un ligero sabor a azufre. Me-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dimos, y descubrimos que la profundidad era de treinta y cuatro pies desde la superficie hasta el agua. Lo curioso de este pozo o manantial es que se encuentra bajo el nivel del mar. El río de lava, que sin duda surgió del volcán donde ahora se encuentra Sabinosa, y por el que bajamos hasta el pozo, penetra en el mar formando una punta agreste, justo debajo de nosotros. Las rocas son afiladas y empinadas y el mar rompe debajo, a algunas yardas de distancia. La famosa Punta de la Dehesa parece un lugar imponente e interesante visto desde el pozo. Un poco más arriba hay unas casetas donde se alojan, cuando están aquí, los que vienen a tomar baños o a beber el agua. Dicen que es buena para las enfermedades de la piel. El hombre que sacó el agua llevaba un palo, o *lanza*, con el que brincaba o saltaba, sin molestarse en seguir el sendero sino pasando por encima de las rocas.

Abandonando el balneario, volvimos sobre nuestros pasos hasta que, unos cuantos cientos de pies más arriba, nos encontramos con los caballos y los arrieros, y volvimos a cabalgar a las 9:25. El sendero discurría por la ladera, entre 750 y 850 pies sobre el mar, donde terminaban las rocas y empezaba el terreno cultivado. Crecían allí grandes cantidades de un arbusto gris con pequeñas flores naranjas. Los isleños lo llamaban *irama*, pero era realmente *Schizogyne argentea*. El promontorio de los Roques de Salmor destaca a lo lejos como un gigantesco centinela de lava sólida que descansa sobre afiladas rocas, con el mar azul todo alrededor. Las rocas forman el punto más septentrional del Golfo. El terreno agreste por el que pasamos tiene higueras y cardones diseminados por doquier que, a veces, se entremezclan –alimento y veneno. Una piedra arrojada contra los rígidos tallos del cardón los romperá y provocará la salida de un líquido blanco y lechoso que constituye un veneno mortal. Otras plantas salvajes crecen a intervalos en este agreste terreno. Un poco más arriba de donde estamos la tierra está dispuesta en bancales y los espacios llanos resultantes se plantan con cebada y otras cosechas. Nos sorprende la cantidad de vacas que, comparado con el tamaño de la isla y su población, es enorme. Esto prueba que hay suficiente pasto, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pasto significa suficiente lluvia. La escasez de agua es la única dificultad con la que se encuentra la agricultura en el archipiélago. Si los herreños tuvieran más cuidado con los árboles podrían cultivar cualquier cosa. Un poco más arriba, nos encontramos con nuestra mula de carga, que había venido directamente desde Sabinosa. La cámara, que habíamos estado cargando nosotros, la traspasamos a ella y volvimos a emprender la marcha. Este litoral es una magnífica extensión de bahía, con las montañas o acantilados del Golfo como telón de fondo. La caída al mar desde el pie de los acantilados, a mitad de los cuales vamos avanzando, es muy empinada. Es difícil adivinar la distancia desde lo alto de los acantilados hasta el mar, pero probablemente entre una milla y tres sería una idea aproximada de su tamaño. A veces pasamos junto a algún lagar o a miles de higos puestos a secar que son una verdadera droga en el mercado de El Hierro, hablando metafóricamente, ya que El Hierro no posee mercado alguno. ¡Son unos higos tan deliciosos, maduros, grandes y jugosos! Son tan apreciados por los habitantes de las otras islas que de vez en cuando los regalan como algo especial. Crecen salvajes así que cogemos los que queremos mientras cabalgamos, volviéndonos hacia los árboles y cogiendo la fruta desde nuestras sillas. Había higos pudriéndose en el suelo en grandes cantidades y secándose sobre los muros y tejados por miles y, sin embargo, El Hierro no los exporta a otros lugares. Si los herreños, que son tan pobres que harían lo que fuera por un poco de dinero, supieran cómo preparar los higos para el mercado inglés, pronto se convertirían en serios rivales y llegarían a sobrepasar a los de Esmirna en cuanto a aceptación. Los que compramos en Inglaterra no pueden compararse con éstos ni en sabor ni en tamaño pero, claro está, están secados y prensados de otra forma, la ortodoxa.

Hay numerosos cuervos volando alrededor y las bandadas de canarios –el verdadero pájaro verde, no el amarillo que conocemos en el mundo civilizado– se elevan y huyen volando, para volver a posarse un poco más allá. Nos cruzamos con una mujer que llevaba una cesta de mimbre a la cabeza y otra con higos de los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que nos dio algunos, sin que se los pidiésemos, con una amplia sonrisa. El día estaba nublado de nuevo, sin demasiado calor, y nos parecía bastante agradable después del sur de Tenerife. Era maravilloso ver el pie de liebre sobresaliendo entre las rocas de lava donde nada más crecía.

Nuestros hombres solían hacer que los caballos avanzasen con un par de palabras pronunciadas con una voz tan gutural que pasó algún tiempo antes de que descubriese que decían, "Anda, caballo". Variaban el acento de acuerdo con las necesidades del caso. Si se necesitaba un esfuerzo especial lo pronunciaban así: "An-*da*, *caba*llo", o "mulo", según fuera el caso, o si el animal hacía algo que no debía haber hecho, la palabra se pronunciaba, acompañada de una expresión de sufrimiento y sorpresa, "ca-*bal*-lo".

Un pequeño grupo de casas llamado Los Jaralejos marcaba el lugar donde el camino comenzaba a bajar desde allí hasta Los Llanillos. Esta zona tiene una población muy escasa; de hecho no hay ninguna casa en bastante distancia. Sintiéndome muy cansada después de permanecer doce horas ayer sobre la silla en una misma postura, aproveché y utilicé ambos estribos. El alivio que da el cambiar la postura de lado al cabalgar sólo lo pueden imaginar los que lo hayan probado. Más adelante llegamos a una casa y a un lagar y, como los hombres estaban pisando uvas, nos detuvimos a ver el proceso. Había un recipiente de madera, grande y cuadrado como un depósito, a unos pies sobre el suelo y cubierto con un sombrajo para resguardarlo del sol, medio lleno de uvas. Tres hombres, con los pantalones remangados hasta las rodillas, sus piernas y sus pies sucios –mugrientos–, pisaban las uvas haciendo que el jugo fluyese por tubos de madera llenando los barriles colocados expresamente para recogerlo. Regresando al camino, nos cruzamos con algunas vacas. Parecerá raro que mencione las vacas otra vez, pero en estas islas son relativamente escasas debido a la falta de lluvia y pasto. Siempre consumen leche de cabra ya que la de vaca es difícil de conseguir y rara vez hacen mantequilla. Incluso en El Hierro, donde sí hay un número apreciable de vacas, ya no hacen mantequilla porque no existe ningu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

na demanda. Se podría montar un negocio con este producto si se les enseñase el proceso de preparación. Aunque para cualquier empresa siempre hace falta una gran energía y un poco de capital. Desde luego habría un mercado en Tenerife para una mantequilla de calidad pues en La Orotava tuvimos que comerla en lata, un producto horrible. Muchos de los habitantes de clase media, además de los visitantes de La Orotava, consumirían una buena cantidad. También Santa Cruz, donde hacen escala tantos barcos y donde residen tantos hombres de negocios, sería un buen mercado.

Llegamos a una pequeña plataforma con una cruz partida. El gran número de cruces existentes por doquier rompen la monotonía de los caminos. Las colocan por razones triviales; el que un cadáver haya descansado en dicho lugar, camino de su entierro, es la causa más frecuente. Todas las casas, o mejor dicho chozas y casetas –no recuerdo haber visto una casa de dos pisos excepto en Sabinosa– tenían gran cantidad de higos, tomates y pimientos secándose por fuera, sobre los muros o cualquier lugar donde diera el sol. Llegamos a Los Llanillos, que sólo tenía unas pocas casas, a las 11:30 (800 pies) y no nos detuvimos. A media hora de Los Llanillos a caballo, nos señalaron un arbusto llamado *sabina* (*Juniperus phoenicea*) que crecía sobre una roca. Está considerado como un hito importante y una curiosidad a los ojos de los isleños. También vimos una especie de arbusto, parecido a un laburno, llamado *tagasaste*, sobre el cual conoceríamos más, posteriormente. Una planta que el guía llamó *duraznillo* resultó ser la hierba carmín de Virginia.[1] El golfo está bastante poblado de árboles, lo que le da un aspecto encantador al paisaje.

Famoso como es El Hierro por sus árboles de todas clases, existió en el pasado uno que fue tan famoso que se le conocía con el nombre de "árbol sagrado". Existen muchos mitos relacionados con él. Su atractivo consistía en que era capaz de producir o destilar agua de sus hojas. Galindo describe el árbol, que había

1 *Phytolacca decandra.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ido a ver a la isla, en su historia de la conquista, escrita en 1632. Era un inmenso laurel (*Laurus foetens*)[2] que se alzaba solitario en la parte alta de una roca. Por la mañana temprano una nube o neblina se condensaba en las anchas hojas y en las frondosas ramas de este árbol y, durante todo el día, goteaba en forma de agua. Un estanque dividido en dos secciones, para hombres y bestias respectivamente, recogía el agua al caer. El árbol, que debe haber sido muy antiguo, fue destruido por una tormenta en 1612.[3]

Thomas Herbert, que viajó por África en 1626, da una simpática descripción de este árbol, evidentemente de oídas ya que solamente señala la existencia de un único árbol en todo El Hierro. "Famosa por un árbol (tiene sólo uno), que (como la roca milagrosa en el Desierto) suministra agua dulce a todos los habitantes, destilando constantemente un líquido celestial para beneficio de la gente. Escuchad a Sylvester:

> En la Isla de Hierro (una de las mismas siete
> A las que nuestros Antepasados feliz nombre dieron)
> Los salvajes habitantes nunca beben del flujo
> De Pozos y Ríos, como en otras Regiones.
> ¡Su bebida está en el Aire! su activo manantial,
> Un Árbol llorón de sí mismo arranca,
> Un Árbol cuya tierna y barbada raíz penetra
> En la arena más seca y su hoja sudorosa produce
> Un licor dulcísimo; y [al igual que la vid
> Cortada a destiempo llora (por su herida) vino
> En lágrimas perladas] destila incesantemente
> Un arroyo real, que todos los estanques llena
> Por toda la Isla; todos a él se acercan rápidos,
> ¡Pero ni con todas sus vasijas lo pueden secar!"

Nos cruzamos con un hombre evidentemente vestido de fiesta. La tela era algo parecido a un *tweed* marrón, tejido artesanalmente; la chaqueta era corta y las mangas abiertas en los puños;

2 O *Laurus indica* según Linnaeus.
3 *Noticias del Hierro,* de Bartolomé García del Castillo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lucía un sombrero de paja negra, como de marinero, que debía ser un detalle moderno en aquel traje hecho a mano.

La vid, el centeno y la cochinilla son los principales ocupantes de la tierra y hay también una cantidad bastante grande de pasto. A las 12:30 p.m. llegamos a Tigaday (750 pies) e inmediatamente nos sentimos transportados al país de los cuentos de hadas al ver a grupos de mujeres con husos, hilando mientras caminaban o permanecían sentadas, sin que sus sombreros negros de copa baja disminuyeran aquella sensación. Estaba segura de que me pincharía el dedo y así permanecería dormida unos mil años. Sin embargo, las dejamos atrás sanos y salvos, sin haber sido encantados, al menos en lo que a mí se refería. Una venta, la primera que habíamos visto, nos recordó que ya era la hora del almuerzo. Sin embargo, no tenían vino, sólo unas jarras, algunos melocotones colgados del techo y botones colgados de la pared. Un poco de pan y queso aparecieron, afortunadamente, de algún sitio, de modo que logramos almorzar algo. Nos encontrábamos ahora cerca del extremo noreste del Golfo y casi debajo de los acantilados de ese lado. Las nubes desaparecieron y tomamos una fotografía del Risco. Mientras nos acercábamos a aquel extremo de El Golfo, le pregunté al guía adónde iríamos después, ya que no parecía haber sendero alguno ni salida. Señaló hacia un risco frente a nosotros. Sólo podíamos ver un acantilado y así se lo dijimos. Siguió señalando lo que él llamaba un sendero y, con mucha dificultad, distinguimos finalmente una raya serpenteante, como una vena en la roca, que subía por la cara del precipicio. "Es el peor sendero de las islas", nos dijo y, sinceramente, tenía razón en muchos aspectos. Algunas personas se reunieron a nuestro alrededor mientras tomamos fotografías y almorzamos. Un hombre grande, de unos seis pies de alto, está delante de mí mientras escribo estas notas. Se encuentra a sólo una yarda de distancia y está muy interesado en mi lápiz, papel y caligrafía. En este valle los rostros son muy expresivos. Un poco a mi derecha y sobre nosotros, se alza una montaña cónica roja y sobre ella, cerca de la cumbre, está posada la iglesia de Candelaria, con algunas casas a su alrededor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Abandonamos la venta a la una en punto y seguimos cabalgando, llenos de buena fe pero sin saber adónde íbamos. Atravesamos varios caseríos o pequeños grupos de cabañas: Belgara a nuestra derecha, después Los Palos y, finalmente, Guinea. Este último está justo debajo del acantilado. Tras una hora a caballo llegamos al pie del Risco y comenzamos la subida. El sendero, cuya anchura variaba entre tres y seis pies, se ha construido excavando y barrenando el acantilado. En algunos lugares ha sido construido y, en otros, excavado en la roca. El suelo es de piedras oblongas, colocadas de forma que el borde superior de cada una está ligeramente más alto que el borde inferior de la frontal. Esto ofrece un punto al que los cascos de los caballos pueden agarrarse, tanto al subir como al bajar, e impide que se deslicen, como lo harían si no fuera por esta disposición. Al subir por este camino de pavimento uniforme nos parecía, a la fuerza, que estábamos subiendo por una pared inclinada. Las curvas eran frecuentes y cerradas. A veces en las curvas se había excavado un hueco mayor de modo que, de cruzarse con otros, habría suficiente espacio para pasar, ya que en el sendero no era muy seguro o posible hacerlo. Por supuesto, subimos en fila india. Durante algún tiempo fui yo delante. Cuando me subí a la silla en la venta, monté de lado pero, tras comenzar a subir el Risco, Lorenzo se acercó a mí y me pidió que montase "de la otra manera" porque así era peligroso. Colocó los estribos en las puntas de mis botas, de modo que me podía soltar rápidamente si el caballo se despeñaba y, a pesar de estas precauciones, no parecía muy feliz. Cuando estaba cabalgando de lado, colgaba sobre el precipicio y, sólo con mirar hacia abajo, podía ver la parte alta de la cabeza de John que subía por la calzada inferior. Mi caballo tenía la desafortunada costumbre de caminar por el borde exterior y como, excepto en escasos tramos, no había ni siquiera una piedra para protegerlo, no es de extrañar la preocupación de Lorenzo. Me dio órdenes estrictas de que si el caballo se resbalaba debía lanzarme hacia el lado donde hubiera tierra sin preocuparme de si el caballo caía al vacío. John subió parte del camino a caballo pero no pudo soportarlo mucho

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tiempo y prefirió confiar en sus propias piernas. El paisaje es precioso. Abajo se encuentra Punta Grande, una pequeña península rocosa con algunas casas y una bahía a cada lado, una panorámica encantadora. A la izquierda se extiende el risueño valle, cultivado y tranquilo. Es increíble pensar que esta pared inclinada es el único camino entre una de las zonas más pobladas de la isla y su capital, Valverde. Es un gran camino, en todo el sentido de la palabra, y un triunfo de la técnica semicivilizada. Cerca de la parte alta nos cruzamos con unos hombres y mujeres, con caballos de carga y mulas, que regresaban de Valverde. Todos llevaban palos largos o varas con las que se ayudaban a caminar. Nos encontramos donde no había vuelta en el camino, por lo que hubo que tener mucho cuidado e inventiva al pasar el uno junto al otro. Condujeron mi caballo cerca de la roca y lo mantuvieron parado mientras pasaban los caballos cargados y las mulas, un casco tras otro, con un cuidado extremo. A las 3:15 p.m. llegamos a La Virgen de la Peña, en la cumbre, a 2.200 pies sobre el nivel del mar. Fue una subida a caballo que nos llenó de temor. De pie, en la parte alta, podemos ver el camino inmediatamente debajo de nosotros. Comenzamos la subida por encima de Punta Grande y la terminamos solamente unas cien yardas más o menos hacia el norte, o sea que el sendero serpenteaba entre dos puntos exactos. El calor era terrible, las rocas reflejaban los rayos del sol sobre el camino que, a su vez, los volvía a reflejar. Los hombres y caballos estaban tan empapados de sudor que el agua les caía a chorros. No eran sólo gotas de sudor sino hilillos de agua que se deslizaban por los costados y las patas de las pobres bestias, mientras que de la ropa de los hombres se podría haber extraído agua, retorciéndola. La capilla de la Virgen de la Peña es un pequeño recinto cubierto, con una pequeña imagen de la Virgen adornada con flores, en su interior. En la pared hay una puerta y en ella una reja, en la que los caminantes han colocado geranios rojos y ramas de pino. Sólo nos quedamos unos minutos ya que los hombres y los caballos estaban demasiado acalorados para poder estar parados en aquella brisa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Una vez más nos encontrábamos en la meseta que recorre El Hierro de un extremo a otro. Cruzamos dos pequeños barrancos, por supuesto secos, y cerca de uno de ellos había unas ovejas, de pelo largo, lacio y sedoso, en un redil. Nos cruzamos con una procesión de burros, caballos y mulas, todos cargados, que bajaban hacia el Risco. Los burros eran muy grandes y hermosos. Cadamosto menciona en 1455 la gran cantidad de burros existente en El Hierro. En la primera casa que encontramos nos detuvimos y conseguimos un agua excelente, tanto para los hombres como para los animales, sacándola nosotros mismos de un pozo con una cuerda y cubos. ¡Cómo bebieron aquellos pobres caballos, cubo tras cubo! Nunca antes había visto animales que bebieran tanto y me alegraba ver cómo disfrutaban obviamente con ello. Aquí la zona es aceptablemente llana y con abundante población para la isla que es. Las casas tienen techos de paja y parecen bastante buenas, y las fincas, ricas.

Cruzamos un barranco que era una roca inmensa en la que el agua había cortado un canal. Muchos pájaros, con manchas castañas y pechos de color blanco-grisáceo, revoloteaban alrededor. Los hombres de esta zona no eran tan morenos como los del Golfo y lucían más pelo en el rostro ya que las patillas anchas estaban de moda en la isla. Uno de nuestros hombres, un tipo alto y desgarbado llamado Juan, que había servido como criado con una gente inglesa en Gran Canaria, lucía unas patillas de este tipo, muy marcadas. Los hombres son altos pero desgarbados y esta manera de llevar el pelo les da un aspecto tímido, como ausente. Tienen aspecto sincero y, por regla general, tanto los hombres como las mujeres tienen rostros claros y sanos. El pelo, casi siempre, no es negro sino castaño oscuro. Tienen un carácter tranquilo y agradable y son capaces de coger y apreciar las bromas. No son tan serios como los tinerfeños, de lo que intuyo que hay más sangre guanche pura en El Hierro que en Tenerife.

La Montaña de la Torre, que tenemos enfrente, es como un trozo de papel que se ha agarrado por el centro y aplastado con la palma de la mano, arrugando los lados enormemente. Cerca de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ella descubrimos la ajedrea invernal en flor,[4] llamada por los isleños *albahaca*. Llegamos a algunas casas cercanas, conocidas como Casas del Monte, a las 4:30, descubriendo que la altura era de 2.000 pies, por lo que hay poca variación en la meseta. Una familia completa estaba realizando sus obligaciones domésticas al aire libre, y eran un verdadero cuadro: las mujeres y las chicas estaban cosiendo y los hombres y los chicos estaban partiendo madera, fabricando escobas, etc.

Más adelante pasamos por San Pedro y Mocanal, que juntos forman un pueblo grande. Cerca de allí cruzamos un barranco por un puente, en el que está esculpida una inscripción indicando que fue construido en 1855 y dando los nombres de los alcaldes de Tenecedra. Una cruz, por supuesto, remata la inscripción. Una de las casas tenía un adorno curioso de cemento a lo largo de toda la pared, una especie de friso.

Un campo de cochinilla que pasamos ya había sido recogido, porque ya ha acabado la época de la cosecha. No hay una gran cantidad de este feo cactus de la cochinilla en El Hierro, de modo que la reacción en su contra que ya ha comenzado no afectará mucho a los habitantes. Por otra parte, no hay señal de que la isla se haya beneficiado del repentino flujo de riqueza que trajo la cochinilla a casi todo el archipiélago. No hay obras públicas a medio terminar ni grandes casas en decadencia. Todo es pobreza. Los habitantes son campesinos y los más acaudalados siguen siendo campesinos de clase media. Son muy agradables, francos y tranquilos, muy parecidos a las descripciones que de ellos leímos en las pocas frases contenidas en los manuscritos que hay sobre las islas. Innumerables veces antes de la conquista española habían desembarcado piratas en El Hierro y apresado a muchos de los habitantes, vendiéndolos después como esclavos. Los habitantes eran evidentemente, entonces como ahora, demasiado apacibles y poco dados a la guerra para poder resistir dichos ataques; se afirma que la isla perdió gran cantidad de población como conse-

4 *Satureia montana.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cuencia de estas repetidas incursiones. Por ello, cuando los españoles invadieron el archipiélago pudieron conseguir un par de estos esclavos en Europa y, llevándolos con ellos en sus barcos, los utilizaron como intérpretes. Con frecuencia nos preguntábamos, antes de descubrir este hecho, cómo eran capaces los españoles de mantener conversaciones y tratar con los habitantes de las islas cuando, aparentemente, era la primera vez que estaban en contacto con ellos.

Alcanzamos el pie de la montaña de Tenecedra a las 5:10 p.m., habiendo bajado continuamente ya que la altura era ahora solamente de 1.600 pies. Pasamos por el lateral de un valle cultivado y luego lo cruzamos. Abundaban las higueras inmensas por doquier, las calabazas se extendían por el terreno y las patatas ya crecían verdes. La cosecha de septiembre, sin embargo, solamente se utiliza como semilla. Este distrito, llamado Calzada de Pinto, tiene una gran cantidad de tierra de pasto aunque, ahora mismo, como es el fin del verano, todo está reseco. El paisaje se abrió y pudimos ver Echeido, unas cuantas casas protegidas por un monte. Poco después pasamos junto a una cruz sujeta a una piedra, del Calbaris (¿Calvario?), según pudimos descifrar la inscripción; también cerca de aquí hay una *fuente*, o manantial. Notamos aquí que cuando las cabras están pastando las atan con una cuerda que atraviesa un agujero en el cuerno.

Llegamos a Valverde y a la casa del sacerdote a las 5:45 p.m., cansados pero habiendo disfrutado enormemente con nuestro paseo alrededor y a través de El Hierro y complacidos por el carácter tranquilo de los habitantes.

El ama de llaves del sacerdote nos dio la bienvenida y poco después llegó el sacerdote joven y cenamos todos juntos. Después de la cena descubrimos que se iba a celebrar una especie de *tertulia*[5] en la sala, a beneficio nuestro. No sé quiénes estaban presentes pero había varios hombres y mujeres, evidentemente los más importantes de Valverde. Sentían gran curiosidad por saber

5 Reunión vespertina improvisada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dónde habíamos estado y lo que habíamos visto en las islas, y a qué se debía nuestro viaje. Consiguieron su información con mucha más facilidad de lo que nosotros conseguimos la nuestra ya que no sabían nada de todo lo que nosotros deseábamos averiguar. Todos estaban de acuerdo al afirmar que todavía se podían encontrar lagartos gigantes en la Punta de la Dehesa. Informantes posteriores lo niegan y, como no los vimos, me temo que debo dejar el tema como lo encontré, sumido en la oscuridad. Espero poder aclararlo algún día con una investigación personal.

Nos alegró poder descansar toda la noche y no tener que salir temprano al día siguiente.

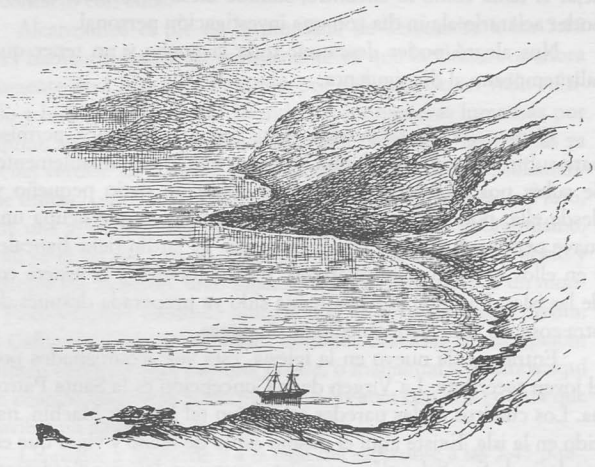
Viernes, 28 de septiembre. Esta mañana pedimos permiso para subir a la azotea y el ama de llaves nos lo dio amablemente. Se subía por una pequeña escalera desde un patio pequeño y, desde ella, podíamos ver el jardín del sacerdote que ocupa una suave pendiente entre la casa y la iglesia. El jardín tiene bancales y en ellos hay higueras, calabazas, melocotoneros y la áspera col de las islas. Parte de la tierra había sido ya preparada después de otra cosecha, muy probablemente de papas.

Entramos de nuevo en la iglesia, esta vez acompañados por el joven sacerdote. La Virgen de la Concepción es la Santa Patrona. Los cuadros de las paredes son de un tal Marcos Machín, nacido en la isla. Existe aquí el mismo estilo de techo y vigas que en la iglesia de San Sebastián, pero ésta es mayor. Las capillas laterales, que tienen techos en forma de octágono y pisos de baldosas rojas y de piedras que forman un dibujo cuadrado, están dedicadas a la Virgen del Carmelo y a San Agustín. La pintura de la madera intenta imitar el mármol blanco. El presbiterio está pintado simulando cortinas rojas y en aquella luz incierta no parecía una mala imitación. Una vieja trampilla de madera en el piso conducía a los sótanos. El sacerdote nos llevó al campanario donde, además de una campana con una cruz, hay también un reloj. Se puede ver toda la ciudad desde unos viejos balcones que están por fuera pero, como la iglesia se encuentra por debajo de la casa del sacerdote, la vista desde la azotea fue igual de buena.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Tras acabar el desayuno, se nos avisó que el navío zarparía pronto, de modo que hicimos el equipaje y nos despedimos. Evidentemente, el hacerle un regalo a nuestra sonriente anfitriona no estaba de más, pero sólo lo aceptó tras mucho insistir.

Cargando la mula con el equipaje, partimos a las 10:30 a pie hacia el puerto. Un amplio y sinuoso sendero, de una legua [6] y



PUERTO DE VALVERDE, EL HIERRO

media de largo discurre entre Valverde y su puerto. Uno de nuestros visitantes de la noche anterior nos acompañó una corta distancia del camino. Poco después de salir de la ciudad pasamos junto a dos molinos de viento con aspas de lona muy remendadas. Al poco rato el patrón del barco y algunos de sus familiares nos adelantaron. Las mujeres lucen faldellines rojos sobre faldas estampadas, cuidadosamente recogidas. Nos cruzamos con una

6 Una legua española equivale a tres millas inglesas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mula cargada con diversos artículos, entre ellos un gallo vivo atado, cabeza abajo, a su costado, una costumbre que también existe entre los bereberes de Marruecos. Las clases más bajas de la mayoría de los países muestran poco cariño por los animales. El valle por cuya ladera bajamos no está yermo ya que se encuentra cultivado parcialmente, pero no tiene ni un solo árbol. Hacía viento –aquí siempre hace viento– y el viento templaba el calor del sol. Junto a este camino se encuentra el cementerio, cerca del más pequeño de los dos molinos de viento. No es grande y está rodeado por altos muros. Todos los cementerios están cerrados así, no sé por qué, a menos que sea para que los muertos estén ocultos a la vista, ya que todo lo que le recuerda al hombre su mortalidad resulta particularmente repugnante a la mente. El mar se divisaba a lo lejos bajo nosotros, aunque no podíamos ver ni la costa ni las rocas. Repentinamente, sin embargo, el camino giró en ángulo cerrado hacia la derecha y debajo de nosotros apareció el puerto. Lo veíamos a vista de pájaro ya que el camino, aunque cercano al mar, seguía estando muy por encima y la bajada era empinada y abrupta. Inmediatamente debajo de nosotros se encuentra una pequeña casa blanca en el borde extremo de las rocas. Una punta rocosa sobresale en ángulo recto a la costa formando una bahía con un único costado. Protegida por las rocas, balanceándose sosegadamente y con el ancla echada, vemos nuestra goleta. Es una vista preciosa, y una que recordaríamos, de modo que reclutamos la ayuda de la cámara. Como no parece haber mucho bullicio de preparativos allá abajo, nos sentamos en el borde del camino y disfrutamos del paisaje. Hacia el norte se divisan varias puntas escarpadas que penetran en el mar, formando innumerables pequeñas bahías. La costa es agreste y afilada y los acantilados protegen a la isla de la furia salvaje de un Atlántico salvaje. El Hierro era el punto más occidental entre África y América y fue lo último que vio Colón en sus dos viajes al Nuevo Mundo.

Mientras estamos sentados, la gente pasa junto a nosotros en grupos de dos y tres, dirigiendo sus pasos camino abajo hacia el puerto. Las mujeres van, en la mayoría de los casos, con los pies

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

descalzos, por lo tanto, en cuanto a dedos y uñas rectos, este lugar constituiría el paraíso de un artista. La llegada y la partida de la goleta es el único acontecimiento de la semana para los herreños y lo único que los mantiene en contacto con el mundo exterior. El Hierro es, desde luego, la más aislada de todas las islas. Raramente ven sus habitantes el resto del grupo. Se encuentra lejos de las principales rutas marítimas, su comercio es muy reducido y los visitantes escasos. Todos los que conocimos nos dijeron que nadie de habla inglesa había estado antes aquí. El año anterior una señora y un caballero francés habían fletado una goleta y recorrido algunas de las islas, El Hierro entre ellas. Ésta era la razón por la que, dondequiera que fuimos, nos consideraron *franceses*. Son, además de nosotros, los únicos visitantes que El Hierro ha tenido "desde que recuerda el más antiguo del lugar", según nos han dicho.

Una bajada de unos minutos nos llevó a la playa. Aquí, lejos del viento y con el calor que reflejaban los acantilados, nos alegramos de poder refugiarnos bajo una roca que habían transformado en una cueva construyéndole una pared por delante, hacia el mar. La sombra que había en el fondo ya la habían ocupado tres mulas. Varias personas esperaban para embarcar y muchos más para darles la despedida. Subieron una guitarra a bordo y también ropa de cama y cajas de todos los tamaños y formas aunque, sobre todo, pequeñas. Cruzamos por encima de un tramo de rocas para llegar hasta el bote. Las rocas eran basálticas o traquíticas y con forma de columna; se parecían un poco a la "Calzada del Gigante", [7] con los bordes de las columnas muy dentados. Eran las 12:50 p.m. cuando llegamos a bordo. El ancla no fue izada como es normal sino que la izaron a bordo del pequeño bote los marineros, después de habernos depositado en la goleta.

Así que, una vez más, levamos anclas y dijimos adiós a un lugar en el océano que nos había proporcionado mucho placer –El Hierro, aislada, feliz, singular y, por lo que respecta al mundo exterior,

"Consagrada al silencio y al solemne mar."

7 En Antrim, en la costa de Irlanda del Norte. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

SAN SEBASTIÁN • BAILES TÍPICOS

XIII

El poder, la industria y la civilización de las naciones –todos dependen del carácter individual, y los cimientos mismos de la seguridad civil descansan sobre él. Las leyes y las instituciones sólo son su resultado.

SMILES

Si quiere que algo se haga, vaya Ud., *si no,* envíe a otro.

Viejo proverbio inglés

SÁBADO, 29 DE SEPTIEMBRE. Alrededor de las 6 a.m. se veía claramente la silueta de La Gomera, sin embargo, no se podía ver nada con detalle debido a la calima. La silueta que se ve desde el sur es bastante continua. El punto más alto está en el centro, desde donde el terreno baja en pendiente, tanto por el este como por el oeste, hacia el mar. El extremo occidental parece más escarpado, donde se encuentra con el mar, que el oriental. Un poco al oeste del punto más alto vemos una extraña masa cuadrada que debe ser, creo, La Fortaleza, pero es difícil estar segura y los marineros están demasiado ocupados jugando a las cartas, a esta hora tan temprana, para darme dicha información aunque la sepan, cosa que dudo. Poco después pasamos un cabo muy destacado que termina en un acantilado sobre el mar. Los estratos, según podemos ver, son casi horizontales por este lado de La Gomera. Después vagamos lentamente –nuestra navegación sólo era eso– frente a dos o tres casas enjalbegadas que daban al mar y un edificio largo, como un cobertizo, con techo de tejas rojas, probablemente la compañía enlatadora de atún. Arriba, en las lejanas montañas se veía el caserío de Alajeró. Una brisa comenzó a soplar alrededor de las 12:30, o mejor sería decir que abandonamos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

la protección de las montañas entrando en los vientos alisios, así que comenzamos a navegar, aunque aún lentamente. La isla por esta fachada –si se puede decir que lo redondo tiene fachadas– es de un color pardo uniforme, que se transforma en diversos tonos de gris al llegar a las rocas desnudas que penetran en el océano. La cueva que, según nuestro mapa del Almirantazgo, tiene agua dulce apareció ante nosotros y podíamos verla sin ningún problema. La Playa de Santiago es una playa bastante extensa pero, al principio, sólo podíamos ver una casa blanca y larga, de un solo piso, con techo de tejas rojas. Sin embargo, un poco más al oeste, en medio de palmeras y otros árboles y matorrales verdes, una inspección más cuidadosa nos reveló la existencia de viviendas. Una goleta se divisaba en lontananza. Un barranco ancho y llano, con el fondo verde debido a los arbustos que en él se encuentran diseminados, desemboca allí en el mar pero no podemos ver muy arriba ya que pronto tuerce hacia el este. La Punta del Cabrito y el barranco del mismo nombre, también verde en el fondo y con una ladera en bancales hasta la parte alta, apareció inmediatamente después. Solamente pudimos ver una casa. El fondo está formado por altísimos riscos, dominados en algunos lugares por puntas y pináculos agrestes, dentados y de extraño aspecto. Es un desfiladero grande y majestuoso. Ahora vemos El Sombrero, que tiene el mismo aspecto, y por consiguiente el mismo nombre, que la montaña de Chasna. Los riscos un poco mas allá de este barranco, hacia el norte, son precipicios profundos, aunque es difícil decir de qué altura ya que las distancias son tan engañosas, pero yo diría que de unos 1.200 ó 1.500 pies. Sus bordes resaltan, muy agrestes y dentados, contra el cielo. Las rocas son gris oscuro, con los estratos más o menos horizontales y con algunas franjas rojas también horizontales.

El hombre que lleva el timón es un ejemplo muy típico de los isleños de Tenerife. Su traje está formado por pantalones que en su día fueron de dril blanco pero que, al tener que remendarlos, llevan una tira de azul marino, de seis pulgadas de largo por dos de ancho, en la rodilla de la pierna derecha, y en la parte tra-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sera tiene unos trozos de tela a cuadros azules y blancos, marrones, amarillos, y un trozo redondo de color verde oliva. Va completamente descalzo. Los marineros rara vez usan zapatos a bordo. Su chaqueta es un blusón suelto azul, remendado de blanco, y su sombrero es de fieltro negro con el centro de la copa abierto al aire. A pesar de esta sorprendente ropa, su rostro ovalado, pelo muy corto, bigote negro y delicado cigarro en los labios, le prestan el aire refinado de un caballero y, en cuanto a su cortesía, sobrepasaría la de muchos de los que en Inglaterra se consideran caballeros. Se necesitan muy pocos viajes para que un inglés compruebe que sus modales podrían mejorar y que su grosería solamente la soportan en Inglaterra. No hay por qué ser descortés para ser honesto. Los noruegos son buena prueba de ello. La cortesía de que hacen gala todas las clases sociales extranjeras rara vez se encuentra en Inglaterra en las clases medias, que forman una parte tan amplia de la nación y a quienes les falta esa corrección que surge tan naturalmente en todas las clases de las demás naciones.

Algunos autores afirman que la belleza de la raza actual en las islas se debe a un grupo de refugiados irlandeses que huyó hasta aquí después de la batalla del Boyne. [1] No creo que esto sea posible porque el número de personas que vino no sería suficiente para afectar a la mayor parte de la gente. Entre las clases superiores es muy probable que sea verdad ya que muchos de ellos tienen nombres irlandeses y saben que sus antepasados fueron, en parte, irlandeses.

Había unas aves enjauladas a bordo, no sé si como alimento o como pasaje. Tenían las patas atadas con trapos y estaban encerradas en un gallinero.

Casi dieron las tres antes de que divisásemos el fuerte, blanco y cuadrado, de San Cristóbal. Entonces cogimos una enérgica brisa y avanzamos rápidamente aunque tuvimos que virar varias veces antes de poder entrar en la bahía. Aquí siempre sopla una brisa, por lo que siempre es posible navegar cerca de la ciudad.

---

1 En 1609, en el este de Irlanda. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

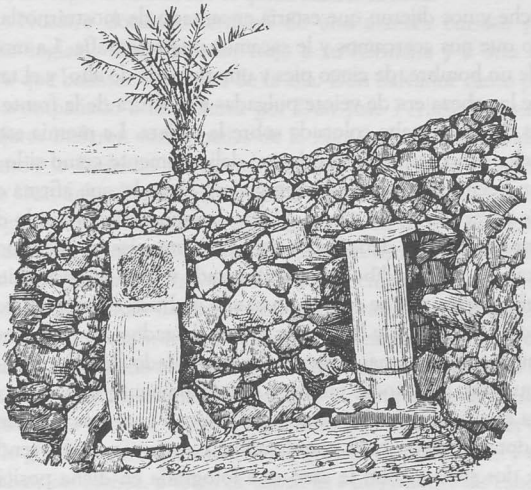
La entrada a San Sebastián por el norte es mucho más atractiva que por el sur, sin duda porque aparece repentina e inesperadamente. Desembarcamos, como de costumbre, en un bote pequeño y nos llevaron en volandas a tierra. Esta vez llevamos todo nuestro equipaje con nosotros. Unos muchachos, siguiendo las indicaciones de Don Salvador, que nos estaba esperando en la playa, cargaron nuestro equipaje al hombro y fuimos todos, en procesión, hasta la fonda. El almuerzo estaba listo y nosotros también estábamos listos para almorzar. Solamente habíamos comido pescado salado con papas desde que salimos de El Hierro la mañana anterior. Tardamos alrededor de quince o dieciséis horas tanto a la ida como al regreso, aunque la distancia entre los puntos más cercanos de las islas es solamente de unas treinta millas. Sopa de fideos, carne de res hervida y puchero, ternera asada, pan y leche fría en un plato sopero, melocotones y plátanos constituyeron nuestro menú.

Don Salvador nos mostró varios manuscritos antiguos y, entre ellos, había uno de pergamino con el escudo de una familia cuyos descendientes viven aún. El fundador fue un tal Don Pedro Rodríguez de Ayala. El pergamino, que es de badana, tiene alrededor de una pulgada y media del margen pintado de blanco y rojo con un estilo muy florido. Los escudos de armas están ceñidos por círculos rojos o azules del tamaño de un florín. Muestra nueve generaciones que llegan hasta 1667. La línea masculina no tuvo descendencia tras la sexta generación y el linaje se mantuvo por la femenina.

Domingo, 30 de septiembre. Me levanté, todavía cansada, alrededor de las 7 a.m. Durante la noche el viento había soplado con mucha fuerza, aullando como si de una galerna inglesa se tratara. Pensamos que era una tormenta, pero los isleños se lo tomaron con bastante calma, diciendo que siempre soplaba así. Un coro de perros que gañían y ladraban tampoco nos ayudó, al igual que el viento, a conciliar el sueño. Don Salvador nos acompañó a las ocho a ver algunos otros escudos de armas, que parecen inte-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

resarle mucho. El primero estaba en la iglesia, sobre un altar lateral. También nos enseñó uno tallado en madera en una pared de la calle y algunos pintados sobre lienzo en una casa que tiene un pozo de agua dulce dentro del portal. San Sebastián tiene un buen suministro de agua y, desde luego, también lo tiene casi toda La Gomera. Regresamos a la fonda para desayunar y observamos, desde nuestra ventana, a la gente que se reunía para ir a misa. La plaza o patio delante de la casa se llenó de unas dos-



COLMENAS DE TRONCO DE PALMA, LA GOMERA

cientas personas a la vez, la mayoría mujeres, aunque había más hombres que en Tenerife. Algunas mantillas blancas impartían unas pinceladas claras al grupo, aunque la mayor parte lucía *sobretodos*. Las primeras están hechas de casimir y no son tan largas ni tan grandes como los segundos, que rodean todo el cuerpo hasta la cintura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Mientras esperábamos el desayuno vimos a Lorenzo limpiando las sillas de montar y a la patrona repartiendo la ropa limpia, tareas que habitualmente se llevan a cabo los domingos.

Le pregunté a Don Salvador si había muchas abejas y esto hizo que nos llevara a ver algunas en un jardín cercano. Las colmenas, de espaldas a una pared, estaban todas fabricadas con un trozo de tronco de palma ahuecado y con sólo una piedra plana en la parte alta. Esto parece ser lo único en lo que se pueden emplear los troncos de palmera.

El médico, que vive frente a la fonda, posee una momia guanche y nos dijeron que estaría encantado de mostrárnosla, de modo que nos acercamos y le sacamos una fotografía. La momia era de un hombre, de cinco pies y una pulgada de alto, y el tamaño de la cabeza era de veinte pulgadas a la altura de la frente. La mano derecha estaba colocada sobre la cadera. La momia estaba envuelta con cuero fino cosido tan delicadamente como si lo hubieran hecho con una aguja. Un viajero niega lo que afirma otro que le precedió: que el cuero de estas momias estaba cosido delicadamente, así que debe haber habido diferencias en la ejecución del trabajo. La mandíbula no estaba atada y tenía la boca abierta. Las uñas de los pies se conservaban aún en buen estado, las extremidades muy rectas y las manos y pies delgados, las cúspides de las muelas estaban más desgastadas por el lado derecho que por el izquierdo, pero todas en buen estado de conservación, lo que indica que se alimentaban con gofio, no con pan. Los ligamentos y tendones estaban bien conservados. La momia estaba tendida sobre dos sillas y John le sacó una fotografía en dicha posición. Había quince personas en un cuarto de unos doce pies cuadrados y la ventana estaba atiborrada de espectadores que nos observaban. Me senté en el escritorio del médico tomando notas mientras John medía y nadie habló mientras yo escribía. ¡Obviamente pensaban que me molestarían si hablaban! Se siente respeto en presencia de un cadáver pero, a menos que haya aparecido como resultado de un conjuro, no se siente ninguno en presencia de una momia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Más tarde, aquel mismo día, el doctor envió a preguntar si queríamos ir a dar un paseo de alrededor de una hora por el campo para ver un paisaje precioso. Rara vez dejamos pasar la oportunidad de ver algo nuevo pero pensamos que esta vez sería mejor descansar.

Nos sorprendió ver en *El Memorándum*, el mejor periódico del archipiélago, una nota sobre nuestra visita y nuestros viajes por las islas. Después nos enteramos que Don José M. Perlios, el director de *El Memorándum*, se encontraba en San Sebastián así que, sin lugar a dudas, fue él quien insertó la nota.

Nuestro domingo terminó de una manera curiosa y muy poco inglesa. Don Salvador trajo a su hermana y a otra mujer para que bailasen los bailes de la isla. Don Salvador cantó primero acompañado a la guitarra por Don José Perlios. Después las mujeres bailaron varios bailes de la isla, explicándonos cada uno cuando lo bailaban. El primero fue la "malagueña" que, según dijo Don Salvador, era típica de La Gomera. He descubierto que lo que dicen los habitantes con respecto a su propia isla suele ser verdad, pero que su información sobre las otras islas casi siempre está equivocada. La "malagueña" es conocida en todo el archipiélago, no sólo en La Gomera, y existe una variante en España. Dos personas, un hombre y una mujer, se colocan uno frente al otro y, alzando cada mano alternativamente, castañetean los dedos mientras se mueven lentamente siguiendo el compás de la música. A veces canta uno y a veces el otro. En este caso, como a la mujer no le gustaba cantar, la sustituyó el guitarrista. Enlazaban y entrelazaban sus manos, a veces de espaldas y luego sobre las cabezas o junto a las caderas, uniéndose y separándose. Este bonito baile terminó con una especie de vals, muy lento y elegante, y, al final, el hombre acompañó a la mujer a su asiento. Seguidamente bailaron la "Jota" o "Isa". Para poder hacerlo tiene que haber el mismo número de hombres y mujeres, y no menos de cuatro. Bailan en un círculo parte del tiempo y muchas de las figuras que describen son como las de la contradanza. La "Folía" es un baile muy antiguo y primitivo y que, según dicen, sólo se baila en La

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Gomera y La Palma. Cuatro personas forman cuadro, dándose la espalda, y cambian frecuentemente de pareja. Al igual que en la "Malagueña", cantan y castañetean los dedos. Tanto los hombres como las mujeres dan dos pasos adelante y vuelta atrás; cuando se encuentran, hacen como si fueran a bailar un vals, pero sin hacerlo; nunca llegan a tocarse durante todo el baile aunque muchas veces lo parezca.

Dos o tres personas entraron mientras estaban bailando y, cuando entraban, se les ofrecía la guitarra aunque siempre rehusaban cortésmente. Evidentemente es la costumbre. La "Seguidilla", o una variación típica de La Gomera, resultó ser muy parecida a la "Folía", pero dicen que la "Seguidilla Majorera" la bailan en toda la provincia. *Majos* es el nombre antiguo de los habitantes de Fuerteventura y se conserva hasta este día en la palabra *majoreros* así que, posiblemente, este baile se remonte hasta antes de la conquista. Se necesitan cuatro personas para este último baile. El castañeteo de los dedos y el canto son una parte importante, y las mujeres se entrecruzan hacia atrás y adelante. El "Tango" típico de El Hierro tiene, según me dicen, varios nombres: "Santo Domingo", "Tajaraste" y "Saltona". Al no haber visto este baile con estos distintos nombres, no puedo atestiguar la verdad de dicha afirmación.

Era una escena curiosa para un domingo: dos camas turcas en la esquina de una habitación cuyos muebles y ornamentos eran los de un cuarto de estar, nuestros maletines y un lavabo por otro lado, las sillas alejadas del centro donde bailaban dos hombres y dos mujeres mientras, alrededor de ellos, estaban sentados, mirándolos, media docena de hombres y nosotros mismos. Don Salvador, un hombre grande en toda la extensión de la palabra, lleva un traje de tela blanca y el pelo muy corto. A primera vista parece tener una cara amable pero, cuando se le conoce más, se ve que tiene una expresión astuta y furtiva en sus ojos castaños, que no se percibe inmediatamente. Las mujeres llevan la cabeza cubierta con pañuelos blancos y lucen chaquetas blancas y sueltas y faldas de algodón azul.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

La "Seguidilla" y la "Seguidilla Majorera" no las conocían ninguno de los hombres presentes, excepto Don Salvador y Don José, así que estos últimos las bailaron guitarra en mano, tocando todo el tiempo. Parece que todos los isleños saben tocar la guitarra, aunque sea un poco, y que saben bailar algunos de los bailes. Todos se consuelan –tanto de día como de noche, a bordo de las goletas y en tierra, con o sin acompañamiento de guitarra, correcta e incorrectamente– cantando la "malagueña". Aún resuena en mis oídos y parece una compañera inseparable de nuestros viajes a caballo y por el océano. Mientras cabalgábamos por las bellas laderas de las montañas en silencio, repentinamente la melodía de una "malagueña" llegaba flotando desde las colinas del otro lado, cantada por algún cabrero que regresaba lentamente a casa. O, mientras las velas batían inactivas y la botavara crujía cuando nos balanceábamos sobre la superficie del mar atlántico, cuando ni un solo soplo de aire llenaba la blanca lona sobre nuestras cabezas, cuando las estrellas brillaban en lo alto y todos a bordo estaban arropados por el sueño, el timonel solía cantar la "malagueña", improvisando en la más poética y musical de las lenguas europeas. La "malagueña" está vinculada estrechamente a la vida diaria de la gente. Expresan sus pensamientos con ella.

Durante todo este tiempo pensábamos que era increíble que Don Manuel Casanova Bento no hubiese enviado los caballos. Era imposible conseguirlos aquí o ya habríamos partido hacia Hermigua. Don Salvador había prometido que en cuanto divisase la goleta enviaría una carta a Don Manuel, de modo que, según nuestros cálculos, Don Manuel debería haber recibido el mensaje el sábado por la noche. Durante todo el día preguntamos repetidamente si los caballos habían llegado, pero siempre nos contestaban negativamente. Don Salvador miraba con un par de prismáticos valle arriba y por toda la ladera por donde suponía que vendrían y después, volviéndose hacia nosotros, sacudía la cabeza. Por fin, llegaron el domingo, entrada la noche. Acordamos por lo tanto salir temprano a la mañana siguiente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

¡Una de las industrias más florecientes de las islas es la fabricación de botas y zapatos! Los caminos son tan malos que se necesitan muchísimos zapateros para mantener bien calzada a la gente. Me repararon las botas en San Sebastián, y muy bien por cierto. Por la noche después de la cena fuimos a pasear por el acantilado. La silueta de Tenerife era apenas visible, debido a lo avanzado de la hora y a que el sol se ponía detrás del promontorio. Notamos que las rocas junto a las que se había excavado el sendero estaban retorcidas como si, cuando aún estaban fundidas, una mano gigante las hubiese doblado. El paisaje valle arriba, detrás de San Sebastián, es magnífico. El perfil de las montañas a ambos lados, y el de las que cierran el valle en el otro extremo, es muy dentado. Hay un toque de misterio en la luz de la tarde que hace que todo sea extremadamente grandioso, y un telón de fondo de nubes negras añade un aire amenazador a esta sensación de misterio. A nuestros pies se encuentra un precipicio y la bahía en forma de herradura, sobre cuya superficie en calma juguetea la suave brisa, rizándola. La goleta, con el ancla echada e inmóvil, descansa sobre las tranquilas aguas, por cuya superficie se deslizan silenciosamente un par de botes. Mientras escribo, las nubes se congregan al otro lado del barranco en densas masas, empujadas por el viento, y el valle, como está bajo las montañas, se encuentra totalmente a oscuras. A pocas yardas de donde estamos sentados, pero oculto, está el Pico y sobre nuestras cabezas, cual bestias mitológicas, se encuentra el basalto retorcido y enroscado. Gradualmente, mientras la luz solar va desapareciendo, las estrellas más cercanas, y luego las más lejanas, iluminan el firmamento y la oscuridad se extiende mientras aparecen, uno a uno, los faros del cielo. Resignados, volvemos sobre nuestros pasos hasta el pueblo, allá abajo, donde las luces ya comienzan a parpadear en las viviendas. La bajada es empinada y agreste así que debemos recorrerla antes de que caiga la noche.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LA GOMERA • SAN SEBASTIÁN • HERMIGUA

XIV

Las horas frescas del amanecer son muy valiosas en la estación veraniega de un clima caluroso.

WASHINGTON IRVING

LUNES, 1 DE OCTUBRE. El viento sopla de forma increíblemente fuerte aquí todas las noches desde alrededor de la una o las dos hasta las siete de la mañana, pero no hay que preocuparse, sólo es un farol. Cuando llega la mañana todo está tranquilo, una apacible brisa agita el aire inocentemente como si lo único que hubiera hecho en toda su vida fuese mecer suavemente las hojas de palma y besar tiernamente los naranjos.

Partimos a las 6:15 a.m. Nos habían enviado dos caballos, uno era un animal negro muy hermoso que monté yo. Todo el mundo lo llamaba *el caballo negro*, por lo que supongo que no había otro del mismo color en la isla. Dos hombres vinieron con nosotros, uno para los caballos y el otro para llevar nuestro equipaje. Nos sorprendió que no hubiese un caballo para el equipaje, pero descubrimos que es habitual aquí que los hombres lo acarreen todo. Dicen que los caminos son demasiado malos para los caballos de carga.

Era muy agradable cabalgar temprano por la mañana, antes de que el sol se hubiese elevado lo suficiente, las montañas tocadas por sus rayos y el rocío aún sobre las hojas del valle. El sendero discurría a lo largo de una llanura completamente plana hasta que las montañas a cada lado se cerraron gradualmente formando una especie de desfiladero. Generalmente avanzábamos por el fondo del barranco pero, a veces, el sendero se desviaba. Mariposas blancas, grandes y pequeñas, volaban de flor en flor. Todo el valle era una masa de flores, de tonos y tamaños variados. Pudi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mos ver el *balo*, o *higuera del infierno* (*Gomphocarpus fruticosus*), la mata de la seda, cuyas hojas se emplean para adulterar la sena y un arbusto pequeño con una flor blanca como una margarita –la *ratonera* (*Maruta cotula*). Otra, con hojas en forma de flecha, era el *sagitado*. Grandes cantidades de un arbusto de amplias hojas como las del tabaco crecían en los setos o en las vertientes del barranco y lo llamaban *ñame*. Había cañas y zarzas en una zona que atravesaba el sendero. Poco después descubrimos un pequeño arroyo de agua, sólo un hilillo, que circulaba por entre las piedras, buscando su camino hasta el mar. Fue curioso ver agua fluyendo de verdad, no continuamente sino como una corriente buscando su cauce, fluyendo por lo que era una tierra realmente seca. Al verla, los guías exclamaron que el invierno ya había llegado. Había llovido en las *cumbres* y el agua estaba ahora llegando a los valles. Nos cruzamos con un cabrero y su rebaño de cabras. Le dije a Lorenzo que le preguntara cuánto pedía por un cabrito y contestó, "Cuatro *reales*" (nueve peniques y medio), ¡bastante barato! Un hombre que cabalgaba con nosotros iba sobre un pequeño y encantador burro de color castaño claro. Nos cruzamos con otro hombre con un burro cargado. Llevaba una rama de menta salvaje en flor clavada en la canasta del burro que sacó y me dio al pasar, no sé por qué, a no ser que fuese como señal de cortesía hacia una dama. Estos actos de cortesía los realizan con mucha elegancia, haciendo que el viajar por las islas sea muy romántico.

Enormes cantidades de *balaterra* le dan a la tierra un aspecto verde vivo. Las laderas, donde la inclinación es tan extrema para que crezca otra vegetación, están cubiertas de cardones.

La próxima vez que cruzamos el barranco fue cerca de unas casas y el agua, en vez de ser un hilillo, era ahora un pequeño arroyuelo. Las casas que se encontraban más arriba, de color marrón, tenían un aspecto hermoso producido por los racimos dorados de maíz colgados en sus pórticos a secar. Los arrieros habían continuado avanzando hacía ya un rato dejándonos para que los siguiésemos por el sinuoso sendero. Ahora los adelantamos y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

vimos que estaban bastante mojados, ya que habían cruzado el barranco –como llaman el agua– por algunos de los atajos. La preocupación de Lorenzo por sus pantalones blancos limpios provocó muchas risas ya que era un poco "dandy". La tromba de agua llegó, justo antes de que nosotros cruzásemos, como si hubiesen abierto repentinamente una compuerta más arriba y, como una pared de un pie de alto, bajó de golpe por el pendiente cauce del barranco. Debe haber caído una fuerte lluvia en las cumbres. El barranco se iba haciendo un poco más ancho, creando espacio para algunas casas y cultivos, mientras que las higueras y los naranjos, diseminados entre las pardas casas de campo aliviaban y daban un toque pintoresco al paisaje. La tercera vez que cruzamos el barranco tuvimos que levantar los pies ya que el agua llegaba hasta las ancas de los caballos. No tuvimos problemas con ellos para cruzarlos, parecían acostumbrados y caminaban con cuidado, buscando los puntos de apoyo, paso a paso. No podían ver el fondo, pedregoso y desigual ya que, por supuesto, el agua estaba fangosa. Un hermoso pájaro canario, de pecho amarillo brillante y espalda verdigrís, estaba posado sobre una roca y nos miraba descaradamente con la cabeza ladeada. Evidentemente tenía muchas ganas de cantar por la llegada de las aguas. El Risco de las Mujeres es una curiosa roca en forma de puente largo, como un enorme arbotante pero horizontal, unos cincuenta pies por encima de nosotros. Más y más pájaros venían a dar la bienvenida al agua, posándose sobre las piedras de las orillas o del centro del cauce y cantando o piando alegremente. La pizpita de agua era el único pájaro que nos era familiar. Las espléndidas vistas en todas direcciones nos llamaban la atención mientras subíamos serpenteando por el desfiladero. Todavía no hemos sobrepasado la zona de las palmeras. Crecen en la parte inferior del valle, que está cultivado en su mayor parte. Una curiosa roca que se encuentra frente a nosotros y más arriba, parece una casa con una escalinata exterior y numerosos agujeros como ventanas. Me da la impresión de que, si tuviéramos tiempo, una inspección de dichas cuevas resultaría interesante en relación con los guanches.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Había un gran número de plataneras a nuestro alrededor y, poco después, llegamos a una casa que tenía ocho o diez colmenas. El sendero subía ahora casi verticalmente por una roca muy empinada, por un caserío llamado Lomito Fragoso, según pude entender. El arroyo no era tan ancho y estaba mucho más claro en el lugar donde lo volvimos a cruzar. También parecía preferir discurrir tranquilamente, en lugar de apresurarse y correr en un intento por ver qué gota alcanzaría primero el océano. Nos sentamos a descansar bajo la agradable sombra de un olivo. Eran las 7:45 a.m. y estábamos a 600 pies sobre el nivel del mar.

La subida se hizo más pendiente al ir ascendiendo, aparentemente hacia un anfiteatro de precipicios, escabrosos y gigantescos, coronados por una hilera de árboles solitarios que destacaban contra el cielo. La tierra estaba realmente tan mojada aquí que pasamos junto a un ribazo de juncos.

Nuestros arrieros hacen un ruido curioso con la boca cuando apuran los caballos, un chasquido, como cuando se extrae un tapón.

En el centro del anfiteatro y en el fondo crecían palmeras. Las últimas que vimos estaban a 1.000 pies de altitud, que alcanzamos a las 8:10 a.m. Había gran cantidad de *anla vaquilla* por la zona: una pequeña flor amarilla parecida a la mala hierba común que encontramos en los campos en Inglaterra. Algunas otras palmeras crecen protegidas en un barranco muy estrecho en cuyo centro hay una cresta por cuya ladera subimos serpenteando. Más arriba de donde estamos, donde se yergue una palmera solitaria como una torre en una colina, la última rezagada de la montaña, nos volvemos en nuestras monturas para descansar un momento y contemplar la panorámica que se extiende a nuestra espalda. Mirando hacia San Sebastián, vemos a lo lejos un tramo de mar cercado a cada lado por montañas, con cuyas laderas forma un triángulo, un triángulo diminuto. Podíamos ver las vueltas que daban el valle y el desfiladero bajo nosotros por donde habíamos subido, extendiéndose hasta desaparecer en aquel punto de mar azul. Numerosas libélulas y mariposas revoloteaban nerviosamente a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nuestro alrededor. Nos detuvimos a descansar a las 8:30, a 1.400 pies de altitud, con un empinado talud por encima y por debajo de nosotros. Un arroyuelo murmuraba agradablemente al bajar, formando pequeños saltos y cascadas. Los hombres se prepararon para desayunar. Uno sacó de alguna parte una bolsa pequeña hecha de piel de cabrito, con los extremos de las patas cosidos, y lo llenó hasta la mitad con gofio. Colocando la boca de la bolsa bajo la pequeña cascada, dejó que entrara un poco de agua y después, cerrando el cuello, sobó la bolsa y su contenido sobre su pierna, por encima de la rodilla. Esta costumbre merece una especial atención ya que es idéntica a la de los guanches. Por esta razón estábamos muy interesados en observar todo el proceso, pensando en que, cientos de años antes, aquella raza perdida, de la que tan poco conocemos, solía preparar su comida de la misma forma.

Los hombres de La Gomera son muy gallardos: tienen un aspecto franco y cuerpos delgados, enérgicos y musculosos, que realzan sus camisas blancas y pantalones, recogidos hasta por encima de la rodilla o colgando, sueltos, justo por debajo de ella, con un cinturón o faja alrededor de la cintura que sugiere que están "listos para la acción", como en Oriente. Los gomeros hablan con claridad pero pronuncian la *g* con dureza. Son más fáciles de entender, sin embargo, que los herreños, que hablan de forma más cerrada y gutural. Se sabe algo más de los antiguos habitantes de La Gomera que de los de El Hierro. En su narración, cuenta Azurara que la gente de La Gomera era menos civilizada que la de Gran Canaria y que no poseía ni ropa ni casas. "Sus mujeres eran consideradas casi como propiedad común... Nombraban herederos a los hijos varones de sus hermanas. Tenían algunos cerdos y cabras pero se alimentaban principalmente de leche, hierbas y raíces, como los animales; también comían cosas horribles, como ratas y roedores. Pasaban el tiempo cantando y bailando sobre todo, porque no tenían que esforzarse para obtener su sustento. Creían en un dios pero no se les enseñaba obediencia a ninguna ley." Por lo tanto se diría que su tendencia al

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

baile es heredada. Dicen los cronistas de Bethencourt que los gomeros eran altos y hablaban "el lenguaje más notable de todos los de estas islas y que hablan con los labios, como si no tuvieran lengua; cuentan que un gran príncipe, sin que ellos fueran culpables de nada, los desterró e hizo que les cortaran la lengua y, a juzgar por la forma en que hablan, no es difícil creerlo. En el campo abundan los dragos y otras clases de árboles y ganado pequeño". El manuscrito de Glas difiere, en algunos puntos, de éste. Afirma que los hombres llevaban una especie de capa hecha de piel de cabra y que las mujeres llevaban faldellines y un tocado que les colgaba hasta los hombros, también de piel de cabra, teñido y pintado curiosamente. "Los nativos tenían un carácter muy vivo, de mediana estatura su cuerpo, muy activos y diestros tanto en el ataque como en la defensa y eran magníficos lanzadores de piedras y flechas ya que se les adiestraba para ello desde la infancia, siendo un pasatiempo común entre los jóvenes el lanzarse pequeñas piedras y flechas los unos a los otros, que esquivaban casi sin mover los pies sino moviendo sus cuerpos de un lado a otro, y tan expertos eran en este deporte que solían atrapar con sus manos las piedras y las flechas en el aire." Había guerreros muy famosos, cuyas hazañas alababan en sus canciones. Un tal Gralegueya era un hombre de gran tamaño y fuerza inusual, de quien se cuenta que, en compañía de otros, llegó hasta una roca nadando desde la lejana orilla y que no podían regresar debido a un "banco de delfines o tiburones". Deben haber sido delfines ya que Gralegueya se lanzó al mar y, sujetando a uno con sus brazos, se sumergió hasta el fondo. Luchando por escapar, azotó el agua asustando a los otros, permitiendo así que los demás nativos alcanzaran la orilla a nado sin peligro alguno. Glas afirma, basándose en sus propias observaciones, que en su época había mucho venado –probablemente quería decir cabras salvajes– y que se criaban más mulas en La Gomera que en las otras islas.

Momentos antes de parar para descansar junto al arroyuelo, un hombre nos adelantó montado sobre un caballo que pertenece al médico. La silla era de La Habana que es la más apropiada

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

para estas islas. Era muy parecida a la silla mexicana ya que es alta por delante y por detrás con un protector de cuero para que las puntas de los pies no se traben en los matorrales. La parte frontal de la silla está levantada formando una especie de pieza redonda y plana y lleva anillas en varios puntos. Algunas de ellas eran para sujetar un lazo pero podían usarse fácilmente para otras necesidades del viaje. Tomamos una fotografía de los hombres y los caballos durante nuestra parada. La vista hacia el sur es espléndida. Estamos en un pequeño desfiladero lleno de mirtos, palmeras, helechos y otras plantas verdes. Hacia el este el mar está oculto por un extremo de la cañada. Frente a nosotros está el borde central del anfiteatro, un perfil marrón y dentado, mientras que más allá se encuentra la cadena más alta de montañas que baja hasta el mar. El sonido del arroyuelo borboteando al bajar es tranquilizante; los caballos y los hombres están casi inmóviles y la escasa conversación se mantiene en tonos melodiosos y suaves. Alrededor nuestro vuelan, piando alegremente, un buen número de pájaros canarios mientras que, sobre nuestras cabezas, se ciernen algunos gavilanes. Los momentos apacibles como éstos, cuando la existencia en sí es ya felicidad suficiente, son una buena recompensa por el arduo esfuerzo; son lugares de la vida donde la mente descansa.

Partiendo una vez más, subimos lentamente y serpenteando; el cardón recto es reemplazado ahora por la especie con forma de rosa [1] (2.300 pies). El paseo a caballo fue sencillamente glorioso, por un sendero empinado o camino sinuoso que seis hombres estaban reparando. No hay duda que este sendero, que los habitantes consideran tan terrible, podría fácilmente convertirse en una buena carretera y formaría un magnífico paseo. La vista hacia el mar desde cerca de la cumbre del cerro era espléndida. El pequeño arroyuelo que nos cruzamos esta mañana temprano, ahora un arroyo de tamaño medio y claro, nada fangoso, brillaba como una cinta de plata, fluyendo por los vericuetos del estrecho desfilade-

1 Stone se refiere a la tabaiba; ambas pertenecen a la familia de las "euphorbia". *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ro de montaña. Zonas verdes de cultivos y vegetación aparecían en varios puntos de sus orillas –a veces en una ribera, en la otra, o en ambas– mientras que, a lo lejos, se divisaba el destino del arroyuelo: el mar.

En la cumbre del cerro nos detuvimos durante unos momentos para descansar y recolocar mi silla, que se había deslizado demasiado hacia atrás, a pesar de la cincha que rodeaba el pecho del caballo. Tenía riendas –no un ronzal– pero sin bocado, y en su lugar llevaba una pieza semicircular de hierro sobre el hocico. El reborde del cerro es exactamente eso, un reborde. No hay ni media docena de yardas de terreno plano donde poder pararse. Nada más alcanzar la cima, inmediatamente se comienza a descender por el otro lado. Han erigido una cruz para marcar el punto culminante del paso, que se encuentra a 2.600 pies de altitud, donde llegamos a las 9:30 a.m.

El paisaje desde lo alto es maravilloso, viéndose el mar a ambos lados de la isla. Este reborde afilado se extiende, desde este punto, hacia el este y hacia el oeste. A nuestros pies se extiende un valle inmenso y, junto a nosotros y más arriba, hay una montaña densamente poblada de árboles. La vista hacia San Sebastián sigue en línea recta a través del valle que hemos dejado atrás. Esta fachada norte de la cumbre tiene un carácter totalmente diferente a aquel por el que acabamos de subir. Aquí el verdor desata toda su intensidad y los árboles, arbustos y maleza crecen con una abundancia y exuberancia salvaje. Hay brezo, jara y laureles a ambos lados de nuestro sendero, que desciende por entre los árboles. También descubrimos la pequeña planta de flores amarillas llamada *Sida rhombifolia*, que remplaza el té en todo el archipiélago, y numerosos ejemplares de una bonita rosa de roca, endémica de estas islas (*Hypericum Canariensis*). Durante veinte minutos avanzamos por un excéntrico sendero a través del más precioso bosque: mirtos y gloriosos helechos nos acariciaban al pasar, con frondas de dos y tres pies de largo, suaves y delicadas y no duras y ásperas como los helechales escandinavos. Mientras tanto el paisaje estaba completamente oculto. Repentinamente,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sin embargo, alcanzamos un promontorio rocoso, donde el "valle se extendía sonriente ante nosotros". Era el valle de Hermigua, que contemplábamos desde una altitud de 2.200 pies. El valle es estrecho hasta cerca del mar, donde se amplía y se encuentra el pueblo de Hermigua, rodeado de cultivos. No hay terreno llano apropiado para el cultivo en el fondo de la parte más alta del valle. El suelo se eleva inmediatamente a ambos lados del cauce hasta llegar a formar precipicios. Hacia la izquierda y sur, la falda de la montaña baja en pendiente hasta el fondo, que está cultivado desde abajo hasta más o menos la mitad. Por la derecha y más arriba del valle se extienden varios cerros paralelos al mar, con cimas casi horizontales. Elevándose entre éstos se encuentran los cerros montañosos más altos de la isla, que también discurren paralelos unos a otros pero que terminan en el cerro alargado que acabamos de cruzar, que se extiende en ángulo recto con la costa. Las montañas a nuestra izquierda están densamente arboladas y, formando un arco majestuoso, también bajan hacia la costa en ángulo recto. Los cerros o espuelas más bajos están manchados de vegetación y la pendiente por la que bajamos cabalgando, que da al norte, está cubierta de bosques. La pendiente es relativamente suave pero descendemos por un sendero muy inclinado, rocoso y plagado de vueltas que atraviesa un claro, cubierto de musgo y helechos. Las zarzamoras, con sus frutos maduros y exquisitos, crecen abundantes y, desde nuestros caballos, los cogemos de las zarzas que crecen a cada lado. Nos cruzamos con un hombre que lleva una pértiga, una de las pértigas para subir o saltar que utilizan los campesinos de todo el archipiélago, similar en uso al bastón de los montañeros en Suiza. Los isleños son muy activos y saltan enormes distancias cuando siguen a sus cabras, como los cazadores suizos de gamuzas. Estos palos son un legado guanche, de cuyos saltos hablaban especialmente los primeros redescubridores de las islas como una costumbre singular de los *isleños*, en cuya práctica destacaban los habitantes de La Gomera.

El sendero serpentea por las faldas de los cerros; las hondonadas de las montañas forman cañadas. Abundan las mariposas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

blancas grandes y pequeñas y, alguna vez, vimos algunas rojas. Pasamos junto a algunos troncos de pino que una yunta de bueyes se disponía a arrastrar hasta el fondo. Más llamativo a nuestra vista fue lo que encontramos a continuación: una cascada. Desde luego, no era muy grande pero, así y todo, era una cascada. La vegetación de La Gomera es bella y la isla está casi totalmente verde. Está bien poblada de árboles y el agua es abundante, de modo que causa y efecto actúan recíprocamente. Tal y como está La Gomera en la actualidad, sin lugar a dudas lo estuvo una vez Tenerife.

Alcanzamos pronto el valle, y allí nuestro sendero, bastante agradable, seguía la corriente de agua. Todo el terreno estaba cultivado. Pasamos junto a alguna que otra casa, o más bien choza, pero la mayoría de las viviendas estaba reunida en un grupo que formaba el pueblo de Hermigua. La gente nos miraba con mucha curiosidad e interés cuando pasábamos junto a ella. En un lugar nos cruzamos con un sacerdote, con sotana escarlata y montado sobre una mula. Llevaba en su mano una caja de hierro pequeña, en la que había una campana que repicaba sonoramente. Creo que la caja también contenía la Sagrada Forma ya que el sacerdote iba a administrar la extremaunción y casi todos los que se cruzaban con él se arrodillaban y santiguaban. Algunos no lo hacían, cosa que me sorprendió, pero supe más tarde que muchos habitantes del archipiélago son masones o librepensadores. Algunos hombres son indianos, una palabra que se usa en las islas específicamente para aquellos que provienen de las Antillas o las han visitado, y que trajeron consigo un gran desprecio hacia el clericalismo del sacerdocio y hacia muchas otras cosas relacionadas con la Iglesia de Roma. Me resultó difícil descubrir si ofrecían algo en su lugar pero me temo que, al separarse de las restricciones del catolicismo de Roma, también rehusaban aceptar cualquier otra clase de religión. Afirmo aquí, aunque en aquel momento no habíamos conocido a las personas en cuestión –aunque por razones obvias no deseo indicar quiénes o qué eran–, que varias personas entre las más cultas e intelectuales poseían biblias de la "versión autori-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

zada". [2] Las habían obtenido a través de la Sociedad Americana de la Biblia, que anuncia la venta de sus biblias en los periódicos locales, y cuyos contenidos se estudiaban extensivamente creyendo que diferían de las doctrinas a las que estaban acostumbrados. Como no se permite en las islas otra religión que no sea la católica, todos sus inquietantes pensamientos y especulaciones surgen de la lectura y de los pocos, poquísimos, forasteros con quienes entran en contacto. Debo añadir inmediatamente que nunca comenzamos nosotros una discusión religiosa de ninguna clase. Evitamos el tema, pensando que estábamos viajando a través de las islas gracias a la cortesía de los habitantes y aprovechando su hospitalidad. Pero frecuentemente se sacaba a relucir el tema y, en un lugar en particular, nos retuvo hasta altas horas de la noche el interés con que discutían pasajes paralelos de las dos biblias –la de Douay y la versión autorizada– comparándolos con las prácticas y doctrinas de la Iglesia católica. En dicha casa los moradores nunca habían hablado antes con forasteros. Sus preguntas surgían exclusivamente en primer lugar de la lectura de los libros y periódicos seglares que podían conseguir y, en segundo, cuando descubrían por un anuncio dónde podían obtener una biblia y la pedían por correo.

Mientras tanto estamos cabalgando junto a aguas bulliciosas y preciosas *adelfas* rosadas. Nos señalan una casa que pertenece al médico y descubrimos que la altitud es de 450 pies.

Poco después un caballero nos acompaña a pie hasta una de las mayores casas del valle y, al tiempo que desmontamos, nos saluda presentándose como nuestro anfitrión; su hija sale al mismo tiempo de la casa y se acerca a nosotros. Descubrimos que el señor Don Manuel Casanova y sus hijas –su esposa ha muerto– son la bondad y la hospitalidad personificadas. Inmediatamente nos ofrecen café con leche y unas deliciosas galletas en forma de lazo, una amabilidad que apreciamos enormemente ya que era ya el mediodía.

---

2 La versión de 1611 y la más popular. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Después de descansar unos minutos, salimos a ver el paisaje y los terrenos de los alrededores. Justo al lado de la casa estaban recogiendo cochinilla así que pedimos permiso para observar el proceso. Las palas de los cactos estaban completamente blancas de la cantidad de insectos que tenían. Las mujeres estaban atareadas quitando los bichos con pequeñas escobas o brochas. Cogen cada pala por el extremo con mucho cuidado, para no pincharse, y después cepillan la cochinilla haciendo que caiga en grandes cestas de mimbre, ovaladas y poco profundas, parecidas a un escriño, de alrededor de un pie de ancho por dos pies de largo, y después secan los insectos en un horno. Las mujeres estaban cubiertas con el polvo blanco grisáceo de los insectos. Don Manuel nos dice que el precio de la cochinilla solía ser de seis chelines la libra, tres de los cuales iban al Gobierno; ahora obtiene solamente siete peniques y medio por cada libra. Desde luego es una ventaja para el futuro de las islas que ya no se amasen fortunas con la cochinilla. Durante los pocos años que se cultivó, a la gente la invadió el fuerte deseo de hacerse rica, la moda era ser extravagante, se comenzaron a construir edificios inmensos, y muchas veces inútiles, que nunca se terminaron debido al repentino declive de dicho comercio y se olvidaron todos los otros grandes recursos potenciales de las islas. Todo el dinero y la tierra estaba dedicado a la cochinilla, no hubo grandes cosechas, ni cultivo alguno que no fuera el del cactus de la cochinilla y los isleños se entregaron a una especie de disfrute desenfrenado de las fortunas que hacían. El resultado fue que, tras el descubrimiento de la anilina sintética, todos los habitantes, desde lo más alto hasta lo más bajo de la sociedad, quedaron casi reducidos a la más absoluta pobreza. Cuando llegó la quiebra, la caída fue tan grande que sólo en la actualidad las islas comienzan a recuperarse. El cultivo de cereales, tabaco y café promete, sin embargo, traer una prosperidad más sólida y duradera a todas las clases sociales. La vida se vive con una intensidad más equilibrada en vez de la febril e intensa excitación que antes invadió a toda la comunidad. Desde el punto de vista artístico, sólo podemos alegrarnos de que el cultivo del cac-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tus se haya reducido al mínimo, ya que es horroroso y estropea el aspecto del campo completamente.

Don Manuel, celoso de su propia isla, nos dijo que habíamos permanecido mucho tiempo en El Hierro y que le estábamos dedicando poco tiempo al interior de La Gomera. Le expliqué que habíamos planeado quedarnos más tiempo en La Gomera pero que habíamos estado esperando los caballos en San Sebastián. Nos dijo que había enviado los caballos inmediatamente, en cuanto recibió nuestra carta, que llegó la tarde del domingo. Entonces le expliqué nuestro encargo a Don Salvador de que cuando viera venir la goleta enviara un mensajero inmediatamente a Hermigua con nuestra carta. Fue solamente entonces cuando descubrimos cuán vergonzosamente nos había tratado Don Salvador. En lugar de enviar un hombre el sábado, no lo envió hasta el domingo con la intención de retenernos en San Sebastián. Don Manuel se molestó mucho. Dijo que era "muy propio de él" y que era de esperar. Don Salvador es el alcalde de San Sebastián y me temo que los alcaldes son como los recaudadores de impuestos judíos en lo referente a su estatus social. Nos informan que los alcaldes le cobran impuestos a la gente para las carreteras, pero que el dinero generalmente sufre un proceso de filtro antes de gastarse en ellas. Mucho me temo, sin embargo, que una moralidad laxa similar contamina los otros departamentos. Hay oficiales nombrados específicamente para cuidar los bosques, pero un poco de aceite de palma dorado con que untarles hace que no perciban la destrucción masiva de árboles. En aquellos lugares donde se puede sobornar a los cargos públicos la moralidad de la gente tiene que ser extremadamente baja. Don Manuel y muchos otros paisanos suyos darían lo que fuera para que las Canarias estuvieran bajo el poder de Inglaterra. ¿Qué ha hecho España por las islas desde que las pisó por primera vez? Ha robado y saqueado sistemáticamente. ¿Qué ha hecho Inglaterra, digamos, en Chipre durante los pocos años que lleva bajo su mandato? Ha construido carreteras y puertos, y *gastado los impuestos del país en la propia isla*. Aquí están estas islas –que podrían ser las más brillantes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

joyas de la corona española– frustradas, restringidas y gravadas por unos impuestos que no guardan proporción alguna con sus recursos, sin que se lleven a cabo mejoras ni se anime de forma alguna a los habitantes. Cualquier progreso que se haya conseguido ha sido realizado por la empresa privada, en su mayor parte extranjera y sobre todo inglesa. El suministro de carbón a los buques lo llevan totalmente las compañías inglesas y el cable telegráfico ha sido tendido por una compañía inglesa, subvencionada, todo hay que decirlo, por el Gobierno español. Se ha puesto en marcha un sanatorio cuyos promotores son principalmente ingleses o han sido educados en Inglaterra. Se puede afirmar sin problema que casi todo el comercio y las mejoras en las islas se deben a la energía y a la iniciativa de personas que tienen sangre inglesa o irlandesa en sus venas.

Los únicos ingleses que han visitado La Gomera, que se pueda recordar, vinieron hace veinte años: un tal Dr. C —— y su hermano. Al Dr. C —— le encantó tanto el lugar, que frecuentemente quiso regresar. Lo logró el año antes de nuestra llegada, y vino acompañado por su hija. Somos los segundos. No puedo hacerme una idea de cómo es posible que esta joya –ya que no es otra cosa– puede haber permanecido tanto tiempo sin conocerse ni pisarse. Es cierto que se encuentra lejos de las rutas más frecuentadas. Regresar aquí será un sueño que anhelaremos cada día hasta que podamos materializarlo.

Le contamos a nuestro anfitrión cómo el patrón de la goleta nos había esquilmado. Dice que todos los patrones de barco son terribles. Estaba yo alabando a los campesinos, cuando me respondió que eran muy buenos ¡excepto en lo referente al dinero! Me temo que hay otros, igual de malos, mucho más cerca de nosotros.

Almorzamos a las dos en punto y espero que nuestros anfitriones me perdonarán si doy detalles de su excelente comida. Una sopa en tazones en la que flotaban trozos de pan, seguida de huevos fritos, patatas fritas en rodajas y tortitas de plátano fritas, deliciosas y delicadamente aderezadas –un plato cubano– consti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tuía lo que podríamos denominar la primera parte de la comida. Tras esto, sirvieron pollo con papas, melocotones en conserva, una fruta grande y fresca semejante a un melón, peras, melocotones frescos y plátanos.

Acabada la cena, todos subimos a la azotea, desde donde se contemplaba una panorámica gloriosa. La casa de Don Manuel se encuentra en las afueras del pueblo, cercana a la montaña, a unos 400 ó 500 pies sobre el nivel del mar. Más abajo y a la izquierda, el terreno cae en pendiente hacia el océano. El extremo más lejano del valle es también una montaña alta que termina repentinamente en un acantilado sobre el mar, la Punta del Camino, mientras que, más allá y aparentemente a poca distancia de ella, vemos la punta de Teno, por encima de la que se eleva el Pico.

El terreno colindante con Don Manuel ha sido comprado por el inglés que antes mencioné y, según nos informan, quiere construir allí una casa. Doscientas *fanegadas* de suelo en Hermigua cuestan 600 libras (veintidós *fanegadas* equivalen a un acre).

Nuestro anfitrión nos dijo que no había forma de educar a sus hijas en la isla. Le resultaba penoso que dependieran completamente de él para su educación. Eran muchachas extremadamente agradables. A la mayor, de unos diecisiete años, quizás no tanto, era su padre quien le había enseñado todo cuanto sabía, desde el alfabeto. ¡Qué vida tan triste para gente de su posición! Nos resultaba muy agradable, como visitantes, viajar por estas islas, pero debe ser muy molesto para los que no pueden enviar a sus hijos al extranjero a educarse. Los que sí pueden van a Inglaterra, principalmente a Stonyhurst y Roehampton.[3]

Hay solamente dos pianos en La Gomera, uno en Agulo y otro en Vallehermoso; los instrumentos de música que más se utilizan son las guitarras.

Los isleños son altos y delgados y caminan bien. Los hombres de El Hierro, aunque quizás más altos, son desgarbados pero los gomeros tienen buena planta. Por regla general, llevan bigote

3 Colegios católicos de Inglaterra. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y, a veces, una pequeña perilla, sin patillas. Son más vivos y de aspecto más inteligente que los herreños y, aunque tranquilos, no tan simples como los primeros. Se puede comprender que hombres así resistieran y llegaran a vengarse de sus conquistadores cuando se les trató mal, a pesar de haberles dado la bienvenida primero, pensando en los europeos que habían hecho prisioneros en el pasado y que les habían enseñado labores de artesanía. En cuanto a las mujeres, una sola palabra es suficiente: son adorables –aunque no lo saben.

Tuvimos muchas conversaciones interesantes con Don Manuel. En su jardín crecía, exuberante, una planta (*Cassia occidentalis*) traída por él de las Antillas, de donde es oriunda. Las semillas de esta planta se utilizan tostadas en las Islas Mauricio como sustituto del café. Nos dio información sobre diferentes tipos de papas y sobre la época en que se plantaban. Las más tempranas se plantan en enero y se recogen en julio, otra clase se planta en febrero y está lista en junio, mientras que una tercera, que se introduce en la tierra en marzo, se recoge en julio. Dos tercios de la cosecha se exporta a Cuba.[4]

Además de las papas, se cultiva mucha caña de azúcar y maíz; en Hermigua se recogen 5.500 *fagas* de maíz y 25.000 *quintales* de caña al año.

Mientras tanto el día moría y la belleza del paisaje aumentaba a cada momento. El Pico alzaba su cabeza con claridad, destacando contra el cielo al recibir los rayos del sol poniente, mientras que las montañas más bajas de La Gomera y de Tenerife se encontraban cubiertas por la oscuridad de la noche cercana y una

4 En Hermigua se cultivan varias clases de patatas:
Patata bonita negra
" " del Tanque
" " amarillenta de Canarias
" de flor blanca

La cantidad producida se estima en 67.000 quintales (un quintal equivale a 104 libras). De cada 30.000 quintales, 20.000 se exportan a Cuba. Cada planta de patata produce 460 gramos de tubérculos. El precio del quintal varía entre cinco y diez pesetas (cuatro chelines a ocho chelines).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

alfombra de nubes impedía ver la parte más baja del Pico. Las luces empezaron a brillar en algunas casas así que, de mala gana, nos dimos la vuelta y bajamos a la casa.

Nuestro anfitrión nos dijo que cuando estuvo en Santa Cruz le pidió a la Sra. Camacho, del hotel del mismo nombre, que le enseñara a preparar el té a la manera inglesa. Ella lo llevó a la cocina y le explicó el proceso: cómo el agua tiene que estar hirviendo, etc., y él, a su vez, enseñó a su propia hija. Me temo, sin embargo, que el té que generalmente se vende aquí no es bueno, por lo que mejor es no compararlo con el café, que frecuentemente es de cultivo propio. No hay impuestos sobre el té o ningún otro producto importado, así que los ingleses que viven aquí pueden conseguir fácilmente lo mejor, a precios moderados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

HERMIGUA • AGULO • VALLEHERMOSO
CUMBRES

XV

Del resonante mar,
Húmedos y veloces, surjamos y volemos.
¡Húmedos, brillantes, y veloces somos!
Miremos la cresta de la montaña, de árboles vestida,
La tierra sagrada, donde los frutos se regocijan,
Las aguas que murmuran al este y al oeste,
El mar estremecido, de voz doliente,
Porque incansable brilla el Ojo del Aire,
Y resplandecen los brillantes rayos;
Después arrojemos lejos nuestras sombras etéreas y vayamos
Con nuestras formas inmortales a observar por doquier
Desde lo alto del cielo, toda la tierra y el aire
Y la corriente oceánica.

ANDREW LANG

Y ahora un arco dorado
Lanza una mirada brillante y desaparece totalmente.

J. THOMSON

MARTES, 2 DE OCTUBRE. Sobre las seis de esta mañana el Pico se veía desde la ventana de nuestro dormitorio, pero a las 8 a.m. una densa masa de nubes se extendió por la parte alta de Tenerife, ocultando completamente la montaña. Al mismo tiempo todo el suroeste de la isla estaba despejado y libre de nubes. El lado norte no se ve desde aquí.

Seis mujeres están ocupadas de nuevo esta mañana quitando la cochinilla con sus cepillos. Los cactus están plantados en hileras. Cada mujer se ocupa de una de ellas y, partiendo las palas superiores, introduce la cochinilla en su cesta con el cepillo. Todos los insectos que quedan en las palas inferiores, que nunca se parten, se retiran con una cuchara y una palita. Cuando finaliza el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

proceso de cepillado, tiran las palas detrás de ellas con cuidado para que no molesten a los pies descalzos de la cepilladora. La cosecha es de buena calidad y cuantiosa. El fuerte viento del noreste les quitó el polvo blanco a los insectos.

Los terrenos en Hermigua producen 4.000 *pesetas* de cochinilla y la cuarta parte de este dinero es para el Gobierno. Otros impuestos son proporcionalmente demasiado altos. Si se lleva una vaca de Hermigua a Agulo, digamos a la parroquia colindante, habría que pagar cinco *pesetas*, y dos *cuartos* por cada libra de carne comprada o vendida.

Esta mañana temprano nos trajeron un té y, más tarde, nos tomamos lo que aquí llaman el desayuno. Una sopa con trozos de pan, huevos fritos, arroz, bistec, cebollas crudas y perejil, patatas fritas, tortas de plátano fritas, pollo asado con patatas, vino, melocotones, peras, melocotones en conserva, pasteles y café, nos pareció a nosotros, pobres vagabundos acostumbrados a cantidades escasas y grandes apetitos, una comida suntuosa.

A las 10:50 salimos a pie hacia Agulo, acompañados por Don Manuel y sus hijas. La distancia entre los dos lugares es corta, entre media y una milla, y el paseo encantador. Justo encima de la casa de nuestro anfitrión, el risco, que es casi perpendicular, está cubierto de agujeros que, según dicen, son cuevas guanches. Desearía que tuviésemos tiempo para explorarlas. No sería excesivo pasar semanas o meses en La Gomera para así hacer justicia a sus bellezas y curiosidades. Nos cruzamos con el doctor que venía a caballo y tuvimos una corta charla con él. Un buen sendero en medio de un paisaje atractivo discurre alrededor de un promontorio y de una hoya y, al otro lado, se encuentra Agulo. La frontera entre los dos está marcada con una cruz, la "Cruz del Viento", a 625 pies sobre el nivel del mar.

Tenerife aparece ante nosotros y podemos ver hasta más allá de Adeje. Bajo nosotros hay algunas casetas, en un promontorio llano cerca del mar, llamadas Tepe y, al rodear el risco, vemos un grupo de casas en la parte alta del terreno cultivado, como un castillo coronando las alturas, que es Agulo. Evidentemente se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

considera a Agulo como un enclave turístico, si se puede aplicar dicho término a este lugar aislado y lejos del mundanal ruido, y es allí donde pasan el verano los habitantes de Hermigua, ya que es más fresco y está más cerca del mar. El pueblo está situado en el extremo occidental de un anfiteatro de colinas y riscos por donde caen, según nos dicen, numerosas cascadas en invierno. En este momento solamente hay un par de cintas plateadas, estrechas y largas, cayendo verticalmente por los riscos, que en noviembre se convertirán en masas de espuma blanca. Otra cascada cerca del camino forma un salto doble en invierno pero, en este momento, no tiene agua ninguna. Dos manantiales suministran suficiente agua para el pueblo durante todo el año. El barranco baja serpenteando y en el interior de una curva hay un pequeño puente de madera que lo cruza, cerca del cual unas mujeres están lavando en las orillas. El agua gotea por doquier y las rocas están profusamente cubiertas por verdes enredaderas. El cactus verdigrís crece agrupado en los riscos, y la tierra parda, oscurecida por la reciente lluvia, tiene un aspecto fresco y atractivo. El terreno está dispuesto en bancales muy definidos, desde las casas hasta el mar, y es muy fértil. En este momento los arados están trabajando sin descanso. Abundan los pozos y hay agua para todo. La caña de azúcar se puede cultivar aquí y, por lo tanto, vemos grandes cantidades creciendo exuberantes, como si fueran maleza en tierra pantanosa, con sus grandes hojas ondeando elegantemente en la brisa.

Los gomeros están muy orgullosos del honor de haber proporcionado a las Antillas su principal industria, la caña de azúcar, una planta originaria de esta isla, desde donde, según dicen, la llevó Colón en su segundo viaje a América.

Numerosos adultos y niños, vestidos, sobre todo, con "estampados" de algodón rosa, salieron a observar a los extranjeros. En la parte alta de Agulo hay un terreno llano que recuerda, con todos esos riscos alrededor, ¡a la parte inferior del Albert Hall! [1]

1 Famosa sala de conciertos de planta circular, en Londres. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Los aguacateros y las hermosas adelfas dan un toque pintoresco a las casas. Don Manuel tiene otra casa aquí, una residencia de verano, en cuyo pórtico nos sentamos un rato, frente a las montañas y cascadas. Incluso la parte baja de las faldas de las montañas está dispuesta en bancales que suben hasta donde es posible. Es curioso observar que las mejores casas de Agulo han dispuesto sus pórticos y cuartos de estar dando hacia las montañas y no hacia el mar. Este último está siempre presente, tanto en Hermigua como aquí, pero, como los riscos son muy espectaculares y las cascadas más bien una curiosidad, éstos son más atractivos para los veraneantes. La casa de Don Manuel se encuentra a 550 pies sobre el nivel del mar.

Nos despedimos de nuestros atentos anfitriones, cuya bondad y hospitalidad fue insuperable y su compañía un verdadero disfrute. Nuestra estancia con ellos fue uno de los puntos sobresalientes de nuestras andanzas. Les dolió mucho que no nos quedásemos más tiempo y llegásemos así a conocer mejor su isla, aunque más tristes estábamos nosotros por la imposibilidad de quedarnos algún tiempo más.

Justo en las afueras de Agulo pasamos junto a un cementerio. Sobre las puertas, que estaban rematadas con una cruz, se encontraba la siguiente inscripción:

"Beati mortui, qui in Domino moriuntur."

El camino desciende primero y después asciende por una escarpada pendiente hasta alcanzar los 650 pies de altitud. El sendero, que es muy empinado, sube entonces, sinuoso, por la ladera de la montaña. Una mujer, con la que nos cruzamos, llevaba una almohadilla redonda de helecho sobre la cabeza para llevar, sobre aquella, una cesta o cualquier otra carga. En Tenerife, esa especie de turbante lo hacen con trapos o trozos de tela. Los helechos me parecen más frescos y, ciertamente, más pintorescos.

En la parte alta del Paso de El Roquillo, nos detuvimos bajo el tronco de un árbol que se utiliza como acequia y miramos hacia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

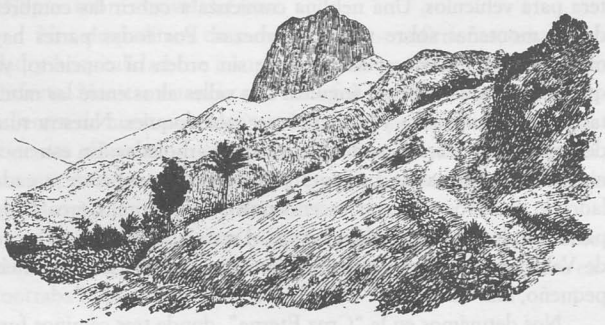
detrás y abajo. A nuestros pies vemos una hoya rodeada por colinas verticales y escarpadas, con el mar al pie, azul y revuelto ya que sopla un fuerte viento.

El camino penetra, sinuoso, hacia el interior, por un terreno aceptablemente llano de la falda de la montaña. Abajo está el barranco de La Trabasía y la montaña en el lado contrario baja, formando una serie de farallones, hasta el mar. El viento, que aún es fuerte, nos cubre de polvo. El sendero está bordeado, a ambos lados, por numerosos árboles; hay muchas zarzas parecidas a las inglesas, el suelo es bueno y nada pedregoso y, excepto en algunos lugares, el camino podría fácilmente convertirse en una carretera para vehículos. Una neblina comienza a cubrir las cumbres de las montañas sobre nuestras cabezas. Por todas partes hay montañas, agrupadas aparentemente sin orden ni concierto, ya que forman toda clase de ángulos. Los valles altos entre las montañas están cultivados y el maíz crece por doquier. Nuestra ruta de hoy discurre completamente por zonas arboladas. En este momento el brezo, verde brillante y plumoso, se extiende a cada lado de nosotros mientras ascendemos suavemente. Cerca de la parte alta, la vista se amplía y vemos el otro lado del cerro y parte de Vallehermoso abajo, un cerro montañoso al fondo y uno más pequeño, más cercano.

Nos detuvimos en la "Cruz Eterna", donde tres caminos forman un triángulo (2.275 pies de altitud), ¡para que nuestros hombres pudieran encender sus pipas! Eran ejemplares espléndidos de gomeros robustos y Lorenzo, aunque más pequeño, no les andaba a la zaga en cuanto a energía. Eran las 2 p.m., el paseo agradable y no hacía demasiado calor. Inmediatamente después de abandonar la cruz divisamos una roca, inmensa y con una cima plana, que se elevaba en medio del valle, unida a la falda de la montaña por un puente rocoso, cubierto de hierba, por el que bajábamos cabalgando. Las montañas de ambos lados del valle se remontan sobre este magnífico centinela. Esta vista del gigantesco monolito, enmarcado por una exuberante vegetación, es única y bellísima. Nuestros arrieros llamaban al monolito por dos nom-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bres, Los Zarzales y El Roque de Vallehermoso. El primero no volví a oírlo, el segundo parecía ser el más conocido. A continuación cruzamos un cerro, por cuyo centro discurría el camino, que unía dos montañas altas, algo parecido al "Coupée" [2] en Sark, sólo que aquí a cada lado hay un valle en lugar de una bahía. Una gran cordillera se extiende alrededor formando un círculo, con cerros o espuelas que bajan desde la parte alta hacia el centro del valle. Durante unos cuantos minutos más atravesamos bosques y, al salir de nuevo a una curva en el camino, divisamos Buenavista, tanto el valle como el pueblo, protegido éste en el fondo. Desde



ROQUE DE VALLEHERMOSO, LA GOMERA

esta altura el valle parece como un pequeño llano al pie de unos cerros que bajan hasta él, como si fueran los brazos de una estrella de mar, pero en lugar de terminar en una suave pendiente se cortan de repente. Uno de estos farallones acaba en el inmenso monolito anteriormente descrito, y conocido *par excellence* como "El Roque". Los espacios entre estos cerros o dedos son diminutos valles, cultivados y verdes. El pueblo se encuentra colgado

2 Istmo de unos noventa metros de largo, muy estrecho en la parte superior, en Sark. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sobre la ladera, un poco más alto que el fondo del valle, cuyo suelo llano lo ocupan los cultivos. Los típicos bancales llaman la atención en esta zona ya que, como el terreno es muy empinado, los bancales están muy juntos. Hay solamente una o dos azoteas en el pueblo, que dominamos desde una altura de 1.850 pies. Las colinas de los alrededores tienen un aspecto rojo cremoso y están moteadas con arbustos de brezo. Eran ahora las 2:45 p.m. y, a pesar de estar tan cerca de nuestro destino que podíamos ver sus casas, todavía nos quedaba cierta distancia que recorrer a caballo. La bajada era empinada y los caballos bajaban con tanto cuidado y miedo que decidimos desmontar. Hay bastantes palmeras por los alrededores y algunas casas. Bajamos caminando por un pequeño y encantador barranco, llamado Las Rosas, donde nos encontramos con una mujer que cogía melocotones, nos dio algunos y, mientras los cogía, la fruta ya madura caía al suelo a su alrededor. El árbol estaba tan cargado que las ramas habían sido apuntaladas. Olvidé mencionar que cuando descendíamos por la montaña vimos algunos arbustos de codeso.

Llegamos a Vallehermoso a las 4:30 y fuimos con la carta de presentación de Don Manuel a la casa de Don Domingo García y González. Había salido, pero se acercó un hombre viejo que estuvo hablando con nosotros durante un rato hasta que llegó Don Domingo y, entonces, cenamos. Resultó ser una comida excelente. El menú incluía sopa de arroz, carne de oveja hervida con patatas, carne frita con patatas fritas, pescado con patatas fritas, y unos fritos de algo que no reconocí, mantequilla, queso, pan blanco, fruta y café. Nos agradó y sorprendió conseguir una mantequilla tan buena y tan fresca, y el pan blanco era un lujo inesperado, aunque sigo pensando que la harina local es la mejor. La mantequilla la hacían en Vallehermoso, donde hay abundancia de vacas y pasto. No habíamos probado ninguna desde que salimos de La Orotava, hace más de tres semanas, y fue una sorpresa poderla conseguir en el interior de La Gomera. La propia señora de la casa fue quien nos atendió; Don Domingo solamente comió con nosotros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Además de un paisaje bello, el "valle hermoso" posee unas mujeres preciosas. Las muchachas son verdaderos cuadros que uno nunca se cansa de mirar. Sus rostros perfectamente ovalados, ojos generalmente oscuros y una rica cabellera oscura, piel fresca y delicada, cabezas pequeñas y altas con cuellos bien formados, cuerpos altos y bien moldeados, llevados con una prestancia natural, elegante pero sin forzar, casi conforman la perfección de la belleza femenina. Su encanto aumenta por el hecho de ser completamente ignorantes de su belleza. No tienen en la actualidad nadie que les diga lo hermosas que son.

"¿Quién no ha comprobado cuán débilmente intentan las palabras
Fijar un átomo del divino rayo de la Belleza?
¿Quién no siente, hasta que su debilitada vista
Se desvanece en la oscuridad llena de su propio placer,
Cómo su mejilla cambiante y su corazón declinante dan fe
Del poderío y de la majestad del Encanto?"

¿Es esta inusual belleza una herencia guanche, ya que dicen que en la época de la conquista las mujeres gomeras eran muy hermosas? Curiosamente, en las otras islas oímos decir que los gomeros eran feos. No sé cómo ha podido extenderse un rumor tan sumamente equivocado. ¿Nace de la ignorancia o de la envidia?

Nos costó mucho trabajo conseguir caballos que nos llevasen a San Sebastián al día siguiente. Uno de los arrieros de Hermigua estaba dispuesto a seguir pero el otro no, y los caballos, aparentemente, escasean. Afortunadamente teníamos otra carta de presentación que, cuando la sacamos y la enviamos a su destinatario, nos consiguió un caballo y una mula.

Encendieron un farol cuando estábamos listos para retirarnos aquella noche y nos condujeron a otra casa. En ella teníamos un cuarto amplio y una cama cómoda pero la casa era, creo yo, nueva ya que sólo dormimos en ella nosotros. En nuestro dormitorio había un montón de colchones en una esquina y una esterilla de hierba repleta de maíz en una ventana, en la otra había una gran cantidad de loza de barro, debajo de la cama, dos guitarras y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

varias soperas y, bajo una mesa, vajilla decorada con dibujos del tipo "sauce llorón".[3] Noté que no había tazas grandes, lo que sugería que aquí no se estilan las comidas en las que nosotros consumimos grandes cantidades de té o café. Nuestro lugar de descanso se encuentra a 475 pies sobre el nivel del mar.

Miércoles, 3 de octubre. Nos levantamos a las 5:45 a.m., habiéndonos despertado un hombre que cortaba madera justo delante de nuestra puerta y, muy pronto, nos trajeron un delicioso chocolate con rosquillas. Subimos a la azotea ya que ésta era una de las pocas casas que la tenían pero, en cuanto a la vista, no sirvió de mucho así que volvimos a bajar y atravesamos las calles, aún vacías, hacia el mar. Hay una planta que abunda enormemente, con preciosas flores malvas, llamada *trepadora*. De las ventanas y balcones y pórticos de las casas cuelga maíz en grandes cantidades, dando un color al paisaje que resulta muy pintoresco.

Mientras caminábamos, cámara en mano, nuestro anfitrión se unió a nosotros. Nos sorprendió encontrarnos con una buena carretera que, cuando la seguimos, nos obligó a torcer una esquina, una cuña de tierra que penetraba en el valle. Ante nosotros apareció el resto del valle, la zona más baja, con el mar al fondo, mientras que el pueblo quedaba completamente oculto detrás de nosotros. Las palmeras ondeaban en la brisa con racimos de dátiles dorados y el sinuoso lecho del barranco discurría hasta el mar, con sólo un hilillo de agua en el cauce. Don Domingo nos dice que el fruto de la palmera aquí no es ni bueno ni perfecto debido a lo insuficiente del calor. Solamente en San Sebastián madura a la perfección. Abundantes helechos de pie de liebre anidan en cualquier hueco aprovechable de las palmeras, aferrándose a puntos imposibles. El valle se ensancha un poco al acercarse al mar y su fondo es casi llano. La gente está ocupada regando los campos. Vemos naranjos en los alrededores, pero su fruta no madurará

3 Un diseño inglés típico con dibujos chinescos azules sobre porcelana blanca. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hasta enero. La carretera, una carretera de verdad y no un sendero, está bordeada por piteras. Esta carretera, el único trozo de carretera de la isla, une la parte alta y baja de Vallehermoso, que distan un cuarto de milla entre sí. Hay aquí algunas casas. La iglesia, hacia la que dirigimos nuestra atención, es muy pequeña, consistiendo sólo en las capillas laterales y de presbiterio, ya que aún no han construido el pasillo central. Los arcos, con una longitud de unos veinticuatro pies, se apoyan sobre columnas de piedra gris. El piso es de buena piedra, colocada con las esquinas orientadas hacia el sur y norte. Tiene tres campanas. Afuera vemos las gruesas paredes del resto de la iglesia que aún no ha sido techada.

Los troncos para el fuego los traen de las montañas en trozos de unos diez pies de largo. Hacen un agujero en un extremo del tronco, a través de éste pasan una cuerda que sujetan a unos bueyes y éstos los bajan arrastrándolos. El valle es muy hermoso y ese gigantesco monolito que se eleva en lo alto lo convierte en único. No estoy segura, sin embargo, de que Hermigua, aunque no está en un valle tan profundo, no sea igual de hermoso.

Después del desayuno nos despedimos de nuestro amable anfitrión y partimos a las 10:10 a.m. Encontramos un caballo y una mula aguardándonos, esta última era la mula más pequeña que jamás haya visto ya que tenía solamente el tamaño de un burro. Dirigiéndonos hacia el sur, atravesamos el pueblo en su extremo superior, a la derecha del valle. El camino tuerce y el pueblo desaparece, pero alcanzamos otra parte del valle, más alta y desde donde se obtiene una espléndida vista de "El Roque" al fondo.

En La Gomera los hombres llevan bolsas de lona corriente, a cuadros o a rayas. Están hechas con un trozo recto de tela, de unos tres pies de largo y quizás un pie de ancho, que lleva en cada extremo una bolsa y, exactamente en el centro, una abertura larga. Este agujero es lo suficientemente grande para introducir la cabeza, con las bolsas colgando sobre la espalda y pecho. A veces están decoradas en las esquinas y los lados con borlas de franela roja y azul u otras telas. Los cintos o fajas *–ceñidores–* que usan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

los hombres alrededor de la cintura tienen unas cuatro yardas de largo. Nuestro nuevo hombre se quitó el suyo y se lo enrolló en la cabeza, formando una especie de turbante, y colocó sobre él nuestro maletín. Los *ceñidores* cuestan unos dos chelines, por lo que son una pieza de ropa cara para la gente, si pensamos en el coste de vida local.

Cabalgamos por el valle o barranco del Ingenio, uno de los numerosos barrancos que bajan desde las montañas hasta Vallehermoso. Pequeños valles laterales entre los espolones del cerro desembocan en el principal, primero por un lado y después por el otro, y nuestro sendero serpentea por el fondo. Pasamos por un pueblo de lo más pintoresco, Puentelagua, pegado a uno de estos espolones con las casas enracimadas en la empinada ladera, tan empinada que parece que estuvieran pegadas porque, de lo contrario, se caerían. Los tejados son de teja oscura o paja que contrasta con las verdes palmeras ondeantes que hay diseminadas entre las viviendas, sus raíces al mismo nivel que una de las casas y las hojas asomando por la puerta de otra. De nuevo vemos helechos pie de liebre creciendo sobre los troncos de las palmeras, en realidad crecen por todos lados.

Poco después de pasar Puentelagua cruzamos el lecho del barranco y subimos por uno de los espolones que acabo de mencionar. "El Roque" es realmente sólo otro espolón, sólo que mucho mayor y que acaba con un corte bastante escarpado. El que subimos sólo era un poco empinado, claro está, pero lo suficiente para hacer que el sendero fuera sinuoso. Las moscas molestan tanto a mi pobre mulita que me temo que, en sus intentos de sacudírselas de encima, ¡hará lo mismo conmigo! De vez en cuando el sendero resulta peligroso, cuando tiene sólo un pie o dos de ancho y avanza junto a un precipicio.

Todos los espolones terminan en duras masas de roca. Cuando alcanzamos la parte superior del que estábamos subiendo, encontramos en la cumbre un tramo de camino de unos diez o doce pies de ancho donde descansamos durante algunos minutos (1.800 pies de altitud). A nuestros pies se encuentra Los Loros,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

un caserío bastante grande entremezclado con palmeras. Son ahora las 11:40 y nos queda por delante un largo día de viaje, por lo que no debemos demorarnos. Mientras cabalgamos por la parte superior de la loma, vemos valles a cada lado bajo nosotros, protegidas tres vertientes por las montañas y la cuarta abriéndose al barranco principal.

Las montañas tienen un curioso aspecto manchado, debido a los brezos y mirtos que crecen en grupos aislados. Un musgo rojo, como el coral, una de las especies de *selaginella*,[4] colorea y rodea las bases de los árboles. A una altura de 2.175 pies nos detuvimos bajo un gran castaño. Debajo, a la derecha del sendero, mana un diminuto manantial. Está casi oculto, por lo que sólo los que conocen el camino conocen su existencia. A unos 500 pies más arriba, encontramos rastros de lluvia que probablemente cayó durante la noche. Después de dejar atrás el castaño, el sendero atravesaba bosques de una belleza y cantidad como sólo puede ofrecer La Gomera. Protegidos del viento y con un suelo gredoso, los árboles, arbustos y maleza crecen exuberantes. Los laureles crecen hasta llegar a convertirse en árboles, los mirtos y el brezo están cubiertos hasta arriba con musgo y liquen, y la tierra, con una alfombra verde de enredaderas y musgo. El terreno es blando y agradable a los cascos de los caballos y lo único que rompe el silencio es el ronco golpe de las pezuñas sin herrar de los animales. Finalmente el silencio se volvió casi opresivo hasta que repentinamente sonó a lo lejos, de los labios de algún cabrero, la melodiosa "malagueña", en un tono mayor que en Tenerife. Muchas de las rocas que vemos, que son de un rojo vivo, son frágiles, desmoronándose casi al tocarlas. Repentinamente nos encontramos con un pequeño espacio abierto, llano y atractivo por el contraste que ofrece entre el suelo rojo y los matorrales verde vivo. Delante mismo de nosotros había un grupo formado por un par de mujeres, tres hombres y un burro cargado con papas. Las mujeres son mucho más atractivas aquí que en Tenerife y tienen buen color.

4 *Denticulata.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Casi no tuvimos tiempo para reparar en los componentes del grupo cuando el burro, un animal diminuto, se metió en un canal del camino que había formado la lluvia y se cayó. No intentó levantarse, y no creo que pudiera hacerlo ya que, cuando quedó tumbado, no podíamos ver el animal porque la carga que llevaba sobre su lomo lo ocultaba totalmente. Pensamos que sería necesario descargarlo para que el pobre animal pudiera ponerse en pie, ¡pero los gomeros tienen una manera distinta de levantar las bestias de carga que se caen! El dueño, con una pierna a cada lado del burro, simplemente lo abrazó por debajo y lo puso en pie. Una vez en pie no aparentaba ser mayor que un perro grande de Terranova y estaba completamente oculto a la vista por la carga, que no parecía pesada aunque sí era voluminosa. Esta raza de burros de La Gomera es casi liliputiense, pero éste era el más pequeño que había visto en toda mi vida. Son tan bonitos que se les acaricia como se haría con un perro. No se suele montar en ellos, debido a su tamaño. Quizás el hecho de que, al verlos, siempre se sienten ganas de exclamar, "¡Qué cosa tan bonita!", nos dé una idea más clara de esta raza de burros que existe en La Gomera.

El camino a Chipude se bifurca a la derecha (3.600 pies), en un punto donde se entrecruzan tres caminos. Nuestros amigos del burro tomaron el camino de Chipude y nosotros seguimos el nuestro hacia las cumbres. Cerca de allí, a la 1:15 p.m., cruzamos un campo llano, unos cincuenta pies más arriba del cruce, que los arrieros llamaban Laguna Grande. Dudo mucho que alguna vez sea una laguna, pero en invierno es posible que se reúna aquí suficiente agua para formar una gran charca, o quizás solamente un pantano, como en La Laguna, en Tenerife. Los hombres no parecían saberlo, por lo que deduzco que muy rara vez cruzaban las cumbres, quizás nunca, en invierno.

Una vez más penetramos en un bosque, por el lado contrario a Laguna Grande. Se formó una neblina y nos alegramos de tener nuestras mantas de tela escocesa con las que, manipulando cuidadosamente las esquinas, logramos envolvernos completamente y mantenernos así secos y abrigados. Tan densa era la neblina que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

no podíamos ver más de algunas yardas a cada lado. Avanzamos por las cumbres en silencio, por senderos rodeados de densa arboleda y con la neblina, densa, fría y húmeda, golpeándonos la cara. El viento soplaba con fuerza y, cuando no estábamos protegidos por los árboles, la mezcla del viento y la neblina hacía que nos sintiéramos confusos y desorientados. Desmontamos varias veces y caminamos durante un trecho, llevando los caballos delante de nosotros, tanto por descansar como porque podíamos avanzar más aprisa en los lugares donde el sendero estaba en malas condiciones. En una ocasión, John corrió tras su caballo para cruzarle los estribos sobre la silla y el animal, quizás pensando que le iba a hacer algo malo, dio una coz con las patas traseras alcanzándolo en el estómago. Por fortuna el impacto de la coz se disipó antes de alcanzarlo, así que sólo tuvo suficiente fuerza para lanzarlo contra una roca, sin herirlo. Fue una sorpresa, sobre todo para John, ya que el animal nunca se había mostrado traicionero. La niebla nos envolvía, y comenzamos a pensar que quizás nos perderíamos. La pista no parecía muy hollada y los hombres, una y otra vez, corrían hacia adelante, separándose a veces de manera sospechosa, como si no estuvieran seguros del camino a seguir. Algunos de los lugares por los que trepamos, tanto nosotros como los caballos, no eran, desde luego, parte de ningún camino. Sin embargo, estábamos tan acostumbrados a seguir cualquier cosa que pareciese un sendero que, de no ser por la manera de actuar de los hombres, no hubiésemos sospechado de inmediato que nos habíamos perdido en las cumbres. Mirando a Lorenzo vimos que fruncía el ceño con preocupación y, tras varias preguntas, nos hizo un gesto de asentimiento que confirmaba nuestras sospechas. No es agradable darte cuenta de que los guías han perdido el camino, cuando te encuentras envuelto en una espesa neblina en lo alto de una montaña, con precipicios a cada lado, al anochecer y en un país extraño. Era obvio que esta ruta no era una que ellos hubiesen recorrido con frecuencia por lo que, al cubrirnos la neblina repentinamente, no conocían el camino lo bastante bien como para poder seguirlo sin ver ningún punto reco-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nocible. Cualquiera que haya estado rodeado por la niebla lo comprenderá. El viento, además, soplaba con una fuerza tremenda y, en lugar de disipar la neblina, parecía envolvernos en ella más densamente. Mi pequeña mula se portó muy bien y avanzaba valientemente sin detenerse, manteniendo un paso rápido. Después de un largo rato nos dimos cuenta de que nos encontrábamos cerca de un precipicio, con un valle evidentemente más abajo, a la derecha. Los hombres se pararon y, en actitud de espera, observaban las nubes de neblina llenos de ansiedad. De repente una inmensa nube se abrió, mostrando durante unos cinco segundos un valle profundo y cultivado, con algunas casas lejanas. Los guías exhalaron un grito de alivio, los ceños se relajaron, las miradas ansiosas desaparecieron, y todos avanzamos llenos de alegría y con el alivio que producía volver a saber dónde nos encontrábamos. Poco después pasamos junto una pequeña cabaña, una simple choza. A nuestras preguntas sobre quién podía vivir tan alejado de las demás personas, los guías sacudieron la cabeza y se apresuraron a seguir. El dueño de la cabaña era un "hombre muy malo, un ladrón", según ellos. No sé si le tenían miedo por ser un ladrón y posible asesino, pero desde luego aceleraron el paso, se mantuvieron todos juntos, y miraban a su alrededor furtivamente.

No muy lejos de la choza del ladrón había –sin duda para confirmar el viejo refrán, "Cuanto más cerca la iglesia, más lejos la virtud"– una pequeña iglesia, la de las Nieves, pequeña construcción tosca, al borde del precipicio y que dominaba el valle de la derecha. La neblina ya había desaparecido, habiéndola dejado más arriba. Aunque habíamos descendido un poco, todavía estábamos cabalgando por la parte alta de una cadena montañosa, a nuestra derecha el Sombrero y a nuestra izquierda, una vez más, el compañero de nuestro viaje, su cima apenas visible por encima de las montañas intermedias, el Pico Teide. Cuanto más se ve el Pico más majestuoso parece.

El camino no era muy interesante. Habíamos dejado los bosques atrás y las montañas estaban yermas, aunque podrían cultivarse. A lo largo de toda nuestra ruta durante el día de hoy el terre-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

no ha sido bueno y fértil y sólo se necesitan hombres y dinero para convertir a la isla de La Gomera –tratándola con sentido común y conservando los bosques– en un verdadero Jardín del Edén.

Una gloriosa puesta de sol, de tonos carmesís, nos avisó de la llegada de la noche. No había luna, así que pasar la noche en las cumbres no sería muy agradable. El sendero descendía ahora ligeramente y se volvía escarpado y pedregoso. Mientras hubo luz y terreno llano mi pequeña mula mantuvo el paso denodadamente, pero ahora se hacía necesario cabalgar con cuidado, la mula avanzaba más lentamente y, aunque nunca había dado un paso en falso, sentíamos que bien podría darlo. La luz desaparecía rápidamente del cielo. El camino se estaba volviendo muy empinado y zigzagueante al bajar. Llamando a Lorenzo, le dije, "Iríamos más rápidos si yo desmonto". "Tiene razón, señorita, si no le importa", me respondió. Cada segundo era precioso, por lo que ya me había bajado antes de que se detuviera el animal. John ya había desmontado antes de modo que ambos nos apresuramos, bajando por el serpenteante camino tan rápidamente como nos era posible. Las grandes piedras sueltas y las rocas lisas y planas, resbaladizas de lo secas que estaban, no hacían más fácil el caminar en el crepúsculo que caía con rapidez. Intentar llegar antes de que la luz se acabe requiere velocidad, así que comenzamos a correr, saltando sobre piedras y rocas, manteniendo los ojos bien abiertos para ver dónde ponemos los pies. Sólo podemos lanzar alguna mirada rápida hacia el oeste, donde casi no queda ni una línea carmesí. Cuando el último rubor desaparece, la noche cae. Un minuto más y alcanzamos el fondo, encontrando un sendero bastante bueno que atraviesa el llano y el barranco hasta llegar a la ciudad de San Sebastián, donde ahora brillan débilmente luces en todas las casas.

Llegamos a la fonda a las 6:10 p.m. y los hombres y caballos llegaron diez minutos más tarde. Comimos la cena, que no tardó en estar lista, y nos fuimos a la cama bastante cansados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

SAN SEBASTIÁN • PUERTO DE LA CRUZ SANTA CRUZ DE LA PALMA

XVI

El mar siempre inconstante, cuyo humor es tan variado como el de una mujer... Vedlo bajo la luz de la luna, cuando el reflejo de nuestro caprichoso satélite parece un sendero de plata digno de la pisada de los ángeles. El mar siempre es hermoso, siempre vivo. Una montaña es hermosa, pero con una hermosura incapaz de expresarse, muda. El mar habla.

M. y F. COLLINS

Rojo destellaba el sol sobre la cubierta,
Lentas se agitaban las ociosas velas, y lento
El negro barco se mecía de un lado a otro.

JOAQUÍN MILLER

JUEVES, 4 DE OCTUBRE. Nos tuvimos que levantar temprano esta mañana para partir una vez más hacia Tenerife. Abandonando la fonda a las 5:30 a.m., subimos caminando por el sendero, que tan bien conocíamos, hacia el fuerte de San Cristóbal. Donde las rocas se internan en el mar y ayudan a formar la bahía, donde antes habíamos visto botes de pesca fondeados, encontramos ahora un bote esperándonos, y a él llegamos tras caminar unos minutos sobre las rocas. Nuestro equipaje lo transportaron los marineros. Descubrimos, llenos de horror, que una pequeña caja que vigilábamos con especial cuidado y que Don Salvador se había encargado de cuidar, la había traído un niño pequeño de unos nueve años. Considerando que contenía todos los negativos que habíamos sacado hasta ese momento en Tenerife, El Hierro y La Gomera, vigilamos su traslado llenos de preocupación. Ya se podrán imaginar cómo nos sentimos cuando vimos al pobre niño,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

descalzo, intentando llevar esta carga –el cristal pesa mucho– sobre las escarpadas rocas. En un lugar donde tenía que bajar arrastrándose, la caja se le cayó de sus pequeños dedos; intentó agarrarla y logró que sólo cayese al suelo con un golpe lento y sordo. Era imposible llegar hasta él porque estábamos en el bote, así que tuvimos que esperar haciendo gala de toda nuestra paciencia. Pasaron unos días antes de que pudiésemos comprobar si se había producido algún daño. Finalmente, la caja y su contenido demostraron lo bien que habíamos hecho el equipaje ya que no se había roto ni una sola placa. Si nuestro viaje por las islas se hubiera llevado a cabo sólo unos años más tarde, nos habríamos ahorrado muchas preocupaciones, aparte del peso extra, utilizando solamente papel o película en lugar de tener que llevar cristal.

Una vez más nos encontramos a bordo. Hemos de dedicarle a la hermosa Gomera una despedida, y nos tememos que por mucho tiempo. Si existe algún lugar sobre la faz de la tierra, es aquí donde uno se sentiría satisfecho de ser desterrado de la civilización y enterrado solo, entre las bellezas de la naturaleza. Aquí podemos comprender completamente a los hombres de la antigüedad que creían haber descubierto al fin los Campos Elíseos que Homero había descrito tan apropiadamente con su vena poética, soñando su imaginación con algo que en realidad existía, aunque él no lo supiera.

Una fuerte brisa nos llevó rápidamente más allá de San Cristóbal y de la cruz que coronaba el risco en lo alto. Tanto ella como San Sebastián se perdieron de vista tan repentinamente como habían aparecido previamente.

Después de una media hora de navegación la brisa desapareció poco a poco, según nos íbamos acercando a Tenerife, y dieron las dos antes de que llegásemos al puerto de Guía. Allí Lorenzo bajó a tierra. No le gustaba nada el mar y además cuando salimos de allí se había dejado olvidado su *manto* en la cueva y esto le preocupó mucho, no sólo porque no quería perderlo sino también porque era nuevo. Nos preguntó, por lo tanto, si podía abandonarnos y bajar a tierra e ir caminando desde allí a La Oro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tava. Después de dejar a Lorenzo y a algunos otros pasajeros, partimos de nuevo, navegando a lo largo de la costa. No avanzamos mucho hasta cerca de Buenavista, donde cogimos una brisa y por lo tanto no dudamos de que llegaríamos con toda certeza al Puerto de la Cruz aquella noche. Sin embargo, el viento se calmó y llegamos sólo hasta Garachico a las 2 p.m. del viernes, 5 de octubre, hasta donde llegamos, creo yo, simplemente porque nos arrastró la corriente. Fue un viaje terrible, con demasiado calor sobre cubierta y tanta falta de aire en aquel sofocante camarote, con la botavara oscilando y chirriando y el timonel cantando la sempiterna "malagueña", pidiéndole al viento, insistentemente y con versos improvisados, que soplase y al barco que avanzase. Sugerimos que nos llevaran en un bote de remos hasta la costa de Garachico, pero no querían hacerlo si no les pagábamos más, ¡mientras que nosotros éramos de la opinión que nos deberían devolver parte del dinero si nos bajábamos antes! Preferimos esperar, sobre todo porque creíamos que aquella noche vería el fin de nuestro viaje. Llegamos frente al Puerto de la Cruz entre las 8 y las 9 p.m. pero, como era de noche, no nos quisieron llevar a tierra así que tuvimos que aguantar otra noche de balanceos y falta de aire.

Sábado, 6 de octubre. Al primer rayo de luz del amanecer insistimos en que nos llevaran a tierra. Abandonamos la goleta a las 4:30 a.m. y, a pesar del hambre, de los dolores de cabeza y de los achaques de todo tipo que teníamos tras pasar dos días a bordo, disfrutamos enormemente de un amanecer precioso, el cielo cubierto de un rubor rosa. Los marineros remaban de forma abominable, como si fueran molinos, sin compás y como si los remos estuvieran descoyuntados. Al llegar al puerto –porque aquí sí existe parte de un muelle– un viejo que se encontraba en un cobertizo frente al lugar de desembarco nos llamó a gritos. Los hombres dejaron de remar y tuvo lugar el siguiente diálogo, en español por supuesto:

–¿De dónde vienen ustedes?

–De San Sebastián.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

–¿Adónde van?
–A Santa Cruz.
–¿Alguna enfermedad?
–¡No, señor!
–¡*Vamos!* [1]

Dos segundos bastaron para las preguntas y nos llevaron a tierra. Nuestro equipaje lo llevaron al establecimiento del Sr. Turnbull, donde nos alegró poder volver a conseguir abundante agua y lavamanos y bañeras ingleses. Un poco de pan y leche nos mantuvo el cuerpo hasta la hora del desayuno. Nos aguardaba una pila de cartas de Inglaterra y, como no habíamos recibido noticias de casa desde nuestra llegada a las islas, pueden imaginarse la voracidad con que las leímos mejor que cualquier descripción que yo pueda dar.

Nos complació poder descansar después de nuestro mes de viajes y ocupamos el resto del día deshaciendo el equipaje y poniendo nuestras cuentas en orden. Le recomendaría a cualquiera que aclarase completamente las condiciones en las que contrata a los guías y arrieros. Aunque al final todo quedó arreglado amigablemente con Lorenzo, casi no llegamos a un acuerdo por un malentendido técnico. El acuerdo había sido que le pagaríamos un dólar al día y su manutención. Entendíamos que lo segundo se refería a la comida, sin embargo, parece que él entendía que la ropa también estaba incluida, es decir, todos los gastos que pudiese contraer mientras estuviera a nuestro servicio –la compra de zapatos nuevos o la reparación de los viejos, comprar o remendar los pantalones y cosas así.

Podemos decir de Lorenzo lo mismo que dijo Washington Irving de su guía de Vizcaya: "Como buen español, aunque lo tratamos con la familiaridad propia de un compañero, nunca, ni siquiera en un momento de extrema hilaridad, cruzó los límites del más respetuoso decoro".

---

1 El equivalente al "¡Allons!" francés.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Una vez que tuvimos que ir a la farmacia, nos hicieron pasar a una pequeña sala de estar que tenía el establecimiento, a pesar de que sólo estábamos esperando que nos entregasen un medicamento común y no que preparasen una receta.

Descubrimos que el próximo velero parte para La Palma el día 15. Esto nos obliga a descansar más de lo que deseamos, pero podemos aprovechar el tiempo consiguiendo información aquí.

Un caballero que se hospeda en el hotel nos devolvió a la verdadera civilización entreteniéndonos con música clásica ejecutada brillantemente. Otro, de quien nos habían hablado mucho, resultó ser un viejo amigo de la "British Association".[2] El mundo es un pañuelo.

Domingo, 7 de octubre. El barco correo que hace escala en Cádiz parte del Puerto de la Cruz cada domingo por la noche y como es la manera más rápida y más segura, en realidad, de enviar cartas a Inglaterra, generalmente escribimos teniéndolo en cuenta. Lamentablemente las cartas con frecuencia se pierden por el camino y lo normal es certificarlas por muy poco importantes que sean para asegurarse de que lleguen.

El Sr. Reid, nuestro vicecónsul aquí, celebra un servicio religioso los domingos por la mañana en su propia casa. Como es escocés y presbiteriano, mezcla algunas oraciones de la Iglesia anglicana con un sermón largo basado en algunas obras religiosas escocesas, procurando así dar a los asistentes, que son generalmente miembros de la Iglesia anglicana, lo que quieren y atender también sus propios gustos. Con gran amabilidad nos acompañó a su jardín después de la misa y allí cogimos algunas naranjas de los árboles. El conseguir la dorada fruta así, en gran cantidad, hace que seamos despilfarradores al aprovecharla, ya que sólo sorbemos el jugo y luego descartamos la pulpa. Hay una diferencia maravillosa entre el sabor de las naranjas cuando se cogen maduras y el sabor de las que conocemos en Inglaterra. Estas últimas

2 Academia Británica de las Ciencias que se reúne anualmente. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

se cogen cuando aún no están maduras y maduran durante el viaje. Nunca alcanzan, sin embargo, el sabor completo, rico, *anaranjado*, de la fruta madura. Es posible conseguir naranjas maduras de estas islas en Inglaterra ya que nosotros lo hemos hecho. He de decir que pienso que el delicioso sabor no debe atribuirse solamente a la madurez del fruto, sino al hecho de que las naranjas sean de las Islas Canarias. El testimonio de los que han viajado por diferentes climas apoya esta afirmación. En Inglaterra no sabemos lo que es una verdadera naranja. Allí su sabor es pobre, débil y casi insípido comparado con las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides. En los jardines de Telde, en Gran Canaria, las cajas de naranjas se empaquetan bajo los árboles; la fruta se recoge y se mete directamente en las cajas, a dos dólares (ocho chelines) cada cien. A ese precio no sería rentable comercialmente, pero no existe comercio de fruta entre Inglaterra y las islas. Podría establecerse fácilmente un buen comercio [3] que resultase ventajoso para ambos países sólo con que existiese la iniciativa comercial para poner en marcha dicha empresa. Los mercados ingleses podrían inundarse con fruta *madura* de todas clases, no inmadura como ocurre en la actualidad y, con la exportación de higos, frescos o secos, los herreños podrían ganarse la vida bien y sin grandes problemas. Es doloroso ver cómo en todas las islas se desperdicia el potencial que poseen y la comunidad se empobrece cuando podría ser feliz y próspera. Hay tal diversidad, también, en los productos de las islas, que no tienen por qué interferirse mutuamente en las exportaciones.

Justo cuando estábamos disfrutando de verdad nuestro descanso nos vinieron a avisar que había un velero que salía para La Palma aquella noche. Era un bergantín que generalmente hacía la ruta entre La Palma y Cuba y que sólo había cruzado hasta Tene-

3 Desde que escribí esto los Sres. Miller, de Las Palmas de Gran Canaria, han iniciado la exportación regular de fruta a Inglaterra. Debido a lo incierto de la llegada de los buques de vapor que vienen de la costa occidental de África, la fruta se estropeaba frecuentemente mientras aguardaba en el depósito, pero ahora que ya hay cable telegráfico, un cablegrama enviado desde Bathurst, cuando el vapor sale de allí, les avisa con tiempo suficiente para recoger y empaquetar la fruta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rife para descargar mercancía. Como era por lo tanto un velero mucho mayor que la goleta *correo* decidimos no perder esta oportunidad de conseguir mejor alojamiento. No teníamos muchas ganas, sin embargo, de partir de nuevo tan pronto, especialmente porque suponíamos que tendríamos que soportar dificultades similares a las que acabábamos de atravesar, aun cuando estuvieran mitigadas ligeramente por el tamaño del navío.

El Sr. G ——, que se había ido a Garachico, regresó esta noche. Había saludado al farmacéutico de allí y le había dicho que habíamos mencionado su amabilidad para con nosotros, y nuestro buen samaritano se había alegrado mucho.

Para preparar nuestro viaje a La Palma, fuimos a ver al capitán del navío a su despacho. En un principio rehusó llevar a nadie pero, cuando descubrió que éramos ingleses, dijo que estaría muy orgulloso de aceptar nuestra petición y que no aceptaría dinero por el viaje. De modo muy distinto actuaron los barqueros que nos llevaron al navío. Se negaron a remar un cuarto de milla hasta el bergantín, fondeado en mar abierto, por menos de tres dólares (doce chelines). Ante este intento de extorsión, apelamos al Sr. Turnbull pero a él le pareció que era el precio normal y, de hecho, dijo que no podía hacer nada. Antes de partir, un español que también había recibido permiso para cruzar en el *Matanzas* se acercó al hotel. Subió las escaleras y apareció en la parte alta cuando estábamos cenando, con su equipaje en una mano y, ante nuestro horror y sorpresa, ¡con una palangana en la otra! Esta manera de viajar, preparado para cualquier enfermedad, es muy desagradable y la forma descarada en que los pasajeros transportan estos utensilios de dormitorio por doquier y a bordo es, como mínimo, irritante para la sensibilidad inglesa. Salimos a las 11 p.m. y llegamos a bordo en pocos minutos. El *Matanzas* se balanceaba tan fuertemente, al estar lastrado, que tuvimos que saltar, intentando alcanzar la escalerilla del barco cuando el barco se elevaba, debido al mar de fondo, y trepar por el costado en medio de la oscuridad. Un farol sobre la borda nos permitió ver las amistosas manos prestas a pasarnos por encima de ella. El capitán

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nos preguntó cuánto nos habían pedido los hombres por traernos a bordo y cuando le contestamos, "Tres dólares", dijo algunas palabrotas españolas, dio un fuerte pisotón, se mesó el cabello y su aspecto se tornó lo más enfadado y angustiado posible. Nos dijo, "Son unos perfectos ladrones y ustedes no tienen que pagar eso. ¡Los muy bandidos!" y otras frases por el estilo. "Incluso un dólar es demasiado para ellos." Un acuerdo es un acuerdo y como habíamos aceptado pagar los tres dólares que el Sr. Turnbull había convenido, no queríamos negarnos a ello, pero nuestro honrado capitán simplemente rehusó dárselos a aquellos hombres. De mala gana y murmurando maldiciones y amenazas, finalmente consintió en darles dos. Nosotros estábamos abajo en el camarote durante su conversación con los barqueros y podíamos oírle sobre la cubierta ordenándoles que abandonaran su barco porque no eran más que unos ladrones y tramposos.

Nos encontrábamos en el paraíso, a pesar del balanceo del barco, ya que no sólo disponíamos de un camarote principal sino que además había uno pequeño para nosotros solos, que contenía un par de literas, con colchones y ropa de cama, además de otros lujos menores que la mayoría de la gente consideraría indispensables.

Lunes, 8 de octubre. Cuando nos despertamos esta mañana, esperábamos estar ya en La Palma, o al menos, casi llegando. Por lo tanto sufrimos un gran desengaño al descubrir que nos encontrábamos a sólo unas millas de Tenerife. El viento había desaparecido y estábamos flotando perezosamente de un lado a otro llevados por la corriente. El capitán, Don Fernando Cabrera López, fue muy amable y nos obligó a comer, quisiéramos o no, y no nos pesó ahorrar energía permaneciendo tendidos y sin movernos, ¡pasamos el día comiendo y durmiendo!

Martes, 9 de octubre. Aún no hay viento. Estamos a unas quince millas del Puerto de la Cruz, cuyas casas podemos ver. Podríamos estar tranquilamente en tierra en lugar de balanceándo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nos aquí, sin hacer nada. Alrededor de la una se levantó una brisa y la esperanza llenó nuestros corazones, pero era muy débil y además venía mal. Apartando nuestra mirada de las olas inquietas y de la inmutable costa, estudiamos a nuestros compañeros de a bordo. Los hombres eran muy gallardos, con un buen físico y, en la mayoría de los casos, apuestos. El capitán era alto, ancho de espaldas, amable y con un rostro bueno, aunque no apuesto. Tenía un magnífico perro de Terranova a bordo que generalmente lo acompañaba en sus viajes a Cuba, también una perra manchada de pura raza (dálmata) y cuatro cachorros negros, que habían salido al padre, en lugar de a la madre, en su apariencia. La pobre madre sólo tenía tres patas y con ellas cojeaba por la cubierta.

El *Matanzas* es un bergantín de doscientas cuarenta y tres toneladas. Don Fernando, que no esperaba gastar tanto tiempo entre el Puerto de la Cruz y La Palma, no había aprovisionado comida fresca para tantos días por lo que nuestra cena de hoy eran arenques crudos, sardinas y melocotones en lata.

Al atardecer nos sentamos sobre cubierta en la popa, que, después de las goletas pequeñas y sucias en las que habíamos estado, nos parecía grande y limpia. Otra ventaja era que, salvo por las ocasionales visitas del capitán, estábamos a solas. Olvidé decir que había dos tortugas en una bañera que compartían la popa con nosotros, pero fueron unos compañeros silenciosos. Don Fernando se sentó con nosotros y nos habló sobre La Palma, las Antillas, su esposa y sus niños y sobre otros temas. Nos dijo que su barco puede transportar hasta cuatrocientos emigrantes. Los lleva a Cuba o Venezuela y les cobra diecisiete o dieciocho dólares a cada uno por el viaje.

El mar estaba en calma, aunque se sentía un ligero balanceo, debido al oleaje atlántico normal. La noche era muy agradable y la luna, brillando sobre el agua, trazaba un sendero angelical que conducía al paraíso. No nos importa tener que descansar así en medio del océano; realmente no nos queda otro remedio ya que, hasta que el viento sople, el barco no puede avanzar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Le preguntamos a Don Fernando cómo se llamaba el terranova y, al principio, no lográbamos comprender que su nombre fuese *Dog*, con la *o* alargada al pronunciarla. Los marineros le habían dado ese nombre al escuchar a los marineros ingleses llamándolo "the dog".[4]

Miércoles, 10 de octubre. ¡Al capitán se le ocurrió esta mañana que quizás querríamos lavarnos! Para ello puso su camarote, el único que poseía un lavamanos, a mi entera disposición. El médico bajó y mezcló un poco de agua de Florida con el agua de la palangana, un detalle delicado, pero que no hacía ninguna falta ya que había estado sin agua desde el domingo. Pensé que un cepillo de baño me habría venido mejor. John se afeitó, pero cuando empezó, el capitán al ver lo que estaba haciendo, ¡envió al médico para que lo afeitara! Como prefería ser su propio barbero, ¡el médico insistió en sostenerle el espejo al menos!

De madrugada tomamos café con galletas, como de costumbre, y subimos a cubierta alrededor de las 6 a.m. Descubrimos que el *Matanzas* seguía a la deriva, con Tenerife por el costado de babor y la más absoluta calma aún. Una densa masa de nubes blancas y compactas se extendía desde el mar hasta la mitad del Pico, de modo que la cima parecía una isla suspendida en medio del aire.

Están lavando las cubiertas, o mejor dicho, un muchacho arroja un cubo de agua y dos hombres con escobas de hoja de palma, en lugar de cepillos o escobas duros, le hacen cosquillas a la cubierta. Los pedacitos de cáscara de naranja que había ayer metidos en las esquinas, continúan tranquilamente en sus rendijas después de la operación. Las cortezas de manzana que han rodado hasta depositarse cerca de la borda descansan allí inmóviles. Si pensamos que hay media docena de perros, dos gatos y una tortuga sueltos sobre cubierta, es fácil imaginar lo limpias que pueden estar normalmente las tablas.

---

4 "Perro", en inglés, es "Dog", de ahí que los marineros ingleses se refirieran a él como "the dog", "el perro". *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El terranova, desplazado por el proceso de limpieza, se coloca en la popa, donde, después de rascar la cubierta durante unos segundos como lo hacían sus antepasados de la pradera, se hace un ovillo al sol. La dálmata, a quien sus cuatro cachorros han mantenido despierta toda la noche, intenta descansar, pero un diablillo negro, muy parecido al padre, está muy despierto y quiere jugar, así que ambos terminan jugando a gruñirse mutuamente. Las tortugas están ocupadas divertiéndose en el barril, mordiéndose juguetonamente con sus picos de loro hasta que un muchacho las alimenta con pedacitos de carne cruda.

Habíamos derivado más al norte durante la noche, así que ahora tenemos La Palma, La Gomera y Tenerife todas a babor mientras el *Matanzas* avanza hacia el oeste. Poco después un buque de vapor, de camino a La Palma, nos adelanta con molesta rapidez mientras que nuestras velas se agitan inútilmente. Las provisiones están disminuyendo en calidad, aunque no en cantidad, y son enlatadas y de lo más común. Las aves de corral están cada vez más flacas y van desapareciendo, afortunadamente. No hay peligro de morirnos de hambre pero lo que nos ofrecen es demasiado variado. Hoy el desayuno consistió en galletas, queso, arenques ahumados, judías negras con arroz, sardinas, arroz con un trozo de tocino salado, una tortilla hecha con huevos, patatas en rodajas y trozos de jamón –que llaman *tortilla de jamón*[5]–, salmón en pasta, patatas sin pelar, pescado salado y vino. El menú es extenso pero a muchos no les atraerían estos platos, por muy variados que sean. Nosotros teníamos hambre, así que disfrutamos de la comida inmensamente. El *comedor* es un camarote pequeño, en realidad es sólo el pasillo en cubierta que está sobre el que, debajo, conduce al camarote, ya que el salón inferior no lo utilizan para las comidas. El espacio libre es limitado ya que el capitán, el médico y tres o cuatro suboficiales se alojan todos en él. Alegué que tenía miedo de marearme si entraba y me senté afuera, con una silla haciendo de mesa. No había vasos o copas así que pasa-

5 Véase el Apéndice.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ron el porrón de vino para que bebiésemos por turno. Los hombres lo hacían de un modo curioso. El porrón tenía dos bocas: una, un pitón muy estrecho por un lado, y la otra, mayor, en la parte superior, algo parecido a una tetera. Se quitan ambos corchos, el porrón se mantiene encima de la cabeza, a unas seis pulgadas de la boca, dejando que el chorro de vino salga por el pitón estrecho y caiga en la garganta. Hace falta práctica para lograrlo sin dejar caer ni una gota, pero los hombres siempre lo lograban.

Me pasé todo el día sentada sobre cubierta haciendo punto la mayor parte del tiempo. Los marineros estaban muy interesados en mi trabajo, hasta el extremo de venir a popa sólo para observarme. Almorzamos galletas del barco y naranjas. El español que el capitán también aceptó como pasajero ha estado acostado en su litera durante todos estos días espléndidos, acompañado solamente por su palangana. No hubo manera de convencerlo para que subiera a cubierta. Hoy, por fin, el capitán y el médico lo medio arrastraron hasta arriba. Sin embargo, sólo se quedó unos cinco minutos y, a pesar de los intentos de todos por convencerlo, bajó de nuevo a su sofocante camarote y no volvió a aparecer hasta que echamos el ancla en Santa Cruz de La Palma.

Como de costumbre a bordo de un barco, no hay mucho en qué pensar aparte de la comida, de modo que nos alegró descubrir que era la hora de la cena otra vez. El capitán nos ofreció primero un poco de queso americano y galletas secas y un poco de arenque crudo, y para nosotros un poco de salmón en pasta; también me puso delante una lata de sardinas especialmente para mí. A esto siguió un puchero, con trozos de carne salada, después pollo, asado con manteca o aceite, con patatas, y algo dulce a base de gofio y melaza, de postre. Mi bebida eran las naranjas, de las que el capitán me mantiene bien abastecida, al ver que no siempre tomo vino.

Después de la cena nos sentamos a popa y disfrutamos de una magnífica puesta de sol ya que las luces que inundaban el cielo tenían unos colores fantásticos. En aquel momento pensamos que los cambios y las increíbles combinaciones tenían un ori-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gen local, pero muchas semanas después descubrimos que en todo el mundo aquel resplandor crepuscular era motivo de comentarios y sorpresa y que la ciencia no había sido capaz de ofrecer ninguna explicación. El ocaso se fue debilitando, aunque dio paso a la luz de una luna que iluminó todo el mar maravillosamente. El capitán esperaba que, con la puesta de sol, se levantase una brisa y maniobró las velas, a un lado primero y luego a otro hasta que, descubriendo que era inútil, ordenó finalmente que arriaran la vela mayor completamente.

"Día tras día, día tras día,
Estuvimos parados, sin aliento ni movimiento,
Inmóviles como un barco pintado
Sobre un océano pintado."

Jueves, 11 de octubre. Esta mañana seguimos sin haber avanzado nada. Aún flotamos ociosamente en medio del Atlántico. De hecho, vamos a la deriva más hacia el norte ya que durante la noche los marineros divisaron la luz de la Punta de Anaga, en el extremo norte de Tenerife. A las 6 a.m. llovió fuertemente. Ahora la mañana está gris y podemos distinguir algo de nieve en el Pico. La temperatura a las 8:30 era de 73° F (22,8° C).

Nuestra cantina ha despertado curiosidad a bordo, de modo que la subimos esta mañana para enseñársela a la tripulación, y después los muchachos quitaron el tizne a la cacerola y a la tetera y dieron una friega general.

Dos peces aparecieron repentinamente a popa, y todos anticipamos que habría pescado fresco para desayunar. Se sacó un sedal pero el agua estaba demasiado transparente así que se utilizó un palo largo para agitar la superficie y, por fin, pescaron uno. Tenía el tamaño y la forma de un salmón de unas cinco libras, aunque un poco más grueso y más oscuro. El color era muy bello, amarillo y azul, de donde le venía el nombre: *dorada*. El otro pez, al ver la suerte de su camarada, se alejó de inmediato. Después desayunamos. Nos dieron galletas y, por supuesto, nada de pan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Hoy nos sirvieron habas en lugar de judías negras en una especie de caldo espeso, pollo estofado con patatas (el primero duro, como de costumbre), arenque crudo, pescado salado con patatas cubiertas de aceite, nuestra *dorada* fresca, sardinas, unas naranjas enormes y galletas de jengibre.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LA PALMA • ARGUAL • LA CALDERA

XVII

¡Cómo avanzamos serpenteando por el denso bosque,
Con todas sus amplias ramas cubiertas de verde,
Con liquen y musgo colgando entre ellas!

JOAQUÍN MILLER

Prefiero montar un burro que me lleve, que un caballo que me tire.

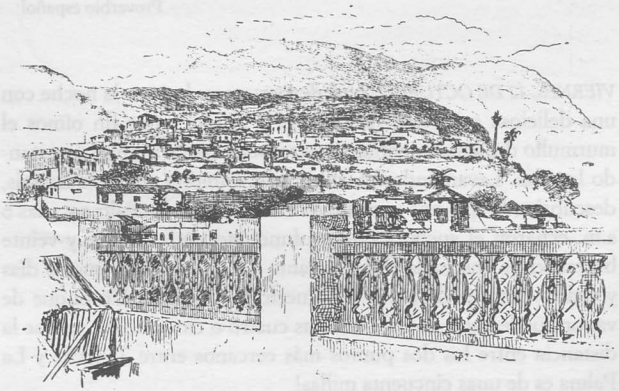
Proverbio español

VIERNES, 12 DE OCTUBRE. Nos despertamos durante la noche con una deliciosa sensación de bullicio a bordo y por fin oímos el murmullo del agua mientras nuestro buen barco avanzaba cortando las olas. Levantándonos, subimos a cubierta antes de las seis, descubriendo que nos encontrábamos cerca de La Palma y a las 6 a.m. echaron el ancla, a una profundidad entre quince y veinte brazas, en la ensenada frente a Santa Cruz, la capital, cuatro días y cuarto después de partir del Puerto de la Cruz. ¡Un buque de vapor puede hacer el viaje en unas cuatro o cinco horas, ya que la distancia entre los dos puntos más cercanos entre Tenerife y La Palma es de unas cincuenta millas!

Santa Cruz de La Palma o, como la llaman invariablemente por toda la isla, La Ciudad, se encuentra sobre una ladera inclinada, con sus casas blancas, de azoteas, elevándose unas sobre otras, agrupadas al pie de las montañas. Se ha comparado su emplazamiento con Funchal, en Madeira, pero allí las montañas se elevan más abruptas sobre la ciudad que en La Palma. Desde el mar la ciudad parece extenderse al pie de las montañas –que realmente se encuentran en el centro de la isla– y entre dos riscos verticales. El terreno baja en pendiente hacia el mar y las casas suben por ésta en grupos diseminados. Hacia el sur hay numerosas casas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

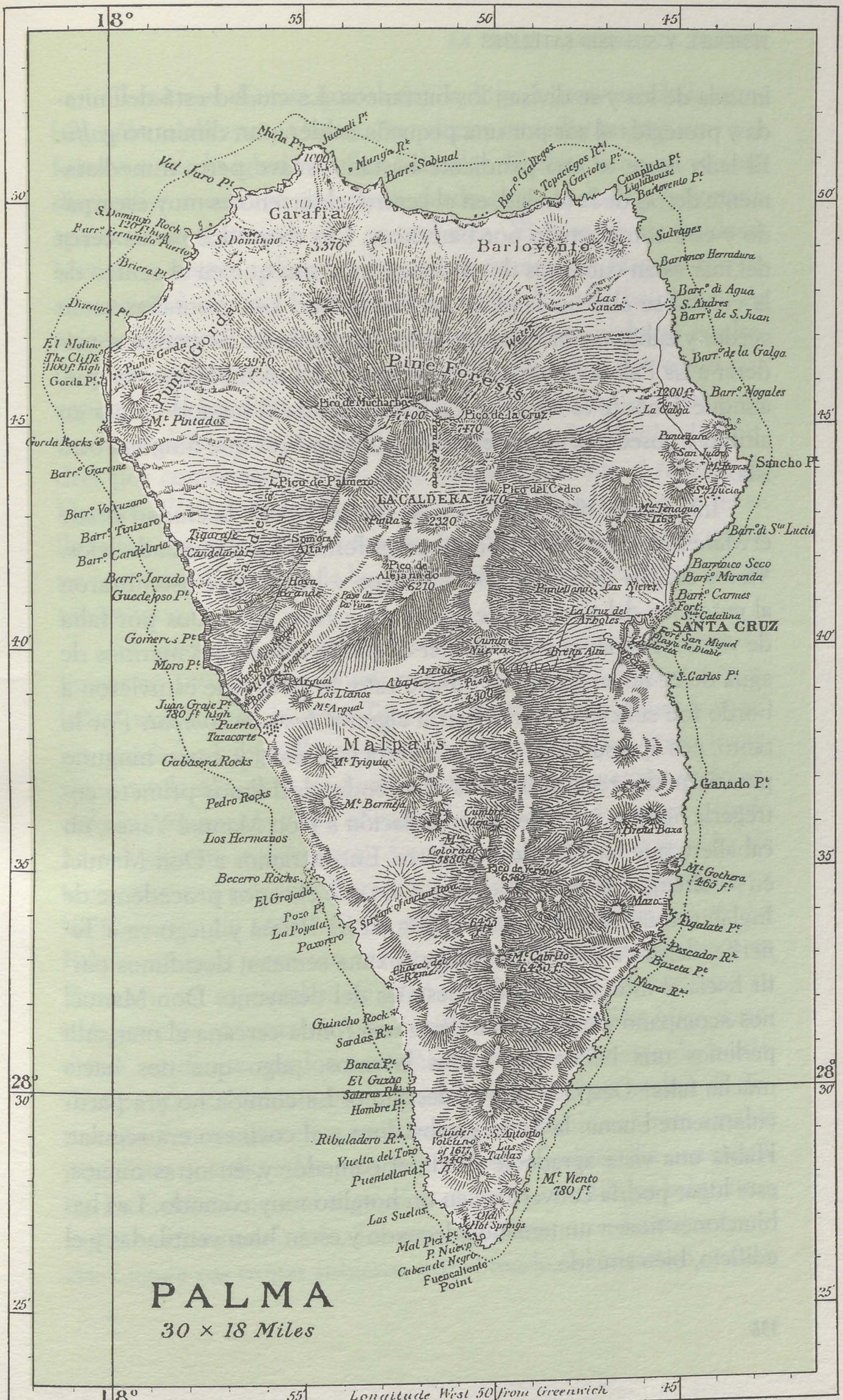
blancas aisladas cubriendo bastante densamente el terreno, en el declive existente entre las montañas y el mar, mientras que los numerosos montículos creados por las erupciones le dan un carácter único al paisaje surgiendo, como lo hacen, entre cultivos de todas clases. Hacia el norte, la cadena principal de montañas se eleva más escarpadamente. Hay árboles y verdor por doquier. Todavía es demasiado temprano, por lo que las neblinas no han desaparecido de las montañas. Aunque mientras escribo el sol toca el borde más bajo de la niebla que se encuentra a mitad de la ladera



SANTA CRUZ, LA PALMA

y, formando un arco iris, se mezcla con la franja de sol, atraviesa los verdes bosques y, junto con las casas blancas que jalonan la tierra roja, produce una masa de color brillante y atractivo. Cuando el sol brilla en lo alto, lo hace detrás de la neblina y destellando a través de ella en una franja horizontal, a mitad de la montaña, que produce un efecto curioso. La mitad inferior de la isla está despejada aunque en sombra, la superior cubierta por neblina y, entre las dos, una franja de luz. Poco a poco, el fondo se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024



"Tenerife and its Six Satellites."

M.W. & Co. Lº

inunda de luz y se divisan los barrancos. La ciudad está delimitada y protegida al sur por una pequeña caldera, un diminuto *golfo*. El lado norte es una pendiente bastante suave pero, inmediatamente detrás de la ciudad, en el centro, el terreno es muy escarpado y está entrecortado por barrancos. Los desnudos riscos cerca del mar están cubiertos de cardones, mientras que en el centro de la ciudad se alza un farallón perpendicular. Las montañas están verdes y cubiertas de bosques hasta las cumbres. Se puede considerar a La Palma como las "tierras altas" del archipiélago, ya que, aunque Tenerife es más alta, La Palma ocupa el segundo lugar en altitud y posee una mayor extensión de cumbres que ninguna otra isla.

Intentamos obtener un par de fotografías de la ciudad desde el *Matanzas*, pero nos encontrábamos fondeados demasiado lejos. Varios amigos de los oficiales subieron a bordo y se asombraron al enterarse del tiempo que habíamos estado detenidos por falta de viento. Había un poco de mar de fondo así que los marinos de agua dulce no se quedaron mucho rato: lo poco que estuvieron a bordo fue suficiente para dejar a algunos *hors de combat*. Por lo tanto, nos apresuramos a bajar a tierra con ellos, y, como ninguno parecía poder recomendarnos una fonda, decidimos primero entregarle nuestra carta de recomendación a Don Manuel Yanes, un caballero que ha visitado Inglaterra. Encontramos a Don Manuel en su oficina y, al enterarnos por él de que el vapor procedente de Inglaterra, que primero hace escala en La Palma y luego va a Tenerife, llegará a principios de la próxima semana, decidimos partir hacia el interior de la isla después del desayuno. Don Manuel nos acompañó amablemente hasta una fonda cercana al mar. Allí pedimos una habitación y nos lavamos, ¡algo que nos hacía mucha falta! Después vino el desayuno. La comida no era particularmente buena, la carne estaba dura y el cocinero era regular. Había una vista agradable desde el comedor y, en otras manos, este lugar podría convertirse en un hotelito muy cómodo. Las habitaciones tienen un tamaño adecuado y están bien ventiladas y el edificio, bien situado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Como nos dijeron que el viaje a Argual, atravesando la cumbre, sólo tarda cuatro horas, no salimos inmediatamente sino que fuimos a ver la iglesia de San Salvador. El altar tiene un curioso dispositivo mecánico que eleva, desde atrás, el dosel y la cortina, apareciendo entonces dos querubines. El piso es de baldosas blancas y negras colocadas formando cuadrados. Hay un retrato excepcional de San Pedro, con un gallo. La pila bautismal, de mármol blanco, es enorme y descansa sobre un pedestal cuadrado. Nos aseguraron, sin lugar a dudas, que tanto ésta como una capa pluvial bordada y hecha a mano en Inglaterra, que nos mostraron, habían sido traídos de la catedral de San Pablo de Londres por comerciantes en el siglo dieciséis, durante el reinado de Enrique VIII; coincidiendo la época de la Reforma con la de su llegada a La Palma. Sin embargo, los que nos mostraron la iglesia no nos dijeron que la pila bautismal que vimos fuese de una fecha tan antigua.

Se recordará que fue Alonso de Lugo quien conquistó La Palma en 1492, tardando seis meses en someter a los heroicos isleños, tras lo cual invadió Tenerife. Tanto los portugueses como los españoles habían llevado a cabo con anterioridad varias incursiones en la isla, pero sin mucho éxito ya que los nativos se defendían valientemente y con eficacia. Sin embargo, de vez en cuando hacían algunos prisioneros. Azurara, que narró la conquista de Guinea por el príncipe Enrique el Navegante y una expedición a las Canarias en 1448, afirma que la población masculina de La Palma en aquel momento era de quinientos. Lugo desembarcó en Tazacorte en septiembre de 1491, desde donde, tras fortificar su campamento y construir una capilla en honor a San Miguel, sometió, mediante regalos y promesas, la zona suroeste de la isla. Diríase que los habitantes de la zona norte estaban hechos de distinta madera ya que ellos resistieron, pero, debido al trato amable y juicioso que dio a los prisioneros, Lugo también los conquistó. En La Caldera, sin embargo, sí se enfrentaron. Allí los habitantes, capitaneados por su jefe, Tanausú, opusieron una fuerte resistencia. Lugo y sus tropas subieron por el fondo del barranco conoci-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do en la actualidad como barranco de las Angustias. Fueron derrotados pero, finalmente, Tanausú, reconociendo que se encontraba atrapado, aceptó rendirse, pero en condiciones honrosas. Sin embargo, por un error sobre la hora en que debía llevarse a cabo la rendición –un malentendido que los españoles aprovecharon inmediatamente– se reanudó el combate y Tanausú fue hecho prisionero el 3 de mayo de 1492. El rey Tanausú, que acusó a Lugo de romper su promesa, fue enviado junto con algunos otros a España como trofeos de la conquista aunque, siendo demasiado nobles para soportar el cautiverio, se dejaron morir de hambre durante el viaje. Los palmeros asestaron un nuevo golpe a favor de su libertad mientras Lugo se encontraba en Tenerife pero, cuando éste envió a un tal Talavera con algunos soldados, algunos de los nativos se unieron a los españoles y ayudaron a someter a los demás. Hubo mucha sangre y, tras la ejecución de los jefes y cabecillas, la isla fue finalmente, y para siempre, sometida.

Saliendo de San Salvador, fuimos a ver el telar de seda más antiguo que queda en la isla. La Palma solía ser famosa por su artesanía de seda pero en la actualidad existen pocos telares, ya que la importación de seda confeccionada a máquina en Europa ha reemplazado la producción de los telares manuales de la isla. Cuando visitamos este telar estaban tejiendo una bufanda o fajín de seda de doce pulgadas y media de ancho. Los fajines tienen cuatro yardas de largo y el precio varía entre dos y cuatro dólares cada uno. El que estaba en el telar tenía un tono magenta, un color nada atractivo a nuestros ojos. Era imposible conseguir colores rojo o escarlata puro.

En la calle principal vimos una pila de almendras dulces, de unos dos pies de alto, colocado a un lado de la calle. Se les había quitado la cáscara y estaban preparadas para su exportación. Su comercio está bastante extendido. Como estábamos a punto de partir, compramos algo de pan para mantener alejada el hambre porque no sabíamos cuándo conseguiríamos algo de comer. Tam-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

bién compré lana de Berlín,[1] muy cara, e hicimos que nos reparasen la grupera que se había roto en El Hierro. Detalles como éstos, aparentemente triviales, son puntos realmente importantes que hay que tener en cuenta en estas islas antes de salir de una ciudad hacia el campo.

Como nuestras mulas estaban listas, salimos a la 1:50 p.m. hacia Argual. Entrando por una calle lateral, pronto alcanzamos la única carretera existente en la isla, que sube desde la ciudad hasta por encima de la pequeña caldera con vueltas, como un sacacorchos, a lo largo de unos siete kilómetros. Teníamos una vista excelente de la bahía curva, con su playa negra y sus olas de un blanco reluciente, y de varias goletas fondeadas, a unos 225 pies por debajo de nosotros. A lo lejos, en la cúspide del cielo, podíamos distinguir la parte alta del Pico, y el resto de Tenerife completamente oculto. En el mojón de los tres kilómetros nos encontrábamos a 450 pies sobre el nivel del mar. La carretera ha sido bien diseñada y construida, la subida es gradual y con vueltas bastante amplias. El día es fresco y el cielo está nublado, como un día de verano en Inglaterra. Nuestros arrieros –solamente tenemos dos– llevan pértigas, la inevitable *lanza* que llevan todos los isleños. La punta de cuerno en el extremo de apoyo de la pértiga que usaban los guanches ha sido sustituida en la actualidad por una punta de hierro. La única diferencia en la ropa con la de otras islas es la gorra, que es muy curiosa y propia de La Palma, aunque en Lanzarote llevan una algo parecida. Es ajustada, fabricada con tela azul y roja y bordeada de amarillo. Tiene muchos picos o, más bien, puntas y nunca se lleva sobre la cabeza de la forma que parecería correcta, sino elegantemente ladeada. Los mantos los llevan aquí de forma muy similar a como lo hacen en Tenerife. En ciertas zonas de La Palma, el traje típico se usa más que en cualquiera de las islas. Esto puede deberse a lo alejada que está la isla o porque, como resultado de la clemencia mostrada por Lugo, queda aquí más sangre guanche pura y, por lo tanto,

1 Lana de color para tejer, muy apreciada. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

también sus costumbres que en aquellos lugares donde el número de nativos disminuyó notablemente debido a la guerra.

Zonas de hierba realmente verde alegran y descansan nuestra vista. Después de La Gomera, La Palma es la isla más bella. De hecho, a veces dudo sobre cuál realmente es la más atractiva, pero generalmente termino decidiendo que La Gomera es la "joya del océano". Su belleza está más concentrada que la de La Palma, sin embargo no ofrece un paisaje tan magnífico como el que La Palma posee dentro de la Caldera y en sus alrededores.

GORRA DE CAMPESINO, LA PALMA

En el kilómetro quinto nos encontrábamos a 725 pies de altitud y eran las 2:30 p.m. El terreno sube con una ligera pendiente desde el mar, está completamente cultivado y en diversos puntos no necesita muchos bancales. Mirando hacia el este, vemos el Pico de Tenerife, aún con el aspecto de una isla fantasma, en medio del cielo.

En La Cruz de los Árboles, donde hay algunas casas, abandonamos la carretera para ir por el camino más viejo y más corto. Cerca de una venta volvimos a cruzar la carretera y subimos por un camino, parecido a los de Devonshire, entre muros altos y bordeado con morales y castaños. Más allá, otro muro alto y, al otro lado, unas zarzamoras en un talud nos recuerdan a muchos lugares de Inglaterra. Algunos cactus destruyen, sin embargo, esta impresión.

Nos cruzamos con dos muchachos que guían unos bueyes y llevan sombreros y delantales cortos de cuero (*samarrones*), con esquinas redondeadas. Estos delantales, que lleva la mayoría de los habitantes de La Palma y que son una característica distintiva de sus trajes, son de piel de oveja. Cortan la piel de las patas traseras y la unen a la piel de las patas delanteras del animal, haciendo que así sea lo suficientemente larga para rodear el cuello de los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hombres. Al principio parece que todos son herreros, hasta que uno se da cuenta de que los delantales de cuero son parte de la ropa habitual.

Después llegamos a un sendero como los de Surrey,[2] junto al cual había una casa a la que se accedía por una avenida de vides. Los matorrales y el brezo, que es un tipo de matorral, comenzaron a aparecer a los 1.350 pies. Tanto las casas como los terrenos son buenos y parecen pertenecer a gente acaudalada. Algunos pies más arriba, a las tres en punto, nos detuvimos en un claro de hierba para tomar algunas fotos de la zona. Frente a nosotros se encuentra el Pico, siempre presente; abajo, a la derecha, está el caserío de Breña Alta, al otro lado de un pequeño desfiladero cubierto de árboles. La tierra que se encuentra inmediatamente debajo de nosotros posee una pendiente suave, formando casi una meseta, hasta terminar en un montículo elevado, el volcán que hay por encima de La Ciudad. Nuestro arriero, al ver que nos detenemos durante unos minutos, saca una hoja de tabaco de su bolsillo y se dispone a fumar. Resulta extraño ver que utiliza una hoja completa. La había cultivado en casa y aparentemente no había sido fermentada. Hacia el norte, el pueblo de Puntallana está situado al abrigo de la ladera. Sólo perdimos quince minutos con nuestra parada. Tras bajar por un lado de una cañada y subir por el otro, lleno de plumosos brezos y castaños, nos detenemos en una pequeña venta. Hay varias mujeres por allí y todas llevan sombreros de paja redondos, absurdamente pequeños, en la cabeza y sobre el pañuelo, una moda posterior y muy poco atractiva que se estila cerca de la capital. Una mujer sale de la venta con una lata de leche caliente y yo me tomo un vaso mientras John y el hombre beben vino de la isla. Un par de muchachas, una con ojos azules y castaños la otra, pero ambas con pelo claro, nos observan, tímida aunque fijamente y nada conscientes de la atractiva estampa que forman. Dirigiendo nuestras mulas hacia arriba, pasamos por bosques de altos castaños, laureles y brezo, y el camino

2 Condado muy verde, al sureste de Londres. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

serpentea, empinado, a través del bosque. Descubrimos que íbamos demasiado aprisa para la mula de carga y nos detuvimos a los 2.350 pies a esperarla. Nos encantaría demorarnos largo tiempo a la sombra de los castaños, mirando las colinas cubiertas de verde pero, como el tiempo pasa y nuestra mula acémila ya había llegado, continuamos subiendo una vez más. Fue nuestra última ocasión, durante algún tiempo, de admirar la vista porque casi inmediatamente penetramos en las nubes y todo desapareció. Los bosques con su exuberante follaje y maleza, la humedad de las nubes condensada sobre las hojas y goteando, dándole a todo un toque verde brillante, nos recuerdan a Irlanda. Finalmente alcanzamos la cumbre de El Paso, a 4.300 pies de altitud según nuestro aneroide,[3] a las 4:50 p.m. La vista debe ser grandiosa pero las nubes lo ocultan todo. En el momento justo en que estábamos buscando con desesperación a nuestro alrededor un claro en la neblina, ésta desapareció y pudimos ver, abajo, al oeste, un llano de tierra bien cultivada. El descenso parecía abrupto y desde el fondo hasta el mar todo estaba casi al mismo nivel. Ningún valle o montaña nos limitaba la vista, que no puede compararse en belleza con la del paso en La Gomera desde donde dominamos Hermigua. Pero los árboles o el verdor de cualquier tipo son siempre hermosos y aquí hay más cultivo porque la configuración del terreno y la tierra son muy apropiados para la agricultura. No nos demoramos en la cima porque ya era tarde, sino que bajamos a través de un bosque de pinos y a lo largo de una hilera recta de pinos, al final de la cual descubrimos una capilla pequeña sobre una meseta. El Pino de la Virgen es un edificio cuadrado construido de piedra corriente y sin puerta. En lugar de encontrarnos cerca del nivel del mar, como esperábamos, descubrimos que aún estábamos 2.500 pies por encima de él. Sin embargo, el declive era tan suave que bajamos trotando rápidamente por el cauce del barranco que, al estar formado por muchas piedras pequeñas, era como una buena carretera. El sol caía ahora rápidamente y, como cuando se pone,

3 Vidal señala esta altitud en su tabla como de 4.640 pies.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cae la noche sin crepúsculo, esto nos obligaba a darnos prisa porque aún nos encontrábamos a bastante distancia de Argual. Pasamos cerca de algunas casas junto al barranco que, según nuestro guía nos dijo, se llaman Las Cuevas.

Partimos esta mañana, muy a pesar mío, habiéndole colocado a la mula una brida española, o *cabestro*, que en realidad sólo es una cabezada. Una pieza semicircular de hierro encaja sobre el hocico y debajo lleva dos trozos rectos de hierro, uno de los cuales pasa por una anilla que hay en el extremo del otro y va unido a una única rienda. Esta rienda está hecha a veces de cuero, pero la de mi mula es una cadena de hierro, que llega casi hasta la silla, donde va sujeta a un trozo de cuerda para poder agarrarla con la mano. Debido a la cadena de hierro, la rienda es tan pesada que tengo que enrollar la cuerda alrededor de mi mano, dándole vueltas para impedir que se me resbale y la pierda completamente. Esta clase de bocado es un freno muy eficaz ya que, cuando se tira de él, oprime el hierro sobre los ollares y detrás de la boca, impidiendo que el animal respire. Es totalmente innecesario, excepto en caballos sin domar, y cruel porque el hierro descarna la piel y generalmente produce una herida continua en el hocico. No es apropiado para cabalgar velozmente ya que cuando un caballo tropieza de nada sirve intentar levantarlo tirando de las riendas, más bien todo lo contrario. Yo tuve que sufrir las consecuencias ya que, como estábamos cabalgando a un trote muy rápido, mi mula tropezó y yo, instintivamente, tiré de la rienda, pero el animal cayó y salí despedida. Afortunadamente se quedó quieta en el suelo y pronto pude zafarme. John iba delante y el arriero detrás, y ambos se acercaron a toda velocidad, a través de una oscuridad cada vez mayor, creyendo que iban a encontrarse con toda clase de desgracias. Sin embargo, se quedaron afortunadamente tranquilos porque ni siquiera estaba conmocionada y me sentía como si no me hubiera caído en absoluto. Volviendo a montar, seguimos cabalgando, quizás con un poco más de cuidado. Pasamos varios caseríos, dos de ellos llamados "Arriba" y "Abajo", referidos al paso, y también otro, Matamar, pero no pu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dimos ver cómo eran ya que ahora estaba todo oscuro, a excepción de una débil luz de luna. Lo que en la oscuridad parecían un muro y un puente largos resultaron ser, al inspeccionarlos más de cerca, una acequia. La acequia tenía exactamente el ancho del muro y era cubierta. Lleva agua a Los Llanos. Poco después llegamos a este pueblo, un lugar limpio, con casas bastante buenas y un par de plazas; la más cercana a la iglesia con bancos. Nuestro destino se encontraba aún más allá ya que teníamos una carta de presentación para Don Miguel de Sotomayor y Fernández, que vive en Argual junto con su hermano, Don Manuel. El camino que llevaba a sus casas discurría junto a una acequia, mucho mayor que la de Los Llanos, de la cual goteaba agua sobre la orilla del camino, haciendo que creciera un talud exuberante de helechos y flores silvestres. Esta acequia fue construida por la familia Sotomayor, con dinero propio, para que la usase la gente de sus tierras y para regar.

Todo estaba bastante oscuro cuando cruzamos a caballo una puerta y un gran patio cuadrado hasta llegar a la casa de Don Miguel. Nos condujeron a su despacho, mientras le hacían llegar nuestra carta. Poco después entró y, tras una conversación de unos minutos, nos llevó a la casa de su hermano y hermana, al otro extremo del patio. Nos recibieron con enorme hospitalidad y, poco después, cenamos. Los habitantes son muy amables al recibir así a desconocidos y existen pocos países que estén tan bien dispuestos. Encontramos mucha hospitalidad sincera. Frecuentemente llegábamos tarde por la noche a casa de un desconocido, a veces con una carta de presentación y otras veces sin ninguna, y nos recibían, nos trataban con amabilidad y nos íbamos contentos. Si menciono la manera en que fuimos recibidos, nuestras habitaciones y la comida que se nos ofreció, es porque confío en que no se considerará un atentado contra tal hospitalidad, ya que sólo lo hago para mostrar las diferentes formas de vida y las diversas costumbres y hábitos que son propias de otra nacionalidad.

Los Sotomayor son una de las familias españolas más antiguas, forman parte de la verdadera aristocracia del archipiélago y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

se encontraban entre los primeros colonos que se asentaron aquí, llegando de España con Juan Rejón antes de la conquista. Un tal Don Alonso Jaimes (¿Yanes?) de Sotomayor fue el abanderado de Pedro de Vera, el conquistador de Gran Canaria y cuñado de Juan Rejón. En la actualidad son dos hermanos los que poseen y administran las extensas propiedades. Dan trabajo a un considerable número de personas, porque cultivan caña de azúcar, té, café, viñas y tabaco, además de los alimentos necesarios para la vida diaria. Don Miguel nos señaló una fruta que, según nos dijo, era nueva en las islas, llamada *sandía*. Es como un melón, pero rosa por dentro y tiene semillas negras. Por más que disfrutaba conversando con nuestros anfitriones, me alegré cuando sugirieron que nos debíamos ir a acostar, ya que estaba muy cansada. Nos condujeron a una habitación en el piso bajo, en la que había cuatro camas en fila. Se nos proporcionó de todo, ¡incluso colonia, pomada aromática y cepillo de dientes! Encontramos provisiones semejantes para los viajeros en muchas casas, especialmente entre las clases altas de modo que, evidentemente, es habitual.

Generalmente los españoles viajan con poco equipaje, o ninguno, evitando así tener que usar un caballo de carga. Por supuesto que es más caro viajar con equipaje, pero me temo que los ingleses no podríamos hacerlo de otra manera. Pensamos, de hecho, que solamente llevábamos con nosotros lo mínimo para subsistir y que habíamos economizado mucho ya que necesitábamos sólo una mula para el equipaje. Me temo que nuestros amigos españoles no pensaban lo mismo.

Padecía mucho con unas ronchas producidas por el sol que me salían sobre todo en las manos; por la noche me escocían tanto que casi no podía dormir. Don Manuel las notó y me ofreció un líquido refrescante y una pomada para curarlas. Me alegró enormemente recibir su medicación. Su esposa se rió y me dijo que era el médico apañado de todo el vecindario, cosa que creo será muy necesaria ya que el médico más cercano vive en La Ciudad. El tratamiento de Don Manuel resultó muy eficaz.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Sábado, 13 de octubre. Esta casa se encuentra a 850 pies sobre el nivel del mar. La temperatura en nuestro cuarto a las 6:30 de esta mañana era de 70° F (21,1° C). Una de nuestras ventanas da a una inmensa plaza formada por esta casa, otro par de viviendas y algunas oficinas. Se parece un poco a un patio de Cambridge. En el centro hay un pequeño estanque, rodeado de piedra viva, como un roquedal, alrededor del cual crecen tres grupos de elegantes plantas de papiro. Algunas palomas, blancas y negras, revolotean y picotean grano en el suelo. Nuestra otra ventana da a un hermoso jardín, con un aljibe de cemento en el

ARGUAL, LA PALMA

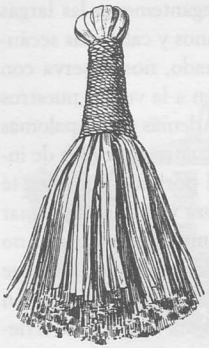
centro, que se utiliza para la irrigación y que tiene unas pilas de lavar a un lado. ¡Qué lugar más bello para hacer la prosaica colada, a la sombra de naranjos y mirtos! Abandonando nuestro dormitorio, paseamos por la casa y subimos al piso superior y, al encontrarnos con una sirvienta, le preguntamos cómo se llegaba a la azotea. Desde allí se obtenía una espléndida panorámica de las montañas. Las del lado oeste de la Caldera recorren un amplio arco hacia nuestra izquierda; forman farallones y tienen perfiles muy afilados. Cerca del mar podemos ver un camino que sube por el empinado risco en zigzag y cruza por encima de la parte

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

más baja de la pared que rodea la Caldera, y que esperamos recorrer mañana. Frente a nosotros y escondiendo parte de la Caldera –ya que forma un extremo de la pared curva que rodea al cráter– se encuentra el Pico de Bejanao. La cumbre del afilado perfil que rodea la Caldera es el Pico de los Muchachos. A la derecha de Bejanao se extiende el sinuoso llano o pendiente por el que pasamos ayer tras cruzar la cadena principal de montañas que recorre el centro de La Palma. El terreno de los alrededores está bien cultivado, sobre todo en las inmediaciones de esta casa. Hay grandes plantaciones de caña de azúcar, de aspecto verde y fresco, y numerosas plantas de tabaco que inclinan elegantemente las largas hojas verdes de sus rígidos tallos. Hay plátanos y calabazas secándose en la azotea y un mono, allí encadenado, nos observa con esos ojos semihumanos, que atraen y repelen a la vez. A nuestros anfitriones parecen gustarles los animales. Además de las palomas y del mono, hay tres perros, algunos gatos, cuatro conejillos de indias y siete pájaros en jaulas colgadas en el pórtico. Tomamos té con bizcochos esta mañana temprano y ahora vamos a desayunar ¡"cuando lleguen las mulas"! Nos pareció muy divertido que no se sirviese el desayuno hasta que llegasen los animales para que pudiésemos salir inmediatamente después, bien preparados y con fuerza para nuestro viaje del día, aunque la hora a la que los arrieros podrían llegar era algo maravillosamente incierto. Nos quedaremos otra noche con nuestros gentiles anfitriones porque queremos subir a caballo por la parte inferior de la Caldera, un trayecto que requiere muchas horas. Tras desayunar, partimos a las 9:40 pero, antes de irnos, le habíamos estado hablando a Don Miguel sobre el traje típico. Nos trajo un sombrero o gorra que se usa en una de las zonas vecinas. Está hecho de una tela tejida artesanalmente, de color castaño oscuro, casi negro, con un pico delante y un ala caída por detrás, en realidad muy parecido a un "sueste". Nos lo regaló amablemente y dijo que nos conseguiría uno de los delantales de cuero. En ese momento un hombre que llevaba un *samarrón* cruzó el patio. Llamándolo para que viniera, le pidió que nos diera su delantal, y así lo hizo, quitándoselo allí mismo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Había escrito su nombre en el reverso con tinta antes de enviar la piel a curtir, garantizando así que le devolverían la misma piel. Nuestros anfitriones nos regalaron algunas escobas de palma típicas, fabricadas con hojas de palma rajadas. Las más pequeñas, de unas ocho pulgadas de largo, se utilizan como escobillas de mano para la ropa o los muebles. Las más grandes tienen un mango clavado y son para uso doméstico. Nuestros amigos se acercaron hasta la puerta para vernos partir y Doña Antonia arrancó una hoja de palma y la sostuvo sobre su cabeza como si fuese un parasol, y muy pintoresco. Cabalgamos por unos caminos y por debajo del pueblo de Argual y, en pocos minutos, llegamos al lado este del barranco de las Angustias, por cuyo lecho avanzaron los españoles cuando conquistaron la isla. Nosotros, sin embargo, cabalgamos por la parte superior del lado este, a no más de unos 150 pies sobre el fondo. El risco opuesto está dividido en dos partes hasta una cierta distancia del mar, y la mitad inferior es escarpada y contiene cuevas. Tiene también unos cortes de lo más curioso, como si el acantilado hubiera sido seccionado de arriba a abajo con gigantescas y poderosas paletas de cortar queso. Estos cortes semicirculares comienzan y terminan abruptamente. La mitad superior de la montaña tiene una ligera pendiente al principio y en ella hay algunas casas aisladas y la tierra está dispuesta en bancales, pero la pendiente pronto se vuelve escarpada y, finalmente, vertical. Mientras avanzamos por el barranco a lo largo de un sendero estrecho a mitad de la falda, podemos mirar hacia atrás y hacia abajo, por todo el estrecho barranco rodeado de riscos, hasta el mar, donde hay una goleta fondeada cerca de la costa. El mejor puerto de La Palma se encuentra en Santa Cruz y, de hecho, Glas dice que es el mejor del archipiélago ya que un navío puede entrar y salir de él durante todo el año y su



ESCOBA DE PALMA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fondeadero es seguro. Pero en la boca de este barranco hay otro, no muy frecuentado debido a los vientos del oeste. Aquí fue donde Lugo desembarcó y la pequeña ciudad de Tazacorte se encuentra ahora en el lugar donde este famoso jefe instaló su campamento fortificado.

Mientras serpenteamos por el estrecho sendero, la pendiente bajo nosotros se vuelve escarpada, casi tanto como la de la fachada opuesta. Vemos perfectamente el estrecho desfiladero a nuestros pies por donde fluye un sinuoso arroyo, como un hilo de plata. La distancia hace que el agua parezca poca pero, en realidad, es abundante, suficiente para abastecer a Argual, donde llega por canales excavados y acequias. El fondo del barranco es de lava gris, lo que Fritsch llama piedra conglomerada de la Caldera, y ahora se encuentra a unos 1.000 pies más abajo, quedando otro tanto de precipicio por encima de nosotros en el lado que estamos. Los riscos del lado opuesto tienen unos precipicios de unos 3.000 pies de altura. De vez en cuando el aspecto vertical del paisaje cambia cuando aparece algún terreno pendiente en el lateral del risco donde, si la tierra es buena, está dispuesta en bancales y donde se aferran algunas casas de paredes blancas y tejados de teja roja. También en el fondo del barranco, a unos pies sobre el cauce, vemos una pequeña zona –que desde esta altura parece una meseta, aunque no realmente plana porque está dispuesta en bancales– cubierta de cañas y de tabaco, verde y refrescante para la vista, que contrasta con las faldas pardas de la montaña. Dondequiera que se ha acumulado tierra en los riscos, allí ha echado raíz un pino y su base está rodeada de verdor –zonas suaves y curiosamente brillantes, sobre la parda aridez de este paisaje de aspecto basáltico. Frente a donde nos encontramos hay una pequeña meseta en una vuelta del camino. Podemos ver ambos lados del barranco si miramos hacia el extremo superior. Numerosas crestas o espolones, de la cadena o anfiteatro principal de riscos que forman La Caldera, bajan hacia el centro como rayos convergentes. Las paredes de este cráter gigantesco tienen entre 3.000 y 4.000 pies de precipicio vertical antes de que apa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rezcan los espolones. Estos espolones o crestas están cortados por desfiladeros que conducen al barranco principal, que termina en el de las Angustias, por el que hemos entrado. Según Lyell, la Caldera tiene tres o cuatro millas geográficas [4] de diámetro y el barranco cuatro millas geográficas y media de largo. El agua desciende 1.500 pies desde su origen hasta la desembocadura.

Los rayos del sol pintan algunas de las crestas mientras que otras están en la sombra. Los bordes afilados de la parte alta de la pared de la Caldera están también parte en sombra y parte al sol y las nubes, suaves y blancas, se persiguen unas a otras sobre la cima. Nuestro lugar de descanso es una plataforma de roca que sobresale, un espolón que acaba de forma tan abrupta que el sendero de descenso ha sido excavado en la roca viva. Se le conoce como El Paso de las Viñas y nuestro aneroide marca los 1.400 pies [5] sobre el nivel del mar. Bajamos por un retorcido pasaje en la roca viva, como una escalera de caracol, donde el espacio entre las paredes rocosas es tan pequeño que nos parece aconsejable desmontar y caminar. Sin embargo, no es muy largo y pronto llegamos a un sendero que también desciende. Pasamos junto a un abrevadero de una yarda cuadrada más o menos, suficientemente grande para un buen baño, lleno de agua clara, limpia y deliciosamente abundante. Grandes rocas y masas de conglomerado se elevan sobre él. Me detengo para escribir y, como voy a pie, tengo que correr detrás de las mulas, que han continuado caminando. Las cuevas de las rocas junto a las que paso parecen ofrecer una tentadora protección al sol y algunas cabras han sabido aprovecharlas. Descendemos por una cresta o espolón, cuya roca está retorcida como un gigantesco nido de avispas, y alcanzamos el fondo a las 11 a.m. Un hombre en una mula, que se encontraba en el fondo, esperó hasta que hubimos bajado antes de comenzar a subir ya que el camino es demasiado angosto para poder cruzar-

4 Cada milla geográfica equivale a unas 2.000 yardas. *[Nota del traductor]*

5 Fritsch da la altura de este punto como doscientos cuarenta metros por lo que o se ha equivocado de lugar o dicha cifra se refiere a otro lugar, quizás al fondo del paso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nos. Las albardas de los animales de carga que se usan aquí no tienen puntas, como en Tenerife. El dueño de la mula lleva uno de los sombreros marrones con picos, una camisa blanca y un fajín rojo alrededor de su cintura; lleva un látigo en la mano, una especie de lanza o palo, acabado en un pincho de hierro para azuzar a los animales y para trepar. Nuestras monturas están forradas por debajo con unas almohadillas sujetas con cinta roja que, con las cinchas bordeadas de rojo, contrastan llamativamente con el pelaje castaño oscuro de las mulas.

Tras cruzar la parte inferior del barranco, subimos por un espolón rocoso del otro lado, el oeste, desde donde podemos ver la acequia que discurre a lo largo del lado que acabamos de abandonar y que traza una línea recta hasta Argual. Glas afirma que los habitantes no querían utilizar esta agua, porque la consideraban "insalubre, por estar contaminada por otra agua, perniciosa, que se mezcla con ella en la caldera". Este prejuicio debe haberse perdido posteriormente ya que esta agua se usa hoy en día para todo. Continuamos ascendiendo hasta llegar a una casa que pertenece a una especie de capataz, el *medianero*, de los Sotomayor, llamado Camacho. La Caldera es propiedad de Don Miguel, de Don Manuel, o de ambos, este punto no lo tengo muy claro. Nuestro arriero subió corriendo hasta la casa con un mensaje de Don Miguel y entonces el propio Camacho, un anciano, nos acompañó para enseñarnos el camino que penetra aún más en la Caldera. El sendero subía a través de grandes cantidades de *tagasaste*, un arbusto algo parecido a la lavanda, pero más grande. Don Miguel nos dio unas semillas y las hemos cultivado en Inglaterra e Irlanda. Se dice que es un alimento especialmente bueno para los caballos y el ganado. Ascendimos hasta alcanzar entre los 2.800 y 3.500 pies, donde el sendero avanzaba sinuoso y dominado por precipicios verticales. Después de alcanzar esta altura nos detuvimos en un lugar llamado La Punta para poder observar, desde arriba, todo el fondo de la Caldera y la pared de roca que la rodea. Al principio, la vista fue decepcionante. Las nubes ocultaban el sol y se extendían por todas partes, formando una capa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

densa y pesada. Al extenderse bajo las cimas de las montañas disminuían considerablemente la altura de éstas. Se suele pensar que el fondo de la Caldera es llano pero, desde luego, no es así. Los espolones, que se elevan 3.000 ó 4.000 pies de altura y terminan en collados, bajan hacia el centro, formando allí masas quebradas y pináculos enormes, parcialmente cubiertos de pinos. Las crestas mismas están bastante cubiertas de pinos, aunque algunas se utilizan como zona de pasto para el ganado. El terreno sobre el que están diseminados los verdes pinos es de un color rojo amarillento. En la cresta que se encuentra un poco más abajo que nosotros hay un par de casitas. Un perro ladra al vernos, produciendo un maravilloso eco de dos segundos, al que él responde inmediatamente, una y otra vez. Sobre nosotros los riscos se elevan perpendicularmente hasta perderse en la neblina. Mirando desfiladero abajo hacia el mar, vemos una extensión de terreno cultivado y pendiente, en medio del cual se encuentran Los Llanos y Argual. Más allá, el mar, en calma y azul, y en el horizonte, a lo lejos, se puede divisar con dificultad la tenue silueta de El Hierro. El sol brilla allí aunque no lo haga sobre nosotros. En realidad, hace fresco, y no nos sorprende descubrir que la temperatura es de 58° F (14,5° C) aunque sea solamente la 1:15 p.m.

Los hombres se sientan y comen su almuerzo, de carne fría de cerdo asado y pan. ¡Nuestro guía le preguntó a John que si cuando miraba a través de la cámara estaba midiendo la altura sobre el nivel del mar! Era un instrumento que nunca había visto antes. Con todo placer hubiésemos acampado y paseado entre los bellos desfiladeros del centro de la Caldera si hubiésemos tenido tiempo, pero a partir de este punto es imposible montar a caballo, hay que seguir a pie, y necesitaríamos un par de días al menos para explorar sus recovecos.

Comenzamos el regreso a las 2:10 p.m. Con lo mala que había sido la subida, no fue nada, comparada con la bajada. El sendero era de lo más peligroso y con todos los defectos que podría tener un camino. Una vez más pasamos la casa de Camacho y nos despedimos de aquel rostro agradable y lleno de vida. Su ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sita, cubierta por enredaderas, estaba rodeada por diversas clases de árboles frutales y tenía cultivos de patatas en las inmediaciones. Llegamos al fondo a las 3:45 p.m. y, si no hubiese sido por los guías, nunca habríamos adivinado dónde estaba escondida la entrada al Paso de las Viñas. Llegamos a la parte alta del paso a las 4:10 y a Arguál a las 4:40 p.m.

Don Miguel, antes de que desapareciese la luz solar, nos llevó a ver el proceso de manufactura del tabaco y de los cigarros puros que se realiza en su propiedad. Las hojas, tras ser recogidas todavía verdes, se cuelgan por medio de un cordel, que las atraviesa por la parte baja de los tallos, a secar en un cuarto oscuro y bien ventilado, entre veinticinco y cuarenta días. Después las llevan a la sala de clasificación donde unas muchachas las estiran y las atan en paquetes, según la calidad y el color, que varían considerablemente. Los paquetes así clasificados y atados se colocan sobre un soporte cuadrado de caña, en otro cuarto. Se colocan apretadamente y se cubren con una estera, sobre la que se depositan grandes piedras. Después se dejan las hojas allí para que fermenten entre veinticinco y cuarenta días, tras los cuales adquieren un color más o menos uniforme; luego se manufacturan los cigarros puros. Es en este último punto donde fallan los cigarros de las Islas Canarias. Aún no poseen las manos expertas para enrollar y recortar, y el cigarro, aunque bueno de sabor y considerado por muchos como equivalente a los habanos, [6] no se envía al mercado en las mismas condiciones externas. También tiene un color demasiado oscuro, probablemente debido a una fermentación demasiado prolongada. En el centro de cada bandeja de hojas se coloca un termómetro para poder regular la temperatura cuidadosamente, pero tengo la impresión de que los métodos utilizados en la actualidad para dicha fermentación no son satisfac-

6 Stone incluye aquí una nota que dice: "La b y la v se intercambian frecuente e incorrectamente en español, por lo que Habana se convierte con frecuencia en Havana", refiriéndose a los puros habanos conocidos como "Havanas" en inglés cuando, en todo caso, deberían ser "Habanas", pero el error no es español sino inglés. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

torios. Dicen que los cigarros tienen un sabor excelente, aunque fuerte. El Gobierno español adquirió el monopolio sobre la producción de muchas de las fábricas[7] de las islas durante un cierto número de años, y venden estos cigarros puros en España *sans peur et sans reproche* ¡como si fueran habanos!

Dejando atrás el tabaco, paseamos por la plantación. El cafeto es un arbusto parecido a un laurel. Aquí lo plantan entre plataneras para protegerlo del viento. La baya primero es verde, después roja y, cuando está madura, es de un castaño claro, con tamaño y forma semejantes a los de una zarzamora. Cuando se le quita la piel exterior encontramos una nuez dura dentro y cuando está seca se divide en dos y el café crudo está listo. Se recogen dos cosechas al año, siendo la mejor la de marzo.

Nos enseñaron un curioso pero eficaz flotador para nadar fabricado con dos trozos de tronco de palmera, cada uno de alrededor de un pie de largo, unidos con cordeles.

7 Después de partir de La Palma me han informado que el cultivo del tabaco y la manufactura de cigarros puros ha aumentado enormemente y promete ser una gran fuente de riqueza para la isla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

PICO DE LOS MUCHACHOS
SAN BORONDÓN • LOS SAUCES

XVIII

Una enorme extensión de neblina el valle inunda,
¡Un mar solemne! Cuyas amplias olas
Inmóviles permanecen, sujetas a un terrible silencio;
Los pinos costeros a través de la neblina sus copas elevan,
Que a mástiles inclinados de barcos encallados se asemejan.

W. WORDSWORTH

DOMINGO, 14 DE OCTUBRE. Nos despedimos de nuestros gentiles anfitriones anoche ya que tenemos que partir esta mañana temprano. Es una pena que no podamos descansar hoy aquí, pero nuestra única posibilidad de evitar varios días de penalidades a bordo de una de las goletas de las islas es que podamos llegar a La Ciudad antes del lunes, día en que el vapor de Inglaterra tiene prevista su llegada. La desafortunada falta de viento y la consiguiente pérdida de cuatro días al venir aquí han desajustado nuestros planes. El viaje desde Tenerife a La Palma es casi siempre rápido ya que el viento suele ser favorable. El regreso es el que con frecuencia es muy lento a causa de los alisios del noreste que soplan la mayor parte del año.

Desde las tres en punto han estado los hombres por fuera, junto a nuestra ventana y con las mulas, interrumpiendo éstas nuestro descanso con el patear de sus cascos. Salimos finalmente, pan en mano, a las 6:10 a.m. Podíamos haber partido mientras aún era oscuro pero queríamos sacar una fotografía del lugar y tuvimos, por supuesto, que esperar por la indispensable luz del amanecer. La luz es muy actínica en estas islas, y las exposiciones hay que hacerlas con tanta rapidez como sea posible. Trajimos de Inglaterra una tienda oscura, donde revelamos placas de prueba para que nos sirviesen de guía para la correcta exposición, si no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fuera por esto nos habríamos equivocado irremisiblemente. Un sendero sinuoso desciende por el barranco de las Angustias, cerca de Argual. A doscientos pies del fondo descubrimos que la temperatura es de 68° F (20° C). Aparecen mulas de todas direcciones y nos convertimos en un tren de animales que se siguen unos a otros en fila india –siete mulas y un caballo. Parecemos peregrinos orientales que se encuentran y unen sus caravanas. En el fondo nos detuvimos a colocar la cámara sobre el lomo de nuestro caballo de carga, ya que no nos habíamos detenido en Argual para hacerlo. El ascenso de la Vuelta de Magar, como se conoce el paso por las montañas que conduce hasta Tijarafe, es muy empinado. El camino es una masa de grandes piedras o rocas por donde tienen que trepar nuestras mulas, ya que no se podría decir que caminan por ellas. Hay muchos hombres con mulas, de modo que tenemos una buena oportunidad de estudiar la figura y fisonomía isleña. Los hombres llevan patillas y tienen cuerpos robustos. No son tan altos como los herreños ni tan corteses como los habitantes de Tenerife, pero parecen alegres e ingeniosos y, si descienden de los benahoares, deben ser valientes.

Entre la visita de Bethencourt a La Palma y su conquista en 1492, los españoles llevaron a cabo un intento serio de someter la isla, capitaneados por Guillén Peraza, que, con doscientos arqueros y trescientos hombres de las islas de Lanzarote y Fuerteventura, ya conquistadas y colonizadas, desembarcó y marchó hacia el interior. La naturaleza rocosa del terreno y el valor de los nativos, que saltaban de roca en roca con facilidad, obligaron a los invasores a retirarse. Cuando intentaba reorganizarlos, Guillén Peraza murió golpeado por una piedra, en cuyo lanzamiento eran muy expertos los isleños. Las tropas huyeron llevándose el cuerpo de Peraza a Lanzarote, donde fue enterrado. Se compuso una endecha en su memoria que, según dicen, aún cantan los palmeros.

Muchas de las costumbres de los antiguos habitantes diferían considerablemente en cada isla, pero la comida era semejante. El que lograba robar sin ser descubierto era considerado el más listo. Sus rituales de culto eran cantos y bailes alrededor de gran-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

des columnas de piedra viva erigidas en cada zona, y ejecutaban ante ellas pruebas de destreza. Se dice que en un lugar había una columna natural de piedras, llamada Idafe, "de más de cien brazas de alto" a la que sacrificaban ovejas y cabras para impedir su caída, que temían. Sentían una gran veneración por el sol y la luna, pero aquí, como en la mayoría de las islas, adoraban a un único dios, más poderoso que los demás, a quienes llamaban Abora. Si un hombre creía que se estaba muriendo, pedía a sus amigos y parientes que lo llevaran a una cueva, donde lo colocaban sobre un lecho de pieles de cabra, le ponían un poco de leche a su lado y, cerrando la boca de la cueva, le dejaban que muriese solo. También enterraban a sus muertos en cuevas. No hay duda que estaban familiarizados con el arte de escribir porque se ha encontrado una piedra con unos jeroglíficos en una cueva del barranco Belmaco. Está partida en tres partes y parcialmente desgastada. Todavía no ha sido descifrada por los arqueólogos.

Pronto alcanzamos, a las 7:10 a.m., una especie de meseta que, desde el otro lado parecía una línea dibujada sobre la cara del risco. Está a 750 pies sobre el fondo del barranco y tiene unas doscientas yardas de ancho. Desde esta atalaya podemos ver el interior de la Caldera, que parece más ancha desde este punto que desde donde la vimos ayer. Hay diez animales ahora ya que dos hombres a caballo se han unido a nuestra cabalgata. Uno de los caballos tropieza y se cae en este sendero desigual. Es una suerte que haya ocurrido en una parte ancha del camino y no cerca de los precipicios que carecen de protección. Cuando los hombres tienen sed beben de barriles diminutos que se llevan a la boca. A veces su contenido es agua y a veces, vino. Nos cruzamos con algunos campesinos que, aparentemente, iban a misa ya que llevaban puestas sus mejores ropas. Fue una suerte que fuera un día de *fiesta* ya que así tuvimos la oportunidad de ver los trajes típicos. Un hombre llevaba la gorra parecida al sueste y un abrigo suelto de la misma tela cubriéndole las rodillas, hasta las polainas y los zapatos de cuero sin curtir. Otro llevaba una camisa de lino sin blanquear, con cuello en punta y mangas remangadas, los bor-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

des adornados con puntadas de hilo grueso de lino blanco, una especie de punto raso. Era un traje muy bonito y elegante.

A las 7:30 a.m. llegamos a la parte superior del paso, descubriendo que estábamos a 1.750 pies sobre el nivel del mar. Uno de nuestro grupo hizo sonar una caracola como si fuera un cuerno. No estoy segura de si esto era algo habitual o sólo una manera de avisar especialmente a sus amigos de su llegada. La vista desde la cumbre es de una meseta inclinada que baja hasta el mar desde la cadena de montañas que recorre el centro de la isla. Lo accidentado del suelo desaparece por la altitud y los volcanes que se elevan aquí y allí parecen montículos bajos. Debajo se encuentra la punta de Juan Grajo, que es un farallón del extremo más lejano del cerro que acabamos de cruzar. Este risco perpendicular, de casi 800 pies, tiene que ser hermoso visto desde el mar. Más al norte, sin embargo, en la zona de Puntagorda, hay acantilados que caen al mar desde 1.100 pies de altura. Los campesinos de La Palma fuman principalmente en pipa, en lugar de cigarrillos, e incluso algunas de las mujeres, como algunos de los celtas irlandeses, suelen fumar tabaco. Acabamos de ver a una disfrutando de su pipa. El suelo aquí es pendiente y ante nosotros se extiende un magnífico paisaje, una tierra de naranjas y plátanos, de higos y granadas, y también de melocotones, peras y manzanas. Las faldas occidentales de estas islas, donde la tierra es fértil, son las más exuberantes, porque están protegidas del viento caliente, el Levante, como lo llaman, que cruza el Sahara y que mata y cubre de plagas la vegetación y que, a veces, trae langostas. Este viento no sopla con frecuencia; a veces pasa todo un año sin que sople y, cuando llega, sólo sopla un día o dos, a lo más tres. Afecta a los enfermos, retrasa el desarrollo y, de hecho, actúa sobre los hombres, las bestias y las plantas de manera muy parecida a como lo hace nuestro viento del este, salvo que el viento de Levante es sofocante y no frío. Debido al corto tiempo que sopla, no hay que darle demasiada importancia ya que, aunque es la peor característica del clima canario, es un mal menor e insignificante comparado con los que padecen otros países.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Pasamos por encima de Tijarafe por un camino rocoso que discurría a lo largo de una cresta, desde donde se podía ver el barranco de las Angustias y el valle de Los Llanos. Aquí nos separamos de nuestros compañeros de viaje, cuyo destino eran las fértiles laderas y pueblos de Tijarafe, mientras que nosotros teníamos que cruzar la cumbre. Después de buscar infructuosamente y de llamar a las puertas de un par de pequeñas chozas, vimos a un hombre trabajando en el campo. Nuestro arriero lo llamó y le preguntó si quería guiarnos a través de la cumbre, pasando por el Pico de los Muchachos hasta Los Sauces. Dijo que sí y pidió tres pesos (nueve chelines) por el viaje. Cuando llegamos a un acuerdo, dejó la pala y corrió a su pequeña choza, que estaba cerca, de donde regresó inmediatamente con una bolsa. La llenó rápidamente de higos picos, o *tunos*, como los llaman aquí, cogidos de los cactus de los alrededores y, colgándosela a la espalda, sin más preparativos se apresuró a seguirnos. *Tuna* es el nombre hispanoamericano que les dan a varios de estos cactus y, sin duda, la gran comunicación existente entre La Palma y las Antillas ha provocado la adopción de este nombre. Nuestro guía, por supuesto, llevaba una lanza, aunque no muy larga. Su traje consistía en una camisa blanca y pantalones corrientes, sueltos, que llegaban hasta un poco por debajo de la rodilla, una gorra azul, bastante gastada, en la cabeza y el samarrón, o delantal de cuero.

Nos detuvimos unos minutos para descansar y para que recuperaran su aliento los caballos en un risco bastante llano, a 3.500 pies de altitud. Eran las 9:15 a.m. y hacía fresco, 65° F (18,4° C) al sol. Un poco más arriba, a 4.000 pies, descubrimos arbustos de codeso. En un punto, el sendero discurría cerca del risco que domina el barranco, tan cerca que, sin desmontar, podíamos ver el fondo de la garganta. Aún podemos ver Los Llanos, y el río de lava, que según Núñez de la Peña se originó en la erupción de 1677, que fluye por el centro del valle, destacando claramente. La erupción más antigua en La Palma de la que hay conocimiento tuvo lugar el 15 de abril de 1588. A lo lejos, los perfiles de los montes o, mejor, de las montañas, aunque muchas de ellas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

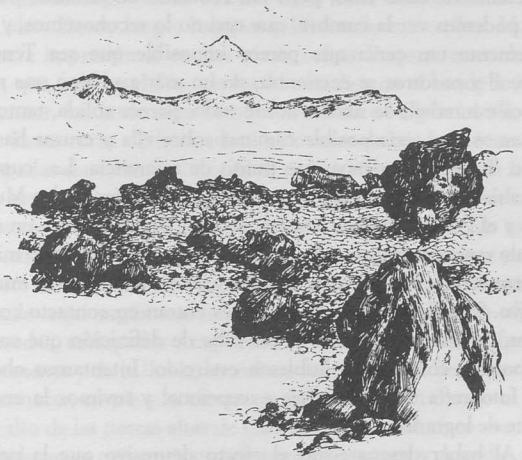
están por debajo de nuestro nivel actual, están tan claramente definidos como si hubiesen sido dibujados con un lápiz afilado sobre papel blanco. La vista es grandiosa, tanto que, si pudiera transferirse a algún lugar cercano a Inglaterra, pronto se convertiría en una atracción universal. Incluso para nosotros resultaba magnífica, aunque es posible saciarse con tal exceso de bellos paisajes que finalmente empalagan a la vista, al igual que ocurre con los caramelos y el paladar. No es posible, creo, disfrutar realmente de ningún paisaje hasta que nos familiarizamos con él, no con la familiaridad de los que han nacido y crecido conociendo sus bellezas, que frecuentemente hace que no lo valoremos, sino con esa familiaridad que surge cuando conocemos algo tras alcanzar nuestra madurez.

Mientras subimos, las nubes comienzan a ascender desde la Caldera, como bocanadas de humo. Son las 10 a.m. y caminamos a lo largo de una estrecha cresta, justo por encima de donde estuvimos ayer en la Caldera, con el precipicio a un lado y las pendientes laderas al otro. Es difícil, casi imposible, distinguir el horizonte desde esta altura, en parte debido a que el mar y el cielo se funden y en parte debido a las masas de neblina que corren por doquier.

Creemos que ya es hora de desayunar al ser casi las once, así que nos detenemos en un llano de unas diez yardas cuadradas. Nuestros atentos amigos de Argual nos han proporcionado pan y carne. La neblina nos vuelve melancólicos y hace bastante frío [65° F (18,4° C)]. Por esta razón, en cuanto nosotros y los hombres terminamos de comer, partimos de nuevo, con la esperanza de que las nubes desaparecerían más arriba. Es curioso lo localizadas que están estas neblinas de montaña. En un momento estamos a plena luz del sol y al siguiente estamos envueltos en blancas masas de niebla. Esto tiene un efecto paralelo en nuestro ánimo que invariablemente se ensombrece en cuanto penetramos en las nubes y vuelve a levantarse en cuanto salimos de ellas. Podíamos ver mucho codeso a 6.600 pies de altitud. También recogí una flor leguminosa (*Adenocarpus vinosus*). Los pinos eran numero-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sos: el bello *Pinus Canariensis* y la *crepa* (*Ruta pinocala*), un arbusto bajo, bueno para las cabras, que crecía entre las piedras sueltas. Repentinamente salimos por encima de una alfombra de nubes que se extendía alrededor de nosotros hasta donde la lontananza, nívea, ondulante, suave, como plumón o lana, con una belleza incomparable. El sol brilla sobre nosotros en un cielo azul; la sombría y flotante neblina gris queda atrás, su superficie se encuentra debajo de nosotros, transformada por el sol en un brillante mar blanco.



LA CALDERA, LA PALMA, DESDE EL BORDE DEL CRÁTER

"¡Un solo paso, que me liberó de las faldas
Del ciego vapor, abrió ante mí
Una gloria mayor que cualquier gloria jamás vista
Por los despiertos sentidos o el alma soñadora!"

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Miramos a nuestro alrededor, esforzándonos por descubrir dónde nos encontramos, utilizando como referencia los puntos del terreno que sabemos se encuentra debajo de nosotros, pero no logramos descubrir ni un solo lugar reconocible: podríamos estar mirando las masas de hielo flotante de las regiones árticas. Sin embargo, algo a lo lejos, como una diminuta nube oscura, nos hace mirar de nuevo ya que parece tener un perfil más definido que, normalmente, tendría una nube. El objeto es un triángulo pequeño, el ápice superior, una pirámide pequeña. Repentinamente una luz se enciende en nuestros embotados cerebros y exclamamos: "¡El Pico!". Es el Pico, sin duda alguna, ese genio omnipresente de estas islas, pero tan reducido en tamaño, porque sólo podemos ver la cumbre, que casi no lo reconocemos, y aparentemente tan cerca que parece imposible que sea Tenerife. Entre él y nosotros se encuentra, no un mar azul sino una masa, blanca e inmóvil, de nubes. Sobre todo, parece sólida, tanto que pensamos que sería posible caminar sobre ella y cruzar hasta el Teide. También tenemos otro punto de referencia. Las cumbres más altas de la pared que rodea la Caldera, el Pico de los Muchachos y el Pico de la Cruz, son apenas visibles, formando un semicírculo cuyo centro y exterior están rellenos por un níveo mar. El contraste entre los rebordes afilados y las suaves nubes es muy llamativo. Se percibe, cuando las nubes entran en contacto con los riscos, un leve movimiento y una falta de definición que suaviza los bordes, como si los hubiesen estarcido. Intentamos obtener una fotografía de este paisaje excepcional y tuvimos la enorme suerte de lograrlo.

Al haber desaparecido el efecto depresivo que la neblina ejercía sobre nuestro ánimo, parece como si todos, incluidos los caballos, subiésemos con más alegría. Aquí las rocas tienen un origen diferente, poseen un crucero parecido al de la pizarra. El sendero sólo es un camino de cabras, y de los malos. Los caballos ascienden yarda a yarda, colocando sus patas delanteras cuidadosamente sobre una roca y tirando de sus patas traseras con gran y deliberado esfuerzo, nuestras manos agarradas a sus crines. A

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

veces encontramos zonas donde es más fácil caminar y también pasamos por una hoya de tierra suelta, de un color naranja vivo y rojo, con un toque de gris, casi malva, que lo suaviza. Poco después vemos rocas rojas de piedra pómez similares a las de Las Cañadas en Tenerife y, más o menos, a la misma altitud. Un arbusto verde con una hoja parecida a la del mirto, llamada *malfurada* (*Hypericum floribundum*), crece abundantemente por los alrededores.

Finalmente alcanzamos la cumbre. Es la 1:15 p.m. y nuestro aneroide marca 7.400 pies. El Pico de los Muchachos se considera generalmente el punto más alto de La Palma, aunque el mapa del Almirantazgo señala el Pico de la Cruz como cuarenta pies más alto. Desde luego, hay poca diferencia entre ellos. Nuestra primera impresión al ver las rocas, o Los Roques, como los llaman, que forman el Pico de los Muchachos en el borde más alto del cráter, fue la de estar viendo las ruinas de algún castillo antiguo. Estas rocas de la cumbre, columnas de piedra pómez roja, agrupadas sin orden ni concierto, se han transformado en fantásticas torrecillas, bastiones y muros de castillos, carentes de techo, y destrozados como si hubiesen sido bombardeados. Sin embargo, han sido los elementos que han emprendido el ataque y asolado este castillo. Primero el fuego, y luego el agua y el viento, han actuado aquí según sus salvajes deseos, sin limitación alguna. Desnudas, escarpadas y expuestas por cada costado a la furia de la tormenta y de la lluvia, las ruinas del castillo de Benahoare aún permanecen en pie y se elevan, orgullosas, constituyendo el lugar más alto de las tierras altas de Canarias. Cruzar el níveo mar hasta el Teide no es más que un paso para los gnomos y duendes cuando viajan, pero el viaje debe llevarse a cabo antes del ocaso y después del amanecer ya que, al tocarlo la reina de la noche, el hielo desaparece y el sendero mágico se pierde.

Desmontamos para que los caballos descansen y para fotografiar las rocas. Nuestro guía, con su delantal, se colocó en primer plano y las mulas, con las diversas cinchas que sujetan las sillas a sus lomos, estaban a un lado. El guía observaba las rocas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lleno de preocupación, como si temiese que algo malo les ocurriría a causa de aquel misterioso aparato y sin darse cuenta de que él mismo se encontraba en nuestro enfoque.

El Pico se divisa aún claramente. La masa de nubes se extiende entre nosotros y él, aunque se ha disipado en varios lugares cerca de Tenerife. El horizonte no se puede distinguir y las nubes más altas parecen reflejarse en las de abajo. Este efecto se debe, sin duda, a que las superiores son más blancas y con un aspecto más denso porque el sol las ilumina. El fenómeno es muy curioso porque el reflejo ocurre, aparentemente, sobre un lago en el cielo. A la derecha de Tenerife, un mar de nubes oculta La Gomera, excepto por el sur, donde una parte asoma sobre una masa de nubes

CIMA DEL PICO DE LOS MUCHACHOS

que se extiende por encima y por debajo de ella. Se dice que el Pico de los Muchachos se puede divisar desde una distancia de ciento una millas. Sabemos que a nuestros pies tiene que encontrarse la enorme caldera, pero todo lo que podemos ver es una masa de nubes blancas como un sudario a pocos pies por debajo de nosotros, y las crestas más altas de la Caldera, casi ocultas. El resto de La Palma se encuentra también oculto por las nubes, excepto hacia el oeste. Allí un corte en la cortina de nubes nos permite ver la zona de Puntagorda, por debajo y bajando en pendiente hacia el mar. Mientras miramos a través de los claros irregulares de las nubes hacia el oeste, divisamos numerosas islas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

grandes y pequeñas, moviéndose fugaces y cambiantes entre las nubes, alguna de las cuales podría ser San Borondón, esa isla mística que aparece de vez en cuando, para luego perderse una vez más en el Atlántico. Esta isla pertenece al reino de la fantasía, pero es curioso que haya existido en las mentes de los hombres desde la época más temprana. Tanto Tolomeo como Plinio la mencionan y, debido a su carácter mágico, que hace que nunca pueda ser alcanzada, la llaman Aprositus. Solamente en épocas posteriores la llamaron San Borondón o Brandon, en honor al protonavegante escocés que, supuestamente, desembarcó en ella en el año 565 d.C, y de quien también se dice que dotó al árbol de agua de El Hierro de sus poderes. Esta última historia es, sin lugar a dudas, más antigua, y podemos suponer razonablemente que la otra es aún anterior. Algunos marineros, en diferentes momentos, han jurado solemnemente haber desembarcado en ella o haberla visto, pero la llegada de la mañana o de una tormenta siempre hizo que desapareciera, sin que nunca más volvieran a encontrarla. En 1519, cuando Portugal cedió formalmente las Islas Canarias a España por el tratado de Évora, San Borondón fue mencionada, de hecho, como una del grupo ¡con el nombre *Ilha nao Truvata* (Isla no Encontrada)! La única explicación de la misteriosa aparición de la isla es, claro está, que se trata de un espejismo. El desembarco de personas en una isla desconocida puede explicarse fácilmente. Cuando el arte de la navegación estaba en sus albores, las cartas y los mapas contenían muchos errores y, con frecuencia, la distancia relativa de un lugar a otro se indicaba erróneamente. Los mapas de las Islas Canarias hasta el siglo pasado eran notablemente incorrectos. Glas advierte a los marinos de su época sobre los errores de los mapas. En la actualidad no existe un mapa exacto de ninguna de las islas, salvo los del Almirantazgo inglés que, aunque absolutamente correctos en lo referente a las costas, son inservibles para el interior. Nos hemos visto obligados a anotar y alterar nosotros mismos todo lo referente a montañas, caminos y lugares habitados, mientras viajamos por las islas. Es fácil, por lo tanto, imaginar a un marinero

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

desembarcando en una parte de Madeira, o Porto Santo, o las Salvajes y, desconociendo dónde se encontraba, asumiendo inmediatamente en su imaginación que se hallaba en la misteriosa, y rara vez vista, San Borondón. El ser humano siempre se ha sentido atraído por lo misterioso y, en una época cuando resultaba imposible verificar las historias de los viajeros, se podía narrar casi cualquier cosa con impunidad. Además, había siempre en torno a San Borondón un cierto aire de probabilidad, ya que ¿acaso no la habían visto los mismos habitantes de las Canarias desde sus propias orillas? Por lo tanto ¿qué habría más plausible que esas noticias de marineros que desembarcaban en ella? Solía vérsela generalmente al norte o noreste de Tenerife y La Palma y siempre cuando el tiempo estaba muy claro. Los que la han visto describen la isla como de unas cincuenta millas de largo y de 6.000 u 8.000 pies de altura, con montañas altas a cada extremo y una zona central baja. Sobre ella había nubes como las que uno ve en la mayoría de las Canarias y la distancia a que se encontraba del observador se calculaba generalmente como de unas ciento veinte millas. Algunos niegan el espejismo como explicación, pero no ofrecen ninguna que sea mejor. Quizás se necesite algún fenómeno, aún no descubierto, que nos ayude a comprender completamente las repentinas apariciones y desapariciones tanto de tierras como de islas que, con frecuencia, han sido descritas a oídos incrédulos. El hecho de que existan islas que surgen de las profundidades, son visibles durante un tiempo y que se sumergen de nuevo es, por supuesto, algo bien conocido y comprobado.

Se creía tan firmemente, sin embargo, en la existencia de San Borondón que, de hecho, una expedición partió de Gran Canaria en 1526 en su busca, una búsqueda que, naturalmente, resultó infructuosa. No satisfechos con esta prueba negativa, los habitantes de La Palma recopilaron todos los informes que existían sobre el tema y enviaron un navío, con un fraile franciscano a bordo para exorcizar los espíritus que controlaban esta isla misteriosa cuando la descubrieran. Pero la isla, como los espíritus que habitan en las profundidades, rehusó aparecer cuando se la invocó. En 1721

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

partió otro grupo de exploración, esta vez desde Santa Cruz, oficialmente enviado por el Gobernador y en el que tomaron parte dos capellanes, pero la isla misteriosa de nuevo rehusó aparecer, incluso ante la invocación de la Iglesia de Roma. Desde entonces no se ha llevado a cabo ningún otro intento para descubrir San Borondón y su última aparición registrada tuvo lugar en 1759.

Partimos de nuevo a la 1:50. La temperatura había descendido hasta los 56° F (13,4° C) así que nos alegró poder caminar durante un rato, después de estar sentados, envueltos en nuestras mantas en la cumbre. El sendero discurría ahora entre masas de roca, por el interior, como si dijéramos, de la pared de la Caldera. Una curiosa roca, delgada como una pizarra, sobresalía del lado del cráter en un punto, mientras que otras eran como pedernales, pero agrupadas. Las rocas, formando todas enormes grupos, a veces de piedra pómez roja y otras de dura traquita, parecían un popurrí geológico, si algo así fuera posible. La formación más curiosa de todas y que tiene que haberle resultado misteriosa a la mente de los isleños ya que la llaman "Pared de Roberto", es una pared inmensa que desciende hacia la Caldera, de entre un pie y medio y dos pies de grosor; se eleva, donde la atraviesa el sendero, hasta cierta altura sobre nuestras cabezas. Su trayectoria es totalmente recta, sus superficies laterales lisas, y las piedras que la forman se ensamblan de forma compacta y uniforme. No he encontrado mención alguna de ella en ninguna de mis investigaciones [1] y, sin embargo, para mí constituye una de las maravillas de La Palma. De hecho podría ser la Idafe que adoraban los antiguos habitantes. Se dice que Idafe estaba situada en la Caldera, y hasta allí parece descender esta roca. Quizás los pocos que han estado en la cima del Roque de los Muchachos no han pasado por aquí, y no es tan alta que pueda verse de lejos. Nadie nos mencionó su existencia. Los campesinos que pasan junto a la roca están demasiado acostumbrados a su extraño aspecto, mientras que las

1 Bory de St. Vincent menciona una roca llamada Time, cerca de Tijarafe, pero resulta difícil localizar los nombres que menciona ya que nunca visitó las islas, redactando sus descripciones basándose en manuscritos y otros trabajos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

personas inteligentes y cultas se encuentran satisfechas con sus valles y sus alrededores y no exploran las montañas.

Desde este punto parece que la pared de la Caldera tuviera cabos, con las nubes que lamen sus puntas representando el mar. Abajo, a nuestra izquierda, hay colinas y valles cubiertos de pinos. El sendero por el que cabalgamos es realmente una serie de escaleras, con una desventaja: los peldaños son desiguales y, debido a la falta de espacio, las rocas que hay a cada lado casi nos rompen las piernas o las desgarran los arbustos de codeso. Los únicos seres humanos que hemos visto desde que abandonamos la parte alta de la Vuelta de Magar fueron dos chicos o jóvenes con traje típico que iban a La Ciudad. A 7.000 pies y a las 3 p.m., descubrimos que el sendero se bifurca. El superior, a la derecha, conduce a la capital y el inferior, a la izquierda –el que seguimos nosotros–, a Los Sauces. Quinientos pies más abajo llegamos a las nubes y penetramos en la neblina una vez más. Ahora el sendero era delicioso y bastante fácil de seguir. Atravesamos bosques de pino, con una maleza de codesos. El sol –la neblina no duró mucho– cruzaba diagonalmente nuestro sendero, brillando sobre los grandes cantos rodados y las piedras que determinaban nuestro camino. Un claro en los bosques nos permite ver Los Sauces, que se extiende bajo nosotros sobre una punta del terreno. Desmontamos y caminamos parte del camino –ya que el sendero era muy empinado y el suelo resbaladizo por las húmedas neblinas– bajando por una cresta o espolón que desciende sesgadamente desde la cumbre hasta el mar, con Los Sauces situado cerca del final. Hay desfiladeros a ambos lados de la cresta. El de la izquierda contiene una cascada que cae entre riscos cubiertos de pinos. El desfiladero de la derecha es el más densamente arbolado de los dos y el más profundo. Sus lomos son empinados y están cubiertos de verde, y en el fondo podemos oír el veloz fluir de un arroyo que ruge, entre los cantos rodados y bajo los helechos y el musgo, camino del hogar que encontrará al final en su destino marino. Sin embargo apenas llega al océano; su vida se gasta generosamente ya que riega los llanos y el litoral y trae abundancia a la tierra se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dienta y lejana, bajo los implacables rayos del sol. Mientras descendemos cerca de este desfiladero, tenemos suficiente tiempo para admirar sus paredes empinadas y exuberantes, empinadas, magníficamente profundas y solitarias. Ningún signo de vida rompe el silencio, que sería opresivo si no fuera por el murmullo del arroyo, oculto en lo más profundo. Más arriba de donde nos encontramos, unos magníficos pinos, de un diámetro inmenso, ofrecen una protección bienvenida y agradable, tamizando el brillo del sol pero permitiendo que sus rayos penetren por entre sus agujas plumosas. ¡Cuál sería nuestro horror al ver uno de estos gigantes caído y atravesando nuestro sendero! Era demasiado alto para cruzar por encima, de modo que tuvimos que rodearlo como mejor pudimos. Hay que obtener madera, por supuesto, pero esta forma de destruir los pinos es extremadamente irreflexiva. Perforan un agujero en la parte baja del tronco y dentro de él encienden un fuego. Dejan que el árbol arda hasta que cae por su propio peso. Por lo tanto lo mejor del tronco lo consume el fuego y, frecuentemente, las llamas se extienden, destruyendo parte del bosque. ¿Creen acaso los palmeros que los barrancos que riegan sus llanos durante todo el verano no se acabarán nunca, que es tan cierto que fluirán los arroyos como lo es que las montañas existen? No pasarán muchos años antes de que las faldas de las montañas hayan sido devastadas. Ya los leñadores o, mejor, los quemadores, tienen que subir mucho más antes de alcanzar su materia prima. El bosque está retrocediendo, continua y ciertamente, ante su destructor y algún día, cuando ya sea demasiado tarde, La Palma tendrá un aspecto yermo semejante al del sur de Tenerife y, como en zonas de esta isla, sólo se encontrarán árboles diseminados y solitarios, pequeños y débiles, como los supervivientes de un ejército que regresa, vencido, de la batalla. Glas afirma que los bosques fueron destruidos primero por una gran sequía que tuvo lugar en 1545, y que más tarde, cuando los árboles jóvenes comenzaron a crecer, los destruyeron los conejos, traídos a la isla por Pedro Fernández de Lugo, el segundo gobernador. También asegura que antes de esta destrucción, se recogía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

maná en las montañas y se exportaba a España. Parece ser que antiguamente la caña de azúcar crecía salvaje en La Palma, en tal cantidad que incluso exportaban confites. Esto indicaría la existencia de una gran cantidad de agua ya que la caña de azúcar necesita un abundante suministro. Como la bajada ha dejado de ser empinada, volvemos a montar y seguimos el sendero a través de bosques de mirto y matorrales, los taludes exuberantes con musgo y helechos y empapados de agua refrescante. Tan bueno es este camino que discurre por la falda de una cañada, que tenemos la sensación de que podría convertirse fácilmente en una carretera. Llegamos a un terreno descampado, de césped verde y corto, con una roca grande que lo protege del sol y que ofrece un lugar de acampada insuperable. Si al menos supiésemos dónde es posible acampar, sería más fácil programar el recorrido del día. Con caballos propios, conocidos y probados, sería mucho más agradable cabalgar sin guías, excepto cuando hubiera que cruzar las cumbres, por supuesto, y así podríamos detenernos cuanto y donde quisiéramos. Sería menos caro también comprar un caballo, utilizarlo durante el tiempo que hiciera falta y venderlo después, al final, probablemente por la misma cantidad que se pagó por él. La dificultad radicaría en comprar primero el animal, ya que se necesitaría la ayuda de un inglés honesto acostumbrado al trato con los isleños.

Un poco más allá de nuestro campamento, bajamos cabalgando por un sendero en una vertiente de la cañada. El suelo era de arcilla roja y estaba húmedo por la neblina. Mi mula, que no estaba herrada, resbalaba de vez en cuando, pero no ocurrió nada digno de mención hasta que llegamos a un trozo de camino con una pendiente muy pronunciada, de unos quince o veinte pies de largo; entonces las patas traseras del animal se resbalaron más rápidamente que las delanteras y, juntas las cuatro, se deslizó desde arriba hasta abajo, ¡conmigo a lomos! Mis pies casi llegaban al suelo mientras la mula bajaba sentada sobre sus ancas, así que podía haber saltado si se hubiese volcado o hubiese habido peligro de caernos por el borde hasta el fondo del barranco que había bajo nosotros. De

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

todos modos, el arriero se quedó helado en la parte inferior de la pendiente con una expresión de horror y ansiedad, hasta que me di cuenta de lo cómico que debía resultar bajar como en un tobogán a lomos de una mula y mi risa hizo que él sonriera. ¡Pobre hombre, es el segundo susto que su mula y yo le hemos dado!

Ahora llegamos a campo abierto, dejando atrás los árboles y el verdor, salvo un poco de césped aquí y allí. El terreno tenía todavía la misma textura arcillosa, así que nuestro avance era necesariamente lento. Se estaba haciendo tarde y podíamos ver Los Sauces abajo, sus luces encendiéndose gradualmente al caer la oscuridad. Eran las 6:30 p.m. cuando llegamos a la plaza, y allí encontramos la casa para cuyo dueño teníamos una carta de presentación. El anfitrión había salido, pero su esposa nos atendió hasta que dieron con él. Nos dijo que Don Manuel Yanes se encontraba en Los Sauces y, poco después, llegó acompañado de Don ——. Nos dijo que regresaba a La Ciudad a la mañana siguiente ya que creía que el vapor llegaría ese día. Por lo tanto nos felicitamos por haber cruzado la cumbre tan rápidamente.

Pagamos a nuestro guía y nos despedimos de él. Había demostrado ser eficiente y un acompañante activo y agradable. Su nombre es José Domingo García, de Tijarafe, y quien quiera cruzar el Pico de los Muchachos no se equivocará si lo contrata para el viaje. Nos alegramos cuando, tras cenar y tras haber hecho el necesario esfuerzo que conlleva la obligatoria conversación con nuestros gentiles anfitriones, nos condujeron a nuestra habitación. No habíamos disfrutado de muchos cambios ni de descanso en la silla entre las 6 a.m. y las 6:30 p.m., así que dormimos sin necesidad de que nadie nos meciera.

Lunes, 15 de octubre. Nos trajeron un poco de café a las 6:45, cuando ya estábamos vestidos. Nuestro anfitrión nos llevó a dar un paseo tras asegurarnos primero que Don Manuel no saldría para La Ciudad hasta después del desayuno ya que no había ninguna señal del vapor, cuya llegada podía divisarse desde aquí. Subimos caminando por una colina hasta un caserío llamado Los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Lomitos, donde hay un molino de agua y desde donde se tiene una vista muy bonita del pueblo, y desde allí contemplamos, abajo, la plaza de Montserrat, de la que están muy orgullosos los habitantes. Es una plaza muy elegante para un lugar tan pequeño. A un lado se encuentra la iglesia y al otro un jardín público, que está en obras pero que promete mucho y que, desde luego, es un magnífico proyecto. A la izquierda de Los Sauces se encuentra una colina con el terreno dispuesto en bancales y a la derecha un magnífico drago, cerca de una casa grande que pertenece al tío de la esposa de Don Manuel. Abundan los árboles verdes que añaden belleza al pueblo, y el aspecto general queda realzado por el mar azul al fondo. Los Sauces está situado a 8.000 pies sobre el nivel del mar.

Entramos en el molino de gofio; el de trigo y el de maíz son los dos tipos que consumen normalmente. Un par de bonitas muchachas, luciendo la típica gorra azul y roja que, colocada sobre un lado de la cabeza, imparte un aspecto tan garboso, están esperando a que terminen de moler su maíz para llevárselo. Aunque el interior del molino no es muy diferente del interior de los molinos de viento, no obstante vale la pena señalar que es el agua, y no el viento, la que proporciona la fuerza motriz. Este artículo tan escaso e indispensable es aquí tan abundante realmente que puede desperdiciarse en hacer girar un molino y en regar los árboles de la plaza de abajo. Desde luego, Los Sauces debe sentirse muy orgullosa y agradecida por su abundante suministro de agua. Abandonando el molino, subimos algunos escalones altos hasta la acequia que hay afuera y que transporta el agua hasta la rueda. Como de costumbre, han colocado una cruz en la parte alta, a 250 pies sobre el pueblo. Desde aquí se obtiene una bonita vista de muchas de las casas de los alrededores, aunque el pueblo permanezca oculto tras un promontorio de la colina. Hay campos completamente cubiertos de cebollas, que crecen abundantemente y, como están cerca de La Ciudad, las llevan fácilmente hasta allí para su exportación. Después fuimos a ver el drago, un magnífico ejemplar situado detrás mismo de la alta pared de un jar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dín. El camino por fuera está pavimentado con piedras de todas clases y tamaños y mientras nos preparábamos para sacar una fotografía del árbol, unos niños, chicos y chicas, descalzos, de piel oscura y curiosos, se subieron a la acera y también salieron en ella. Caminamos otro poco y después regresamos al pueblo por otro camino. Al pasar por una calle escuchamos una música extraña y acompasada que se acercaba a nosotros. Dirigiendo nuestra mirada hacia donde venía, nos encontramos con un entierro.

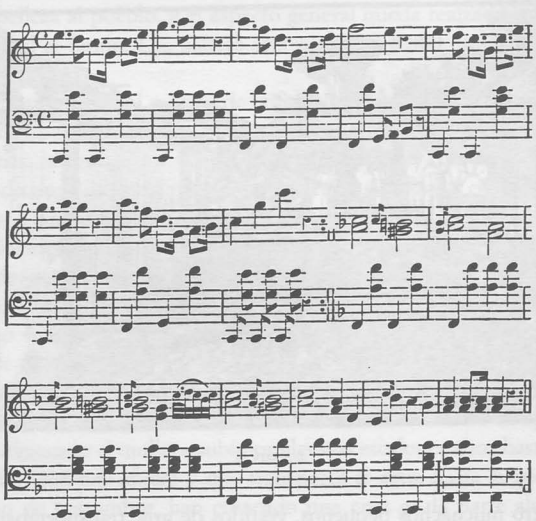
LOS SAUCES

Cuatro muchachos pequeños, vestidos de gris, transportaban un diminuto ataúd suspendido de unas cuerdas. Detrás de ellos venían dos acólitos y, después, un hombre que portaba una cruz, seguido por dos sacerdotes. A continuación venía la banda, formada por trompetas, tambor, platillos y timbales. Tocaban un tipo de marcha llamada marcha fúnebre. Tenía un sonido tan extraño que más tarde pedí la partitura que el director de la banda me regaló muy amablemente. Los músicos tenían una forma muy pe-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

culiar de apoyarse sobre la punta de cada pie al marchar, siguiendo el compás de la música. Era como si dieran el paso al primer y tercer compás y descansaran la punta del otro pie, sobre el suelo, al segundo y al cuarto. Seguimos a la procesión hasta el cementerio. El sacerdote no dijo mucho junto a la tumba, y lo que dijo lo hizo de forma muy superficial. Me hicieron sitio al verme detrás y me obligaron a acercarme a la tumba. El cadáver estaba

LA AURORA MARCHA.



tapado. Era de una niña pequeña, de unos dos años de edad, quizás. Estaba vestida con muselina blanca y cintas de color rosa. La pálida piel bronceada y el pelo oscuro contrastaban dolorosamente con la expresión inánime e infeliz de los labios. Me resultó chocante. Normalmente cuando un niño muere tiene un aspecto muy apacible. Arrojaron un poco de cal viva sobre el cadáver y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dentro de la tumba, volvieron a colocar la tapa del ataúd, lo cubrieron con varias palas de tierra, lo más rápidamente posible, y todos se apresuraron a abandonar aquel lugar. El cementerio es pequeño, totalmente tapiado por muros altos y con una puerta de entrada; un lugar demasiado desolado y triste para dejar a una persona amada, aun cuando ya sólo sea polvo. Debo decir que los asistentes al entierro –excepto los más señalados– parecían mucho más interesados en nosotros que en la ceremonia que acababan de oficiar. El hecho de que ninguno de los familiares directos asista a un entierro hace que los últimos ritos para los muertos se lleven a cabo, al menos así lo perciben los espectadores, de forma insensible. Me dijeron en La Palma que el tocar música en los entierros, y esta marcha en especial, era algo normal en todas las islas. Como la experiencia me ha enseñado a no fiarme de lo que los habitantes de una isla dicen sobre otra, pregunté posteriormente, tanto en Tenerife como en Gran Canaria, si era verdad y me informaron en Gran Canaria que a veces se acompañaban los entierros con música, si pagaban para que la banda tocase, pero que aquella marcha en particular y la forma de desfilar de los músicos que vimos en La Palma eran desconocidos. Así que podemos considerarla como característica de esta isla.

Continuamos hasta que llegamos al barranco de la Herradura, una garganta bastante atractiva, con agua y árboles. Dirigiéndonos hacia el mar, bajamos caminando por sus riberas una corta distancia, hasta que divisamos el *faro*. Es una construcción bastante moderna y, evidentemente, se considera uno de los puntos de interés de La Palma. Nos interesaba más la gente que el faro, así que no quisimos desperdiciar nuestro tiempo viéndolo. Hay sólo tres hombres al cargo del faro. Regresando de nuevo hacia Los Sauces, nos llevaron a la casa de Don José Francisco Martín Hernández para contemplar el paisaje desde sus ventanas. Aquella buena gente se alegró mucho cuando sacamos una fotografía del paisaje. Nos ofrecieron un excelente vino tinto de la isla. La casa era nueva y los dueños, unos jóvenes esposos con un par de niños, uno de los cuales, Adela Martín y González, era una linda

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pequeñita de año y medio. La vista que consideraban como la mejor era la de una calle larga que atravesaba el pueblo, que subía por la ladera, con un fondo de verdes colinas y montañas, por la que habíamos bajado el día anterior a caballo.

Me regalaron un trozo del árbol que da nombre a Los Sauces, una variedad de sauce (*Salix Canariensis*). Las varas las usan los cesteros y los barrileros. También nos dieron otras dos plantas, *Mirabilis salappa* y *Datura metel*; esta última, cuando se fuma en pipa o cigarrillo, sirve para curar el asma.

Regresamos después a desayunar con nuestros amigos, tras lo cual, una vez más, salimos a pasear para inspeccionar el pueblo. El viaje hasta La Ciudad solamente nos ocuparía unas pocas horas y como, cuando el vapor atracase, tenía que descargar y volver a cargar, tendríamos tiempo suficiente para llegar a la ciudad tras divisarlo, así que nos pusimos totalmente en manos de Don Manuel ya que él tenía que estar en el puerto por asuntos de negocio cuando llegase.

La iglesia de la plaza de Montserrat se parece mucho a las iglesias de otras partes con su techo artesonado, aunque tiene un piso nuevo de tea. El piso del presbiterio es de losetas rojas y amarillas, y un órgano pequeño, que parece un armario, ocupa un lateral. En una capilla nos llamó mucho la atención ver colgadas, alrededor de una columna, algunas pequeñas figuras de cera y modelos en miniatura de miembros y otras partes del cuerpo humano. Nos explicaron que los traían aquellos que buscaban el remedio de una enfermedad o la curación de una dolencia ajena y que, al mismo tiempo, hacían un voto o promesa, que cumplían si su petición era escuchada.

Partimos al mediodía. Formábamos una caravana bastante larga ya que, además de nuestros tres caballos, nos acompañaban Don Manuel y otros caballeros jinetes. Don Manuel montaba un caballo que nunca había sido herrado y tenía entonces casi ocho años de edad, con cascos duros y bien formados.

Nuestra primera parada fue en San Andrés, a una corta distancia de Los Sauces y cerca del mar. Es realmente el puerto de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Los Sauces, y que prácticamente es parte de éste. Es un lugar mucho más antiguo que Los Sauces pero como, por desgracia, no posee agua sino que tiene que abastecerse del barranco, está decayendo ante su rival más joven y más próspero. San Andrés es famoso porque posee la iglesia más antigua de La Palma. La visita mucha gente procedente de todos los puntos de la isla, que viene a que la cure el *Gran Poder de Dios*, favor que concede a los que visitan la iglesia. Como en Los Sauces, aquí también hay muñecas vestidas y figuras de cera colgadas alrededor de una columna particular. El piso de la iglesia es de ladrillos rojos y blancos, colocados entre trozos oblongos de madera. También nos mostraron unas imágenes talladas de San Juan y de la Magdalena y una talla, de tamaño real, de un Cristo yaciente, en una caja de madera: "El Cristo Muerto" lo llamaban. Sólo alcanzamos a oír la palabra *"muerto"* y, cuando vimos la caja, pensamos que nos iban a mostrar un cadáver o una momia. Estas imágenes fueron todas hechas y regaladas a esta iglesia por un hijo de La Ciudad. Fuera, en el patio de la iglesia, crece el eucalipto, curativo y aromático. Cerca de la iglesia se encuentran las ruinas del *convento de la Piedad*. Su último monje, San Francisco, murió alrededor de 1867.

Dejando atrás San Andrés, descendemos al barranco de San Juan y llegamos al mar en la desembocadura de la garganta. El barranco es escarpado y yermo, con fachadas muy empinadas donde sólo crece el cardón. Desde Los Sauces hasta la capital el terreno está cortado por una serie de barrancos. Afortunadamente, no son, en general, muy profundos; no son inmensos como la mayoría de los que existen entre Guía y Adeje, en el sur de Tenerife. El segundo era el de La Galga, cuya bajada era bastante mala. Había rocas en el fondo formando montículos y en las cuevas a cada lado se refugiaban las ovejas. Al subir por el otro lado descubrimos una cueva habitada. Nuestros tres amigos españoles desmontaron porque no les gustaba la bajada y se sorprendieron bastante al ver que nosotros seguíamos sobre nuestros animales. No podían imaginar los malos caminos que habíamos reciente-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mente conocido y nosotros, a la vez, nos asombramos de su miedo, aunque pocos de los caballeros de aquí conocen las islas, salvo su municipio. Aún son menos los que saben algo de otra isla que no sea la suya. Solían decirnos con frecuencia que sabíamos mucho más acerca del archipiélago que cualquier habitante de las islas. Comprobamos que la profundidad, o más bien la altura, de este barranco, en el lado sur, era de 400 pies. A lo lejos, detrás de nosotros, podíamos ver Los Sauces y San Andrés. Las mujeres que vemos por aquí llevan pequeñas y vistosas gorras azules, semejantes a las de los hombres. En el pueblo de La Galga, a 1.200 pies sobre el nivel del mar –ya que hemos estado subiendo sin parar por terreno cultivado– nos detenemos unos momentos. Son las 2 p.m. Hay aquí una finca bastante grande, más parecida a una granja de Inglaterra que cualquiera de las que hemos visto, y una iglesia. El dueño se parece también a los granjeros ingleses actuales: está arruinado, o sea, que el granjero inglés "no está completamente solo en su tristeza". La tierra de este palmero se extiende desde la cumbre de la montaña al mar pero está arruinado y la tierra totalmente hipotecada, al ocho y al diez por ciento. La iglesia de San Bartolomé es la segunda más antigua de la isla y fue fundada en 1651. Un poco más allá llegamos al barranco Nogales, con una bajada muy empinada ya que sus paredes son muy escarpadas. Las engalana la zarza y el brezo y un puente cerca del fondo le da un toque pintoresco a esta garganta. Hasta después de las 3:30 p.m. no llegamos al pueblo de Puntallana y la iglesia de San Juan. Cruzamos a caballo un pequeño puente donde había una cruz forrada de papel blanco y azul. El camino serpentea ahora entre casas aisladas pertenecientes a San Juan y que se extienden por las lomas de unos barrancos cortos y poco profundos, muy parecidos a las cañadas inglesas. En las laderas crece la hierba y la tierra está cultivada en varios lugares, con árboles que crecen abundantemente en algunos rincones. Rodeamos la iglesia y vimos, con horror, un *osario*. Don Manuel nos dice que al cabo de tres años los cuerpos se sacan de la tierra y se depositan en el *osario* que generalmente está a la intemperie. Es de agradecer que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

el aire sea extraordinariamente seco, si no fuese así habría un hedor insoportable. No había ningún mausoleo en el cementerio. Dos molinos de viento de los alrededores tenían veletas curiosas, ¡una representaba un gallo en un barco y la otra un pez!

Un poco más allá llegamos a Santa Lucía, otro caserío, aunque lo suficientemente grande para tener una venta, donde Don Manuel nos invitó a descansar y a comer algo. Nos alegró poder hacerlo, ya que no podemos acostumbrarnos al horario español. Los largos períodos sin comer entre comidas no nos sientan bien, sobre todo cuando hacemos tanto ejercicio. Don Manuel nos dijo que él mismo prefería mucho más las costumbres inglesas; había estado en Inglaterra y, siempre que podía, adoptaba nuestro horario.

Hay una iglesia pequeña en Santa Lucía y unas palmeras diseminadas por el caserío hacen que el lugar sea bonito. Hay también una residencia para caballeros que hace que la zona tenga cierta importancia. En la venta conseguimos pan, sardinas, queso y vino, y nos sentamos fuera disfrutando del almuerzo y del paisaje.

Partiendo de nuevo, rodeamos la parte superior del barranco de Santa Lucía y descendimos por el lado opuesto hasta el fondo. Aquí descubrimos media docena de agujeros, recubiertos de cemento, para lavar, donde evidentemente hacen la colada del pueblo. Acabamos de divisar a dos hombres en la parte alta del barranco, pero en lugar de seguir el camino, bajaron corriendo y saltando, apoyándose en sus pértigas, por los empinados taludes, o *braes*[2] –la palabra escocesa los define de forma apropiada. Eran hombres alegres y vivaces y, al verlos bromeando con nuestros arrieros y también, y respetuosamente además, con nuestros amigos, me recordaron más a los campesinos irlandeses que a cualquiera de los isleños que he visto. Había una rapidez en sus respuestas y una marcada inteligencia en sus caras que sugerían humor y agudeza. Sin duda corre una gran cantidad de sangre irlandesa por las venas de los actuales habitantes de algunas de las

2 Ladera pendiente de montaña. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

islas, pero es difícil descubrir dónde se encuentra, aparte de entre la nobleza y la clase adinerada cuyas genealogías han sido conservadas cuidadosamente. Algunas cuevas habitadas en este barranco son, una vez más, un ejemplo de la fuerte tendencia troglodita existente en el archipiélago, una herencia segura de la antigua raza.

Nos cruzamos con una mujer junto a una cruz (1.100 pies) ataviada con todo el traje típico. Lucía un corpiño negro, atado por delante con cintas, un pañuelo sobre los hombros, con la punta en la cintura, y una de las gorras típicas. Estas gorras las llevan todas las mujeres de aquí a Los Sauces. Nos detuvimos junto a la cruz para admirar el paisaje que se extendía bajo nosotros.

PARADA EN LA MONTAÑA TENEGUÍA, LA PALMA

También queríamos fotografiar a la mujer en traje típico, pero se retiró dentro de su casa, que estaba cerca, y no pudimos convencerla para que saliese. Por ello tuvimos que ponernos nosotros mismos ante la cámara, en su lugar. Los caballos y las mulas estaban en el camino y nosotros, en diversas posturas, sobre el terreno cultivable, algo más arriba. Un hombre en traje típico con una pértiga se alegró de que lo colocásemos en primer plano. La cruz estaba al fondo. El lugar en el que nos paramos se encuentra en la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

falda del monte Tenagua, desde donde hay una magnífica panorámica de Santa Cruz (La Ciudad) y de los barcos fondeados en la ensenada. Desde aquí la bahía muestra una elegante curva y el mar parece en calma y tranquilo, con las goletas, como barcos de juguete, fondeadas e inmóviles. Las casas blancas diseminadas por las faldas pardas de la montaña vecina parecen muy cómodas, arropadas por sus fincas. No muy lejos, hay hogueras ardiendo en las montañas, probablemente quemando basura procedente de los campos. Colocando las cámaras una vez más sobre los caballos de carga, montamos y bajamos cabalgando. Pronto cruzamos el barranco Seco y, poco después, el del Gomero. Ambos eran muy pendientes. Bajamos por el fondo de este último hasta que llegamos al mar, circunvalando los últimos riscos, y cabalgando a lo largo de la playa. También pasamos la boca del barranco de las Nieves, pero no entramos en él. Dicen que hay nueve barrancos entre Los Sauces y la capital, que sólo con que los cruzasen puentes, la distancia entre las dos ciudades sería insignificante. Entramos en la ciudad cruzando un portal y un muro y, al pasar bajo el arco –nuestra caravana resonando por las calles pavimentadas de piedra– con

> "Espuelas españolas con campanillas de acero
> Que relumbraban y colgaban de los talones",

me acordé de los cuentos medievales. Las ventanas y los postigos se llenaron de atractivos palmeros que nos miraban de la misma forma que las damas de antaño observaban desde sus ventanas alguna escena alegre.

Decidimos probar la otra fonda esta vez, ya que Santa Cruz de La Palma posee dos. Está ubicada en el centro de la ciudad, con una situación no tan buena como la primera y en un edificio peor. La regenta una mujer gruesa y enorme, Isabel de León, viuda de Palmasio, y está ubicada en el número 14. A primera vista parece una dirección insuficiente, pero todas las casas de esta isla, en realidad de todas las islas, están numeradas, así que el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

número solo, sin calle ni distrito, es suficiente. Debo decir que aunque la comida era mucho mejor, no le recomiendo a nadie que vaya a esta fonda, porque posteriormente supimos que la viuda no tiene la buena reputación social que prefieren los ingleses.

Después de una cena excelente nos fuimos a la cama con la esperanza, y toda nuestra intención, de dormir.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

SANTA CRUZ DE LA PALMA • ORIGEN DE LOS GUANCHES

XIX

Una morada sencilla, que será la nuestra propia,
Donde nos sentaremos y hablaremos del tiempo y de los cambios,
Mientras el mundo fluye y refluye, sin que nosotros cambiemos.

P. B. SHELLEY

Os rogamos, situad vuestro orgullo
A la altura apropiada, y nunca os avergoncéis
De ninguna empresa honesta –añadamos,
Y terminemos: Para todo lo demás, alzad vuestras cabezas
Y cuidad vuestro inglés.

JEAN INGELOW

MARTES, 16 DE OCTUBRE. Pasé una noche agradable. Alrededor de la media noche me desperté irritada por las ronchas que tenía en las manos, producidas por el sol, y encendí una vela con la intención de frotar mis manos con el líquido balsámico de Don Manuel Sotomayor. Por desgracia hice desaparecer la oscuridad ya que "cuando la ignorancia trae la felicidad, es una locura ser sabio". ¡Descubrí que mi cama estaba invadida de *chinches*! Subían y bajaban por las cortinas blancas y por las sábanas y, cuando levanté la almohada, huyeron en manada. Levantándome de la cama de un salto, llamé gritando a John, que dormía profundamente sobre una cama turca en una esquina. A mí me habían asignado la cama con las cortinas blancas porque era la más atractiva de las dos pero, ¡por desgracia!, era un sepulcro blanqueado. Le dije, "Ven aquí y mira a ver qué son estas cosas", pero estaba demasiado dormido para moverse. Las describí minuciosamente: "son marrones y se parecen a las mariquitas". "¿Te pican?", me preguntó. "No lo creo", le respondí. "Me despertaron las ronchas de las manos." "Bueno, si no te pican, ¿por

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

qué te preocupas por ellos? Duérmete", y así lo hizo él. Cuando hace falta tengo la paciencia necesaria, pero *no* podía acostarme en aquella cama con aquellas cosas, imaginándome cómo se arrastrarían sobre mí por miles, aunque no me picasen. Colocando la almohada sobre el suelo, saqué el "Keating" [1] del maletín y lo espolvoreé cuidadosamente por todo el borde exterior de la cama. Después subí cuidadosamente al centro de la cama y me enrosqué lo más apretadamente posible. Durante un rato observé los inútiles intentos de una o dos docenas de aquellos bichos que intentaban traspasar la barrera sin éxito; a veces casi perdían la vida y se alejaban a trompicones de aquel, para ellos, obstáculo insalvable. Convenciéndome al fin de que no serían capaces de traspasar las defensas, me quedé dormida plácidamente, aunque incómoda, hasta por la mañana. La cama de John resultó estar bastante limpia. Cuando le pregunté anoche si tenía *chinches*, ¡me dijo que como no lo habían picado no quería mirar! pero no había ninguna y creo que la mía era la única cama de la casa que estaba infestada.

Después de tomar café a las siete de esta mañana subimos a la azotea para ver si el vapor había llegado, pero no había ninguna señal de él. Soplaba un fuerte viento del noreste a pesar de lo cual pudimos conseguir unas buenas vistas de la ciudad. La azotea es grande y cubre dos casas, aunque sólo pertenece a ésta. En una esquina hay una de las habituales pilas de lavar de cemento, aunque no es muy corriente verlas en la parte alta de la casa y con suministro propio de agua. Hay agua en toda la casa que proviene de un manantial potable que existe en el centro de la ciudad y que nunca deja de manar. En otra esquina hay un gallinero con algunas gallinas. Un muro bajo recorre todo el borde de la azotea, y sobre él hay algunas flores en macetas, una calabaza, y mermelada de membrillo en latas y platos. La casa, como muchas otras en esta ciudad, es de tres pisos. Unos caballeros salieron a las dos

1 Polvo insecticida inventado, en el siglo XIX, por el químico inglés Thomas Keating. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

azoteas vecinas y conversaron entre ellos contándose, sin duda, los chismes matutinos.

Desde la azotea se obtiene una buena panorámica de toda la ciudad y del vecindario. Cerca de nosotros a nuestra izquierda, mirando hacia las montañas, se encuentra la torre de piedra gris oscura de la iglesia de San Salvador. En su campanario cuelgan campanas de diversos tamaños, además de un reloj que da la hora cada cuarto. La parte más baja y principal de la ciudad está formada por dos largas calles que discurren paralelas a la orilla del mar. Una, sin embargo, es mucho más larga que la otra y es, realmente, la calle principal; en ella se encuentra esta casa. El resto de la ciudad trepa agarrándose a la ladera dondequiera que haya suelo lo suficientemente llano para poder construir. Aproximadamente en medio de la ciudad, justo detrás y por encima de la calle principal, hay una roca escarpada coronada de casas. La masa gris y vertical –un poco de naturaleza salvaje que se alza en el mismo centro de la obra del hombre– proporciona un toque pintoresco, que difícilmente podrá verse en ninguna otra parte. Las casas, o más bien las azoteas, están pintadas de azul pálido, verde mar y amarillo, predominando este último color. Las paredes son blancas, pero los balcones y las ventanas están pintadas a juego con las azoteas y el resultado general es brillante y alegre. Justo frente a la fonda, hacia el oeste, hay un declive en las montañas por el que corre el barranco de los Dolores. En su azocado valle crecen algunas palmeras, altas y majestuosas, sus elegantes hojas meciéndose en la brisa. No destacan, sin embargo, como elemento más importante de la ciudad, como ocurre con las de San Sebastián, en La Gomera. A la izquierda hay una caldera con la pared más cercana al mar desmoronada. Siempre la llaman La Caldereta, para distinguirla de la gran Caldera que ha hecho que La Palma sea tan merecidamente famosa. Al otro extremo de la ciudad, el fondo del barranco y de las montañas bajas, lo forma una cadena de montañas altas que divide en dos la isla, de norte a sur, como ocurre con los Apeninos en Italia. La Palma es la isla más alta del archipiélago ya que, con la excepción del Pico y de la pared de las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Cañadas, sus montañas son más altas que cualquiera de las de Tenerife o de las otras islas.

Cuando terminamos nuestras observaciones y fotografías descubrimos que nuestra cámara, y quizás nosotros mismos, habíamos despertado tanta curiosidad en el vecindario que las azoteas y las ventanas, sobre todo las que se encontraban cerca de la parte alta de las casas, estaban bastante llenas de ojos curiosos, así que bajamos.

Juan y Domingo, nuestros arrieros, vinieron a que les pagásemos y a traer nuestras sillas de montar. Sin darnos cuenta le entregamos a Juan un dólar con un agujero, que él nos devolvió diciendo que no lo aceptarían aquí. Recordando que lo habíamos recibido de la dueña, se lo devolvimos. Lo aceptó, aun percatándose de lo que era ya que sabía que había intentado pasárnoslo a nosotros. Muchas monedas tienen agujeros y, cuando esto ocurre, consideran que no posee su valor completo. La dueña de la fonda opinaba que habíamos pagado demasiado a los muleros, a pesar de que no nos cobraron tanto como en las otras islas.

Paseamos por la ciudad y el mercado, que es un recinto cuadrado de puestos con tejado. De los aleros cuelgan racimos de plátanos y pájaros en jaulas, sobre el suelo hay inmensas calabazas, mientras que la verdura y fruta de todas clases –pimientos rojos, batatas, cebollas, melones, etc.–, las flores, los arbustos, la leña para el fuego y las garrafas de vino forradas de mimbre, forman todos, con la ropa típica de la gente del campo, una escena bonita y llena de colorido. El vestido de las mujeres de la ciudad y sus alrededores es poco atractivo. Sobre el habitual pañuelo con el que se cubren la cabeza –doblado, formando tres picos y atado bajo la barbilla– se colocan un pequeño sombrero redondo de paja de aspecto marinero, tan pequeño que no sirve para dar sombra, y que parece ridículo y no hace juego con el resto del vestido. El sombrero, incluida el ala, tiene más o menos el tamaño de la copa del sombrero marinero que usan los niños ingleses. La parte trasera se coloca muy arriba por lo que cubre la frente casi verticalmente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El pasillo que rodea los puestos del mercado está pavimentado con piedras pequeñas –como riñones petrificados– colocadas formando dibujos. Tomamos una fotografía de los puestos, incluyendo a algunos de los compradores y vendedores. Siempre que tomábamos fotografías en la ciudad se reunía una muchedumbre a nuestro alrededor y teníamos que evitar que, guiados por la curiosidad, abrieran el maletín, exponiendo así las placas al sol.

El barranco de los Dolores, que habíamos divisado desde la azotea, baja por el centro de la ciudad. Su lecho es pequeño y las casas están construidas cerca de sus orillas. Tiene un puente en cada calle. Hay asientos en los laterales de los puentes que, al anochecer, son los lugares favoritos de los habitantes para pasar el rato.

Nos han presentado a mucha gente de la ciudad, y entre ellas se encuentra Don Manuel Pérez Abreu, quien muy amablemente nos mostró su colección de reliquias guanches. Entre ellas había algunos cráneos y huesos. Tres de los cráneos tenían hendiduras en el lado derecho, sobre la frente, tan profundas que eran casi agujeros. Algunos cráneos que vimos posteriormente en Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas de Gran Canaria, tenían marcas similares. Es curioso observar que estaban todas en el mismo lugar, como si el arma con que lucharon o la piedra arrojada hubiera sido siempre la misma y manejada por los guerreros de la misma manera. Había una plomada de piedra en muy buen estado en la colección de Don Manuel, además de una pipa, un cuenco intacto de barro decorado, una cuchara de cuerno muy bien hecha y una cucharilla de barro, indudablemente utilizada para el gofio. Había también algunas conchas que habían sido descubiertas incrustadas en la lava.

Existe un museo, inaugurado hace cinco meses, donde hay algunas reliquias guanches. Es bueno preservarlas ya que no está muy lejano el día en que los visitantes se lleven con ellos todo lo que puedan encontrar.

El puesto de alcalde es muy codiciado en estas islas. Es un cargo que, aunque honorario, generalmente enriquece a aquellos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que lo poseen, pero que, misteriosamente, no sirve para lograr mejoras en la ciudad. Como nos dijo un caballero, "lo que está prohibido se hace y lo que es obligatorio se omite". En Santa Cruz de La Palma el pueblo selecciona a quince personas para el puesto de alcalde y sus nombres se envían al Gobierno, que elige uno como alcalde jefe y, después, el segundo y tercer alcalde los elige el pueblo.

Están permitidos los préstamos con un interés de hasta un diez por ciento, aunque los prestamistas de joyas cobran el veinte por ciento. En la realidad, sin embargo, se paga entre una *peseta* y un dólar al mes por un préstamo de cuatro dólares.

Se imprimen dos periódicos en esta ciudad. Uno, *La Patria*, es semanal y de comentario político, el segundo, *La Asociación*, se publica cuando llega el buque correo, alrededor de cuatro veces al mes. Son como todos los pequeños periódicos de provincia, de las islas y de otros lugares, y les gusta incluir noticias tales como las de nuestra llegada y destino, etc.

Es una pena que la llegada y la partida del vapor inglés sean tan inciertas porque, de haber sabido que pasarían tantos días antes de que llegase, podríamos haber ido a caballo hasta el sur de la isla para ver el manantial de agua caliente que existe allí, en la costa suroeste. El que existía en Fuencaliente fue destruido hace doscientos años por una erupción volcánica, cubriéndolo totalmente la ceniza y las piedras que arrojó en 1677 el volcán vecino. Tal y como están las cosas no nos queda más remedio que esperar aquí día tras día, pero hay mucho que ver en la ciudad y en los alrededores de modo que no malgastamos nuestro tiempo en absoluto.

Fuimos a visitar la iglesia de Santo Domingo, en la parroquia de San Salvador, cuya torre gris divisamos tan claramente desde la azotea esta mañana. El interior tiene mucho dorado y el piso es de baldosas rojas. Un noble flamenco, el Marqués de Gisla Guiselin, tiene una capilla privada en uno de los laterales. Hay seis iglesias en la parroquia, dos de ellas grandes.

Después vimos la única fábrica a vapor de seda que existe en la isla; sin embargo, y lamentablemente, no estaba funcionando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de modo que no pudimos inspeccionarla con detalle. Los mejores capullos proceden de La Gomera.

Nos presentaron a un caballero español que viajaría en el próximo vapor hasta Inglaterra para ingresar en la Escuela de Minas y, muy amablemente, nos acompañó en varias ocasiones a visitar los puntos de interés de los alrededores. Don Mauricio Morales nos llevó a ver una casa de campo, o *finca*, perteneciente a los Sotomayor, situada al sur de la ciudad. Tuvimos que pasar bajo los acantilados de la playa de Diabel y caminar por la playa de arena para llegar a nuestro destino. Solamente se puede pasar por aquí cuando la marea está baja ya que el camino lo cubre la marea alta. Llegamos a un muro bajo que cruzamos por encima y nos encontramos rodeados de cactus de cochinilla. Seguimos adelante y entramos en un paraíso de jardines. La naturaleza y el arte se habían combinado, la primera en la exuberancia del verdor, y el segundo en la disposición del suelo, convirtiéndolo en un lugar totalmente encantador. Los jardines estaban dispuestos en diversos niveles, por lo que para llegar hasta ellos se pasaba constantemente por debajo y por encima de puentes de roca y se subía y bajaba por enrevesados caminos, rodeados por un laberinto de enredaderas que se arrastraban por el suelo, flores, arbustos y árboles frutales y ornamentales. Todo esto se mantiene verde y exuberante mediante el regadío. En el centro del jardín hay un pozo, alrededor del cual un camello, con los ojos cubiertos por unas tapas de mimbre, caminaba con paso lento y majestuoso, extrayendo agua. La extraen mediante latas sujetas a una escalera giratoria de soga, dispuesta sobre una rueda, con los travesaños de madera. Al subir, las latas, llenas de agua, se vuelcan y el agua se vierte en un canal conectado a un estanque. Esta forma de extraer agua parece similar a la que el Sr. W. J. Maxwell describe en sus *Cartas de un ingeniero* y que se utiliza en Siria, excepto que las ruedas allí son mayores. Sin embargo, más tarde descubrimos ruedas mayores en Fuerteventura, que es más oriental no sólo en sus costumbres sino también geográficamente.

Los senderos del jardín estaban empedrados con guijarros, de forma muy parecida al pavimento del mercado. El jardinero

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que nos acompañó arrancó naranjas con ramas incluidas y me las dio. Una exuberancia salvaje prevalece por doquier. Las enredaderas se extienden sin límite, como si no supieran por dónde enroscarse de lo rápido que crecen. Sensuales adelfas, brillantes geranios de diez pies de alto, la preciosa belesa, eucaliptos de amplias ramas, bálsamos, plátanos, naranjos y otras numerosas plantas, conocidas y desconocidas, compiten unas con otras en convertir este lugar encantado en un Jardín del Edén. Dejando atrás el jardín, entramos en la casa, que es extraordinariamente bella. Un pasillo, al que dan todas las habitaciones, lo recorre por fuera. El piso de la sala de estar es de madera taraceada y en el comedor hay unos preciosos armarios en las esquinas. El exterior de la casa está pintado de rojo y blanco con la parte alta en amarillo. Hay una vista magnífica de la ciudad, de los barcos fondeados, con el acantilado de la playa de Diabel en primer plano. Los encargados sacaron vino tinto en nuestro honor mientras estábamos sentados en la sala descansando y disfrutando de la vista. La Playa de Bajamar, nombre de esta *finca,* había sido un trozo de terreno baldío que, debido a su proximidad con el mar, nadie quería utilizar. De buena gana se lo alquilaron a los Sotomayor por el precio de doce dólares al año (dos libras y ocho chelines). Ha resultado una inversión lucrativa ya que en una temporada buena ha producido quinientos *quintales* de cochinilla, que incluso a los bajos precios actuales tiene que haber sido un buen negocio. Como residencia de verano para bañarse y navegar no es posible imaginar un emplazamiento más encantador.

Entrando en el jardín, pasamos una vez más junto al cínico camello, dedicado a su trabajo, y atravesamos los geranios, las adelfas y los naranjos para salir a la playa.

Al acercarnos a la ciudad observamos que había un horno de cal en la puerta de entrada, donde se encuentra el *tránsito de consumos*. Las piedras se traen de Fuerteventura, ya que es más fácil y más barato traerlas de dicha isla que de La Caldera. Los navíos que transportan carga a Fuerteventura no tienen productos de exportación que traer, por lo que, en lugar de regresar vacíos, car-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gan piedras de cal. Los amantes de la naturaleza no querrían ver una carretera en La Caldera, ni la excavación de piedra caliza en sus lugares más escondidos y la consiguiente destrucción de su belleza salvaje. Nos cruzamos con dos pescadores, uno con una camisa roja, el otro con pantalones rojos y camisa azul, y también vimos algunos bueyes que aquí se usan para tirar de trineos con forma de "V", llenos de piedras para la construcción.

Algunos de los nombres que llevan las calles de La Ciudad podrían resultar de interés. La calle principal se llama, curiosamente, "O'Daly", demostrando que alguna vez tuvo que vivir algún irlandés importante en la isla. Otras calles son Santiago, Simonica, Blas Simón, Cincuenta, Cuna, Vandale, Garachico, Joros, Pilar, Mata, Viejas y Molinos. Los nombres están escritos en letras de molde, muy claramente, en las esquinas de las calles.

Esta noche después de la cena salimos a ver la ciudad. Había luna, por lo que no habían encendido las farolas. La ciudad la iluminan bastante bien con farolas de aceite cuando hace falta. Torciendo a la derecha, paseamos por la calle. Compramos varias cestas como las que suelen llevar los palmeros al mercado. También compramos una gorra y un fajín. No nos pidieron precios exorbitantes por estos artículos. Hay menos carestía e incluso pocas veces piden dos precios diferentes en La Palma que en cualquiera de las otras islas; de hecho, no recuerdo ni una sola ocasión en la que intentasen cobrarnos injustamente durante nuestra estancia allí. Continuando nuestro paseo, llegamos a una tienda que tenía el nombre "Panorama" escrito por fuera; entramos pagando unos *céntimos*, y pudimos ver, a través de unas pequeñas mirillas, unos cuadros, no muy buenos y ampliados por una lente, de diversos lugares de España. No había ningún otro visitante mientras estuvimos en aquel lugar y creo que cinco minutos bastaron para ver todos los cuadros.

Miércoles, 17 de octubre. A una hora muy temprana de esta mañana, alrededor de las 7 a.m., el puesto del carnicero en el mercado ya estaba atiborrado de una multitud de mujeres, mu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

chachos y hombres comprando carne, con gran algarabía. Había cabras deambulando por la ciudad en pequeños rebaños como si no tuvieran dueño. La cabras aquí son muy bonitas. Intentamos comprar un par, de color leonado, pero no tuvimos éxito ya que no teníamos tiempo de encargarnos nosotros mismos del asunto. También es difícil conseguir cabras leonadas puras, ya que la cría no se realiza con mucho cuidado.

El capitán del *Matanzas* nos había pedido que comiésemos con él y hoy nos volvió a invitar. Sin embargo, el médico vino a informarnos que el niño del capitán estaba muy enfermo y que por ello no podría recibirnos.

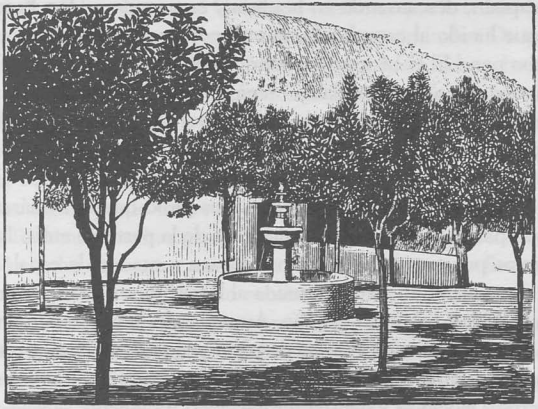
Llevamos algunas cartas al correo pero lo encontramos cerrado, y nos pareció muy divertido ya que ni llegaba ni salía correo ese día. Después fuimos a visitar al Sr. Yanes, para saber si había alguna posibilidad de que el vapor llegara pronto, pero los agentes sabían tanto como nosotros. Cuando coloquen el cable telegráfico, dentro de un mes aproximadamente, todo será distinto.

Al entrar en nuestra fonda, una mujer que llevaba bizcochos se acercó a nosotros. Compramos algunos y estaban muy buenos. Siete nos costaron treinta y cinco céntimos (unos tres peniques y medio).

Don Mauricio nos vino a buscar por la tarde y nos acompañó, caminando por el barranco de la Madera, hasta el pequeño pueblo de Las Nieves. En él pasamos junto a un recinto excavado, llamado la Cueva de la Virgen –aunque no es realmente una cueva– porque una imagen de la Virgen que trajeron a Las Nieves en 1805 descansó aquí durante un tiempo. Mucha gente va en peregrinación al lugar y se dice que aquí han ocurrido numerosos milagros. Por ejemplo, la cueva, que solamente es capaz de albergar a cincuenta personas, aumentó hasta albergar a doscientas; cuando la vimos, no cabrían en ella ni diez. También la lámpara que se encuentra ante la Virgen permaneció, cierta vez, encendida aunque no tenía aceite. El culto ha existido desde los tiempos más remotos, según Viera, pero como La Palma no era cristiana

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hasta la conquista es casi imposible que existiese culto a la Virgen antes de dicha época. Se sabe que adoraban a una diosa y a un dios. Puede que los guanches hayan celebrado alguna procesión y algún tipo de culto en esta cueva, que posteriormente pudo haber sido transformada en un lugar de culto a la Virgen. Los milagros que, según dicen, ocurrieron son de lo más extraordinario: se extinguieron varios volcanes, y un fuego que comenzó en la ciudad cuando se llevaron la imagen de la iglesia donde se guardaba,



LA PLAZA, LAS NIEVES, LA PALMA

¡cesó en cuanto fue devuelta! El devoto Viera es la autoridad que he utilizado para estas historias milagrosas e increíbles.

Caminamos hasta la parte superior del barranco, y el esfuerzo en aquel calor afectó a Don Mauricio más que a nosotros; al llegar, descubrimos una pequeña plaza. En el centro hay una fuente, pintada de un azul brillante y de la que mana un agua excelente, y, dispuestos a intervalos regulares alrededor de la plaza, hay naranjos cargados de fruta. A un lado de la plaza está la igle-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sia mientras que al otro se encuentra la casa del sacerdote. Los bancos junto a las paredes de la casa nos invitaban a descansar. Están pintados de un gris francés y contrastan agradablemente con las ventanas y puertas, que son de un verde brillante. Otras casas están enjalbegadas, con las ventanas y los balcones en rojo. La iglesia, que sólo existe desde 1876, está enjalbegada y la puerta pintada de rojo, a excepción de los pomos, cuyo verde claro destaca. Dos balcones, sobre la puerta de la sacristía, y la ventana del ala oeste también son verdes. Hay un camino empedrado alrededor de la plaza. Además de nosotros, hay un caballero, el primo del capitán, descansando en la plaza y esperando a Don Fernando, que ha ido al campo a buscar al médico, ya que su niño está mucho peor. El bebé murió posteriormente. Habían perdido tres de los cuatro niños que habían tenido, pobre gente. Cuanto más se ve la forma en que se crían los niños por todo el mundo, más se asombra uno, no de que mueran sino de que vivan, ya que parecen ignorarse las normas más elementales de higiene.

El ama de llaves del sacerdote nos pidió que atravesáramos la casa para que viésemos el paisaje desde la parte de atrás. Ignorábamos por completo que estuviéramos sentados de espaldas a una casa que se encuentra situada al borde de un abrupto precipicio sobre el barranco del Río. Atravesando la vivienda, salimos por el otro lado a una especie de patio con tres esquinas, protegido por un muro bajo, en el que había varios niños y un par de mujeres. Debajo se extendía un barranco totalmente salvaje, formado principalmente por rocas y piedras. Una acequia transporta el agua por una de las fachadas, moviendo, de paso, dos molinos de gofio. Una pequeña glorieta, con un banco de piedra y cubierta con palos y ramas de árboles atravesados, fue para nosotros un lugar de descanso encantador, y la vista desde la misma era muy bonita. Probablemente el ilustre pastor se sienta aquí a meditar sobre su sermón dominical.

Regresando hacia casa a las 2:10 p.m., bajamos, llegando rápidamente a La Ciudad a las tres en punto. Después fuimos a ver la cárcel, cerca de la iglesia de Santo Domingo, entrando por una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

puerta pequeña, que siempre está abierta. La puerta grande está cuidadosamente atrancada, una precaución innecesaria si la más pequeña está abierta, diría yo. Dentro descubrimos un agradable jardín lleno de plataneras. Los dormitorios son amplios y bien ventilados. Cada prisionero trae su propio colchón y cada uno tiene su propia caja de ropa en su cuarto. Había varios hombres y mujeres. Los primeros se dedican a fabricar pipas, mientras que las segundas lavan y cosen. Todo parecía muy informal, como si estuviesen jugando a estar presos, y la huida no parecía difícil. Sólo vimos una cadena, en un cuarto del sótano, sujeta a un piso de piedra. Supongo que el Gobierno confía en que la reducida dimensión de la isla impida que se escapen los criminales. De todos modos, hay muy poca criminalidad, más que nada, robo y hurto.

Saliendo de la cárcel, fuimos con Don Mauricio a ver al Sr. Laremuth, a quien ya habíamos sido presentados. El Sr. Laremuth es cónsul de los Estados Unidos, y había sido cónsul inglés pero, debido a algún error o malentendido, ya no lo es. El Gobierno inglés, por lo tanto, no tiene representación en esta isla.

Teníamos muchas ganas de ver una escuela del Estado y nos costó mucho convencer a nuestros amigos para que nos llevaran a una. Después de recordárselo continuamente a todos, día tras día, y de molestarlos, sin duda, con nuestra insistencia, por fin hemos tenido éxito. En un cuarto relativamente pequeño encontramos a cincuenta muchachos, supervisados por un maestro. Este pedagogo recibe 1.500 *pesetas*, alrededor de sesenta libras, al año, además del presupuesto normal para artículos imprescindibles, equivalente a una cuarta parte de sus ingresos. Los globos terráqueos son ingleses, también algunas de las libretas, aunque otras son francesas. Nos enseñaron la caligrafía y el dibujo de los mejores alumnos. La primera era un poco angulosa, lo segundo muy bueno. Nos costó mucho, muchísimo, convencer al maestro para que nos enseñase algo que no fuera *lo mejor*. A los muchachos se les enseña a leer y escribir, muy poca geografía y aritmética, y un poco de historia sagrada española. El horario escolar es de las nueve a las once y de las tres a las cinco. Los niños estaban muy

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

limpios y bien vestidos, pero tengo la impresión de que el buen maestro había sido informado previamente sobre nuestra probable visita y que, por consiguiente, todo estaba absolutamente impecable.

Hay tres escuelas públicas o primarias en La Ciudad, una para chicas y dos para chicos, y alrededor de ocho escuelas privadas, de las que tres son para chicas. A los habitantes de La Ciudad les preocupa mucho la educación de sus hijos, pero a la gente del campo le es indiferente.

Al regresar a la fonda nos encontramos al Sr. Lavers y a su padre, esperándonos; también al Sr. Álvarez, hijo del cónsul francés, que había venido a ver el equipo fotográfico, ya que es fotógrafo y lógicamente está muy interesado.

Dimos una vuelta por la ciudad esta noche. Aquí se compra por la noche, por lo que la ciudad tiene un aspecto muy atractivo, con todas las luces encendidas y las calles bastante llenas de gente.

Me alegra decir que nos han cambiado de habitación esta noche. Dos españoles, padre e hijo, que se alojan aquí, se han enterado de nuestra aversión por las *chinches* –que no debe ser muy común– y, con una bondad y desinterés por los que les estamos enormemente agradecidos, nos han ofrecido su habitación y han tomado la nuestra a cambio, ¡incluyendo las *chinches*!

Jueves, 18 de octubre. Nos despertamos algunas veces durante la noche con una sensación de incertidumbre sobre lo que podría haber en la habitación. Resultó que habíamos traído algunas *chinches* con nosotros en nuestros objetos personales y también estaban las inevitables *pulgas*, un mal menor, que pican tanto dentro como fuera de casa.

La primera noticia que recibimos esta mañana fue la llegada del vapor. Si hubiésemos sabido que no llegaría hasta hoy, habríamos ido probablemente a ver el resto de la isla. Sin embargo, tenemos que dejar algo para nuestra próxima visita a las tierras altas canarias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El Sr. W. Lavers vino amablemente a buscarnos y nos llevó a ver su fábrica de tabaco. Después fuimos a la casa de su suegra, una vivienda muy antigua, con puertas y techo magníficamente tallados. Las señoras nos mostraron una gran cantidad de trabajo de diversas clases hechos por la anciana señora. Algunos eran una especie de macramé, sólo que con hilo de ganchillo, y que utilizan en los extremos de las toallas. Con tela estampada y ganchillo había realizado unos curiosos cubre-piés, para llevar en la cama. También había hecho unas macetas con diferentes maderas, hierbas y conchas. Esta última idea la había introducido un español de Cuba, que trajo un macetero de allí hecho por un chino. Doña — — lo copió y realizó unos diseños propios, mucho más atractivos. La pieza de artesanía más maravillosa, sin embargo, era una rosa, o más bien varias, fabricadas con la membrana interior de la cáscara de huevo. Era una maravillosa muestra de trabajo delicado. Cuando me mostraron las rosas, nos pidieron que intentásemos adivinar de qué estaban hechas, pero nos fue completamente imposible. El tiempo, la paciencia y la delicadeza de ejecución necesarios para realizarlas, hacen difícil creer que se pueda llevar a cabo tal hazaña. Todos los trabajos eran maravillas de habilidad y constituirán una valiosa herencia de familia. Nos consideramos afortunados al haber visto no solamente el trabajo, sino a la propia persona que lo realizó. También nos enseñaron un par de pañuelos guanches, o algo semejante a pañuelos, uno de una fibra tan fina que casi parecía encaje y uno de lino toscamente tejido que, según decían, provenían de la época de la conquista. Para llegar hasta el jardín, que fue lo siguiente que nos pidieron que viésemos, tuvimos que subir al piso alto. Era muy curioso que nos llevaran casi hasta la parte alta de la casa, para luego salir al jardín a través de una puerta. Esta casa está situada en una de las pendientes más inclinadas de La Ciudad. El jardín se encuentra cerca del tejado, donde el suelo es menos pendiente, pero incluso allí tiene que disponerse en bancales. Se entra al piso bajo por una calle, pero la puerta de salida, por la parte superior del jardín, da a otra, a pesar de que la distancia real que se recorre es muy corta, aunque muy empinada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Subimos en un carruaje hasta la iglesia de la Concepción esta tarde, acompañados de dos caballeros. Está situada a 1.100 pies sobre el nivel del mar, al borde de La Caldereta. Cincuenta pies más arriba se encuentra el punto más alto del borde de la pared semicircular que forma esta caldera, que es una reproducción en miniatura de la Caldera grande. Nos encontramos tan por encima de la ciudad que podemos ver el interior de sus calles, toda ella extendida ante nosotros como si fuera un mapa. Ver una ciudad a vista de pájaro nos proporciona una idea mucho más completa de cómo es. Nos cruzamos con un joven cazando con escopeta en la falda y los riscos de la Caldereta, ya que hay allí numerosas palomas y conejos. El deportista era un individuo fornido, con pelo rubio y ojos azules y, vestido con aquella ropa de caza, se parecía muchísimo a un inglés. Dijo que no había cobrado ninguna pieza hoy. Hay un par de bricbarcas, un bergantín y dos goletas, además del vapor inglés, fondeados abajo. El *correo*, que levó anclas justo cuando salíamos de la ciudad, ya no puede divisarse debido a la calima.

Nos subimos al carruaje y partimos a las 4:45; nuestro buen par de caballitos parecía volar. Los caballeros se sintieron tentados por una venta nueva y de aspecto limpio en el camino de bajada, y se pararon a tomar una cerveza, una alternativa a los vinos de la isla. Aquí tienen un par de camas y podría ser un lugar más agradable para hospedarse que la ciudad, a menos que La Ciudad ofrezca en el futuro una fonda mejor que la que existe en la actualidad.

Nuestros amigos cenaron con nosotros en la fonda y conseguimos más información de interés sobre la isla. La temperatura en invierno en La Ciudad va desde los 59° F (15° C) hasta los 64,4° F (18° C) y en verano desde los 73,4° F (23° C) hasta los 82,4° F (28° C). Esto demuestra que esta ciudad es uno de los lugares más frescos en verano, aunque hay muy poca diferencia entre las distintas islas. La población de la isla alcanza casi los 40.000 habitantes, 8.000 de los cuales residen en la capital, muy distinto a los tiempos de la conquista cuando, aparentemente,

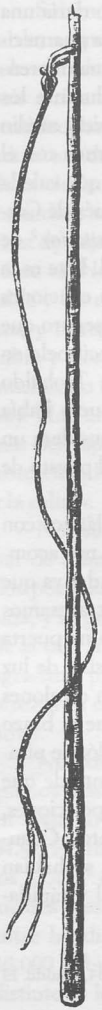
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sólo había quinientos hombres en toda La Palma. Esto daría una población total de alrededor de 2.500. La ciudad estaba guarnecida por un batallón de 1.000 soldados. La marea tiene una diferencia entre pleamar y bajamar de siete pies, excepto durante los equinoccios de marzo y septiembre, cuando sube un pie y medio más. Después de la cena un artista de la isla vino a vernos con el Sr. Yanes. Nos dice que hay una colección de cuadros que vale la pena ver en la villa de La Orotava, en la casa del Marqués de Castro. Se puede conseguir una partitura de los *Cantos canarios*[2] de Teobaldo Power, compositor canario, ahora en Madrid. Ésta es la información que me dieron cuando pregunté si había canciones de las islas. Cuando mencionaron el nombre dije, "De seguro que el compositor es irlandés, no canario". No pudieron decírmelo en La Palma, pero posteriormente pude confirmar que Teobaldo Power era de ascendencia irlandesa, ya que su bisabuelo había sido irlandés. Ahora reside en Madrid, donde se le considera un pianista y compositor de primera, desempeñando allí el puesto de organista de la capilla real.

Cuando expresé mi deseo de obtener uno de los látigos con pincho que utilizan los arrieros en esta isla, el Sr. Yanes nos acompañó a buscar uno. No se pueden conseguir en las tiendas ya que son artículos hechos a mano. Estaba oscuro cuando atravesamos las calles. Repentinamente nos obligaron a entrar por una puerta que había en una cancela y nos encontramos en un pasillo de luz mortecina, ancho, parcialmente abierto por arriba, con escalones centrales que conducían a un nivel inferior. Tocándome el brazo con la mano, el Sr. Yanes me dijo que tuviera cuidado dónde pisaba y, fijando la mirada en el suelo ante mí, me di cuenta de que estaba cubierto de hombres dormidos en diferentes posiciones, vestidos con la ropa blanca corriente, algunos con mantos. Cuando penetramos aún más en la vivienda algunos, que se habían despertado y entreabierto un ojo, se despertaron total y rápida-

2 *Cantos canarios* por Teobaldo Power, Carrera de San Jerónimo, 34, Madrid. El precio es de 7,50 dólares.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024



LÁTIGO Y PINCHO COMBINADOS, LA PALMA

mente. Creo que fue la llegada de una señora más que el hecho de que fuésemos extranjeros lo que los despertó tan rápidamente. El Sr. Yanes les explicó mi propuesta de que me vendiesen un látigo. A un hombre que estaba a punto de ofrecernos el suyo, el otro que tenía a su lado le tiró del brazo hacia atrás, diciéndole que el suyo no era lo suficientemente bueno. Finalmente sólo uno se mostró dispuesto a separarse de su pincho, ya que los otros no podían valerse sin el suyo para su regreso a casa, al día siguiente. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad notamos dos caras sonrientes, entre tantas atractivas que nos rodeaban y que reconocimos como las de nuestros arrieros, Juan y Domingo. Este lugar para dormir lo utilizan los campesinos que traen sus productos al mercado o para exportar. Al alba, tanto ellos como sus mulas regresan a casa. Con un cordial "Buenas noches" dejamos que siguieran durmiendo. Debo decir que el látigo costó dos pesetas y media (dos chelines), un precio que se consideró justo. El hombre nos dijo que sólo la tira y el pincho le habían costado casi esa cantidad y me dijeron que era verdad, un ejemplo más de la ausencia de todo intento de engaño tan propia de los palmeros, que quiero volver a mencionar de buena gana. El látigo, que aún poseo, tiene cuatro pies de largo y está fabricado con madera dura y sin pelar. La tralla, de cuero trenzado, va sujeta por una pieza de cuero que pasa a través de un agujero cerca del extremo superior del palo. Tiene un clavo pequeño, de un cuarto de pulgada de largo, incrustado firmemente en la punta. Lleva dos trozos de cuero liso, de siete u ocho pulgadas de largo, cosidos al final de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

la tralla que es muy pesada y capaz de hacer daño a las duras pieles de las mulas. El Sr. Yanes nos llevó después a un *café* de aspecto limpio, con mesas de mármol, bastante moderno y bien dispuesto, donde comimos unos helados hechos con leche, llamados *mantecados.* Fue un final del día que disfruté más que la comida con la que lo comenzamos, ya que para el desayuno esta mañana nos sirvieron, como gran exquisitez, ¡caracoles! Los habían hervido en su concha, y para hacer nuestra comida aún más atractiva, la buena propietaria, al ver que despreciábamos aquellas delicias, procedió a comérselos ella misma, extrayendo el caracol de la concha con un alfiler de cabeza que sacó, para ello, de su pelo. Al ver que John estaba intentando en vano extraer uno de la concha, le ofreció su extractor para que lo usase, a la vista de lo cual, con una rapidez rayana en lo indecoroso, él buscó desesperadamente en la parte inferior de su chaleco y, afortunadamente, pudo encontrar un alfiler.

Viernes, 19 de octubre. Nos queda otro día más aquí porque el vapor aún está cargando y no sale hasta esta noche. Tras levantarnos a las 6:30 y después de tomar un poco de café, bajamos distendidamente hasta el muelle para ver si estaba muy animado. Encontramos unos hombres cargando el *Saffi.* Uno de los productos era tela de color. El oleaje era bastante alto y el muelle, que no era lo suficientemente largo, casi no ofrecía protección a los botes mientras los cargaban. Los bueyes traían barriles de almendras de las tiendas, que los hombres transportaban sobre los hombros, metiéndose hasta el pecho en el mar para colocarlos dentro de los botes. También estaba funcionando una grúa; se hacía todo lo posible para ganar tiempo. Algunos muchachos estaban bañándose en la playa, unos pilluelos alegres y bronceados, de cuerpos delgados. Nos acercamos a la oficina del Sr. Yanes para pagar nuestras literas hasta el Puerto de la Cruz y nos sorprendió considerablemente la modesta suma de veinticinco pesetas cada uno (una libra) que nos pidió la compañía "Forwood Brothers" por el viaje. Lamentablemente en la actualidad no exis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

te competencia en las líneas de vapores, de modo que hay que pagar lo que piden o viajar en un navío de vela. Como la distancia es solamente de unas cincuenta millas, el precio es totalmente desorbitado. Regresando a la fonda, desayunamos a las 9 a.m., tras lo cual algunos de nuestros amigos se acercaron a charlar con nosotros. La amabilidad y atención que hemos recibido de los caballeros en Santa Cruz de La Palma, y de hecho en toda la isla, no ha sido superada por los habitantes de ninguna de las otras islas.

Debo mencionar aquí que si muere una persona que sea pariente, incluso remotamente, de alguna familia, ésta se ve obligada a guardar luto. Esto, para nosotros no significaría lo que significa aquí. En las Canarias se suspenden los actos de hospitalidad y los que están de luto ni hacen ni reciben visitas, y tampoco salen. Las mujeres de la familia aceptan esta obligación hasta tal punto que sufren, tanto mental como físicamente, a causa del encierro. El resultado inmediato para nosotros fue que no nos pudieron recibir en La Ciudad, ya que varios de los residentes no podían hacer gala de su hospitalidad porque estaban de luto. Se entendería, por supuesto, si fueran parientes cercanos, pero cuando el parentesco es distante parece una costumbre bastante inútil. Debe haber mucha hipocresía en esto porque la gente no puede aparentar que siente una pena inmensa por aquellos a quienes quizás nunca han visto. Hay que lamentar cualquier costumbre que obligue a las personas a permanecer en su casa, ya que debilita el sistema nervioso y mina la salud en general. Algunas de las mejores familias han comenzado a atacar esta costumbre. Los que han sido educados en Inglaterra han visto que no sentimos menos aflicción por la pérdida de nuestros seres queridos porque salgamos y cumplamos con nuestros deberes y nuestro trabajo en la vida, ya que no nos parece que sirva de nada encerrarnos entre cuatro paredes. Pero de todos es sabido que las costumbres relacionadas con el matrimonio o con los muertos son las más arraigadas y las más difíciles de cambiar en cualquier país. Son ellas las que brindan pistas sobre el origen de un pueblo cuyo pasado remoto es desconocido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El sistema guanche de enterramiento es el mejor medio que tenemos de identificar a dicha raza, aunque ayudados en la investigación por otros hechos. Si se pudiese penetrar e investigar en las cuevas de los lugares más recónditos de los valles de las montañas del Atlas, divisadas pero nunca visitadas por Hooker y Ball, probablemente se encontrarían restos e incluso momias similares a las de las Islas Canarias. El origen de la antigua raza, ahora abolida como nación, que antiguamente habitaba en el archipiélago canario, se ha perdido en el olvido. Como es un tema que hasta el momento no ha sido descifrado por los expertos, me perdonarán si intento esclarecer este misterio. Baste decir que la opinión generalmente aceptada es que los nativos de las Islas Canarias que se encontraban aquí en la época de la conquista eran originarios de la cercana costa de África y que su lengua y costumbres eran afines a las de los bereberes y árabes. Que había una tribu llamada Canarii que habitaba en un bosque más allá de las montañas Atlas, en el río Ger, lo sabemos por la descripción que hace Plinio de los viajes de Suetonio Paulino. Hace poco se ha encontrado una inscripción en el barranco de Balos, en Santa Lucía, Gran Canaria, que comienza de la misma forma que la famosa inscripción de Dougga. [3] Como se cree que la fecha de esta última es, casi con toda certeza, anterior al siglo segundo antes de Cristo, los grabadores de la de Santa Lucía tienen que haber vivido en la misma fecha, si no antes. El Sr. Verneau ha encontrado también en Balos otras dos inscripciones, totalmente diferentes y, por desgracia, incompletas. El doctor Hamy cree reconocer ciertas letras fenicias, de un tipo extremadamente arcaico, en los bordes de estas piedras. Algunas inscripciones descubiertas en Los Canales, en El Hierro, por Don Antonio Padrón hace unos años, también han sido estudiadas sin demasiado éxito. A pesar de ello, sí se ha podido apreciar que son caracteres libios.

Hay varios datos sobre los antiguos habitantes que son notables e indiscutibles. La característica etnográfica más significativa

---

3 Lugar histórico del sur de Túnez, donde se encontraron jeroglíficos en piedras. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

es que embalsamaban a sus muertos. En la actualidad sólo se conocen tres naciones que hayan utilizado técnicas de embalsamamiento: los egipcios, los incas y los guanches. Se dice que la técnica guanche de embalsamamiento era similar a la de los egipcios de clase más baja, aunque Prichard no aceptaba esta teoría. No hay duda que, en muchas cosas, los guanches eran enormemente civilizados. Sus costumbres, su integridad, sus leyes, todo apunta a una civilización que no puede haber surgido de una raza bárbara sino que tiene que haber sido el resultado de muchos siglos. Como su conexión con los bereberes ha sido establecida y existe evidencia sobre la similitud de sus formas de enterramiento y las de los antiguos egipcios, ahora solamente carecemos del vínculo que relaciona a los bereberes y los egipcios. Hay muchas cosas que harían que fuese posible descubrirlo pero, desafortunadamente, hasta que los lugares más recónditos de las montañas Atlas hayan sido explorados, seguirán faltando pruebas sobre este punto tan importante. Sir J. D. Hooker y el Sr. Ball mencionan en su trabajo [4] que cuando penetraron en un desfiladero conocido como Ain Tarsil, a 3.000. ó 4.000. pies sobre el nivel del mar, vieron unas cuevas en las laderas de los riscos, a unos cincuenta pies sobre sus cabezas, que parecían cavidades naturales agrandadas por la mano del hombre. Donde se había roto el borde, lo habían reparado con bloques irregulares de piedra. "Lo más singular de estas viviendas lo constituye el hecho de que estén todas cerca de la parte superior del risco, donde la roca es casi vertical, en lugares a los que no se puede llegar en la actualidad sin una escalera u otra ayuda artificial." Añaden que los moros, como de costumbre, "las relacionan, así como todas las demás ruinas antiguas, con los 'cristianos', y las historias sobre tesoros ocultos hacen casi imposible intentar explorarlas o examinarlas". Estos coautores piensan que el emplazamiento de estas cuevas fue elegido porque era el que ofrecía más seguridad contra los ataques de hombres o alimañas. No se sabe si los troglodítas utilizaban un árbol con muescas

4 *Marocco and the Great Atlas.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

como escalera o si poseían una increíble habilidad para trepar. Como puede verse, estas descripciones son perfectamente aplicables a las cuevas de las Islas Canarias, muchas de las cuales no han sido exploradas debido a su inaccesibilidad. Ain Tarsil se encuentra entre el Atlas y el mar, en la zona más baja de la cadena de montañas, al sur de Marruecos. El único viajero que ha penetrado en este desfiladero, además de Sir J. D. Hooker y del Sr. Ball, es el Sr. Balansa que, sin embargo, no parece haber visto dichas cuevas. Por lo tanto, no es de extrañar que su afinidad aparente con las cuevas de las Islas Canarias no haya sido mencionada antes.

¿No sería posible, a juzgar por el cuidado obsesivo con que se han protegido estas cuevas, que no fuesen simplemente viviendas vacías y sin utilizar, de antiguos trogloditas, sino que contuviesen momias como las que existen en lugares similares en las Islas Canarias? Fruto de mi observación personal en las islas, creo firmemente que sólo las habitaron bereberes, posiblemente más de una tribu. La distinción generalmente aceptada, que separa a Lanzarote y Fuerteventura del resto de las islas, ya que se dice que sus moradores provenían de otro lugar, no es, en mi opinión, aceptable, es decir, si se acepta que los actuales habitantes son descendientes, al menos parcialmente, de los guanches, hecho que pienso que puede afirmarse sin lugar a error. Es curioso que aún hoy en día los nombres de algunos de los habitantes de las islas no se correspondan en absoluto con los nombres de las islas. La opinión generalizada es que el nombre del archipiélago tiene su origen en la tribu Canarii, o Kanar, que vivía al otro lado del Atlas. Me atrevería a sugerir que ellos, que serían los principales colonizadores, posiblemente dieron su nombre a todo el grupo y que, por consiguiente, a los habitantes de las otras islas se les conoció, durante algún tiempo al menos, por los nombres tribales que aún sobreviven con diferente forma. Las interpretaciones dadas a estos nombres son diversas, y los nombres antiguos y modernos se han mezclado de una manera difícil de desentrañar. "Majo", que, según dicen, es el nombre antiguo de los pobladores

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de Fuerteventura, ha sido transformado en "majorero" por los españoles, quienes también intentan explicar que "majo" proviene de un *zapato*, en relación con el curioso calzado que usaban los nativos. Esta explicación es muy pobre, ya que su calzado era similar al usado en las otras islas. Es mucho más probable que venga de "Majorata", el supuesto nombre antiguo de la isla. La palabra "conejo", de igual forma, se explica como palabra española, llamándose ahora "conejeros" a los habitantes de Lanzarote debido a la gran cantidad de conejos que existen en la isla. Resulta curioso, si esta explicación fuese verdadera, que los palmeros no llevasen este nombre, ya que se dice que los conejos abundan muchísimo en La Palma. "Titre-roy-gatra", que era el antiguo nombre de Lanzarote, desde luego, no parece tener ninguna conexión con "conejo". He hablado con otras personas sobre los numerosos nombres dados a Tenerife y también están de acuerdo en un origen tribal. La Palma ha perdido completamente su nombre de "Benahoare", o "Benehoave", y a los pobladores actuales se les llama palmeros. En cuanto a La Gomera nadie intenta encontrar una explicación, a no ser que sea que procede de "Gumero", o "Gomerita", una tribu que, según Leo Africanus, habitaba las montañas de Mauritania. Numerosos son los significados de Hierro ya mencionados, pero aún no se ha decidido si procede de Hera, Juno o Hero, hijo de Gomer, según el P. Maestro Sarmiento, o de "Haoaros", otra tribu mencionada, conjuntamente con los Gumeros, por Leo Africanus, o de Hiero, que fue un tirano de Siracusa durante la primera guerra púnica, o de ninguno de ellos. Pero el significado de los nuevos nombres de las islas dados por los españoles, tal y como se las conoce ahora, es igualmente difícil de dilucidar. No hay más palmeras en La Palma que en ninguna otra parte. Fuerteventura es, de todas las islas, probablemente la que menos merece su nombre, "*fuerte ventura*" o, en otras palabras, buenaventura o buena suerte. Viera afirma que Gran Canaria es, sin lugar a dudas, un nombre latino y de ello extrae ciertas deducciones. Esto, sin embargo, no es un argumento sólido, ya que, cualquiera que hubiera sido el nombre de las islas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

o de sus habitantes, los conquistadores lo habrían latinizado. Los ejemplos de esta pronunciación equivocada y de la consiguiente equivocación en su escritura son numerosos, ya que todas las naciones conquistadoras alteran, en mayor o menor grado, los nombres de los lugares conquistados. Una diferencia de lengua es suficiente para hacer que incluso algunas naciones europeas cambien completamente sus nombres. Los franceses convierten a "Londres" en un monosílabo y lo escriben de diferente manera, mientras que nosotros los ingleses asimilamos a la lengua sajona los nombres latinos: "Napoli" tiene poco en común con "Naples", ni "Livorno" con "Leghorn". Procuren que cualquier lobo de mar les cuente historias sobre los lugares que ha visitado y, si es la primera vez que se habla con un marinero, se verá que sólo después de escucharle durante quizás media hora ¡se acaba uno por enterar de qué zona del globo está hablando! El mismo razonamiento es también aplicable a Suetonio Paulino que, por supuesto, pronunciaría el nombre de la tribu a la que llamaba "Canarii" a la manera latina y que Plinio también tendería a perpetuar. "Guanche", como ya he mencionado, se refiere *solamente* a los antiguos habitantes de Tenerife, aunque en la actualidad se utiliza genéricamente para los antiguos habitantes del grupo. Se discute sobre la posibilidad de que este nombre también haya sido alterado o modificado en cierta medida. "Tinerfe", dicen algunos, es "Chinerfe", y "Teide", "Echeyde", que, según dicen, significaba "Infierno" y, por esta razón, a la isla antes de la conquista se la conocía en Europa como la Isla del Infierno. Bory de St. Vincent retrocede más, e intenta demostrar que los antiguos egipcios descendían de los canarios, ¡que eran los supervivientes de un pueblo que habitaba en la Atlantis perdida! Las hojas de laurel que se colocaban sobre la cabeza del rey guanche cuando se le coronaba eran similares al lotus colocado sobre la cabeza de Isis. La *colocasia*, una planta cuya raíz se comía y cuyas hojas aparecen representadas en pinturas guanches, también acompañaba a los dioses de Egipto. La mejor tesis es quizás que sus momias se embalsamaban de forma similar y que la incisión para extraer las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

entrañas se hacía en Egipto con una piedra que, como la *tabona* de los guanches, era de basalto duro. Ambos utilizaban cuevas para depositar a sus muertos y ambos utilizaban tumbas piramidales. Bory de St. Vincent da mucha importancia a este último hecho y ofrece detalles que demuestran que no pudo haber visto nunca las primitivas tumbas de piedra de los guanches o no las habría comparado –salvo como una idea general compartida por ambos pueblos– con los magníficos monumentos de Egipto.

Los Sres. Hooker y Ball mencionan que las casas bereberes o rifeñas se construyen con barro mezclado con piedras. En la actualidad, hay casas construidas de forma similar en las Canarias, y en San Bartolomé de Tirajana, en Gran Canaria, aún se puede ver una vivienda guanche con una cubierta de estos materiales. Las dos ramas principales de los bereberes son montañesas, y los tuareg del gran desierto, de quienes se supone descienden parte de los guanches, tienen la misma procedencia. Un hecho curioso es que los bereberes son claramente superiores a sus vecinos en inteligencia, capacidad de trabajo y actividad, y tenemos pruebas suficientes de que los antiguos habitantes de las Islas Canarias poseían leyes, instituciones y costumbres que no deshonrarían a una comunidad civilizada.

El mejor ejemplo vivo del gran lenguaje bereber es el de los tuareg y, de ellos, el de las tribus de Ayguer y Ahazzar conocido como el tamashek. Posee una forma primitiva de escritura, desconocida en el resto de los pueblos bereberes, que sólo se utiliza para inscripciones en rocas o en escudos. El Sr. de Rochemonteix ha descubierto una semejanza en la base gramatical entre la lengua bereber y la de los antiguos egipcios, que confirmaría aún más mi teoría sobre la probabilidad de que algún día se descubrirá que el embalsamamiento se utilizaba en los lugares más recónditos del Atlas. De los bereberes a los canarii no hay más que un pequeño paso. El oasis de Ammon, habitado por una gente que habla el lenguaje tuareg, ofrece otro vínculo con Egipto. Tampoco es difícil aceptar que existía una conexión entre los antiguos egipcios y sus vecinos cercanos del desierto que vincularía así a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

todo el continente de este a oeste. De hecho, Hornemann y Marsden han demostrado que los tuareg se extendieron por todo el Sahara, de oeste a este. Sin embargo, hasta que Marruecos se abra a la civilización será imposible dar una explicación satisfactoria para las mentes científicas sobre el origen de la raza guanche y de su forma de embalsamar a los muertos.

La temperatura al mediodía de hoy a la sombra era de 78° F (25,6° C), y a las 9 p.m. era de 77,5° F (25,3° C). Subimos a bordo alrededor de las nueve; un hombre nos llevó el equipaje al muelle, donde cogimos un bote hasta el vapor. Era un placer sentirnos bajo la bandera británica una vez más y oír a los marineros hablar en nuestra lengua. La sola imagen de la bandera británica proporciona una sensación de seguridad y alivio que solamente pueden apreciar completamente los que se han visto privados de ella durante un tiempo. Produce un efecto tonificante. Se siente que el hecho de ser inglés, en la acepción más amplia del término, es suficiente para que uno mantenga la cabeza más alta y que camine con más orgullo. Éstas eran las sensaciones que experimentábamos incluso al subir a bordo de un barco tan corriente –medio de carga, medio de pasajeros–. Nuestros paisanos estaban a bordo y eso era suficiente. Había también muchos pasajeros españoles, ya que este barco, en su viaje de vuelta, visita Gran Canaria, Lanzarote y varios lugares de la costa occidental de África y, luego, Cádiz. Nuestro amigo, Don Mauricio, también se encontraba a bordo, camino de Inglaterra. Me alegró poder servir de intérprete de sus peticiones. Ellos sentían ahora esa sensación de impotencia que tantas veces habíamos sentido nosotros ante una lengua que no era nuestra lengua materna. Me temo que los marineros sentían mucho desprecio por ellos ya que el deseo principal de la mayoría de los españoles era retirarse a sus literas lo más rápidamente posible. Los españoles no son buenos marineros. Un pobre desgraciado ya se encontraba fuera de combate y, como su litera estaba a la vista del salón y la puerta abierta, el camarero la cerró de un portazo ¡y con qué palabras! ¡Pobre desgraciado! El capitán no había realizado este viaje antes y las costumbres espa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ñolas eran nuevas para él. El representante de la compañía sólo podía hablar unas seis palabras de inglés y el capitán no hablaba nada de español, de modo que iban manga por hombro, y nos resultaba muy divertido.

Sábado, 20 de octubre. No partimos anoche hasta cerca de las 11 p.m. e, incluso entonces, solamente avanzamos a media velocidad, ya que no permitían desembarcar en el Puerto de la Cruz antes del amanecer. Cuando estaba sobre cubierta por la mañana, Don Mauricio me pidió, en nombre de muchos de los españoles, que le preguntase al capitán si podían desembarcar en el Puerto de la Cruz y volver a subir a bordo en Santa Cruz, yendo por tierra de un lugar a otro. Como es lógico, le transmití su solicitud. Al capitán, sin embargo, le repugnaban tanto las costumbres españolas, viendo solamente el lado peor y no conociendo sus virtudes, que, de forma típicamente inglesa, dijo: "¡Pueden irse al —, me da lo mismo!". No necesito decir que no traduje sus palabras, sino que me volví hacia las preocupadas caras y les dije que el capitán les daba permiso con todo el placer del mundo. El capitán, un buen marino inglés, insistió amablemente en que nos quedáramos a bordo a desayunar y disfrutamos mucho del servicio británico. Bajamos a tierra con el capitán en el bote del representante pero –sin que él lo supiera y cuando no podía oírlos– los hombres nos exigieron, y nosotros les dimos, cuatro pesetas. Una vez más habíamos llegado a la tierra de la extorsión. En el establecimiento del Sr. Turnbull nos aguardaban algunas cartas y, como las noticias de casa eran buenas, nos alegramos mucho.

El Sr. Louis Renshaw de Orea vino a vernos temprano esta mañana ya que no nos había podido ver la última vez que estuvimos aquí. Nos dio mucha información, prometiéndonos aún más, una promesa que cumplió fielmente. Habla inglés, español y francés igual de bien, por lo que resulta de una ayuda valiosísima ya que así no hay miedo a errores de interpretación. El Sr. Renshaw desciende de anglo-irlandeses, además de españoles. Fue educado en Inglaterra pero, como ha vivido la mayor parte de su vida en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Tenerife, conoce perfectamente las costumbres y la forma de ser de los habitantes.

Por la tarde fuimos a visitar a algunos de nuestros amigos, pero estábamos muy cansados así que, después de disfrutar de un baño, nos retiramos, contentos de volver a estar sobre una cama decente. La temperatura aquí es de 78° F (25,6° C), la misma que en Santa Cruz de La Palma.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LA OROTAVA • JARDINES DE LA VILLA EL DRAGO • IMPUESTOS

XX

Verde es su jardín y su huerto, sus valiosos frutos
brillan dorados,
Y las almas de los benditos se alegran de los
placeres que conocieron en la tierra.

ANDREW LANG

Hay árboles de todas partes del mundo reunidos
en ese único lugar, y de los tipos más raros.
Las flores que conocemos como exóticas
en nuestros viveros crecen abundantes como
si se encontrasen en su entorno natural.

FROUDE

Tierra de flores y climas veraniegos,
De santos sacerdotes y horribles crímenes.

JOAQUÍN MILLER

DOMINGO, 21 DE OCTUBRE. Una medicina que habíamos pedido en la farmacia de enfrente nos la trajo un niño esta mañana. El niño nos pidió tres pesetas y, pensando que debían haberse equivocado en el precio, John fue a verlos ¡y le dijeron que el precio era de dos pesetas y media! De modo que el jovenzuelo pensó que se ganaría media peseta por mérito propio.

Pasamos la mañana escribiendo cartas a casa, para enviar en el correo de esta noche, hasta que llegó la hora del servicio religioso en la casa del Sr. Reid. Aquí no venden los sellos en la oficina de correos sino en una tienda facultada especialmente para ello. Esto ocurre en todas las islas y, a menos que te indiquen dónde hay una de estas tiendas, es imposible averiguarlo ya que no tienen ninguna señal exterior que lo indique. Las cartas no las entregan a domicilio en el Puerto de la Cruz, hay que ir a recoger-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

las; en nuestro caso esto no nos ocasionó inconveniente alguno ya que el Sr. Turnbull siempre enviaba a alguien a recoger la correspondencia.

Nos dimos cuenta, cuando salimos hoy a pasear, que todos los zapateros estaban trabajando. Aparentemente, se toman el lunes como festivo y, en su lugar, trabajan el domingo. San Crispín es el santo patrón de los zapateros. No conozco ningún sitio donde se remienden mejor los zapatos que en estas islas. La naturaleza volcánica del suelo destruye mucho el calzado, haciendo que sea muy necesario un buen conocimiento del arte de remendar.

Hoy nos llevaron a ver una fábrica de cigarros puros porque era el único momento en que el dueño podía atendernos adecuadamente. Se parece mucho a la de Argual, aunque es más pequeña. La única desventaja de este clima con respecto a la manufactura de cigarros puros es que es demasiado seco, no hay humedad suficiente en el aire, como sí ocurre en La Habana. Para superar este problema, en esta fábrica emiten continuamente un chorro de vapor en el cuarto de fermentación, que se puede regular para mantener la humedad deseada. La idea, inventada por el dueño, es inteligente y, aparentemente, funciona.

Solamente se ha cultivado tabaco en la isla desde alrededor de 1873. La falta de conocimientos en relación con la preparación de los puros para los mercados extranjeros y, como consecuencia de esto, unas ventas deficientes han impedido que el cultivo alcance grandes proporciones. En 1876 el Gobierno español ofreció protección oficial para dicho cultivo y compró la producción pero, debido a su mala calidad, no volvió a comprar más. Esto provocó, claro está, un desánimo general y se abandonó gran parte del cultivo. Sin embargo, algunos cosecheros, con una perseverancia digna de elogio, siguieron adelante y en 1879 enviaron nuevas muestras al Gobierno, que decidió volver a intentarlo. Como la muestra resultó satisfactoria, se llevó a cabo una nueva compra en 1882 y el tabaco se utilizó en las fábricas del Gobierno, clasificándolo como *partido* de Cuba. La producción en 1882

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fue de 200.099 libras, en 1883, de 300.000 libras y, si el Gobierno continúa comprando y las ventas en otros mercados son satisfactorias, se piensa que pronto se sobrepasarán los 2.000.000 de libras. El informe sobre la última partida para el Gobierno español los clasifica como *vuelta abajo*, *partido* y *vuelta arriba*. Los precios de la última venta oscilaron entre cinco pesetas (cuatro chelines y dos peniques) y tres pesetas y media (dos chelines y once peniques) por kilogramo. Los cigarros puros del Puerto de la Cruz, cuando nosotros estuvimos allí, se vendían a unos treinta dólares los mil, con un peso de unas quince libras.

Muchos de los techos de las casas de aquí no son planos sino que están inclinados hacia arriba hasta una cierta distancia de la pared por las cuatro vertientes, siendo el centro del techo mucho más pequeño que el piso correspondiente. Esto da a las habitaciones una gran altura, haciendo que parezcan amplias y bien ventiladas.

Cenamos a las cinco en punto con el Marqués de Candia, en su casa de campo de La Paz. Tanto el marqués como la marquesa y su familia hablan inglés bien ya que han sido educados en Inglaterra. Son muy melómanos y forman un círculo familiar de lo más encantador. Como son grandes terratenientes, sus opiniones y sus actos tienen mucho peso entre sus conciudadanos, y creo que merecidamente.

Lunes, 22 de octubre. Decidimos subir a caballo esta mañana hasta la Villa, como se conoce a la ciudad de La Orotava. Nos estamos quedando en su puerto, [1] casi por encima del cual se encuentra la Villa, a una milla y media de distancia aproximadamente. Se ha construido una nueva carretera entre ambos, por lo que es muy fácil ir en coche de una a otra. Esta misma carretera, sin embargo, es un tema que ha suscitado mucho desacuerdo y quejas. Todas las órdenes del Gobierno y todas las solicitudes que se

1 Aquí distingue Stone entre La Orotava, como villa, y su puerto que siempre ha llamado, indistintamente, "Puerto de Orotava" u "Orotava" y que hemos traducido siempre por el nombre actual de "Puerto de la Cruz". *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cursan a él, referidas a cualquier parte de la isla, tienen que enviarse a través de los estamentos oficiales en Santa Cruz. En la actualidad existe entre Santa Cruz y La Orotava una implacable y eterna disputa política. Santa Cruz es el puerto principal de Tenerife y la capital no solamente de la isla sino de la provincia, de ahí que sea el principal punto de llegada del comercio y de los visitantes. Lamentablemente, sin embargo, no es una ciudad, ni tiene los atractivos necesarios, que convenza a los visitantes a quedarse en la isla y muchos, después de verla, se dan la vuelta y dirigen sus pasos hacia otros lugares. La temperatura es ligeramente más alta en Santa Cruz que en el resto del archipiélago durante el verano, y el alojamiento hotelero no es el mejor. [2] Los que conocen La Orotava pasan por Santa Cruz y se apresuran a trasladarse a ella. De ahí que Santa Cruz sienta envidia y haga lo que pueda para contrarrestar la influencia de La Orotava. Todas las peticiones de mejoras enviadas por esta última son despreciadas, o alteradas tan eficazmente que resultan inútiles, o se envían peticiones falseadas al Gobierno central. Lo que hace que La Orotava sea más atractiva se puede expresar en pocas palabras: es hermosa. Por lo tanto, si pudiera lograrse que el Puerto de la Cruz fuera el puerto de llegada, los extranjeros se darían cuenta de que Tenerife no es el desierto yermo que aparenta ser cuando se divisa por el este, y el dinero fluiría de otros países a la isla convirtiéndola en rica, próspera y feliz. Los orotavenses necesitan y solicitan urgentemente una solución importante: un puerto. Se quejan de que, como el representante en las Cortes es de Gran Canaria, [3] el puerto que debería haber sido para ellos se le ha asignado a Las Palmas. No existe razón que impida que ambas islas tengan su propio puerto. Desde luego, la isla de Tenerife debe tener un puerto donde los barcos puedan atracar en todas las estaciones sin peli-

2 Después de abandonar la isla me han comunicado que un hotel regentado por ingleses (El Internacional) ha sido inaugurado en esta ciudad.

3 Desde que escribí esto, León y Castillo, el representante, ha sido nombrado *Ministro de la Gobernación,* por lo que se cree que su influencia lo conseguirá todo para Gran Canaria. Sorprende que no extienda su patriotismo al resto del archipiélago.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gro alguno pero, si este puerto debería estar en Santa Cruz o en La Orotava, esa es otra cuestión. Se comenzó a construir un muelle en el Puerto de la Cruz, tras numerosas peticiones, pero resultó ser un pozo de dinero que, o bien se tiraba al mar o no pasaba de los bolsillos de los ingenieros, así que permanece inacabado y casi inutilizable hasta hoy. Sin embargo, al este del Puerto de la Cruz existe una amplia bahía rodeada en parte por rocas que, según los expertos consultados podría convertirse en un magnífico puerto. Como consecuencia de la presión ejercida por los *diputados* de la zona, se han enviado ingenieros, de cuando en cuando, para que informasen sobre la cuestión y elaborasen unos planos. Manejos turbios han impedido que cualquier informe favorable llegase a Madrid. La financiación es de una importancia capital en esta cuestión. La bahía de Martiánez, en el lado este, está parcialmente rodeada por rocas que solamente necesitan que en los huecos entre ellas se vierta cemento para convertir esta línea en un rompeolas. Sólo hay un inconveniente para transformarla en puerto: el barranco desemboca en la bahía. Los ingenieros dicen que esta dificultad tiene solución. Además, por el barranco rara vez corre agua, solamente una vez cada pocos años. En la actualidad está fuera de toda discusión que La Orotava es el corazón de la isla. Se encuentra en el centro de la zona más fértil. No solamente es bella sino que su puerto estaría más a mano para la exportación del vino, la fruta y los otros cultivos y producción de sus habitantes. La distancia también es menor entre el Puerto de la Cruz y las adorables y poco conocidas islas de La Palma, La Gomera y El Hierro, que entre éstas y Santa Cruz. Como también es el punto de partida para subir al Pico, los extranjeros la visitan. En la actualidad los yates, cuando alguna vez recalan por las islas, tienen que fondear en Santa Cruz y sus propietarios deben recorrer los treinta y ocho kilómetros (alrededor de veinticuatro millas) que la separan de La Orotava, atravesando la isla. Claro está que un puerto cerca de La Orotava asestaría un golpe mortal a Santa Cruz, pero me gustaría que los tinerfeños pensasen seriamente en la siguiente idea: ¿No sería mejor que todos se unieran

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

para convertir Tenerife en la isla más importante, obviando de qué ciudad dependiese el puerto, La Orotava o Santa Cruz? Dentro de poco el hecho de que exista un cómodo puerto en Gran Canaria atraerá a la isla los barcos y los visitantes y, por ende, el capital. Algunos siempre preferirán a Tenerife por la presencia del Pico pero, si además hubiera un buen puerto en uno de los lugares más bellos del mundo, Tenerife no solamente competiría favorablemente con las otras islas, sino que eclipsaría claramente a Madeira. Creo que esto no podría ocurrir si el puerto estuviese en Santa Cruz, ya que su situación no es la apropiada para los visitantes, debido a la escasez de vegetación y a su distancia del Pico, aun cuando fuese posible construir un puerto en dicho lugar. Lo que Santa Cruz teme, por supuesto, es perder su condición de capital, un honor que Las Palmas desea ardientemente y por el que lucha tenazmente. Existen pocas posibilidades de que Santa Cruz aumente en importancia, excepto como lugar de aprovisionamiento de carbón.[4] Las ventajas que posee en este momento las ha tenido durante todo un siglo mientras que Las Palmas está mejorando a pasos agigantados. El Pico hará que Tenerife sea siempre el centro del archipiélago y es lógico que la isla que es la más rica, que cuenta con la mayor parte de la aristocracia, que es la mayor y que tiene el mayor número de habitantes, debería también ostentar la capital de la provincia. La población de Santa Cruz y de Las Palmas es igual en la actualidad, poseyendo ambas alrededor de 16.000 habitantes,[5] pero, mientras que toda la ri-

4 Carbón embarcado en Santa Cruz en 1882 ..... 18.000 toneladas.
" " 1883 ..... 35.000 * "
" Las Palmas en 1883 ..... 4.500 "
" " 1884 ..... 6.700 "
" " 1885 ..... 18.390 "
" " 1886 ..... 38.800 "
" " 1887 (5 meses) 28.150 "

* Casi el doble. No me han proporcionado las cantidades actualizadas de Santa Cruz.

5 Es imposible averiguar la población exacta, ya que, cualquiera que sea el resultado, cada isla hace que su capital tenga un mayor número de habitantes, ¡sin importarle los datos verdaderos!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

queza de Gran Canaria se centra en Las Palmas, la de Tenerife está diseminada por toda la isla, sobre todo en La Laguna y en La Orotava. La población de Gran Canaria ronda los 90.000, mientras que Tenerife tiene 105.000 habitantes. Si les añadimos las otras islas de su grupo, según la ordenación geográfica y gubernamental, el resultado es que la zona occidental es, con mucho, la más importante. La Palma tiene unos 39.000 habitantes, La Gomera, 12.000 y El Hierro, 5.500, lo que hace un total de 161.500 frente a 119.000 en las otras tres, ya que Lanzarote tiene 17.500 y Fuerteventura, 11.500. Por lo tanto, la población total del archipiélago es de 280.500 en números redondos, dato que se comprenderá mejor si establecemos una comparación. Son algo más que los de Edimburgo y algo menos que los de Sheffield, o casi los mismos que los 290.000 habitantes de Belfast.

La lastimosa envidia existente entre las dos islas mayores es digna de desprecio. Su contacto con el mundo exterior hará que desaparezca o, al menos, eso esperamos. La envidia, el odio y la malicia que existe entre Santa Cruz y La Orotava sólo sirven, sin embargo, para paralizar su desarrollo y si no desaparecen y se actúa con unos enfoques más nobles y más amplios terminarán por destruirlas a las dos. El archipiélago debería actuar de forma unificada, tomando como lema: "La unión hace la fuerza". La malsana envidia que caracteriza a los isleños no produce buenas obras, sólo malas palabras.

Se dice que la carretera entre La Orotava y el Puerto de la Cruz es otro ejemplo de esta vulgar envidia. Los orotavenses dicen que ha sido construida con muchas curvas inútiles, haciendo que la distancia entre los dos lugares sea absurda e innecesariamente grande ya que el contratista, al que se le pagaba por el tiempo empleado, alargó la ejecución de la obra todo lo posible. La distancia por el camino viejo es de tres kilómetros, ¡por el nuevo, diez! Desde luego, nosotros no utilizamos el segundo, prefiriendo, como lo prefieren todos los caminantes y jinetes, el camino más viejo y más directo, que no es muy pendiente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El ingeniero de carreteras es un tal Clavijo. Las carreteras, por regla general, están bien diseñadas ya que la formación geológica del suelo ayuda a su construcción.

La Sra. Branckar, que se ofreció amablemente a acompañarnos ya que conoce a casi todo el mundo en la Villa, monta, como yo, un burro mientras que John cabalga sobre su viejo amigo Saturno. Partimos a las 10 a.m. y los cascos de los animales resuenan sobre el pavimento de las calles. En un momento de indecisión acepté utilizar la silla del arriero en lugar de la mía propia y me arrepiento, ya que es muy incómoda. De todos modos, la distancia que hemos de recorrer cabalgando es corta.

Nos paramos en el Jardín Botánico para hablarle al Sr. Wildpret sobre su amigo de La Gomera, que fue tan amable y hospitalario con nosotros, y después seguimos cabalgando hasta la Villa, donde primero fuimos a la fonda, para dejar allí una bolsa con artículos indispensables y conseguir unas camas, ya que teníamos la intención de pasar allí la noche. Para llegar hasta la fonda tuvimos que atravesar la plaza. Es única en su clase ya que, en lugar de estar completamente rodeada por casas, tiene una abrupta caída por una vertiente, y está tan elevada sobre la villa que se tiene una panorámica del mar, del puerto y de parte del valle, totalmente ininterrumpida. Detrás de un muro bajo donde están las farolas, hay un amplio paseo y, detrás de éste, se extiende una zona aún mayor cubierta de plataneras inmensas a cuya sombra se podría uno sentar en los bancos de piedra para observar las preciosas puestas de sol que iluminan el cielo de La Palma. Detrás de los árboles y de los asientos hay un edificio alargado, parte del cual pertenece al convento de San Agustín. Teníamos una vista atractiva del Pico,

"Muy, muy lejano, atravesando el cielo infinito",

desde el muro que rodeaba la plaza. [6]

6 Véase el frontispicio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

En la fonda dejamos que se llevaran nuestros corceles, con la orden de que estuviesen listos para la mañana siguiente ya que teníamos intención de visitar entonces el bosque de Aguamansa, que se encuentra más arriba de la ciudad y de cuyas profundidades surge un manantial de agua que riega el valle de la Orotava. Hablaré de esto más adelante. Mientras tanto caminamos hasta la casa de la Marquesa de la Quinta y pedimos permiso para ver el jardín. No esperábamos ver a la marquesa porque está de luto por un hijo único pero, cuando supo de nuestra visita, muy amablemente salió a recibirnos y nos hizo entrar en la casa. La marquesa debe haber sido una mujer muy atractiva. Aún es elegante y hermosa a pesar de ser anciana. El intenso aire de melancolía que expresa su cara es explicable en alguien que ha perdido un hijo único y que además es viuda. Pero otras causas han hecho que el sufrimiento de la marquesa sea aún más doloroso. Su hijo era masón y, por lo tanto, la Iglesia de Roma no dio permiso para que fuera enterrado en un cementerio católico. La marquesa se ha visto obligada, por consiguiente, a enterrar su cuerpo en otro enclave y, para tener un lugar de reposo apropiado, ha erigido un hermoso mausoleo de mármol blanco en sus propios terrenos.

Subimos las escaleras y desde allí salimos al jardín, que es enorme pero que, como el terreno es pendiente, está dispuesto en bancales. La mayoría de los muros que forma las terrazas están cubiertos por enredaderas. En la parte alta del jardín está el mausoleo. Da una idea muy melancólica y habría sido mejor para la tranquilidad espiritual de la marquesa que la curia romana hubiera permitido que aquel polvo pobre e inofensivo descansase en paz en el cementerio lejos de su mirada diaria y continua. Con gusto volvemos la vista a la exuberancia que nos rodea. Los aromas son deliciosos, es imposible decir de dónde vienen ya que cada planta parece exhalar su propio perfume, con la excepción de las magnolias, que reservan el suyo para la noche. Los macizos son pequeños y tienen formas caprichosas y los altos rebordes exteriores son de boj con losetas por dentro. Si no fuera por los cafetos y otras plantas tropicales, podríamos pensar que estábamos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

en un viejo jardín inglés, y desde este lado la casa parece una casa de campo inglesa, larga, baja y de ladrillos. Hay muchos pájaros en jaulas que cuelgan bajo el magnolio, que parecen disfrutar todo lo que pueden estando cautivos. Entrando de nuevo en la casa, que es un dechado de limpieza, comodidad y belleza, la marquesa nos llevó al comedor, por una de cuyas ventanas se ve el mausoleo que, desde aquí, parece bonito elevándose por encima del follaje, ya que se encuentra sobre una elevación del terreno de la parte alta del jardín y un gran árbol en primer plano atravesando el eterno azul del cielo que enmarca el monumento. A petición de la marquesa, tomamos una fotografía de la tumba pero estamos demasiado lejos para obtener una buena imagen. La marquesa nos escribió amablemente agradeciéndonos unas copias que le enviamos posteriormente. Los platos de las paredes y las alacenas llenas de porcelana, además de otros elementos decorativos, le dan un aire de opulencia al comedor que no es corriente en las casas españolas.

A continuación visitamos la casa del difunto Don Lorenzo Machado. Su viuda, Doña Balbina, y sus hijas nos recibieron con gran amabilidad. Su jardín se encuentra en un terreno más nivelado por lo que tiene un carácter totalmente diferente al de la marquesa, aunque es igualmente precioso. Tiene varios bancales y agua. Nos sentamos al final de un bancal conversando con las damas y ellas cortésmente nos regalaron algunas de las muchas frutas del jardín y nos hablaron sobre todo lo que en él había. El plátano de Abisinia vive tres años y medio y sus hojas crecen hasta una longitud de cinco yardas. Las calas florecen con una belleza y abundancia salvaje y no se las valora demasiado, como ocurre en Inglaterra. Los crisantemos son viejos conocidos en Inglaterra. Las adelfas y otras flores se entremezclaban con frutas de todas clases y un cafetal nos parece una combinación de utilidad y belleza. La pomarrosa es una fruta que, si la comieses con los ojos cerrados, sería difícil creer que no estabas comiendo rosas ya que el sabor y el olor son muy parecidos. El aguacate es un fruto verde y alargado y, para mí, desagradable al paladar, aunque es

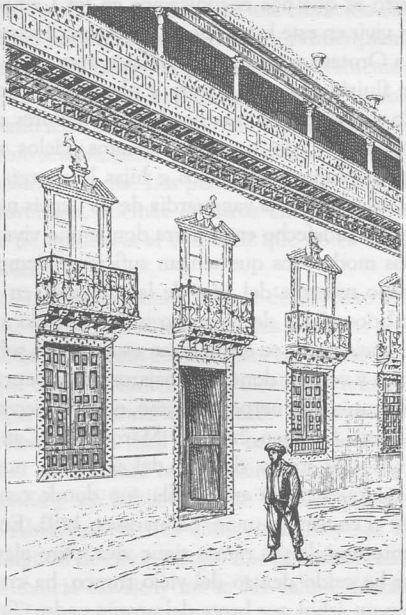
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cuestión de gustos. Algunas personas piensan que las chirimoyas, los mangos y las guanábanas, como las que comimos a continuación, también son desagradables. Doña Balbina, con suma amabilidad, hizo que nos trajeran una bandeja con vino, sopa, pan y galletas al jardín. Disfrutamos enormemente de nuestro néctar y ambrosía sentados en medio de un follaje y una fruta que, por su belleza, casi no parecen haber sido creados para los mortales –pero lo cierto es que nos encontramos en los Campos Elíseos. Deseé poder vivir en este lugar encantador y escribir sobre los encantos de La Orotava rodeada de adelfas y magnolias. Mi pluma seguramente fluiría con más soltura y plenitud en un ambiente tan tranquilo y poético. Quizás no. Los alrededores como éstos debilitan. Inglaterra, con sus rudos vientos, cielos sombríos y clima frío, proporciona a sus hijos e hijas la energía que le ha dado fama y colocado en la vanguardia de las demás naciones. Lo mejor es sentirse satisfecho en la tierra donde uno viva, sea la que sea. De todos modos, los que tengan suficiente tiempo libre no querrán pasarlo muertos del frío, de la suciedad, en la niebla y bajo los sombríos cielos del invierno inglés cuando a sólo unos días de viaje hacia el sur se encuentran estas tierras soleadas, cargadas de frutas y verdor, donde los pájaros cantan entre el follaje y los padecimientos del cuerpo se alivian, o desaparecen.

Don Alberto Cólogan, hijo del Marqués de Candia, se encontró con nosotros aquí y, después del almuerzo, nos llevó a la casa que el marqués posee en la Villa –no donde cenamos anoche– para ver el enorme castaño, plantado en 1493. En la actualidad, solamente una de sus ramas sigue viva, pero alguna de sus semillas, que ha caído dentro del viejo tronco, ha crecido hasta convertirse en un árbol que brota del propio padre. También, curiosamente, el árbol nuevo ha extendido una de sus ramas por el interior de una rama vieja. Así es que el tronco nuevo se encuentra arropado por el viejo. Este nuevo crecimiento está partiendo en dos y destruyendo, de hecho, el árbol viejo. La rama del gigante que aún sigue viva sólo se eleva unos tres pies del suelo y tiene el diámetro de un árbol normal. Medimos la base del tronco, a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tres pies del suelo, encontrando que tenía treinta y dos pies de perímetro. El castaño no es originario de este archipiélago y debe haber sido introducido por los conquistadores españoles. En el anciano árbol crecen helechos pie de liebre. Construyeron una pared por uno de sus lados hace unos años y el árbol ha crecido rodeándola.



BALCÓN DE LA CASA DE DON JUAN GUARDIA, LA OROTAVA

A continuación nos llevaron a la casa de Don Juan Guardia. Es una vivienda grande, de tres pisos, y con un viejo balcón de madera, de lo más precioso, que recorre el exterior de las ventanas superiores, tallado primorosamente y, con un aspecto tan lige-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ro, que parece hecho de delicados encajes de hierro. Este espléndido trabajo ha sido pintado, con crueldad vandalista, de blanco y verde brillantes, con bordes amarillos, pero incluso estos deslumbrantes colores no logran destruir su elegancia y belleza. Lo que vimos cuando nos asomamos al patio, a través del portal abierto, nos complació. En el centro había una fuente con figuras, pero casi oculta por un exuberante verdor que servía de reposo a la vista tras el caluroso resplandor de la calle. Un muchacho pequeño, con camisa blanca, chaqueta y pantalones, nos lleva la cámara, y algunos hombres y muchachos se acercan a nosotros siempre que vamos a sacar una fotografía. Conseguimos una buena foto de la calle mostrando los postigos y los curiosos caños de los tejados de las casas que, cuando llueve, vierten el agua sobre las aceras y las cabezas de los viandantes. Entrando en la casa de Don Juan, subimos por una escalinata amplia y elegante. Hay una interesante talla antigua de San Lorenzo, con la parrilla, en una hornacina de las escaleras. Las habitaciones están decoradas al estilo francés, con espejos y papel de vivos colores. Una de ellas es un enorme salón de baile, desde donde se accede a varias antecámaras. Saliendo a la azotea, obtuvimos una magnífica panorámica del valle de La Orotava, con el Pico a lo lejos por encima del collado del Tigaiga. Más abajo vemos el cementerio, con numerosas cruces y mausoleos de mármol blanco. La iglesia de la Concepción se eleva por encima de todo, con sus dos torrecillas y una cúpula central, semejante a la de una mezquita. A la izquierda está el hospital que fue, en su día, el mejor edificio de la isla, pero la construcción original se quemó. El colegio de los jesuitas también se quemó. El fuego ha tratado a la villa de la Orotava sin reparo y con crueldad. Glas nos ofrece la descripción, entre patética y divertida, de un incendio en el convento de Santa Clara, que tuvo lugar una mañana cuando aún era de noche. Describe el hecho como ocurrido "hace dos años y medio", que sería sobre el año 1761. Viera dice que ocurrió el 27 de julio de 1761. El convento "se incendió tan repentinamente que las monjas sólo tuvieron tiempo de salvar sus vidas. En este país mucha gente tiene la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

costumbre, cuando hace calor, de dormir sin camisolas ni blusas, por lo que algunas de las pobres monjas, al no tener tiempo de cubrirse con algo, tuvieron que escapar completamente desnudas y algunos, en la multitud que se había congregado por el suceso, se quitaron las capas y las cubrieron con ellas. Varios individuos penetraron en las celdas del convento y, a la vista de toda la muchedumbre, se sentaron tranquilamente y se atiborraron con las conservas y los dulces del convento a pesar de que el párroco les increpó y amenazó con la excomunión". El colegio de los jesuitas fue una vez el escenario de un divertido episodio. El convento de Santa Clara también se había quemado y las monjas habían tenido que trasladarse. Viendo, sin embargo, que había solamente dos monjes viviendo en el monasterio recientemente construido, las hermanas pensaron que se desperdiciaba mucho espacio y, un día, cuarenta de ellas vinieron en grupo y pidieron permiso para entrar. Alegaban que ellas, al igual que los padres, eran jesuitas y que el edificio era demasiado grande para los dos padres solos mientras que el alojamiento de las monjas era, a todas luces, insuficiente. No sé si sus súplicas surtieron efecto o no, lo cierto es que sí lo tuvo el ver a tantas mujeres, ¡ya que un padre huyó y el otro se encerró en la capilla! Un año después, en 1718, las monjas se marcharon y los padres recuperaron lo perdido, abriendo entonces realmente el colegio como lugar de instrucción y aceptando a setenta alumnos.

Abandonando la casa de Don Juan visitamos, a continuación, la iglesia de la Concepción. El exterior, enorme y nada atractivo, está flanqueado por dos torres con campanas, a cada lado de una amplia fachada enormemente fea. Aunque el exterior es tan poco atractivo, el interior es muy interesante y bello. A cada lado hay cuatro columnas de *cantería* –una piedra que existe en la isla– delgadas y rematadas por capiteles casi corintios; los arcos intermedios tienen una forma de lo más elegante. No obstante los principales elementos de interés y admiración son el púlpito y el altar. El primero está construido de mármol gris, con los cuatro evangelistas esculpidos en bajo relieve blanco sobre pane-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

les de mármol verde. En mi opinión, las cabezas de los querubines en la parte alta de los paneles y entre los evangelistas destruyen lo que, si no fuera por ellos, sería un efecto lujoso y armónico. La escalera, de madera pintada, imitando mármol, es también un error artístico; el roble sin barnizar ni pintar o el pino nativo, una madera preciosa, sería mucho más efectivo. El pedestal sobre el que descansa el púlpito es la talla más bella de la iglesia y, quizás, de cualquier iglesia. Un ángel con alas, de mármol de Carrara, vestido con una túnica que oculta, aunque sugiere, las bellas líneas de la figura, sostiene el púlpito. Los brazos, delicadamente torneados, están levantados y las manos colocadas detrás de la cabeza. La figura está completamente erguida y parece llevar con facilidad el peso del púlpito sobre su cabeza y manos. Tan perfectas son las proporciones que el púlpito no parece aplastar ni abrumar la figura esbelta y elegante que la sostiene. El altar, en medio del presbiterio, es también de mármol de Carrara. El centro es una cúpula sostenida por seis columnas, cada una formada por una única pieza de mármol. Sobre la cúpula se eleva una imagen de la Virgen, en mármol de Carrara, que sostiene una cruz, y alrededor de la base del techo hay querubines sentados en el borde con las piernas colgando. A cada lado de las dos columnas frontales hay sendos arcángeles alados, de mármol de Carrara, arrodillados sobre bloques de mármol sin tallar. Los ángeles están bien acabados y son unas figuras airosas. La puerta del sagrario es de plata. El altar costó 30.000 dólares (6.000 libras) y fue consagrado el 13 de julio de 1879. La iglesia fue construida a finales del siglo pasado y costó un millón de pesos (150.000 libras). Hay una imagen curiosa de San Francisco de Borja en una capilla dedicada a Nuestra Señora de Candelaria. Está bien modelada, pintada en negro y oro, y tiene unos tres pies de alto; lleva una aureola negra en la cabeza y un cráneo con una corona de plata en la mano izquierda. La imagen frente a ésta, de San Juan Nepomuceno, también está bien diseñada. En general la vista no se siente ofendida aquí por las grotescas pinturas e imágenes que tantas veces desfiguran las iglesias de estas islas. Ésta es, con mucho, la iglesia más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

artística del archipiélago, cosa comprensible si se piensa que gran parte de la alta sociedad de los isleños practica su culto en ella. Varios amigos nos acompañaban y un caballero que estaba al cargo, o al menos tenía las llaves, de la sacristía, nos llevó adentro a ver las vestiduras sagradas. Eran muy vistosas, recamadas en muchos colores con gran cantidad de hilos de plata y oro. Algunas pertenecían a los años 1750-60, al igual que un atril para libros que se utilizó cuando la iglesia fue consagrada, hace cien años. Una vestidura verde, con trabajos en oro y fresa, que según ellos era muy antigua, haría palidecer a South Kensington.[7] También nos mostraron una pieza de encaje de hilo de oro, trabajado como un pañuelo guanche. La sacristía es amplia y con buena iluminación y tiene un buen piso de piedra. Por las paredes hay algunos retratos bastante mediocres y una imagen bien tallada de la Virgen de la Concepción. Vimos "Las Andas", una especie de retablo móvil de plata batida, y una vieja mesa de madera, enorme y pintada de verde oscuro, y un extraño lavabo con pedestal. También tenían la caja de madera lisa de un antiguo reloj de ocho días.

Saliendo de la iglesia, regresamos a casa de Doña Balbina Machado para ver unos retratos de la época de los "Caballeros" y de Jorge III[8] y después fuimos a la casa de la Marquesa de El Sauzal para ver el emplazamiento del famoso drago. Casi todos los viajeros que han visitado La Orotava y escrito sobre ella han dado descripciones en todos los idiomas de este árbol. Esta curiosidad única del reino vegetal y el Pico eran los dos elementos que visitaban los extranjeros. Ahora no existe ya que fue destruido por dos tormentas en 1819 y 1867.

El *Dracaena draco* no es realmente un árbol sino una especie de espárrago gigante. Lo que lo ha hecho tan famoso es la lentitud de su crecimiento. Es tan lento que el botanista más conservador ha calculado que el drago de La Orotava tiene unos seis mil

7 Distrito de Londres asociado con los museos, el arte y la cultura. *[Nota del traductor]*

8 Siglos XVII y XVIII, respectivamente. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

años de antigüedad, mientras que muchos otros han calculado que tiene unos diez mil años. Cuando Alonso de Lugo conquistó la isla, descubrió que los guanches realizaban sus ceremonias religiosas en el tronco hueco de este ejemplar concreto; su gran edad, incluso entonces, lo convertía en sagrado a sus ojos. El enorme hueco fue transformado por Lugo en una capilla, donde oficiaban misa. En 1799, Humboldt describe esta curiosidad vegetal. Dice que "su altura nos parecía que rondaba los cincuenta o sesenta pies; el perímetro cerca de las raíces es de cuarenta y cinco pies. No pudimos medir más arriba pero Sir George Staunton descubrió que, a diez pies del suelo, el diámetro del tronco sigue siendo de doce pies ingleses, que se corresponden perfectamente con la afirmación realizada por Borda, quien calculó que la media del perímetro era de treinta y tres pies con ocho pulgadas francesas. El tronco se divide en numerosas ramas, que se elevan como si fuera un candelabro, y terminan en manojos de hojas, como la yuca". Piazzi Smyth establece, en 1856, que su altura es de sesenta pies sobre el suelo, el perímetro de su base tiene cuarenta y ocho pies y seis pulgadas, siendo de treinta y cinco pies y seis pulgadas a seis pies del suelo y de veintitrés pies y ocho pulgadas, a catorce pies y cinco pulgadas de altura, "donde las ramas se extienden partiendo del tronco cónico que se estrecha rápidamente". Es difícil dar una idea de cómo es un drago a los que nunca han visto nada parecido. El tronco y las ramas son lisos y completamente desnudos, pero la corteza exterior está dividida en lo que podría adecuadamente describirse como escamas, más que otra cosa. Las ramas no tienen hojas, excepto en las puntas finales, de donde surgen, rígidas como pinchos, hojas con forma de espada, estrechas y largas, de entre dos y cuatro pies de largo y una o dos pulgadas de ancho. Las ramas son gruesas y de aspecto desgarbado. Se dice que el viejo drago tenía una forma parecida a la de un reloj de arena, es decir que, aunque medía cuarenta o cincuenta pies alrededor de la base, se estrechaba hasta menos de la mitad de este tamaño y aumentaba de nuevo cuando se extendían sus ramas hacia afuera, hasta alcanzar su perímetro exterior unos dos-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cientos pies. Este monstruo, de inmenso cuerpo, brazos gruesos y numerosos dedos, pudo fácilmente haber sido confundido por los antiguos con un dragón que guardase las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides. Cuando la tormenta de 1867 rompió la parte superior del árbol, algunas de las ramas que cayeron al suelo medían dieciocho pies de perímetro. A pesar de que el tronco fue reforzado por todos los medios posibles para mantenerlo erguido, cayó y ahora no queda ni el más mínimo rastro. En su

DRAGO JOVEN EN LA OROTAVA, TENERIFE

lugar, sin embargo, se encuentra su vástago. Una semilla del gigante fue plantada en 1877 en el mismo emplazamiento del viejo árbol. Es una planta saludable, de unos cuatro pies de alto, con un único tronco, claro está, de cuya parte superior emerge una masa de hojas-espada. Cuando un drago comienza a ramificarse, no crece más en altura, pero sigue aumentando de perímetro. La ramificación sólo ocurre después de que florezca. Generalmente

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

no florece durante los primeros quince años y a veces, durante treinta. Hay un drago de treinta años de edad en el jardín de Doña Balbina Machado que no ha florecido aún. En las islas de Cabo Verde, donde existe esta especie de drago, se conoció el caso de uno que floreció cuando sólo tenía ocho años de edad. El drago africano tiene una flor similar al de estas islas pero la forma del árbol es diferente.

El jardín de la Marquesa de El Sauzal está bien cuidado, incluso podría decirse que preciosamente cuidado. No es fácil, en un país donde todo crece tan rápidamente, mantener un jardín en el orden al que estamos acostumbrados en Inglaterra pero el de la marquesa, aunque conserva el aspecto silvestre que le da el carácter salvaje de la naturaleza, está, no obstante, marcado claramente por la moderación que imparte el orden. Cerca del joven drago hay una curiosa palmera, de inmensa altura. El tronco es excesivamente delgado y más o menos a la mitad tiene un extraño estrechamiento. Se dice que este árbol es tan antiguo como los guanches y en la época de la conquista era un hito para los españoles. Tiene 110 pies de alto y se dice que es más alta que cualquier otra palmera de Europa. La casa se encuentra a unas veinte o treinta yardas de distancia y la marquesa nos dijo que cuando hay tormenta el árbol se mece hasta golpear las tejas. Poco antes de la muerte del marqués, mientras estaba enfermo en cama, se desencadenó una horrible tormenta y no pudo descansar ni dormir pensando que esta palmera, que había resistido durante tantos siglos, probablemente se partiría antes del amanecer y con ella desaparecería la segunda gloria de su jardín. Sin embargo, aún sigue en pie y probablemente deba su conservación al hecho de que pueda curvarse ante la fuerza del viento. Los habitantes de la Villa son increíblemente corteses al permitir a extraños que entren así en sus jardines para admirar lo que en ellos hay. Al aumentar el número de visitantes descubrirán, sin embargo, que esta actitud se convertirá en una carga para su bondad. Por esta razón, debería ampliarse el Jardín de Aclimatación y transformarse en un jardín botánico público, donde la exuberante vege-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tación del valle pudiera ser estudiada sin trabas por todos los visitantes.

Don Alberto nos mostró la casa de su padre, donde había algunos excelentes cuadros al óleo. Nos llamaron la atención los retratos de dos de los antepasados del marqués con rostros claramente británicos, llenos de firmeza y determinación y ojos de un azul sajón o gris irlandés.

Existe una iglesia de gran fama en la Villa, aunque no por su belleza interior, como ocurre con la de la Concepción. Santo Domingo tiene mucha fama en la actualidad ¡por las peleas de gallos que se celebran en su recinto! Con los españoles es difícil saber a qué dan más importancia: a su religión o a su atracción por las corridas de toros y peleas de gallos y, en este caso, son las últimas las que han prevalecido. Parece increíble que se permita algo tan escandaloso.

La Sra. Branckar regresó al Puerto, habiéndonos acompañado durante todo el día y, tras despedirnos de nuestros otros amigos, nos fuimos a la fonda a cenar. La comida era buena y nos dieron un dormitorio limpio. Aquí fue donde se hospedaron los hijos del Príncipe de Gales durante su viaje alrededor del mundo en 1879. Ellos y los oficiales más jóvenes celebraron un baile improvisado por la noche, sin damas, del que aparentemente disfrutaron.

Existe un libro de huéspedes en la fonda donde han anotado sus comentarios varios ingleses, franceses, norteamericanos y alemanes, pero hay una ausencia notable de algún comentario español. Los cuadros aquí, como en todas las islas, cuando no versan sobre temas religiosos, tienen un carácter muy sentimental. "Mazeppa" es uno de los favoritos. Estas historias se presentan en una serie de grabados franceses en color, con el título debajo en francés, al margen, y en español, al otro. El comedor es una habitación estrecha y larga.

Podría ser interesante añadir una segunda parte a lo que han contado los jóvenes príncipes sobre su estancia en Tenerife.

Partieron de la fonda de la Villa para subir al Pico a las 3 a.m., el 5 de diciembre de 1879, acompañados por el capitán y al-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gunos de los oficiales del *Bacchante*. Ignacio Dorta, considerado el mejor guía de la Villa, y un segundo guía, Manuel Reyes, estaban al cargo de la expedición, y el Sr. Reid, el vicecónsul, también los acompañó hasta Las Cañadas. El otoño estaba demasiado avanzado para llegar hasta la cumbre del Pico, de modo que solamente subieron hasta donde podían obtener una buena vista del cono central, es decir, hasta Las Cañadas. Incluso a esa altura dicen que hacía un frío tremendo. Después de desayunar entre las ocho y las nueve, cabalgaron en dirección oeste hasta Icod Alto, regresando a La Orotava por Realejo. De la vista que hay desde allí comentaron los príncipes: "Desde este punto obtuvimos una de las panorámicas más atractivas que hayamos visto nunca", y describen el valle como "una larga pendiente llena de eterna fertilidad y encanto". Se hizo tarde antes de que llegaran aquella misma noche a Santa Cruz, pero sus obligaciones no habían finalizado ya que, a pesar de que se encontraban muy cansados, estuvieron, o mejor dicho, el Príncipe Alberto Víctor estuvo presente en un baile ofrecido en su honor por el vicecónsul, el Sr. Edwards. Se dijo que el Príncipe Jorge se había caído de su caballo al bajar del Pico y que, por lo tanto, no podía estar presente. El comienzo del baile se retrasó hasta muy tarde, esperando su llegada y, al final, hubo que comenzar el baile sin ellos. Un testigo presencial me dijo que el aspecto de los oficiales al entrar en el salón, altos y erguidos, como son los oficiales ingleses, y vestidos de uniforme, impresionó mucho a los españoles. Lo que también les llamó la atención fue la manera tan sencilla de vestir del príncipe y que, subiendo al Pico, los príncipes iban vestidos como lo harían dos jóvenes ingleses normales. Había pocos isleños luciendo uniforme aparte de los cónsules, que habían venido con uniforme de gala. La Sra. Edwards fue la anfitriona del baile, que se celebró en su casa en la calle de la Marina. El día en que los príncipes llegaron a Santa Cruz (3 de diciembre) visitaron el museo y las banderas inglesas de la iglesia fueron descolgadas para que pudieran verlas, como harían para nosotros posteriormente. Al día siguiente el carruaje del Sr. Benjamin Renshaw, con una pareja de caba-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

llos y otro negro a la cabeza, que había sido enviado especialmente desde La Laguna, llevó a los príncipes y al capitán a esta ciudad, donde almorzaron con el Sr. Renshaw. Los habitantes de Tenerife se sorprendieron al ver que el capitán iba sentado en el asiento de honor del carruaje mientras que los jóvenes de la casa real aceptaban un lugar de inferior rango. No comprendían cómo se podía considerar a los príncipes solamente como guardamarinas y darles el tratamiento consiguiente. El sentido común de las cabezas de nuestras familias reales es digno de todo elogio cuando someten a los miembros más jóvenes a una moderación y disciplina muy saludable, que hace que puedan gobernar mejor a otros cuando les llega el turno. Otro episodio de interés para los habitantes de Tenerife fue que, cuando iban de Santa Cruz a La Laguna en carruaje, hicieron una parada en una venta y cuando se les preguntó a los príncipes si deseaban comer algo, dijeron, "Un trozo de pan". Esta sencillez fue muy admirada por la gente, que pensó que era maravilloso ver a personas "acostumbradas a comer lo que deseen, contentas y hasta dichosas pidiendo sólo un trozo de pan".

Los impuestos en las islas son muy fuertes y están retrasando su desarrollo económico. España se lleva todo lo que puede exprimir del archipiélago, invirtiendo lo menos posible en él. Así disminuyen notablemente los recursos naturales del país. Se dice que los impuestos han aumentado desde que el General, o Comandante en Jefe, Serrano visitó las islas. Como representante de España, fue recibido con enorme hospitalidad. En La Orotava, la aristocracia de la Villa le ofreció toda clase de recepciones, agasajándolo generosamente. Para causar una mejor impresión, se prestaron la cubertería, vajilla y otras piezas de valor los unos a los otros, según les iba tocando invitar al general. Lamentablemente, sin embargo, lo que parece haber impresionado al invitado fue la riqueza de La Orotava desde el punto de vista de la hacienda pública y tras la hospitalidad que le brindaron llegó un incremento en los impuestos. Si existe una relación lógica entre el incremento de la carga fiscal y la visita del general, no soy yo quien debe decirlo pero en La Orotava se piensa que sí la hay.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Muchos patriotas que conocen las posibilidades de las islas se lamentan de que no pertenezcan a Inglaterra. Un caballero dijo: "¡Ah, si estuviésemos bajo dominio inglés, aunque sólo fuera durante veinticinco años!". Me hago eco cordialmente de ese deseo. Sería un día feliz para los isleños, pero me temo que algo así no sea práctico en estos tiempos modernos, cuando lo que podría ser, no siempre es lo correcto. No creo que España nos agradeciera la sugerencia, a pesar del escaso uso que hace del archipiélago.

Alrededor de 1706 se redactó un curioso proyecto en Inglaterra en relación con estas islas. Los príncipes palatinos, teniendo que abandonar sus territorios debido a la persecución que sufrieron, cruzaron a Inglaterra y acamparon en Blackheath. [9] El Gobierno no sabía qué hacer con ellos y se propuso que fueran enviados a las Islas Canarias. Pero no está claro "si el proyecto es establecerlos allí en alguna isla deshabitada, o darles una parte de alguna isla ya habitada por españoles, o si los antiguos habitantes de la isla de La Palma o alguna otra han de abandonarla". Además se sugirió en aquel momento que "quizás con esta paz este lugar deba ser devuelto a España, o podamos retenerlo además de las Antillas". El autor concluye diciendo que, de todos modos, ya poseemos casi todo el comercio de las Canarias y que compramos sus vinos. Además, temía que situaría a los príncipes palatinos demasiado cerca de "los españoles y de su Inquisición".

Poco después, en 1748, Pitt escribió que Inglaterra debería intentar por todos los medios intercambiar Gibraltar por las Islas Canarias. Inglaterra, por supuesto, ni podía ni quería aceptar este intercambio, aunque quizás España sí lo aceptaría porque en la península casi no se conoce el valor del archipiélago y nuestra colonia de Gibraltar es una espina muy grande que España tiene clavada. Pitt era un estadista astuto y comprendía que Inglaterra desarrollaría todos los recursos de unas posesiones en las que España no era capaz, ni entonces ni ahora, de hacer nada. Si se desarrollasen sus recursos, las Islas Canarias podrían llegar a ser la

9 *Declaration by the Elector Palatine,* J. Williams, Londres, 1707.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

joya más valiosa de la corona española. Con un buen juicio que ni inició ni siguió la madre patria, los habitantes de las islas han abolido los monasterios y expulsado a los monjes. Ahora solamente quedan los conventos, pero incluso éstos sirven para sacarles dinero a los pobres campesinos. Cuando las tierras estaban casi inundadas de monasterios, la pobreza de los habitantes era extrema y, durante el reinado de la Inquisición, el comercio languideció a causa de las grandes cantidades que había que pagar a dicha institución. Cuando Glas estuvo en las islas, dice que "como los sacerdotes no estaban satisfechos con los diezmos que recibían, ni los frailes con las ganancias de sus conventos, han buscado la manera de cargar a los habitantes de estas islas con muchos impuestos, que sería tedioso enumerar y que, aunque no todos han sido establecidos por ley, sin embargo, sería peligroso negarse a pagar cualquiera de ellos. Por ejemplo, cada barco de pesca de la costa africana tiene que entregar cierta cantidad de pescado a cada convento (monasterio), y cuando los frailes mendicantes van de casa en casa les entregan gran cantidad de limosna: si alguno rehusara hacerlo o les respondiera bruscamente con toda certeza se convertiría en objeto de su venganza y, por lo tanto, se le delataría ante la Inquisición. Las personas, de cualquier clase social, que tengan algún tema que les interese o plan que desarrollar se cuidan primero de asegurarse de que los altos cargos del clero están de su parte; cuando lo han logrado, cualquier obstáculo puede ser superado fácilmente".

La Inquisición sólo fue abolida en 1820 pero, durante los cien años previos, se permitió su presencia, aunque sin operar. Las propiedades de la Iglesia y los monasterios fueron vendidas y el clero es ahora pagado por el Estado. La marcha de cientos de personas inútiles, que vivían de la caridad obligatoria del pueblo, ha enriquecido considerablemente a los habitantes y su partida ha sido el acicate de una mayor moralidad y del desarrollo de una energía mental que solamente necesita que los campesinos reciban una educación para completar la transformación y hacer que, por fin, los isleños sean libres.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

PUERTO DE LA CRUZ • LOS MASONES
COSTUMBRES

XXI

En hombres a quienes los hombres condenan como malos
Encuentro tanta bondad aún,
En hombres a quienes los hombres juzgan divinos
Encuentro tanto pecado y mancha,
Que dudo si trazar una línea
Entre los dos, cuando ni Dios lo ha hecho.

JOAQUÍN MILLER

Cuando la salud moral es fuerte, no se puede perturbar gravemente la salud política.

FROUDE

MARTES, 23 DE OCTUBRE. Cuando los caballos llegaron esta mañana para llevarnos a Aguamansa, nos sentíamos tan indispuestos que, muy a pesar nuestro, regresamos al Puerto sin llevar a cabo la expedición. Hay que estar acostumbrado a las diversas y exquisitas frutas antes de poder comerlas en cantidad impunemente.

Aguamansa es el bosque que existe en la falda de la montaña que hay detrás de La Orotava. La Villa está construida en la falda inferior e incluso las calles del Puerto están en una ladera. La Villa tiene, sin embargo, algunas de las calles más empinadas que haya visto jamás, aún más que las de Funchal; también es una ciudad construida de la forma más increíble. Casi no hay ni dos calles que sean paralelas; su anchura varía hasta el punto de que una misma calle puede ser ancha y estrecha. Las casas, que son antiguas, han sido erigidas por personas que podían escoger el emplazamiento a su antojo, lo que condujo a una construcción irregular y las paredes de las calles están engalanadas por doquier con preciosas enredaderas. Estos vaivenes, ángulos extraños y esquinas inesperadas hacen que la ciudad sea curiosa e increíblemente pin-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

toresca. El agua que se reúne en los bosques de Aguamansa y que fluye desde allí hasta el valle de La Orotava lo convierte en habitable, hace que la gente se sienta cómoda y que los jardines estén exuberantes. Discurre por canales calle abajo y suministra a quien quiera conectar su propia cañería con la acequia principal. Así se malgasta mucha energía ya que, debido a esto, se utilizan muchas cañerías pequeñas a la vez cuando una grande bastaría. El agua fluye continuamente salvo un día al mes, cuando se limpia el estanque o presa. El pago se realiza de acuerdo con el tamaño de la cañería. El hotel inglés del Puerto, una casa de cuatro pisos de considerable tamaño, paga un tostón cada trimestre, o sea, ¡cuatro chelines al año!

El bosque de Aguamansa tiene gran abundancia de helechos, musgo y todo tipo de bellas plantas, a la sombra de árboles nobles que nunca ha tocado la mano del hombre. Los guanches conocían el valor que este bosque tenía para el valle y lo protegían, como también lo hacen, afortunadamente, los habitantes actuales. Por supuesto existe un equipo oficial que cuida de los bosques, pero sabemos con qué esmero lo hacen por nuestra experiencia en La Palma y en otros lugares. Debemos decir que no somos los ingleses los más indicados para lanzar la primera piedra en esta cuestión, ya que en este mismo momento se está destruyendo desenfrenadamente, talando y quemando, el famoso pino Kauri de Nueva Zelanda, que tarda ochocientos años en alcanzar su desarrollo perfecto. Podríamos alegar en nuestra defensa que Nueva Zelanda no ha estado bajo nuestro dominio durante cuatrocientos años pero, por otra parte, ¿dónde está la civilización y burocracia superior de la que tanto nos vanagloriamos? Los maorís no son tan sabios como lo eran los guanches, o están desmoralizados por el ejemplo de los colonizadores.

Aquí en Taoro [1] vivió el rey, o *mencey*, de la isla e, incluso cuando Tenerife estaba dividida entre sus nueve hijos, el que reinaba en Taoro, y su sucesor, era considerado como el jefe de los

1 Nombre guanche de La Orotava.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

jefes. Residía en Arautápala, La Orotava de hoy. Era el reino de Bencomo. Su famoso hermano, Tinguaro el bravo, y su hermana Dácil, también famosa históricamente como la más bella y la más valiente guanchinesa, pertenecieron también a Taoro.

La temperatura a la sombra en la Villa a las 7 a.m. era de 64° F (17,7° C), un calor muy moderado. Las calles están iluminadas con farolas de aceite por la noche, aunque son muy escasas. Están pavimentadas con piedras en forma de riñón, excepto delante de algunas casas donde han colocado, evidentemente, pavimentos privados. La fonda da hacia el sureste y está en una calle que, como de costumbre, es empinada. Sin embargo es ancha, y la casa se encuentra en una esquina desde donde se divisa, hacia el noreste, un trozo de terreno, grande y vacío en este momento porque las cosechas ya han sido recogidas, cercado por un muro bajo de cemento. Debajo hay un edificio terrero, habitado evidentemente por varias familias y con aspecto de haber sido un antiguo convento. En la parte más baja de la vecina plaza, un drago alza su cabeza de Medusa, dominando el valle. Había una vista espléndida del Pico esta mañana cuando subíamos caminando por la cuesta desde la fonda hacia la plaza de San Agustín. Mirando por encima de la ciudad, veíamos el Teide elevándose majestuosa y tranquilamente. No había ni una nube en el cielo y se veía perfectamente cada pliegue y cada relieve de sus laderas. El Puerto de la Cruz –verdadero nombre del Puerto de la Orotava– sólo parece un pequeño caserío, allá abajo, a la derecha. Nuestra fonda tiene una azotea muy amplia en la que hay un cobertizo con dos camas, un buen lugar para dormir en verano. La vivienda tiene agua corriente.

Después de almorzar en el Puerto, a las 2 p.m., salimos a dar un paseo que resultó de lo más interesante. Saliendo de la fonda, torcimos a la derecha y, tomando la primera calle, salimos del puerto en dirección oeste. Pasamos la tienda del Sr. Reid, un edificio grande y con buenos suministros, y la casa del Sr. Renshaw, pintada de blanco y azul, y, poco después, estamos caminando en el terreno de la *finca* del Dr. Pérez. *Quinta* y *finca* se usan indiscriminadamente. La primera es la palabra portuguesa y la segunda

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

es la española que definen una especie de pequeña vivienda en el campo, en parte jardín y en parte granja. La traducción inglesa de esta palabra, *farm*, daría una idea totalmente equivocada a los lectores ingleses por lo que es mejor utilizar la palabra española. Recorremos una enorme distancia sobre un suelo revuelto y resquebrajado y sin tierra, cubierto de piedras, que parece, a primera vista, el fondo de un río que no ha tenido agua desde hace mucho tiempo. En el pasado esta zona estuvo muy cultivada pero en marzo de 1880 un aguacero cayó repentinamente sobre el Pico y el agua, bajando en torrente con una fuerza tremenda y con un volumen imparable, barrió todo lo que encontró a su paso hasta el mar, además de depositar sobre el desgraciado campo numerosas piedras grandes. Para evitar que vuelva a ocurrir un desastre semejante, se están construyendo gruesos muros con piedra y mucho cemento en diferentes ángulos –vimos a los peones trabajando– montaña abajo. En la actualidad hay higueras jóvenes plantadas a intervalos en el malpaís ya que son las únicas plantas capaces de crecer en condiciones tan primarias. Nuestro camino, más bien sendero, discurre a través de campo abierto por delante de varias casas terreras. La gran viga horizontal de un lagar, frente a una casa, queda muy destacada. En él hay algunos hombres ocupados en este momento, no sé si preparándolo para usarlo o limpiándolo tras la vendimia. Hay unas inmensas pirámides de piedras sueltas que se han quitado del suelo para que éste pueda ser utilizado para la agricultura, construidas con uno o dos escalones y que llaman la atención. Sus bases son de unas veinte yardas cuadradas, o más, y se elevan hasta una altura de unos treinta o cuarenta pies. Pasamos a través de una avenida de palmeras jóvenes que dentro de algunos años será una plantación magnífica y, al salir de la sombra, nos llama la atención una parcela que parece una enfermería. Es una plantación de cochinilla, cubierta de trapos blancos. Las palas superiores de los cactus están tan cargadas que el efecto es de lo más peculiar. Las bolsas contienen los insectos madre, y cada bolsa está atada a una o más de las púas de las palas. La tela es granadina gruesa. Nos acordamos de nuevo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de esta industria al pasar junto a una pequeña estructura ovalada de piedras y cemento, con una puerta pequeña –un horno de cochinilla. Después de recolectar los insectos los colocan en el horno durante un rato para matarlos y prepararlos para el mercado. Varios perros salen corriendo y ladrándonos de cada casita o choza por la que pasamos. Si son pequeños no nos preocupamos pero si son grandes –y aquí los perros son de todos los tamaños y de razas indefinidas– tenemos la precaución de armarnos con un puñado de piedras de buen tamaño. Es necesario hacerlo porque los animales no están adiestrados y son agresivos. Pasamos junto a algunos magníficos ejemplares de *Eucalyptus Lehmann*, jóvenes y llenos de ese fruto suyo con cuernos, tan peculiar. En estas islas crecen muchas especies de eucalipto y todas parecen prosperar. En el Jardín Botánico hay nada menos que treinta y dos especies. Abandonamos la agreste pista por la que hemos estado caminando y, torciendo a la derecha, bajamos con cuidado por unas rocas volcánicas hasta llegar a una vieja acequia de piedra, de unos tres pies de ancho. Nos proporciona un camino liso por el que pronto alcanzamos el camino normal y salimos a la playa. Pero antes de dirigirnos hacia el Puerto, nos alejamos unas yardas de la carretera en dirección contraria, desde donde podemos ver, de cerca y estupendamente, unas rocas negras volcánicas atravesadas por agujeros en los que el mar está agitándose y formando masas de espuma blanca. Junto al borde del camino un hombre está cortando con una podadera un arbusto de flores amarillas cuyo nombre, según nos dice, es *hierba blanca*. Divisamos las vértebras grandes y algunas costillas de una ballena, bastante blanqueadas por el sol y el mar, bajo una roca en la orilla, donde el animal ha sido depositado recientemente por la marea. Hay muchos tamariscos creciendo por toda la costa, y sus ramas verdigrises y plumosas les dan un aspecto muy elegante a estos arbustos desangelados. Es curioso lo saladas que saben sus hojas cuando te las pones en la boca. Ocurre incluso cuando las plantas crecen a muchas millas del mar. Una pequeña construcción, enjalbegada y solitaria, sobre una roca que penetra en el mar, nos llama la aten-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ción. Hay un hueco entre la roca donde se encuentra y la costa, a la que está unida por un sencillo puente construido con algunos tablones. Es una fortaleza, guarnecida por dos soldados. A continuación llegamos al cementerio español, rodeado de muros blancos de cemento y, como la puerta está completamente abierta en este momento, entramos. El recinto, como ocurre con todos los cementerios de estas islas, no es grande. El suelo está profusamente cubierto de cruces de madera negra y lisa, la mayoría con extremos blancos. Varias tienen un panel de cristal bajo el cual está escrito el nombre del difunto en un trozo de papel. Hay algunos mausoleos de mármol en los laterales del cementerio. Uno de ellos está relacionado con una curiosa historia. Algunos años atrás un inglés llamado Morris fue asesinado cerca de este lugar. Era un oficinista del Sr. Reid y se le había confiado la custodia de la llave de la caja fuerte. Desgraciadamente para él, parece haber sido bastante tonto y proclive a alardear y, en lugar de llevar la llave con él sin mencionarla, como haría cualquier otra persona, se jactaba de poseerla y mostraba cómo la llevaba sujeta a su leontina. Actuó así durante tanto tiempo que finalmente despertó la codicia de un par de isleños. En cualquier otro país no habría durado vivo ni una hora. Aquí, sin embargo, la gente es tan honesta y poco dada al crimen que el asesinato de una persona requeriría una larga consideración y una provocación muy fuerte. En realidad, los asesinatos son tan increíblemente escasos, que cuando ocurren no es algo que llame la atención de forma pasajera, sino duradera. Dos hombres convencieron a Morris para que saliera del Puerto a pasear con ellos, lo asesinaron y después regresaron y saquearon la caja fuerte. Claro está, se echó de menos a Morris pero no se encontró ni rastro de él ya que habían elegido un ingenioso escondite para su cuerpo. Los asesinos habían quitado la losa de uno de los mausoleos más antiguos del cementerio, que no había sido abierto durante veinte años, y arrojaron su cuerpo dentro, volviendo a colocar la losa de mármol –al menos así lo creyeron– en exactamente la misma posición que estaba antes. Pero el asesinato siempre se paga, tarde o temprano. Sin que se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

diesen cuenta habían roto un pequeño trozo del borde de la losa de mármol y el descubrimiento del cadáver del asesinado se debió a dicha circunstancia. Tres o cuatro días después del asesinato se enterró a un niño. Cuando el cadáver llegó al cementerio, se dieron cuenta de que habían olvidado el certificado necesario por lo que, mientras uno de los asistentes regresaba a la ciudad para traerlo, los demás se dispersaron por el cementerio. En el grupo había un muchacho ciego y, mientras caminaba, percibió un olor desagradable que le condujo, al intentar descubrir de dónde provenía, hasta el mausoleo. Llamó entonces a los demás para que vinieran y vieron cómo salían moscas verdes de una grieta reciente en la losa de mármol. Al regresar a la ciudad informaron a las autoridades del descubrimiento y, conscientes de que esta tumba en particular no había sido utilizada durante años, y como se hablaba mucho por entonces sobre el oficinista desaparecido, un grupo se desplazó de inmediato hasta el cementerio y abrió el mausoleo, encontrando el cadáver, muy descompuesto. Se descubrió a los asesinos y, como los declararon culpables, fueron ejecutados, tras una considerable demora, en julio de 1881.

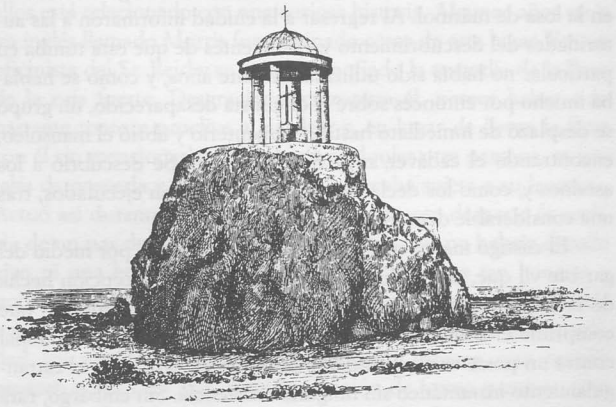
El castigo mayor que impone la ley se efectúa por medio del garrote vil que, según dicen, es el más humano, excepción hecha de la decapitación. Dos vueltas de la palanca y del tornillo que comprime el collar de hierro que rodea la garganta del criminal contra un poste vertical, situado detrás de él, producen el estrangulamiento instantáneo sin ninguna resistencia. Sin embargo, rara vez se contempla este horrible espectáculo público. Los isleños cometen muy pocos asesinatos y sólo por asesinato o traición se aplica la pena de muerte. Cuando ocurre un caso que merece la muerte del criminal, las interminables formalidades o burocracia avanzan con una lentitud increíble. La ejecución de la sentencia rara vez se lleva a cabo antes de los dos años después de que la ofensa y detención del acusado hayan ocurrido y hay casos en los que casi se duplica esta demora. Incluso después de que la sentencia se haya producido en las islas, el caso puede apelarse a España, a menos que el tribunal provisional de la Audiencia dicta-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mine que la sentencia es inapelable. Sin embargo, si el criminal pertenece a la milicia destinada en la isla se le juzga en consejo de guerra y, si se le condena a muerte, es fusilado inmediatamente.

Posteriormente vimos los horribles garrotes en Las Palmas de Gran Canaria, donde tienen dos porque hubo que fabricar otro más para la última ejecución, que fue la doble de los asesinos de Morris.

Acaban de cavar una tumba en el cementerio. Tiene unos cuatro pies de profundidad y una forma muy irregular por los



MONUMENTO EN LA ORILLA, PUERTO DE LA CRUZ

lados. Entre la tierra que se había extraído había un cráneo. Acaba de entrar un cortejo fúnebre. El negro ataúd lo trajeron a hombros desde la ciudad unos hombres seguidos por unos veinte o treinta hombres más. No hay ni sacerdote ni música. Aquí, por lo general, no tocan música, como ocurre en La Palma, y sin duda en este caso los familiares no podían pagar los servicios de un sacerdote. Vimos que había una alcaparra creciendo aquí y también una *buganvilla*, que tiene unas flores moradas tan espléndi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

das. A lo largo de toda la costa hemos pasado junto a grandes masas de la rígida y columnar *Euphorbia Canariensis*, la planta que, quizás entre todas las demás, llama más la atención del visitante que acaba de dejar atrás una vegetación europea. Un poco más cerca de la ciudad, a la izquierda y cerca del mar, se alza una cúpula circular abovedada, con seis columnas lisas, erigida sobre una roca escarpada y solitaria. Se han construido unos escalones hasta la parte alta de la roca por el lado que da a la ciudad. Alrededor del final del siglo pasado o comienzos de éste, los habitantes de Lanzarote estaban muy agobiados por la falta de agua que casi provocó una hambruna en la isla. Muchos de ellos vinieron a La Orotava buscando trabajar para los, por aquel entonces, prósperos orotavenses. En lugar de ponerlos a hacer algo útil –no había ni una sola carretera en la isla en aquel momento– construyeron esta monstruosidad, fea y totalmente inútil. Las seis columnas y la cruz que aparece en la parte más alta fueron añadidas después, además de una inscripción en verso para inmortalizar al imbécil, aunque humanitario, proyectista de la obra:

Es todo lo que vemos excelente
Al inventor resulta mucha gloria,
Este peñón conserve eternamente
De Luis [Carlos] Lavaggi la memoria.

Si Colón el ingenioso
A España dio un nuevo mundo,
A un genovés sin segundo
Se debe este sitio hermoso.

A Taoro nuevo brillo
Un buen extranjero dio
Y do este punto afamado,
Medio Teide descubrió.

La vista de la ciudad desde aquí es quizás la mejor que puede obtenerse de cerca. El telón de fondo cercano lo forma de manera encantadora el acantilado de los terrenos del Marqués

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de Candia en La Paz, con sus dos características palmeras. Al volver la vista hacia el interior, vemos a nuestros pies el cementerio inglés, pequeño y rodeado por una pared, con sus palmeras cimbreantes y otros árboles. Esta pequeña "parcela de Dios", de aspecto tranquilo, ha dado lugar recientemente a muchas discusiones en La Orotava. Murió un masón, inofensivo y bien educado, y los sacerdotes se negaron enérgicamente a enterrar el cadáver en el cementerio público. En vista de esto, el alcalde decidió, sin ninguna lógica, que el hombre fuese enterrado en el cementerio inglés. El Sr. Reid, vicecónsul inglés, naturalmente se opuso firmemente a esta injusta decisión hasta que el alcalde dijo que si el entierro tenía que llevarse a cabo en el cementerio público, habría que derribar la pared para que entrase el cadáver, ¡ya que el lugar sería profanado si entraba por la puerta! Por muy irracional que parezca, la pared del cementerio fue, en efecto, derribada y el desgraciado hombre estuvo a punto de ser enterrado, como un perro, en una esquina donde solía arrojarse la basura. La familia del finado vino entonces a ver al Sr. Reid y le pidió encarecidamente que permitiese su entierro en el cementerio inglés, ya que preferían esta ubicación antes que el lugar y forma de sepultura que el alcalde y los sacerdotes proponían. Inmediatamente se aceptó amablemente esta petición, que no la injusta orden del alcalde. Como consecuencia de estos hechos, comenzó una terrible discusión en los periódicos de la isla y, entre muchos otros incidentes desagradables, un escritor comentó que era muy extraño que un inglés pudiera más en cosas españolas que un alcalde. Después del incidente las autoridades han ordenado que les sea entregada la llave del cementerio inglés y esto se ha hecho, aunque muchos piensan que ha sido un error y ha habido protestas públicas. El solar en cuestión se lo regaló primeramente el Gobierno español a los holandeses, pero durante más de cincuenta años –tiempo suficiente para establecer la propiedad– ha estado, de forma irrefutada, en manos de los ingleses, como han atestiguado el Sr. Charles Smith y otros viejos residentes que han vivido durante ese tiempo en la isla. Los holandeses, aparentemente,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

desaparecieron de La Orotava, aunque se dice que aún hay un grupo de ellos o de sus descendientes en Taganana, un distrito del norte de Tenerife, y, desde que los ingleses han sido los propietarios, se ha levantado un muro alrededor, se han plantado árboles y el cementerio está bien cuidado y plantado, mientras que anteriormente era un terreno descampado y sin cuidar. Así está el asunto en la actualidad. Todo esto resulta interesante porque demuestra los sentimientos existentes en la isla. Hay muchos masones en el archipiélago, donde ciertamente son la sal de la tierra, ya que pertenecen a la masonería casi todos los españoles inteligentes, cultos y reflexivos. Considerando sólo el progreso y la ilustración de las islas, convendría que su número aumentase. Se nota cierta falta de fe entre ellos, aunque más en relación con algunas de las supersticiones de la Iglesia de Roma que una incredulidad general hacia todo lo que sea de naturaleza religiosa. El individuo en cuestión, sin embargo, no tenía ni ápice de escepticismo, por lo que había menos razón aún para negarle un entierro cristiano.

Antaño era habitual que el cuerpo se trajese antes del entierro a la iglesia, pero desde la epidemia de cólera esta costumbre ha dejado de practicarse. Los muertos se depositan ahora en una capilla mortuoria cerca de la iglesia, mientras celebran la misa de funeral en la iglesia. Una especie de féretro bajo, cubierto con tela negra, donde se solía colocar antes el ataúd con el cadáver, se sitúa delante del altar principal, con velones alrededor, con una cruz y velas a la cabecera. Esta especie de sustituto del cadáver resulta una imagen curiosa para cualquier visitante.

Volvemos a la ciudad por la zona denominada La Ranilla. La calle es ancha, pavimentada con los desagradables guijarros, y las casas a cada lado son pequeñas y de una planta. Tras recorrer unas cincuenta yardas, nos encontramos con un objeto curioso. Es un respiradero volcánico, de unos sesenta o setenta pies de alto, que se eleva repentinamente en medio de las casas, dominándolas. Está formado por lava negra y dura, y nos recuerda que esta tranquila y, en apariencia, soñolienta ciudad fue una vez un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lugar de terrible destrucción, de horrible furia y de rocas fundidas. ¿Cuándo volverá este poderoso volcán a explotar, haciendo correr impetuosamente sus torrentes fundidos de flamígero líquido hacia el mar, por la ruta más corta? Nadie puede decirlo. Por doquier existen señales del tremendo pasado y la historia puede repetirse en cualquier momento. Un poco más allá, bajando unas cincuenta yardas por una calle, hacia el sur, vemos otra de estas burbujas solidificadas; la parte que da hacia nosotros está hueca y parece una cueva. La primera tiene una gran cruz en la parte alta y delante de ella, dando hacia la calle, se ha construido un "calvario". Su aspecto desde el otro lado de la calle es llamativo. Toda la parte frontal está formada por tiras de madera, colocadas verticalmente en hileras, de tal modo que parece una enorme jaula de zoológico. Contiene varias cruces y los ornamentos habituales, además de utilizarse como almacén para los farolillos de papel que se cuelgan en las noches de *fiesta*.

Hoy soplaba un fuerte viento del sureste en lugar del alisio normal del noroeste. Éste es el viento más molesto de los que soplan en el archipiélago. Es el viento de levante que sopla del Sahara. Sin embargo, sus visitas son contadísimas ¡afortunadamente, ya que hace que todo el mundo se vuelva irritable!

Miércoles, 24 de octubre. El Sr. Louis Renshaw vino a vernos esta mañana, trayéndonos generosamente algunos periódicos ingleses. Más tarde, John salió a pasear con el Sr. Branckar, permitiéndome que me enterase de las noticias y descansase. Lo que sigue es la descripción, realizada por el primero, de lo que vieron:

"A las 11 a.m. salimos a pasear, dirigiéndonos hacia el este. De camino pasamos la fonda española, una casa de aspecto limpio, y la casa de huéspedes alemana y, al llegar al barranco, lo cruzamos cerca del mar. Un paseo amplio, plantado por el lado del mar con tamariscos, discurre por la izquierda, alrededor de la ciudad, hasta el puerto. El puerto actual es casi inservible, no obstante, las obras en el muelle siguen adelante, con largos intervalos de inactividad. Sin duda alguna, éste es el sitio donde se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

podría construir un verdadero puerto. Ya existe una bahía amplia, con un promontorio que penetra en el mar, al norte, y si se construyese un dique, en dirección a él, se lograría un puerto realmente magnífico. La naturaleza del fondo marino permite la construcción, sin problemas, de un muelle y es de esperar que las autoridades dejarán sus prejuicios y envidias a un lado, y trabajarán en beneficio no solamente de La Orotava, sino de toda la isla.

Ahora subimos por un sendero que serpentea por la ladera del acantilado sobre el que se encuentran la casa del Marqués de Candia y sus terrenos. El sendero es simplemente un reborde estrecho en la pared del precipicio, nada más. La tierra sobre la que caminamos es roja y polvorienta, mientras que sobre nuestras cabezas se encuentra un río de lava, cuyo color pardo mate contrasta agradablemente con el alegre color de debajo. Bajo una roca que sobresale, en un tramo ligeramente más ancho del sendero, nos encontramos con dos cortos tubos de piedra que sobresalen un pie de la pared de la montaña, y de los que mana agua transparente y clara. Es la famosa agua de Martiánez y se dice que es la más pura y la mejor de toda la isla. Comprobamos que su temperatura era de 63° F (17,3° C) y la del aire, de 69° F (20,5° C). El Sr. Charles Smith, que ha observado la temperatura del manantial durante muchos años y en todas las estaciones, nos informa que nunca muestra la más ligera variación. Se dice que los balleneros prefieren aprovisionarse de esta agua porque dicen que se conserva mejor que cualquier otra. La formación inmediatamente encima de los tubos parece una especie de conglomerado muy suelto, con los intersticios entre las piedras casi vacíos. Hay una vista magnífica de la ciudad que hemos dejado atrás; el sol matutino resalta con toda nitidez las paredes enjalbegadas, los postigos verdes, las tejas rojas y las azoteas. Continuando nuestro paseo, después de beber un poco de agua y comprobar su frescor y su pureza, llegamos, poco después, a una cueva que penetra una corta distancia en el risco pero que posee un techo alto y una entrada ancha. Está formada del mismo conglomerado suelto. El piso se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ha hundido en una parte y hay un agujero casi circular, de unos cuatro pies de diámetro, a través del cual vemos una luz que penetra desde el mar, probando que esta cueva inferior tiene una abertura en dicha dirección. Un poco más lejos tenemos que inclinarnos en algunos puntos para evitar golpearnos con las rocas que sobresalen y continuamente tocamos con los codos masas de preciosos culantrillos y asustamos numerosas palomas, que giran y se alejan volando. Este paseo requiere una cabeza firme ya que el mar ruge a unos cien pies por debajo de nosotros y la bajada hasta la costa es bastante empinada. Hay varios agujeros pequeños en el risco, llenos de tierra roja fina, aunque quizás 'escarlata' describiría mejor el color. Sobre nuestras cabezas los estratos están muy retorcidos y algunos trozos sobresalientes parecen, con el azul claro del cielo de fondo, serpientes de tierra asomando sus cuellos sobre el mar desde sus madrigueras subterráneas. Ahora tenemos que dejar el sendero, porque ha habido un deslizamiento de tierra y es imposible avanzar en esa dirección. Como los acantilados aquí son menos escarpados, aprovechamos una pendiente poco inclinada y alcanzamos la parte superior. En la cima descubrimos que la tierra es más o menos plana y cultivada, aunque se ha dejado una meseta yerma de considerable anchura en su estado original, cubierta de rocas y con escasa vegetación. En esta zona vemos varias cabras alimentándose que constituyen una imagen de lo más pintoresca. Un cabrero está sentado en una roca que sobresale por encima del precipicio, con su larga pértiga en una mano y la barbilla descansando sobre las rodillas, mientras mira con ensoñación hacia el mar. Probablemente algún guanche mirase así muchas veces antes de la llegada de los crueles invasores. Lleva pantalones blancos cortos y camisa, con un fajín escarlata alrededor de la cintura y un sombrero de fieltro negro. Las cabras vagan a su alrededor y por la falda del risco, en puntos donde el mero hecho de verlas saltar de un sitio a otro te marea. Hay a nuestro alrededor cardones gigantescos, con sus múltiples columnas rígidas apuntando hacia el cielo, y algunos pequeños grupos de una florecilla morada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Abandonando apenados este paisaje y continuando a lo largo de la parte alta del risco, llegamos a un fenómeno natural de lo más curioso. Hay un corte repentino en el risco, donde un desfiladero, poco profundo y de paredes verticales, penetra tierra adentro desde el mar. Su vertiente más cercana a la ciudad –la occidental– ha sido desmontada con una paleta semicircular o una gubia. En los laterales de este medio tubo se puede ver cómo forman los estratos capas delgadas. Parece como si hubieran cortado un inmenso montón de papel de estraza perpendicularmente, por el borde, con una gubia gigante. Cortes similares, aunque no tan perfectos, los vimos en el barranco de las Angustias, en La Palma. En el lado oriental de este desfiladero, un poco más adelante, descubrimos una pista de cabras que seguimos en su enrevesada bajada hasta llegar a la boca del barranco en la costa. Trepando por inmensos cantos rodados y grandes piedras, torcemos hacia la derecha y llegamos al arco del corte. Mirando hacia arriba, comprobamos lo escarpado de las paredes; los huesos y cráneo de un burro en el suelo demuestran lo fatal que podría ser una caída desde la parte alta. El círculo en el fondo está completo, excepto por la zona por donde entramos. De oeste a este el diámetro es de diecinueve pies y la entrada oriental tiene nueve pies y medio de ancho. Los estratos, que vistos desde arriba habíamos comparado con capas de papel de estraza, ahora comprobamos que varían entre dos pulgadas de espesor y veinte. La tierra más blanda, de relleno, ha ido cayendo, dejando huecos de un pie de profundidad, más o menos, y haciendo que los estratos más duros estén especialmente remarcados. La altura de esta chimenea ronda los 150 ó 200 pies. Regresamos al Puerto por un sendero más alto, al socaire de la pared del jardín del Marqués de Candia, y llegamos a la fonda a la 1:30 p.m."

El Sr. Renshaw nos vino a buscar esta tarde y nos llevó a la casa de su padre, el Sitio de Luna. Su padre y su familia no están en casa, por lo que, de momento, realiza vida de soltero. El terreno ha sido recientemente dispuesto en bancales y preparado, y se encuentra en una pendiente muy inclinada. Caminamos hasta la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

parte alta del jardín, desde donde se obtiene una buena panorámica doble: de la ciudad, el muelle y el mar, y también de la bahía donde podría construirse el puerto. La zona más alejada de esta bahía termina en una roca curiosa que se alza vertical en aquella punta y que llaman la Rapadura, el nombre de un dulce que tiene esa forma. Detrás se divisa parte del valle entre dos conos volcánicos, con las montañas al fondo y el Pico un poco hacia la derecha.

Como ejemplo de lo barata que podría ser la vida aquí puedo mencionar que una casa amueblada en Puerto de la Cruz, con siete habitaciones amplias, cocina y otras dependencias, y con una sala de sesenta pies de largo, se alquila por catorce libras al año. Hay una vista magnífica desde la azotea y en la terraza hay una fuente que siempre tiene agua. Los muebles son muy antiguos y recios. Una vivienda, amplia y sin amueblar, para una familia, se puede conseguir fácilmente también en el Puerto, con un jardín pequeño, por entre ocho y diez libras al año. Los inquilinos no tienen que pagar impuestos, excepto uno muy bajo, que depende del alquiler, por cada residente mayor de edad, llamado cédula de vecindad, y tampoco hay que pagar ningún impuesto sobre la renta.

Los sirvientes cobran entre ocho y doce chelines al mes, y pueden marcharse sin necesidad de previo aviso. La camarera de nuestro hotel, una muchacha atractiva –hija de un sacerdote– se despidió esta mañana porque el cocinero, como todos los cocineros, tiene muy mal genio, ¡y la había reprendido! La carne cuesta cinco peniques la libra y las verduras son muy baratas. En este momento es un poco difícil conseguir leche de vaca y se consume, sobre todo, leche de cabra. Sin embargo, este problema podría resolverse rápidamente y si no se pudiese conseguir pasto suficiente para producir mantequilla y leche en Tenerife, La Gomera está cerca para, por lo menos, suministrar la mantequilla.

Se dice que La Palma tiene las mejores cabras y los mejores caballos, aunque muchos dicen que los caballos de Fuerteventura son los mejores. Los caballos buenos cuestan entre veinte y trein-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ta libras, pero se pueden conseguir animales jóvenes, sin domar, entre ocho y diez libras.

Jueves, 25 de octubre. Esta mañana temprano cayó un poco de lluvia. La temperatura a las 8 a.m., a la sombra, era de 72° F (22,3° C). El Pico, que es lo primero que uno busca por la mañana, y lo último, por la noche, y que se consulta todo el día y del cual se habla como se haría sobre el barómetro y el clima, podía divisarse, aunque había una ligera calima sobre las montañas inferiores.

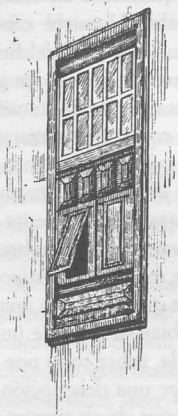
Nos tomamos un día de descanso y nos quedamos en casa, ya que había muchas cosas distintas que escribir. Nuestros crepúsculos aquí en el hotel son muy agradables. La música del Sr. Branckar está muy solicitada y él es muy generoso al acceder a nuestras peticiones. Es delicioso sentarse cerca de las ventanas abiertas, mirando las estrellas, que aquí brillan con tanta fuerza, y escuchar a los maestros interpretados con tanto sentimiento. Noche tras noche nos divierte mucho ver a los diversos *novios* en la calle, apoyados contra las paredes de las casas, bajo las ventanas de las señoritas que admiran. Estuve observando a un hombre con enorme interés. Nunca hablaba y rara vez miraba al postigo que estaba abierto un poco más arriba, señal de que allí había una señorita, ¡casi no se movía, excepto para cambiar su peso de un pie al otro! ¡Qué forma de cortejar tan aburrida, sobre todo porque es muy frecuente que dure años! Glas hace una descripción muy divertida de los jóvenes de las Islas Canarias de su tiempo. Aparentemente es muy fácil enredarse en un noviazgo, pero muy difícil salirse de una situación problemática, y dice que fueron pocas las veces que partió de las islas sin llevar a bordo varios refugiados que huían de noviazgos que nunca habían querido comenzar, pero a los que se habían visto forzados.

Sorprende ver la reclusión en que viven las hijas de la clase media.[2] Cualquiera diría que son tan inmorales que han de ser

2 Algún tiempo después de escribir esto, he descubierto que un anglocanario, Louis Renshaw de Orea, ha publicado un folleto sobre este tema titulado *Esclavitud Doméstica.*

© Del documento, los archivos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cuidadosamente vigiladas. Sin embargo, no es ese el caso ya que son excesivamente virtuosas. Es lo que queda de una vieja y obsoleta costumbre que cada familia quisiera romper pero que teme ser la primera en hacerlo, por si la critican. Es absurdo afirmar que es saludable estar encerrada entre cuatro paredes de una casa y no salir nunca, excepto para ir a misa o para visitar una casa vecina. Esto es lo que roba a las mujeres españolas esa belleza por la que son tan famosas cuando jóvenes; esto es lo que da a las mujeres mayores esa expresión de resignada tristeza que es tan penoso observar. Una vejez contenta es algo digno de ver. También se interfiere mucho y se restringe la comunicación entre los jóvenes de ambos sexos. ¿Cómo puede una mujer llegar a conocer a su futuro marido, si sólo lo ve en presencia de otras personas? Los jóvenes no pueden hablar libremente de lo que les atañe más íntimamente, en presencia de sus mayores. Cuanto más libre y menos restringida sea la comunicación entre los sexos, más fácilmente encontrarán las mujeres su lugar correcto, tanto antes como después del matrimonio. Además, como me dijo un caballero, "El que las mujeres estén encerradas no prueba su virtud, se demuestra mejor luchando en el mundo, y no, estando encerradas entre cuatro paredes". Es bien conocido que esta reclusión de las mujeres, semejante a un enclaustramiento, no podría impedir que una muchacha se portase mal si quisiera hacerlo. ¡Es absurdo decir que una muchacha no se puede atrever a salir de su propia puerta sola! Se ha logrado una ligera mejora en este sentido y, de hecho, se ha visto a dos muchachas salir solas de paseo ¡sin que se hayan escapado con ninguno de los hombres con que se encontraron! No hace falta decir que un paseo, aunque sólo esté poblado de incidentes trivia-



POSTIGO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

les, ayuda más a conseguir una buena salud mental y corporal que el permanecer en el jardín o en la casa, donde el paisaje no cambia de una semana a otra. El chismorreo trivial tiende a surgir más entre las que no muestran interés por otra cosa que no sea su propia familia, y que no participan en el mundo exterior, cambiando sus ideas y desechando sus trivialidades al enfrentarse con la visión de la vida –más amplia y más dura– que tiene el sexo fuerte. En general, aquellos países donde la libertad de comunicación entre solteros de ambos sexos es mayor son aquellos donde las mujeres resultan más virtuosas, tanto después del matrimonio como antes. Piensen en Inglaterra, por ejemplo, o, mejor aún, en Irlanda, cuyas mujeres son famosas, e incluso acusadas a veces, por la libertad de sus costumbres y de su forma de actuar y, no obstante, el pueblo irlandés, el verdadero pueblo celta, es uno de los más virtuosos de toda la tierra –por no decir el más–, un hecho demostrado por las estadísticas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LOS REALEJOS • ICOD ALTO
BARRANCO DE CASTRO

XXII

Hable por usted mismo, John.

LONGFELLOW

Pero, ¡ah!, ¿qué musa, y con la fuerza de qué canción,
Podrá describir el torrente cuando avanza irrefrenable?
Enredaderas, olivos, hierbas y bosques desaparecen.

COWPER

VIERNES, 26 DE OCTUBRE. Como no me sentía con fuerzas para dar un largo paseo, John, acompañado por el Sr. Renshaw, que amablemente fue con él y Lorenzo, fueron hoy todos a caballo hasta Icod Alto, desde donde se obtiene una de las mejores vistas del valle de La Orotava. Él me ha proporcionado la siguiente narración de los acontecimientos y del paisaje del día:

"Nuestro plan para hoy era ir a caballo hasta la parte alta de la montaña que se encuentra por encima del pueblo de Icod Alto, desde donde, según nos dicen, se obtiene una buena panorámica del valle de La Orotava, y de allí al barranco de Castro para después regresar a la costa, visitando la rambla de Castro por el camino. Aunque es casi imposible conseguir información fiable sobre las distancias, estaba claro que sería un largo día a caballo, así que partí a las 6:40 a.m. del portal de la fonda, acompañado por Don Louis Renshaw y nuestro viejo compañero Lorenzo, a pie y llevando la cámara fotográfica de 5 × 4. Si contamos los meses, nuestra amistad con este último había sido corta pero el haber estado tan unidos durante nuestros viajes hacía que este período se asemejase casi al número equivalente de años. Juntos habíamos pasado hambre y sed, juntos nos habíamos perdido, jun-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tos habíamos comido opíparamente cuando pudimos obtener vino y provisiones y, sobre todo, tanto cuando el trayecto fue duro como cuando fue fácil, siempre demostró ser buen observador, jovial y cortés.

Salimos de la ciudad, aún casi dormida al bullicio del día –si es que se puede llamar bullicioso al Puerto– y, avanzando hacia el oeste, cruzamos el barranco, o suelo pedregoso, por el que bajó el agua con aquella furia tan devastadora en 1880, más arriba de donde cruzamos cuando fuimos a visitar la finca del Dr. Pérez. Desde esta mayor altura se puede obtener una idea mejor de la acción del agua. Pasamos junto a una casa solitaria, construida sobre unas rocas planas y ligeramente elevada sobre el terreno circundante, casi como una isla, ya que el torrente de agua se había dividido en dos antes de llegar a ella y pasado por cada lado. Tuvo suerte de no ser destruida. Desde aquí podemos ver el cementerio, casi en línea recta bajo nosotros, cerca de la costa, y podemos darnos cuenta de que también escapó por los pelos de ser arrastrado al mar, con todos los restos mortales que contenía. A nuestra izquierda al subir, unos hombres están trabajando en un muro construido junto al barranco para evitar una repetición de aquella catástrofe. El muro parece muy resistente. Lo han construido de unos cuatro pies de ancho y seis o diez de alto, con *piedra de molinero* (la misma piedra que se utiliza para moler en los molinos), bien cogida con cemento, arena de playa y cal, y parece lo suficientemente sólido para resistir la mayor presión de agua que las nubes del Pico sean capaces de enviar contra él. En este momento ese monstruo poderoso está rodeado de nubes. Cruzamos la carretera y entonces nuestro camino nos conduce a través de La Vera, un caserío pequeño y pobre, situado a una altitud, según mi aneroide, de 700 pies. Pasamos La Montañeta a nuestra izquierda, que le da nombre al caserío que circuye su base. Estas excrecencias del suelo, semejantes a verrugas, parecen, desde lejos, bastante negras. En realidad, están compuestas principalmente de picón negro, aunque desde más cerca se perciben algunos colores rojos esparcidos por el montículo. De hecho,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

una inspección más detallada revela escorias y traquitas en varios estados de calcinación, con colores que van desde el negro o gris hasta el rojo brillante y el amarillo ocre. La superficie es bastante yerma y elevándose así, sin vegetación, en una llanura fértil y verde, La Montañeta constituye un elemento impactante del paisaje desde cualquier punto que se mire.

Durante todo este tiempo hemos estado ascendiendo por la suave pendiente de la montaña que llaman, de la forma más inapropiada, el 'valle' de La Orotava y, cuando alcanzamos un tramo más nivelado de terreno, vemos directamente frente a nosotros el pueblo de Cruz Santa, además de ver, por vez primera hoy, la villa de La Orotava, a cierta distancia por la izquierda. El montículo de picón negro –La Montañeta– de unos 200 o 300 pies de alto y de una longitud y anchura considerables, se encuentra ahora a nuestra derecha. Se percibe con toda claridad una curiosa línea blanca que la recorre horizontalmente cerca de la base –y es que surge perpendicularmente de la pendiente, como si fuera una gigantesca verruga negra sobre aquel suelo. Es una acequia para llevar agua (de uso doméstico y de riego) a los pueblos más bajos. El camino que hemos estado siguiendo es, como de costumbre, pedregoso y desigual pero, comparado con otros caminos de la isla que ya hemos atravesado, puede decirse que merece el calificativo de bueno. Siguiendo un sendero entre dos muros –tan estrecho que sólo con gran dificultad podemos empujar nuestros caballos lo suficientemente hacia un lado para permitir el paso de unas mulas que bajan cargadas con leña a cada lado del lomo– llegamos pronto a Cruz Santa, el pueblecito que habíamos divisado delante de nosotros, y nos apeamos de los caballos para subir hasta la cruz, que se alza sobre lo alto de un pequeño promontorio rocoso que destaca en la pendiente. La altitud de este lugar es de 1.450 pies.

Junto a la cruz, e inmediatamente debajo de ella, se encuentra una era grande, redonda y pavimentada, donde, sin duda, podrán verse los bueyes trillando en el otoño. Desde este lugar podemos divisar la villa de La Orotava, el extremo este del Puerto y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

las montañas que acaban en el Pico, que también se ve dominándolas.

Nos cruzamos con una muchacha que lleva una inmensa cesta llena de magníficas cinerarias blancas y rosadas en equilibrio sobre su atractiva cabeza. Lorenzo, con la mayor cortesía, la detiene y, alabando enormemente sus flores, le pide un ramo de flores que él nos entrega, a su vez, con una cortés reverencia, al tiempo que se quita el sombrero. Están cayendo algunas gotas de agua de modo que volvemos a montar apresuradamente y atravesamos el pueblo. En la plaza hay hombres muy atareados colocando banderas y mástiles alegremente decorados ya que van a celebrar una fiesta –la de 'Nuestra Señora de las Mercedes'. A las 8:15 a.m. llegamos a Realejo Alto. Los dos Realejos –Alto y Bajo– realmente forman un solo pueblo, largo, continuo y desordenado, una calle más que otra cosa, con un barranco entre los dos. Seguimos bajando por la calle, pendiente y toscamente pavimentada, desde cuyo extremo superior se puede ver muy bien la iglesia, la más antigua de la isla, construida en el lugar donde bautizaron a los reyes guanches. Lo que primero llama la atención es que posee un chapitel, el primero que he visto en las islas. Hemos preguntado más tarde y descubrimos que es el único chapitel que hay en el archipiélago.

Desmontamos, dejando nuestros caballos a cargo de Lorenzo, y como estaba lloviendo corrimos calle abajo y entramos en la iglesia apresuradamente. Estaban celebrando misa en uno de los altares laterales y la congregación la formaban ocho campesinas arrodilladas. Dos de ellas llevaban mantilla de franela blanca con un borde de raso del mismo color, las demás se cubrían la cabeza con pañuelos amarillos, rojos y moteados.

Nos sentamos en uno de los bancos laterales de madera a esperar hasta que finalizase la misa. Estos bancos son bastante peculiares: el respaldo es de madera tallada toscamente pero el asiento es una caja larga donde se almacenan las velas de la iglesia. Hay varios de estos bancos-caja colocados junto a las paredes laterales entre altar y altar. Hay cuatro columnas de piedra a cada

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lado, con amplios arcos, audaces y sencillos. La piedra angular del primer arco de la derecha, al entrar, ha cedido, de hecho puede percibirse un claro pandeo que debería repararse inmediatamente. El suelo de la nave es de piedras pequeñas y corrientes y el de los dos pasillos es de ladrillos rojos. El techo es de madera, con el estilo canario habitual, y las vigas están talladas como en muchos otros sitios pero la madera es, en general, mucho más oscura y más vieja que la que había visto anteriormente. El púlpito es una caja muy tosca de madera, con los paneles tallados y dorados. Mientras anotábamos estos detalles, la misa terminó y el Sr. Renshaw envió un recado a la sacristía, tras lo cual el sacerdote nos invitó cortésmente a pasar y no sólo nos mostró las vestiduras y los utensilios de iglesia sino que él mismo nos guió alrededor de la iglesia y por la torre, explicándonos cada detalle. El presbiterio tiene un piso de losetas cuadradas blancas y negras que parecen de mármol de baja calidad. La iglesia fue construida dos años después de la conquista y su santo patrón es Santiago. Las mejores vestiduras son antiguas y poseen magníficos bordados de lana que servirían de modelo en South Kensington de lo bien combinados que están los colores, lo perfecto de la artesanía y lo natural que parecen las flores y el sombreado. A esta Virgen vestida, que se saca en procesión, la veneran bajo el nombre de 'Nuestra Señora de los Remedios'. Su fiesta se celebra en septiembre. Hay una gran cruz de madera, de unos doce pies de alto, recubierta de plata, que utilizan en las festividades. En la base tiene unas tiras de plata grabadas con fechas. Las fechas más recientes que vi eran 1803 y 1805. La costumbre era –y el sacerdote se lamentó amargamente de tener que usar el verbo en pasado, porque dijo que la gente ya no era tan generosa con la iglesia como lo había sido antiguamente– que el caballero que pagaba los gastos de las festividades de aquel año colocase en la base de la cruz su nombre y la fecha, en una tira de plata. El altar principal no merece ningún comentario pero, a su derecha, en la nave, hay una plancha de cobre, a ras del suelo, con un escudo de armas que lleva la fecha de 1648. Por encima del altar, sobre la pared de la izquierda al

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

entrar, hay un antiguo cuadro curioso, incluso grotesco, que muestra las almas ardiendo en el purgatorio. La pila bautismal está tallada de una sola piedra grande y tiene tres pies de diámetro. Preguntamos por los archivos de la iglesia. Los más antiguos, desgraciadamente, fueron destruidos en un incendio hace unos años. El más antiguo aún existente se encontraba en un armario de madera cerca de la pila bautismal. El libro era de papel, encuadernado en cuero, y la primera entrada –un bautismo– lleva fecha de 1542 con una caligrafía muy buena y clara y la tinta todavía negrísima. Creo que para unos registros tan antiguos y valiosos se debería encontrar algún depósito más seguro que este armario corriente de madera. A menos que el Gobierno o algún generoso bienhechor suministre una caja fuerte, es muy probable que los archivos que aún sobreviven compartirán algún día la suerte de los otros.

La torre no está sobre la iglesia, sino adosada. Subimos hasta las campanas, seis en total. La altitud aquí es de 1.200 pies. La campana mayor sólo se toca en caso de fuego, el reloj utiliza otra, una es la campana que llama a misa, una es demasiado vieja para poder utilizarse pero sigue colgada allí, aunque nunca se escucha su voz y una, según pudimos ver, había sido fabricada en Londres. El chapitel es una construcción de madera revestida de azulejos. Muchos se han desprendido, así que la estructura tiene un aspecto destartalado y descuidado; tanto ésta como el arco en mal estado y los archivos necesitan la urgente atención del Gobierno ya que estoy seguro de que Tenerife no permitirá que la iglesia más antigua de la isla continúe mucho tiempo más en un estado tan ruinoso, incluso peligroso. La torre se construyó en 1774, el pasillo de la derecha, al entrar, en 1677 y el de la izquierda, en 1663.

Tras dar las gracias al sacerdote y comentarle que confiamos en que pronto se conseguirán los fondos necesarios para poder reparar este edificio, de tanta antigüedad e interés histórico, montamos de nuevo sobre nuestros caballos a las 9:45 a.m. y descendemos una corta distancia hasta Realejo Bajo. Los dos pueblos

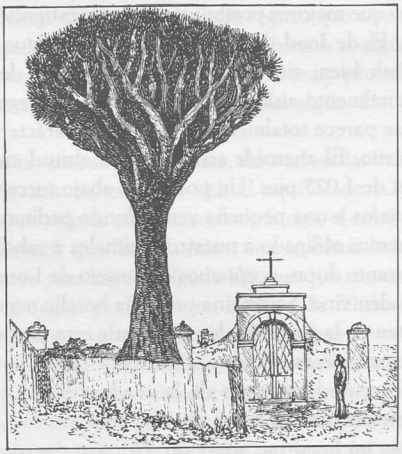
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

están separados por un profundo barranco que se cruza cerca del fondo, por un puente. En 1820 un aguacero o gran diluvio de agua inundó este barranco y arrastró, en pocos minutos, más de cien viviendas, matando a doscientas cuarenta personas. Las huellas de esta terrible devastación son aún visibles ya que el terreno se encuentra muy revuelto y sin tierra.

Desmontamos junto a las puertas del cementerio, donde hay un drago enorme que se menciona en la historia de la conquista de la isla. Se alza con solitaria grandeza a la derecha, por fuera de las puertas, sobre un talud frente al final de aquella calle tan larga y es el drago que mejores posibilidades de investigación ofrece en toda la isla. El de Icod de los Vinos es más antiguo pero no se puede ver tan bien, sin impedimentos, como el de aquí. Este árbol está totalmente aislado, lejos de cualquier vegetación, una situación que parece totalmente apropiada al carácter de este extraño monstruo. El aneroide señala que la altitud en la base de este árbol es de 1.025 pies. Un poco más abajo torcemos a la derecha y llegamos a una pequeña venta donde pedimos el desayuno. Como hemos obligado a nuestros animales a cabalgar en condiciones bastante duras, aceptamos el consejo de Lorenzo y pedimos que les den vino. Sacan una pequeña botella negra de media pinta y vierten en la garganta de cada bestia esta cantidad de vino tinto; su satisfacción es evidente. Mientras estamos sentados en el piso alto, observando a través de la ventana cómo drogan a los animales, se escuchan las notas de un piano, un sonido bastante inesperado en un lugar tan apartado. Nuestro desayuno no tarda en llegar. Consiste en huevos fritos, vino, café y sardinas. Partimos a las 11:15 y llegamos al precioso pueblo de Tigaiga en quince minutos. Enormes arbustos de heliotropo, desbordando las paredes, perfuman el aire durante un largo trecho y el color morado de sus capullos transforma el pueblo en una serie de atractivos rincones. Ahora comenzamos la subida más dura del día, por las vueltas de Icod Alto. El sendero sube por el lateral de un precipicio en forma de zigzag. Es horrible pensar lo que ocurriría si uno de los caballos tropezase. El sendero es malo y pedregoso y Lo-

© Del documento, los archivos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

renzo nos es de gran ayuda cuando nos cruzamos con un grupo de cuatro caballos que transportan leña al fondo del valle, agarrando las cabezas de los animales y haciendo que pasen ordenadamente. La subida es muy pendiente y cada vez que nos detenemos vemos, a nuestros pies, el largo y desordenado pueblo de los dos Realejos y, más allá, los tres montones de picón, o *montañetas*, que aportan su imagen tan llamativa al valle de La Orotava y, diseminados, uno o varios puntos blancos que repre-



EL DRAGO DE ICOD ALTO, TENERIFE

sentan una casa o caserío, respectivamente. A cada vuelta del camino la vista mejora, haciéndose más amplia y sublime. Llegamos a una finca y, pasando por detrás, descubrimos un camino de cabras que es uno de los senderos para subir o bajar del Pico y que, sin duda alguna, atravesaron los jóvenes Príncipes de Gales. Aquí dejamos nuestros caballos a cargo de Lorenzo y subimos cruzando sobre la hierba –aquí arriba hay un césped semejante al de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cualquier campiña inglesa– hasta que alcanzamos una altitud de 2.450 pies. Este lugar es la cima del farallón o montaña por la que hemos ascendido desde el valle. Aquí descubrimos una panorámica que elude cualquier descripción adecuada. Todo el valle –así lo llaman– de La Orotava se extiende como un nítido mapa en relieve a nuestros pies. Nuestros rostros miran directamente hacia abajo y podemos ver la villa, el puerto, los Realejos, en realidad cada pueblo, casa y árbol del famoso valle. El perfil de la costa –el borde negro con el fleco blanco de mar– forma un agradable marco para el paisaje de la izquierda, mientras que las montañas que culminan en el grandioso Pico forman un estupendo marco a la derecha. La panorámica, aunque extensa, incluso gigantesca, no es aterradora, porque la luz clara y el bello juego de colores en la llanura, a nuestros pies, hacen que el campo se vuelva risueño y apacible. Estoy seguro de que esto es un atisbo para los mortales del verdadero Jardín de las Hespérides, de los auténticos Campos Elíseos. ¡Qué afortunados los que habitan en un lugar así; qué felices deben ser! Pero mientras nuestra mirada recorre las montañas que ciñen la llanura más allá del Puerto, vemos ligeras columnas de un leve humo blanco que ascienden hacia el cielo como señales de peligro. Es el lado sombrío de un cuadro atractivo. Nos habla de la perversa destrucción de los bosques, de pinos gigantescos, de bellos laureles y mirtos elegantes sacrificados en grandes cantidades a las necesidades del momento, sin pensar en absoluto en el futuro. La línea de costa se percibe como si se estuviese en un mapa y la bahía que se extiende bajo La Paz la vemos a vista de pájaro. Mientras lo contemplamos, toda el paisaje crece en belleza y aumenta su carácter sublime. La mente, ayudando a la vista, produce este efecto. ¿Es posible que aquella simple sombra en la llanura sea el profundo barranco que tanto nos costó cruzar? ¿Y es aquel simple grano, el enorme cúmulo de picón cuya base se tarda tanto en rodear a caballo? Objetos que a nuestros ojos eran enormes cuando nos encontrábamos abajo, en la llanura, ahora parecen pequeños y, sin embargo, las montañas que desde abajo parecían tener un tamaño bastante corriente asu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

men ahora sus justas proporciones. Éste es un lugar, en realidad, desde donde se establecen las dimensiones de la fisonomía de la isla. El risco –lo llaman 'La Corona'– desde donde se obtiene esta vista despunta ligeramente sobre el valle y sus escarpados lados están cubiertos de matorrales arborescentes y laureles umbríos. Es una panorámica del valle mucho más atractiva e impresionante que la que se obtiene al acercarse a él desde el norte por la carretera de Santa Cruz. Mientras contemplábamos el maravilloso paisaje, varias delgadas tiras de neblina blanca han estado flotando perezosamente en el abismo que se abre a nuestros pies y ahora, repentinamente, se reúnen, se amalgaman y, en un momento, nos encontramos sobre una isla de un diámetro de unas treinta yardas, rodeada completamente por un impenetrable mar blanco. El contraste entre la inmensidad del paisaje hace un minuto y lo reducido de la zona actual es sorprendente. Produce pavor pensar en el abismo que se encuentra a una yarda, ante nosotros. Sólo podemos ver el promontorio de roca, cubierto de brillantes líquenes amarillos y grises, sobre el que hemos estado sentados, y tres jóvenes pastores que, atraídos por la novedad que son los extraños en el risco, han subido silenciosamente y ahora se sientan agrupados y ciñéndose los hombros con sus mantas. La temperatura aquí a las 12:30 p.m. era de 63° F (17,3° C). Esperamos diez minutos pero como no había señal de que la neblina fuera a levantarse –de hecho, parecía aumentar en densidad y humedad– partimos hacia abajo corriendo por el césped. Afortunadamente, habíamos alcanzado la cima de La Corona justo a tiempo. Llegamos pronto a la finca y allí encontramos a Lorenzo con los animales. Uno le había puesto un ojo morado cuando alzó súbitamente la cabeza en un momento en que él tenía su cara muy cerca. Llegamos a Icod Alto y allí nos encontramos por debajo de la niebla que, según observamos, es sólo una franja que rodea las montañas sobre nuestras cabezas. Sin duda, La Orotava le debe en parte su temperatura uniforme a esta franja de niebla. Ahora podemos ver, además de la costa cercana al Puerto, la línea de costa al otro lado, hasta Garachico y su roque, como un centinela en el mar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Pasamos junto a un grupo de piteras y nuestra conversación gira en torno a la industria potencial que supondría la utilización de su fibra. La necesidad actual de una materia prima en las islas hace que los habitantes escuchen con interés e investiguen cualquier posibilidad de establecer una industria que utilice el campo provechosamente. Probablemente este urgente problema se resolverá plantando diferentes cultivos y, por lo que hemos visto y oído, es muy probable que los más ventajosos sean la vid y el tabaco. Llegamos al barranco de Castro a la 1:15 p.m. y contemplamos con atención sus profundidades, revestidas de hermosos árboles y verdor. La bajada al fondo es muy empinada y, como queremos ver los magníficos laureles que han hecho famoso a este barranco y beber de su agua, igualmente renombrada, desmontamos y, tras atar nuestros animales a unos árboles, bajamos corriendo el serpenteante sendero, bordeado de helechos y cubierto por la sombra de laureles y matorrales. En diez minutos alcanzamos el manantial que brota del lateral escarpado de la roca del fondo y que cae a borbotones en un estanque natural circular. Seis yardas más arriba hay otro manantial que cae en una cubeta, para el uso del ganado. Aquí el fondo del barranco es de lo más pintoresco y esta impresión se vio reforzada cuando aparecieron dos muchachos vestidos típicamente, trepando por encima de las inmensas rocas y llevando unos burros a abrevar. Los burros abrevando, los muchachos, con sus palos, sentados sobre enormes cantos tapizados de helechos, observándolo todo seriamente, con la pared vertical del barranco en el fondo, formaban una escena de lo más romántica. Los laterales de este barranco, y el suelo bajo ellos, están cubiertos de magníficos ejemplares de laurel. Algunos son muy viejos, retorcidos y grotescos. Crecen hasta cuarenta o sesenta y pico pies de alto y tienen troncos proporcionalmente gruesos. Volvemos sobre nuestros pasos y, tras montar y cruzar un farallón, una vez más descendemos –aunque esta vez a caballo– por otro ramal del mismo barranco. El barranco de Castro se bifurca y el extremo ciego que recorrimos primero discurre hacia el norte durante un corto trecho antes de unirse al ramal en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

el que ahora nos encontramos. Una estupenda panorámica del Pico apareció repentinamente ante nuestros ojos: el cono y la montaña, veteados con franjas irregulares de nieve hasta Las Cañadas. De hecho, cada panorámica del Pico produce admiración y cuanto mayor sea la variedad de panorámicas tanto mayor será ésta. Ya sea totalmente cubierto por nubes excepto en lo más alto de la cima, con una franja blanca atravesando las Cañadas, con guirnaldas de neblina flotando a su alrededor que suben desde el mar, su cumbre nevada, con cada pliegue y cada barranco nítidamente visible y contrastando con el frío y claro cielo matutino, el Teide siempre es magnífico y, con frecuencia, sublime. Hacia el mar, un puente cruza el extremo del barranco y sobre él discurre la carretera, destacando claramente desde este lugar elevado. A las 2:10 llegamos a La Guancha, un pequeño caserío sin ningún interés especial, y treinta minutos más tarde lo atravesamos una vez más en dirección al Puerto, cabalgando ruidosamente sobre el pavimento de la calle en San Juan de la Rambla, el pequeño pueblo tranquilo y apacible que ya habíamos pasado de camino a Chasna. Nos detenemos en la venta en que ya habíamos parado, y de nuevo saboreamos el famoso vino de malvasía de este lugar. Una de las chicas de la casa estaba hilando. Bajo su brazo izquierdo sostenía la *rueca* –un trozo de caña de unos tres pies de largo con el extremo rajado a lo largo de unas diez pulgadas formando cuatro o cinco tiras donde va colocado el lino virgen– y, con la mano derecha, sostenía, entre el pulgar y

HILANDO, SAN JUAN DE LA RAMBLA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

el índice, la punta del *huso*, una pieza de madera pesada, de forma alargada y con un borde protuberante en la parte inferior. Lo hacía girar repetidamente y el hilo, llevado allí por los dedos de la mano izquierda, se enrollaba alrededor del cuerpo de la pieza. Viendo que me interesaba el proceso, nos llevó a un cobertizo adyacente y nos mostró una máquina de tejer muy tosca, evidentemente toda de fabricación casera. En ella, el hilo recién producido se transformaba en una pieza de tela de unas treinta pulgadas de ancho para pantalones y otras prendas. El color no era exactamente igual a la tela de holanda, de color castaño, sino que era un gris suave que obtenían mojando el hilo en una solución débil de tinta corriente. Los campesinos de los alrededores venden este lino tosco a unos nueve peniques la yarda.

El caballo del Sr. Renshaw había perdido una herradura y, como no había ninguna herrería en esta zona, Lorenzo se brindó a arreglar el casco de modo que el animal pudiera llevar su jinete hasta casa. Su técnica era nueva para mí. Hizo que calentaran bien una plancha en un brasero y luego, untando el casco con sebo espeso, acercó la plancha hasta él para que la grasa se derritiese y penetrase en el casco. Nos informó que esta operación hace que el casco se vuelva duro y compacto. De hecho, el Sr. Renshaw cabalgó a lomos del animal hasta casa –y la cabalgada fue dura en aquella carretera– sin que cojease o sufriera ninguna incomodidad.

Las sombras que se alargaban sobre la carretera nos avisaban que no sería prudente demorarnos en esta venta pequeña y agradable, por lo que, despidiéndonos finalmente de la dueña, montamos y continuamos por la carretera hacia el Puerto. Un poco más allá pasamos junto a la Piedra del Gallo –un inmenso canto rodado que debe haber caído en algún momento desde las alturas y rodado hasta donde yace ahora, a la izquierda del camino. El lateral más cercano al mar de este recio monstruo está algo hueco y una casita con sus moradores se cobijan en su rudo abrazo. Nos dijeron que una inmensa roca había caído hace algunos días desde los altos de Garachico, un poco más lejos en la misma

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

costa. Ahora dejamos atrás la carretera principal y seguimos por una pista a la izquierda que conduce hasta la costa. La alcanzamos pronto y aquí nos sorprendió ver una segunda 'Calzada del Gigante', penetrando en el mar. Las columnas, al igual que en el norte de Irlanda, estaban partidas a varias alturas y las facetas angulares forman plataformas horizontales de tamaños y dimensiones variados. El mar baña parte de la formación pero creo que una zona siempre queda seca. En extensión esta curiosa formación no es tan grande como la 'Calzada del Gigante' irlandesa, ni sus columnas son tan regulares. A las 5 p.m. Llegamos a la Rambla de Castro y, tras entrar en un patio adoquinado, desmontamos. La vivienda no tiene nada de especial, sólo es una agradable residencia de verano junto a la costa. Sin embargo, los terrenos de los alrededores son buena prueba de que se ha gastado mucho dinero, paciencia e ingenio en ellos. La familia Castro permite, muy generosamente, que se celebren meriendas campestres aquí, y los jardines tienen ya un cierto aire distendido. Junto a la casa pasa un escarpado barranco, diminuto pero natural, que llega hasta el mar, por el que discurría un pequeño arroyo. El agua se encuentra ahora represada cuidadosamente, formando un estanque. Cuando el visitante baja hasta un rústico puente que cruza el barranco y hace señas indicando que está mirando en la dirección correcta, abren una compuerta y una cascada cae velozmente formando un bello abanico. Este intento formal de aumentar las bellezas de la naturaleza resulta ligeramente irritante, como ocurre, me acuerdo, en las montañas Catskill de los Estados Unidos y, sin embargo, no puede negarse que el lugar es encantador. Los senderos, a la sombra de los naranjos, de las palmeras y otros árboles, invitan a deambular. Los empinados taludes se recorren fácilmente subiendo por unos escalones bajos de piedra, bien colocados y anchos. Hay gran cantidad de agua fluyendo por el barranco y, por lo tanto, sus escarpados laterales están llenos de vegetación exuberante. En este país, dondequiera que haya agua, hay vegetación exuberante. Uno de los puntos lo llaman la 'Madre del Agua', donde varios arroyos se reúnen y confluyen sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

corrientes. En otro punto han construido un muro bajo que sirve de asiento, ciñendo un roble magnífico y a doce pies de éste. Cuando uno se sienta aquí a la sombra, se pueden divisar unas rocas húmedas al otro lado, por donde baja agua goteando lentamente, cubiertas de helechos exquisitos. Han excavado paseos en los laterales del barranco y, diseminados por la línea de costa, abundan los naranjos, las higueras, las palmeras y otros árboles, mientras que la hoja ancha, hermosamente recubierta de venas, del taro se extiende imparable por doquier. En el extremo de la propiedad, el sendero termina en un castillete situado sobre un promontorio, desde donde se domina el mar. Las grandes letras negras en su pequeño cobertizo trasero dicen '1808. S. Fernando'. Han construido un muro bajo y circular, de catorce pies de diámetro, sobre una roca a 300 pies sobre el mar y, dentro de él y sobre el suelo, yacen ocho cañones desmontados. En general el lugar ofrece una curiosa mezcla de disparate artificial y de estado salvaje natural. La panorámica del mar y de los acantilados es preciosa y el cobertizo trasero sin duda proporciona cobijo a los que vienen a merendar en este lugar.

Diseminadas a lo largo de esta parte de la costa de Tenerife hay otras casas de campo, o *ramblas*, muchas de las cuales se encuentran en emplazamientos encantadores. Pero la oscuridad está cayendo rápidamente y debemos darnos prisa; montamos y seguimos hasta la carretera donde, tras desearle una buena noche a Lorenzo, espoleamos nuestros caballos y, poco después, llegamos al Puerto de la Cruz".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

TEMPERATURAS • CLIMA • IMPUESTOS COSTUMBRES GUANCHES

XXIII

Nosotros, los que amamos los jardines estamos en muy buena compañía. Los hombres más sabios y más nobles, todos los poetas y damas de todos los tiempos, han amado el retiro y la intimidad de un jardín, donde están reunidos todos los tesoros de la naturaleza para su placer y deleite.

WALTER BESANT

Cómo yacían, cual órganos destruidos,
Boca abajo, o apoyaban sus gigantescas flautas acanaladas,
Y dejaban que la ola temeraria, grande y de blanca cresta
Les hiciera interpretar su atronadora melodía.

JEAN INGELOW

VIERNES, 26 DE OCTUBRE (continuación). El tintineo del cencerro de las cabras comienza a una hora temprana aquí, en el Puerto, ya que a estos pequeños animales los traen a la ciudad para ordeñarlos. Los días son ahora como los del mejor verano inglés. De hecho, es el *veranillo de San Martín*. A veces el cielo está nublado y, de vez en cuando, hay una cierta amenaza de lluvia. En este momento sentimos, en parte, esa deliciosa incertidumbre sobre el estado del tiempo dentro de algunas horas que, a la fuerza, nos recuerda nuestra isla, más al norte en el Atlántico.

El clima de las Islas Canarias se comprenderá mejor consultando las tablas incluidas en los apéndices que con cualquier afirmación sobre su salubridad. Es el único aspecto que ha sido estudiado con frecuencia, sobre todo por los extranjeros, y citado en folletos y artículos sobre Tenerife. El valle de La Orotava, al que se refieren casi todas las estadísticas disponibles, se abre hacia el mar en dirección norte, sobre un terreno pendiente, y por el este y el sur está completamente protegido por el Pico y su cadena

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

montañosa y por el oeste parcialmente por el Tigaiga. El Dr. Wild, que viajó por Madeira y visitó Santa Cruz y La Orotava alrededor de 1840, nos dice que la atmósfera de La Orotava tiene normalmente treinta y cuatro grados de sequedad, mientras que en Madeira solamente una vez alcanzó ese nivel durante los nueve años que el Dr. Heineken permaneció en la isla. Da la temperatura media anual de Madeira como de 65° F (18,3° C), la de La Orotava, 70,9° F (21,6° C) y la de Santa Cruz, 71,25° F (21,8° C). El Rvdo. R. E. Alison, en el *Quarterly Journal of Science* de 1866, señala que fue a Tenerife con síntomas muy graves de tisis y que tres meses después de llegar pudo subir al Pico. Da una tabla de temperaturas en la que la temperatura anual *media* de Santa Cruz es de 70,5° F (21,1° C), la de La Laguna, 62,51° F (16,9° C) y la de la Villa de La Orotava, 66,34° F (19° C). También da la temperatura media correspondiente a las cuatro estaciones del año, considerando como primavera los meses de marzo, abril y mayo.

	FAHRENHEIT	CENTÍGRADOS
Primavera	64,25	17,91
Verano	70,95	21,63
Otoño	69,71	20,95
Invierno	60,40	15,8

Una cura parecida tuvo lugar en el caso del Sr. Charles Smith, que abandonó Inglaterra cuando era joven con un pulmón inservible y sin esperanza de vida, y recuperó su salud en La Orotava. Se casó y formó familia, viviendo hasta una edad avanzada. Regresó a Inglaterra muchas veces y en dos ocasiones naufragó, sufriendo mucho en una de ellas y perdiendo instrumentos y notas de mucho valor. Durante su estancia en la isla, subió al Pico tres veces. Las notas del Dr. Marcet sobre La Orotava son tan recientes que no necesito citarlas aquí. El Sr. Belcastel ha comentado extensamente en un folleto, escrito en 1861, las ventajas de La Orotava, en comparación con otros lugares. Da las siguientes temperaturas *medias* para el año 1861:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

	FAHRENHEIT	CENTÍGRADOS
Londres	50,6	10,4
París	51,8	11
Pau	57,6	13,2
Niza	59,6	15,4
Roma	60	15,6
Madeira	66	18,9
La Orotava	68	20

Pero lo que quizás constituye una prueba mejor, es que escoge para los cinco meses de nuestro invierno septentrional las temperaturas *medias más bajas* de los respectivos lugares:

	FAHRENHEIT	CENTÍGRADOS
Londres	42,8	6
París	43,4	6,4
Pau	44,4	6,9
Niza	50,4	10,3
Roma	51,8	11
Argel	59,8	15,4
Madeira	62,4	16,9
La Orotava	64,4	18

El Sr. Belcastel comenta, como lo he hecho yo en otro lugar, que no sólo hiberna el termómetro, sino también la atmósfera, permaneciendo la presión constante durante seis meses. Con una súbita exclamación, perfectamente comprensible, el francés continúa diciendo: "¡Ah! Me sorprende que, con las ansias de viajar que tenemos en la sangre este siglo –me asombra que se dude sobre si vale la pena realizar un viaje de unas pocas horas para salvar la vida de un hijo, de un hermano, de una esposa, de una hermana", y termina diciendo: "Me sentiré feliz si soy capaz de salvar una vida, si logro solamente que nazca un rayo de alegría en el corazón de una madre".

Al anochecer llegaron el Dr. Hjalmar Öhrvall y su Sra., procedentes de Upsala, Suecia. Mucho más tarde, tras haber regresa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

do nosotros a Inglaterra y él a Suecia, muy amablemente me envió una tabla [1] de las observaciones que llevó a cabo durante su estancia de seis meses en La Orotava, añadiendo en su carta: "Estoy recuperado totalmente. La estancia en Tenerife me ha curado totalmente la dolencia pulmonar y estoy convencido de que el clima de estas islas adorables es muy recomendable para los enfermos". Éstos, que son los comentarios de un médico eminente, son dignos de tener en cuenta. En sus tablas se puede ver que la humedad neta [2] de La Orotava es de 64,9°, mientras que en Madeira, según el Dr. Grabham, es de 76°. El Dr. Öhrvall realizó sus mediciones tres veces al día, a las 8 a.m., a las 2 p.m. y a las 9 p.m., calculando con los resultados la temperatura media de cada mes. El Sr. Belcastel afirma que es posible bañarse en el mar tanto el 31 de enero como el 31 de julio, pero el Dr. Öhrvall demuestra que esto es posible al proporcionarme las temperaturas del mar en el extremo del muelle al mediodía del primer día de cada mes, siendo la media de los tres primeros meses del año unos 65,4° F (18,6° C)[2]. El número de días de lluvia durante el invierno fue para 1883-84 enorme y anormal, tanto en Madeira como en las Islas Canarias. El Dr. Öhrvall señala un total de setenta y ocho días mientras que, según las mediciones llevadas a cabo en años anteriores por el Sr. Honegger, éstas fueron las cifras:

1878-79	23	días de lluvia
1879-80	50	" "
1880-81	46	" "
1881-82	45	" "
1882-83	42	" "

Las temperaturas medidas posteriormente, y expresamente para mí, por el Sr. Béchervaise, [2] se refieren sólo a Las Palmas excepto en un caso, referido a Santa Cruz. La situación de Las Palmas no

1 Ver el Apéndice.
2 Ver el Apéndice.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

es la misma que la de La Orotava ya que no está protegida por el este. En la práctica, sin embargo, por todas las islas las temperaturas de cualquier punto cercano al mar sólo varían, como máximo, en un grado. Esto tiene una gran ventaja. A aquellos que, aunque se les haya ordenado buscar un clima más cálido, les preocupe, no obstante, visitar un paisaje variado y cambiante, en vez de estar recluidos en un solo lugar, pueden cambiar de isla a isla cuando quieran, sin peligro y sin fatiga ya que pueden viajar en barco. Por supuesto que no pretendo que los enfermos ni, de hecho, nadie que no sea lo suficientemente fuerte, viaje en goleta, pero hay que recordar que los buques de vapor interinsulares probablemente comenzarán a funcionar en un futuro próximo.

Es maravilloso cómo han aumentado los navíos en estas islas en las últimas décadas. Hasta 1850 no se podía ver ninguno, ni en las islas ni en sus alrededores, con la excepción de algunos veleros pequeños y el correo español, que llegaba una vez al mes. El vapor era prácticamente desconocido mientras que ahora los mayores buques de vapor de las mejores líneas europeas fondean en los puertos de Santa Cruz y de Las Palmas e incluso existe comunicación a vapor entre algunas islas.

Se ha llevado a cabo una mejora muy necesaria en cuanto a las pensiones gubernamentales. Antiguamente cualquier oficial, aunque sólo hubiera estado en activo un día, tenía derecho a percibir su salario completo al retirarse, ¡algo que podía ocurrir de inmediato! Ahora tiene que haber estado en activo un cierto número de años.

También se cuentan curiosas historias sobre los impuestos y los engaños y fraudes a que conducen. Los oficiales gubernamentales de cierta ciudad le pidieron a un importante comerciante que enviase un informe sobre la madera que había vendido en un año. Las autoridades le devolvieron el documento indicando que no era aceptable, porque la cantidad vendida era mayor que la que vendían en la capital todos los comerciantes juntos. ¡Se vio obligado, por lo tanto, a suministrar otro informe con las cifras alteradas para así satisfacer a las autoridades! El Gobierno español

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y los funcionarios convierten a cualquier hombre en bribón aunque éste no quiera. Como ejemplo de lo que digo, un hecho vale más que mil afirmaciones tajantes. Un navío que contenía alrededor de doscientas cincuenta toneladas de carbón llegó a un puerto y pagó las tasas portuarias. El agente que lo había fletado se quejó de las altas tasas ¡y entonces le dijeron que debería haber declarado solamente cincuenta toneladas! Este procedimiento no se habría considerado deshonesto; el no hacerlo, sí era considerado de tontos. Las autoridades son muy benevolentes y realmente *admiten* que se cometan fraudes de esta clase. España sería un país próspero si sus impuestos realmente llegaran a la Tesorería del Estado. Sin embargo, si algún cosechero pagara los impuestos correspondientes a toda su producción, no podría vivir. Es bien conocido que solamente se paga una cuarta o una tercera parte de los impuestos. Los impuestos sobre los alimentos son los más injustos y recaen con más peso sobre la gente pobre. Su trigo, por ejemplo, está gravado en el campo y, de nuevo, cuando se convierte en pan. En el fielato a veces ocurren actos poco civilizados, ya que frecuentemente registran a las mujeres y además, bruscamente. Si existe algo que puede hacer que España se convierta en república, son los impuestos locales. La gente los detesta y, aunque es muy pacífica y resignada, a veces lucha con los cobradores. El Gobierno español debería escuchar a sus mejores amigos y abolir, cueste lo que cueste, estos odiosos impuestos. Los republicanos han prometido abolirlos y tales promesas son más poderosas de lo que quizás crean los dirigentes del Gobierno.

Hay un impuesto muy bueno, uno que los ingleses podríamos adoptar con alguna modificación, y que sería una ventaja ya que impediría que se pudieran tener libros duplicados y que se anotaran falsas entradas. Cada juego de libros de contabilidad tiene que estar sellado y numerado correlativamente en cada una de las páginas. Los libros se envían después al juez, quien también sella cada hoja. En la primera se anota el número de hojas que contiene. No se puede presentar ningún libro ante un tribunal, para cobrar ninguna deuda o para cualquier otro fin, que no haya sido sellado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Se cuenta una historia sorprendente aunque, por desgracia, nada especial, sobre un oficial de Santa Cruz que, aunque era coronel, no tenía ningún reparo en obligar a un comerciante, a quien compraba provisiones para el Gobierno, ¡a que anotara cantidades mucho mayores que las que realmente llevaba!

Un impuesto excéntrico es el impuesto sobre la sal. Se *supone* que toda propiedad consume cierta cantidad específica de sal y debe pagarse por cada casa y terreno. Si un hombre posee terrenos en varios lugares la cifra llega a ser muy alta. Las casas son baratas en todos sitios, excepto en Santa Cruz, y el valor de la tierra ha decaído desde que la cochinilla ha bajado de valor.

El Dr. Öhrvall posee dotes musicales y compone, además de interpretar las composiciones de otros para disfrute de todos. El Sr. Renshaw y John regresaron a casa a tiempo para el té y la música y, como el primero canta, pasamos una velada bastante agradable.

No pasará mucho tiempo antes de que sea imposible enterarse de todas las llegadas al valle. En la actualidad tales hechos son aislados por lo que son fáciles de recordar.

Sábado, 27 de octubre. Después del desayuno esta mañana fuimos a pasear por la ciudad y sus alrededores. Dirigiéndonos hacia el mar, entramos en la plaza, que tiene abundantes plataneras, eucaliptos, tamariscos, palmeras, naranjos, acacias y enebros. Una zanja en la tierra, de tres o cuatro pulgadas de profundidad y ancho, rodea la plaza cerca de los árboles, y la utilizan para regarlos; en el centro hay una fuente llena de grandes carpas doradas.

Abandonando la plaza, pasamos por la parte más baja de la ciudad, que, si nos fijamos sólo en sus calles pavimentadas y en el olor salado, podría ser una aldea de pescadores inglesa o escocesa, y llegamos hasta el camino del cementerio y el curioso monumento rocoso. Nos acercamos unos minutos al muelle donde un grupo de muchachos, la mayor parte de ellos completamente desnudos, se divertían tirándose de cabeza desde el muelle. Algunos saltaban con los pies por delante, pero todos parecían encontrar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

se perfectamente a gusto en el agua, sin temor alguno, incluso los más pequeños. Como los guanches, viven en el mar pero no sobre él. El día estaba fresco y nublado,

> "¡Qué gran condena sería tener que contemplar
> Un cielo sin nubes ni sol!"

muy agradable para caminar, y disfrutamos sentados en la construcción de los conejeros, admirando el paisaje. Desde este punto el Puerto parece bastante llano y está compuesto, principalmente, de tejados rojos y paredes blancas. El telón de fondo lo forma la parte alta del risco debajo de La Paz, con sus dos palmeras coronando las alturas. Un poco más cerca de nosotros, pero aún formando parte del fondo, se encuentra la casa del Sr. Charles Smith, espaciosa y larga, con sus bonitas ventanas verdes y sus paredes amarillas. A lo lejos, a nuestra derecha según se mira hacia el Puerto, y sobresaliendo ligeramente en la línea baja de colinas o línea ondulada que se eleva inmediatamente detrás del Puerto, se encuentra la Villa y, elevándose sobre ella, los bosques de Aguamansa y las montañas. Al continuar mirando hacia la derecha, hacia el oeste, observamos lo que podríamos llamar el centro del valle, que se extiende entre los dos conos de cenizas, punteado con casas bastante grandes y con muchos árboles. Sólo en un lugar hay una cierta desolación. Una curiosa línea gris baja en zigzag por el lado izquierdo –el lecho del gran torrente de agua. Aún más a la derecha, pasado el segundo cono, hay un valle más pendiente, con cultivos y bosques, y con numerosas fincas grandes. Detrás de todo esto, las montañas forman una cadena circular, rodeando el valle por todos lados de mar a mar, mientras que, por encima de todo, el siniestro y sobrecogedor Teide vigila permanentemente; al menos eso creemos, ya que en este momento está completamente oculto, cubierto por las nubes. El tamaño del valle es de unas quince millas por diez. La línea de costa a ambos lados de nosotros presenta los mismos caracteres distintivos, puntas pendientes que son abruptas pero no acantiladas. En realidad,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

la principal característica del paisaje es la inclinación, excepto en un único lugar. El promontorio de La Rapadura, el extremo final propuesto para el puerto, se encuentra en el lado noreste del Puerto. Hoy, en el mar abierto sólo hay olas. Cerca del Puerto una goleta, probablemente el correo de La Palma, avanza dificultosamente hacia la rada, en un mar revuelto pero casi sin viento. Debajo de nosotros, entre las afiladas rocas, vemos los cuerpos tostados de muchachos desnudos que juegan con barquitos de vela entre las rocas, donde los charcos y las grietas están protegidos del oleaje. Las masas de lava, aisladas y diseminadas, forman aquí una línea de costa nada deseable como lugar de desembarco incluso para una embarcación pequeña, y constituyen una barrera más efectiva para los enemigos que las pequeñas torres cuadradas construidas como defensa ¡y con la magnífica guarnición de dos soldados en cada una! Tierra adentro, justo debajo de esta cúpula, se encuentra la carretera que sale de la ciudad hacia el oeste. Varias muchachas atractivas, risueñas y descalzas, regresan a casa. Llevan amplios sombreros de paja de Icod de los Vinos, que se pueden comprar por catorce *cuartos* (unos cuatro peniques) en el Realejo. Una lleva un cesto grande en la cabeza, en el que hay, según vemos, dos pares de botas nuevas. A unas cien yardas más allá del camino, e inmediatamente frente a nosotros, se encuentra el cementerio inglés, un recinto cuadrado, rodeado de un muro alto, lleno de palmeras cimbreantes, higueras, adelfas y otros árboles. A unas cien yardas al oeste vemos algo que parece ser un pequeño almacén, construido sobre las rocas, junto al mar. ¡Es una fortaleza! Cerca de ella está el cementerio español, con algunos árboles y mausoleos, y muchas cruces. Aunque el día parecía fresco, al regresar a nuestro hotel descubrimos que a la 1 p.m. el termómetro marcaba 74° F (23,4° C) a la sombra.

Hasta el momento la mayoría de los extranjeros que han venido a vivir en el Puerto son suizos. En la actualidad hay alrededor de veintiséis helvéticos. Nuestra buena patrona admite a cualquier extranjero en su casa de huéspedes, pero no a los españoles, cuyos modales –refiriéndonos, por supuesto, a los que normal-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mente se hospedan en las fondas– son inaceptables para los ingleses. Esa desagradable costumbre de aclararse la garganta es, por supuesto, intolerable en sociedad, aunque lo peor es la total falta de moralidad de los hombres de clase media, que no permite tener una sirvienta respetable en una casa que frecuenten hombres españoles de clase media.

Esta tarde fuimos a una casa grande en el Puerto, cerca del Sitio del Pardo, que pertenece a una anciana dama, Doña Antonia Dehesa, viuda de un millonario cubano, que desea vender la propiedad, pero que pide más de lo que nadie parece dispuesto a pagar en este momento. La entrada a la casa no es como los patios corrientes. Atravesamos un salón y un pasillo con pisos de mármol y hay una mesa de mármol con adornos de taracea en el salón de la entrada. Saliendo, nos encontramos un patio grande, que conduce al jardín, con pórtico alrededor, en el que hay sillas de mimbre y una celosía de caña que separa el patio del jardín. En el centro del patio hay una fuente de mármol, rodeada de grandes cantidades de rosas en macizos. Por todas partes cuelgan jaulas de pájaros, tanto de las islas como extranjeros, y las enredaderas, que caen en parte sobre la celosía que cubre los pórticos, protegen del sol. Uno de los pórticos laterales domina el jardín, que está a un nivel ligeramente más bajo. Atravesamos otro salón, donde pendía una lámpara que hacía excelente juego con el entorno, hasta llegar a un jardín en el que había un estanque sobre cuya superficie disfrutaban lánguidamente varios cisnes y patos. Había allí numerosos palomares y conejeras y el sistema de riego, diseñado con mucho cuidado, mantenía los naranjos, limoneros, plataneras, granados, la adorable hierba de las pampas y el elegante enebro, perfectamente verdes. En otro lugar había varios monos, agarrados a los travesaños y con una larga cadena para divertirse. Estaban en una condición impecable, al igual que todos los demás animales. De hecho, todo lo que había en aquel lugar estaba en perfecto orden. Personalmente, preferiría esta casa y su emplazamiento a cualquier otra de las que he visto: es más abierta, no tan cerrada como lo son generalmente las casas españolas y,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

además, se encuentra a mitad de camino entre el Puerto y la Villa, proporcionando mejores oportunidades para encontrar variedad en el paisaje y para hacer ejercicio que si se viviese en cualquiera de las dos ciudades.[3]

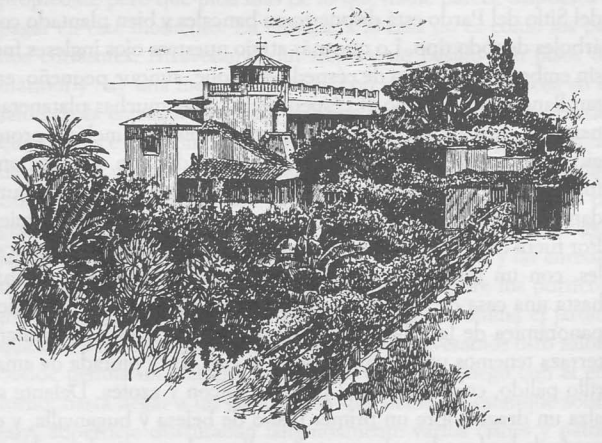
Abandonando la casa de Doña Antonia, cruzamos al Sitio del Pardo. Por desgracia, el Sr. Smith y su esposa no estaban en casa ya que habían ido a La Laguna para cambiar de aires, como hacen otros muchos aquí. La Laguna es como un lugar de reunión para los residentes de Santa Cruz y del Puerto de la Cruz ya que tiene un clima más fresco que el de estas ciudades. El jardín del Sitio del Pardo está dispuesto en bancales y bien plantado con árboles de todo tipo. Lo que más atrajo nuestros ojos ingleses fue, sin embargo, un tramo de césped verde que, aunque pequeño, era tan llano y verde como el césped inglés. Hay muchas plataneras, naranjos, guayabos y papayos (la fruta es como un melón), protegidos, como de costumbre, por un drago, del que sacamos una fotografía. Los rosales y geranios crecen salvajes y hay gran abundancia de culantrillos y de libélulas rojas que vuelan por doquier. Por fuera del primer jardín hay un espacio más abierto, en bancales, con un sendero que sube por el centro, pendiente arriba, hasta una casa de verano, desde donde se obtiene una magnífica panorámica de la Villa, del Puerto y del Pico. Desde la primera terraza tenemos una buena vista de la casa. Está pintada de amarillo pálido, con verde en el pórtico, balcón y azotea. Delante se alza un drago sobre un primer plano de belesa y buganvilla, y el verde de los laureles y los naranjos rellena el espacio circundante. Los senderos discurren por un caos de lava y piedras; un gran estanque redondo es la causa de la exuberancia general. Hay muchos arbustos de espinero. Tres dragos jóvenes crecen sin necesidad de cuidado alguno en lo que es claramente una tierra bastante corriente. Tienen una forma semejante a las zanahorias, con sólo la punta bajo tierra.

---

3 Después de escribir esto, he sabido que esta casa fue comprada para el nuevo hotel o sanatorio de la "Orotava Grand Hotel Company" que se inauguró el 1 de septiembre de 1886.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Regresamos al Puerto y atravesamos la plaza. Una iglesia grande que hay en ella está siendo restaurada. Están reponiendo el piso con baldosas colocadas diagonalmente. El altar de la izquierda está tallado en un estilo muy florido. Las columnas del altar de la derecha son de un estilo arquitectónico que nunca he visto antes. El escultor las ha tallado como si estuvieran hechas de un material blando que hubiera atado con un cordón en espiral, en sentido descendiente, tirando de él fuertemente. El púlpito es una estructura de madera con retratos de los cuatro evangelistas



SITIO DEL PARDO, PUERTO DE LA CRUZ

escribiendo en libros con plumas de ave. La otra iglesia de la plaza tiene dos altares tallados y el piso es viejo y desigual. Realmente hay poco que decir sobre la mayoría de las iglesias de estas islas. Se repiten, con pocas excepciones, con una monotonía que llega a cansar.

Las mujeres, casi siempre vestidas de negro, con mantillas y sin guantes, pero con abanicos, se deslizan por el lado sombreado de la calle. Sin embargo, algunas que tienen ideas modernas vis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ten siguiendo la moda europea. He de decir que me gusta la mantilla, es muy pintoresca, y se adecua admirablemente el estilo de belleza española.

"Ya que, como sabe, las mujeres españolas abandonan
Todo color vivo cuando salen y, no obstante, cuando mueven
Con ellas (espero que nunca desaparezcan)
La basquiña y la mantilla, parecen
A la vez místicas y alegres."

Siempre hay vino en la mesa en las casas y, generalmente, al visitante le ofrecen un poco.

Vemos algunas máquinas de coser en las casitas cuando atravesamos la ciudad para visitar la única dulcería que hay. "Francisco, el dulcero" es una persona muy conocida, toda una institución para los habitantes más golosos. También hace helado y los campesinos traen el hielo de la cueva del Pico, a medio dólar el caballo cargado.

Hay médicos y médicos en estas islas. Una persona fue a España sin saber nada, escasamente las primeras letras, ¡y regresó cuatro años más tarde convertido en un médico hecho y derecho! No está permitido que un médico pase consulta en estas islas sin haber estudiado en las facultades de medicina españolas, por muchos títulos profesionales de otros países que posea. Sin embargo, muchos mejoran sus títulos españoles obteniendo certificados en otros lugares: algunos, en Inglaterra, pero la mayoría, en Francia. En estos doctores se tiene, por consiguiente, una mayor confianza que en aquellos con títulos españoles solamente. Hay aquí un joven doctor que se ha titulado en Londres y como, por supuesto, habla inglés, tenerlo cerca será de gran utilidad para los ingleses de salud delicada. Se cuentan historias curiosas sobre cómo afectan las diferencias políticas la elección de un médico. Un caballero de La Palma se encontraba enfermo –creo que se había partido una pierna– y, en vez de que lo tratase un doctor de dicho lugar que tenía ideas políticas diferentes a las suyas, ¡mandó a que viniese un cirujano de La Orotava!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Durante las fiestas, una de las principales diversiones de los más jóvenes de la población es montar a caballo. Los hombres pasean por la ciudad en buenos caballos –algunos de ellos magníficos animales– y bien herrados para que hagan mucho ruido sobre las calles pavimentadas. Las damas se asoman a las ventanas a observar las cabriolas de los corceles, ya que presumen mucho, y los hombres a veces, además de miradas, intercambian algunas palabras con las señoritas. Generalmente el día acaba con un baile al atardecer. Los bailes típicos de Tenerife son la malagueña, la isa, la folía y la seguidilla; las dos primeras son también las canciones típicas que con frecuencia hemos tenido que aguantar cuando las cantaban mal. El precio de las guitarras varía entre dos y diez dólares (de ocho chelines a dos libras) por lo que está al alcance de cualquiera comprarse una y rasguear algo que sirva de acompañamiento.

El Sr. Renshaw trajo a un excelente pianista, un español, a vernos por la noche y, muy amablemente, nos interpretó las versiones auténticas de los bailes, tocadas con gran sabor y sentimiento español.

Muchas personas de estas islas emigran a América y a las Antillas. No es que haya demasiada población sino que, debido a la crisis del comercio, a los altos impuestos y a la falta de industrias, no sólo no es posible que la gente haga fortuna sino tan siquiera que gane lo suficiente. En general, en aquellas lejanas tierras occidentales hacen fortuna, y mantienen el contacto con su hogar isleño a través de cartas. Los periódicos canarios publican con regularidad cartas de corresponsales en las Antillas. Frecuentemente regresan con lo que, en este archipiélago, se considera una fortuna y vuelven a fijar su residencia en su antiguo hogar. Por ello, en estas islas hay mejores hombres y con mentes más abiertas que están desechando esa indolencia tan característica de la Península, y que, como han viajado, tienen ideas más avanzadas. Debido a la presencia de estos indianos –como llaman a los que hacen fortuna en América y las Antillas– el archipiélago está listo para progresar si existiese la oportunidad pero, como están goberna-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dos por España, a través de funcionarios españoles, sus esfuerzos se ven paralizados. ¿Acaso no podemos identificarnos con ellos? Nuestras colonias han sufrido y, por desgracia, aún sufren una situación parecida.

Domingo, 28 de octubre. Una mañana espléndida, un cielo azul y la brillante luz del sol, nos dan la bienvenida. El Pico se ha puesto su manto invernal y tiene abundantes franjas de nieve, blanca y resplandeciente, desde la cumbre hasta donde nuestra vista se cruza con el Tigaiga. La temperatura en la azotea al sol a las 9 a.m. era de 88° F (31,2° C). Algunos dicen que el nombre de la isla proviene del aspecto invernal del Pico, ya que *tiner* significa nieve o blanco e *yfe*, montaña. También dicen que Teide, o Teyde, como ya mencioné antes, proviene de *echeyde*, la palabra guanche que se corresponde con la nuestra *infierno*. Esto es muy posible. La *ch* guanche parece que siempre pasó a ser una *t* en español, como es el caso del nombre del viejo rey Chinerfe, o Tinerfe.

De todo lo conocido se deduce que los aborígenes de Tenerife, los verdaderos guanches, fueron los más civilizados de todos los antiguos habitantes de las islas. Azurara nos da una breve descripción de ellos en su época, como lo ha hecho del resto del archipiélago. Afirma que los guanches "poseían mucho trigo y verduras y gran abundancia de cerdos, ovejas y cabras, e iban vestidos con pieles". Vivían en cabañas y cuevas y su ocupación principal era la guerra. "Había ocho o nueve tribus, cada una de las cuales tenía dos reyes, uno muerto y uno vivo, ya que tenían la extraña costumbre de mantener al rey muerto sin enterrar hasta que su sucesor moría y ocupaba su lugar; el cuerpo era arrojado entonces a una fosa. Eran hombres fuertes y activos y tenían esposas propias, y su condición era superior a la de otros habitantes insulares. Creían en la existencia de un dios." Cadamosto, en sus escritos de 1455, después de que Bethencourt conquistase parte de las islas, dice que Tenerife estaba gobernada por nueve jefes, que eran reyes por su poder, no por herencia. "Sus armas eran las pie-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dras y las jabalinas con puntas de cuerno afilado en lugar de hierro y, a veces, la madera misma la endurecían con fuego. ...Los nativos iban desnudos, excepto unos pocos que usaban pieles de cabra. Untaban sus cuerpos con grasa de cabra, mezclada con el jugo de ciertas hierbas para endurecerse la piel y protegerse del frío, aunque el clima es templado. También se pintaban los cuerpos con el jugo de hierbas, de verde, rojo y amarillo, formando bellos dibujos y, de esta manera, demostraban su individualidad, de la misma manera que la gente civilizada lo hace a través del vestido. Eran increíblemente fuertes y activos, y podían dar enormes saltos y lanzar con gran fuerza y habilidad. Vivían en cuevas en las montañas. Se alimentaban de cebada, carne de cabra y leche, que era abundante. Comían alguna fruta, principalmente higos, y el clima era tan templado que recogían las cosechas en marzo o abril." Los numerosos frutos que se pueden encontrar ahora en el archipiélago han sido introducidos, según dicen, después de la conquista, principalmente por los españoles. Cadamosto continúa diciendo: "no tenían una religión establecida sino que unos adoraban el sol, otros, la luna y otros, los planetas, con diversas formas de culto. Las mujeres no las compartían entre ellos, pero cada hombre podía tener tantas esposas como quisiera, aunque no se tomaba ninguna virgen hasta que hubiera pasado una noche con el jefe, algo que se consideraba un gran honor". Se cree que los cristianos de las islas ya conquistadas realizaban incursiones a las no conquistadas llevándose a hombres y mujeres para enviar a España como esclavos. Si los cristianos eran capturados, los nativos no los mataban sino que "consideraban que era castigo suficiente obligarlos a degollar sus cabras, a desollarlas y a trocearlas, un trabajo que consideraban el más degradante que podía realizar un hombre... Otra de sus costumbres era que, cuando uno de sus jefes tomaba posesión de su cargo, uno de ellos debía ofrecer su vida para honrar dicha ocasión. En el día señalado se reunían ante un profundo precipicio y, tras celebrar ciertos ritos, la víctima voluntaria de esta terrible costumbre se arrojaba desde una gran altura al valle, muriendo destrozado. El

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

jefe estaba obligado, por gratitud, a honrar a la víctima ampliamente y a recompensar a su familia con valiosos regalos". Me han preguntado en Inglaterra sobre esta costumbre, ya que algunos piensan ¡que todavía se practica en las Islas Canarias! Cadamosto reunió la mayor parte de su información de oídas, ya que sólo visitó La Gomera y El Hierro. Los cronistas de Bethencourt naturalmente son muy breves en sus comentarios sobre Tenerife, debido a que no llevaron a cabo incursiones en ella. La llaman la Isla del Infierno, o Tonerfis, y afirman que sus habitantes eran el "pueblo más fuerte de estas islas. Nunca han sido reducidos o esclavizados, como los de las otras islas". Se puede obtener mucha información del manuscrito traducido por Glas. Dice que eran de estatura media y que los que vivían en el norte de la isla eran más rubios que los del sur. El rey era tratado con gran respeto, y se postraban ante él en señal de pleitesía. Veneraban a un solo dios, con varios nombres que eran señal de su omnipotencia. El manuscrito de Glas afirma sin lugar a dudas que cada hombre sólo tenía una esposa, contradiciendo a Cadamosto y siendo de la misma opinión que Azurara. Añade además que "tenían la costumbre de que cuando, por casualidad, un hombre se cruzaba con una mujer sola en el camino o en un lugar solitario, no debía mirarla o dirigirse a ella, a menos que ella le hablara o pidiera algo primero, sino que debía apartarse de su camino.... Los hombres llevaban capas de piel de cabra, untadas y ablandadas con mantequilla; las de las mujeres eran más largas y llegaban hasta sus pies, con faldas del mismo material debajo.... Utilizaban una piedra negra y dura, afilada y preparada para sacrificar ovejas, cortar y tallar madera, etc. Las llamaban *tabonas*". Aprendieron el arte de la guerra en las numerosas disputas tribales que tenían lugar a causa de los rebaños. La llegada del enemigo se anunciaba con "humo o silbando, señal que repetían de unos a otros. Este último método aún se usa entre ellos, pudiendo oírse a una distancia casi increíble". Sus ideas sobre la nobleza y su origen son interesantes. "Creían que Dios los creó de la tierra y del agua, y que creó tantas mujeres como hombres, dándoles ganado y todo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lo necesario para su subsistencia, pero que más tarde, pareciéndole que eran muy pocos, creó más, pero que a estos últimos no les dio nada y, cuando le pidieron rebaños de ovejas y cabras, les dijo que se convirtieran en sirvientes de otros que les darían sustento a cambio; de éstos, según nos dicen ellos, descienden los *achicarnay*, o sirvientes." Se dice que los guanches eran muy limpios, que se lavaban las manos y la cara al levantarse, y antes y después de comer. "Después de comer, no bebían nada durante media hora porque creían que beber agua fría inmediatamente después de comer alimentos calientes les estropearía y dañaría los dientes." Confiscaban los bienes de los criminales para entregárselos a los parientes de la víctima. Desterraban a los asesinos pero no permitían que les hiciesen daño ya que "nunca castigaban a ninguna persona con la pena de muerte, diciendo que sólo Dios podía quitar la vida que él mismo había dado", un sentimiento que honraría a cualquier sociedad moderna y civilizada. Otra costumbre mencionada por Glas es que "cuando una persona iba a la casa de otra, no intentaba entrar en ella sino que se sentaba sobre una piedra a la puerta y silbaba o cantaba hasta que alguien salía y le pedía que entrara. Quien no observaba este ritual sino que entraba en la casa de otra persona sin ser invitado, era castigado, ya que se consideraba una afrenta muy grande". Todo esto nos demuestra que los guanches no eran incivilizados. Tenían leyes comunes que había que respetar y sus hábitos y costumbres no pueden, ni por un momento, considerarse salvajes. El mismo hecho de que embalsamasen a sus muertos les coloca entre las sociedades civilizadas del mundo.

Después de la misa en el viceconsulado, como de costumbre, y del almuerzo, fuimos a La Paz para despedirnos del Marqués y la Marquesa de Candia, ya que es nuestra intención partir de Orotava, la bella, mañana. El marqués está intentando cultivar caña de azúcar en La Paz; parece que se da bien y que el clima le sienta. El porcentaje de jugo que se obtiene de las cañas en las Islas Canarias es mayor que en las Antillas, y la calidad también es mejor por lo que se espera que del cultivo de esta materia prima

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pueda resultar, con el tiempo, una valiosa industria. Ciertamente beneficiará a los *isleños*, que en la actualidad pagan un precio muy alto por el azúcar, aunque si podrán recuperar el costo de su exportación es algo que queda por ver. Con gran pesar nos despedimos de la amable familia Cólogan. El marqués nos acompañó hasta el extremo más alejado de La Paz, ya que queríamos regresar al Puerto por los acantilados y Martiánez.

Dicen que las abejas son tan malignas para la fruta que las llevan a las Cañadas cuando se acerca el verano y las ocultan allí en las grietas de las rocas. No pude confirmar que realmente destruyeran tanto la fruta; lo que sí es verdad es que se las llevan a las Cañadas –con el propósito, sin embargo, de obtener miel de las flores de la retama, que se considera la mejor y más deliciosa del mundo. La miel en todas las Islas Canarias es buena. Tiene, sin embargo, un sabor peculiar, especialmente la de Gran Canaria, a cuyo sabor hay que acostumbrarse antes de poder saborearla completamente. Tiene un color oscuro y es tan diferente, tanto en sabor y en consistencia, a la miel inglesa de jardín, como lo es el día de la noche.

Nos fue algo difícil encontrar el lugar exacto por donde descender ya que, anteriormente, solamente habíamos subido a los llanos de La Paz. Bajando con dificultad por una pendiente hasta lo que parecía un sendero de cabras, por fin dimos, en medio del acantilado, con el camino que pasa por Martiánez y llega hasta el Puerto. Descubrimos una gran abundancia de la delicada flor naranja pálido de esa planta tan amante del mar, la *Spargularia media*. El sendero alrededor del promontorio es encantador. Por encima se encuentran los acantilados y, debajo, el espumoso y blanco mar, rompiendo contra las negras rocas. Observando una zona de roca desnuda que penetra en el mar al pie de un pequeño barranco, nos sentimos repentinamente transportados hasta la "Calzada del Gigante" en el norte de Irlanda, al ver cómo se extiende a nuestros pies una calzada similar, no tan perfecta como la calzada entre Finn Macoul y Staffa [4] aunque también formada por

4 Isla de las Hébridas, en Escocia. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

piedras hexagonales encajadas unas en otras. Por desgracia, sólo descubrimos esta formación basáltica al final de nuestra estancia en el Puerto de la Cruz, por lo que no nos fue posible bajar a inspeccionarla debido a la escasez de tiempo.

Lunes, 29 de octubre. Otra mañana gloriosa con el Pico, aún espléndidamente cubierto por su blanco ropaje, contrastando su perfecta blancura con la oscura loma del Tigaiga, bajo él. Ocupamos nuestro tiempo en la obligatoria preparación del equipaje. Como pensábamos quedarnos en La Laguna un par de días, enviamos nuestro equipaje pesado a Santa Cruz en una carreta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

MUSEO DE TACORONTE • BIBLIOTECA DE LA LAGUNA • DÍA DE TODOS LOS SANTOS

XXIV

Un caballo maltratado en el camino
Clama al Cielo pidiendo sangre humana.

WILLIAM BLAKE

Hay algunos puntos señalados en blanco cuando repasamos la historia de nuestras vidas –en la mía son principalmente los paisajes con bosques y agua o las entrevistas con algún hombre sobresaliente.

FROUDE

MARTES, 30 DE OCTUBRE. Nos despedimos de todos nuestros amigos en el Puerto anoche ya que teníamos que partir para La Laguna esta mañana temprano en la diligencia. Como, de camino, queríamos visitar Tacoronte y su museo, la Sra. Branckar muy amablemente le había escrito al dueño actual del museo, el Sr. le Brun, hablándole de nosotros. Por lo tanto partimos en la primera diligencia con la intención de coger el coche de la tarde en Tacoronte y desde allí viajar a La Laguna, lo que nos daría un día entero en Tacoronte. El coche del Puerto salía alrededor de las 6 a.m. por tanto, tras tomar un poco de café, el Sr. Turnbull nos acompañó colina arriba hasta la carretera donde se hallaba el coche, ya que no puede pasar traqueteando por las calles pavimentadas. Nos encontramos en el coche con el Sr. Reid y su hijo, ya que este último se dirigía a La Laguna. Me temo que los lectores ingleses, al ver que hablamos de un coche, tendrán una imagen algo diferente de la realidad. El vehículo en cuestión era muy viejo –con forma de diligencia, no como un ómnibus. ¡La puerta no se podía cerrar porque se trababa en la rueda! Dentro había cinco pasajeros y un niño, así que nos sentimos aliviados cuando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nos enteramos de que solamente iríamos hasta el cruce, donde teníamos que hacer transbordo al coche de la Villa, que esperábamos de todo corazón que fuese mejor. Tuvieron el freno puesto todo el tiempo, aunque íbamos cuesta arriba, ¡porque *no podían quitarlo*! En el cruce de carreteras de la Villa y del Puerto nos apeamos de nuestra "carraca". Allí encontramos el coche del Realejo, una especie de furgón con laterales de lona, y unos minutos más tarde hizo su aparición el coche de la Villa. Era un ómnibus viejo y, aunque con gran capacidad, había tal número de viajeros que el vehículo del Puerto también tuvo que venir con nosotros. Afortunadamente pudimos conseguir un par de asientos descubiertos en el ómnibus de la Villa. Conseguir los asientos no fue difícil, sin embargo otra cosa muy diferente fue llegar hasta ellos. El asiento del conductor estaba muy alto y sólo había un único escalón para subir. Sin embargo conseguimos llevar a cabo la proeza y nos sentimos satisfechos al pensar que ya no estábamos hacinados entre tantas personas que no eran de nuestra clase. Tiran del vehículo cuatro caballos y una mula, todos de diferente color. A la cabeza van un caballo bayo rojo y una mula castaño claro, el caballo de la izquierda es blanco, el de la derecha, castaño oscuro, y el del centro, castaño claro. Los arneses están fabricados, casi en su totalidad, con cuerda por lo que dudo que lleguemos al fin de nuestro viaje. El conductor tiene dos látigos, uno largo y otro corto y pesado. El mango del freno se parece al de los organillos. Partimos a las 7 a.m. del cruce. Cerca hay una estupenda plantación de eucaliptos que algún día puede que compitan con los gigantes australianos. Hay mucha gente caminando por los caminos. Nos cruzamos con algunas mujeres con cestas que se dirigen, sin duda, a la Villa o al Puerto con sus mercancías. A continuación adelantamos a un par de soldados que se dirigen a Santa Cruz a realizar su instrucción. Llevan chaquetillas azules y pantalones anchos y rojos, las chaquetillas rodeadas por cintos de cuero a la cintura y asomando sólo un par de pulgadas de chaqueta por debajo. Después pasa un vendedor de ropa de algodón que también viaja temprano. El coche lleva el grandilocuente rótulo "Em-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

presa de Ómnibus de Tenerife". En media hora llegamos a Santa Úrsula y atravesamos una avenida de tamariscos de aspecto desangelado. Unos cerdos, casi todos grandes y negros, gruñen junto a la carretera; están delgados, como la mayoría de los animales aquí. Muchos perros, de todas clases y tamaños y ninguno de casta, salen a ladrarnos cuando pasamos, pero un restallido del látigo largo los hace retroceder, mostrando lo cobardes que son. Bajamos por un barranco, cruzando por un puente que podría haber sido construido más arriba sin ningún problema. Subiendo por la cuesta, los pobres caballos, mal alimentados y peor tratados, casi no podían tirar de los veintidós pasajeros y de su equipaje, y tuvieron que ser obligados más allá de sus posibilidades por un hombre que corría junto a ellos y que, además del conductor desde el pescante, también los azotaba de forma muy brutal. Escogía deliberadamente las zonas en las que los animales tenían más llagas, sobre todo, la mula, y les pegaba en ellas hasta que volvieron a abrirse. Daba asco verlo.

El cactus de la cochinilla está cortado ahora y, esparcido por el suelo, parece aún más feo que cuando se alza vertical. La ley obliga a que se entierren las palas en hoyos, ya que pensaron que unas fiebres que ocurrieron hace algunos años fueron causadas por palas que se pudrían.

Nos detuvimos en la fonda de La Matanza, donde desayunaron algunos de los pasajeros, ya que eran ahora las 8:40 a.m. También cambiamos de caballos y, cuando libraron a los pobres animales de los arneses, éstos se alejaron tambaleándose literalmente; dos de ellos ni siquiera intentaron entrar en el patio, mientras que la mula se echó, o más bien se dejó caer, sobre un costado e intentó, por la fuerza de la costumbre, revolcarse, lo que hizo que el pobre animal terminara quejándose. El azote sería un castigo demasiado leve para los propietarios del servicio de diligencias. Al igual que los hombres, los animales tampoco pueden trabajar sin comer. Desde el principio era obvio que estos caballos no habían sido preparados con una buena alimentación para el esfuerzo que se les exigía. Los mozos de cuadra eran dos mu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

chachos de unos quince y dieciséis años de edad. Partimos de nuevo de La Matanza a las 9:05 a.m. y nos desviamos poco después por un camino que llevaba a Tacoronte. La carretera no lo atraviesa sino que pasa una media milla más arriba. Pronto encontramos la casa del Sr. le Brun y nos recibieron la Sra. le Brun y sus hijas ya que, lamentablemente, su marido no se hallaba en casa.[1] Tras un generoso desayuno nos llevaron a ver el museo que se encuentra en el pueblo de Tacoronte, a corta distancia de la casa. Es una casa de campo de tres habitaciones comunicadas, una de las cuales está dedicada a las reliquias guanches, otra, mayor que la anterior, a armas peruanas y antiguas que los españoles utilizaron en la conquista de Tenerife, y la tercera contiene pescados, conchas, ninguno de ellos perteneciente a la isla. Sebastián Casilda fue el fundador del museo y se lo cedió al Sr. le Brun. Nunca salió de la isla y llevó a cabo muy poca investigación; casi todos los artículos se los trajeron otras personas ya que se sabía que estaba muy interesado en conseguir piezas curiosas. Hay varias momias en el museo. Una es de un hombre guanche, no muy bien conservada, de cinco pies y ocho pulgadas de largo. Otra está envuelta en cuero todavía, tal y como la encontraron, rodeada y cosida con tiras de cuero de una pulgada de ancho, más o menos, con la funda de cuero atada en la parte alta de la cabeza como se haría con la boca de un saco.

"¡Hablad! Ya que habéis permanecido muda demasiado tiempo;
Tenéis una lengua, vamos, oigamos su canción;
¡Estáis en pie sobre la tierra, momia!
Revisitando los destellos de la luna.
No como los delgados fantasmas o las criaturas sin cuerpo,
Sino con vuestros propios huesos y carne, extremidades y facciones."

Otra momia, de una mujer, que, según dicen, se encontró a medio camino de la cima del Pico, tenía las piernas dobladas hacia atrás por las rodillas hasta tocar las caderas y, en esa posición, medía

1 Siento mucho decir que el Sr. le Brun murió poco después.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tres pies y cuatro pulgadas. Se dice que las momias se conservaban sobre todo con sangre de drago. La incisión para extraer las entrañas se llevaba a cabo con una piedra, o *tabona*, como se hacía en Egipto, siendo de basalto tanto las piedras egipcias como las guanches. Siempre colocaban alimento junto a los muertos, otra costumbre practicada por los egipcios. Se han encontrado momias en La Palma, El Hierro, Tenerife y Gran Canaria; en esta última sobre todo en túmulos de piedras, que Bory de St. Vincent llama pirámides, intentando así señalar una analogía más entre los guanches y los egipcios pero, como nunca había visto tales "pirámides" ya que nunca estuvo en Gran Canaria, ha exagerado su forma y su tamaño para intentar probar sus conclusiones. No hay duda de que la forma de embalsamar es semejante en los dos pueblos y el Dr. Wild afirma que la momia que vio en el museo en Santa Cruz era semejante a las de los egipcios de las clases más bajas. En total hay siete momias en Tacoronte. En algunas, la mano izquierda ha sido colocada junto a la rodilla como hacen los isleños hoy en día con sus muertos. Es una pena que, ya que se pueden conseguir tan fácilmente en la actualidad, no haya ni siquiera una en el Museo Británico. Allí me mostraron una momia que según dijeron era guanche, pero procedía del Perú. El cuerpo tenía las piernas dobladas, sentado con las rodillas junto a la barbilla, en una posición que nunca han tenido las momias encontradas en las Islas Canarias. En vano intenté, salvo por supuesto en los archivos de la biblioteca, obtener alguna información o ver reliquias de esta interesante y extinta raza en el Museo Británico.

La sangre de drago tiene la consistencia de una melaza oscura pero, tras un tiempo expuesta al aire, se seca y se deshace fácilmente. Todavía se comercia con ella, pero son otras especies de drago y otros arbustos comunes en Asia y América los que se utilizan en la actualidad para extraer dicha "sangre" que, aunque inferior en calidad, puede venderse a un precio tan bajo que ya no existe mercado para el producto verdadero. Las pieles utilizadas por los guanches se conservaban con sangre de drago. Las pieles se cosían con hilos de cuero y fibra, y el trabajo, en conjun-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

to, era excelente y uniforme, uniendo las distintas partes de forma muy inteligente. Vimos una bolsa de cuero con todo el borde cosido así. También había vestidos de piel de cabra que habían sido descubiertos en 1855. Tenían un acabado muy bonito, siendo sus colores naturales el amarillo, el moteado, el castaño oscuro y el miel, semejantes a los colores de las cabras de hoy en día. También vimos un palo corto en forma de cayado, uno largo con una perilla, y un bastón encontrado junto a una vieja. Abundan los molinos manuales de gofio de todas clases y tamaños y se pueden conseguir fácilmente en todas las islas. La Sra. le Brun nos sugirió

MOLINOS DE GOFIO GUANCHES Y VASIJAS, MUSEO DE TACORONTE

muy amablemente que sacásemos al exterior lo que quisiéramos fotografiar, de modo que escogimos algunas vasijas, platos, palos y otros artículos. Había curiosas jarras de cuero, antigüedades españolas, de unas veintiuna pulgadas y media de alto, una vasija de barro de origen guanche, en perfecto estado de conservación, un cuenco de barro, negro y con líneas horizontales, que tenía la siguiente inscripción realizada por Don Sebastián: "Benahoare, nombre antiguo de La Palma, antes del año 1490", indicando que procedía de La Palma. La etiqueta de otro, un poco más pequeño, señala que fue encontrado en Fuerteventura y que perteneció

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

a los *majos* de dicha isla, añadiendo que 1403 era la fecha más tardía en la que podía haber sido fabricado. Algunos de los molinos de gofio tienen cuatro agujeros donde poder introducir un palo. Cuando se gastaba uno de los agujeros se utilizaba otro de ellos. Algunos tenían orificios de entrada muy altos. También nos parecieron interesantes un antiguo almirez con su mano, de origen español, y un cráneo, una cuchara y un majador, todos ellos guanches.

Saliendo del pequeño museo, recorrimos una corta distancia hasta la iglesia más baja de las dos que hay en Tacoronte y que es uno de los edificios más antiguos de la isla. El sacerdote, que casualmente estaba en la iglesia, muy amablemente nos la enseñó. Está dedicada a Santa Catalina. Posee un excelente candelabro de plata mejicana que pesa setenta libras, y una pila bautismal muy bella, de mármol blanco. Recientemente se ha renovado el piso de la iglesia con baldosas de dieciséis pulgadas cuadradas. La parte superior de todas las pilas de agua bendita es de piedra. El primer bautismo que se celebró en esta iglesia tuvo lugar en 1604. El altar es totalmente de plata. Una mesa de la sacristía está hecha de una madera de la isla llamada *barbusano*, que ha sido tallada muy bellamente. En la iglesia hay un cuadro muy bueno de San Jerónimo. Tras despedirnos de aquel amable sacerdote, nos acercamos a la plaza, donde existe un viejo monasterio. En la actualidad, la iglesia de San Agustín se ha abierto al culto y el resto del edificio lo han convertido en escuela y varios salones públicos. Originariamente sólo había en él doce monjes e incluso, según cuenta Viera, estos pocos no eran bien aceptados por los feligreses. La gran plaza parece desierta por delante a pesar de que posee algunos árboles de buen tamaño. En el centro hay una pequeña fuente redonda y, en este momento, hay un grupo de muchachas y mujeres sacando agua. Sus barriles están colocados sobre el muro de piedra lisa y, mientras una mujer se ocupa de que el agua fluya por una caña de bambú desde la boca de la fuente hasta su barril, las otras esperan pacientemente alrededor. Entramos en la iglesia de San Agustín. El piso es de mármol blan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

co y negro, con abundantes salpicaduras de cera procedente de las velas utilizadas en las fiestas. La cera no se limpia entre una fiesta y la siguiente, ¡al cabo de un año! Hay una buena imagen de Nuestro Señor, también dos figuras en mármol de un caballero andante y un monje, ambos arrodillados, que son los fundadores del monasterio. Hay dos galerías a cada lado de la iglesia y el techo es blanco y con arcos. Sin embargo, el recuerdo más vivo que aún conservo de dicha iglesia es que durante el resto del día tuve que aguantar "las plagas de iglesia", que es como llamo a los diminutos enemigos de la higiene.

Regresamos con la Sra. le Brun a su casa para el almuerzo, que con gran hospitalidad insistió en que compartiéramos con ella. Nos mostró cuatro grandes butacas de madera muy antiguas cuyos asientos estaban recubiertos con cuero repujado. Los asientos no estaban rellenos y los respaldos y brazos de las butacas eran sólo de madera. Me sorprendió ver un piano, y pregunté cómo podrían haberlo transportado hasta allí. La Sra. le Brun nos aseguró que lo trajeron desde Santa Cruz sin ningún percance, ni siquiera un golpe, desde Santa Cruz ¡a lomos de un camello! Nos dijo que era la única forma posible ya que, como el camino desde la carretera hasta la casa y las calles de La Laguna estaban en tan malas condiciones, lo habrían estropeado completamente si lo hubieran traído en un vehículo de ruedas. Los camellos cargan unos setecientos quintales en los viajes que hacen. Atravesamos el jardín, en el que había arbustos de heliotropo, y la Sra. le Brun y sus hijas nos acompañaron amablemente hasta la carretera, donde esperábamos coger el coche. Como no aparecía, caminamos un trecho hasta que nuestras amigas tuvieron que regresar a casa. Cerca de Tacoronte, en un camino lateral, hay un grupo de casas de paja, con sólo muros bajos de piedra, muy pintorescas. Una se había incendiado hacía poco y afortunadamente un bebé que había dentro en ese momento pudo ser rescatado.

Vimos otro par de soldados que iban a Santa Cruz a presentarse, como es su obligación, el primer día del mes. Todo joven soltero puede ser llamado a filas a menos que tenga una madre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que dependa de él. Los que son llamados pueden enviar a alguien que los sustituya, si no, han de servir durante cuatro meses al año en Santa Cruz o en algún otro lugar en el que haya un destacamento militar. Este sistema ha tenido un pésimo efecto sobre el campesinado de Tenerife. Un campesino joven e ignorante, tras pasar un tercio del año con un mosquetón al hombro en una ciudad tan disoluta como Santa Cruz, regresa a sus campos habiéndose iniciado en todos los vicios y el libertinaje de un puerto de mar, con pocas ganas de volver a sus ocupaciones anteriores y, a la vez, corrompen a sus jóvenes compañeros, haciendo que exista un nivel de inmoralidad quizás tan grande en las zonas más alejadas y poco frecuentadas de la isla como el que ya existe en las zonas más pobladas.

Cuanto mayor es la población tanto mayor es la emigración. Sin embargo, como está prohibido emigrar antes de que se haya realizado el servicio militar y obtenido un permiso especial, muchos se fugan a escondidas. En 1883, 2.160 personas se marcharon a Cuba y 1.248, a los Estados Unidos. Esta emigración oficial de 3.408 personas es, como tantas otras estadísticas, muy incompleta y según nos dicen, alrededor del doble sería una cifra mucho más cercana a la realidad.

Como el coche no llegaba, seguimos caminando ya que hacía una tarde agradable y bastante fresca. Pronto se hizo de noche pero no hay peligro alguno en viajar después del anochecer en estas islas, por muy solitarios que estén los caminos. Cada vez que nos acercábamos a una casa nos ladraban los perros, pero los dueños los llamaban inmediatamente. Había bastante tráfico incluso a esta hora tardía: nos cruzamos con un par de carruajes, dos carretas y cinco o seis caballos de carga. A unos quince minutos de La Laguna el coche nos alcanzó y yo lo cogí, pero John prefirió continuar caminando. Habíamos salido de Tacoronte a las cinco menos cinco y llegamos a La Laguna a las 7 p.m. Habíamos decidido que esta vez probaríamos la otra fonda[2] que hay en

2 Después de entregar el original, he sabido que han inaugurado un excelente hotel en La Laguna, el Hotel Aguere, por lo que nadie tendrá que sufrir como nosotros en aquella antigua capital.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

La Laguna ya que los malos olores habían hecho que nuestra estancia en la anterior fuera de lo más desagradable. La única dirección que conseguimos fue que la patrona se llamaba "Comímela", palabra que nadie nos pudo explicar pero que, siempre que la mencionábamos, la persona con la que hablábamos se sonreía. Era alguna broma relacionada con la comida pero no logramos averiguar cuál. De todos modos, conseguí que un muchachito me sirviera de guía y llegué a la fonda en cuestión, donde más tarde también logró llegar John. Los maletines, que habíamos enviado en el coche anterior, también estaban allí. Salimos inmediatamente en busca de nuestros amigos, los Sres. de Smith, que nos habían pedido que los visitásemos en La Laguna y nos costó un poco encontrarlos. El Sr. Charles Smith es un patriarca de pelo cano, con un intelecto que conserva el vigor de su juventud. Aunque distinguido polemista, también es una persona muy "completa", algo que muy raramente son los matemáticos. Fue un placer intelectual, del que disfrutamos totalmente, escucharle hablar sobre los más variados temas. Era un entusiasta amante del Pico, como todos los que han escalado el Teide y, aunque afirmó que nunca volvería a subir, lo hizo con esa entonación que significa: "no estoy completamente seguro de que no lo haré". Cuando salimos nos encontramos que La Laguna justificaba su nombre ya que estaba diluviando, algo para lo que no estábamos preparados. Sin embargo, muy amablemente nos prestaron paraguas y abrigos y logramos regresar a la fonda en medio del "agua, fango y viento".

Miércoles, 31 de octubre. Nuestra habitación en esta fonda está en el piso bajo. Es larga y estrecha y da a un pequeño patio. Anoche estábamos muy preocupados pero, a pesar de ello, dormimos profundamente ya que ni siquiera aparecieron los "males menores". Sin embargo, esto puede deberse al clima, que ahora es relativamente fresco.

Al ver a varias señoritas vestidas de negro deambulando por las calles esta mañana, salimos a las 7 a.m. y fuimos a la catedral, donde se estaban oficiando los maitines en una de las capillas la-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

terales. Había algunas damas de negro y tres hombres envueltos en mantas arrodillados sobre el piso de piedra. La puerta que se encuentra en el extremo de la catedral frente al altar principal, se abre dos veces para cada canónigo. Cuando lo destinan aquí entra en la iglesia por esta puerta del lado oeste y, cuando muere, su cuerpo, tras haber pasado por otra entrada, sale por ella otra vez. Nunca la traspasa, salvo en esas dos ocasiones. La costumbre es simbólica, teniendo sin duda su origen en la idea de que una vez que una persona es admitida como miembro del cabildo catedralicio nunca abandona la catedral.

Al salir de la iglesia, nos cruzamos con un hombre que llevaba un ataúd al hombro. Parecía antiguo, con un cierre en la tapa, que estaba dividida a la mitad y llevaba bisagras. Una simple cruz en la parte frontal era el único adorno que tenía. Sin duda era el ataúd público en el que transportan a los pobres al cementerio donde los arrojan a una fosa común, devolviendo el ataúd para su utilización posterior. A continuación dirigimos nuestros pasos hacia el *mercado*, que se encuentra en la plaza del Adelantado. En el mercado de cualquier país extranjero podemos conocer mejor a los campesinos y sus costumbres de lo que sería posible para un extraño que no conozca el campo profundamente. Por supuesto, como habíamos pasado tanto tiempo con los campesinos del interior, no los desconocíamos por completo, pero en cada parte de la isla los isleños son diferentes.

La mañana estaba desapacible, en realidad hacía un día desagradable, lluvioso y con viento y, cada vez que doblábamos la esquina de una calle, nos enfrentábamos a ráfagas de viento que hacían nuestro paseo desagradable. Había hojas secas esparcidas por el suelo de la plaza que habían caído de los árboles vecinos, y el fango y los charcos inundaban las salidas de la ciudad. No, no creo que La Laguna sea un lugar de residencia invernal aconsejable. Sin embargo, si alguien se cansase del sol perpetuo de La Orotava y desease volver a ver lluvia y cielos sombríos como los de Inglaterra, ¡podría conseguir algo similar visitando La Laguna en los meses de invierno! También hay que decir que, como resi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dencia de verano, La Laguna es fresca y agradable ya que la temperatura raramente sobrepasa los 67° F (19,5° C). Se encuentra a una corta distancia de las montañas de Anaga y los bosques de Las Mercedes y de Aguagarcía y tiene la ventaja de contar con varios paseos llanos.

El mercado es agradable y limpio. Había mucho pescado a la venta, y frutas de todas clases. Tres naranjas costaban dos *cuartos* (tres *cuartos* y medio equivalen a alrededor de un penique) y otras frutas y verduras eran igualmente baratas. En las calles estaban vendiendo castañas asadas por lo que invertimos una pequeña cantidad para ver a cómo se vendían y nos dieron catorce por un *cuarto*. Dos veces tuvimos que refugiarnos en los portales a causa de la fuerte lluvia. En una calle nos cruzamos, sorprendentemente, con el joven sacerdote de Valverde, en El Hierro, que se había quedado en La Laguna durante un tiempo.

Después del almuerzo el Sr. Smith vino a vernos y, muy amablemente, nos llevó al Instituto. Es el centro principal de enseñanza para la juventud de las islas y la Biblioteca se encuentra al lado. No conseguimos permiso para visitar el instituto o escuela, pero se nos permitió entrar en la Biblioteca. No logramos averiguar por qué no se nos permitía ver ninguna parte del instituto. Incluso cuando sugerimos que solamente entrara John, pensando que la objeción se debería a la presencia de una mujer, no consiguió ni que le dieran el permiso ni que le explicaran la razón de la negativa. Por lo tanto llegamos a nuestras propias conclusiones que, sin lugar a dudas, serán compartidas por otros. Nos dicen que ningún miembro de las clases altas envía a sus hijos aquí, debido a la mala reputación del lugar.

Nuestro principal interés era la Biblioteca, en la que se encuentran hoy en día los libros prohibidos [3] por la Inquisición y

3 Entre los libros prohibidos se encuentran en la Biblioteca de La Laguna los siguientes: *The Art of Cookery,* en imitación del *Art of Poetry* de Horacio (Londres); *A Tale of a Tub, written for the Universal Improvement of Mankind* (Dublín: 1741); *Sermons* de Hugh Blair (Londres: 1812); *Conduite Scandaleuse du Clergé depuis les Premiers Siècles de l'Eglise* (París: 1793); *Sermons* de James Grant (Londres: 1775); *The*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que, mientras que en Europa fueron celosamente buscados y quemados, en Tenerife permanecieron a salvo y, sin duda, ¡fueron examinados tranquilamente y en secreto por los monjes! Los libros se recogieron y trajeron a esta biblioteca procedentes de todos los monasterios y conventos cuando éstos fueron desamortizados y se desterró a los monjes. El bibliotecario fue de lo más gentil y cortés, suministrándonos toda la información que poseía pero, como no hacía mucho tiempo que había ocupado el puesto y la catalogación de los libros era tan incompleta –no siguiéndose ninguna ordenación sistemática y con muchos libros omitidos totalmente– era difícil averiguar cualquier dato con exactitud. La historia de Glas de las Islas Canarias está en la Biblioteca, ¡pero es una obra prohibida! Es comprensible ya que este franco marinero comenta muy abiertamente las extorsiones realizadas por el clero y algunos otros asuntos relacionados con la Iglesia de Roma que no serían del agrado de ningún católico devoto.

Es difícil imaginar por qué algunas de estas obras están prohibidas pero en lo referente a otras es fácil comprender las ra-

---

Koran, commonly called the Alcoran of Mahommed, translated from the Original Arabic. With explanatory notes, taken from the most approved commentators. To which is prefixed a preliminary discourse by George Sale (Londres: 1801); *Book-keeping Methodised* de John Mair (Dublín: 1748); *Le Nouveau Testament en Français* (Amsterdam: 1728); *An Introduction to the History of the Principal Kingdoms and States of Europe* de Samuel Puffendorf (Londres: 1699); *Lectures on the Gospel of St. Matthew* de R. Reilly Portens (Londres: 1802); *Pensées* de J. J. Rousseau (París: 1807), y todas las obras de Rousseau; *Vida de Jesús* de Erneste Renan (París: 1866); *Tour from London to Paris* del Dr. Stearn (Dublín: 1791); *Sermons* de R. Sydney Smith (Londres: 1809); *A Compleat Body of Speculative and Practical Divinity* de Thomas Stackhouse (Londres: 1760); *The Travels of Several Learned Missionaries of the Society of Jesus* (Londres: 1714); *La Henriade, Poëme* (París: 1801) y *Théatre* (Neufchatel: 1773) de Voltaire; *England's Reformation, a Poem* de Thomas Ward (Dublín: 1814); *Life of James FitzJames, Duke of Berwick* (Londres: 1738); *Sixteen Sermons preached occasionally on Various Subjects by James Grant, LL.D.* (Londres: 1725); *Complete Works of Flaxman* (publicado en Madrid en 1860); las obras de Pope; *Collection of English Literature,* edición de Washington Irving; *History of Rebellions in Ireland* de Musgrave (1801); *Slave Trade* de Clarkson (1808); *Church Authority Vindicated in a Sermon Preached at Putney May 5th, 1719. By Fr. Hare, D.D., Rector of Barnes,* hay una nota en español en la guarda de esta última obra que dice lo siguiente: "Entre varias piezas de doctrina herética hay en esta colección unas cuantas virtudes del agua de brea". He seleccionado estos títulos de entre un grupo de libros por considerarlos de mayor interés para los lectores ingleses.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

zones. Por supuesto, sólo he seleccionado unas pocas de entre muchas. Hay un volumen [4] que proporciona una lista completa de los libros prohibidos en tiempos pasados.

Un misal del siglo catorce o quince muy bien conservado, con ilustraciones a mano espléndidamente realizadas y los colores preciosos y claros, es el manuscrito más importante de la Biblioteca. El libro impreso más antiguo es uno de los Salmos, en latín, publicado en 1476, con iniciales en rojo y azul, coloreadas a mano. Fue impreso en Roma. Otro trabajo impreso, sobre ciencias naturales, tiene curiosos grabados en madera de animales, serpientes, etc. Fue impreso en 1536 en Argentoratum (¿Estrasburgo?).

En la *Conquista* de Don Juan Núñez de la Peña, de La Laguna, Thenerife (1676: Madrid), señalaría que Núñez de la Peña, escribiendo en un momento más cercano de la conquista que el actual, escribe Tenerife con una "h", lo que asimila más la ortografía a la pronunciación de la palabra guanche.

En 1836 había 3.426 volúmenes en esta biblioteca, en 1845, 4.602, y en 1882, 17.571. Sin embargo, si estas cifras proceden de los libros incluidos en el catálogo, tienen que ser muy incorrectas. La biblioteca está situada en el piso alto del antiguo monasterio de los agustinos. Tiene unos cien pies de largo y alrededor de veinte pies de ancho.

Abandonando la biblioteca fuimos a visitar a la Sra. Edwards pero resultó que había regresado a Santa Cruz, adonde también había marchado el Sr. Benjamin Renshaw. Sin embargo, más tarde, después de comer con nuestros amigos, los Sres. Smith, el Sr. Renshaw vino a visitarnos, tras su regreso, y nos trajo unos periódicos ingleses que fueron muy bien recibidos.

La casa del Sr. Smith en La Laguna está situada en la plaza de San Francisco, y hay acerca de ella una historia simpática. Hace algún tiempo, las autoridades decidieron introducir las co-

4 *Novus Librorum Prohibitorum et Expurgatorum Index pro Catholicis Hispaniarum Regnis Philippi IIII, Reg. Cath.,* Anno 1632.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rridas de toros en las islas y, después de mucho bombo y platillo y publicidad previa, en todas partes y durante semanas, se llevaron a cabo los preparativos necesarios. La corrida tendría lugar en la plaza de San Francisco, que es un solar amplio que se utiliza para las maniobras del ejército. Se erigieron plataformas y toda la élite de la isla se encontraba presente con el Gobernador a la cabeza. Habían traído toreros de España, preparado un coso, y no faltaba ni un detalle que pudiera añadir mayor brillo al desarrollo de la empresa. La muchedumbre se congregó, se hizo salir al toro, un animal de la isla, pero ¡no fueron capaces de estimularlo ni de hacerle nada atroz que lo impeliera a embestir! De hecho, se dio la vuelta y huyó. Grande fue la consternación de los promotores de la empresa, pero al toro no le importaba. Era un animal criado en las islas, no en España, y no le agradaba que se degradase la función que el Cielo le había designado, sólo para incrementar las brutales pasiones de los humanos y volverlos inferiores a las bestias de la tierra. Es más fácil imaginar que describir el intenso regocijo y el secreto placer que sintieron los que se oponían a las corridas de toros cuando tuvieron que suspender aquel brillante espectáculo –con sus banderas, su público tan alegremente vestido y sus toreros venidos de tan lejos– sin que hubiese ninguna diversión. Entristece pensar que la nobleza de España aún se dedica a unas diversiones tan bajas y brutales. Es aceptable esperar tal comportamiento de las clases inferiores e incultas, pero que los que han recibido una educación, los que deberían tener más luces –incluso las damas– puedan alentar tales actos a sangre fría, eso es algo absolutamente increíble. Si existiera verdadera deportividad en el coso, podría resultar atractivo a los sentimientos pero, como al pobre toro nunca le dan una oportunidad y se ve obligado a luchar hasta morir o ser matado por un número superior de adversarios, es difícil concebir cómo es posible que mujeres que han sido educadas con delicadeza sean capaces de presenciar una corrida. No hay duda que en el pasado las mujeres romanas presenciaban peores pasatiempos (*sic.*), pero ¿dónde está Roma ahora y dónde está también el poder de España? Cualquier na-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ción que celebre tales espectáculos ha de descender necesariamente en la escala de civilización y humanidad. Por el bien de las Islas Canarias como provincia y por la buena reputación futura de su pueblo, pueden sentirse satisfechos de que la corrida de toros de la plaza de San Francisco fuese un fiasco y que, por suerte, el toro fuese más sabio que sus amos.

Hay una gran cantidad de locos en la isla, aunque por fortuna son casi todos inofensivos y sus amigos los mantienen recluidos en casa. Hasta hace poco no existía un manicomio público pero, actualmente, se está añadiendo un ala al hospital de Santa Cruz para alojarlos. El Sr. Smith nos dijo que, hace menos de diez años, él mismo había visto cómo *fabricaban una enorme jaula para un loco*. ¡Dios mío! ¿Estamos realmente en el siglo diecinueve?

El lazareto de Santa Cruz, que tanto deseábamos evitar, justificó nuestros temores. En una ocasión el Sr. Smith tuvo que sufrir sus rigores y lo describe como algo demasiado terrible incluso para poder recordarlo con ecuanimidad –pisos de piedra, sin puertas ni ventanas, asquerosamente sucio y plagado de insectos. Dicen que las condiciones son algo mejores en la actualidad.

Le pedimos consejo al Sr. Smith en cuanto a la mejor manera de ver la zona montañosa que se encuentra hacia el norte. Él mismo la ha recorrido parcialmente y nos dice que cree que sería peligroso intentar visitarla en estos momentos ya que ha llovido mucho. Éramos muy reacios a dejar de visitar esta zona ya que tenemos razones para creer que es la parte más salvaje y más bella de la isla, pero otras personas, además del Sr. Smith, nos aconsejaron vivamente que no fuésemos. Sin embargo, nadie nos habría convencido, con la excepción del Sr. Smith, porque sabíamos que él nunca se arredraba ante las pequeñas dificultades. Nos dijo que los senderos que discurrían por muchos de los precipicios, debido a la naturaleza del terreno, estarían resbaladizos y serían peligrosos y nos aconsejó con tanta vehemencia que no fuésemos que, al fin, desistimos a regañadientes.

Algunas guayabas que el Sr. Smith nos hizo probar son del tamaño y forma aproximados de una manzana pequeña, de un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

color amarillo pálido o, más bien, crema. La mejor manera de comerlas es cortarlas en rodajas y espolvorearlas con azúcar. Algunos dicen que están deliciosas rociadas con jerez. Los mangos, que también comimos en su punto, son como melocotones de vivos colores y con una enorme pipa en el centro; tienen forma alargada, semejante a una pera, y un sabor que recuerda el olor de la trementina.

Las farolas de aceite en las esquinas de las calles alumbran muy bien y nos iluminaron cuando regresamos a la fonda.

Jueves, 1 de noviembre. Cayó tal cantidad de lluvia esta mañana que no salimos temprano sino que estuvimos sentados en la sala esperando que sirvieran el desayuno y que mejorara el tiempo. El sonido de la lluvia aquí es suficiente para hacer que uno se ponga melancólico. Hay caños en los tejados de todas las casas para desaguar las azoteas. Estos caños, o gárgolas, sobresalen unos cuatro pies, justo el ancho de la acera. Cuando llueve muy fuertemente el volumen de agua es tan grande que pasa por encima de la acera, cayendo sobre la calle pavimentada donde forma un arroyo bastante respetable que fluye por el centro. Pero si la presión del agua disminuye aunque sea ligeramente, cae sobre la acera y los peatones se ven obligados a caminar por la calle para evitar una serie de duchas. Los nombres de las calles,[5] en dos casos al menos, sugieren el clima: ¡"Agua" y "Remojo"!

Hoy hay un grupo de hombres en la ciudad vestidos con curiosos pantalones negros cortos, abiertos en la rodilla, y polainas de cuero. Con todo lo húmedo, frío y triste que se está afuera, peor se está adentro, porque las casas solamente están preparadas para un clima veraniego. Escampa al fin, así que salimos a pasear por la ciudad y sus abundantes iglesias, acompañados por los Sres. de Renshaw. La Laguna es, en realidad, una ciudad de sacerdotes e iglesias. Primero subimos a la torre de La Concepción,

5 Otros son Briones, Rosada, Falundo, Palma, Caza, Carrera, Herradores, Olivo, Piteras, Nueva, Juan de Vera; Las Cruces, Laurel; Los Pinos, Álamos y Celia (una bebida hecha con trigo).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

desde donde hay una espléndida vista de las montañas que se agrupan de forma pintoresca hacia el noroeste. Hay al menos nueve molinos de viento hacia el suroeste, mostrando lo ventoso que es el clima de la zona. El trabajo de talla del altar de la iglesia, realizado por un hombre y su esposa, se está cayendo a trozos. El púlpito está en el mismo estado y fue barnizado hace una docena de años. Una pieza famosa de la iglesia de la Concepción es el cuadro de San Juan que, en la época de la "peste negra" que asoló la isla, descubrieron una mañana sudando; el sudor duró cuarenta días, hasta que la peste cesó. Este maravilloso milagro, pues como tal se consideró, se describe con mucho detalle en un folleto[6] que los fieles leen y creen devotamente, preparado para la celebración de su festividad.

Como la iglesia es, al igual que muchas otras, pobre y con falta de reparación, han decidido vender el *trono,* que es de plata, y piden trescientos dólares (sesenta libras) por él. Hay también un arcón bellamente tallado, con águilas de bronce en la cerradura, que lleva la fecha de 1752. Después fuimos a la iglesia de San Agustín, que ahora ya no se utiliza porque existen demasiados edificios públicos, con sus gastos correspondientes, desde que la sede del gobierno se trasladó de aquí a Santa Cruz. Tiene dos altares laterales de madera, uno de ellos con una plancha de mármol con pequeñas figuras. El presbiterio está pintado imitando mármol rojiblanco. El techo de madera es mejor que el de la catedral. La iglesia de San Francisco, en la plaza del mismo nombre, es un edificio pequeño con una sola nave. Existía anteriormente una iglesia mayor así llamada, pero se quemó. Subimos a la torre, desde donde podemos ver las antiguas paredes de la iglesia original, además de las del antiguo monasterio, ahora reconstruido y utilizado como acuartelamiento. En la iglesia hay varias "promesas" colgadas. Tiene un portal al que, sin embargo, le han quitado las puertas. Un aire de pobreza se respira en el lugar. También hay

6 *Novena al Señor San Juan Apóstol y Evangelista. Por el milagroso sudor de su imagen en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, capital de la isla de Tenerife, en donde se venera* (Madrid: 1805).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

una iglesia pequeña adosada al convento de Santa Clara, donde viven unas doce monjas. La iglesia tiene una única nave en cuyo extremo oeste vemos una reja de hierro que tiene, unos pies más adentro, otra de madera, detrás de la cual se sientan las monjas.

Además de las órdenes monásticas regulares, ahora suprimidas, existen varias asociaciones religiosas diferentes, conocidas por el nombre de *cofradías*, o hermandades, compuestas solamente por seglares. Sus obligaciones consisten simplemente en encargarse de la capilla o altar al que estén dedicados y acompañar los funerales de los miembros de su propia hermandad. Recaudan fondos entre ellos mismos y piden donaciones públicas, en el día de su "festividad" anual, para costear el gasto de las velas de cera y otras necesidades de las respectivas capillas.

La Hermandad del Gran Poder de Dios está formada por personas de las clases media y alta de la sociedad. Su traje consiste en una túnica de seda escarlata, llamada una *opa*, parecida al blusón de un mozo de equipajes, que se lleva sobre la ropa ordinaria. Su festividad se celebra en una época bastante calurosa, el segundo domingo de julio, fecha en la que desfilan por las calles con la cabeza descubierta y portando velas encendidas.

Los sacerdotes parroquiales, en general, tienen ingresos muy escasos; reciben los diezmos y primicias, los honorarios por los bautismos, matrimonios y entierros, y por la mayoría de las numerosas celebraciones de los distintos santos, procesiones, a las que tienen que asistir, y por los sermones que, de vez en cuando, les solicitan. La oratoria de la casi totalidad de los predicadores no es muy buena, como tampoco lo son los temas seleccionados y la manera de tratarlos.

El Sr. Francis Renshaw nos vino a ver por la tarde y, posteriormente, también el Sr. Benjamin Renshaw y su sobrino para acompañarnos al cementerio. Como hoy es el día de Todos los Santos, se les reza a los muertos y los servicios religiosos se revisten de gran pompa. Lamentablemente, hacía una noche muy lluviosa y nos empapamos completamente, tanto por los caños y la lluvia sobre nuestras cabezas como por los riachuelos bajo nuestros pies. Las calles, sin embargo, estaban agradables en compara-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ción con la horrible carretera, o más bien camino, entre la ciudad y el cementerio. Estábamos en peligro inminente de perder los pies, o al menos nuestros zapatos, en el untuoso barro y había numerosos agujeros profundos, llenos de agua fangosa, en los que frecuentemente metíamos los pies, mojándonos hasta los tobillos. No nos preocupaba demasiado esta aventura, pero pensábamos que el Sr. Renshaw era, sin lugar a dudas, muy gentil al acompañarnos a un lugar que conocía bien y que, teniendo en cuenta el tiempo que hacía, sólo podía resultarle desagradable. En el cementerio encontramos una gran cantidad de hombres, todos envueltos en sus mantos; había lámparas encendidas por doquier ya que es costumbre poner luces encendidas la noche de Todos los Santos en las tumbas de los difuntos. Cuando el tiempo es bueno las mujeres también asisten y colocan coronas y ramos sobre las tumbas, pero esta noche solamente había hombres; las clases altas envían a sus *medianeros*, administradores o sirvientes, cuyo cometido es estar de vigilia en las tumbas, llenar las lámparas con aceite y mantenerlas encendidas. No sé cómo será cuando haga una buena noche y los familiares de los muertos estén presentes y rezando junto a las tumbas, pero esta noche no había ningún tipo de solemnidad. El efecto de las luces era curioso, todo el cementerio estaba iluminado por las innumerables lámparas –cuatro, seis u ocho en cada tumba–, algunas estaban colgadas de las verjas de hierro que rodeaban las tumbas y otras estaban colocadas sobre el suelo. Por lo que pudimos ver con la luz de las lámparas, parecía haber varios hermosos mausoleos de mármol. La lluvia seguía cayendo a cántaros, así que decidimos que una retirada a tiempo era una victoria y regresamos a la fonda. Sin embargo, les habíamos prometido a los Sres. de Smith que los visitaríamos esta noche, así que, tras cambiarnos de ropa, volvimos a salir. De buena gana se acepta alguna molestia si el resultado es una sencilla conversación con un caballero inglés educado y que ha viajado mucho.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LA LAGUNA • EL CABLE TELEGRÁFICO LAS BANDERAS DE NELSON EL MUSEO DE SANTA CRUZ

XXV

La pena y el mal tiempo llegan sin que los llamemos.
Proverbio escocés

El sol primaveral otorga nueva vida
Incluso al menos importante de los capullos que florecen;
Pero en vano, en vano brilla
Donde la Gloria llora sobre el sepulcro de Nelson.
SIR WALTER SCOTT

VIERNES, 20 DE NOVIEMBRE. Sigue lloviendo y está todo tan triste que sentimos mucha murria. Por supuesto, el tiempo que tenemos en Inglaterra se parece mucho a éste, aunque creo que rara vez llueve con tal insistencia, o puede ser que allí, tanto nosotros como nuestras casas, estemos preparados para hacerle frente. Las habitaciones y escaleras sin alfombras, las contraventanas a medio cerrar, la falta de chimeneas y cortinas, las habitaciones dando a los patios interiores donde, aunque el sol brillase, no penetraría ni un rayo de sol, todo esto es un estado de cosas que no predispone a la alegría cuando la lluvia cae ruidosamente formando grandes goterones, cuando cada caño suena como una cascada y su torrente cae a raudales sobre el pavimento de piedra bajo él. Es terriblemente triste.

"El día está frío y oscuro y triste;
Llueve, y el viento nunca se cansa;
El polvo se aferra aún a la pared enmohecida,
Y con cada soplo, las hojas muertas caen,
Y el día está oscuro y triste."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

El tiempo que hace ahora es el que podemos esperar en La Laguna durante el resto del invierno. Se dice que el clima de La Laguna es mejor de lo que era –cómo debe haber sido– a costa del resto de la isla. Esto se debe principalmente a la destrucción de árboles en otras zonas. El pantano o marisma, que en invierno es un lago poco profundo y de donde proviene el nombre de La Laguna, está, en la actualidad, totalmente cultivado y se han plantado árboles de eucalipto sobre su suelo para absorber la humedad. Sin embargo, aunque La Laguna tiene ahora solamente algunos días de lluvia, en vez de tener seis meses, como los tuvo antiguamente, y una porción de tierra ha sido recuperada, una superficie mucho mayor se ha perdido por la falta de agua. Sería muchísimo mejor que el llano de Aguere, que rodea La Laguna, fuese un pantano si el resto de la isla pudiera conservar su antigua exuberancia. Hay un antiguo refrán que describe el clima de La Laguna con más dureza de la que yo pudiera expresar:

"Tres meses de agua;
Tres meses de lodo;
Tres meses de viento;
Tres meses de todo."

Varios amigos vinieron muy cortésmente a despedirse de nosotros esta mañana ya que, una vez más, "seguimos adelante". Si el clima de La Laguna fuera tan generoso como lo son sus "golondrinas" sería un lugar delicioso donde residir. Sin embargo, generalmente, cuando las golondrinas están aquí, hace buen tiempo. La Laguna es, sobre todo, una residencia de verano y posee un clima de lo más agradable durante la estación estival.

El Sr. Benjamin Renshaw, al igual que nosotros, regresaba a la capital, de modo que fuimos juntos en un coche cubierto. Sin embargo, los vehículos de alquiler son aquí tan excesivamente viejos que me embutí cuidadosamente en mi impermeable, y no sin razón, ya que la lluvia entraba por ambos lados y goteaba por el techo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Partimos de La Laguna a las 10:30 y, tras un viaje de unos cincuenta minutos, llegamos a Santa Cruz. En el camino pasamos por un cruce donde se bifurca la carretera hacia Candelaria.

La ciudad de Candelaria tiene un singular interés. Cuando los españoles llegaron a Tenerife, descubrieron que los guanches reverenciaban una imagen que guardaban en una cueva cerca de allí. Diego de Herrera, que tenía en Lanzarote unos guanches que conocían el escondite de la imagen, fue en su busca, ya que creía firmemente que era una imagen de la Virgen, y se la llevó a Lanzarote. Sin embargo, su regreso no parece haber recibido ninguna bendición ya que, cada mañana, la encontraban con la cara vuelta hacia la pared, en el altar de la iglesia del Rubicón donde la habían colocado. Lleno de terror, Herrera decidió devolverla a Tenerife, y así lo hizo. Los guanches no habían echado en falta la imagen, lo que hace suponer que no era objeto de culto. O, para dar la versión de los españoles sobre este asunto, los guanches dijeron que un ángel, representando a la imagen, ¡estuvo siempre presente en la cueva hasta que la imagen fue devuelta! Sin embargo, cuando Herrera la traía de vuelta y les envió noticia de que la tenía en su barco, descubrieron su falta y le rogaron que la devolviese, cosa que hizo. De todos modos, él salió ganando con la transacción, ya que los guanches, en lugar de estar enojados y resentidos por el robo, solamente deseaban su devolución, y se sintieron tan agradecidos con Herrera que, algunos meses después, permitieron que su hijo, Sancho Herrera, construyese en Añazo un fuerte para comerciar.

Se dice que, en un principio, la imagen fue encontrada de forma muy milagrosa y son prolijas las descripciones que abundan sobre ella y su milagroso poder. Resumidas con sentido común, son las siguientes: que la imagen, de tres pies de altura, fue probablemente el mascarón de proa de un barco que la marea dejó en tierra. Como los guanches aparentemente desconocían el arte de modelar o tallar figuras, este objeto inanimado, pero de aspecto humano, les causó miedo más que otra cosa. La parte trasera de la imagen tenía unos agujeros, lo que confirmaría aún más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

su origen náutico. Aparentemente unos pastores la encontraron en la playa hacia el final del siglo catorce, alrededor de 1390. La colocaron en una cueva y allí permaneció hasta que Herrera la robó. Tras la conquista de Tenerife por los españoles, se construyó una capilla para albergarla y de allí, por orden de Carlos V, pasó al cuidado de los frailes dominicos, que construyeron un monasterio cerca del lugar donde fue encontrada. Aunque a veces se la trasladó por diversas razones, siempre regresó al monasterio, ¡a veces con las túnicas estropeadas! Con ella los frailes obtuvieron mucho dinero y el monasterio se enriqueció por los muchos regalos que recibió. Se afirma que en 1812, la hija de una próspera familia enfermó y le prometieron al monasterio su peso en plata si recuperaba su salud. Se recuperó, pero los frailes esperaron a reclamar el cumplimiento de la promesa ¡hasta que hubiera recuperado su peso normal! Tan bien le fue al monasterio, que hubo que construir uno nuevo hacia el final del siglo dieciocho porque el viejo resultaba demasiado pequeño. Entre otros sucesos milagrosos, se dice que "cada año en la víspera de la Purificación de Nuestra Señora" se celebraban procesiones nocturnas, en las que no participaba mortal alguno, en la playa que, a la mañana siguiente, ¡estaba cubierta de cera de las velas! ¡Es curioso que las luces no fuesen sobrenaturales, como sus portadores! Glas afirma que "oyó declarar a algunos marineros canarios que cuando regresaban de las Antillas españolas y, estando en peligro inminente de morir ahogados en una fuerte tempestad, de noche vieron a Nuestra Señora de Candelaria en el apogeo de la tormenta que los ayudaba a recoger y aferrar las velas, etc. Y, además, me aseguraron que, cuando llegaron a Tenerife, les dijeron que, a la mañana siguiente de la misma noche en la que la Virgen los había ayudado tan milagrosamente, apareció en la iglesia de Candelaria con el cabello y los vestidos mojados por la espuma del mar que había caído sobre ella mientras llevaba a cabo su generosa tarea". Si se acepta que la imagen no es una talla terrenal, me temo, por las descripciones de los que la han visto, que no podemos tener en muy alta estima a los ángeles como escultores. Se celebraban dos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

festividades en su honor, el 2 de febrero y el 15 de agosto, ocasiones en las que aquellos que se sabía que eran descendientes de guanches ocupaban un lugar de honor y transportaban la imagen. La desaparición de la imagen siguió la pauta de su llegada. Durante las terribles tormentas, con lluvia, que asolaron la isla entre el 6 y el 9 de noviembre de 1826, cuando doscientas veinticinco viviendas, una cantidad similar de personas y casi mil cabezas de ganado fueron destruidas, la batería y el convento de Candelaria, donde se hallaba la imagen, al no estar construidos sobre cimientos resistentes, fueron arrasados por el mar y, los dieciocho frailes que ocupaban el edificio huyeron, abandonando la imagen a su suerte.

Cuando Diego de Herrera vino a Tenerife en 1464 se llevó a un joven que, tras ser instruido en la religión católica, se convirtió en devoto de la Virgen. Posteriormente, cuando Herrera viajaba entre las islas, este guanche, bautizado con el nombre de Antonio, sintiendo aparentemente deseos de regresar a su hogar, logró escaparse. Inmediatamente informó a sus compatriotas que la imagen que habían adorado durante tanto tiempo sin saberlo, era en realidad la Virgen María. De aquí surgió, sin lugar a dudas, la idea de que los guanches ya adoraban a la Virgen antes de la conquista.

Nuestra primera tarea al llegar a Santa Cruz fue la de conseguir algunas cartas que no nos habían llegado, pero no tuvimos éxito. Perdimos varias cartas durante nuestra estancia en el archipiélago y una o dos de las que enviamos nunca llegaron a su destino. Esto, según nos dicen, es algo normal. Cualquier carta de cierta importancia ha de enviarse certificada, aunque no contenga nada de valor, si se quiere estar seguro de que llegue a su destinatario.

Todo el día la banda militar ha estado tocando en el muelle y una muchedumbre ha esperado pacientemente, a pesar de que ha llovido de vez en cuando. La causa es la llegada de los buques de vapor que van a tender el cable telegráfico. Me resulta casi imposible hacer llegar a las mentes inglesas la intensidad del sentimien-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

to que aquí existe en relación con el cable. En primer lugar, hemos de recordar que estas islas siempre han sido sistemáticamente desatendidas por el Gobierno peninsular. Se les ha dedicado muy poca atención, a no ser para extraerles los impuestos a los pobres habitantes. Se han construido muy pocas carreteras o muelles y, hasta el presente, nunca ha habido cable telegráfico. A pesar de que estas islas se han quedado solas, por así decirlo, sin embargo han mostrado iniciativas, aunque hayan sido olvidadas por el género humano. La sangre guanche e irlandesa y, posteriormente, las empresas inglesas y escocesas, han resultado muy provechosas. A pesar de sus desventajas, la comunicación con el mundo mediante navíos, que hacen escala principalmente en Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, es considerable, [1] y está aumentando.

Hasta ahora todos los telegramas tenían que enviarse por correo hasta Madeira y, desde allí, eran cablegrafiados. Si el número de barcos visitantes ha sido numeroso sin que hubiera cable telegráfico, está claro que aumentará cuando se establezca la comunicación directa, y a unos precios razonables además, con el resto del mundo. Para comprender los sentimientos de la comunidad, también debemos recordar que este país es meridional, con la sangre caliente propia del sur. Capaces de demostrar su entusiasmo con "¡Vivas!", pueden ser igualmente apasionados en sus denuncias. La vergonzosa rivalidad entre las dos islas hermanas ha llegado a cotas muy altas en lo referente al cable. Gran Canaria siempre se ha sentido herida en su orgullo por el hecho de que Las Palmas no fuese la capital. Esto, como todo el mundo sabe, no tiene realmente mucha importancia. Fijémonos, por ejemplo, en Washington, que no es, de ninguna manera, la ciudad más importante de los Estados Unidos. Como Santa Cruz es la capital de la provincia canaria, el Capitán General y el Gobernador Civil residen aquí. Siendo por esta razón la sede del Gobierno, se ordenó que el cable telegráfico se tendiese directamente entre Cádiz y

1 Ver el Apéndice.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Santa Cruz. Los grancanarios, sin embargo, eran de la opinión, o al menos era lo que deseaban, que el cable debería conectarse a Las Palmas. La disputa entre los dos islas, sobre cuál es la más importante, se percibe también en todos los asuntos. Cuando el *Dacia* y el *International*, dos buques de vapor que pertenecen a la "Submarine Cable Company", salieron de Cádiz en viaje de inspección, fueron primero a Gran Canaria y permanecieron allí dos o tres días. Mientras permanecieron allí, a los ingleses les parecía que la preocupación que sentían los tinerfeños rayaba lo absurdo. Todos los habitantes de esta isla estaban seguros de que existía algún problema en el tendido del cable ¡y que *sobornarían* a la Compañía para que lo llevase a Las Palmas en lugar de a Santa Cruz! Claro está que a nadie se le ocurrió que sería totalmente absurdo e imposible que los ingleses aceptaran tal soborno. Todo español, desde el más alto hasta el más bajo, es capaz de hacer lo que sea por dinero y nos juzgaban a nosotros con su mismo patrón. Cuando digo que "todo español" puede ser sobornado, debe tomarse en el mismo sentido restringido que cuando se dice que "ningún inglés" puede ser sobornado. Toda regla tiene excepciones. Cuando los buques de vapor finalmente llegaron a la capital, el regocijo fue enorme. Lanzaron cohetes, las bandas de música tocaron y se lanzaron "¡Vivas!". Cuando los máximos representantes de la "Cable Company" bajaron a tierra, fueron recibidos por la banda militar tocando *Dios salve a la Reina* y escoltados hasta el hotel por los altos cargos de Santa Cruz y una multitud de habitantes, tras lo cual lanzaron más cohetes y se oyeron más "¡Vivas!" de todas las gargantas allí presentes. Sin embargo, un divertido incidente tuvo lugar a principios del día. El primer bote que se acercó a tierra era el que traía la ropa sucia. La banda, al ver que el bote procedía de los buques del cable, pensó que llegaban los jefes, los Sres. Grey, y comenzaron a tocar *Dios salve a la Reina*, ¡para gran regocijo de los marineros!

Posteriormente, cuando terminó de tenderse el cable y Santa Cruz se convirtió en la central, celebraron una fiesta que duró tres días a la que, según dicen, asistieron unas 40.000 personas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

además de los residentes en la capital. Los actos de esta celebración se presentaron en un programa, parte del cual he traducido, como muestra del estilo en que se redactan tales escritos aquí y que, de todos modos, será interesante rememorar. [2] El lenguaje del programa es algo grandilocuente, pero el resultado práctico de lo descrito no fue en absoluto tan magnífico como podría parecer por las descripciones –al menos para los lectores ingleses.

La tarde era sofocante y no teníamos ganas de hacer nada, así que nos acercamos hasta la plaza del Príncipe, por encima de la iglesia de San Francisco. Allí hay asientos a la sombra de los árboles y el ensoñador sonido de la fuente central te arrulla y relaja.

Tras regresar al hotel, y mientras estaba ocupada escribiendo, llegó el Sr. Matthew Gray y, muy amablemente, nos llevó a bordo del *Dacia* a cenar. Nos alegró tener la oportunidad de ver

---

2 Extractos del programa general de los festejos organizados por el Ayuntamiento, las Corporaciones civiles y militares, y las Sociedades científicas, literarias y artísticas de Santa Cruz de Tenerife, para celebrar la inauguración del

Cable Telegráfico.

Día Inaugural. A la recepción del primer mensaje enviado desde Cádiz, el cable recibirá la bendición del Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis, acompañado por el Honorable Deán y cuatro Dignatarios de la Santa Madre Iglesia. Terminado este solemne acto, una imprenta, colocada para el acto en la iglesia, imprimirá, acompañada por música de órgano y repique de campanas, copias del telegrama, que serán distribuidas en grandes cantidades entre la muchedumbre.

7 p.m. Una gran procesión desfilará por las calles principales de la ciudad, llevando diversas figuras iluminadas y farolillos, con inscripciones de los nombres de aquellas personas que han descubierto y perfeccionado las ciencias de la electricidad.

Segundo Día.

8 a.m. Repique general de campanas; dos bandas militares tocarán en las calles principales.

10 a.m. Misa Mayor en la Catedral, con sermón, para agradecer al Todopoderoso el favor que ha otorgado a estas islas, seguido por el Te Deum.

Mediodía. Reparto de panes entre los pobres.

4 p.m. Gran regata en la bahía.

7 p.m. Concierto de bandas militares en la plaza.

8 p.m. Paseo.

10 p.m. Fuegos artificiales. Baile.

El tercer y cuarto día son casi iguales, con reparto de pan entre los pobres, bandas, fuegos artificiales y concluyendo cada uno con un baile.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

un barco especializado en el tendido de cable, ya que no se tiene esta oportunidad todos los días, ni en Inglaterra ni en ningún otro sitio. Sin embargo, antes de subir a bordo del *Dacia*, nos acercamos en el bote a ver un espléndido nuevo vapor que acababa de llegar de Plymouth en su viaje de prueba. Lo ha llevado a cabo muy bien, ya que ha recorrido el trayecto en cuatro días. El *Tongariro* tiene más de 4.000 toneladas y es cómodo además de rápido.[3]

En el *Dacia* el cable está enrollado en el centro del buque alrededor de un enorme cilindro de barrotes, en lo que podría considerarse la bodega. El extremo del cable en la costa tiene un grosor de dos o tres pulgadas y la sección tendida en la profundidad marina tiene sólo siete octavos de pulgada. Desde la bodega sale el cable por entre dos tuercas cuya presión puede incrementarse o reducirse a voluntad, evitando así que salga con demasiada rapidez. Después pasa por encima y por debajo de diversas ruedas, y por encima de un contrapeso, con pesas de quita y pon, hasta que finalmente sale por la popa, a babor del timón. A estribor del timón se encuentra la maquinaria de sondeo. Su alambre, que solamente tiene el grosor de una cuerda de piano, está enrollado en ruedas que se conservan en recipientes con una solución débil de sosa cáustica. Una de las ruedas que vimos tenía 2.000 brazas de cable pero, con frecuencia, llegan a las 5.000 brazas. También hay a babor un pequeño timón a vapor para maniobrar y poner en marcha y parar la maquinaria de la sala de máquinas, de modo que toda la navegación del navío, mientras se tiende el cable, puede controlarse desde este lugar –operaciones que son de la mayor importancia, por supuesto, ya que lo más importante de la operación de tendido del cable es que el cable vaya saliendo suavemente. Por lo tanto, si apareciera algún problema, se pueden detener instantáneamente tanto las máquinas como el cable, sin necesidad de transmitir verbalmente ninguna orden. Después

3 Éste es uno de los barcos que ahora visitan Tenerife regularmente y que pertenece a la compañía "Shaw, Savill, and Albion".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de la cena estudiamos en cubierta los mapas, bajo un arco voltaico. Los sondeos son muy interesantes, especialmente los relacionados con un arrecife de coral que han descubierto a una profundidad de sólo cuarenta y nueve brazas. Se descubrió coral vivo a una profundidad de quinientas treinta brazas. Nos interesaron especialmente dos camarotes en cubierta, uno contenía instrumentos telegráficos –el más importante de ellos era el galvanómetro de Sir W. Thomson– y el otro, los resultados científicos de la expedición, el material dragado del fondo del mar de coral y otros objetos. Bajo cubierta utilizan luz incandescente y el salón principal estaba increíblemente fresco y no había malos olores. Había unos treinta caballeros a cenar –los oficiales de a bordo– y yo era la única dama presente. Más tarde, antes de desembarcar, disfrutamos mucho escuchando música.

Sábado, 3 de noviembre. Don A. de Aguilar vino a vernos y después del almuerzo nos llevó a ver el mercado, el teatro y los cuarteles militares. El mercado de verduras, un edificio amplio, se encuentra dentro de la ciudad. Es una pena que, con la cantidad de buques que pasan, no se prepare fruta para su embarque a Inglaterra. El teatro es grande y, según me dicen, con una acústica excelente. En este momento tiene un aspecto bastante desangelado ya que, al no haber compañía, el interior se encuentra totalmente vacío. Esto se debe a una costumbre existente por la que los palcos se alquilan para toda la temporada, por un precio de entre cincuenta y sesenta dólares cada uno. El arrendatario del palco trae sus propios muebles, las cortinas para la puerta –no utilizan ninguna por delante–, la alfombra y las sillas. Los palcos están tan bien diseñados que pueden sentarse en ellos ocho o diez personas y todas ven bien. La parte baja del edificio está ocupada totalmente por butacas, al precio de un chelín por noche. A estos precios hay que añadir el coste de la entrada, equivalente a una peseta (diez peniques) por persona, tengan o no abono de temporada o palco. El teatro tiene un aforo de novecientas personas. El escenario es amplio y tiene bastante fondo; los decorados existen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tes son, por supuesto, muy pobres ya que, generalmente, las compañías traen sus propios decorados. Se ofrecen los refrigerios habituales, aunque también pueden obtenerse cenas ligeras a base de huevos, u otra comida ligera. La decoración es blanca y dorada. Desde el teatro llegamos en pocos minutos al extremo este de la ciudad. Cruzando el barranco, y dejando el hospital a nuestra derecha, pronto llegamos a los cuarteles. Allí el capitán de la guardia nos dio permiso para inspeccionarlo todo y otro oficial de guardia nos acompañó amablemente alrededor del patio de armas. Aquí todo es exactamente igual que en el ejército peninsular, con la excepción de que los soldados sólo proceden de estas islas, de donde no se les obliga a salir para servir. Los oficiales generalmente son de carrera. Solamente hay un batallón de infantería y otro de artillería, con cuatrocientos cinco miembros cada uno. Utilizan rifles Remington. Hay una escuela para los hombres, a la que deben asistir cuando están libres de servicio. Lo más atractivo de todo es la panorámica que se obtiene desde el extremo más alejado del patio de armas, con sus muros blancos y bajos contrastando con el fondo de picos dentados e irregulares que forman la zona norte de la isla.

No existe educación obligatoria en las islas. En Tenerife hay 121 escuelas y 7.789 alumnos.

Los alcaldes los nombra el rey, o sea, el Gobierno. Los intereses de la Corporación, o *Ayuntamiento*, elegida por el pueblo, deben ser defendidos por el alcalde. El cargo tiene una duración de cinco años y los servicios prestados no son remunerados. Hay un alcalde, y un teniente o ayudante de alcalde, por cada cuatro mil habitantes de una ciudad o pueblo. Como hemos podido comprobar en nuestros viajes, los alcaldes no son, en el campo al menos, hombres cultos. Generalmente son acaudalados, pero es difícil asegurar si ya lo eran antes de ser alcaldes o sólo después.

Hay nueve periódicos[4] en Tenerife, ocho de los cuales se publican en Santa Cruz. Tres de ellos son republicanos y dos monárquicos, el resto son especializados. El periódico más importante

4 Ver el Apéndice.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

del archipiélago, *El Memorándum*, es republicano. Nos honró con muchos comentarios, manteniendo a sus lectores informados de los lugares que visitábamos. A esta publicidad le debemos gran parte de la atención que se nos prodigó en las zonas rurales, ya que despertó la curiosidad sobre nosotros y nuestros viajes. Esto nos fue de mucha ayuda por cuanto, al enterarse de que deseábamos ver todas las cosas y lugares posibles, nadie intentó convencernos de que no viajásemos a algún sitio. El único sentimiento que expresaban cuando llegábamos a cada una de las islas era alegría de vernos y temor de que no hubiésemos tenido intención de visitarla, dejándola, por lo tanto, de lado. Sin embargo, habíamos anunciado, firme y enfáticamente, que intentaríamos, si ningún suceso imprevisto lo impedía, visitar y comprobar personalmente la situación de *cada una* de las siete islas habitadas del archipiélago canario. Por lo tanto nadie intentó, ni por un momento, ni en ninguna de las islas, convencernos, verbal o físicamente, para que desistiésemos de nuestro propósito. Nos habían informado de que cada una de las islas intentaría impedir que visitásemos las otras, pero no puedo decir si fue nuestra actitud lo que evitó que esto ocurriese o si los habitantes no quisieron hablarnos mal de los demás. Fuimos a las islas sin prejuicios que favorecieran a unos sobre otros aunque, al ser conscientes de las envidias que existían entre ellos, pudimos valorar los testimonios e información que recibíamos, y separar lo importante de lo que no tenía valor. Al escribir una vez acabados nuestros viajes allí, encuentro divertido pensar cómo los tinerfeños estaban seguros de que habíamos ido predispuestos a favorecer a los grancanarios y cómo los grancanarios, a su vez, estaban igualmente seguros de que, como habíamos visitado Tenerife primero, no seríamos capaces de apreciar Gran Canaria o a su gente. Como nunca habíamos estado en contacto con las islas antes de nuestra visita y no sabíamos nada acerca de ellas o de sus habitantes a través de amigos personales, fuimos bastante imparciales en nuestras opiniones. Conseguimos nuestras cartas de presentación a través de amigos comunes por lo que, cuando salimos de Inglaterra, ninguna per-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sona había influido más que otra en nuestras opiniones. Creo que esta explicación es necesaria para que, como las opiniones en las islas son tan apasionadas, no se acuse a nadie de defender intereses personales.

Un grupo de oficiales y caballeros de los barcos del cable bajó a tierra esta noche para cenar en el hotel, pero la cena fue muy penosa. Este hotel es el único hotel inglés [5] en Santa Cruz, por lo que el propietario tiene, lamentablemente, el monopolio. Cobra dos dólares al día lo cual, aunque es un precio alto aquí, no se consideraría demasiado si el hotel fuera lo suficientemente bueno. El servicio es muy malo y la comida frecuentemente mediocre. Anoche sirvieron sopa y pescado, manitas y sesos de cerdo, y croquetas, y después, ¡ante nuestro asombro y consternación, sirvieron el postre! Se nos dijo que se habían "olvidado" de la carne. Sin embargo, nos dicen que este olvido ocurre con cierta frecuencia. Además sólo había una hondilla de budín para compartir con veinte hombres hambrientos. Pedimos urgentemente una tortilla francesa y nos servimos un pequeño trozo cada uno. Esta forma de tratar a los clientes es realmente monstruosa y, sin embargo, estos pobres caballeros tuvieron que pagar tres chelines y seis peniques cada uno por la cena. Otro motivo de queja es que la comida ya está fría cuando llega a la mesa y todo se debe al mal servicio. Éste no fue un caso excepcional de olvido, como pueden corroborar sin problema los que viven aquí. Algunos otros caballeros de los barcos del cable bajaron a tierra después de la cena y hubo música y nos tuvimos que acostar con hambre.

El Sr. Gray, que también bajó a tierra, me regaló, con gran generosidad, unas calcos de los bancos que habían encontrado los barcos, sobre todo del banco Dacia que alcanza las cuarenta y nueve brazas bajo la superficie marina. La extensión de coral encontrada, y de la cual se izaron trozos a la superficie, disipa de una vez para siempre la teoría que afirma que el coral vive sola-

5 El Internacional, que ha sido inaugurado posteriormente y que está regentado por ingleses, se encuentra situado en el edificio que anteriormente ocupara el Camacho, que ha cambiado de local.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mente a poca profundidad, ya que se encontró coral vivo a una profundidad de 530 brazas.

La extensión de coral se descubrió de forma curiosa y, para los que se hallaban a bordo, apasionante. La sonda registró una profundidad de 2.400 brazas de forma normal y nada sospechosa y el buque avanzó otras cincuenta millas hacia el oeste con la intención de virar. Esta última sonda se llevó a cabo a las 4 a.m., cuando todo aquel que no estaba directamente involucrado dormía tranquilamente, sin embargo, para asombro de los que trabajaban en cubierta, se tocó fondo en la próxima sonda a 485 brazas. Pensando que debía haber algún error, se volvió a bajar la sonda pero el resultado fue el mismo. Corrió la noticia y el tumulto hizo que los que dormían subieran a cubierta. Por supuesto, se continuó el sondeo y se descubrió que las aguas menos profundas iban de 435 a 600 brazas. Esta elevación o meseta submarina se extiende de oeste a este una distancia de seis millas y de norte a sur, tres millas y media. Las vertientes caen bruscamente hasta unas 850 brazas de profundidad y continúan con una suave pendiente hasta que alcanzan las 2.000 brazas. Probablemente desde las 800 brazas hacia arriba el banco es totalmente coralino, habiéndose extraído coral blanco vivo a una profundidad de 530 brazas. Los especialistas que llevaron a cabo los sondeos y que examinaron los contenidos de las dragas no tienen ninguna duda de que esta isla coralina embrionaria está creciendo sin parar hacia arriba y disminuyendo gradualmente la profundidad del agua que la cubre. [6]

Domingo, 4 de noviembre. Durante la noche hubo truenos y diluvió con tal fuerza que me desperté. Sólo mejoró alrededor de

---

6 Bancos descubiertos por el buque de vapor *Dacia*:

Extensión de coral: 435 brazas. Latitud, 34° 57' 00". Latitud norte, tres millas. Profundidad máxima, 800 brazas. Longitud, 11° 57' 00". Longitud oeste, cuatro millas. El coral vivo más profundo se encontró a 530 brazas. 12 de octubre de 1883.

Banco Dacia: 49 brazas. Latitud, 31° 12' 30". Latitud norte, nueve millas. Profundidad máxima, 100 brazas. Longitud, 13° 39' 00". Longitud oeste, diez millas. 20 de octubre de 1883.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

las doce del mediodía y, entonces, fuimos a ver las banderas de Nelson. Teníamos una carta del Sr. Edwards para el *beneficiado*, que por suerte se hallaba en casa, así que sacaron las banderas de las vitrinas y las bajaron para que pudiéramos inspeccionarlas. [7] Generalmente las guardan en dos cajas largas, algo parecidas a relojes de caja alargados, sin la esfera, pero como están muy altas, una a cada lado en paredes opuestas de una capilla lateral, donde no hay ventanas y muy poca luz, es casi imposible conseguir distinguirlas, ni siquiera vagamente. Se han tomado estas precauciones porque los ingleses que venían aquí solían cortar trozos de las banderas para llevarse y como todo el mundo las tocaba se estaban deteriorando rápidamente. Ahora están bajo llave, como debería ser. Sin embargo, seguramente sería mejor colocarlas donde les diera la luz solar para beneficio de aquellos viajeros que no tienen la buena suerte de poder inspeccionarlas más de cerca. El 25 de julio, en el aniversario del día en que cayeron en manos españolas, las banderas se bajan y colocan en un altar lateral durante todo el día. Generalmente durante el sermón se hace alusión a cuando fueron "tomadas" y a la suerte que tuvieron de que los ingleses no conquistaran la isla. Sin embargo, en privado muchos is-

7 Hay dos banderas; la mayor tiene catorce pies y nueve pulgadas y media de largo por siete pies de ancho, junto al asta. El asta al que está fijada tiene ocho pies y siete pulgadas y media de largo y cuatro pulgadas y media de circunferencia. Se encuentra bastante carcomida en la base. La bandera no tiene reborde y el azul es más pálido que el utilizado hoy en día; claro está, puede que esté descolorida por el tiempo. En el centro tiene una cruz roja bordeada de blanco y una cruz blanca de San Andrés, con el fondo en azul.

La otra bandera es más pequeña. Tiene siete pies y siete pulgadas de largo por cinco pies y dos pulgadas de ancho. El asta se encuentra en buen estado y tiene siete pies y siete pulgadas y media de largo, incluyendo una punta de hierro o acero, de diez pulgadas de largo. La circunferencia del asta en la base es de cuatro pulgadas y tres cuartos. La madera penetra en la punta de hierro y tiene clavada una pestaña de hierro. También tiene un agujero para un clavo. Los colores y las cruces de esta bandera son exactamente iguales que los de la otra pero, además, ésta lleva la palabra "EMERALD" (Esmeralda). Las letras, con trazos terminales, están pintadas y sombreadas. Tienen siete pulgadas de alto. El nombre está pintado sobre un trozo de tela aparte y luego cosido. Como la tela no era lo suficientemente larga para toda la palabra, hubo que añadir un trozo más con la letra D. La bandera ha recibido bastante uso ya que la tela azul está remendada en algunos lugares con hilo blanco.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

leños piensan que es una gran pena que Nelson no venciese. El 25 de julio es también la festividad de Santiago, el santo patrón de España, por lo que dicha coincidencia hace que la celebración sea aún mayor y la derrota de los ingleses más importante. El mismo día se saca en procesión por las calles la bandera española y se la coloca en el altar durante la misa, siendo devuelta después, de la misma forma en que se trajo.

La guerra entre Francia y España, que tuvo lugar como resultado de la Revolución Francesa, finalizó, a todos los efectos y durante un tiempo, debido a la alianza ofensiva y defensiva que firmaron, en San Ildefonso, dichas naciones. Recordarán que su propósito principal era perjudicar a Inglaterra y su comercio. Poco después, en 1796-7, los franceses, de quienes Holanda y España eran ahora aliados, decidieron invadir Inglaterra. Así fue que en febrero de 1797, durante el reinado de Jorge III, tuvo lugar la famosa batalla cerca del cabo de San Vicente entre los españoles e ingleses, que terminó con la derrota de los primeros, y en julio del mismo año Nelson, con una pequeña escuadra, atacó Santa Cruz de Tenerife. Como había recibido un informe de que el Virrey de México había fondeado en Santa Cruz con barcos cargados de tesoro, Nelson decidió intentar un desembarco. Conocía bien las dificultades que provocaban el viento y la marea, y que tenía la naturaleza y los elementos en su contra. Todo se combinó para hacer que la empresa fracasase. Solamente cuatro barcos –tres fragatas y una escampavía– con sus marineros y oficiales, componían la expedición, que no transportaba tropas. Se había decidido que el ataque fuera por sorpresa y a medianoche pero, como resultado de la marea y el viento, las fragatas estaban aún a una milla de la costa cuando amaneció, por lo que fueron avistadas por los habitantes. Dos días después se intentó el desembarco, con las corrientes y la calma en contra de los invasores. Mientras tanto los isleños, prevenidos, se habían armado. Las atalayas, la ciudadela, los fuertes y las casas se encontraban repletos de hombres y armas de fuego. Todo el destacamento de desembarco, consistente en unos novecientos hombres, debía desembarcar en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

el muelle y dirigirse a la plaza, tras lo cual la estrategia se decidiría según las circunstancias. Los ingleses no fueron descubiertos hasta que se encontraban a la distancia de un disparo de mosquetón del lugar de desembarco cuando, entre vítores, los botes se separaron entre sí. Los españoles hicieron repicar las campanas de alarma y abrieron fuego con treinta o cuarenta cañones, además de mosquetones, desde una punta a otra de la ciudad. Sin embargo, lamentablemente y debido a la fuerte oscuridad reinante, "la mayoría de los botes se desviaron del muelle y llegaron a la costa atravesando el furioso oleaje que los alejó a todos hacia la izquierda". Cuatro o cinco botes que llegaron al muelle lo asaltaron y tomaron, emplazando los cañones, a pesar de que se hallaba defendido por cuatrocientos o quinientos hombres, por lo que la ciudad no habría podido con ellos de haber podido desembarcar todos los botes. El fuego procedente de la ciudadela y de las casas a la entrada del muelle era tan pesado que los asaltantes no podían avanzar. Justo en el momento en que salía de su bote, Nelson recibió un disparo que le atravesó el codo derecho, incapacitándolo para continuar la batalla. Al caer, sin embargo, cogió su espada con la mano izquierda para no perderla. El proyectil alcanzó la pared superior del muelle y aún puede verse la grieta que hizo en una de las piedras.

Mientras tanto la mayoría de los botes intentaron desembarcar bajo las baterías. El capitán Waller, del *Emerald*, y dos o tres más lo lograron pero muchos de los botes fueron agujereados y se llenaron de agua, y otros no pudieron desembarcar en absoluto. Cualquiera que conozca las costas de estas islas y el oleaje que las rodea incluso en los tranquilos días de verano, por no decir nada de cuando hay el menor soplo de viento o marejada, comprenderá inmediatamente que fue casi imposible que desembarcaran sanos y salvos. A partir de este punto la narración de los hechos varía según la cuenten los ingleses o los españoles. "Unos pocos hombres" se reunieron y, a pesar de que se habían perdido las escalas y que la munición estaba húmeda, se enviaron mensajeros a la ciudadela conminándoles a rendirse; estos hombres, un sargen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

to inglés y dos españoles, nunca regresaron. Los capitanes Hood y Miller, que habían desembarcado por el suroeste, se reunieron ahora con el Capitán Waller, y al amanecer descubrieron que sus hombres totalizaban unos trescientos cuarenta. Con munición de sus prisioneros, avanzaron hacia la ciudadela. Viendo, sin embargo, que había cañones de campaña en cada calle y varios miles de españoles, y alrededor de un centenar de franceses, armados, que tanto él como sus pocos hombres se encontraban sin provisiones, con la munición mojada, y que, como se habían perdido los botes, la comunicación con los buques era imposible, Trowbridge, con la audacia propia de un inglés, envió al Capitán Hood con una bandera blanca a entrevistarse con el Gobernador y demandar que se les permitiese embarcar *con todas sus armas de todo tipo* en sus propios botes, si era posible, si no, en botes suministrados por los españoles, en caso contrario quemarían toda la ciudad. Como contrapartida prometía que la escuadra no atacaría ninguna de las Islas Canarias. Los prisioneros de ambos lados serían devueltos. El Gobernador le respondió que los ingleses debían rendirse en calidad de prisioneros de guerra, a lo que Hood respondió que tenía orden de informarle que si no se aceptaban sus condiciones en el plazo de cinco minutos, el Capitán Trowbridge incendiaría la ciudad y atacaría a los españoles a punta de bayoneta. Por lo tanto, trescientos cuarenta ingleses amenazaron con éxito a los "varios miles de españoles y alrededor de cien franceses" y les permitieron partir impunemente, con toda la gloria de una retirada honrosa. Ahora viene la parte que vale la pena registrar en todas las crónicas de las Islas Canarias. El Gobernador, Don Juan Antonio Gutiérrez, dio órdenes que los heridos ingleses fueran atendidos en los hospitales y que se les suministrase las mejores provisiones posibles a todos, permitiendo también que nuestros barcos enviaran botes a tierra para abastecerse. Le dio a cada hombre "un pan y una pinta de vino" antes de partir. Intercambió presentes con Nelson, y éste se ofreció a llevar a España la noticia de su propia derrota. Hubo un total de doscientos cincuenta ingleses ahogados, muertos por fuego enemigo, o heri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

dos. Un suceso es digno de mención. "Don Bernardo Collagon" –sin duda un antepasado irlandés del actual Marqués de Candia, Don Tomás Colahan– "se despojó de su camisa para hacer vendas para uno de aquellos ingleses contra quien, ni una hora antes, había luchado".

Aunque todo este episodio histórico es interesante, varios puntos destacan particularmente. Primero, la seguridad y confianza, tan parecida a la de los guanches, en la palabra de un enemigo de que no regresarían a atacar y la hospitalidad, también similar a la de los guanches, que hizo que dicho enemigo volviera a sus barcos completamente abastecidos. Todo esto nos trae a la memoria un acontecimiento similar de la historia guanche, cuando los nativos de Gran Canaria trataron a los españoles de manera parecida y, sin embargo, ellos fueron traicionados. Para honra de Inglaterra, sin embargo, hay que decir que sus hijos no traicionaron la confianza depositada en ellos. El otro punto es que los ingleses se retiraron con todas sus armas y que no se mencionan en absoluto los estandartes o banderas. Creo que no hace falta señalar que, como no nos rendimos, tampoco tuvimos que hacer entrega de ninguno de nuestros privilegios. Está claro que las banderas que se conservan en Santa Cruz se cogieron de los botes hundidos que el mar trajo a tierra, probablemente poco después de que los ingleses hubiesen abandonado las islas. Como trofeos de un ataque y una defensa dignos de recuerdo en la crónica de la isla, estas banderas resultan de interés tanto a los ingleses como a los isleños pero, si se las quiere considerar como estandartes arrancados de manos incapaces de retenerlos, en ese caso no tienen valor alguno.

Existe una carta escrita por el secretario de Nelson al Gobernador de Santa Cruz, firmada por el mismo Nelson el día después de la batalla, que es notable por ser la primera en la que firmó su nombre con la mano izquierda. Debe haber sido firmada una hora o dos después de que se le amputase el brazo, y lleva fecha de 25 de julio de 1796, un error atribuible a las prisas de la batalla, ya que el año era realmente 1797. La carta se conservaba en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Santa Cruz, pero ha sido depositada, por orden del Gobierno español, en el Museo Naval de Madrid. El Sr. Edwards nos dijo que la había visto cuando estuvo allí. El Gobierno también envió, en cierta ocasión, a que recogiesen las banderas, pero los habitantes de Santa Cruz se negaron a que se las llevasen y las cañoneras españolas, que habían venido a recogerlas, tuvieron que regresar con las manos vacías. Las banderas ya se encontraban a bordo cuando el Gobernador, temiendo una revuelta, tuvo que ordenar que las devolviesen a la ciudad. No es sorprendente que los españoles olviden, tan convenientemente, sus derrotas y que sólo mencionen la ocasión cuando se repelió el ataque inglés a Santa Cruz, sin embargo es bastante curioso que no se encuentre mención alguna, en los escritos ingleses sobre las Islas Canarias, de la famosa victoria de Blake en esta bahía. El almirante Blake, en 1657, persiguió una flota española compuesta por dieciséis barcos hasta dar con ella el 20 de abril en la bahía de Santa Cruz que, según cuentan, estaba en esos momentos "defendida por un sólido castillo y siete fuertes". Entró en la bahía con un viento favorable y, tras resistir durante cuatro horas, los españoles se rindieron y abandonaron sus barcos, que fueron incendiados. Un viento, tan favorable a su salida como lo había sido a su entrada, llevó a los vencedores, sanos y salvos, de nuevo hacia alta mar, dejando a los españoles asombrados ante la audacia y temeridad de los ingleses.

Por la tarde dimos un paseo alrededor de la ciudad y fuimos a visitar al vicecónsul británico. Al ver unas muestras de cochinilla listas para su exportación, el Sr. Hamilton muy amablemente me regaló una bolsa de cada muestra. La cochinilla se introdujo en 1825 de México, desde donde se trajo sobre cactus. Nadie se tomó la molestia de conservar los insectos, excepto un sacerdote de La Laguna, quien más tarde donó insectos y plantas a un jardín de Santa Cruz. Un oficial, Don Santiago de la Cruz, los llevó desde allí al sur de Tenerife y a Fuerteventura, encontrando mucha oposición a sus intentos de reproducción y cultivo. Fue solamente alrededor de 1845 cuando la cochinilla alcanzó gran importancia como producto de exportación.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

La noche estaba espléndida y las montañas del norte tenían un aspecto muy majestuoso frente al cielo. La penumbra de la hora previa a la puesta del sol favorece más a sus dentadas siluetas que los tibios rayos del sol de mediodía. También se veía Gran Canaria en la orilla opuesta, su contorno tan claro como si la isla solamente se encontrara a una milla o dos de distancia.

Lunes, 5 de noviembre. Hoy el tiempo ha cambiado. Qué distinto es aquí el día de Guy Fawkes [8] en lo referente al clima, ya que el cielo está completamente despejado y el sol brilla intensamente. El termómetro, a la sombra y a las 3 p.m., marcaba 70° F (21,2° C). Esta mañana fuimos a la oficina de Ghirlanda, el agente de los vapores españoles, para adquirir nuestros pasajes para Gran Canaria. El correo de Cádiz viene dos veces al mes, por lo que hemos tenido suerte de cogerlo a tiempo; el viaje también cuesta menos de la mitad que en los vapores ingleses y los barcos son muy buenos. Desde luego, las compañías inglesas no escatiman esfuerzos actualmente para hacer que la comunicación entre las islas sea lo más difícil posible. A continuación compramos un termómetro. Fue una mala suerte que nuestro excelente instrumento inglés se rompiese cuando estuvimos en el Pico.

A la 1 p.m. fuimos a ver el museo ya que por fin logramos que nos lo abrieran. El señor Don Juan Bethencourt Alfonso nos lo enseñó muy amablemente. Es un descendiente del primer conquistador y merecidamente orgulloso de su linaje. El museo se encuentra ubicado en un pasillo largo y una pequeña habitación en el colegio junto a la iglesia de San Francisco. En el pasillo están dispuestas las reliquias guanches. Lo más interesante es quizás los varios centenares de cráneos existentes, ya que de tal número se puede obtener una imagen bastante aproximada del tipo general. Las cuencas de los ojos son más anchas en la vertical que lo normal, los pómulos no son demasiado altos o anchos, los dientes en

8 Este día se celebra en Gran Bretaña con fuegos de artificio, al ser el aniversario de un complot contra Jaime I, liderado por Guy Fawkes, católico, que intentó volar con pólvora el Parlamento, el 5 de noviembre de 1605. *[Nota del traductor]*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

todos ellos, tanto viejos como jóvenes, están extraordinariamente sanos, sin ninguna caries aparente; tienen la cabeza bien formada, sobre todo por detrás, conformando el tipo que corresponde a un pueblo de recta moralidad. Palos para saltar, molinos de gofio, pieles para ropa y algunas momias bastante estropeadas forman el resto de la colección, salvo por una gran masa, compuesta principalmente por sangre de drago y piedra molida que se utilizaba para embalsamar a los muertos. En la habitación mayor se encuentran algunos aparatos de química y física para la enseñanza de los estudiantes y algunos pájaros disecados. Uno de ellos, conocido aquí por el nombre de *tabobo*,[9] más o menos del tamaño de un mirlo, de color castaño rojizo con manchas amarillas y una cresta parecida a la de una cacatúa, es un pájaro muy atractivo que más tarde vimos en el norte de Lanzarote. Este mismo pájaro se conoce en Cornualles con el nombre de "Hoopoe".

Por la tarde el barquero vino a ver nuestro equipaje antes de llevarlo a bordo. La tarifa aquí es extraordinaria, una *peseta* (diez peniques) por cada paquete que no pueda llevarse a mano. Esto resulta demasiado caro cuando se tienen muchas cajas o maletines que no son ni muy grandes ni muy pequeños. No trajimos cajas grandes porque íbamos a viajar de isla en isla, pensando que las piezas pequeñas de equipaje serían más convenientes al entrar y salir de los botes, algo que resultó verdad.

Después de la cena, alrededor de las 9 p.m., abandonamos el hotel para subir al vapor español y nos acompañó hasta el bote un grupo de ingleses que residen actualmente en Santa Cruz. Nos despedimos con profunda tristeza de esta isla donde habíamos sido tratados con tanta generosidad.

Teníamos un camarote privado sobre cubierta, con cuatro literas, para nosotros solos, así que descansamos muy bien durante toda la noche, a pesar del estado del mar.

Ya hemos visitado cuatro de las siete islas que forman el Jardín de las Hespérides: Tenerife, La Palma, La Gomera y El Hie-

9 *Upupa epops, Abubilla* vulgar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rro, cada una bella y con carácter propio, y cada una rica en paisajes salvajes y espléndidos. Las facetas de la naturaleza son en ellas de lo más variadas. Allí, en los claros del bosque bajo los pinos majestuosos, o entre los umbríos laureles y matorrales, u oculto en las profundidades de los sublimes barrancos, se puede disfrutar de soledad y reposo. Allí, el clima imparte salud y cura, pudiéndose disfrutar de casi todas las temperaturas. ¡En verdad,

... "es una atractiva visión contemplar
Lo que el Cielo ha dado a esta deliciosa tierra!
¡Qué frutos fragantes resplandecen en cada árbol!
¡Qué excelentes panoramas se extienden por las montañas!"

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Índices

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

CONTENIDO VOLUMEN I

		Pág.
INTRODUCCIÓN		V
TENERIFE Y SUS SEIS SATÉLITES		1
Prefacio		9
I.	LONDRES - SANTA CRUZ	13
II.	SANTA CRUZ - LA LAGUNA	41
III.	LA MATANZA - LA VICTORIA - HISTORIA	63
IV.	VALLE DE LA OROTAVA	83
V.	PUERTO DE LA CRUZ - ICOD - GARACHICO	97
VI.	GUÍA - BARRANCO DEL INFIERNO - CHASNA - EL SOMBRERO	123
VII.	MANANTIAL DE GUAJARA - LAS CAÑADAS - ALTA-VISTA	151
VIII.	EL PICO - LAS CAÑADAS	167
IX.	GUÍA - NUESTRO CAMPAMENTO JUNTO AL MAR	197
X.	LA GOMERA - SAN SEBASTIÁN	221
XI.	EL HIERRO - VALVERDE - SABINOSA	235
XII.	EL GOLFO - EL RISCO - VALVERDE	259
XIII.	SAN SEBASTIÁN - BAILES TÍPICOS	275

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

		Pág.
XIV.	LA GOMERA - SAN SEBASTIÁN - HERMIGUA	285
XV.	HERMIGUA - AGULO - VALLEHERMOSO - CUMBRES	303
XVI.	SAN SEBASTIÁN - PUERTO DE LA CRUZ - SANTA CRUZ DE LA PALMA	319
XVII.	LA PALMA - ARGUAL - LA CALDERA	333
XVIII.	PICO DE LOS MUCHACHOS - SAN BORONDÓN - LOS SAUCES	355
XIX.	SANTA CRUZ DE LA PALMA - ORIGEN DE LOS GUANCHES	383
XX.	LA OROTAVA - JARDINES DE LA VILLA - EL DRAGO - IMPUESTOS	413
XXI.	PUERTO DE LA CRUZ - LOS MASONES - COSTUMBRES	437
XXII.	LOS REALEJOS - ICOD ALTO - BARRANCO DE CASTRO	457
XXIII.	TEMPERATURAS - CLIMA - IMPUESTOS - COSTUMBRES GUANCHES	473
XXIV.	MUSEO DE TACORONTE - BIBLIOTECA DE LA LAGUNA - DÍA DE TODOS LOS SANTOS	493
XXV.	LA LAGUNA - CABLE TELEGRÁFICO - BANDERAS DE NELSON - EL MUSEO DE SANTA CRUZ	513

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

LISTA DE ILUSTRACIONES

MAPAS *Pág.*

LAS ISLAS CANARIAS 7
TENERIFE 15
LA GOMERA 223
EL HIERRO 237
LA PALMA 335

ILUSTRACIONES

NUESTRO CAMPAMENTO JUNTO AL MAR, TENERIFE 1
EL PICO DE TENERIFE DESDE LA VILLA DE LA OROTAVA 8
BRASERO DE BARRO 30
MONUMENTO A LOS GUANCHES, SANTA CRUZ, TENERIFE 32
CALLE, SANTA CRUZ, TENERIFE 37
VIEJO PORTAL, LA LAGUNA 54
CAMPANARIO DE SANTO DOMINGO, LA LAGUNA 55
CARRO CON BUEYES 60
HOTEL TURNBULL, PUERTO DE LA CRUZ 90
EL PICO TEIDE DESDE ICOD DE LOS VINOS 108
BANCO DE PIEDRA 114

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

NUESTRO CAMPAMENTO EN EL VALLE DE SANTIAGO, TENERIFE 121
PIEZAS ESTAMPADAS DE PLATA USADAS COMO MONEDA LEGAL 142
ALTAVISTA 164
ENTRADA A LA CUEVA DEL HIELO, PICO TEIDE 177
LOS ROQUES, LAS CAÑADAS 189
CAMPESINOS DE TENERIFE CON BARRIL DE AGUA Y MANTOS 206
SAN SEBASTIÁN, LA GOMERA 225
UN RINCÓN PINTORESCO, SAN SEBASTIÁN, LA GOMERA 231
CHOZA DE UN CABRERO, EL PINAR, EL HIERRO 252
IGLESIA EN LA QUE DORMIMOS, SABINOSA, EL HIERRO 256
POZO DE AGUA MINERAL Y PUNTA DE LA DEHESA, SABINOSA, EL HIERRO 257
PUERTO DE VALVERDE, EL HIERRO 272
COLMENAS DE TRONCO DE PALMA, LA GOMERA 279
ROQUE DE VALLEHERMOSO, LA GOMERA 308
SANTA CRUZ, LA PALMA 334
GORRA DE CAMPESINO, LA PALMA 340
ARGUAL, LA PALMA 346
ESCOBA DE PALMA 348
LA CALDERA, LA PALMA, DESDE EL BORDE DEL CRÁTER 361
CIMA DEL PICO DE LOS MUCHACHOS 364
LOS SAUCES 373
PARADA EN LA MONTAÑA TENEGUÍA, LA PALMA 380
LA PLAZA, LAS NIEVES, LA PALMA 393
LÁTIGO Y PINCHO COMBINADOS, LA PALMA 400
BALCÓN DE LA CASA DE DON JUAN GUARDIA, LA OROTAVA 424
DRAGO JOVEN EN LA OROTAVA, TENERIFE 430
MONUMENTO EN LA ORILLA, PUERTO DE LA CRUZ 444
POSTIGO 454
EL DRAGO DE ICOD ALTO, TENERIFE 464

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

HILANDO, SAN JUAN DE LA RAMBLA 468
SITIO DEL PARDO, PUERTO DE LA CRUZ 484
MOLINOS DE GOFIO GUANCHES Y VASIJAS, MUSEO DE TACORONTE 498

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

CANARY ✠ ISLANDS.

SANTA CRUZ, TENERIFE.

Free Port; no Custom House formalities; Central Station for Telegraph Cables to Europe and West Coast of Africa. Visitors for Orotava land here.

The Steamers of the following Companies call here :—

SHAW, SAVILL, & ALBION CO. (Lim.), trading between Plymouth and New Zealand.

NEW ZEALAND SHIPPING CO. (Lim.), trading between Plymouth and New Zealand.

BRITISH AND AFRICAN STEAM NAVIGATION CO. (Lim.), trading between Liverpool and West Coast of Africa.

AFRICAN STEAMSHIP CO. (Lim.), trading between Liverpool and West Coast of Africa.

CLAN LINE, trading between Glasgow, Liverpool, and South Africa.

CHARGEURS RÉUNIS CIE., trading between Havre and River Plate.

COMPAGNIE GÉNÉRALE TRANSATLANTIQUE, trading between Marseilles and West Indies.

WOERMANN LINE, trading between Hamburg and West Coast of Africa.

HAMBURG SUDAMERIKANISCHE DAMPSCHIFFAHRT GESELLSCHAFT, trading between Hamburg and South America.

N. PAQUET AINÉ CIE., trading between Marseilles and Tenerife via Coast of Morocco.

BULLARD, KING & CO., trading between London and South Africa.

FORWOOD BROS. & CO., trading between London and Tenerife viâ Madeira.

Etc., etc., etc.

HAMILTON & CO.

ESTABLISHED 1799.

STEAMSHIP, TELEGRAPH, AND FORWARDING AGENTS.

Correspondents for all the principal British and Foreign Banks.

PROPRIETORS OF STEAM COAL DEPÔT. Every facility possessed for supply and quick despatch of Steamers day or night throughout the year.

WINE MERCHANTS. Oldest Exporters of the choicest qualities of Tenerife (Vidonia) Wine.

General Agents in London: Messrs. SINCLAIR, HAMILTON & CO., 17, St. Helen's Place, E.C.

SCOTT'S CODE, A B C, AND UNIVERSAL SHIPPING CODE USED.

Telegraphic Address : "HAMILTON, TENERIFE."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

CASTLE LINE.

SOUTH AND EAST AFRICAN MAIL SERVICE.

THE ROYAL MAIL STEAMERS
OF
The Castle Mail Packets Company (Limited),
CARRYING THE BRITISH & PORTUGUESE MAILS

Between LONDON and CAPE COLONY, NATAL, DELAGOA BAY, MOZAMBIQUE, MADAGASCAR, and MAURITIUS,

Leave LONDON every alternate WEDNESDAY, and DARTMOUTH on the following FRIDAY, with Mails, Passengers, and Cargo for CAPE TOWN, MOSSEL BAY, PORT ELIZABETH (ALGOA BAY), PORT ALFRED, EAST LONDON, and NATAL, returning every Fourteen Days from NATAL and CAPE TOWN for PLYMOUTH and LONDON.

Passengers booked for LISBON and MADEIRA by alternate Steamers; also for ST. HELENA and ASCENSION at regular intervals.

Intermediate Steamers call at LAS PALMAS, GRAND CANARY.

EAST AFRICA. The Mail Packets, which call at LISBON once every Four Weeks, take Mails, Passengers, and Cargo for DELAGOA BAY, INHAMBANE, QUILLIMANE, and MOZAMBIQUE, connecting with the British India Company's Line for ZANZIBAR and ADEN.

Regular Service to and from MAURITIUS and MADAGASCAR once every Eight Weeks.

Loading Berth, East India Dock Basin, Blackwall, E. Return Tickets issued for all Ports.

Passengers may embark either in LONDON or at DARTMOUTH. Superior accommodation. Excellent Cuisine. Experienced Surgeons and Stewardesses on all Steamers of the Line.

For Passage, Freight, or Handbook of Information, apply to the Managers,

DONALD CURRIE & CO.,

London, 3 and 4, Fenchurch Street, E.C. Manchester, 15, Cross Street. Liverpool, 25, Castle Street. Glasgow, 40, St. Enoch Square.

MERSEY STEAMSHIP COMPANY

(LIMITED).

MADEIRA AND CANARY ISLANDS.

The above Company's Steamers leave LONDON every month, calling at PALMA, PUERTO DE OROTAVA, SANTA CRUZ DE TENERIFE, LAS PALMAS and LANZAROTE *viá* MADEIRA, and are well fitted with every convenience for the comfort and accommodation of First-class Passengers.

Cheap Single and Return Tickets, available for six months, are issued by this Line. Special Fares for Families and Parties travelling together.

For full particulars respecting Freight and Passage apply to

FORWOOD BROTHERS & COMPANY,

CROWN COURT, OLD BROAD STREET,

LONDON, E.C.

Telegraphic Address—"FORWOOD, LONDON."

© Del documento, los activos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

UNION LINE

FOR

SOUTH AFRICAN GOLD FIELDS.

CAPE OF GOOD HOPE, NATAL, and

EAST AFRICAN ROYAL MAIL SERVICE.

UNION STEAMSHIP COMPANY (Limited),

ESTABLISHED 1853.

THE ROYAL MAIL STEAMERS OF THIS LINE, under Contract with the Governments of the CAPE OF GOOD HOPE and NATAL, leave SOUTHAMPTON every alternate THURSDAY, and PLYMOUTH the following day.

Passengers and Goods are conveyed to CAPE TOWN, MOSSEL BAY, KNYSNA, PORT ELIZABETH (ALGOA BAY), PORT ALFRED (KOWIE RIVER), EAST LONDON, NATAL, DELAGOA BAY, and ST. HELENA; all Steamers call at MADEIRA to land and embark Passengers only.

Intermediate Steamers are despatched according to the requirements of the trade.

Return Tickets are issued to all Ports.

PASSENGERS are freed from LONDON to SOUTHAMPTON by rail in the corresponding class to that in which they travel in the Company's Steamers.

For Rates of Passage, Freight, and all Information apply to any of the undernoted Agents:—

PLYMOUTH, H. J. Waring & Co., The Wharf, Millbay.
GLASGOW, F. W. Allan & Co., 125, Buchanan Street.
LIVERPOOL, F. Stumore & Co., 29, Water Street.
DUBLIN, Carolin & Egan, 30, Eden Quay. MADEIRA, Blandy Bros. Or to the

UNION STEAMSHIP COMPANY (LIMITED),

ORIENTAL PLACE, SOUTHAMPTON. OR, 11, LEADENHALL STREET, LONDON.

HOTEL DE AGUERE,

LAGUNA, TENERIFE.

(ARTHUR B. CLARKE, Manager.)

Laguna is the centre for making excursions to the delightful woods and districts of Las Mercedes, Taganana, El Agua Garcia, Barranco del Rio, Barranco de Badajoz, the museum of Tacoronte, and the famous shrine of Candelaria.

The climate of Laguna is unrivalled, especially during the summer season, and charming level walks abound.

The Hotel is beautifully clean, and capitally furnished. Excellent cooking, and every domestic comfort.

N.B.—*Insist on being taken to the Fonda Inglesa (English Hotel), as the Hotel de Aguere is called by the natives.*

CAMACHO'S ENGLISH HOTEL.

SANTA CRUZ DE TENERIFE, CANARY ISLANDS.

ESTABLISHED IN 1880.

This well-known old established house is especially recommended to, and frequented by, English and Americans for its accommodation, comfort, excellent cuisine, and moderate charges.

TABLE D'HÔTE. BATH ROOMS.

GUIDES AND SERVANTS SPEAKING ENGLISH.

LOUIS G. CAMACHO, Proprietor.

N.B.—Agent for the Grand Hotel, Orotava.

© Del documento, los archivos. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

MADEIRA, TENERIFE,

AND

GRAND CANARY.

The African Steamship Co.

AND

THE BRITISH & AFRICAN STEAM NAVIGATION Co.,

LIMITED,

Are now Issuing

FIRST-CLASS TOURIST TICKETS

To each and all of the above Islands for

£15.

These Tickets are available for return by any steamer of either Company within twelve months.

The round journey can be performed in four weeks, giving a fortnight in which to visit the various Islands.

The Steamers sail every Saturday, and are fitted up with every convenience. Surgeon and Stewardess carried.

For further and full Particulars, please apply to

A. SINCLAIR, 31, James Street, Liverpool,

And AFRICAN STEAMSHIP CO.,

21, Great St. Helens, London,

Or ELDER, DEMPSTER & CO.,

14, Castle Street, Liverpool, and 101, Leadenhall Street, London.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

THE INTERNATIONAL.

English Hotel,

WITH

CAFÉ, BAR, AND RESTAURANT,

SANTA CRUZ, TENERIFE.

This Hotel, recently opened, is entirely under English Management, and beautifully situated, facing the sea.

First-class Accommodation for a large number of Guests, and every effort is exerted for their comfort and satisfaction.

Proprietors—

MESSRS. HARRISON B. McKAY AND CHARLES J. BAKER.

Agent in London—

EDGAR H. LAWTON, Esq., 3, Savage Gardens, Tower, E.C.

CANARY ISLANDS.

OROTAVA GRAND HOTEL,

TENERIFE, CANARY ISLANDS.

Sanatorium and Health Resort. Only Eighteen Hours from Madeira. Grand Scenery. Dry and bracing Climate. Moderate Charges. English Doctor. Lawn Tennis and Billiards. Riding and Driving. Within Five Days of Plymouth. For Terms and full Particulars, apply to the MANAGER; or to the Company's Bankers—

MESSRS SINCLAIR, HAMILTON, & Co., 17, St. Helen's Place, E.C.

IMPORTANT ILLUSTRATED VOLUMES,

And other elegant Gift-Books.

EVANGELINE. By H. W. LONGFELLOW. The Tale of Love in Acadie, "still sung by the pines of the forest." Printed on pages richly ornamented with leaves, in their wealth of autumn colours, from the Acadian forests. Full cloth, blocked in gold and colours, gilt edges, quarto. 6*s.*

CHRISTOPHER COLUMBUS AND THE DISCOVERY OF THE NEW WORLD. From the French of M. LE MARQUIS DE BELLOY. With Fifty-one Drawings on Wood and Six Etchings by LEOPOLD FLAMENG. Royal quarto, cloth, handsomely decorated. 15*s.*

TASMANIAN FRIENDS AND FOES, FEATHERED, FURRED, AND FINNED. By Mrs. LOUISA A. MEREDITH, Author of "My Home in Tasmania." Eight Coloured Plates and numerous Woodcuts. Quarto, cloth, gilt edges, fancy end-papers. Second Edition. 10*s.* 6*d.*

NEW ZEALAND SCENERY. Fifteen Chromo-Lithographs, after Original Water-colour Drawings by JOHN GULLY, with Descriptive Letterpress by Dr. JULIUS VON HAAST. Imperial folio, full cloth gilt edges. £5 5*s.*

MARCUS WARD & CO., LD., LONDON, BELFAST, AND NEW YORK.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

COLABORA

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
SERVICIO DE PUBLICACIONES